This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

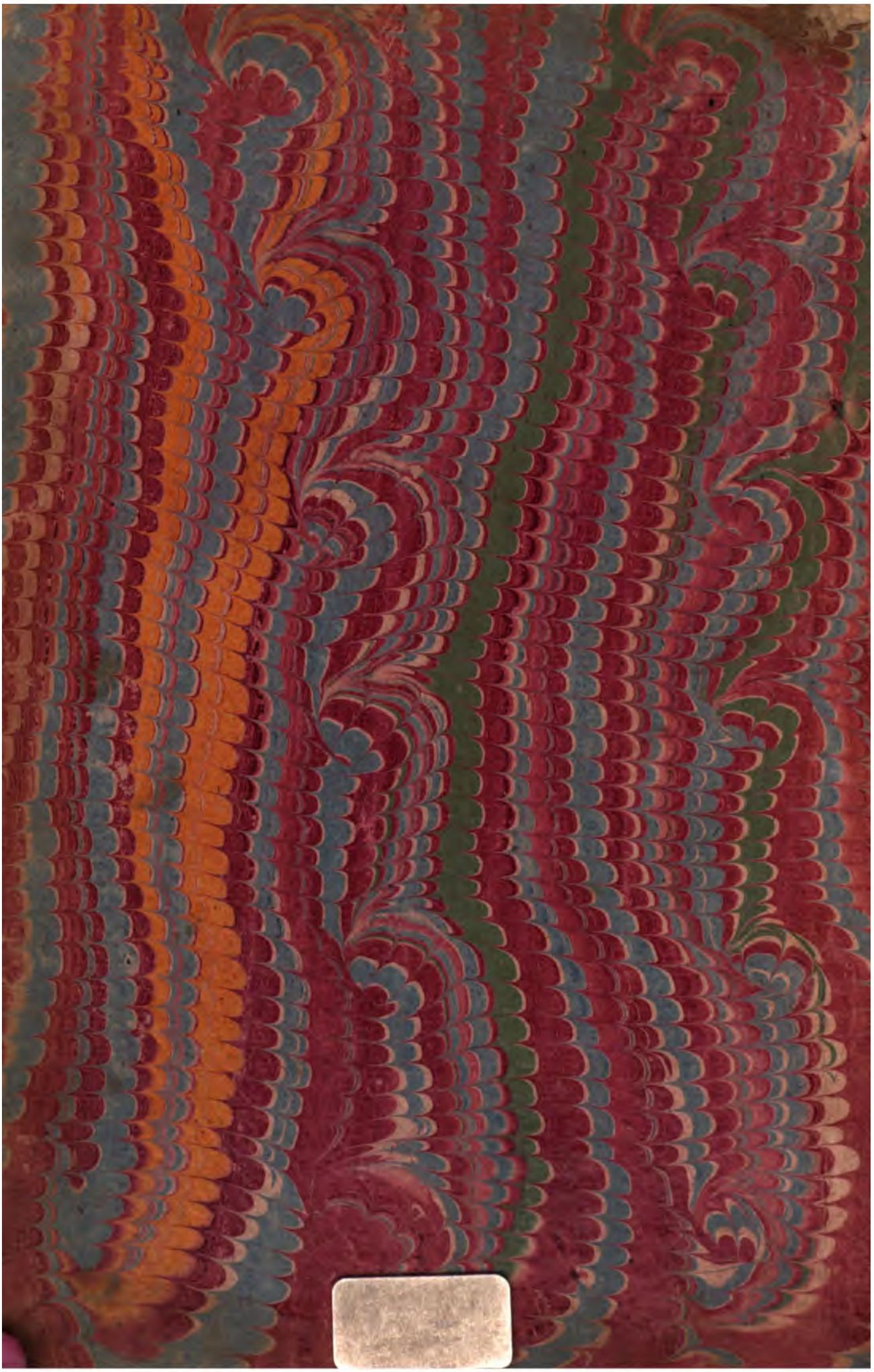
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

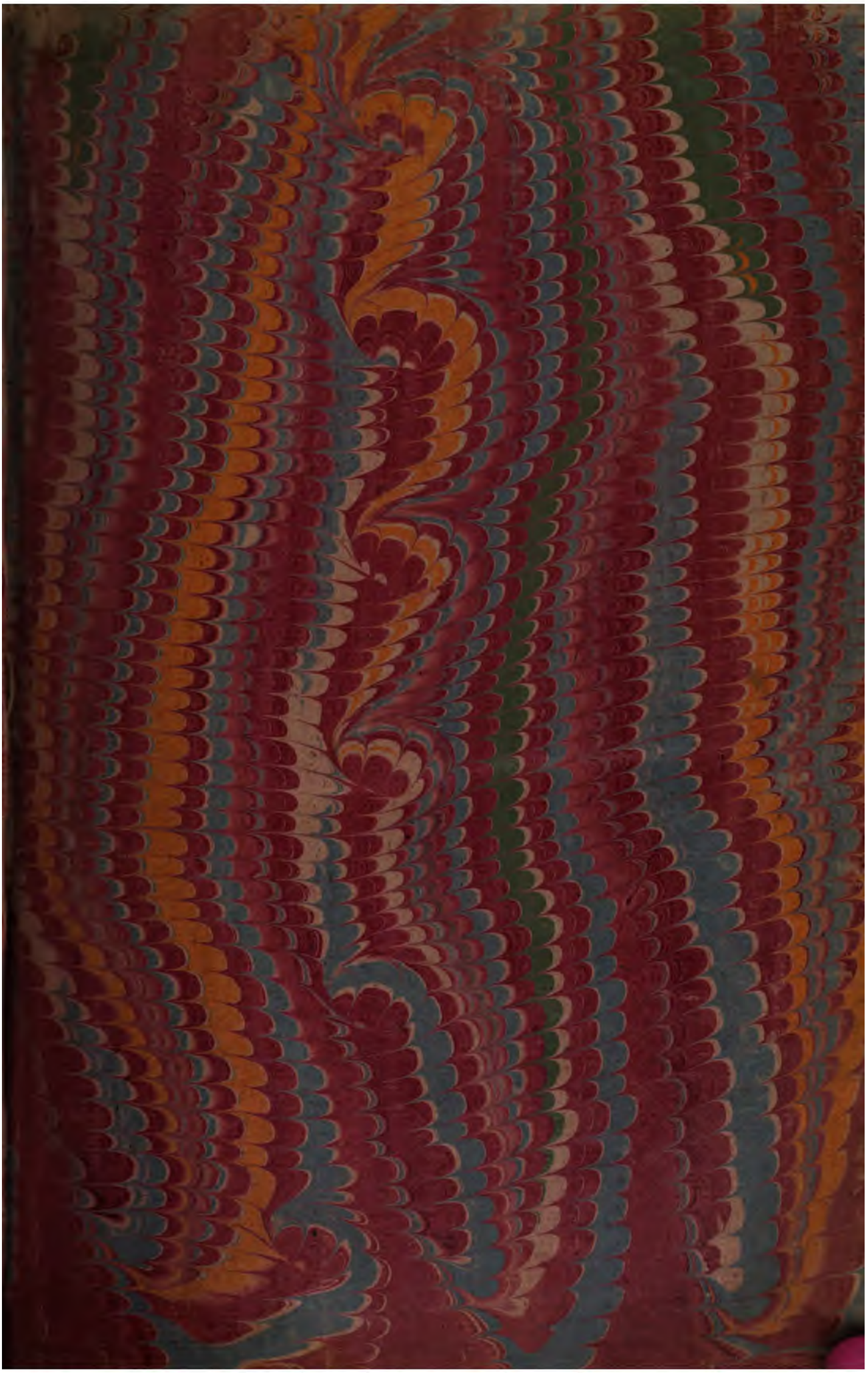
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`





600027172P

OBRAS
DEL ILUSTRISSIMO,
EXCELENTISSIMO,
Y VENERABLE SIERVO DE DIOS
DON JUAN
DE PALAFOX Y MENDOZA,

DE LOS SUPREMOS CONSEJOS DE INDIAS, y Aragón, Obiſpo de la Puebla de los Angeles, y de Oſma, Arzobiſpo electo de Megico, Virrey, y Capitan General de Nueva-Eſpaña, &c.

TOMO IX.

VIDAS DE SAN JUAN LIMOSNERO, y de la Sereniſsima Infanta Sor Margarita de la Cruz.

CON PRIVILEGIO DEL REY NUESTRO SEÑOR.

EN MADRID: EN LA IMPRENTA DE DON GABRIEL RAMIREZ, CRIADO DE LA REYNA MADRE nueſtra Señora, Impreſor de la Real Academia de San Fernando.
Año de M.DCCLXII.

141. d. 620.

APROBACION.

LA Vida de San Juan el Limoſnero, Patriarca de Alejandrìa, eſcrita por el Iluſtriſsimo, y Reverendiſsimo Señor Don Juan de Palafox y Mendoza, Obiſpo de la Puebla de los Angeles, del Conſejo de ſu Mageſtad, en el Supremo de Aragòn, he viſto por mandado de V. A. con el conſuelo, y eſtimacion que he leìdo otros Libros del miſmo Autor. En eſte no ſe halla coſa alguna contraria à nueſtra Santa Fé Catolica, y no repito los grandes elogios, que tan juſtamente ha merecido el Señor Obiſpo por ſus eſcritos, y por eſte Libro ſe le deben, por ſer tan notorios, y tan generales los aplauſos con que ſus obras ſe reciben, y ſe eſtiman. Serà muy del ſervicio de nueſtro Señor ſalga eſta à luz, y ſerìa conveniencia grande al comun bien ſe repitieſſe la Imprenta de los otras Obras del Señor Obiſpo, que tan juſtamente ſe deſean. Eſte es mi parecer, ſalvo, &c. En eſte Convento de nueſtra Señora del Carmen de Madrid en 22. de Abril de 1650.

Fr. Nicolás Bautiſta.

CENSURA DEL REVERENDISSIMO PADRE MAESTRO Fr. Dioniſio Cimbrón, Abad del Convento de San Bernardo de Madrid, y General que ha ſido de eſta Sagrada Religion.

CON orden, y comiſion del ſeñor Licenciado Don Alonſo de Morales Balleſteros, Canonigo de la Santa Igleſia de Toledo, y Vicario General en eſta Villa de Madrid, y ſu Partido, he viſto un Libro, cuyo titulo es: *Vida de San Juan el Limoſnero, Patriarca de Alejandrìa*, y luego que ví, que quien le eſcribe es el Iluſtriſsimo, y Reverendiſsimo Señor Don Juan de Palafox y Mendoza, juzguè con fundamento no pequeño, que eſta remiſion era ceremonia, y deſeo mas de cumplir con la ley, que lo diſpone, que duda, de que obra que tiene dueño de tanta autoridad, de ingenio tan ſuperior, y de prendas tan relevantes, no ſea en mucho provecho, y util de todos, y conſiguientemente, que ſe trahe conſigo la cenſura, y aprobacion; y me ſucediera ſin duda, viendo lo grande, y ſuperior de la fachada, y frontiſpicio de eſte Libro lo que à un curioſo, á quien el deſeo de vér el Eſcorial (fabrica propia de tan grande Monarca) le trajo deſde muy diſtante parage: y en llegando al portico, admirado de la ſumptuoſidad que viò, ſe retirò ſin paſar adelante, pareciendole, y con razon, que alli eſtaba repreſentado todo quanto podia apetecer ſu curioſidad, y deſeo. Mas quien ha leìdo, como yo, la Hiſtoria Real Sagrada, el Varon de Deſeos, Paſtor de Noche Buena, y los Diſcurſos Eſpirituales, partos todos de ingenio tan fecundo, y que enmedio de tantas ocupaciones, y cuidados, y del afàn, y fatiga, que conſigo trahe el gobierno de las almas (à quien las mira como prendas de la ſuya) parece no ha tenido otras mas del eſcribirlos. Practicando en eſta accion, y en quantas eſtàn anexas à la Dignidad Epiſcopal, aquella célebre ſentencia de Seneca, que dijo: *Non bene vivit ſibi, qui natus eſt alijs.* No me ha ſido facil, ni aun poſible, el dejar de leer eſte, como los demàs, y le he leìdo con toda atencion, y cuidado, y con igual admiracion, aſsi de la vida, y obras heroycas de tan grande Santo, como del eſtilo tan raro, y peregrino con que la eſcribe el Autor, requiſito muy neceſario para el aſunto, que ſiempre fue dicha no pequeña, que obras grandes, hechos heroycos, y vìrtudes ſingulares, de que ſe ha de eſcribir, y dàr noticia à la poſteridad, las eſcriba pluma ſutil, y delgadamente cortada. Pues como nos cuentan las Hiſtorias, habiendo tenido el Emperador Alejandro nuevas de una victoria grande que le habian ganado ſus armas, y de la muerte de ſu Coroniſta Homero, no celebrò el ſuceſo, ni permitiò, que nadie le celebraſſe con la alegria, demonſtraciones, y aplauſos, que vencimiento tal pedia, pareciendole, y juzgando, como Principe tan cuerdo, y entendido, que no podia haber victoria que lo fueſſe de veras, ni triunfo ſuyo que lo pareciеſſe, faltando Coroniſta tan grande como Homero, que le habia de eſcribir, y publicarle à los ſiglos venideros.

Rara fue ſin duda, y peregrina la vida tan egemplar del Santo Patriarca, admirables ſus hechos, caſi ſin imitacion ſus virtudes, y prodigioſos ſus milagros (aſunto generoſo de eſta Hiſtoria) pero no ſe puede negar que ha ſido dicha, que el publicarlas (deſpues de otros) corra por cuenta de Hiſtoriador tan grande; pues á quien leyere el Libro, igualmente le ha de cauſar admiracion, aſsi la vida del Santo, como el eſpiritu grande, y el eſtilo en referirla. No sè quien deba mas à quien, ſi el Santo al Autor, ó el Autor al Santo, y enmedio de eſta perplexidad, dirè que ſon iguales los empeños, y obligaciones de ambas partes, como lo juzgò, aunque en ſincope breve, y en otro aſunto, Alciato en una emblema, que hablando de los heroycos hechos de Achiles, y de ſus valeroſas hazañas, y juntamente del Poeta Homero, que en verſo tan ſublimado las hizo ſaber á todos, dijo:

His Graium Murus. Magnus nex Hectoris: haud plus.
Debet Maonidæ, quam ſibi Maonides.

Donde dando luz à la obſcuridad de eſtos verſos, dijo con viveza ſu Comentador Claudio Minois: *Tantum Homero debet Achilles (cujus Poetæ beneficio virtus tam inſignis tranmiſſa eſt poſteris) quantum Homerus, ipſi Achilli: niſi enim tam inſigne, & præclarum virtutis exemplar Homerus ſibi nactus eſſet fortaſſe ingenij admirabilis, vim non ita exercuiſſet.* Nada tiene eſte Libro que contradiga à nueſtra Santa Fé, y buenas coſtumbres: puedeſe dár à la eſtampa, para que ſalga à la luz, y uſura comun quanto antes ſea poſsible, que en el fruto que eſpero ha de hacer en las almas de quantos le leyeren, calificaré yo, quan ſin liſonja he dicho eſtas deſnudas, y poco artificioſas verdades. En eſte Convento de San Bernardo de Madrid à 13. de Marzo de 1650.

Fray Dionisio Cimbrón.

FE

FE DE ERRATAS.

PAG. 56. lin. 11. dice porque, lee *pero que.* Pag. 134. lin. 12. dice llega, lee *llegaba.* Pag. 149. lin. 4. dice añigida, lee *afligida.* Pag. 151. lin. 21. dice quor, lee *por.* Pag. 152. lin. 12. dice y mi me negais, lee *y à mi me negais.* Pag. 273. lin. 8. dice deſengañada, lee *deſengañadas.* Pag. 275. lin. 27. dice Prelado, lee *Prelada.* Pag. 289. lin. 30. dice prezioſo, lee *preciſo.* Pag. 290. lin. 11. dice admirandola, lee *admitiendola.* Pag. 345. lin. 17. dice dicho, lee *dichoſo.* Pag. 382. lin. 39. dice Painceſa, lee *Princeſa.* Pag. 410. lin. 1. dice Apoſtolicam, lee *Apoſtolicum.* Pag. 428. lin. 1. dice aqui lee *que.* Pag. 452. lin. 21. dice convenir, lee *convertir.* Pag. 514. lin. 4. dice regalo, lee *regalado.*

El Tomo IX. de las Obras del Venerable, è Iluſtriſsimo Señor Don Juan de Palafox, que contiene *las Vidas de San Juan Limoſnero, y de la Sereniſsima Infanta Sor Margarita de la Cruz*, para que eſtè conforme con el que ſirve de original, ſe ſalvaràn las erratas de eſta Fè: y aſsi lo certifico en eſta Villa, y Corte de Madrid à nueve dias del mes de Septiembre de mil ſetecientos y ſeſenta y dos.

Doct. Don Manuel Gonzalez Ollero.

Corrector General por ſu Mageſtad.

TABLA
DE LOS CAPITULOS QUE SE contienen en eſte Tomo IX.

VIDA DE SAN JUAN LIMOSNERO.

CArta à los Fieles del Obiſpado de la Puebla de los Angeles, pag. 1.

Introducion à la Vida de San Juan el Limoſnero, pag. 7.

Cap. I. Del tiempo en que naciò San Juan el Limoſnero, Pontifices, Emperadores, y Reyes, que concurrieron en èl, pag. 9.

Cap. II. Nacimiento de San Juan, y primeros prodigios de ſu vida, pag. 11.

Cap. III. Obligan à Juan à tomar eſtado, y mueren ſu muger, è hijos, pag. 13.

Cap. IV. Pide el Pueblo Alejandrino à San Juan por Obiſpo, y Patriarca. Patriarcado de Alejandrìa, y ſus progreſos, pag. 15.

Cap. V. El Emperador envia á llamar à San Juan para que acepte la Igleſia, y ſe interpone Nicetas ſu favorecido: quien fue eſte iluſtre Varon, y las eſcuſas del Santo, pag. 19.

Cap. VI. Aviſa Nicetas al Emperador de la repugnancia de Juan à eſta platica, el qual le habla, y perſuade á que acepte el Obiſpado, pag. 23.

Cap. VII. Conſàgraſe en Alejandrìa San Juan: alegria del Pueblo al recibirlo, y primeras diſpoſiciones del gobierno de ſu Igleſia, pag. 25.

Cap. VIII. Zelo del Santo en la pureza de la Religion, y extirpacion de los errores de Alejandrìa, pag. 27.

Cap. IX. Hace Templos en Alejandrìa, y y el numero grande que hizo de ellos, pag. 29.

Cap. X. Del cuidado que tenia el Santo con que ſe guardaſſe ſilencio en los Templos, y lo que promovia los ſufragios por los Difuntos, y memoria de la muerte, pag. 32.

Cap. XI. De los Hoſpitales que hizo, y Caſas, y Fundaciones de piedad, y lo que cenſuraban al Santo, pag. 37.

Cap. XII. Lo que aborreciò la codicia, y ſimonìa, y caſo que le ſucedió con un Clerigo muy rico, pag. 40.

Cap. XIII. De la forma que tomò en las Audiencias, y que reformò las medidas de la Ciudad, y lo que conſolaba à todos, pag. 44.

Cap. XIV. Viene Nicetas á Alejandría, y à Egipto. Gozo del Santo, y del Gobernador, pag. 49.

Cap. XV. Caſo notable que le ſucediò al Santo con Jorge ſu ſobrino, y un veçino de Alejandrìa que le ofendió, pag. 53.

Cap. XVI. De la humildad del Santo, y modo con que reprehendia à los ſoberbios, pag. 56.

Cap. XVII. Del zelo del Santo, origen del eſtado Monacal, y el que tenia en los tiempos de eſte Santo Patriarca, pag. 60.

Cap. XVIII. Cuidado del Santo con los Monges de Alejandrìa, y ſu Patriarcado, y de un ſuceſo particular en eſto, pag. 65.

Cap. XIX. De otro ſuceſo muy raro, que le ſucediò al Santo Patriarca con un Santo Monge, pag. 68.

Cap. XX. De la Hoſpederìa que hizo para los Monges de Alejandrìa, y otros Conventos, y doctrina que les daba, pag. 71.

Cap. XXI. De las platicas eſpirituales que hacia à los Sacerdotes el Santo Patriarca, y algunos ſuceſos que en ellas referia, pag. 74.

Cap. XXII. Cómo corrigiò á dos Clerigos el Santo, y de los embarazos en que le puſo el uno de ellos con el Gobernador Nicetas, pag. 77.

Cap. XXIII. De la reſolucion que tomò Nicetas de quitarle al Patriarca los teſoros de los pobres, y que lo egecutò, pag. 84.

Cap. XXIV. Del milagro con que Dios vol-

volviò por la limoſna de los pobres: y que Nicetas le reſtituyò ſu teſoro al Santo, pag.87.
Cap.XXV. De otro diſguſto que tuvieron Nicetas, y el Patriarca, pag.90.
Cap.XXVI. De una accion egemplar del Santo al perdonar las injurias al enemigo, pag.92.
Cap.XXVII. De la grande caridad del Santo, y còmo le ſocorria Dios con limoſnas para que ſocorrieſſe à los pobres, pag.96.
Cap.XXVIII. De lo que el Santo exhortaba à que todos dieſſen limoſna: y el ſuceſo que refiriò de Pedro el Publicano, pag.99.
Cap.XXIX. De la manera que curò à un Obiſpo de cierta enfermedad eſpiritual en materia de limoſna, pag. 106.
Cap.XXX. Cómo ſocorriò á un mancebo devoto de la Virgen, hijo de un hombre piadoſo, por el amor que el Santo Patriarca tenia à la limoſna; y à otro pobre mercader, pag.110.
Cap.XXXI. Del cuidado con que el Santo vivia de crecer en el deſeo de dàr limoſna, y examen que hacia á los limoſneros, y lo que le refiriò uno de ellos, pag.114.
Cap. XXXII. Ordenó á ſus limoſneros, que ſi algunos pidieſſen preſtado dinero, ſe lo preſtaſſen, y caſos que le ſucedian en eſto, pag.117.
Cap.XXXIII. De la paciencia que tenia con los pobres, y que ſiempre le parecia que daba poco, y la piedad con los eſclavos, y pacificacion de los poderoſos, pag. 121.
Cap.XXXIV. De la devocion con que leìa el Patriarca, y notaba los hechos de los Santos, y del deſeo que en èl ardìa de ſu imitacion, pag.126.
Cap.XXXV. De los que ſe encomendaban en ſus oraciones, y lo que le ſucediò con uno de ellos, pag. 131.
Cap.XXXVI. De la pèrdida de la hacienda de la Igleſia, y en ella la paciencia, y conformidad del Santo, pag. 134.
Cap.XXXVII. De los ſocorros que hizo à los Santos Lugares de Jeruſalén, en ocaſion que los habian ſaqueado los Perſas, pag.136.
Cap.XXXVIII. De lo que le ſucediò con dos Clerigos de Alejandrìa, y los ſantos efectos del Culto Divino, en orden al ſocorro de ſus Miniſtros, pag.140.
Cap.XXXIX. Que el Emperador Eraclio envió á llamar à Nicetas, y que llevò conſigo al Santo Patriarca, y Dios en el viage le aviſó de ſu muerte, pag. 143.
Cap.XL. De la muerte del Santo, y de ſu teſtamento, y conſejos que diò à ſus criados, y de ſu entierro, y milagros en èl, pag.145.
Cap.XLI. De la ſuerte que Dios nueſtro Señor manifeſtò la gloria del Santo, con ſus milagros, y el dolor de Alejandrìa con ſu muerte, pag. 148.

VI-

VIDA
DE SOR MARGARITA DE LA CRUZ.

LIBRO PRIMERO.

CAP.I. Nacimiento, Progenitores, y Hermanos de la Sereniſsima Infanta Sor Margarita de la Cruz, pag.161.

Cap.II. Bautiſmo de la Infanta, amor que en ſus tiernos años tuvo à Dios, y la Emperatríz à ſu Alteza, pag.164.

Cap.III. Devotos egercicios en la niñèz de ſu Alteza, y cuidado de la Emperatrìz ſu Madre en ſu educacion, pag. 167.

Cap.IV. Ingenio, y condicion de ſu Alteza en los primeros años, pag.170.

Cap.V. Inclinacion de ſu Alteza à perſonas virtuoſas, y dá principio à egercitarſe en la mortificacion, pag.172.

Cap.VI. Primera aficion de ſu Alteza à ſer Religioſa, y devotos egercicios de eſte genero en ſu tierna edad, pag. 175.

Cap.VII. Obediencia à ſus Padres, y ſufrimiento de ſu Alteza en ſu niñèz, y dos caſos particulares en la materia, pag.178.

Cap.VIII. Fervores del amor de Dios en en ſu Alteza, y de la caridad con los pobres en ſus primeros años, pag. 180.

Cap.IX. Eſpiritu de ſu Alteza en las recreaciones, y preſencia de Dios en los entrenimientos de ſu eſtado, pag. 182.

Cap.X. Devocion de ſu Alteza en la oracion, y en la Miſa, y ſobrenatural favor que la hizo Dios en eſte Sacroſanto Miſterio, pag.184.

Cap.XI. Zelo ardiente de ſu Alteza en la Fè, en ſu primera edad, y particulares demoſtraciones en eſta virtud, pag.186.

Cap.XII. Muere el Emperador Maximiliano, y comienza Dios à diſponer medios à la vocacion de ſu Alteza, con la jornada que la Emperatríz ſu Madre intenta à Eſpaña, pag. 188.

Cap.XIII. Dificultades de la jornada de la Emperatríz, é inſtancias que ſe hicieron por el Imperio para que ſe eſcuſaſſe, pag.191.

Cap.XIV. Perſuaden à ſu Alteza ſus deudos no ſalga de Alemania, y la conſtancia que moſtrò en eſta reſolucion, pag. 193.

Cap.XV. Pregunta la Emperatríz á ſu Alteza ſi quiere ſeguirla: lo que reſponde; y vàſe apreſurando la jornada à Eſpaña, pag.196.

Cap.XVI. Parte la Emperatríz con la Infanta de Alemania: el buen orden, y concierto de ſu Corte, pag.198.

Cap.XVII. Proſiguen ſu Mageſtad, y Alteza la jornada por Italia. Acude à ſu ſervicio la Republica de Venecia: viſitan à San Antonio de Padua, pag. 200.

Cap.XVIII. Viſita á ſu Mageſtad, y à ſu Alteza San Carlos Borromèo, pag.203.

Cap.XIX. Parte ſu Mageſtad de Lodi á Genova: embarcaſe, y viſita en Marſella las Reliquias, y Santos Lugares de la Magdalena, pag.203.

Cap.XX. Vuelve à embarcarſe en Marſella ſu Mageſtad. Tempeſtad en el Golfo: deſembarca en Colibre, y llega á Barcelona, pag.209.

Cap.XXI. Parten ſu Mageſtad, y Alteza de Barcelona, llegan á Monſerrat, y deſcribeſe eſte Sagrado Monte, y Santuario, pag.212.

Cap.XXII. Favor ſobrenatural, que en Monſerrat recibiò de la Virgen Maria ſu Alteza, y accion generoſa con que ſe ofrece por Eſpoſa à Jeſus, pag.214.

Cap.XXIII. Parte la Emperatrìz, y ſu Alteza de Monſerrate: llegan á Zaragoza, viſitan ſus Santuarios, y continùa ſu viage haſta llegar al Pardo, pag. 216.

Cap.XXIV. Envia la Emperatrìz, y ſu Alteza à viſitar el Monaſterio de las Deſcalzas, y diſponeſe ſu primera entrada en aquella Real Caſa, pag.219.

Cap.XXV. Parten ſu Mageſtad Ceſarea, y la Infanta ſu hija del Pardo, y entran en el Monaſterio Real de las Deſcalzas de Madrid, pag.221.

LIBRO SEGUNDO.

CAP.I. Pide el Rey à la Emperatrìz, que vaya al Reyno de Portugal con ſu Alteza. Parten de Madrid, y llegan à Guadalupe, pag.224.

Cap.II. Parten ſu Mageſtad, y Alteza de Guadalupe: llegan à Lisboa: recibelas el Rey, y Archiduque Alberto, pag. 227.

Cap.III. Santos egercicios de la Infanta Margarita en Lisboa, pag.229.

Cap.IV. Muere el Principe Don Diego, y platicaſe caſar à la Infanta Margarita con el Rey Felipe Segundo, pag. 231.

Cap.V. Eſcribe el Rey un papel á la Emperatríz en platica de ſu caſamiento, y lo que en eſto paſó, pag.233.

Cap.VI. Confuſion en que ſe halla la Emperatrìz Maria en el tratado del caſamiento de la Infanta ſu hija, con el Rey ſu hermano; y lo que reſolviò en eſte punto, pag.235.

Cap.VII. Razonamiento que ſu Confeſor hace à la Infanta, y lo que ſu Alteza reſponde, pag. 237.

Cap.VIII. Eſpirituales ſentimientos de ſu Alteza, con la noticia de pretenderſe la mudanza de ſu vocacion; y razonamiento, que en la miſma materia hizo Don Juan de Borja, pag.240.

Cap.IX. Lo que ſu Alteza padeció ſobre la platica del caſamiento, y la reſpueſta que en ello diò la Emperatrìz, pag. 243.

Cap.X. Parten de Portugal el Rey, la Emperatrìz, y la Infanta: llegan à Madrid; y devocion de ſu Alteza à una Imagen de Chriſto en el Convento Real de las Deſcalzas, pag. 245.

Cap.XI. Vuelven à proponer à ſu Alteza el caſamiento: platica de cierto Miniſtro, y reſpueſta de la Infanta, pag.247.

Cap.XII. Crecen las tribulaciones de la Infanta en la propoſicion del caſamiento: conſuelala Chriſto nueſtro Señor con favor muy particular, pag.250.

Cap.XIII. Continuanſe las inſtancias con ſu Alteza en la platica del caſamiento: habla à ſu Madre, y lo que ſu Mageſtad le reſponde, pag. 252.

Cap.XIV. Dice la Emperatrìz al Rey la determinacion de ſu hija: reſpueſta de ſu Mageſtad, y nueva tribulacion que ſe leva nta à ſu Alteza, pag.255.

Cap.XV. Vuelven à hablar la Emperatríz, y el Rey à la Infanta en la ultima reſolucion de ſer Religioſa, y las prevenciones que ſe hicieron antes de egecutarla, pag.257.

Cap.XVI. Publicaſe el dia de la Converſion de San Pablo, para la entrada de ſu Alteza, pag.259.

Cap.XVII. Refiereſe el Acto venerable de la recepcion del Habito de ſu Alteza: y la orden, y ceremonias con que eſto ſe egecutó, pag.262.

Cap.XVIII. Continuaſe la materia de la recepcion de ſu Alteza, pag.265.

Cap.XIX. Proſigue, y dàſe fin à la entrada de ſu Alteza en la Religion de Santa Clara, pag.268.

LIBRO TERCERO.

CAP.I. Eſtimacion que la Infanta Margarita hizo del Eſtado Religioſo, pag.271.

Cap.II. Hace inſtancia ſu Alteza, que el tratamiento ſea, no el que ſe debe à ſu nacimiento, ſino el ordinario à la Religion, pag.274.

Cap.III. Devoto ſentimiento de ſu Alteza por no haber obtenido en la inſtancia que hizo ſobre ſu tratamiento, y razones con que la conſuela ſu Prelada, pag. 277.

Cap.IV. Experiencias que hace la Abadeſa del eſpiritu de ſu Alteza en los egercicios de la Religion, pag.279.

Cap.V. Devota enſeñanza de la Abadeſa à ſu Alteza: y como aſsiſtia à la Emperatrìz ſu Madre en el Noviciado, pagin. 281.

Cap.VI. Vaſe diſponiendo la profeſion de ſu Alteza: pruebas que hace ſu Prelada de ſu perſeverancia, y eſpiritu, pagin. 283.

Cap.VII. Contradicciones que ſe deſperataron para que ſu Alteza no profeſaſſe: el valor con que ſe opuſo à ellas, y ſeñalaſe dia à la profeſion, pag.285.

Cap.VIII. Dilataſe el dia ſeñalado à la profeſion: devotos ſentimientos de ſu Alteza, y vence que ſe ſeñale otro dia, pag. 288.

Cap.IX. Profeſion de ſu Alteza: y la forma, devocion, y decencia con que eſto ſe hizo, pag.291.

Cap.X. Primeros egercicios de ſu Alteza, deſpues de Monja profeſa: y atencion gran-

grande al cumplimiento de ſu Regla, pag.293.
Cap.XI. Penitentes egercicios del Real Convento de las Deſcalzas de Madrid, à cuya profeſion ſe entregò ſu Alteza, pag.295.
Cap.XII. Alegria, y aprovechamiento de ſu Alteza en los egercicios de la Religion, pag.300.
Cap.XIII. Mortificacion de ſu Alteza de que le fueſſen à la mano en la mortificacion, y como ſe aprovechaba en eſte egercicio, pag.301.
Cap.XIV. En qué forma aſsiſtia ſu Alteza à la Emperatrìz ſu Madre en el Convento, pag.303.
Cap.XV. Muerte del Archiduque Erneſto, hermano de ſu Alteza, y paſa por Madrid el Archiduque Alberto à Flandes, y lo que le ſucedió, pag.306.
Cap.XVI. Prueba que Dios hace del amor de ſu Alteza en el amor á ſu Madre, y del valor eſpiritual que moſtrò en eſte caſo, pag.308.
Cap.XVII. Egercitaſe ſu Alteza en ſervir á Dios, y à ſu Madre. Nuevas de la muerte de la Reyna Doña Iſabél ſu hermana, pag.310.
Cap.XVIII. Eſcribe el Pontifice à ſu Alteza, en recomendacion de ſu Nuncio, y el fervor con que ayudaba à las coſas de la Igleſia, pag.312.
Cap.XIX. Trataſe de caſar al Principe Don Felipe: eligeſe por eſpoſa á la Reyna Doña Margarita, por interceſion de ſu Alteza, pag.316.
Cap.XX. Muere Felipe Segundo: recogeſe al quarto de la Emperatrìz Felipe Tercero, y la Infanta Doña Iſabél, pag.319.
Cap.XXI. Viene la Archiduqueſa Maria deſde Valencia à viſitar à la Emperatrìz, y à la Infanta, y lo que en eſto ſucediò, pag.321.
Cap.XXII. Credito de la perfeccion de ſu Alteza: quierenla hacer Abadeſa, y como en eſte punto ſe defiende, pag.324.
Cap.XXIII. Aviſan à la Emperatrìz de Alemania nuevas de grande pena: notable ſuceſo del Archiduque Maximiliano ſu hijo, pag.327.
Cap.XXIV. Viſita el Archiduque Maximiliano à la Emperatrìz ſu Madre, y à ſu Alteza, y particulares circunſtancias, que en eſto intervinieron, pag.330.
Cap.XXV. Và llegando à ſu fin la Emperatrìz, y previenele á la muerte: y lo que en eſto ſu Alteza la ayudó, pag.333.
Cap.XXVI. Fatiga á la Emperatríz la ultima dolencia de ſu vida: ſentimiento ſanto de ſu Alteza, y fineza, que por Dios obrò en eſta ocaſion, pag.335.
Cap.XXVII. Aſsiſte la Infanta à la ultima enfermedad de ſu Madre, el valor, y gracia con que lo egecutò, pag.338.
Cap.XXVIII. Dichoſo tranſito de la Emperatrìz Maria, y valor con que la aſsiſte la Infanta, pag.340.
Cap.XXIX. Particulares ſeñales con que manifeſtò Dios la ſanta vida de la Emperatrìz Maria, pag.342.

LIBRO QUARTO.

CAP.I. Trataſe de poner caſa à la Infanta, muerta la Emperatrìz, y razones que para eſto ſe ofrecieron, pag.346.
Cap.II. Dice el Embajador à ſu Alteza la reſolucion de ponerle caſa: valor, y eſpiritu de la Infanta en contradecirlo, pag.348.
Cap.III. Hace inſtancia ſobre la materia el Embajador con el Confeſor de ſu Alteza, y lo que reſuelven, pag.350.
Cap.IV. Razones con que inſtaban à ſu Alteza para que permitieſſe, que ſe le puſieſſe caſa, y lo que ſe reſolviò en la materia, pag.352.
Cap.V. Quejaſe con devotos ſentimientos la Infanta à Dios, de lo que la ſiguen las honras del mundo, pag.355.
Cap.VI. Hace inſtancia el Emperador Rodolfo para llevar à Alemania á ſu Alteza, y la reſolucion que ſe tomò en eſte punto, pag.358.
Cap.VII. La edad de ſu Alteza quando muriò la Emperatrìz ſu Madre, y particulares noticias del camino por donde Dios la llevò, pag.360.
Cap.VIII. De qué manera ocupaba el tiempo ſu Alteza, deſpues de muerta la Emperatrìz ſu Madre, pag.362.
Cap.IX. Los conciertos eſpirituales que tenia con ſu Angel de Guarda, para que la deſpertaſſe de noche á la Oracion, y como ſiguiò eſte ſanto egercicio, pag.364.
Cap.X. En qué ſe ocupaba ſu Alteza por la mañana, y la devocion con que oìa Miſa, pag.366.
Cap.XI. De què ſuerte continuaba ſu egerci-

cicio, y comida; y de las recreaciones eſpirituales de ſu Alteza, pag. 368.
Cap.XII. Las Audiencias que ſu Alteza daba, y como reſplandecia en ellas ſu eſpiritu: y en què ocupaba la noche, pag. 370.
Cap.XIII. Oraciones jaculatorias de ſu Alteza en los egercicios ordinarios del dia, pag.372.
Cap.XIV. Caſos particulares de aquel tiempo, y eſtrecha comunicacion de ſu Alteza con la Reyna Doña Margarita ſu ſobrina, pag.376.
Cap.XV. Muerte de la Reyna Doña Margarita, y lo que ſu Alteza cuidaba de los Infantes ſus ſobrinos, pag.379.
Cap.XVI. Muerte del Emperador Rodolfo, hermano de ſu Alteza, y tranſlacion del cuerpo de la Emperatrìz ſu Madre, pag.381.
Cap.XVII. Muerte del Archiduque Maximiliano, y los Emperadores Matias, y Ana, hermanos de ſu Alteza, pag. 385.
Cap.XVIII. Trata ſu Alteza de traher à las Deſcalzas à la Señora Doña Catalina de Eſté, nieta de la Señora Infanta Doña Catalina, y del Duque de Saboya: parte aquella Señora de Italia, y llega à Eſpaña, pag.387.
Cap.XIX. Muerte de Phelipe Tercero el Piadoſo: ſentimiento de ſu Alteza, y lo que le ſucediò en eſte caſo, pag. 389.
Cap.XX. Breve con que el Pontifice explica à ſu Alteza el ſentimiento de la muerte de Phelipe Tercero, y otras circunſtancias de eſte caſo, pag.392.
Cap.XXI. Continuaſe la entrada de la Señora Doña Catalina de Eſté en el Convento Real de las Deſcalzas, donde tomó el habito de Santa Clara, pag. 397.
Breve en que el Pontifice Gregorio XV. muestra la juſta eſtimacion que hacia de las claras virtudes de ſu Alteza, pag. 399.
Cap.XXII. Trata ſu Alteza de traher à ſu compañia, y profeſion à la Señora Marqueſa de Auſtria ſu ſobrina, hija del Emperador Rodolfo, y parte de Alemania, pag.403.
Cap.XXIII. Embarcaſe la Marqueſa de Auſtria en Genova, y lo que padeciò haſta deſembarcar en Barcelona, pag. 405.
Cap.XXIV. Llega la Marqueſa de Auſtria à Madrid con grande contento de ſu Tia, y toma el habito en el Real Convento de las Deſcalzas, pag.407.
Breve de Urbano VIII. para la Señora Infanta, pag.409.
Cap.XXV. Prueba que Dios hizo del eſpiritu de la virtud de ſu Alteza con un accidente grave à los ojos, pag. 412.
Cap.XXVI. Tratan de curar à ſu Alteza del mal de los ojos: rindeſe á eſto por la ſanta obediencia, y què efecto tuvo la cura, pag.414.
Cap.XXVII. Crece la enfermedad de ſu Alteza, y corrimiento à los ojos, la paciencia con que toleraba eſte mal, pag.416.
Cap.XXVIII. Conſultanſe algunas perſonas eſpirituales ſobre la enfermedad de ſu Alteza: batenle las cataratas, y queda del todo ciega, pag.418.
Cap.XXIX. Reſignacion de ſu Alteza en el trabajo con que Dios la probó, de hallarſe ſin la viſta, y como ſe aprovechó de eſta mortificacion, pag.422.

LIBRO QUINTO.

CAP.I. Aficion grande que ſu Alteza tuvo al egercicio ſanto de las virtudes, pag.425.
Cap.II. Fè, y zelo de la Religion Catòlica de ſu Alteza, pag.427.
Proteſtacion de la Fè del Emperador Carlos Quinto, pag.429.
Cap.III. Amor que ſu Alteza tenia à los Predicadores, y lo que ayudaba à la propagacion de la Fé, pag.430.
Cap.IV. Lo que ſentìa las perſecuciones de la Igleſia, y heroyco hecho de ſu Alteza en eſta virtud, pag.432.
Cap.V. Devocion de ſu Alteza en deſagravios á Chriſto nueſtro Señor de las ofenſas que ſe hacian contra ſu ſanta Fè, pag.435.
Cap.VI. De lo que favoreciò à ſu Alteza la virtud de la eſperanza, pag.437.
Cap.VII. La viva eſperanza que tuvo en negocios muy graves, y como correſpondieron los efectos, pag.439.
Cap.VIII. La caridad que ardía en el corazon de ſu Alteza, y que ſiempre conſervò la gracia bautiſmal, pag. 442.
Cap.IX. Sentimientos de amor divino con

de Oſma. Se imprimiò la primera vez en quarto en Madrid año de 1650. *y deſpues el R. P. Fr. Joſeph Palafox la reimprimiò en el Tomo IV. de las Obras del Siervo de Dios el año de* 1664. *omitiendo la ſegunda de ſus aprobaciones, que reproducimos en eſta edicion, por valerſe de ella el V. Prelado en el numero* 491. *de la* ſatisfaccion al Memorial de los Religioſos de la Compañia, *que ſe halla en el Tomo XI. y de todo eſto hace memoria Don Nicolàs Antonio en la primera parte de ſu Bibliot. Nov. Hiſpan. pag.* 577.

La Vida de la Sereniſsima Infanta Sor Margarita de la Cruz, aunque ſalió en nombre del R.mo P. Fr. Juan de la Palma, Confeſor de ſu Alteza, por el año de 1636. *que fue la primera vez que ſe dió al pùblico, es yá ſin duda ſer obra legitima de nueſtro V. Autor, como lo demueſtra el R. P. Fr. Joſeph de Palafox en la advertencia que hizo á ella, y eſtà en la pag.* 157. *de eſte Tomo, y en el Tomo IV. de las Obras del V. Siervo de Dios de la edicion antigua, impreſo año* 1664. *Y noſotros añadimos, para mayor confirmacion, un texto expreſo del V. Autor en Carta eſcrita deſde las Indias à Don Miguèl Lanuza, ſu fecha á* 2. *de Enero de* 1645. *cuyo original hemos viſto, y leído, y dice aſsi*: Enviómle Vmd. deſde Zaragoza el Libro de la Vida de la Madre Iſabél de Santo Dòmingo, y parecióme excelentemente: guſtó Vmd. del que yo eſcribí de la Vida de la Señora Infanta, y me eſcribió ſobre él; y eſtos ſon yà parenteſcos literarios, &c. *Hace memoria de eſta Vida Don Nicolás Antonio en la Biblioteca referida* 1. *part. pag.* 578.

A LOS FIELES DEL OBISPADO DE LA PUEBLA de los Angeles.

Juan, indigno Obiſpo, ſalud.

Abiendo eſcrito el año de quarenta y ſeis la vida de San Juan el Limoſnero, Patriarca de Alejandría, como uno de los tributos que nueſtra obligacion Paſtoral debe al aprovechamiento de las almas de nueſtro cargo, y el ſiguiente otra Epiſtola conſolatoria, ofreciendo motivos á la aplicacion de los trabajos, con que en eſta vida miſerable vivimos egercitados; reſolvimos, por mayor comodidad de la impreſion, remitirlo todo á Eſpaña en la Flota, que eſtaba ſurta en el Puerto de la Vera-Cruz, el miſmo año de quarenta y ſiete. Dedicamosla, para que corrieſſe por Europa con iluſtre amparo, á la grandeza, y excelente virtud del Señor Duque de Medina-Celi, y Alcalá, remitiendolo para que ſalieſſe á pública luz por ſu generoſa mano. Llegó aquella Flota á ſalvamento, y el año ſiguiente de quarenta y nueve, precediendo beneplacito de ſu Mageſtad, é inſinuacion de ſu gracia, y merced, para que vinieſſemos á ſu Real Corte, nos embarcamos, obedeciendole, en la Vera-Cruz por el mes de Junio, y llegamos con Flota, y Galeones á las Coſtas de Eſpaña por el de Septiembre con el natural, y debido deſeo de hallarlas con aquella felicidad que nos acompañó en nueſtra navegacion; pero como quiera que no hay coſa mas conſtante en eſta vida, que la variedad, é inconſtancia de las coſas humanas, el dia de nueſtra mayor alegria, que es quando deſpues de tan larga embarcacion ſe reconoce el Puerto, y la tierra, fue el de nueſtra mayor triſteza, y cuidado.

II. Hallamos toda la coſta laſtimada con la invaſion, y azote de la peſte, de cuyas reliquias, y temores, ni eſtaba purificada la Andalucía, ni ſin temores Caſtilla, recatandoſe, y guardandoſe los lugares de ſí miſmos; ſiendo amigos, vecinos, y deudos, como ſi fueran de contraria ley, y profeſion. Al cuidado público, y comun, ſe ſiguió el particular de cada uno de los que veniamos; porque ſiendo nueſtro intento buſcar la coſta para entrar en el Reyno, hallamos tambien cerrados los tranſitos á lo

interior del Reyno, por guardarſe de los peligros de la coſta, con que cada uno huvo de buſcar ſegundo puerto á ſu cuidado. Hallé yo prevenido para mí, el amparo que ſolicité para San Juan el Limoſnero; y con toda aquella benignidad, y grandeza de corazon que cogió el ſeñor Duque de Medina-Celi el libro que le dediqué, recogió en ſu caſa á ſu Autor, logrando en ella los favores, y conſuelo de un Señor ſumamente humano, y agradable en las coſtumbres: chriſtiano, y excelente en las virtudes: inſtruido, y docto en la erudicion: zeloſo, y prudente en ſus oficios, y eſtados.

III. En eſte nuevo Puerto deſcansé de los trabajos paſados, y de las fatigas de quatro meſes de viage deſde la Nueva-Eſpaña, y habiendo preguntado por el volumen de la Vida de San Juan, ſupe que la peſte (trabajo, y miſeria, que generalmente ocupa todos los miniſterios de lo publico) no ſolo impidió las impreſiones, ſino que ſe llevó tras sí los Impreſores, y como un fuego arrebatado, y devorador, univerſalmente todo caſi lo habia acabado, y conſumido. Aqui entendí mas expreſamente, y con laſtima mayor, las miſerias, nunca viſtas de la peſte, las quales quando llegué, ſolo habia por mayor oído con admiracion; ſiendo pequeña manifeſtacion de lo padecido, haber muerto en Cadiz en breve tiempo ocho mil perſonas, con no ſer de las mayores Ciudades de Andalucía, quanto mayor haber muerto en menos de mes y medio, ciento y cinquenta mil en Sevilla, aunque ſea una de las mayores del Reyno. Al horror de tantos muertos, que deſaparecidos hicieran un miſerable eſpectáculo, ſe llega la manera de morir tan laſtimoſa, y breve, por ſer tan acelerados, y violentos los terminos del mal, y tan contagioſos, y crueles, que no pudo prevenirlos, ni la mayor providencia de los Magiſtrados, (que fue grande) ni el zelo de los Gobernadores, ni el aliento, y valor de los vecinos; porque todo lo vencia, y arraſtraba el peſo, y grandeza de la calamidad. Era neceſario que enterraſſen con priſa los vivos á los muertos, para que no murieſſen como ellos, y no corrompieſſe el viento, el contagio, que habia inficionado la ropa. En los egercicios de la piedad, nacian los de la laſtima, enterrando mañana, á los que enterraban á los otros ayer, y llevando en carros á los Hoſpitales hoy, á los que el dia antes eran guiadores de los ſepultados. Veianſe unos á otros en tan igual, y miſerable peligro, que no ſe ſabía qual era mas dichoſo, el que lo dejaba con la muerte, ó el que lo padecia con la vida.

Fal-

IV. Faltaba tiempo para deſnudar los difuntos, y aſsi era neceſario enterrarlos veſtidos, y tras ellos quemar á vivo fuego ſu ropa, en que ſe miraba á la decencia de los cuerpos, y á la ſeguridad de lo público, deſpreciando todo lo que era menos que la muerte, perdiendoſe inumerable hacienda con ello. Era miſerable eſpectáculo, vér clamar, y lamentarſe en las caſas, en las calles, en las plazas los hombres, mugeres, y toda ſuerte de eſtados; vivos ſolo para poderſe quejar, pidiendo remedio en un daño que no ſe hallaba remedio. Apartaban á los hijos de los padres, y á las hijas de las madres improviſamente, porque con el amor no ſe les pegaſſe la muerte, y trataban de aſegurarles la ſalud, comenzando por lo que mas atormenta la vida. A la congoja del contagio ſe aumentaba el verlo en todos comun, y que ni el padre tenia hijo que le valieſſe, ni el hijo padre que le ayudaſſe, y donde ſolo era neceſario el ſocorro, ſolo ſe veía la neceſsidad. Huvo hombre que él miſmo ſe fabricó la ſepultura, por no conſiderarſe, como á otros habia viſto corrompidos en las calles, y plazas, y atandoſe al pie un cordél, yá cerca de ella, tuvo por piedad, que otro amigo ſuyo le echaſſe dentro, y ſobre él la tierra que baſtaba á cubrirlo. No pudiendo los Hoſpitales comprehender tantos enfermos, ni pobres (porque yá paſaban por pobres los ricos, haciendo iguales leyes el trabajo) morian los hombres, y mugeres tal vez en las plazas; y una noche entre tanto que ſe deſembarazaba el Hoſpital de la ſangre, ſe hallaron en la ſuya, de quinientos enfermos, los trecientos muertos. Si ſe encerraban en las caſas las familias, era encerrarſe con el contagio á morir, y ſi ſalian á las calles, todo era alaridos, y laſtimas, y no lo conſentia la providencia de los Magiſtrados. Si iban á los Hoſpitales, el concurſo al contagio, le daba mas fuerza, y miraban aquellos remedios como daños, teniendo por muerte la medicina, y por ſepultura la cama.

V. Finalmente, relaciones particulares habrá que hagan mas públicos tan exceſivos trabajos; pero entre tanto, á los que hemos llegado tan cerca, que hemos hallado calientes aun las cenizas de eſte incendio, y á voſotros, hijos mios, á quien lo refiero, ſirvanos de eſcarmiento, luz, y deſengaño, el vér quan grande es, y temeroſa la mano de aquel Señor, que aſsi puede, y ſabe caſtigar, y cuyo poder tiene prevenidos en la armería de ſu juſticia, otros mayores azotes á los que no ſe valieren con tiempo de ſu miſericordia. Conoceſe de verdad, Fieles, que no es eſte el

mayor de los caſtigos que tiene Dios prevenidos á eſta nueſtra naturaleza inſolente, y preſumida; pues dandole á David eleccion para que pagaſſe, y purificaſſe una culpa, con que le habia ofendido, entre la peſte, la guerra, ó la hambre, eligió como menor daño, la peſte. *Melius eſt* (dijo) *ut incidam in manus Domini* (*multæ enim miſericordiæ ejus ſunt*) *quam in manus hominum.* (a) Mucho mejor es caer en las manos del Señor, cuya miſericordia es grandiſsima, que en las manos de los hombres. Como quien dice: menor trabajo es aquel con que ſolo ſe cae en las manos de Dios; porque ſi elijo la hambre, pueden acuſar los hombres mi providencia, y caer en las de ſu indignacion: ſi elijo la guerra he de caer en las de mis enemigos; y aſsi abrázo la peſte, cuyo caſtigo depende de las de Dios, y es menor por eſſo, que entrambos. Mucho, pues, nos queda que temer, y que amar á un Señor tan Poderoſo, que ſobre matar los cuerpos, tiene otras penas mayores, que no acabarlos; y por eſto mas queria David padecer, y lo que es mas perecer en las manos de Dios, que no con las de los hombres; porque los caſtigos divinos ſuelen ſer mas piadoſos, que los favores humanos; como quiera que quita Dios mas del trabajo quando aflige, que dán los hombres al merito quando premian.

VI. Aſsi ſe vió en el caſo de David, porque tres dias le ofreció de peſte por caſtigo al pueblo: *Tribus diebus erit peſtilentia in terra tua.* (b) Y conforme á la opinion comun no duró, ſino deſde la mañana al medio dia del primero, (c) reſpecto de que aquellas Entrañas de piedad conſumieron en el horno de ſu amor los dos dias y medio de la amenaza, dejando empleada la Miſericordia en los vivos, que ſobró á la Juſticia que hábia caſtigado á los difuntos. Mayor, ſegun eſte computo, debió de ſer la ira del Señor en la peſte de nueſtras coſtas de Eſpaña, y mayor fue la miſericordia (pues ſolicitada de sí miſmo, y de inumerables lagrimas de un pueblo afligido, de un Clero Secular, y Regular religioſiſsimo, de los Magiſtrados prudentiſsimos, y de toda ſuerte de eſtados llenos de tribulacion) aſsi como ſubitamente nació, y creció, ſubitamente, y de golpe ſe corrigió un fuego, que ſe entendió no habia de acabarſe, ſino acabandolo todo, y del todo. Es grande (Fieles) la humedad de las lagrimas chriſtianas, para templar el fuego de lá Juſticia Divina, y á la que mucho incendio de pecados ſolicita, poca copia de lagrimas apaga. Eſto ſe vió en el miſmo caſo de David; porque aſsi como

él

(a) 2. Reg. 24. v. 14. (b) Ibid. v. 13. (c) Mendoz. tom. 2. in lib. 1. Reg. pag. 458. & Brochartus de anim. Sacr. ap. Calm. tom. 2. pag. 494.

él lloró, diciendo: *Ego ſum qui peccavi, ego iniquè egi, iſti, qui oves ſunt, quid fecerunt? Yo Señor, ſoy el que pequé; ¿qué hicieron eſtas ovejas?* (d) Luego al punto embaynó ſu eſpada el Angel, y cesó la peſtilencia. No tan preſto, ni tan facilmente huviera ſoltado las piedras de la mano, un pueblo hambriento, y embravecido en la ſedicion, ni embaynado ſu eſpada un Principe indignado en la guerra.

VII. Ponderó admirablemente ſobre eſte lugar San Ambroſio, la Piedad Divina, y quan ſolícita ſe halla á viſta de los trabajos, y miſerias humanas con las palabras ſiguientes: *Qui propoſuerat mortem triduo exercere in terra, ne unum quidem paſſus eſt præterire, ſed ad horam prandij libenter indulſit: Nunquid aliquod miſerationis eſt crimen, quia plus minatur, & minus exigit? qui in remuneratione præmiorum ſua promiſſa cuſtodit, in exactione pœnarum præſcriptum remordet? Cum iraſcitur in reum differt, cum miſeretur properat, ut abſolvat; terret ut corrigat; admonet ut emendet; prævenit ut ignoſcat.* (e) *El Señor* (dice San Ambroſio) *que habia dicho, que duraria la peſte tres dias, no pudo conſigo que llegaſſe á uno entero, y cesó en el medio: ¿Por ventura ſerá defecto de la miſericordia amenazar mas, y caſtigar menos? Premiar mas de lo que ſe ofrece, y caſtigar menos de lo que ſe amenaza? Quando ſe enoja Dios con el pecador, dilata el caſtigo; quando ſe apiada, dá prieſa á la gracia; eſpanta para corregir, amoneſta para enmendar, previene para perdonar.* Pero aunque el juicio con que eligió David la peſte, como menor mal, fue excelente, todavia la razon de ſu eleccion puede cauſar alguna duda á la primera viſta, pues dice: que es mejor caer en las manos de Dios, que en las de los hombres, quando ſon tan fuertes las manos de Dios. Diferentemente eligió Suſana con el trabajo de ſu calumnia fatigada: *Mejor me eſtá* (dice) *caer en vueſtras manos* (hablaba con los Jueces adulteros) *que pecar* (eſto es) *caer en las manos de Dios: Melius eſt mihi abſque opere incidere in manus veſtras, quam peccare inconſpectu Domini.* (f) Y Chriſto Señor nueſtro, enſeñandonos á quien debemos temer, dice: *Nolite timere eos qui occidunt corpus,* (g) *& poſt hæc non habent amplius quid faciant,* (h) *ſed potius timete eum, qui poſtquam occiderit corpus, poteſt & animam mittere ingehenam.* (i) Donde aſsienta, que temamos mas caer en las manos de Dios, que en las de los hombres.

VIII. Todo eſto es cierto, y ſe compone facilmente con reconocer de qué trabajos huimos, y que temores tenemos. Si te has

(d) 2. Reg. 24. v. 17. (e) Div. Ambroſ. tom. 1. enarrat. in Pſal. 37. col. 821. & 822. n. 15. edit. Pariſ. 1686. (f) Dan. 13. v. 23. (g) Matth. 10. v. 28.
(h) Luc. 12. v. 4. (i) Matth. ut ſupr. eod. cap. & v.

has de entrar en las culpas por el temor de las penas, guardate de las manos de Dios, que ſon terribles para las culpas, y por evitarlas, no temas padecer en las manos de los hombres. Y aſsi lo hizo Suſana, que temió menos padecer apedreada en las manos del pueblo, que pecadora en las de Dios, y exponia el cuerpo á los trabajos, por no exponer el alma á las culpas. Pero quando los males no ſon de la gracia, ſino de la naturaleza, ó fortuna, quando tocan los trabajos á la vida corruptible, quando han de caſtigar en eſta vida, adonde alcanza la juriſdicion humana, Dios, ó el hombre, elige David padecer por la de Dios; porque ſu piedad excede infinito á la de los hombres, y ſi en ſu hijo miſmo Abſalón, habia hallado la crueldad, ¿cómo no habia de buſcar en Dios la miſericordia?

IX. Y aſsi, Fieles, no hay donde recurrir, ſino de Dios á Dios. Eſto es de Dios, quando nos buſca con la juſticia, á Dios, quando nos llama con la miſericordia. Salimos de la Vera-Cruz temeroſos de la muerte en las repetidas, y aceleradas enfermedades, que acabaron en aquel Lugar á tantos. Llegamos á Eſpaña, y hallamos á las puertas la muerte, habiendo acabado en breve tiempo infinitos. No damos paſos de vida, que no ſea á viſta de la muerte. Láſtima ſería, teniendo tantas muertes á la viſta, que no mejoraſſemos la vida. A eſte intento os eſcribí la de San Juan el Limoſnero, y eſta Carta Paſtoral, que acompaña la vida, porque excite, y promueba los animos á la limoſna; pues no hay duda, que ſon los pecados los que fomentan la peſte; y la limoſna, la que apaga el fuego de los pecados. *Sicut aqua extinguit ignem, ſic eleemoſyna extinguit peccatum.* (j) Si ceſan los pecados, ceſará la peſte: acabaráſe el efecto, con que ſe acabe, ó ſe evite la cauſa. Y eſta Epiſtola os ofrece mucha luz en los trabajos que os he referido, y encaminan vueſtras almas al conocimiento, de que no hay otra peſte en el mundo, que no ſea tolerable, ſino la de las culpas, y ofenſas de nueſtro Señor; porque el mal de las penas, trabajos, y tribulaciones bien padecidas, trahen conſigo utilidad con la aplicacion, deſengaño en el egercicio, corona en el fin. Dios nueſtro Señor nos le dé bueno, y favorezca eſſa Igleſia mi Eſpoſa, no menos amada auſente, que preſente, y todas ſus almas, con repetidas bendiciones de felicidad eſpiritual, y temporal. Puerto de Santa Maria á veinte y ocho de Octubre de mil y ſeiſcientos y quarenta y nueve años. *El Obiſpo de la Puebla de los Angeles.*

VI-

(j) *Ignem ardentiſsimum extinguit aqua, & eleemoſyna reſiſtit peccatis.* Eccli. 3. v. 33. *Sicut aqua extinguit ignem, ſic eleemoſyna extinguit peccatum*: Ita Div. Maxim. in hunc loc. homil. 1. de Elecmoſyn. pag. 698. lit. A. edit. Paril. 1618.

a Palom.º inv. del.t et sculp.

VIDA DE SAN JUAN EL LIMOSNERO, PATRIARCA DE ALEJANDRIA.

INTRODUCION.

MUCHAS razones me han perſuadido á eſcribir en eſtos breves dias de retiro, la vida de SAN JUAN el Limoſnero, Patriarca de Alejandría, exponiendo ſu leccion para mí, como egemplar á quien ſeguir; y para mis ſubditos, y los demás fieles, á cuyas manos llegáre, como á un varon tan Santo, y acreditado, digno Maeſtro de las almas. Primeramente: el vér que no es muy vul-

vulgarmente ſabida, y que como noticias, ſi no nuevas, renovadas, ha de ofrecer con el conſuelo, el provecho. Sus virtudes fueron excelentes, y los ſuceſos, y acciones, de ſu gobierno admirables, ſu perſona iluſtre por naturaleza, iluſtrada por la gracia.

2 Tambien me ha inclinado á eſte moderado trabajo la devocion que tengo, y he tenido ſiempre á eſte Santo, y el anſia con que vivo de que todos ſe la tengan, y la célebre memoria que en todos tiempos ſe hizo á ſu ſantiſsima vida; porque á pocos dias de muerto, la eſcribió por relacion de Zacarias, y Menas, Miniſtros, y Familiares del Santo, Leoncio Obiſpo de Nicopolis, Varon eruditiſsimo, cuyas obras, y entre ellas, la vida de San Juan, alaba, y aprueba el Concilio General Segundo Nizeno, con elogios excelentes en la accion quarta; (a) y deſpues el Santo Pontifice Nicolao Magno, por los años de ochocientos y cinquenta y ocho mandó á otro Eccleſiaſtico en toda erudicion muy verſado, que llamó Anaſtaſio Bibliotecario, que tradugeſſe la miſma vida del Santo, del Griego idioma en el Latino, como refieren Sigeberto, y Baronio, (b) y aſsi ha corrido haſta ahora; con que derecho tiene eſta vida, que la eſcribió en ſu origen un Obiſpo, aprobó un Concilio univerſal, mandó traducir un Papa, llégue por mano de otro Prelado á la noticia comun; porque el que é tantas, y tan conſagradas manos á lo bueno, fue excelente en ſocorrer, y amparar á toda ſuerte de gentes con liberaliſsimas acciones; por manos tambien (aunque indignas) conſagradas, ſe publiquen ſus virtudes, y promueba ſu ſanta opinion, y fama.

3 Añadeſe á eſto, ſer ſus acciones unas mudas inſtrucciones, no ſolo de Obiſpos, ſino de ſubditos, con particular manera de perſuadir, y ſumamente eficáz, y mas en lo que toca á promover la caridad, y limoſna de los Fieles; porque aunque otros Santos han ſido larguiſsimos en eſta virtud, pero en cierto modo ſe ſeñaló eſte Santo Prelado entre todos, como ſe verá en ſu vida; pues no ſolo repartió limoſnas, ſino que hizo limoſneros, paſando de ſocorrer con la limoſna á los pobres, á imprimir en los otros la virtud de la limoſna; con que no ſolamente promovia el ſuſ-

ten-

(a) Concil. Nizen. 2. Action. 4. in tom. 19. Collection. Reg. pag. 262. (b) Sigebert. de Vir. Illuſtr. cap. 57. in Leontio, & cap. 104. in Anaſtaſ. Bibliot. ap. Baron. annotat. ad Martirol. Rom. die 23. Januar. fol. 52.

tento en los cuerpos, ſino la gracia en las almas, y á unos hacia por Dios, de pobres ricos, y á otros por el miſmo Dios de ricos pobres, quedando los unos, y los otros ſocorridos: aquellos con el ſuſtento, y eſtos con la corona, y palma de eſta inefable virtud, con que ſe hizo juſtamente á todos, amable, venerable, y admirable.

CAPITULO PRIMERO

DEL TIEMPO EN QUE NACIO SAN JUAN, PONTIFICES, Emperadores, y Reyes, que concurrieron en él.

FLoreció San Juan en tiempo del Emperador Eraclio, y nació en quanto ſe puede juzgar por el computo de ſus hechos (pocos años mas, ó menos) en el de Juſtino, y Tiberio II. Ceſar, Emperador Griego, en el ſiglo ſexto del nacimiento del Señor, por los años de 576. (a) y haſta la muerte del Santo, por ſuceſion gobernaron la Silla Romana: San Gregorio Magno, á quien ſucedió Sabiniano, y á eſte Bonifacio III. y á él San Bonifacio IV. El Imperio gobernaron en eſte miſmo tiempo, Valentino, Tiberio, Mauricio, Focas, Juſtino, y Eraclio: y el Patriarcado de Alejandría, San Eulogio, á quien ſucedió Teodoro. La Corona de Eſpaña gobernaba Recadero, hermano de San Hermenegildo, que con tanta gloria ſuya, y de la Igleſia, deſterró todo el Arrianiſmo de ſu Imperio. (b)

2 No deja de ſer circunſtancia digna de repáro, que naciеſſe San Juan el mas miſericordioſo de los Prelados, que conocieron ſus tiempos, ſiendo univerſal Pontifice, ó floreciendo antes de ſerlo, el mas piadoſo Paſtór de los Paſtores, que fue San Gregorio, verdaderamente Magno, y reynando el mas limoſnero Ceſar, que fue Tiberio II; porque dejando por notoria la caridad admirable de San Gregorio, de quien fue ſocorrido como pobre, y hueſped Jeſu-Chriſto Señor nueſtro, (c) fue el Emperador Ti-

(a) *Ita coligitur ex ſerie Imperatorum, qui ab ejus ortu, uſq. ad Heraclium ſucceſsive gubernarunt: nam Juſtinus Junior, fecit conſortem ſui Imperii Tiberio 2; poſt mortem Juſtini Junioris, Tiberius Imperavit ſolus; & poſt Tiberium, Mauritius, cuí ſucceſit Heraclius, incujus tempore. S. Joan. Eleemoſin. creatus fuit Patriarcha.* Sur, & alii. Ap. Baron. ab an. Chriſt. 576. tom. 7. fol. 564. uſq. ad an. 610. tom. 8. fol. 213. (b) Baron. ub. ſupr. (c) Eccleſ. in 2. lect. 2. noct. ejus, ofic. die 12. Mart. & Ribaden. in ejus vit.

berio II. llamado á la mayor Corona, no ſolamente por Conſtantino, ſino por el Senado de la ſegunda Roma, y por el egercito Romano, como rariſsimo en eſta virtud de la caridad, y con una propiedad ſumamente parecida á los ſuceſos de San Juan; pues quanto mas limoſnas daba, tanto mas le daba Dios que dieſſe. Y aſsi, hallandoſe en una ocaſion con ſed de ſocorrer á los pobres, vió en ſu Palacio en el ſuelo una tabla de marmol, con una ſeñal hermoſiſsima de la Santa Cruz; y pareciendole indecencia que eſtuvieſſe en tierra la ſeñal que él trahia en ſu Corona, y habia ſido, y era llave de los miſmos Cielos, mandó que quitaſſen aquella loſa de alli, alzaronla, y hallaron otra como ella, y con la miſma ſeñal: quitaronla tambien, y hallaron otra, y debajo de eſta un teſoro de oro de grandiſsimo valor, con que pudo el Ceſar ſatisfacer el anſia que tenia de ſocorrer á los pobres. (d) Tambien en un pozo de Italia halló las riquezas que habia eſcondido Narſetes, valeroſo General de Juſtiniano, el qual ſe las recató, y eſcondió entonces á ſu Principe, y vinieron deſpues á las piadoſas, y liberales manos de Tiberio. (e)

3 A Tiberio II. ſucedió Mauricio ſu yerno, igual en el valor, y deſigual ſumamente en eſta excelente virtud de la limoſna, y liberalidad; pues por no ſaberla egercitar, y ſoſegar con ella los egercitos, perdió con el Imperio, y la Corona, no ſolamente la vida, ſino la propia muger, hijos, y deudos, á quien dió cruel muerte el Barbaro Phocas, que Dios eſcogió por inſtrumento á eſte caſtigo, y del Imperio; (f) pues en él obró de ſuerte (menos lo que declaró en favor de la Igleſia Catolica Romana) que dignamente padeció por la mano de Eraclio ſu ſuceſor, la pena que él tan crudamente egecutó en ſu anteceſor Mauricio. (g) Sobrevivió el Emperador Eraclio á San Juan, y gobernó eſte Ceſar con principios, y progreſos de una virtud muy conſtante, pero acabó infeliciſsimamente, conſumiendo el ocio, á quien primero acreditó, y hizo famoſo el valor. (h) Y eſtos quatro Emperadores, y Pontifices, con poca diferencia concurrieron deſde el nacimiento, haſta la muerte de San Juan el Limoſnero.

(d) Naucler. volum. 2. generat. 20. pag. 615. (e) Id. Naucl. eod. loc.
(f) Pined. Monarch. Eccleſiaſt. tom. 3. cap. 6. fol. 12. paragr. 3.
(g) Nicephor. Caliſt. lib. 18. cap. 55. (h) Pined. ub. ſupr. cap. 12. fol. 23. paragr. 2.

CA-

CAPITULO II.

NACIMIENTO DE SAN JUAN, Y PRIMEROS prodigios de ſu vida.

NAció San Juan en la Isla de Chipre, gobernando ſu padre Epiphanio aquel Reyno, por el Emperador Juſtino, y Tiberio II: era de iluſtre linage, y ſangre. De ſu madre no ſe dejó el nombre eſcrito; pero ſe conoce ſu nobleza, ſobre afirmarla las hiſtorias, en la Dignidad que tuvo ſu marido; porque la de gobernar un Reyno, es la mayor que ſe puede conſeguir debajo de la mano del Emperador, ó Rey; y la Isla de Chipre fue ſiempre una de las mas eſtimadas joyas del Imperio.

2 Crióſe con gran virtud en ſus primeros años, y deſde ellos comenzó á deſpedir rayos de excelentes eſperanzas; porque la facilidad á recibir las noticias de las letras, era grande; y mayor la de recibir los egemplos, é inſtrucciones de virtud. Deſcubrió un natural vivo, y eficáz al entender, pronto, y egecutivo al obrar, dulce, y compaſivo al remediar, y ſocorrer á los pobres; con que en pocos años grangeó la expectacion univerſal del Reyno, juzgando, que habia de ſalir aquel Niño, honor de ſu patria, conſuelo de ſus padres, y amparo univerſal de los pobres.

3 Aſsi como le fueron rayando las primeras luces de la razon, comenzó á reſplandecer mas ſu virtud, y entre todas la de la miſericordia, y quanto podia acaudalar ſu cuidado, y grangear con la gracia de ſus padres, reducia á ſuſtento, y ſocorro de los pobres: era todo ſu egercicio, y alegria dilatar con eſtos, el afecto de ſu compaſivo corazon, y la anſia que tiene el codicioſo al adquirir, tenia eſte Niño piadoſiſsimo en el dár.

4 Habiendo egercitado eſta virtud en muchos, y excelentes actos (aun en ſus menores años) le ſucedió en el de los quince de ſu edad una viſion admirable; porque eſtando durmiendo, le pareció que veía cerca de sí una doncella hermoſiſsima, la qual tocandole á la parte del corazon, le deſpertó; y entonces yá deſpierto con el miſmo reſplandor que deſpedia de sí, la vió claramente (coronada de oliva) y dijo: ¿Quién eres, y de dónde veniſte

aqui? Cómo te atreviſte á entrar en el apoſento donde eſtoy? Reſpondióle ella con alegre roſtro, y ſemblante ſonriendoſe: Yo ſoy la primera de las hijas del Rey de los Reyes, y Señor de los Señores. Y ſi tu quieres amarme, te haré muy favorecido ſuyo, porque ninguna de ſus hijas tiene igual valimiento al que yo tengo con él, ni con tan gran confianza pide, y conſigue ſus gracias: yo le perſuadí, que bajaſſe del Cielo á la tierra por los hombres, y ſe hicieſſe Hombre por ellos. Apenas dijo eſto, quando deſapareció. (a)

5 Quedó el piadoſo Mancebo herido en el corazon, y con el animo mas tierno, y compaſivo, y comenzando á diſcurrir ſobre la viſion, referia el miſmo Santo (ſiendo yá Obiſpo) y decia: ¿Quién puede ſer eſta hermoſiſsima Doncella, ſino la Miſericordia? Pues eſta ſanta virtud hizo que el Padre embiaſſe al Hijo á redimirnos, y el Hijo al Eſpiritu Santo á enſeñarnos, y alumbrarnos: (b) á eſta virtud tengo de ſervir, y amar.

6 El dia ſiguiente ſalió Juan de ſu caſa hácia la Igleſia, yá mas enamorado de eſta admirable virtud, ſobre lo que antes eſtaba, y vió un pobre deſcalzo, y deſnudo en tiempo de grande frio: acercóſe á él, deſnudóſe de ſu miſma ropa exterior, cubrióle con ella, diciendo: Ahora veré ſi la Doncella de anoche cumple lo que me ofreció, haciendome amigo del Rey de los Reyes, y Señor de los Señores. Apenas ſe acercó Juan á la Igleſia, quando llegó á él un hombre, y le dió cien doblas de oro, diciendo: Toma Mancebo eſtas monedas. El turbado de verſe ſocorrido ſin pedirlo, aunque ſe halló ſin fuerzas para reſiſtir eſte ſocorro, vuelto de la turbacion por todas partes buſcaba á ſu bienhechor para volverle las doblas, y no lo halló, con que dijo: Yá la Miſericordia me ofrece mas medios, para ſervirla; y luego las repartió de limoſna.

7 Habiendo ſucedido algunas veces, que quanto mas daba, mas le volvian á dár, dijo: ſin duda que Dios guſta de que le demos limoſna, y para eſſo él miſmo, como quien juega, nos dá *ludens in Orbeterrarum*, (c) porque viendo que no tenemos que darle, nos dá para que le demos: he de vér ſi eſto es aſsi. Pedia, y conſeguia de ſus padres que le dieſſen, y él dabalo luego de li-

(a) Div. Antonin. 2. p. tit. 12. cap. 18. paragr. 12. edit. Lugd. 1543.
(b) Div. Thom. 1. 2. quæſt. 30. art. 4. in corp. (c) Proverb. 8. v. 31.

limoſna, y ſin pedirlo; por otra parte le volvian á dár dobládo de lo que daba, y eſto le ſucedió tantas veces, que reféria el miſmo Santo de sí, que cesó en hacer mas pruebas de ello, diciendo: ¿Haſta quando he de exponerme á tentar á Dios, que no puede ſer tentado, ni vencido? Con que dejó aquella noble porfia, dandoſe por vencido en ella: y conociendo, que no ſolamente en la otra vida, pero en eſta dá Dios al Limoſnero ciento, por uno que dá.

CAPITULO III.

OBLIGAN A JUAN A TOMAR ESTADO, CASASE, y mueren ſu muger, é hijos.

CReció Juan en la virtud, y la edad; y en ſus padres el deſeo de ſu lógro, y ſuceſion; y aſsi trataron de que tomaſſe eſtado, y proponiendole algunos caſamientos, les iba dando dilaciones, y eſcuſas, reſuelto el Santo mançebo á abrazar el Eccleſiaſtico. Sobre eſto ſe hicieron diverſas inſtancias con él, y ſus padres, con la juriſdicion que les daba la naturaleza, y las prendas de obediencia, y docilidad de Juan, inſtaron que obedecieſſe, y ſe ſujetaſſe al ſanto yugo del venerable matrimonio. Ultimamente, con gran trabajo lo conſiguieron, buſcandole muger de igual virtud, calidad, y edad, cuyos padres, y ſu nombre omitieron los Hiſtoriadores de aquel tiempo; pero afirman que no fueron menores las inſtancias que huvieron de gaſtar ſus padres, para remover del Santo el deſeo honeſto de guardar, (aun deſpues de caſado) el propoſito de conſervarſe en pureza, que las que gaſtaron en caſarlo. En fin huvo de hacer la voluntad de ſus padres, y ſuegros, que deſeaban ſuceſion, procedida de ſangre, y virtud tan generoſa.

2 Vivió ſanto caſado, el que habia vivido ſanto antes de ſu matrimonio, egercitó las virtudes de prudencia, y templanza mandando, el que habia egercitado las de reſignacion, y humildad, obedeciendo; pero entre ellas, la de la miſericordia, cuidando de manera de los pobres, que ſin faltar á las comunes cargas del matrimonio, y atenciones de gobierno, conſervando tambien el decóro de ſu eſtado, no ignoraſſen ſu nombre los hoſpitales, ni ſu ſocorro los miſerables, y afligidos: iban como á

pa-

padre, á reconocerle los pobres, y era amparo de las viudas, y doncellas; finalmente, el conſuelo, el remedio, y la alegria del Reyno. Fue algunos años caſado, y en ellos reſplandeció admirablemente en las virtudes de ſu eſtado, y profeſion. Dióle Dios hijos, para que huvieſſe en el Cielo prendas de eſte ſiervo ſuyo, y llevoſelos muy preſto, con la muger, para que quedaſſe diſpueſto á eſtado mas alto, y encumbrado, y en el qual pudieſſe ſer mas util univerſalmente á todos.

3 Ponderan mucho los Hiſtoriadores la paciencia con que llevó la pérdida de ſus hijos, y propia muger, ſiendo las mas caras prendas de eſta vida, ſin que digeſſe mas palabras que las del ſanto Job: *Dominus dedit, Dominus abſtulit, ſicut Domino placuit, ita factum eſt, ſit nomen Domini benedictum.* (a) El Señor los dió, el Señor los quitó, ſea ſu nombre bendito. Con que uſando de la infelicidad, como ſábio, y eſpiritual, para mayor felicidad de ſu alma; tuvo por deſembarazo el deſconſuelo, y por miſericordia la tribulacion, para ſervir mas á Dios, y darſe todo, y en todo á ſu amor; habiendo obrado ſu Divina Mageſtad con eſte admirable Varon, lo que el buen labrador con el arbol que deſea vér crecido, que lo póda, y corta las ramas, y le deja ſolo la eſpiga, y tronco para que toda la fuerza, y virtud la eche, y aplíque á la parte ſuperior. Aſsi el Venerable Juan que ſe dividia en la propia muger, é hijos; cortados eſtos, y ſin aquel embarazo, puſo todo ſu cuidado, y tiempo, que antes ocupaba en Dios, y en las criaturas, ſolo en Dios ſu Criador: y de un ſanto mozo, pasó á ſer egemplar caſado, y de un egemplar caſado, á un honeſto, y perfecto viudo, aplicando con mayor largueza ſu cuidado, y ſus bienes temporales, al empleo de ſu ſanta vocacion de la limoſna; llenando no ſolo la Ciudad donde habitaba, ſino todas aquellas Regiones del Oriente, del ſanto olor de ſu piedad, caridad, fervor, y eſpiritu; diſponiendo Dios, que en todos eſtados, y profeſiones fueſſe perfecto, el que criaba para gobernar, perficionar, y enſeñar deſde la alta Cátedra de la mayor Igleſia de Egipto, á toda ſuerte de eſtados, y profeſion.

(a) Job 1. v. 21.

CA-

CAPITULO IV.

PIDE EL PUEBLO ALEJANDRINO A SAN JUAN por Obiſpo, y Patriarca. Patriarcado de Alejandria, y ſus progreſos.

AUnque todas las virtudes tienen credito en el mundo, ninguna ſe lleva la opinion, y fama de las gentes, como la de la limoſna; porque las otras andan ſiempre tan cerca de la perſona, que no pueden correr de gente en gente, como la beneficencia. Al honeſto, ſolo adorna ſu perſona eſte precioſo teſoro: el manſo de corazon hace ſuave ſu trato, y no paſa eſte agrado de los conocidos, y familiares con quien trata: el contemplativo, ſolo á Dios dirige ſus acciones: el humilde, reduce á sí las virtudes, pero no las propaga en los demás; mas el largo, y limoſnero, tantos pregoneros tiene de ſu virtud, quantos afligidos ſocorre ſu liberalidad, tantos Coroniſtas de ſu fama, quantos pobres beneficia ſu largueza. Por eſto Chriſto nueſtro Señor, habiendole hecho célebre ſus virtudes, ſiendo ellas el origen de todo bien, y virtud, todavia le ſiguió mas numero de oyentes, y Diſcipulos, luego que egercitó la limoſna, y ſocorrió con cinco panes, y pocos peces á ſus oyentes, y luego trataron de levantarlo por Rey. (a) Aſsi tambien las limoſnas, y caridad de San Juan, hicieron célebre ſu opinion en el Oriente, á tiempo que eſtaba la Igleſia de Alejandría vacante, por la muerte del Patriarca Teodoro, (b) y encendió aquellos Pueblos en deſeo de elegirlo por ſu Prelado, y Paſtór.

2 Es la Ciudad de Alejandría, que hoy llaman los Turcos Eſcanderia, de las mas iluſtres, y en algunos tiempos la primera de Egipto: ſu ſitio es á la parte de Europa, y coſta del mar Mediterraneo. Fundóla Alejandro Magno en quince dias ſolos, y la iluſtró con ſu nombre; (c) y en eſte poco tiempo (ſegun refiere Juſtino) la adornó, y fortificó de manera, que podian ſus principios igualar á los progreſos, y aumentos de los mayores. Fue cre-

(a) Joan. 6. v. 14. & 15. (b) Zonar. tom. 3. ap. Niceph. Caliſt. lib. 18. cap. 55.
(c) Chriſt. Adricom. Theatr. terr. Sanct. fol. 117. n. 6.

creciendo con el Imperio Romano por la comodidad que en sí ofrece, para la comunicacion de las negociaciones de Europa, aſsi por hallarſe con excelente pueſto á la mar, como por no eſtár lejos del Nilo, rio caudaloſo, cuyas corrientes fertiliſsimamente fecundan ſus riberas. (d)

3 Eſta Ciudad, que fue haſta la caída del Imperio Griego, cabeza de todas aquellas Regiones, yá en poder de los Turcos, y Agarenos, ſolo conſerva algunos edificios, y ruinas, por cuya grandeza ſe manifieſta en deſdichas, lo que fue en felicidades. Háſe transferido toda la opulencia, y poblacion de Alejandría á la antigua Memphis, Silla de los Faraones, y Trono de Joſeph (ſegun afirman algunos) deſcánſo primero, y deſpues cadena del Pueblo del Señor, á la qual llaman hoy el Gran Cayro, olvidado el primer nombre de Memphis; Ciudad que ni en antiguedad puede igualarla otra alguna, como la que comenzó antes de las Monarquias, ni hoy en numero de vecinos, opulencia de trato, grandeza de poblaciones, halla con quien facilmente compararſe.

4 Deſpues de la venida de Chriſto nueſtro Señor, fundó San Marcos Evangeliſta la Chriſtiandad en Alejandria, (e) con fecunda bendicion de Dios, y tan admirable diſciplina, y enſeñanza, que fueron las eſcuelas de Teología Chriſtiana, y aquella Silla, Cátedra de ſagrada erudicion, y Cateciſmos de Fé, y ſus Chriſtianos, el egemplar de los de la primitiba Igleſia; pues aun los miſmos Hebréos, y Gentiles admiraban ſu virtud, deſaſimiento, caridad, y perfeccion, como lo eſcribe Filon en un tratado, con que dió luz al mundo de las heroycas acciones de aquella primitiba, y venerable Igleſia Alejandrina. (f) A eſta cauſa, y por ſu grandeza vino á ſer aquella Silla de los mayores Obiſpados del Oriente, y el primer Patriarcado de los quatro (aunque deſpues por declaraciones, y cauſas particulares) le igualó, y aun tal vez le precedió el de la ſegunda Roma, que llaman Conſtantinopla, como parece por los libros del Derecho Canonico, y otros. (g)

5 La Igleſia Oriental ſe gobernó (aunque debajo de la mano del Pontifice Romano, univerſal Paſtór del mundo, como Vi-

ca-

(d) Juſtin. lib. 2. & Joſeph. 2. bello. 16. & 5. bello. 11. ap. Adricom. cod. loc.
(e) Ep. 3. Anaclet. Pap. & Concil. Roman. ſub Gelaſ. Pap. ap. Labb. & Coſſart. tom. 1. fol. 530. lit. C. Venet. 1728. (f) Phil. Hebr. de vit. contemplat. pag. 614. & 616. edit. Antuerp. 1614. (g) Lequien. Orienſ. Chriſt. tom. 1. pag. 2. col. 2.

cario de Chriſto, y ſuceſor de San Pedro) por quatro Patriarcas: Alejandrino, Antioqueno, Hieroſolimitano, y Conſtantinopolitano, ſigo la orden de la antiguedad, y del tiempo. Eſtos tenian debajo de ſu juriſdicion á los Metropolitanos, eſtos á los ſufraganeos Obiſpos, y eſtos á los Curas, Beneficiados, y Parrocos; con que las Sillas Patriarcales eran por las apelaciones, autoridad, proviſiones, preeminencias, grandeza, y opulencia de poder, y gobierno eſpiritual, las primeras, deſpues de la Romana (que eſta fue ſuperior, y reconocida, y reverenciada de todas.) (h)

6 Dió al mundo la Igleſia Alejandrina excelentes Prelados, aſsi para el egemplo de los Fieles, como para la defenſa de la Fé, y entre ellos, deſpues de San Marcos, y ſus primeros ſuceſores: á San Dioniſio, Santo Tomás, San Pedro el Alejandrino (Martir iluſtre) y San Alejandro, gran defenſor de la Fé, y ſobre todos el grande Atanaſio, que en erudicion, valor, conſtancia, y ſantidad de vida, fue el conſuelo, defenſa, y admiracion de la Igleſia. (i)

7 Pero eſta miſma Silla Alejandrina, por tantas razones clara, y entre todas las del Oriente reconocida, padeció ſus infelicidades, y caídas, como la que eſtaba igualmente expueſta á las comunes miſerias de la vida, y variedad de los acaecimientos humanos; porque aqui nació, y fue incautamente ordenado de Presbitero, aquel monſtruo de blasfemias Arrio, (j) el qual engañando gran parte del pueblo Alejandrino, fue difundiendo, y eſparciendo ſu veneno por Egipto, y llegó, no ſolo á mancillar, y manchar el corazon de algunos Emperadores, y Reyes, y con ellos ſus Reynos, y Provincias, ſino grande numero de Paſtores. De ſuerte, que como el Dragón infernal ſe llevó tras sí gran parte de las Eſtrellas del Cielo; aſsi eſta fiera el tiempo que duraron defendidas, y aplaudidas ſus blasfemias, llevó á eterna condenacion, con la ſuya, inumerables almas, deſencajandolas del Cielo de la Igleſia Militante, y de la pureza, y coſtancia de ſu Fé. A eſta cauſa, entre Varones doctiſsimos, y ſantiſsimos, que tuvo por ſuceſores San Marcos en la Silla Alejandrina, tuvo otros Paſtores intruſos, y perdidos, que fueron lobos crueles de ſus ove-

(h) Id. tom. 2. á pag. 355. uſq. ad 361. (i) Act. SS. tom. 5. Jun. pag. 7. 29. 32. 34. 37. & 39. (j) Pagius, & Gelaſ. Cyzicen. lib. 2. cap. 1. ap. Bolland. tom. 5. Jun. pag. 36. col. 2. Labb. tom. 2. Concil. col. 106. & 107.

jas, con que tanto tuvieron que padecer los buenos, quanto les ofrecian que deshacer de ſu errada Doctrina, y perverſion los malos.

8 Los tiempos inmediatos á la ſuceſion del Gran Juan (ſujeto de nueſtra relacion) fueron mas felices que otros, porque Teodoro ſu anteceſor, gobernó ſolos dos años, ſin nota alguna de vicio. Y antes de eſte fue Patriarca mas de treinta años S. Eulogio, con tan claras virtudes, que volvió á componer la Igleſia Alejandrina, totalmente perdída por la omiſion, y perverſion de Doctrina de ſus anteceſores, y la inclinacion á diverſos errores, á que eſtuvieron ſujetos. (k) O el merito de tan Santos Patriarcas como tuvo eſta grande Igleſia Alejandrina, ó el de tantos ſubditos Santos, como en ella en la primitiva florecieron, debieron de alcanzar de nueſtro Señor el fervor con que el pueblo Alejandrino, muerto Teodoro Patriarca, pidió por ſu Obiſpo al Venerable Juan, ſujeto de nueſtra Hiſtoria.

9 Acoſtumbrabaſe en aquellos tiempos, y mas particularmente en las Igleſias de Oriente, que los pueblos, concurriendo á eſto los dos Eſtados Eccleſiaſtico, y Secular, pedian, y ſeñalaban el Prelado á quien ſe inclinaban, (l) y acudian á los Emperadores, que ſi les parecia preſentaban á la Santa Sede el Poſtulado, el qual haciendo la profeſion de la Fé, la remitian al Pontifice Romano, y reciban del Vicario de Chriſto nueſtro Señor, confirmacion, y licencia para uſar de ſu eleccion.

10 El pueblo Alejandrino, enterado de las grandes virtudes de eſte excelente Varon, no ſolo pedia á ſus Magiſtrados que eligieſſen á Juan por ſu Obiſpo, ſino que ſe tumultuaba ſobre ello, y aſsi ſe lo eſcribieron á Chipre, donde eſtaba, para ſaber ſu voluntad. Reſpondió el Santo con gran reſolucion, quan diverſos eran ſus intentos, y cuidados, y quan agenos de mayores Dignidades, que la del retiro, para darſe todo á la contemplacion de las coſas celeſtiales, afirmando, que no le podia ſer agradable el mandar, á quien ſe hallaba alegre, y deſaſido en la gloria del ſervir. (m)

11 Aviſado el pueblo Alejandrino de la repulſa que dió Juan á

(k) Nicephor. Caliſt. lib. 18. hiſtor. Eccleſiaſt. cap. 56. Baron. tom. 7. ab an. Chriſt. 519. fol. 53. lit. E. uſq. ad an. 535. fol. 586. & 587. lit. E. Lequien. á fol. 414. tom. 2. Orient. Chriſtian. uſq. ad fol. 438. ejuſd. tom. (l) Concil. 1. Pariſ. ap. Baron. tom. 7. fol. 467. lit. C. Eutych. tom. 1. pag. 331. ap. Leq. tom. 2. fol. 349. Gelaſ. Pap. ap. tom. 1. Corp. Jur. Canon. fol. 208. col. 2. (m) Lipom. tom. 1. fol. 174.

á ſus deſeos, creció mas impedido, y deſpedido en el anſia de ſu eleccion, juzgando que aquel ſerviria el pueſto con mayor perfeccion, que lo rehuſaba con mayor coſtancia, por ſu humildad. Y habiendo tantos, que á tan alta Silla aſpiraban, no quiſo el pueblo mudar de ſu primera opinion; y aſsi los Magiſtrados, viendo las inſtancias, y clamores de Alejandria, y que propueſtos otros ſujetos, ſolo les ſatisfacia Juan, huvieron de dár cuenta al Emperador Eraclio, para que mitigaſſe el fervor de pueblo tan numeroſo, ó para que lo ſatisfacieſſe, y contentaſſe.

CAPITULO V.

EL EMPERADOR ENVIA A LLAMAR A SAN JUAN, para que acepte la Igleſia, y ſe interpone Nicetas ſu favorecido. Quien fue eſte Iluſtre Varon, y las eſcuſas del Santo.

FAcil es de conocer á qualquiera medianamente advertido, la parte que Dios tenia en eſta eleccion; porque hallandoſe Juan auſente de Alejandria, ſiendo aquella Igleſia de tan numeroſo Clero, y pueblo, y en el qual concurrian tan grandes ſujetos en letras, y ſantidad, y habiendo en el miſmo Patriarcado tantos Metropolitanos, y en ſus Metropolis tantos, tan doctos, y ſabios Obiſpos ſufraganeos, irſe un pueblo, que ordinariamente diſcurre en los ſujetos, y objetos preſentes, dejandolos á todos, á pedir el auſente que vivia tan olvidado de ſemejantes cuidados, ſin pueſto, ni dignidad, que es eſta eleccion de Dios. Es verdad que puede dudarſe, ſi San Juan el Limoſnero al tiempo de ſu eleccion era yá Diacono, ó Sacerdote, ó fue elegido, como San Ambroſio, y otros, de ſeglar, llamado primero por ſus raras, y eminentes virtudes á la Dignidad de Obiſpo, que al Sacerdocio, (aunque recibiendo primero el Sacerdocio, que entraſſe á ſervir la Dignidad) porque veo que omiten eſte punto los Hiſtoriadores de ſu tiempo, y para una, y otra opinion hay algunos fundamentos.

2 Es cierto, que por diverſos Concilios eſtaba prohibido elegir en Obiſpos á ſeglares, y aſsi no parece veriſimil, que ſobre auſente, y ſeglar lo pidieſſe el Pueblo Alejandrino, y contra-

expreſos Cánones Conciliares. (a) Tampoco es verisimil, que ſi huviera ſido ordenado San Juan, lo paſaſſe en ſilencio Leoncio Obiſpo ſu Hiſtoriador, que le conoció, y trató, ni los demás Autores; y mas habiendo dejado eſcrito ſu caſamiento, y muerte de ſu muger, é hijos, ſiendo menos neceſaria eſta noticia, que aquella, para llegar con eſte admirable Prelado á una de las quatro mayores Sillas de Oriente. En eſtas conjeturas me inclino á la primera opinion, creyendo, que ſin duda yá retirado á vida particular, debió de ordenarſe de Sacerdote, y lo eſtaba al tiempo que fue pedido del pueblo para ſu Obiſpo, y me ha inclinado á eſto el vér una de las Epiſtolas del Pontifice Nicolao Magno, eſcrita á Focio, Patriarca intruſo de Conſtantinopla, el qual habiendo entrado deſde ſeglar en aquella Silla, (b) aunque luego lo conſagraron de Obiſpo, antes de egercer la Dignidad, ſe defendiò con decir, que lo miſmo habia ſucedido á San Ambroſio, á Eufraſio, y á Nectareo; y le reſponde el Pontifice Romano con grande erudicion, y eſpiritu: Que aquellos tres egemplares no podian traherſe en conſequencia, por haber ſido por cauſas univerſales, y por altos fines, y particulares inſpiraciones de Dios, (c) y vá ſatisfaciendo en eſta Epiſtola á cada uno de los egemplares largamente, fundando que no derogaban á las comunes reglas de la Igleſia, y Cánones Conciliares: ſobre que, y otras ciſmas, y errores que por eſta eleccion ſe mezclaron, ſe juntó el Concilio univerſal, Conſtantinopolitano, quarto, y fue condenado Focio. (d)

3 Conſidero que ſi eſte miſmo Patriarca intruſo Focio, tuviera el egemplar de San Juan el Limoſnero, para valerſe de él, y mas tan cerca de ſu miſmo tiempo, y en Igleſia tan vecina á la de Conſtantinopla, afirmaria, que podia ſer elegido de ſeglar al Patriarcado, como lo habia ſido San Juan el Limoſnero al de Alejandria, ſin valerſe, no ſolo de tres mas antiguos caſos, ſino algunos de ellos menos ajuſtados á ſu intento, dejando otro tan en terminos notorio, y proximo, como fuera el de San Juan. Y aſsi es de creer que era yá Sacerdote el Santo, quando fue pedido por el Pueblo Alejandrino, y que la omiſion de los Eſcritores

(a) Canones Synod. Romanor. ap. Labb. tom. 3. fol. 81. col. 1. (b) Ep. 3. Nicol. 1. ad Phot. ap. Labb. tom. 9. fol. 1297. col. 3. (c) Ep. 6. ejuſd. Pap. ad ipſ. ap. eund. fol. 1303. col. 1. (d) Tom. 13. Concilior. Can. 6. octav. Synod. General. Conſtantinopolit. 4. fol. 386. Labb. tom. 10. fol. 735.

res al advertirlo, nació de que yá debia de estár tan assentada la regla, que no se vino á la pluma la duda, ó limitacion. Habiendo llegado á Constantinopla las cartas del Pueblo, y Magistrados Alejandrinos, en que con grande instancia pedian por su Obispo á Juan, (e) y estos daban cuenta del fervor, y ansia con que lo solicitaba aquel, y resistia el electo, pareció al Emperador Eraclio (comunicandolo con Niceras Patricio) en aquellos tiempos su mayor favorecido, enviar á llamar á Juan para persuadirle presente, lo que ausente rehusaba. (f)

4 Era Nicetas muy conocido de Juan, y se llamaban hermanos espirituales. Y porque ha de ser gran interlocutor en esta sucinta relacion, será conveniente decir, quien fue este nobilissimo Varon. Quando las maldades barbaras de Focas, Emperador inmediato antecesor de Eraclio, fueron afligiendo el pueblo de Constantinopla, y sus excesos, crueldades, y disoluciones, ofendiendo á la nobleza, (g) se comenzaron á conjurar contra él los mayores hombres del Imperio; uno de ellos era Eracliano, padre del Emperador Eraclio; otro Gregoras, padre de Nicetas; otro Prisco; todos Generales actuales de diversos egercitos de Focas. Concertaronse los tres de ir marchando cada uno á Constantinopla contra el Tirano, y que el primero que se apoderasse de la Ciudad, y de la persona, aquel quedasse con el Imperio. (h) Llegó primero con parte del egercito Romano Eraclio, hijo de Eracliano, (i) tomó las armas el pueblo, y Focio, hombre noble, á cuya muger habia violado Focas, lo prendió en su Palacio Real, y desnudandolo de la purpura, lo entregó atado á Eraclio, el qual le dijo: Infame ¿assi has administrado el Imperio? A quien respondió. ¿Y tu lo administrarás mejor? Con que ayrado Eraclio lo mandó matar, y hecho pedazos, mutilados infamemente sus miembros, fue primero arrastrado, y luego quemados en el campo que llamaban del Buey. (j)

5 Nicetas, como quien habia concurrido con su padre en librar al Imperio de esta servidumbre, y en que fuesse coronado Eraclio en Cesar, sobre ser su sangre nobilissima, fué siempre muy estimado de Eraclio, tanto, que casó á su hijo Constantino con Gregoria hija de Nicetas, (k) de quien tuvo á Constante (aunque

(e) Flos SS. de Villeg. 1. part. fol. 712. col. 3. (f) Ribaden. Flos SS. 1. part. fol. 296.
(g) Baron. tom. 8. fol. 206. lit. D. (h) Pined. Monarqui. Eccleſiaſt. tom. 3. pag. 17. cap. 9. parraf. 2. (i) Baron. tom. 8. fol. 212. lit. D. (j) Id. eod. fol. lit. E.
(k) Pined. tom. 3. cap. 13. fol. 25. parraf. 3.

que la madraſtra Martina, ſegunda muger de Eraclio) muerto ſu marido, mató con veneno á Conſtantino ſu hijaſtro; pero el Senado, viendo eſta alevosía, aun deſpues de coronada ella, y ſu hijo Eraclion los prendió en ſu Palacio, y á ella por ſer ſobradamente entendida, y eloquente, la cortó la lengua (inſtrumento principal con que egercitaba ſu ambicion, y á todos los perſuadia) y al muchacho, por hacerle mas deſpreciable á los ſubditos, cortaron las narices, (1) infelicidad agena de tan Reales Perſonas, y puſieron en el trono del Imperio á Conſtante, nieto de Eraclio, y de Nicetas, hijo de ſu hija Gregoria, y de Conſtantino. Tanta era la calidad, y fortuna de Nicetas.

6 Con la orden que tuvo Juan del Emperador, partió de Chipre, y llegó á Conſtantinopla, y al punto lo llevó á ſu Palalacio Nicetas, en el qual no huvo oficio que no hicieſſe, y gaſtaſſe, para perſuadirle que admitieſſe el Obiſpado de Alejandria, reſiſtiendoſe el Santo con grande coſtancia, y valor, y afirmando, ſer agena ſu vocacion de eſtos cuidados, y no baſtante ſu virtud para tal pueſto; porque decia tener la Grecia, y el Aſia admirables Prelados, experimentados, doctos, ſantos, en quien poder eſcoger, y que llenaſſen aquel vacío, ſin embarazarlo con un ſujeto de pocas experiencias, ó partes baſtantes para ſervirlo. Al Pueblo (decia el humilde Juan) ſe le agravia en defraudarle de mayor, y mejor paſto, y Paſtór, y á mi con lo miſmo que me honran, me laſtíman. Miro como peligro lo que ſe mira comunmente como honor, y en lo alto que ellos ponderan la Dignidad, pondero yo el precipicio. ¿Quien puede en egercicios ſeculares criado, obrar con acierto en los Eccleſiaſticos? Ni aventurarſe á ſí, y á los que guia, ſin las experiencias neceſarias en materia tan grande, y dificultoſa? En un mar incierto, y lleno de eſcollos, quiere el Emperador Eraclio, y el pueblo Alejandrino fiar la nave eſpiritual de ſu Igleſia á un Piloto, que igualmente ſe ha de perder, y perderlos? Y quando para la mas breve, y conocida navegacion buſca el navegante el mas platico, ſe elige para la mas arrieſgada al inexperto? Donde tantos ſe han perdído, cómo no ſe perderá mi inſuficiencia? Y quando Varones llenos de erudicion, opinion, y ſantidad de vida no pudieron ſin grande infelicidad vencer las dificultades de aquel gobierno, fiarlo ahora

á

(1) D. Antonin. 2. p. tit. 13. cap. 4. §. 5. edit. Lugd. 1543.

á los hombros mas débiles, y flacos, no será eleccion, sino ruina. (m) Con estas, y otras razones se defendia el Venerable Varon, sin que las de Nicetas, ni su autoridad fuessen parte á contrastarlo, y vencerlo.

CAPITULO VI.

AVISA NICETAS AL EMPERADOR *de la repugnancia de Juan á esta platica, el qual le habla, y persuade á que acepte el Obispado.*

AVisó de esto Nicetas al Emperador Eraclio, y pareció conveniente que le hablassen entrambos al Varon de Dios. Assi lo hicieron, ponderando el servicio que hacia á su Magestad, con sacrificarse á estos cuidados. El afecto del Pueblo Alejandrino, que con sus clamores estaba manifestando la Voluntad Divina, quan servida se daria su Bondad, de que dejando el ocio de la vida contemplativa, se ofreciesse á los cuidados de la activa, en la qual siendo ministerio totalmente espiritual, podia encenderse mas en la una, con las virtudes que egercitaria en la otra. Representabanle, quan copiosa materia se ofrecia á su caridad, y largueza, para socorrer los pobres con tan crecidas rentas, previniendo que repartiessen sus liberales manos las limosnas, y socorros, que en otras podia suceder que fuessen materia al vicio, y la perdicion. Que los hombres de ilustre sangre, y caudal, no nacieron para sí, sino para beneficiar al comun. ¿Si nos debemos (decia el Emperador) á lo publico, quanto mas nos deberemos á Dios? Igualmente habemos de dár cuenta de lo malo que hacemos, como de lo bueno que omitimos, y del talento escondido en la tierra, la dió el siervo inutil, (a) como de la violencia con su consiervo, el cruél. (b) ¿De qué sirven los dones del Señor, si han de estár ocultos, y escondidos? Qué satisfacion se dá á su empleo con tenerlos ociosos en el retiro de Chipre, quando deben estár grangeando en Alejandria? Qué cuenta se dará de estos talentos, quando el Señor que los dió pidiere honef-

(m) Lipom. tom. 1. vit. SS. fol. 174. col. 2. (a) Matth. 25. v. 24.
(b) Id. 18. v. 32. & 33.

neſtas, y debidas uſuras de ſu caudal? Qué pobres ſocorridos? Qué viudas amparadas? Qué doncellas remediadas? Qué Pueblos enſeñados? Qué vicios extirpados? Qué heregías convencidas? Qué ovejas, y almas conducidas, y guiadas á la patria celeſtial?

2 No baſta pagar tres al que debe cinco, pediránle la cuenta de los dos; no ſe ſatisface á la deuda con la parte, quando ſe pide de juſticia el todo, ni con los egercicios reſervados de Chipre ſe puede ſatisfacer á Dios en las virtudes que quiere ſe egerciten manifieſtas, y egemplares en Alejandria. Quien perſuadió á aquel pueblo, que eligieſſe, y pidieſſe con clamores, y voces á Juan auſente, olvidado de eſtos cuidados; ſiendo cierto, que quando los pueſtos que ſolicita la ambicion preſente, ſe ofrecen al deſengañado, y auſente, y eſto por un pueblo tan grande, á quien no baſta á vencer la importunacion, ni á corromper la codicia, es eleccion guiada, y encaminada por Dios. Propuſole el Emperador tambien ſu miſma autoridad, y la obligacion á ſu obediencia, y reſignacion, que rogaba, acoſtumbrado á mandar, y la atencion con que debia eſtár de librarle de los cuidados de aquel gran Pueblo, que ſe tumultuaba, pidiendole por Paſtór, y que ſe eſcuſaba con dár empleo á ſus virtudes, los eſcandalos, diſcordias, y miſerias que podian reſultar de no rendirſe á la Voluntad de Dios, explicada por los Pueblos, por los Reyes, y los Reynos. (c) Finalmente, tantas inſtancias hicieron el Emperador, y ſu valído Nicetas, con Juan, que ſe ſujetó al yugo de la venerable Igleſia Alejandrina, y deſpues de haberſelo agradecido el Ceſar, honrado, y favorecido de toda la Corte, partió á Alejandria, á conſagrarſe al ſervicio de ſu Eſpoſa.

(c) Sur. tom. 1. fol. 552.

CA-

CAPITULO VII.

CONSAGRASE EN ALEJANDRIA SAN JUAN: alegria del Pueblo al recibirlo, y primeras diſpoſiciones del gobierno de ſu Igleſia.

LEgó á Alejandria Juan ſu Patriarca, electo por los años de ſeiſcientos y once, (a) recibido de aquella populoſa Ciudad con ſingulares aclamaciones del Pueblo, como hijo de ſu eleccion, y Padre deſtinado de ſu remedio, y amparo. No ſe ſaciaban los de Alejandria de tener preſente al que auſente tanto veneraron, y aplaudieron, aumentando ſu gozo el vér, que en el agrado, y ſuavidad de ſu perſona, y converſacion, eſtaba reſplandeciendo ſu caridad interior. Conſagróſe á los ojos, y con las bendiciones de ſus ovejas, y ſubditos. Envió á Roma la profeſion de ſu Fé pura, é intacta, recibió la bendicion Apoſtólica, y deſpachos de San Bonifacio Quarto, que entonces gobernába la Cathedra de San Pedro; (b) y yá adornado de la Mitra, y Báculo Paſtoral, ungido de los licores de Dios en ſu conſagracion, comenzó á egercitar ſus virtudes con univerſal expectacion del Imperio.

2 No sé ſi es dicha entrar acreditados los Prelados en el miniſterio Paſtoral; porque ſon tan altas las virtudes que les piden, que obligados á mayor perfeccion, y penalidades, por la opinion, y por el pueſto, con grande dificultad la pueden ſatisfacer. Por el contrario, lo menos eſperado, ſe eſtima mas, y como no imaginado teſoro, alegran las virtudes no eſperadas. Pero Juan llenó la eſperanza, y deſeo de ſus ſubditos, porque deſde ſus primeros paſos fueron todos de altiſsima perfeccion, y actos tan heroycos, que no dejó en ſuſpenſion el concepto de las gentes. Puſo ſu caſa con religioſa, y ſanta atencion: la familia modeſta, no ſuperflua: las alhajas á la neceſsidad, no al ornato: atendiendo mas al miniſterio, que á la Dignidad, y juzgandoſe mas Paſtór, que Patriarca: la autoridad la grangeaba, y adquiria con el agrado, y la largueza, y conformar, y deſcubrir ac-

(a) Baron. tom. 8. fol. 214. lit. A. (b) Idem. Ibid.

ciones sérias, perfectas, y egemplares; y asi la estimacion que suelen ofrecer al Prelado la ostentacion, y lucimiento exterior, la asseguraba el Santo con mayor contentamiento, y satisfacion comun, por la pureza, y alto conocimiento de sus admirables virtudes.

3 Usabase en el Pueblo Alejandrino, y en algunas de las Iglesias del Oriente, hacer ofrendas, y donativos á los Obispos luego que tomaban la posesion, siguiendo la costumbre del tiempo de los Apostoles, en el qual los Fieles echaban á sus pies las riquezas, para que las repartiessen.(c) De aqui nacia luego la expectacion de los subditos en las acciones del Prelado; porque si veian que facilmente daba lo que recibia, y era canal, y no laguna, de la plata que le daban, concebian buen año, y buen gobierno en su Iglesia; pero si con corta mano al dár, obraba con muy larga al recibir, facilmente colegian de tales principios, infelices los progresos, y los fines. A San Juan, con la opinion de largo, y de Limosnero, socorrieron con grande liberalidad los ricos de Alejandria, y su Patriarcado, y Obispado, para que pudiesse amparar los pobres; y el Venerable Varon los tuvo tan poco tiempo, suspensos al volverlo á restituir, que presto conocieron que ardia en su corazon la caridad interior que se manifestaba en su exterior agrado, y suavidad; pues abriendo francamente las puertas del corazon, y de su casa, á las públicas, y particulares necesidades de los pueblos, manifestó, que no nacia su apacibilidad de un deseo de fama, y opinion popular, é inutil, sino de un encendido amor de Dios, y de sus criaturas; pues á los que hablaba apacible, sustentaba largo; y á los que con discrecion consolaba, tambien con grande largueza socorria.

4 Juntó un dia de los del principio de su gobierno en su casa á sus Ministros de Consejo, y de limosna, y dijoles: Que necesitaba de saber el numero de Señores, á quien tenia que servir en su oficio, y que asi fuessen por toda Alejandria, y los alistassen, porque no faltasse á obligacion tan precisa. Los Ministros oyeron con suspension, y admiracion estas razones, y uno de ellos dijo: ¿Pues quién (ó ilustre Patriarca) son en esta Ciudad tus señores, quando todos te reverencian, y respetan como á Padre, y te aman, y estiman como á Señor? Los pobres (dijo el Ve-

(c) Act. 4. v. 35.

Venerable Prelado) eſſos ſon mis ſeñores, y á los que otros llaman pobres mendígos, y neceſitados, llámo yo ſeñores mios; porque repreſentan á Chriſto nueſtro Señor, y eſtos me han de ayudar, y favorecer, para que ſirviendolos á ellos, conſiga yo eterna corona, y premio. Obedecieron los Miniſtros al Obiſpo, y habiendo aliſtado á los pobres de Alejandria, hallaron ſiete mil y quinientos, á los quales deſde luego ſeñaló una racion cada dia á cada uno (limoſna de tan grande corazon, y ſocorro) que no es creíble, ſino á quien ſupiere la opulencia de aquella Igleſia, en oblaciones, decimas, rentas, y derechos tan copioſos, que tenia el Patriarca veinte navíos ſuyos para navegar ſus frutos, y de ſu Igleſia, y conducirlos á diverſas partes, puertos, y provincias, para ſácar el precio; (d) con que como el Nilo fecundaba los campos de Egipto, el Santo Patriarca las neceſidades de ſus ſubditos, y pueblos.

CAPITULO VIII.

ZELO DEL SANTO EN LA PUREZA de la Religion, y extirpacion de los errores de Alejandria.

La fama de la primera accion del Venerable Patriarca Juan, ſe puſo en atencion todo el Oriente, viendo que daba cotidiano un ſocorro tan grande, que no era pequeño en ciertos tiempos del año, y con la llave miſma que abrió el Santo ſus teſoros, abrió Dios nueſtro Señor á ſu egemplo, los de todos los poderoſos de Egipto; porque viendo quan ſeguramente repartia las limoſnas, todos procuraban ſalvarſe por manos tan liberales, y le enviaban, y ofrecian ſus riquezas, para que las hicieſſe eternas, ofreciendolas á Dios: y ſu Divina Mageſtad (que yá en Chipre le habia multiplicado los ſocorros con gaſtarlos, mucho mas que otros los multiplican con guardarlos, y adquirirlos) comenzó á hacer iguales, y mayores prodigios en Alejandria. Habia andado tan turbada la Igleſia de Alejandria con ciſmas, y errores pernicioſos en la Fé, que el cuidado de los Santos Patriar-

(d) Ribaden. 1.p. fol. 300.

cas, todo ocupado en defender las ovejas de eſta peſte, no habia podido lucir, ni adornar ſus Igleſias, y ſus Templos, y aſsi habia pocos, y menos capaces de lo que pedia el numero del pueblo. El Santo tambien viendo que los Fieles primero ſe han de fundar en la Doctrina, y luego inſtruidos en la Fé promoverlos á las virtudes de la caridad, puſo ſu principal cuidado, luego que tomó la poſeſion de ſu Igleſia, en arrancar la zizaña de ſu trigo, y deſpues de hecho eſto trató de edificar troges, y almacenes (eſto es, Templos, é Igleſias) donde la ſemilla de Chriſto ſe conſervaſſe, y guardaſſe.

2 Habia entre ſus ovejas un lobo carnicero, que ſe llamaba Pedro Nafeo, que les enſeñaba un error neciſsimo, mas nò poco pernicioſo, y era, ſer paſible la Divinidad; ſiendo en quanto Divinidad, totalmente inmortal, é impaſible. Llamó á eſta fiera, y la convenció, y reprehendió, y caſtigó á él, y á los diſcipulos que le ſeguian, y redujo por la gracia Divina á ſu redíl todas las almas que andaban fuera de él, y la verdad, perdídas, y diſtrahidas. (a) Luego buſcando grandes Maeſtros, que fueron Juan, y Sofronio, Varones ilúſtres de aquellos tiempos, que deſpues de la muerte del Santo eſcribieron ſu ſanta vida, fue por todas las partes de Alejandria, y ſu Patriarcado, aſsi en las Igleſias, como en las Congregaciones, manifeſtando, y enſeñando la verdadera doctrina, deſcubriendo las verdades de la Fé en los edictos públicos, y en los ſermones y platicas, tan clara, y diſtintamente, que á los mas ignorantes alumbraba, y á los preſumidos convencia. A los rayos de eſta luz comenzó á huír como ſombra la heregía; y la que antes tenia tiranizada la mayor parte del Pueblo, huía yá deſterrada, deſeſtimada, y convencida, á los mas ocultos angulos de aquella dichoſiſsima Ciudad.

3 Hace gran fuerza á la perſuaſion de la verdadera Fé, ſobre ſer la primera, é intrinſeca virtud de la doctrina Evangelica, el egemplo, y ſantidad del Maeſtro; y aſsi viendo Alejandria un Varon tan Apoſtolico, deſaſido, pobre, caritativo, y perfecto, creíanle facilmente, no pudiendo llegar á ſu penſamiento, que quien tan largamente ſocorria con la limoſna corporal á ſus ſubditos, les engañaſſe, ni defraudaſſe del mejor paſto, y ſocorro, que es el eſpiritual. A eſta cauſa ſobre venir tan

(a) Simeon. Metaph. ap. Act. SS. tom. 2. Januar. fol. 518.

tan recomendada la Fé del Patriarca, por la tradicion de los Apoſtoles (y primitivo Maeſtro de aquella Igleſia, San Marcos Evangeliſta,(b)) y ſobre calificarla la Santa Sede Apoſtolica Romana, los Concilios generales, la conteſtacion de los Santos Martires, y Confeſores, la opinion univerſal de los Sabios, y Doctores de la Igleſia, y las razones interiores que trahia conſigo ſu verdad; entraba tambien recomendada á unos ſubditos amantes de ſu Prelado, por un Paſtór egemplar, benéfico, enamorado de ſu Igleſia, zeloſo, puro, fervoroſo, y liberal, que como quien nada tenia, ni queria para sí, todo lo mejor procuraba, y deſeaba para el bien de ſus ovejas.

CAPITULO IX.

HACE TEMPLOS EN ALEJANDRIA, Y EL NUMERO grande que hizo de ellos.

DEſterrada la heregía de la Igleſia, y victorioſa yá la Catolica verdad, trató de aſſegurarla con las virtudes de ſus ſubditos, que ſon las que afianzan, y promueven nueſtra verdadera Fé. Mucho deben las Cabezas Eccleſiaſticas, y Seculares atender á eſcuſar, y reprimir los vicios en lo moral; porque eſtos en haciendoſe eſcandaloſos, inſolentes, y comunes, enſordecen las almas á las voces de la Fé en lo dogmatico: y dormidas, ó por mejor decir, muertas á lo bueno, facilmente creen las propoſiciones que mas ayudan ſu relajacion, y miſeria; porque ſiendo tan dificil paſar del mal vivir, al bien obrar, deſamparan algunas veces la Fé, por quedarſe engañadas en los deleytes del vicio. Por el contrario, las virtudes obran deſpiertas á la Fé, con gran-valor, y atencion; y como las que ſe unen con la caridad, y la eſperanza, no pudiendo haber Caridad, ni Eſperanza ſin Fé, todas defienden á ſu Cabeza, de la manera que en el cuerpo humano á la natural, los miembros que le componen: y aſsi en todas las Republicas, y Reynos, á quien ha infamado el contagio de la Heregía, los vicios fueron los precurſores de los errores en la Fé, y eſtos deſpues entraron confirmando, y acreditando á los vicios.

Vien-

(b) Vid. cap. 4. n. 4.

2 Viendo eſto el Santo Varon, como el que con excelente juicio gobernaba, trató de hacer Templos, donde pudieſſen comodamente juntarſe los Fieles á oír la palabra del Señor, y ocuparſe en las Virtudes de la Religion Chriſtiana, en la oracion, y Sacrificios divinos, y ſalir de alli con fervor, y devocion á egercitar las demás Morales, y Cardinales. Tenia toda Alejandria quando entró el Santo en ſu Igleſia ſiete Templos no mas, ſiendo un Pueblo de los muy numeroſos del Oriente; (y todavia pocos mas eran baſtantes para los Catolicos que habia en él) y fue tan grande el cuidado, y atencion del Santo al edificar Igleſias, y el numero de Fieles que redujo á la verdadera Fé, que edificó (y fueron todos neceſarios) ſetenta Templos muy capaces en poco mas de diez años que gobernó la Igleſia de Alejandria, (a) coſa, ſin duda alguna, admirable, y que manifeſtó la grandeza de ſu ánimo, y de ſu Fé, y el fruto que hizo ſu zelo, y la largueza con que los Fieles lo ſocorrieron con ſus limoſnas, y ofrendas, y lo que puede un Prelado liberal, en un Pueblo docil, reconocido, abundante, y populoſo.

3 Juntamente con hacer Templos á Alejandria ſu Santo Patriarca, procuraba que fueſſen frequentados, y venerados los Sacrificios divinos, y las ſagradas Imagenes conſervadas en todo aquel decoro, y reverencia que ſe debe. No dejó de hallar ſus dificultades para reducir á la naturaleza deſuſada, y torpe, á lo mejor, á que ſiguieſſe los influjos de la gracia; pero con platicas, y ſermones fue poco á poco dandoſe priſa de eſpacio, con un zelo muy prudente, y una prudencia advertida, y eficáz, reduciendo yá con el egemplo, yá con la voz, yá con la limoſna, y la caridad, y tal vez con la reprehenſion á ſus ovejas. Es muy memorable lo que ſucedió al Santo ſobre eſto en una ocaſion con el Pueblo Alejandrino, y en la Hiſtoria Eccleſiaſtica muy celebrado.

4 Eſtaba diciendo un dia Miſa de Pontifical, y toda la Ciudad de Alejandria en el Templo, los Magiſtrados, y Regidores públicos en ſus aſsientos, y el Pueblo en lo reſtante de la Igleſia. Hacia grande frio, y lentamente ſe fueron ſaliendo algunos de los Regidores, y Magiſtrados á la plaza, donde habia unos porticos acomodados para tomar el Sol. Fueron ſiguiendo, los gober-

(a) Laur. Sur. tom. 1. fol. 533.

bernados, y regídos, á los Magiſtrados, Regidores, y Gobernadores, y deſamparado de las Cabezas el Templo, facilmente hicieron todos lo miſmo, con que apenas quedó perſona alguna en la Igleſia. Proſeguia el Santo la Miſa, y volviendoſe al Pueblo, diciendo: *Pax vobis*, vió que no habia nadie en ella, y preguntando, ¿dónde eſtaban ſus ſubditos? le afirmaron que eſtaba llena la plaza de gente. Entonces el Santo tomó el Báculo, y la Mitra, y mandó á todos los Miniſtros del Altar que lo ſiguieſſen: y ſaliendo á la plaza con los ornamentos de Pontifical, y con todos los Miniſtros reveſtidos, llegando á los aſsientos públicos en que eſtaba la Ciudad, dijo: Le hicieſſen lugar, que queria tomar el Sol como ellos.

5 Admirados los ſeglares de vér interrumpido por el Santo el inefable ſacrificio del Altar, le preguntaron la cauſa, y el Santo les dijo: Hijos, adonde eſtá ſu ganado, ha de eſtár ſiempre el Paſtór, voſotros me dejais en el Sacrificio quando yo digo la Miſa por voſotros: ó todos eſtemos fuera del Templo ſirviendo á nueſtro Señor, ó todos dentro de él, adorandole, que no digo yo la Miſa, ni celebro el Divino Sacrificio á las paredes, ſino á voſotros, que ſois los Templos vivos de Dios. Humillados con eſto, y enſeñados los Magiſtrados, y el Pueblo, volvieron con el Santo Paſtór á la Igleſia, y acabó el Divino Sacrificio, y ſe moderò de alli adelante tan grande relajacion. (b) De creer es, que la delgadeza de la cenſura politica repararia en eſtas demoſtraciones del Santo, y en dejar el Divino Sacrificio interrumpido, pudiendo con la predicacion enmendar á ſus ovejas. A que facilmente ſe puede ſatisfacer, con que en aqueſtas ocaſiones ſe han de mirar las circunſtancias del caſo, y del egemplo, y eſpiritu particular, y fuerza interior, que para eſto tuvo el Santo, y la cauſa urgente que le obligó en el eſtado de la Chriſtiandad de aquella Igleſia: y el hacerlo Varon tan acreditado, debe perſuadir, que conſervó en eſta accion, y demoſtracion todos los limites de una eſpiritual prudencia, ſin tocar, ni amancillar á los de la Religion. Porque á la verdad, los actos heroycos de los Santos ſobreſalen frequentemente de las reglas comunes, por la mayor perfeccion, y en tanto ſon heroycos, y perfectos, en quanto eſtán llenos de una ſabiduria divina, con que parecen deſmedi-

(b) S. Antonin. 2.p. tit. 12. §. 13. edit. Lugd. 1543.

didos á los ojos de eſta prudencia humana, la qual limita de tal manera las virtudes, que ſin atreverſe á ſalir á los actos anagogicos, apenas ſe conſervan en los morales, de que ſe podian referir egemplos claros, que eſcuſo por atender á hacer ſucinta la relacion.

CAPITULO X.

DEL CUIDADO QUE TENIA EL SANTO con que ſe guardaſſe ſilencio en los Templos, y lo que promovia los ſufragios por los difuntos, y memoria de la muerte.

AUnque en todas las materias del Culto Divino reſplandeció mucho el Santo; pero fue notable ſu cuidado al mandar que ſe eſtuvieſſe con reverencia en las Igleſias, y con el ſilencio conveniente. Para eſſo, deſpues de haber hecho diverſas ehxortaciones al Pueblo, puſo zeladores que anduvieſſen por los Templos, y que quietaſſen los Fieles en qualquiera movimiento de ruido. Ordenó, y por públicos edictos ſeparó en la miſma Igleſia los hombres de las mugeres: con que con el lucimiento, atencion, y devocion con que ſe celebraban los Oficios divinos, fue promoviendoſe el culto, y devocion del Pueblo de Alejandria, y reduciendo á ſus primeros fervores. Concurrian los Chriſtianos con gran frequencia á los Templos, aſsi á aſsiſtir al inefable ſacrificio del Altar, como á los demás oficios, pláticas, y ſermones, y en todo eſtaban con la debida atencion.

2 Entre otras coſas que eſtaban olvidadas en Alejandria, quando el Santo entró á ſervir ſu Igleſia, era la frequencia neceſaria de ſufragios por las animas de los difuntos; y eran yá muy raros los oficios que ſe hacian, coſa que causó grande dolor al Santo Patriarca; y aſsi ehxortó al Pueblo con edictos, con pláticas, y ſermones, á que moſtraſſen los vivos la agradecida memoria de los difuntos. Ponderábales, quan debida atencion era eſta, pues debian los vivos á los muertos la vida, la honra, la hacienda, y no les pedian ſino ſolo la memoria, los ſufragios, y oracion.

3 Hijos ſon (decia el Santo) los que viven, de los que murieron: de ellos heredaron la vida: aquellos les dieron la hacienda, y eſtimacion; corta penſion es de tanta felicidad, breve

ſo-

ſocorro de Miſas. ¿Si á los amigos auſentes ſe debe fidelidad, qué auſentes como las almas de nueſtros padres, y hermanos difuntos? Y ſi á los preſos, y encarcelados ſe debe miſericordia, qué preſos como las almas del Purgatorio, que ſi los Fieles no las ſocorremos, no ſolamente padecen la priſion, ſino muchas penas dentro de ella? Quién puede ſin gran dolor, vér padecer, y afrentar á ſu padre? Qué animo no ſe incita á ſu ſocorro? Ha de obrar mas la viſta natural, que no la Fé, y mas los dolores del cuerpo, que los del alma? Y mas la repreſentacion de los tormentos de eſta vida, que ſon muy breves, y tolerables (ſolo porque los vemos) que los de la otra terribles, é intolerables que creemos? Y quando la obligacion, y la láſtima, y el juſto ſentimiento, no nos obligaſſe á eſta debida atencion, nos podia obligar nueſtra propia utilidad; porque aſsi lo harán con noſotros nueſtros hijos, como ellos vieren que obramos con nueſtros padres; y eſſas almas que en el Purgatorio penan, y padecen, y ſuſpiran por ſu remedio, deſpues de haber ſalido del Purgatorio, ván al Cielo, y pueden, valen, gozan, favorecen á los que les ayudaron; con que las que hoy ſocorro con mis ſufragios, mañana me ayudarán con ſu favor, y agradecidas al bien que recibieron, me pagarán centiplicado, favoreciendo á ſus devotos en los bienes eſpirituales, y temporales, haſta reducirlos á que gocen de la gloria que ellas gozan.

4 Ponderabales la eficácia de las ofrendas, y Sacrificios para el bien de las benditas almas del Purgatorio, y que aun en eſta vida han obrado efectos muy milagroſos. Contabales egemplos memorables ſobre eſto, y entre ellos, les dijo: En las guerras paſadas entre el Imperio, y los Perſas, ſucedió, que entre otros, hicieron cautivo á un vecino de eſta Cuidad, al qual, por ſer hombre valeroſo, lo llevaron á unas carceles, ó mazmorras, que llamaban Letéo, que quiere decir del olvido; porque á los que una vez alli entraban, no reſcataban jamás, ni por accidente alguno ſalian de ellas. De alli á dos años vino un vecino del miſmo lugar reſcatado; ¿y le preguntaron ſus padres por el hijo que tenian cautivo? Reſpondió el mozo, que habia muerto, y aſsi lo creía él; porque vió juſticiar á otro cautivo tan ſemejante en el roſtro, que penſó que el muerto era por quien preguntaban los padres de aquel cautivo. Oyendo eſto ellos con el dolor que deja conſiderarſe, viendo que yá no tenia remedio el ſacarlo del

cautiverio del cuerpo, pues era muerto, procuraron con ſufragios, ofrendas, y ſacrificios que ſalieſſe de las penas que en el Purgatorio padeceria ſu alma; y aſsi, tres, ó quatro veces en tres tiempos del año, iban á la Igleſia, y encendian luces, y daban ofrendas por ſu hijo.

5 De alli á ocho años ſucedió, que eſte cautivo, y otros compañeros ſuyos tuvieron forma como romper las carceles de Letéo, y con gran trabajo ſalieron huyendo de poder de aquellos barbaros, y vinieron al lugar de eſte cautivo. Fue luego á caſa de ſus padres el cautivo yá libre, los quales admirados al principio de verlo, lo deſconocieron por tenerle por muerto, y por la mudanza en que le puſieron ſus trabajos; pero á pocas palabras, y razones conocieron ſer ſu hijo. Preguntaronle ſus ſuceſſos, y ſe los contó largamente, y entre otras coſas, les dijo: Que los primeros dos años padeció ſumamente en aquella dura carcel, porque no veía luz alguna, y apenas le daban algun ſuſtento; pero paſando eſte tiempo, vió un dia que ſe llegaban á él ſolo, y le alumbraban en la carcel, y ſin que nadie le echaſſe menos, ſe hallaba fuera de ella, y diſcurria por la Ciudad libremente, y comia bien todo aquel dia, y á la noche lo reducian á la miſma carcel, y que aſsi le ſucedia tres veces al año, en cada uno de los ſeis, que deſpues de los dos habia eſtado cautivo. Preguntaron ſus padres los dias en que eſto le ſucedia, y hallaron, que eran el miſmo dia, y punto en que ellos iban á la Igleſia á hacer ſufragios por el alma de ſu hijo, haciendo Dios aquel conſuelo á la vida de aquel cautivo, que correſpondia al que le hiciera en el Purgatorio á ſu alma. (a) Con eſtos, y otros egemplos perſuadia á la devocion de las benditas almas del Purgatorio, y fue promoviendo con gran calor eſta util, ſanta, y debida devocion.

6 No ſolo el Santo favorecia á los muertos, ſino que procuraba con la memoria de la muerte favorecer á los vivos; y de eſto ofreció el miſmo Patriarca un egemplo muy ſingular, y de muy grande enſeñanza. Como ſu Dignidad era tan grande, lo era tambien la reverencia que á ella ſe le tenia, ayudando á eſto el amor con que ſus ſubditos correſpondian á ſu grande caridad. Viendo eſto, le pareció excelentemente lo que hacian algunos Emperadores, que deſeaban acertar en ſu gobierno, que para eſſo ſe diſ-

(a) Lipom. tom. 1. fol. 178.

diſponian con la memoria de la muerte; porque por algun tiempo eſtuvo en práctica la ceremonia ſiguiente. Aſsi como ſe coronaba el Emperador, y aplaudido, y aclamado del Egercito, y del Senado, y de los Pueblos, volvia á caſa, antes de embarazarſe en el cuidado del Imperio, llamaban á la puerta de ſu Cámara dos, ó tres eſcultores de la Ciudad, y pedian ſu Audiencia. Mandaba el Emperador, que entraſſen, y ellos llevando en las manos diverſas piedras de Jaſpe, Marmol, y otras ſemejantes, le decian: ¿Aviſanos, ó Ceſar, de qual de eſtas piedras quieres que labremos tu ſepulcro? porque eres mortal, y puedes morir mañana, y es bien que ſe comience á fabricar deſde hoy. El Emperador eſcogia la materia, y ellos le labraban el ſepulcro. (b)

7 Entendido de eſto el Santo Patriarca, usó de otro medio mas eficáz, para que ſe le repitieſſe, y puſieſſe delante la memoria de la muerte; pues que poco deſpues que tomó la poſeſion, mandó, que ſe comenzaſſe á labrar ſu ſepulcro, y en llegando á la media parte del edificio, ordenó, que ceſaſſen, y no proſiguieſſen en él, y que en las ocaſiones de audiencia pública, vinieſſen los oficiales, y le digeſſen: Iluſtriſsimo Señor, no eſtá acabado el ſepulcro, y podeis morir mañana, haced que ſe acabe. Y el Santo reſpondia: Acordadmelo deſpues, y de eſta ſuerte, todo el tiempo que fue Patriarca le eſtuvieron haciendo repetidos recuerdos de la muerte, para hacer mas perfecta, y concertada la vida.

8 Sobre eſte miſmo aſunto hacia diverſas pláticas, perſuadiendo á todos, que tuvieſſen preſente la muerte, ſi querian conſeguir eternos bienes, aſſegurando, que no habia freno tan eficáz para los vicios del hombre, como la memoria de la muerte, y del juicio, y de la cuenta, y que eſto ſolo bien meditado, baſtaba para ſalvarſe. ¡O quantas veces conſidero (decia el Santo) la hora en que ſalga el alma de eſte miſerable cuerpo, ſola, pobre, deſamparada, ſin mas compañia que las buenas obras que huviere hecho! O que cierto es que al ſalir, viendoſe tan deſnuda de virtud, pedirá un poco de tiempo mas para obrar bien, y llevar quien la acompañe! Entonces le dirán: yá ſe acabó tu tiempo, hombre, y comienza el tiempo ageno: acabóſete el tiempo de obrar, y comienza el tiempo de juzgar lo que has obrado: ¡Ay

(b) Leont. Ep. Neap. in vit. Joan. Eleem. ap. vit. PP. tom. 1. fol. 114. col. 2.

Juan miſerable, (decia el Santo) cómo has de poder paſar por entre las beſtias devoradoras del cañaverál, que tanto eſpantaron al Rey David, en ſus Pſalmos? (d) O como te han de requerir lo que llevas, peſquiſar, y averiguar aquellos crueles alcavaleros.

9 A San Simón Eſtilita ſe le reveló, que los Demonios eſtán á coros, ſegun los vicios que promueven, al paſo de las almas, que ván al Juicio Divino, y que ſalen los Demonios de ſoberbia, y la reconocen, y quitan las riquezas, vanidades, y locuras de ſu condicion; y ſalen los de la ſenſualidad, y le quitan los deleytes, gozos, muſicas, ſenſualidades; y los de ira, y le quitan los inſtrumentos de ſu indignacion, y venganza, y aſsi todos los demás; y luego ſe ván tras ella, y llevan todos aquellos pecados, penſamientos, obras, palabras, y medios de perdicion, y lo ponen delante de aquel rectiſsimo Juez, y los Angeles ponen por ſu parte las buenas obras que lleva, para que ellas, y no ellos la defiendan. ¡O que terrible punto! Qué formidable hora! Qué lamentable inſtante! Si es mucho lo que llevamos de malo, ſi es poco, ó nada lo que llevamos de bueno! Si San Hilarión, de quien huían los Demonios viviendo, aquel que reſucitaba los difuntos, temblaba al ſalir ſu alma, y deſpedirſe del cuerpo, y la animaba que ſalieſſe, y no temieſſe, y fiaſſe en la Divina Bondad: (e) ¡Quien no tiembla! Quien no vive como quien ha de morir, y hace obras dignas de vida eterna! Con eſtas pláticas el Santo, no ſolo promovia en sí, ſino en los otros la util, y ſanta meditacion, y memoria de la muerte.

(d) Pſal. 67. v. 31. vid. Lor. tom. 2. in Pſalm. fol. 303. & 340.
(e) D. Hieronim. tom. 2. fol. 40. lit. A.

CA-

CAPITULO XI.

DE LOS HOSPITALES QUE HIZO, y casas, y fundaciones de piedad, y lo que censuraban al Santo.

EL perfecto Paſtór ha de ſer una fuente abundantiſsima de dos diverſas fecundidades, que ſon la limoſna eſpiritual, y temporal; porque como quiera que tienen ſu origen eſtos dos manantiales en el amor de Dios, y del progimo, impoſible es, que la abundancia que ſe recibe en ſu origen, pueda dejar de eſtenderſe, fertilizar, y ſocorrer los campos eſpirituales de ſu Igleſia. San Juan el Limoſnero puſo todo ſu cuidado en eſtos dos unicos, y admirables empleos del miniſterio Epiſcopál, y Paſtorál, y lo conſiguió con grande felicidad.

2 Al tiempo que iba iluſtrando la Igleſia Alejandrina con Templos, para que ſe aumentaſſen las virtudes, iba tambien edificando Hoſpitales, y obras de piedad, para que ſe ſocorrieſſe el Pueblo en ſus trabajos, y neceſidades. Exhortó á muchos, que le ayudaſſen á formar un póſito grande donde ſe guardaſſe el trigo, y mantenimiento neceſario para las neceſidades de los pobres, procurando diſponerlo con tal renta, y forma, que ſiempre entraſſe mas cantidad que la que ſalieſſe de él; con que en las comunes neceſidades, y en las extraordinarias tenia el Santo Obiſpo afianzado ſu cuidado; porque le parecia poco á ſu caridad, ſocorrer lo preſente, ſi no prevenia tambien lo venidero. Edificó Hoſpitales para los pobres por barrios, para que en cada uno ſe hallaſſe el ſocorro al paſo de la neceſidad: y de la manera que el que defiende una plaza, alli pone ſu atencion donde ſiente mas flaqueza, andaba con ojos miſericordioſos el Santo, deſvelado á todas partes, mirando adonde podia ſuceder la enfermedad, para que alli ſe hallaſſe muy pronta la medicina.

3 Veía tambien que en Alejandria, por ſer tan grande Ciudad, perecian muchas pobres mugeres, aſsi caſadas, como ſolteras, por no tener ſocorro en el rieſgo de las comunes miſerias de las madres, y los hijos al nacer; y compadecido el Santo de tan-

tas

tas que morian en eſte trance, y dolor del parto, y otras expueſtas á graves enfermedades, y trabajos, hizo Hoſpital particular, muy capáz, grande, y ſocorrido de todo lo neceſario al intento, donde fueſſen curadas, y procuradas, y de alli ſalieſſen á criar con virtud á ſus hijuelos, que con tanta caridad fueron recibidos al nacer. Finalmente, no habia neceſidad, ni trabajo, ni deſconſuelo, ni afliccion, aſsi comun, como particular, á que el Santo Patriarca no eſtuvieſſe muy atento, admirando todos los buenos el vér, que á un miſmo tiempo eſtuvieſſe formando Templos, Hoſpitales, Caſas de Miſericordia, ſocorriendo á los pobres, y mejorando á los ricos.

4 En eſta felicidad al obrar, no dejaba el Santo de padecer ſu cenſura, y ſus calumnias; porque como quiera que el mundo ſe divide en dos vandos: el uno de los cuerdos, el otro de los perdídos: lo que aplaudian aquellos, cenſuraban eſtos, pareciendoles la caridad, oſtentacion, y el afecto ſanto al ſocorrer, anſia de fama inmortal; y quando de los efectos, ſiendo ellos tales, y tan ſantos, debian colegir la pureza de las cauſas, colegian los ofendidos de ſu ſanta diſciplina, y los contenidos, y corregidos de diverſos deſordenes con ſu autoridad y zelo, de una fruta ſabroſa, y dulce, que era venenoſo el arbol que la ofrecia, vagando con la cenſura, ſin hallar repoſo en la mas honeſta accion; y quando edificaba Templos, como ſi no ſocorrieſſe á los pobres, cenſuraban que gaſtaba en piedras, y edificios el ſuſtento del mendígo; y quando ſocorria con limoſnas, como ſi no edificaſſe, les parecia que era alimentar la ocioſidad de los perdídos del Pueblo; pero el Santo Paſtór los ojos en la verdad, y en Dios, y las manos en ſu miniſterio, obraba como quien ſolo ſeguia los impulſos interiores del Amor Divino, y de ſus ovejas.

5 Algunas veces he oído platicar ſobre el empleo neceſario, y ſanto de la limoſna, y á aquien ſe ha de ſocorrer primero, ſi á los mendígos, y pobres del Pueblo, ó á los Templos, y edificios, que ſirven para ſiempre al comun. A eſta queſtion ſatisfacia con grande excelencia el Santo; porque ſiendo todo el Obiſpado acreedor á la renta del Obiſpo, alli acudia con el ſocorro donde mas inſtaba la neceſidad. La Caridad entre otras admirables propiedades, tiene la de ſer bien ordenada; y aſsi en primer lugar ſe han de ſocorrer los pobres de neceſidad extrema, y luego los de la urgente, y eſtos ſon los Templos vivos de Dios, y deben pre-

fe-

ferirſe á los demás. Deſpues de eſtos, quanto ſe pueda ayudar al comun con la perpetuidad de los Templos, Seminarios, y Hoſpitales, Conventos, Regulares de entrambos ſexos (ſin faltar á las comunes neceſidades de los mendígos) es mucho más merito; porque no ſolo el que edifica util, y no vanamente, aumenta el Culto Divino, ſino que hace una obra heroyca, y de perpetuo merecimiento, y con aquello miſmo que edifica lo material, aumenta lo eſpiritual, y ſocorre, ocupa, y deſtierra la ocioſidad de los ſubditos.

6 El Santo Fray Tomás de Villanueba, Arzobiſpo de Valencia, que tanto, deſpues de San Juan el Limoſnero, juſtamente mereció eſte nombre, eſclarecido Varon, comparable á los primeros Padres de la Igleſia, entendia aſsi aquel verſo de David: *Beatus qui intelligit ſuper egenum, & pauperem*: (b) Bienaventurado el que ſe pone á penſar como ſocorrerá mas utilmente á los pobres; porque darle el ſuſtento al mendígo es poco, quando con él ſe le puede dár la ocupacion, y virtud, y mejorarle el alma con el ſocorro del cuerpo. (c) Suſtentar muchos ſin enſeñarlos, no ſatisface á la perfecta caridad: obrar un Prelado lo que baſta haſta ſu tiempo, no es mucho, ſi puede prevenir lo venidero. No tiene terminos la caridad perfecta de un Prelado, que ama tiernamente á ſus ovejas, y aſsi, ni limitacion de tiempo, ni de acciones, ni de lugares, ni de diſtancias, ni los objetos preſentes le ſatisfacen; ſino que ſin deſamparar á eſtos, buſca tambien los auſentes, y con la miſma anſia previene ſocorro para lo futuro, como para lo que mira. Porque ſu amor todo lo tiene delante: previene lo venidero, repara lo paſado, ayuda con el egemplo, con la limoſna, con la voz, con la pluma, y el deſeo á lo preſente: ampara á los mendígos, ſuſtenta los vergonzantes, dota las doncellas, conſuela á las viudas, engrandece los Templos, repara los Hoſpitales; y aſsi lo hacia San Juan, ſiendo con un perpetuo movimiento de amor, y de caridad, el amparo, y ſocorro de ſus ſubditos.

(a) Pſalm. 40. v. 2. (b) Fr. Mig. Salon. in ejus. vit. lib. 2. cap. 18. fol. 343.

CA-

CAPITULO XII.

LO QUE ABORRECIO LA CODICIA, Y SIMONIA, y caſo que le ſucedió con un Clerigo muy rico.

FAcil ſerá de perſuadir á qualquiera, el grande aborrecimiento que eſte Santo Patriarca tenia á la codicia, quando lo vemos tan enamorado de la Miſericordia; ſiendo aſsi, que huye de eſta virtud aquel vicio, como las tinieblas de la luz. Yá ſe han viſto en el empleo mundano, hombres profuſiſsimos, y larguiſsimos al dár, y eſtos miſmos rapaciſsimos, y codicioſiſsimos al quitar, y recibir, vaciando con aquel vicio, quanto adquieren con eſte otro; pero eſtos vicios encontrados, no caben en el animo ſencillo, y eſpiritual; porque tiene la caridad por alma una pureza del Cielo, y ſiendo muy reſuelta al dár, y beneficiar, es tan contenida, y atada al quitar, ó perjudicar á nadie, que no ſabiendo contenerſe al enriquecer á todos, no halla fuerzas para laſtimar á alguno.

2 Entre los vicios que mas perſiguió el Santo deſde que comenzó á poſeer ſu Silla Patriarcal, fue el de la ſimonía, codicia agrabada de maldad, y tan fea en ſus circuſtancias, que la paſa á ſacrilegio. Adquirir inmoderadamente, y con pecado, en coſas profanas, es malo, pero profano: (a) mas adquirir vendiendo, ó comprando las Gracias, y Dones del Santo Eſpiritu, y emplearlo como ſi fuera Divino, y dár los teſoros celeſtiales por la plata, es infernal, y diabolico. Vender con codicia, y en la plaza, muchas veces lo vió Chriſto Señor nueſtro en Jeruſalén, y lo dejó á los comunes remedios; pero quando ſe egercitaba en el miſmo Templo, y por los miſmos Sacerdotes, ſe embraveció contra tan deteſtable codicia, y formó azote de los cordeles, que los tenian atados á eſte vicio: (b) y habiendo manifeſtado en tantas ocaſiones el Salvador de las almas ſu agrado, y humanidad, con todo eſſo en ocaſion de tan juſto ſentimiento, todo ſe ocupó en el zelo.

3 Pondera mucho Baronio en el Santo Patriarca Juan, el que tuvo en deſterrar eſte infame vicio de ſu Igleſia, andando tan

(a) S. Thom. 2.2. quæſt. 99. art. 1. in. corp. (b) Joan. 2. v. 15.

tan recatado en ſus elecciones, que ninguna coſa miraba con igual delgadeza, para que ſalieſſen acreditadas á los ojos de Dios, y de ſus ovejas, ni otra caſtigaba con igual ſeveridad. (c) Con eſta atencion refieren ſus Coroniſtas, que le ſucedió un caſo digno de la noticia de todos. La largueza con que el Santo gaſtaba en Templos, Hoſpitales, mendígos, y obras pias, le redujo en una ocaſion á grande neceſsidad, y eſſo á tiempo que venían huyendo de los Perſas (enemigos moleſtos del Imperio) gran numero de pobres, y familias deſpojadas, á ampararſe de la caridad del Santo. Viendo á ſus ojos los afligidos, y faltandole el ſocorro para ellos, ſe empeñó en mil libras de oro, que conforme al computo de aquellos tiempos, montaban docientos y cinquenta mil peſos, que ſerán mas de docientos mil ducados; pero repartidos no baſtaron para una parte muy pequeña de los pobres. Pedia á Dios con inſtancia, que le dieſſe limoſna para darla, y que pues él no podia, ſocorrieſſe á ſus ſeñores, que aſsi llamaba á los pobres.

4 Habia un Clerigo en la Ciudad, llamado Coſme, caudaloſiſsimo de hacienda, y deſeaba, ſiendo bigamo, que el Santo le diſpenſaſſe, para que ſe ordenaſſe de Diacono. (d) No eſtaban entonces reſervadas eſtas diſpenſaciones á la Univerſal Cabeza, y Vicario de Chriſto nueſtro Señor el Pontifice Romano; y aſsi viendo el Clerigo la neceſsidad de ſu Paſtór, quiſo hacer de ella anzuelo á ſu pretenſion, y llegóſe á él, y le dijo: Señor, yo eſtoy con pena de la que vos padeceis, y no tengo por abundancia la mia, quando os veo con tanta neceſsidad: mis troges eſtán llenas de trigo, y en mi caſa hay plata, y oro en abundancia, de todo os podeis ſervir á vueſtro guſto: ſolo os pido me ordeneis de Diacono, pues el Apoſtol dice, que por la neceſsidad ſe puede templar, y transferir la ley. (e) Leoncio dice, que eſtas razones las redujo á memorial, y que la cantidad que ofrecia de trigo, eran mas de veinte mil ochocientas y treinta y tres fanegas, y quatro celemines; y de oro ciento y ochenta libras, que hacen quarenta y cinco mil y quinientos peſos.

5 Oyendo eſto el Santo, y Venerable Patriarca, ſin ponerſe á ponderar las razones de la caridad, á los viſos de la pruden-

(c) Baron. tom. 8. fol. 214. lit. B. (d) Lipom. tom. 1. vit. SS. fol. 176. Sur. tom. 1. fol. 558. Act. SS. tom. 2. Januar. fol. 503.
(e) Ad Hebr. 7. v. 12.

cia humana, como otro hiciera, ni á conſultar Teologos ſobre eſta duda, pueſtos ſolo los ojos en el zelo, y la pureza de la Eccleſiaſtica diſciplina, empeñando con eſſo á Dios á mayor ſocorro; apartó al Clerigo, para reſponderle, por no afrentarlo delante de todos, y le dijo: Tu ofrecimiento, ó hijo, és grande, y en eſte tiempo muy neceſario, pero es vicioſo, y ſumamente imperfecto, y aſsi no debe ſer admitido. No puedes ignorar, que entre las ofrendas no ſe recibian en la ley antigua las vicioſas, antes aunque fueſſen grueſas, y crecidas, como lo es la tuya, con qualquiera defecto que tuvieſſen, ſe repelian, y apartaban del Altar; (f) por eſſo no le fueron á Dios gratas las ofrendas de Caín, como las que iban envueltas en pretenſion, y codicia. (g) El lugar de S. Pablo no habla de derogar las leyes, y reglas Eccleſiaſticas, ſino de la traslacion de la Ley eſcrita á la de Gracia, que todo es Gracia, ſin primero movimiento de codicia. Mira á lo que dice Santiago: *El que guardare la ley, pero en una traſgreſion fuere reo, es lo meſmo, como ſi toda la quebrantaſſe.* (h) Nueſtros ſeñores los pobres no han ſido ſuſtentados por mi mano, ſinò por la Omnipotencia de Dios, y el miſmo que haſta ahora los ſuſtentó, les dará de aqui adelante el ſuſtento, ſin que ſea meneſter para ſu ſocorro corporal relajar la diſciplina Eccleſiaſtica; pues no es dificultoſo á aquellas manos liberales (que con una bendicion ſuſtentaron con cinco panes mas de cinco mil perſonas, (i)) bendiciendo ahora diez fanegas de trigo que tengo en mi granero, ſuſtentar los pobres de Alejandria; y aſsi, hijo mio, te ajuſta la reſpueſta de San Pedro á Simón Mago: *No tienes parte en la heredad del Señor.* (j)

6 Apenas acabó de decir eſtas palabras, quando entró un criado, aviſando como habian llegado de Sicilia dos de ſus naves de la Igleſia de Alejandria cargadas de trigo en grandiſsima abundancia, (k) y oyendo eſto el Santo Prelado, poſtrandoſe á Dios, le dijo: Gracias te hago, ó gran Dios mio, por la verdad inefable que dijo tu Santiſsimo Profeta, *que el que guardare tus Mandamientos, nunca careceria de bien alguno.* (l) Santifico, y bendigo tu Eterno Nombre; porque no has permitido á tu eſclavo, que rindieſſe la gracia del Sacramento del Orden por dinero. Levantan-

(f) Levit. 22. averſ. 18. uſq. ad 28. (g) Gen. 4. v. 4. & 5. (h) *Quicumque autem totam legem ſervaverit, offendat autem, in uno, factus eſt omnium reus.* Epiſt. B. Jacob. 2. v. 10.

(i) Matth. 14. v. 21. (j) *Non eſt tibi pars in ſermone iſto.* Act. 8. v. 21.

(k) Lipom. tom. 1. fol. 176. (l) *Etenim ſervus tuus cuſtodit ea, in cuſtodiendis illis retributio multa.* Pſal. 18. v. 12.

tandoſe el Santo, deſpedido el Clerigo, y encerrandoſe con ſus limoſnas, enterado de la cantidad de trigo que le venía, ſocorrió las neceſidades preſentes con ſingular gozo ſuyo, y de ſu Pueblo.

7 Gran documento es eſte para que los Prelados entendamos, y creamos, que la diſciplina Eccleſiaſtica obſervada, fructifica mas larga, y copioſamente á los pobres, que no relajada, y remiſa, aunque al principio no trahiga aparencias de tan grande utilidad; pues mas larga es la mano de Dios para quien le obliga con la obſervancia de ſu ley, que la del que ſocorre con la limoſna que ofrece, para efecto de relajarle ſus reglas. Y tambien, para que no ſolo egercitemos una virtud en los pueſtos, ſino que de tal manera las egercitemos todas, que prevalezca la mas importante, y pura; pues en San Juan el Limoſnero, ni la Miſericordia, que fue ſu mayor virtud, enflaqueció la pureza de ſu obrar, y adminiſtrar Sacramentos.

8 Tambien en haberſe empeñado por los pobres en tan grande cantidad, como docientos y cinquenta mil peſos de una vez, pagando intereſes de ellos, remueve algunos eſcrupulos á los Prelados, que á viſta de grandes neceſidades por algun tiempo ſe empeñaren por ſocorrerlos; pues no es veroſimil, que Dios que ſabe el afecto interior de los que por ſu cauſa ſe ofrecen á la dura ſervidumbre de vivir agravados con deudas, dége de ampararlos, como lo hizo á eſte Santo Patriarca; ſiendo cierto, que aun quando por algun accidente, por cauſas pias, murieſſe un Obiſpo empeñado por los pobres, muere mejor que no rico, y ſocorrido.

9 No deja de ſer tambien digno de ponderacion, vér la eſtimacion, y reverencia en que ſe tenia la Orden Clerical; pues ſolo porque ſe le diſpenſaſſe en la bigamia, para poder ſer Diacono, ofrecia eſte Clerigo, llamado Coſme, de limoſna para los pobres, quarenta y cinco mil y quinientos peſos en oro, y en trigo veinte mil, ochocientas y treinta y tres fanegas y quatro celemines: y con todo eſſo no baſtó tan exceſsiva cantidad, á que la ſanta rectitud del Patriarca ſe rindieſſe á viſta de tantas neceſidades á admitir eſte ſocorro, por conſervar en pureza la diſciplina Eccleſiaſtica.

CAPITULO XIII.

DE LA FORMA QUE TOMÓ EN LAS AUDIENCIAS, y que reformó las medidas de la Ciudad, y lo que á todos consolaba.

ES la Caridad tan instante, y santamente prolija en el deseo de hacer bien, y socorrer á los que ama, que suele afligir, y congojar á quien la tiene: y siendo assi, que todo lo desea, y que no basta para todo, ni lo puede todo egecutar, reduce á congoja, y á dolor propio, lo que vá del deseo, á lo que alcanza. Fatigaban al Santo Obispo las Audiencias, y mas le fatigaba que no ellas, el no poderlos satisfacer á todos; porque en los animos pios, y caritativos, mayor es el peso de no poder consolar como desean, que el que tienen otros tibios al aplicar el consuelo. Eran muchas las causas civiles de que entonces conocian los Obispos, á mas de las espirituales, y Eclesiasticas; porque menos recatada, y mas confiada era la potestad seculat, de la espiritual. Casi todos los negocios de los pobres, y miserables, y de las viudas, y pupilos, y de las medidas públicas, y del comercio, y negociacion quanto á los precios, las fiaban del cuidado de los Prelados, con assistencia de dos ciudadanos de los mismos Pueblos, como se vé en muchas leyes de Justiniano, y antes de él, de Arcadio, Honorio, Valente, y Valentiniano, que se hallarán en el Codigo, y titulo de *Episcopali Audientia*, y otros. (a)

2 Debia de parecer á estos Emperadores, que las causas de los pobres mas se habian de gobernar con la jurisdicion del amor paternal, y del zelo del Obispo, que no con los filos de la justicia riguroſa del Ministro; y á esta causa aplicaron á los Obispos algunas que parecian muy meramente politicas. Lo primero en que el Santo puso los ojos en esta parte, fue en limpiar la codicia á sus Ministros: y habiendo entendido, que en el juzgar lo Eclesiastico intervenian cohechos, y que se escusaban con decir, que no tenian suficientes salarios, los aumentó, y les dijo, que si huviessen menester mas para su sustento lo pidiessen; pero que en-

(a) Codex Justinian. tit. 4. de Episcop. Audient.

entendieſſen, que habia de haber limpieza en el obrar, y juzgar, aſſegurandoles, que el Miniſtro que recibe dones, deſtierra de ſu caſa la buena dicha, é introduce en ella el fuego, y la perdicion. Tambien refieren los que eſcribieron la vida de San Juan, que entre otros bienes grandes que hizo á Alejandria, fue ajuſtar las medidas de los baſtimentos públicos, y reducir los peſos á fineza, y lealtad: cuidado que debia pertenecerle, como ſe ha apuntado arriba, por tocar ſu agravio á perſonas miſerables; pues para los poderoſos ſiempre ſon favorables los peſos, y las medidas. (b)

3 Viendo el Santo el concurſo grande que habia de pobres, y miſerables, y que unos acudian á buſcar ſu conſuelo en ſu piedad, otros el conſejo en ſu prudencia, otros el deſagravio en ſu rectitud, otros el gozo en ſu ſantidad; reſolvió de ſeñalar dos dias en cada ſemana, en los quales todos ſe ocupaſſen en las Audiencias. Para eſto ſeñaló los porticos de la Igleſia, por manifeſtarſe mas público al bien comun; y todos los Martes, y Viernes acudia á ellos, deſpues de haber celebrado el Divino Sacrificio del Altar: por la mañana, haſta la hora de comer, y en acabando de comer, volvia á hora competente á aſsiſtir haſta la noche. Tenia conſigo los Miniſtros de ſu Conſejo, y de ſu Juriſdicion, y quando venían cauſas que ſumariamente podia luego deſpachar, él miſmo las libraba, y deſpachaba; y quando no, las remitia á ſus Miniſtros, encomendadoles ſu brevedad. A muchos que venían á pleytear componia, á otros que venían á quejarſe aplacaba, á otros que venían á pedir remedio de ſus opreſiones, y violencias, ſatisfacia, y conſolaba, aplicando los remedios como lo pedian las neceſidades.

4 Tenia alli miſmo en la Audiencia á ſus limoſneros con dinero pronto, y otras alhajas de ſocorro, y caridad, y con el miſmo cuidado, y anſia ſocorria de limoſna á los cuerpos, que de conſuelo, paz, y conformidad á las almas. Era coſa para admirar, y de no ponderable gozo para Alejandria, vér á ſu Santo Paſtór en aquellos porticos, aſsientos, y plaza, expueſto á todo genero de cauſas, y neceſidades, como un público amparo, y remedio de toda ſuerte de quejas, diſcordias, deſconſuelos, y miſerias; atenta, prudente, y ſuavemente, diſponiendo el repá-

ro

(b) Lipom. tom. 1. fol. 174. col. 4.

ro de los daños con prudentiſsimos, y ſuaviſsimos remedios. Lloraba con los afligidos, alegrabaſe con los alegres, ſocorria los miſerables, templaba á los poderoſos, amparaba á los flacos, alumbraba á los ciegos, guiaba á los perdidos, convertia á los pecadores, pacificaba á los diſcordes, todo hecho para todos todo, y todo para cada uno. Al Santo Patriarca concurrian con una confianza admirable las ovejas, como á un amoroſo Padre, y amante Paſtór, y ninguno temia de deſcubrir ſu trabajo; porque ninguno dudaba de hallar en manifeſtarlo ſu conſuelo. Como un Medico publicamente buſcado de los enfermos, pulſaba los animos, y las neceſidades de ſus ſubditos, y con una prudencia, y caridad del Cielo, les aplicaba el remedio.

5 Decianle algunos de los que le aſsiſtian, que deſcanſaſſe un poco en el trabajo, y el venerable Prelado reſpondia: Que eſte fuera ſu mayor trabajo, porque el Oficio Paſtoral trahia conſigo cuidados, fatigas, atenciones, deſvelos, y no ſería Paſtór quien ſin eſte conocimiento gobernaſſe ſus ovejas. Acordabales la propoſicion de San Pablo á Timotéo: *Qui Epiſcopatum deſiderat, bonum opus deſiderat.* (c) Quien deſea un Obiſpado, deſea obrar mucho, y velar mucho, y ſocorrer mucho, y conſolar mucho, y defender á muchos, y finalmente, no ceſar de obrar jamás, y mucho. *Pater meus, uſque modo operatur, & ego operor,* (d) decia el Salvador de las almas: *Obra mi Padre ſiempre, y yo ſiempre eſtoy obrando.* A eſſa ſemejanza los Obiſpos (decia el Santo Patriarca) hemos de eſtár ſiempre obrando, y trabajando, no rehuſando los trabajos por las almas, que á Dios coſtaron tantas penas, y trabajos; y aſsi ſentia vivamente el Patriarca, que no huvieſſe muchos á quien conſolar, temiendo que le faltaſſe materia á ſu caridad, y con eſſo merito á ſu ſalvacion.

6 Sucedióle deſpues de muchas Audiencias, que habiendo un dia aſsiſtido deſde la mañana á la noche á eſta ſanta ocupacion, no llegó pleyteante, ni pobre, ni deſconſolado, ni afligido á valerſe de ſu prudencia, de ſu caridad, de ſu amor, y ſu piedad; y habiendo paſado el dia ocioſo (aunque ſantamente ocupado en hallarſe expueſto al bien de todos) comenzó á condolerſe, y afligirſe con no explicable dolor, y abriendo puertas al llanto, en altas voces, con ſuſpiros del corazon, decia á ſus Miniſ-

(c) 1. ad Timoth. 3. v. 1. (d) Joan. 5. v. 17.

niſtros: ¡Ay de mí! ay de mí! Hijos mios, llorad, llorad al deſdichado Juan, Obiſpo de Alejandria, que en todo el dia de hoy no ha hallado materia á ſu ſalvacion, no ha hecho coſa por donde pueda ſalvarſe, no ha ſocorrido, ni favorecido á nadie, y huyen de mi los bienes, y las virtudes, que ſon anuncios que me han de acabar los pecados, y los vicios! Llorad, hijos, á un Paſtor tan deſdichado, que no ſe acerca nadie á que lo apaciente, á un Medico tan deſacreditado, que nadie lo llama para que lo cure, á un Maeſtro tan inutil, que nadie le pide que le enſeñe, á un Padre tan aborrecido, que nadie fia de él que lo conſuele! Llorad un dia tan infelíz como eſte, en que á nadie he ſocorrido! No lo conteis entre los dias del año, que no ſon dias, ſino noches triſtiſsimas en los que no ſe egercita la caridad en los Fieles.

7 Viendo los Miniſtros, y familiares del Santo el deſconſuelo ſin conſuelo de ſu Prelado, uno de ellos, que fue excelente Varon, y el que mas autoridad tenia en ſu caſa, llamado Sofronio, le dijo: ¿De qué (Señor Iluſtriſsimo) os deſconſolais, y lamentais, quando debeis eſtár alegre, y conſolado; pues ha llegado vueſtro zelo, deſvelo, y caridad á tener tan ſocorridas vueſtras ovejas, ſiendo tan inumerables, que ni hay quejoſos, porque los previno vueſtra juſticia, ni pobres, porque los ſocorrió vueſtra liberalidad, ni diſcordes, porque los compuſo vueſtra prudencia, ni vengativos, porque los curó vueſtra tolerancia, ni perſeguidos, porque los amparó vueſtra miſericordia; y teneis tan quieta, y ſoſegada á Alejandria, como ſi fuera un Monaſterio de Monjas ordenadiſsimo? Ahora que debeis ocupar el tiempo en alabanzas divinas, nos deſconſolais con quejas, deſconfianzas, y lamentaciones públicas? Entonces el Santo con animo ſencillo, y puro le dijo: ¿Puede ſer eſſo aſsi, amado Sofronio? Será eſſa la cauſa de no haber tenido hoy, á quien ſocorrer, favorecer, y amparar? Si ſeñor reſpondió. Entonces, mudando el Santo el afecto en alabanzas de Dios, arrodillado dijo: Doyte, ó gran Dios mio! infinitas gracias de que tu piedad con tan larga mano, y favor, eſtá aſsiſtiendo á mis deſeos.

8 De eſta ſuerte acudia el Santo á ſus Audiencias, punto muy ſuſtancial para atenderlo un Prelado, y diſponerlo de ſuerte, que ni el acudir ſiempre á ellas le ocupe para mayores, y mas utiles diſpoſiciones de ſu gobierno, ni el negarſe cauſe ſobrado deſconſuelo á ſus ſubditos, y los trahiga fatigados, y afligi-

gidos. Porque á la verdad, aſsi como tienen los ſubditos derecho á que los oyga ſu Obiſpo, lo tiene el Obiſpo á reſervarſe para mayores negocios, cumplida eſta obligacion. Y aſsi neceſsita un Prelado de tener horas deſtinadas para los deſpachos, cauſas, y negocios interiores, ſecretos, y reſervados, viſitas, y cartas, conſejos, deliberaciones graves, egercicios eſpirituales, y ſantos, y entre ellos la inſtante oracion y otros de eſte genero, para los quales es forzoſo, que tenga horas ſeñaladas de retiro. Y en eſte caſo es neceſsario moderacion en los ſubditos al querer tener á ſu Paſtór á todas horas preſente, contentandoſe con verlo, y hablarlo á las ſeñaladas, menos en lo que fuere preciſo. Por otra parte tambien tienen derecho los ſubditos á tener horas, y dias fijos de Audiencias, ſin que baſten tan ſantas y graves ocupaciones á que nunca, ó raras veces los oyga, ſiendo la voz del Prelado y la alegria de ſu roſtro, gran parte del conſuelo de las almas de ſu cargo. Advirtiendo, que de tal ſuerte debe ſeñalarſe el tiempo, que ſiempre, y á todas horas ſe acuda á lo mas urgente, y que en todas eſté el animo diſpueſto á oír, deſpachar y ſocorrerlos á todos, y mas en las mayores neceſsidades; y de eſta facil diſpoſicion nos dejó el Santo un egemplo memorable.

9 Iba un dia el Santo por la Ciudad de Alejandria deſde ſu Palacio á la Igleſia de San Cyro, y San Juan, Martires iluſtres del Oriente, y ſe acercó á él una pobre viegecita viuda, afligida, y maltratada; quejabaſe de ſu yerno, pidiendo la amparaſſe ſu Paſtór, por los muchos y malos tratamientos que le hacia. Entonces el Santo, ſin querer dár un paſo adelante, mandó que le trageſſen á ſu preſencia aquel hombre. Eſtaba lejos de alli, y fue neceſsario aguardarle grande eſpacio en la calle: decianle los familiares, y criados, proſiguieſſe ſu viaje haſta la Igleſia, que deſpues la podria deſpachar. Reſpondió el Varon caritativo: Ahora tengo aqui preſente á eſta pobre muger, ¿quien dice que ſi la dejo no ſe irá muy triſte, y deſconſolada? Y tambien, ¿quien os ha aſſegurado que volveré de la Igleſia? No puede prevenirme allá la muerte, y dejar á la viuda ſin remedio? Vino el yerno, refrenóle, y dejólos pacificos, y contentos. El que con eſta prontitud deſpachaba, y con eſta facilidad oía á ſus ſubditos, lejos eſtaba que le pudieſſen decir lo que la otra vieja de Macedonia

nia á Philipo, padre del grande Alejandro, la qual habiendole tirado de la capa para que la oyeſſe, no deteniendoſe el Rey á oírla, ayrada le dijo á voces: Oídme Rey, ó dejar de reynar, y gobernar. Y entonces el Rey ſe detuvo, y la oyó, y la deſpachó. (c) Y aſsimiſmo, el que tenia tan preſente la muerte, lejos eſtaba que lo engañaſſen los lazos, y peligros de la vida.

CAPITULO XIV.

VIENE NICETAS A GOBERNAR A ALEJANDRIA, y á Egipto. Gózo del Santo, y del Gobernador.

SUcedió en eſte tiempo al Santo una coſa de ſingular conſuelo para ſu perſona, y de grande alivio para los buenos efectos de ſu gobierno, y Dignidad, que fue la venida á gobernar á Egipto de Nicetas, Principe generoſiſsimo, conſuegro (como hemos dicho) del Ceſar, y Emperador Eraclio, hermano, y aun hijo eſpiritual del Santo, y que antes de ſu eleccion tuvo toda la parte en que fueſſe elegido, y deſpues en que aceptaſſe, y fueſſe conſagrado por Obiſpo, y Patriarca de Alejandria; y aſsi enviado por el Emperador á la aſsiſtencia de aquel gobierno, debió de ayudar mucho á eſte Principe para venir con mas guſto, el hallarſe á viſta de las virtudes del Santo.

2 Para el Venerable Patriarca fue de ſumo gozo la venida de eſte excelente Varon; porque como todas ſus acciones las enderezaba á Dios, conſideraba con gran juicio, quan neceſarias ſon las aſsiſtencias de la Juriſdicion temporal para los buenos efectos de la Eſpiritual, y Eccleſiaſtica, y que ſin la una, no puede, ni baſta la otra; porque quanto quiere obrar el zelo, lo embaraza eficazmente, quando ſe opone la fuerza. Reconocia, que la Juriſdicion eſpiritual es peregrina en el mundo, y que aſsi tal vez no la deja el miſmo mundo lugar para ſu libre egercicio; y como á Chriſto Señor nueſtro no lo recibia el mundo, *& ſui eum non receperunt*, (a) con venir á ſu remedio; aſsi á la juriſdicion eſpiritual, no ſiempre la conoce, ni reconoce, por ſer eſtraña del

(c) Vid. Petr. Gregor. Tolozan. de Republic. lib. 6. cap. 6. n. 13. pag. nob. 322.
(a) Joan. 1. v. 11.

mundo, y totalmente á él opueſta, y la que módera ſus deleytes, ſenſualidades, y guſtos.

3 A eſta cauſa los Reyes, y Principes Catolicos zelan tanto el aſsiſtir, y favorecer con ſu Juriſdicion, la del Salvador, y Redentor de las almas, encargándolo en ſus leyes, conociendo, que tanto mas les dará Dios de lo temporal, quanto mas favorecieren ſus cauſas, para conſeguir lo eterno. Porque á la verdad, como el alma no puede uſar ſus operaciones, ſino por los ſentidos, y canales del cuerpo; aſsi la Juriſdicion eſpiritual, no puede comodamente, con la reſiſtencia de lo temporal, lograr los buenos efectos que ſe deſean, porque en los principios, en los medios, y en los fines no ſe dá paſo que no ſea una diſcordia, con que al remediar los pecados, y eſcándalos de la Igleſia, antes gana, que pierde el enemigo comun. Por eſto fue grande la alegria del Santo Patriarca, de vér quan ſegura tenia en la virtud de Nicetas, Gobernador de Egipto, y Alejandria, la aſsiſtencia, y amparo á los públicos decretos, y edictos, para la moderacion de las coſtumbres, reformacion del Clero, y progreſos de la Religion Catolica, y la paz univerſal que depende de la union de las cabezas en el ſervicio de Dios, y del Ceſar: y mas quando el Ceſar no deſea ſino lo que mas conviene al ſervicio de Dios, en que conſiſte la ſuma de las felicidades de ſu Corona, y victorias de ſus armas.

4 Tratabanſe con grande confianza, y frequencia el Patriarca, y el Gobernador, y tanto mas, quanto yá el Santo era compadre de Nicetas, por haberle bautizado uno de ſus hijos.(b) Con eſto ſe interponia el Santo quando ſe ofrecia con Nicetas, con una confianza, y autoridad no importuna en las materias de juſticia al aplacar los rigores de las leyes, dejando libre el diſcurſo, y ſu arbitrio de los Jueces, ſin embarazar con la frequente interceſion á los buenos, y neceſarios efectos del gobierno moderado, recto, y prudente de Nicetas. Intercedia tambien Nicetas con el Patriarca en ſus elecciones, y limoſnas, con ſanta interpoſicion, con muy decente, y comedida atencion, procurando que no ſe embarazaſſe el zelo, ni relajaſſe la diſciplina Eccleſiaſtica, y que ſe llevaſſe la neceſidad, y no el favor, los ſocorros de ſu liberalidad. Con eſto parecia que eran los dos uno ſolo en

la

(b) Baron. tom. 8. fol. 257. lit. A. Vit. PP. tom. 1. fol. 142. col. 2.

la paz, y conveniencia para el comun: y por otra parte, como ſi fueran muchos, lo ayudaban, ſiendo aſsi (que quanto á la diferencia, y diverſidad de las ocupaciones, y cargos, y al dejarſe en libertad, y rectitud) ſe retiraba cada qual al pueſto que le tocaba.

5 Florecia con eſto Alejandria en grande felicidad, y conſuelo, viendo tan conformes en ſu amparo los que eran tan diverſos en los Oficios, y Dignidades, y que ſe hallaba atada la emulacion, y la embidia, por la caridad, y reciproca correſpondencia de ſus Gobernadores, y Cabezas. Crecia aquella Republica, y Reyno en la Religion, que promovia el Santo como Paſtór, y egercitaba Nicetas como ſubdito Chriſtiano. Crecia tambien en felicidad politica, y ſantas direcciones, y conſejos que reſolvia Nicetas, y le miniſtraban los prudentes, y eſpirituales conſejosdel Patriarca, y como dos brazos, y manos de Dios, ſe conformaban, y unian á los mayores efectos de ſu ſervicio.

6 Obraba Nicetas con el Santo con ſeñaladas demoſtraciones de amor, y enviabanſe algunas veces uno á otro regalos, y entre otras, fue muy celebrado en aquellos tiempos: que habiendo reconocido Nicetas lo poco que cuidaba de sí el Santo, le envió una colcha para la cama de particular, y ſeñalada materia con que pudieſſe comodamente abrigarſe. Recibióla el Patriarca, y aunque la primera noche usó de ella, fue tan grande la congoja, y peſo que le causó cubrirſe con materia tan coſtoſa, y delicada, conſiderando, quantos pobres ſe pódian cubrir, y ſuſtentar con ſu precio, que hablando conſigo miſmo decia: ¿Quien habrá ahora que diga, que el pobre Juan eſtá cubierto con una manta tan rica, al tiempo que los pobres andan por eſſas calles deſnudos, padeciendo terrible frio? Quantos padecen mejores que yo, á quien atormenta el yelo, y nieve en Alejandria? Quantos hay que duermen encogidos, y afligidos, cubiertos con una capa de paño? Y yo con una precioſa colcha duermo, y deſcanſo muy rico? Quantos ſe habrán quedado por eſſos montes ſin cenar, y al yelo, y padecen dos deſdichas, una de hambre, otra de frio? Quantos habrá que quiſieran teñir un poco de pan en la ſalſa que arrojan mis cocineros? Quantos quiſieran confortarſe con el olor del vino que ſe derrama en mi caſa? Quantos habrá

en eſta Ciudad tendidos por eſſe ſuelo, no ſolo elados, ſino mojados, y temblando de frio? Quantos habrá que no tienen un veſtido para Invierno, y otro para el Verano, padeciendo en el un tiempo, las inclemencias del otro? Y tú Juan con riquezas, con regalos, con veſtidos, con una colcha tan rica eſperas eternas felicidades, y cubres tu miſerable cuerpo con un precio tan crecido? Mucho temo que has de oír (viviendo aſsi) las palabras que le digeron al rico glotón, quando pedia deſcanſo: *Recepiſti bona in vita tua, & Lazarus ſimiliter mala.* (c) Hermano yá recibiſte regalos en la otra vida, y aſsi no ſe te deben en eſta. Bendito ſea el Señor, y no permita ſu Divina Mageſtad, que el pobre Juan ſe cubra otra vez con eſta colcha, ſino que la venda, y con ſu precio cubra á los pobres de Jeſu-Chriſto.

7 A la mañana ſiguiente muy temprano envió á vender la colcha al público mercado, para que lo procedido ſe repartieſſe entre pobres. Lo qual habiendo entendido Nicetas, la compró, y ſe la volviò á enviar, y el Santo la recibió, y volvió luego á vender; y Nicetas otra vez á comprar, y remitirſela al Santo, que la recibió, diciendo, que era muy honeſta, y ſanta la porfia de entrambos, pues fructificaba en favor de los pobres del Señor; pero que tenia mas derecho el Patriarca, que Nicetas; pues él la daba á un amigo, y el Patriarca á Dios, y aſsi no habia de ceſar por ſu parte en la porfia, con que huvo de ceſar Nicetas. (d)

(c) Luc. 16. v. 25. (d) Vit. PP. tom. 1. fol. 145.

CA-

CAPITULO XV.

CASO NOTABLE QUE LE SUCEDIO AL SANTO con Jorge ſu ſobrino, y un vecino de Alejandria, que le ofendió.

CON eſta felicidad navegaba en la vida eſpiritual el Santo Patriarca en ſu Igleſia, mejorando con ſumo gozo, y utilidad general todos los Pueblos de ſu gobierno, reformando, y moderando lo malo: promoviendo, y excitando lo bueno; porque no hallaba el zelo embarazos, ni impedimentos, ni las Ordenes Eccleſiaſticas dificultades, y diſcordias: alli ſabian que eſtaba la voluntad del Gobernador del Ceſar, donde aſsiſtian los ſantos deſeos del Gobernador de Dios: y alli eſtaba la aprobacion del Gobernador de Dios, donde reſplandecian las juſtas, y moderadas ordenes del Gobernador del Ceſar. Tenia ſu familia el Patriarca tan corregida, y poco embarazoſa al comun, que era todo el conſuelo, y egemplo de Alejandria; porque ſus deudos, y familiares del Santo eran los primeros, y mas ſujetos á las leyes, y decretos de ſu gobierno, con que viendo guardada la regla en la caſa del Prelado, nadie aſpiraba á la diſpenſacion.

2 Sucedió un dia, que á Jorge, Varon iluſtre, ſobrino del Santo, y que deſpues le ſucedió en la Silla Alejandrina, perdió el reſpeto un vecino de aquella Ciudad, ſobre atrevido, plebeyo, y de muy baja calidad, y condicion; y recelando Jorge la ſevera diſciplina de ſu tio con los de caſa, no quiſo él miſmo ſatisfacerſe; pero llegó turbado, y colerico al Palacio del Santo Patriarca, y luego á ſu preſencia, y ponderó el atrevimiento de aquel hombre, la gravedad de la injuria, la diferencia de las calidades, el daño del mal egemplo, la deſautoridad de la Dignidad del Patriarca, ſi toleraba que á los ſuyos, y mas quando eran tan conjuntos en ſangre, los trataſſen de eſta ſuerte, y la avilantéz que otros tomarian para mayores, y peores atrevimientos, y exceſos.

3 Vió el Santo, y reconoció facilmente en la platica, y demoſtraciones exteriores de ſu ſobrino, lo que le afligia en lo interior el dolor de la injuria, y con una prudencia celeſtial, haciendo

ciendoſe muy de parte de ſu enojo, á lo que pareció, para templarlo, y moderarlo mejor, le dijo: ¿Eſſo ha ſucedido, Jorge? A las coſas que mas amo ſe tratan de eſſa manera? A quien mas eſtimo ha habido quien ſe haya atrevido á injuriar? Dejadlo á mí, que yo haré una coſa que ſe admire Alejandria. El mozo con eſto conſolado, y reconocido, beſandole la mano ſe ſalió, y el Santo, deſpues de haber dado algun eſpacio á que ſe quietaſſe, y fueſſe deſcaeciendo el dolor, lo llamó, y le dijo con palabras paternales: Hijo, la verdadera nobleza ſe toma de la virtud, y no de la vanidad. Nadie es mas noble que Dios, y padeció injurias con paciencia, y recibió oprobios con humildad, y no ſolo las perdonaba quando hombre, y Dios verdadero padecia las afrentas como hombre; (que podia caſtigar, y eſcarmentar como Dios) ſino que hoy miſmo nos ſufre, nos tolera, nos aguarda, y á muchas injurias nueſtras apenas reſponde con un caſtigo. Es meneſter perdonar, hijo mio, las que nos hacen, para que él nos perdone las que noſotros le hacemos, porque con la medida que midieremos á nueſtros progimos, con eſſa nos medirá á noſotros nueſtro Juez, y Salvador.

4 Eſtas razones moderaron al ſobrino, y yá templado ſu animo, hizo llamar al Prefecto de los tributos de la Igleſia, y le dijo: Id á buſcar al que injurió á mi ſobrino, y decidle, que le perdóno, no ſolamente la injuria, ſino qualquiera tributo que debiere, y á mas de eſſo, no ſe cobre de eſte hombre en todo eſte año tributo alguno. Entonces reconocieron todos, que eſto era lo que habia dicho el Santo, que haria una coſa que la admiraria Alejandria; pues luego que corrió la voz por ella del ſuceſo, admiraron juſtamente la nueva, y nunca oída manera, para el mundo, de vengarſe en las injurias; y el modo heroyco con que eſte admirable Varon, no ſolamente manifeſtó un animo deſaſido de carne, y ſangre con ſus deudos, ſino que dejó eſte documento á los Prelados (á quien eſtos parenteſcos pueden, y ſuelen embarazar, y aun empeñar á muy penoſas reſoluciones, y acciones) que precien, y eſtimen mas en lo que obráren las influencias del Oficio, y Dignidad, que no las de la perſona, y ſangre, y que pues por aquella repreſentan á Dios, y por eſtas ſon hombres como los otros, de tal manera lo ſean, que nunca afeen, ni amancillen la imagen que en ellos ſe repreſenta de Dios, por dejarſe gobernar de los afectos deſordenados de hombre, valiendo-

doſe del poder de la Dignidad, para vengar las injurias que ſe hicieren á ſu ſangre.

5 Tambien con eſte egemplo ſe cenſuran, y condenan muchas razones politicas de prudencia, que la paſion tal vez quiere hacer eſpirituales, para tomar venganza de los agravios. ¡Qué de diſcurſos formára otro menos Santo que eſte Santo, para hacer virtud la ſatisfacion, y eſpiritu la venganza! Es cierto, que á las razones del ſobrino, añadiera infinitas de decencia, y conveniencia, Autores, y Autoridades, para ſatisfaccion, y venganza á ſu dolor: y yo bien confieſo que pudiera juſtificar eſtas razones el caſtigo de aquel hombre; pero ſerá dejando de hacer eſte acto heroyco de paciencia, de caridad, de humildad, y moderacion Chriſtiana, y eſta es la que en los Eccleſiaſticos Sacerdotes, y Religioſos, debe á todas preferirſe, y no por eſſo puede decirſe que ſe enerba la juſticia, ó enflaquece la diſciplina Eccleſiaſtica; porque lo que muchas veces conſentido fuera daño de los ſubditos, y deſprecio de los ſuperiores, alguna vez tolerado, es Doctrina celeſtial para moderar los afectos de la ira en los unos y en los otros, como en el caſo preſente; en el qual quando parece que el perdonado quedó ſin caſtigo, ſe halló con el beneficio atado, con el perdon confundido, los Pueblos edificados, el ſobrino advertido, y humillado, el Prelado mas amado, y aplaudido, la familia corregida, los Eccleſiaſticos enſeñados, y los ſeglares mas rendidos con las cadenas del amor de ſu Prelado, que pudieran eſtarlo con el caſtigo. De todas eſtas acciones heroycas, de ſu liberalidad, y caridad, y del amor grande que tenia á ſus ovejas, reſultaba pagarle ellas con iguales demoſtraciones de amor, buſcarlo, ſeguirlo, reverenciarlo, y andar grandes, y pequeños, pendientes del guſto de ſu Paſtór.

CAPITULO XVI.

DE LA HUMILDAD DEL SANTO, Y MODO CON QUE reprehendia los ſoberbios.

UNA de las virtudes en que mas reſplandeció eſte iluſtre Varon, fue en la de la humildad, y en ella fue tanto mas admirable, quanto el pueſto que ſervia era mas levantado, y preeminente. Que el pobrecito, y deſvalido ſea humilde, virtud es, y muy loable, porque nunca llega el hombre á ſentir tan bajamente de sí, que no tenga mucho que vencer, y en que conocer ſu fragilidad; porque el que ſe halla en el sólio de la Dignidad, y en la grandeza del eſtado, y en el trono de la veneracion viva humillado, y reconocido, de que todo es preſtado, y ageno, y ſombra, y nada; eſta es virtud mas heroyca, y de ſuprema magnitud.

2 No hallaba el Santo palabras como explicarſe, y aniquilarſe: quando ſe ofrecia hablar de sí, nunca decia, Yo mandé eſto, ſino mi miſeria manda eſto, mi ſervidumbre, y eſclavitud os ruega eſto, mi humildad os pide eſto. En ſus edictos, y cartas ſiempre ſe llamaba Eſclavo de los eſclavos. En ſu teſtamento añadió: Juan, eſclavo por naturaleza; pero por la gracia del Sacerdocio libre. En la carta que eſcribió á Modeſto, Prefecto, ó Patriarca de Jeruſalén, puſo: Mi maldad, y miſeria ruega á vueſtra virtud, y ſantidad. Siempre ſe llamaba, El humilde Juan, el pobre Juan, el miſerable Juan. Otras muchas veces decia: Mi pequeñéz ruega á vueſtra grandeza. Finalmente, en todos los hechos excelentes de ſu vida, como ſe verá en lo que eſcribimos, eſtá de tal ſuerte reſplandeciendo una chriſtiana, y heroyca humildad, y tan grande, que ſerá ſuperflua ſu relacion. Solamente para enſeñanza de todos, traduciré aqui las platicas que ſolía hacer á los ſoberbios, á quien procuraba corregir; y porque la modeſtia, y humildad del Santo Patriarca tenia grande atencion á no laſtimarlos con las palabras, ponia ſiempre en ſu cabeza la culpa, y en la agena la alabanza.

3 En habiendo algun ſoberbio á quien él deſeaba corregir, entrandolo á ſu Oratorio, ú á otra parte retirada, para hablar-

blarlo con mas confidencia, rodeando la converſacion, haſta llegar á eſte punto, reprehendiendoſe á ſí miſmo, decia el Santo: De una coſa me admiro, y me trahe en continua confuſion, hijo mio, y es, que mi alma miſerable no ſe acuerda de ſer humilde, quando el Hijo de Dios pareció en el mundo, y ſe nos manifeſtó en humildad, y Humanado, y tomó forma, y naturaleza de Hombre; y quando Dios, Criador del Cielo, y de la tierra viene á la tierra, y con el egemplo, y la doctrina me eſtá enſeñando humildad, yo me enſoberbezco, en viendo que tengo mas Dignidad, ó mas riquezas, ó mayor poder, ó mas grandeza que los demás, ſin atender á la voz, y á la doctrina de Chriſto bien nueſtro, donde dice: *Diſcite á me, quia mitis ſum, & humilis corde, & invenietis requiem animabus veſtris*: (a) *Aprended de mí que ſoy humilde, y manſo de corazon, y hallareis gran quietud en vueſtras almas.* Quando el Hijo de Dios eſtá diciendo (y lo que mas es haciendo eſto) ¡eſtoy yo con el egemplo enſeñando lo contrario, y qualquiera Dignidad me deſvanece, qualquiera honra me enſoberbece, qualquiera deshonra me entriſtece, por lo que reyna en mí la ſoberbia, y vanidad!

4 Abrahan decia de sí, que era polvo, y ceniza, y era el Padre de los vivientes, (b) ¡y yo me llamo Obiſpo, y Patriarca, y me tengo por hombre muy encumbrado, ſiendo polvo, tierra, y nada! David decia de sí, que era guſano, y no hombre: (c) ¡y yo me tengo por hombre grande, excelſo, ſublimado, y á los demás por guſanos! Moysén, prodigio de ſantidad, quando le querian enviar á ſer cabeza del Pueblo del Señor, ſe eſcuſaba diciendo ſer tartamudo, y ſin eloquencia alguna; (d) ¡y yo, ignorante, y ſin noticias, me he ſubido, y aſſentado á enſeñar en la Cátedra de la Sabiduria Chriſtiana, y quiero que todos me llamen Maeſtro! Iſaías, Profeta ſantiſsimo, quando le habló el Señor, dijo, que tenia labios impuros. (e) Y Jeremias no acertaba á hablar, ſino A.A.A. (f) ¡y yo, vaſo de paſiones, y miſerias doy doctrina á los demás!

5 ¿Qué ſoy yo, hijo mio, qué ſoy yo? No ſoy un poco de lodo en figura de hombre? hermano de los ladrillos que píſo, que eſtán diciendo, y quejandoſe, que ſon de la miſma maſa, y tan

(a) Matth. 11. v. 29. (b) Gen. 18. v. 27. (c) Pſalm. 21. v. 7. (d) Exod. 4. v. 10. (e) Iſai. 6. v. 5. (f) Jerem. 1. v. 6.

buenos como yo, y que los píſo? Confieſo, hijo, que quando eſto veo, y las razones de conocimiento que tengo en mí para humillarme, y conocerme, que aborrezco mi ſoberbia. Porque antes de nacer no era nada, engendrado ſoy corrupcion, nacido aſco, viviendo miſeria, y crecido maldad, y ſublimado ſoberbia, y vanidad, muerto eſtiercol, y podricion. Y no ſolo eſtas tan claras razones ſobraban para humillarme; pero las que me habian de hacer que eſtuvieſſe ſiempre fijos los ojos en tierra, y encorvado, confundido, y humillado, ſon los beneficios divinos, y las mercedes que Dios nos hace, que es lo que mas ſujeta, y hace humildes los animos nobles, y generoſos. Porque dejando de ponderar el habernos formado, y criado, ſolo por ſu gran Bondad, y Miſericordia, y ſacado al ſer del no ſer, y pudiendo criarnos piedra, tierra, polvo, brutos, habernos criado á ſu imagen, y ſemejanza, y deſpues de criados, llamarnos, y deſpues de llamados, y perdídos, redimirnos con ſu ſangre, y criado todo el Cielo, y la tierra para el ſervicio del hombre; mandó tambien para el hombre al Sol que le alumbre de dia, á la Luna que le dé luz de noche, y que las Eſtrellas le inclinen, y que las plantas le ſuſtenten, y que las flores lo recreen, y que los animales le ſirvan, y que el agua lo refrigére, y que el viento lo aliente, y que el fuego lo conſerve, y que la tierra lo crie todo, para que lo alegre, lo ſocorra, y miniſtre.

6 ¿Quién no ſe humilla, hijo, á tantos, y tan repetidos beneficios, y miſericordias? Quando á mi miſeria ſocorre la agena liberalidad, me parece que no tengo ojos para mirar al roſtro á mi bienhechor, viendo, y conſiderando en mi la neceſsidad, y en aquel la gracia, y beneficencia; y noſotros á viſta de tantos beneficios, y mercedes, gracias, y ſocorros, miſericordias, y liberalidades, ſomos ſoberbios, preſumidos, é inſolentes? Pero otra conſideracion me confunde, hijo mio, y me trahe en continuo aborrecimiento de mi ſoberbia, y maldad, que es vér la longanimidad, y dilatacion de animo, y miſericordia con que Dios perdona, y aguarda á los pecadores. ¡Cómo los tolera! Cómo los ſufre! Cómo los eſpera! Cómo los llama! Cómo los exhorta! Cómo los reprehende! Y todo eſto hace por no llegar á vér cómo los caſtiga. Y ſucederá eſtár yo maldiciendo, y murmurando, y el Señor lloviendo, y criando los frutos de la tierra para mí. ¿Quántos vandoleros que ván á robar, los cubre la Juſ-

ti-

ticia Divina de la humana, porque no den en ſus manos, y mueran en la reſiſtencia, ocultandolos, porque no hallen á la juſticia, y ſu condenacion eterna en la muerte temporal? Quántos Piratas en el mar al levantarſe la tempeſtad, que ha de dár con ellos en el abiſmo de las aguas, y el Infierno, ſe libran ſolo por mandar Dios al mar, y al viento que ſe quieten, para vér ſi ſuſpendiendo el caſtigo, llega en ellos la enmienda de ſu maldad? A quántos deja vivir, y blasfemar del Cuerpo, y Sangre de Chriſto Señor nueſtro, y aguarda con gran paciencia, ſin volverles mal por mal, porque convertidos ellos le vuelva bien por bien? Quántos al entrar por las caſas á robar, deja que duerman los dueños, y que les lleven la ropa, porque deſpiertos no quiten á los ladrones la vida, y pierdan con ella el alma, eſperando á que el tiempo los mejóre, y deſengáñe? Quántos que andan robando por eſſos campos, libra de las beſtias, y de las viboras, y animales ponzoñoſos, y de otros peligros no conocidos; porque no pierdan en un inſtante vida, y alma, dando dilacion á ſu caſtigo?

7 ¡Que eſtando yo murmurando, y ofendiendo á eſte Señor tan amoroſo, ande la abejuela con una ſolicitud incanſable, buſcando el licór de las flores del romero de la ſelva, y muy deſpacio haga ſu caſa de miel, para que yo tenga guſto, y para que tenga deleyte el inmundo paladar de eſte miſerable cuerpo, y para que la boca, y los labios impuros de eſte maldiciente ſientan dulzura, y recreacion! La prieſa que ſe dá la uba, y el racimo á madurar con el calor del Sol, para que yo pecador me recree al comer ſus granos! Las flores unas á otras ſe embarazan al nacer, y danſe prieſa al crecer, para que ſe recree mi impura viſta al verlas, y mi deleyte al olerlas! Lo que crecen los higos, y las manzanas, y las otras frutas, y con qué prieſa, para que el que merecia penas eternas, no le falte Dios en los guſtos temporales, y cumplir ſu palabra, y decreto, en que mandó que todo ſirvieſſe al hombre! (g)

8 Cumplenos Dios la palabra al recrearnos, al ſufrirnos, ſuſtentarnos, conſervarnos; y noſotros quando con eſtos beneficios habiamos de vivir humillados, reſignados, obedientes, rendidos de los miſmos beneficios, hacemos materia á mayor mal-

(g) Pſalm. 8. v. 8.

dad, y mayor ingratitud. Y con lo que ſe habia de hacer docil nueſtro natural, ſe hace rebelde, y ſoberbio, y penſamos tener en nueſtro dominio lo que nos dá de limoſna, y que es nueſtro lo que es ſuyo. ¡Ay ſoberbio Juan! Ay miſerable Juan! qué cuenta te eſpera quando Dios te llame á juicio, y te haga cargo de todas eſtas mercedes, y te prueve, quan ſuperabundantemente, y con crecidas ventajas cumplió por ſu parte lo que ofreció como Criador, y tu como criatura quan ingrata, y brutamente! ¿Qué has de reſponder entonces miſerable? Qué reſponderás á una pregunta de mil? Qué has de reſponder, perdído? Que has de reſponder vano, y ſoberbio. ¿Habrá tiempo al enmendarſe entonces? No: porque yá ſe acabó el tiempo. Con eſtas, y otras razones, que en ſu cabeza diſcurria el Santo, culpandoſe á ſí miſmo, curaba, y medicinaba á los ſoberbios, y vanos, y ſiendo el Santo el humilde, predicaba, y convencia, y curaba en figura de ſoberbio, que es la mayor humildad.

CAPITULO XVII.

DEL ZELO DEL SANTO, ORIGEN DEL ESTADO Monacal, y el que tenia en los tiempos de eſte Santo Patriarca

NUnca de tal manera puede obrar en el gobierno la prudencia, y caridad de los Superiores, que dége de llegar alguna vez á los animos de los ſubditos, haſta laſtimarlos, y afligirlos. Porque de la manera que no hay cirujano tan dieſtro, y de mano tan ligera, que no laſtíme al curar; aſsi el mas ſuave Gobernador ſi remedia, y cura, yá ſean las llagas eſpirituales, ó morales, ó politicas, es fuerza que laſtíme á los gobernados. Chriſto Bien nueſtro fue la miſma manſedumbre, y todavia como quiera que vino á curar nueſtras dolencias, gimió el mundo, y ſe quejó al ſer curado, y lo que es mas, prorrumpió en tanta ira, y furor, que crucificó al Medico, y Medicina, y Salvador de las almas, y eſta es la mas ordinaria paga que dá el mundo al Medico eſpiritual. Lo mas que puede hacer el Gobernador es amar ſiempre, y condolerſe de aquellos á quien modera, y corrige, y no paſa con el zelo adonde no tengan ſiempre preſente el amor: obrar á conſervar,

var, no á deſtruir, y ſi deſtruye, ſean los vicios, y no las perſonas, y ſin deshacer del todo á las perſonas, temple con prudencia, y moderacion en ellas tambien los vicios.

2 Es verdad que no es facil, y es de pocos, ſaber medir el zelo, de tal manera, que ni la ſobrada moderacion los relage, ni la ſobrada fuerza los deſtemple; porque en los Gobernadores pios, Chriſtianos, y zeloſos, ſe cauſa tan vivo el deſconſuelo en los públicos eſcandalos, y ofenſas del Señor, que tal vez paſa el zelo ſus terminos, y llega á los del rigor: y entonces ſe ha de poner la viſta en la prudencia, y la ſuavidad, y ſerenarſe á ſus luces, y en ſu conſideracion.

3 Y ſi vemos que el Salvador de las almas, ſiendo Cordero manſiſsimo, y dulciſsimo, en viendo profanar el Templo de ſu Padre, juſtamente ſe volvió bravo Leon, y tomó el azote en ſu mano ſacroſanta: (a) y lo que es mas, *lo formó de ſus miſmos inſtrumentos, y derribó las meſas, y numularios,* (b) y manifeſtó ſu Divinidad, y llamó *al Templo cueva de ladrones,* (c) que fue llamar, con razon, ladrones á los malos Sacerdotes de ſu Templo; qué mucho que quien no tiene aquella natural, y radical virtud, origen de las virtudes, que en todo dió el punto al zelo, y á la juſticia, y á la piedad, tal vez le lleve el dolor, adonde deſpues ſea neceſsario contenerle la prudencia.

4 Es verdad tambien, y de advertir, que el mundo vive yá tan deſpierto, y delicado al quejarſe, y rehuſa de manera qualquiera reformacion, que aſsi ſiente los mas templados remedios, y correcciones, como pudiera los mas crueles, y deſtemplados caſtigos. Y qualquiera coſa que ſea deſacomodarlo en ſus deleytes, codicia, guſtos, vicios, y ſenſualidades, lo juzga á deſmedido, y deſcomunal rigor. De eſto no han de hacer caſo los que gobiernan con zelo, ſino ſolo de templarlo de manera, que ſiempre queden las acciones, y ſentencias mas ſuaves que las leyes, y no hay condenacion en que no tenga alguna, y buena parte la clemencia, y la equidad. En eſte modo de direcciones, tuvo algunos excelentes aviſos San Juan, y ſuceſos raros con algunos Monges, que pueden ofrecer grande enſeñanza, y muy util al comun. Eſ-

(a) Matth. 21. v. 12. (b) *Et cum feciſſet quaſi flagellum de funiculis, omnes ejecit de Templo: & numulariorum effudit æs, & menſas ſubvertit*: : *Solvite templum hoc, & in tribus diebus excitabo illud* Joan. 2. v. 15. & 16. (c) *Vos autem feciſtis illam, ſpeluncam latronum.* Luc. 19. v. 46.

5 Eſtuvo muy á los principios poblado Egipto de perfectiſſimos Monges, y de tanta virtud, y ſantidad, que juſtamente podian llamarſe las celdas de ſus deſiertos, colmenas eſpirituales, donde ſe formaba entre la miel dulciſsima de oracion, y contemplacion divina, la cera, y luz del egemplo, con que alumbraban á los ſeglares; ſiendo aquellas Hermitas, y Hermitaños las murallas mas ſeguras á las populoſiſsimas Ciudades de Egipto, contra las correrias frequentes de los Barbaros.

6 El Eſtado Monacál, muy en los principios, y primeros paſos de la primitiva Igleſia, lo introdujo en ella el Eſpiritu Santo, para ayudar al Clero, Obiſpos, y Paſtores de las almas, á hacer mas fecunda de virtudes la Militante, y mas pobladas las Sillas á la Triunfante. Porque dejando los primeros Solitarios antes de la venida de Chriſto Bien nueſtro, y entre ellos Profetas altiſsimos, como Elías, y Eliſeo, y los hijos de los Profetas Recabitas, Nazareos, y otros, de quien deducen ſuceſion los Santos Pobladores del Carmelo, aſsi Deſcalzos como Obſervantes, los quales haſta el dia de hoy con grande fervor, y egemplo manifieſtan en la blancura de ſu capa la pureza de ſus almas, y virtudes; el que primero en la Ley de Gracia ſiguió eſte altiſsimo inſtituto de la ſoledad, fue San Pablo Hermitaño, y eſte Santo floreció al fin del ſegundo ſiglo del Nacimiento de Chriſto nueſtro Señor, y fue el que hizo cabeza á los Anacoretas, porque ſiguió ſolo, y por sí, y para sí, la vida ſolitaria, y retirada. (d)

7 Poco deſpues yá San Antonio Abad, no ſolamente para sí, ſino para otros compañeros, formó vida congregada, y en comun, aunque en ſoledad, viviendo él, y ſus Monges con regular comunicacion, y orden entre sí, uniendoſe en un cuerpo por medio de admirables egercicios de virtudes, con que comenzaron á llamarſe Cenobitas. (e)

8 En eſtas dos ſuertes de vida, y de profeſion, Anacoretas, y Cenobitas, ſe dividió en los primeros principios todo el eſtado Religioſo en el Oriente; pero el Cenobita algunos años deſpues fue mas acrecentado, y propagado, y á terminos mas preciſos reducidos por San Baſilio, Obiſpo de Ceſarea: (f) y en Africa por San Aguſtin Obiſpo de Hipon, (g) los quales, y San Geronimo, y otros

(d) Baron. tom. 2. ad an. Chriſt. 253. fol. 419. (e) D. Hieron. tom. 1. ep. 22. fol. 115. uſq. 120. n. 34. & 36. (f) Baron. tom. 4. ad an. Chriſt. 363. fol. 154. & 155. lit. E. & A. (g) Id. eod. tom. ad an. Chriſt. 391. fol. 640. lit. A.

otros Padres del Oriente, redugeron á los Monges á mas eſtrecha obſervancia, y profeſion, teniendo gran parte en eſto el Venerable Poſthumio, que recibió de ſu Angel una regla verdaderamente Angelica. (h)

9 En el Occidente fue el primero San Benito, que deſpues de haber ſido algunos años Anacoreta, hizo Cabeza iluſtre á los Cenobitas, Monges de ſu Auguſta Religion, Madre de tantas Religiones, Profeſiones, é Inſtitutos, y de tantos Emperadores, y Reyes que la profeſaron, y de tantos Pontifices, Cardenales, Santos, y Eſcritores hijos ſuyos, que la iluſtraron, que ella ſola parece una Igleſia Militante, y eſta es ſin duda primera Religion en todo el mundo, que aprobada por la Sede Apoſtolica Romana, hizo cabeza á eſta vida celeſtial. (i)

10 Todas eſtas Religiones de Occidente, y las que á ellas ſe ſiguieron algunos años deſpues, la Cluniacenſe, y otras en tiempo de San Eſteban, que llaman de San Bernardo, é hicieron congregacion diverſa de San Benito, pero una en la Regla, y filiacion; y la de San Norberto, y San Bruno, que llaman á eſta Cartujos, y á aquella Premoſtratenſes, y los Geronimos, eran ſolitarios, y Monacales, y miraron principalmente á ſalvarſe en ellas ſus ſeguidores: aunque deſde ſu inſtituto daban tan claros rayos de egemplo al mundo, que mejoraban las almas, y alumbraban las tinieblas de ſu vanidad, dando hijos á la Igleſia, que ſeparados por la fuerza de la obediencia, y precepto ſuperior de los Pontifices, ſalian de ſus ſantos, y venerables Clauſtros, á ocupar las Sillas mayores de la Igleſia, repartiendo deſde ellas el teſoro de las clariſsimas virtudes que egercitaron, y adquirieron en ſu primera, y ſanta vocacion.

11 Pocos años deſpues de San Bernardo, y San Bruno, Dios que ſiempre mira á ſu Igleſia, como verdadero, y tierno Eſpoſo, en el ſiglo duodecimo, viendo ſus neceſidades, crió, y armó de eſpiritu altiſsimo á los dos Soles del mundo, y de la Igleſia Santo Domingo, y San Franciſco; (j) los quales formaron dos Religiones clariſsimas, en quanto no ſolo retirado cada uno de ſus ſeguidores como los Anacoretas, ni apartados de los Pueblos, aunque congregados como los Cenobitas, ſino tomando de ca-

(h) Apud. Vit. PP. tom. 1. fol. 182. (i) Yep. Chron. de S. Benit. ad an. Chriſt. 595, fol. 394. & 395. (j) Baron. tom. 13. ad an. Chriſt. 1215. fol. 184. lit. A.

cada uno lo mas perfecto; formaron de tal ſuerte ſu excelente profeſion, que ni el retiro dejaſſe de hacer mas utiles ſus virtudes, ni al rieſgo que vá envuelto en la aſsiſtencia del mundo, aunque ſea para ſu miſmo remedio, entibiaſſe el calor de ſu eſpiritu, y fervor: frequentando entre los egercicios de ſu vida penitente, y perfecta, la inſtante oracion como los Anacoretas, y las alabanzas divinas en el Coro, como los Monges, y Cenobitas, y á mas de eſſo, egercitando la caridad en los ſeglares, con la voz, con el egemplo, y doctrina, como los Paſtores de almas; y con eſte miſmo eſtilo (sí bien con alguna diferencia de vocaciones) ſe han ido fundando haſta nueſtros tiempos otras muchas Congregaciones, Familias, y Religiones, que han ſido, y ſon el conſuelo, la alegria, y ornamento de la Igleſia, operarios de la viña del Señor, coadjutores eſpirituales, y amables de los Obiſpos, y el Clero.

12 En quanto á los merecidos privilegios, y exempciones que han tenido, y tienen las Religiones, han ſido diverſos conforme á ſu creacion, y á la diverſidad de los tiempos, y gracia de los Pontifices Romanos. Los primeros Cenobitas en el Oriente tenian la exempcion de la virtud, que no es pequeña; y los Monges que no eran ordenados, ſi alcanzaban Emperadores pios, los eximian de la poteſtad ſecular; pero frequentemente unos, y otros vivian ſujetos á los Obiſpos, ſiempre debajo de la mano de ſus Abades, y deſpues ſe eligieron Archimandritas, que eran como Generales. Otros Emperadores menos pios, no querian reconocer exempcion, donde no huvieſſe Regla aprobada por la Sede Apoſtolica Romana, ó en el Monge, que ſobre profeſarla no tuvieſſe Ordenes ſagradas que lo eximieſſen; y aſsi corrieron los Monges del Oriente diverſa fortuna en diverſos tiempos.

13 La Orden de San Benito, Madre fecunda de Religiones, muy deſde ſus principios, la veo exempta, no ſolamente de la poteſtad ſecular, ſino de la Epiſcopal, quanto á los Monges que no eran Clerigos, ni Sacerdotes; porque San Gregorio, verdaderamente Magno, Hijo, y Padre de eſta Real Religion, en algunas Epiſtolas advierte repetidamente á Mariniano, Obiſpo de Rabena, que no gobierne á ſus Monges, ni ſe embarace con ellos, y le manda: que ſi hay algunos Clerigos, y Sacerdotes Monges entre ellos (que entonces no era tan comun como ahora haberlos) degen el Convento, para que eſtén fuera de él ſujetos á ſu

Or-

Ordinario, (k) con que brevemente tuvo eſta eſclarecida Orden muy entera exencion.

14 Las demás Religiones poſteriores á eſta, y yá confirmadas por el Pontifice, como las de Santo Domingo, San Franciſco, y las ſiguientes, todas caſi en ſu primer nacimiento fueron exentas, con muy juſtos, y merecidos privilegios por la Sede Apoſtolica Romana, no ſolamente de la poteſtad ſecular (que eſſa exencion ſe la trahian conſigo por anteriores Decretos) ſino de la Epiſcopal, menos en algunos caſos que reſerva el Santo Concilio de Trento, (l) con lo qual favorecidas, y honradas eſtas utiles, y ſantas Comunidades por la mano Pontificia, no ſolo ſe conſervan en ſu quietud Religioſa, y fervoroſo inſtituto; ſino que mas reconocidos á eſtas gracias, aſsiſten, ayudan, y cooperan con los Obiſpos, y el Clero, al promover, y mejorar las almas con ſu egemplo, doctrina, y erudicion. En tiempo de San Juan el Limoſnero, los Monges de Oriente eſtaban ſujetos á los Obiſpos, y Patriarcas: ſolo en el Occidente yá florecia exenta la ſagrada Religion de San Benito. Y eſto ha parecido advertir, para la inteligencia de algunos caſos que á San Juan le ſucedieron con los Monges de ſu tiempo.

CAPITULO XVIII.

CUIDADO DEL SANTO CON LOS MONGES de Alejandria, y ſu Patriarcado, y de un ſuceſo particular en eſto.

ES la vida ſolitaria, y perfecta de calidad, que aſsi como ninguna ayuda tanto al comun con ſu virtud, ninguna tanto laſtíma con ſus caídas: y aſsi los Santos Patriarcas tuvieron tan eſpecial cuidado, con prevenirles reparos, como quien conocia que deſpues de relajadas eran muy lamentables ſus daños. El Santo Patriarca puſo los ojos en ſu gobierno, en favorecer, y ayudar con el ſocorro, y la reformacion eſte perfecto eſtado de los Monges de Egipto, diſponiendo de ſuerte las Ordenes que da-

(k) D. Greg. Magn. tom. 2. Ep. LVI. pag. 787. Ep. XLIII. pag. 890. & Ep. XV. pag. 905.
(l) Vid. Concil. Trid. cap. 12. de Regular. pag. 610. cap. 14. pag. 611. & aliis locis in tom. 35. Collect. Reg.

ba, que no ſolo miraſſen al remedio, ſino á la prevencion, en que conſiſten todos los buenos efectos de la prudencia; y deſpues de haber obrado mucho en eſto, le ſucedió un caſo muy notable, y de perfecta enſeñanza.

2 Aviſaronle ſus Miniſtros, que andaba por la Ciudad de Alejandria un Monge de poca edad, con una doncella muy hermoſa, y con grande eſcandalo de todo el Pueblo; y eſto ſe lo ponderaron de manera, que los trageron á uno, y á otro á ſu preſencia como Reos, acuſando con gran fuerza ſu delito. Vió al Monge el Santo, que era de poco mas de veinte años, y á la muger de igual, ó menor edad, entrambos hermoſos, y bien diſpueſtos. Confeſaron que andaban juntos, mandólos al inſtante ſeparar, y que al Monge le diſciplinaſſen aquella miſma tarde, para que volvieſſe eſcarmentado de ſemejantes exceſos.

3 Debieron de dár la diſciplina con menos piedad de la que debe darla un hombre á otro, pues todos ſomos fragiles, y pecadores. Y aquella noche ſe le apareció deſde la carcel el Monge al Santo, moſtrandole las eſpaldas heridas con tal crudeza, y le dijo, aunque con roſtro apacible, y ſereno, y ſonriendoſe: ¿Qué te parece, Señor, de eſtas llagas? Contentate eſte rigor? Eſta vez te engañaſte como hombre, pues ſin tener yo culpa alguna me mandaſte caſtigar. Amaneció, y el Santo con aquel cuidado de la viſion, envió á llamar al Religioſo mancebo: venía tan laſtimado, que apenas podia tenerſe en pie, y aſsi como puſo el Santo en él los ojos, conoció que era el miſmo que ſe le apareció de noche. Quiſo vér ſi tenia tantas llagas, y tan grandes, como le fueron moſtradas; mandóle que deſpojaſſe las eſpaldas, y la Divina Providencia, que le pareció volver por la inocencia de aquel Monge, permitió que ſe le cayeſſen al ſuelo las veſtiduras, manifeſtando, que eſtaba privado de la facultad de egercitar aquel vicio, que pudieron imputarle; y ſin diſpoſicion alguna natural para él, cortado del todo con el hierro deſde ſu miſma niñéz, y reducido al eſtado de aquellos que llamaban Eſpadones.

4 Entonces el Santo, viendo que la prieſa de la delacion, y acuſacion de los Miniſtros habia acelerado el juicio, y que el deſtemplado zelo del que le azotó, lo hirió con tanta crudeza, los privó de oficio por tres años, y los apartó de sí. Y al Monge le preguntó ¿la cauſa de andar con aquella doncella fuera de ſu Monaſterio? Reſpondióle: Que él, con licencia de ſu Abad, fue

en

en romeria deſde Gaza á San Ciro, y San Juan, y que encontró en el camino eſta doncella, y que arrodillandoſe ella, le dijo: Siervo de Dios, remediame, y ſocorreme, como Chriſto ſocorrió á la Gananea. (a) Preguntéle, qué queria? Dijo, que ſer Chriſtiana, porque era hija de padres Hebreos, que impedian ſu bautiſmo. Yo (dijo el Monge) viendo que dice el Señor, que el que deſpreciare al deſamparado, no hallará ſu amparo, ni ſocorro, (b) cuidé de ella, hicela catequizar, y trayendola conmigo pidiendo limoſna, para ponerla en un Monaſterio de Virgenes encerradas, me hallaron tus Miniſtros, y caſtigo. (c)

5 El Santo Patriarca le alabó la honeſta accion de amparar á la doncella; pero amoroſamente tambien le advirtió el rieſgo á que ſe expuſo de eſcandalizar á los que no ſupieſſen eſtas interioridades. A la doncella la recogió, y al Monge le diò cien monedas de limoſna, á que reſpondió con humildad, y alegria el perfecto Monge, rehuſando el recibirlas, y diciendo: Iluſtriſsimo Señor, el Monge que tiene Fé, no neceſita de plata; y ſi le parece que neceſita de plata, le vá faltando la Fé. Abrazóle el Santo, y yá conſolado, el Monge ſe deſpidió.

6 En eſte ſuceſo reparó el Santo, quan ciertos ſon los Juicios Divinos, y quan errados los nueſtros, y lo que debe contenerſe la cenſura al juzgar, y que aunque tenga ſus reglas el Derecho, á las quales es razon nos ajuſtemos; pero en el fuero interior, y para calificar lo ſecreto, no juzguemos ſin grande tiento, y cuidado (ni aun á aquellos que condenamos por la calidad, y neceſidad de las probanzas) pues ſolo Dios ſabe la verdad de lo ſecreto.

(a) Matth. 15. v. 25. (b) Id. 18. v. 32. & 33. (c) Ap. Act. SS. tom. 2. Jan. fol. 524. n. 47.

CAPITULO XIX.

DE OTRO SUCESO MUY RARO QUE LE SUCEDIO al Santo Patriarca con un Santo Monge.

Onfirmó eſte caſo, y documento otro ſuceſo mas raro, aunque inimitable, y que hizo mas cauto al Santo. Habia en uno de aquellos Monaſterios, que era del célebre Sidiron, un anciano, y ſanto Monge, que ſe llamaba Vital: quiſo probar, ſi el Patriarca Santo eſtaba bien enſeñado con el ſuceſo paſado (debió de hacer eſto con particular eſpiritu del Señor) era hombre venerable, y egercitado en eſpiritu. Pidió licencia á ſu Abad, y entró en Alejandria, y ſin mudar el habito de Monge, tomó un genero de vida muy eſtraña: trabajaba todo el dia de ſus manos, y de ſu jornal: ganaba doce monedas: con las dos compraba algunas legumbres, y eſtas comia, yá caído el Sol, y no otra coſa alguna en todo el dia. De alli ſe iba á las caſas de las públicas rameras, y llamando á la que le parecia, le daba las diez monedas, diciendole: En toda eſta noche te has de abſtener de pecar con nadie, guardate para mi ſolo. Venía en ello la ramera. Entraba en el apoſento, y arrodillado el Santo viejo en un rincon, toda la noche eſtaba gimiendo, y ſuſpirando, y diciendo Salmos, y haciendo oracion por el alma de aquella muger perdída. A la mañana exhortaba á la muger á ſalir de ſu torpeza, y le hacia jurar, que no habia de decir eſte ſecreto.

2 De eſta ſuerte vivió cerca de dos años, callaban todas las rameras, aſsi como lo juraban: unas ſe convertian, otras ſe retiraban, y abſtenian de eſte vicio, á otras caſaba; y á una que contra el juramento que hizo, ſe atrevió á publicar lo que paſaba, pidió á Dios el Santo caſtigaſſe, y al inſtante ſe endemonió la muger. Con eſto todas las demás temblaban, y el Santo Monge ſeguia ſu vocacion; y con tanta caridad, y tan abiertamente diſſimulaba el intento, que quando le pagaban ſu jornal, decia el viejo á ſí miſmo, oyendolo todos: Vete yá viejo infelíz, que te eſtá aguardando la que tu ſabes, vete, y huelgate con ella.

3 Con eſto trahia admirada, y aun eſcandalizada á Alejandria: blasfemaban los malos, y los buenos de vér tales canas, y

tan

tan ſanto habito afrentado, y le decian algunos varones pios, con buen zelo: Mal viejo, yá que has de pecar, ¿por qué no eſcoges una muger ſola, y no te infamas con tantas? Por qué no mudas el habito de Monge? Por qué deshonras ſu ſantidad? Reſpondia el viejo: ¿Es poſible que todos me han de reñir? Por ventura, no ſoy hombre, como lo ſon los demás? No ſomos hombres los Monges, ſujetos á las paſiones comunes? Solo los ſeglares quieren holgarſe? Y ſi le inſtaban, y convencian, les decia: ¿Sois mis Jueces? Dejadme, hombres, que á Dios le daré cuenta de todo. Con eſto, unos lo reñian, otros lo afrentaban, y él con toda diſimulacion, conſtancia, y paciencia proſeguia.

4 Viendo eſto, acudian frequentemente al Patriarca, que remediaſſe eſte eſcandalo. El Santo, habiendolo encomendado á Dios, y dadole á entender ſu Divina Mageſtad, que aquel ſiervo ſuyo obraba materias de ſu ſervicio, y que era, y habia de ſer para grande gloria ſuya lo que obraba; y como quien tenia preſentes las eſpaldas del otro Monge, (que aun ſiendo tan mozo fue honeſto) no queria caſtigar por deshoneſto á eſte viejo, é iba dilatando ſu remedio. Volvian los Miniſtros á ponderarle el eſcandalo, y el Patriarca decia: Aguardemos otro poco, que eſtoy leyendo en las heridas eſpaldas de aquel ſanto mozo, la temeridad con que juzgais eſte viejo. Paſaban algunos dias, y diſcurria por Alejandria el eſcandalo, culpaban la omiſion del Patriarca, ponderaban la relajacion, y deslucimiento de la diſciplina Monacal; y quando los Miniſtros mas lo ponderaban, deſpues de haberlo encomendado á Dios, el Santo les reſpondia: Quando quiero poner los ojos en las liviandades de eſte viejo, entre él, y ellas, ſe interponen las eſpaldas heridas de aquel mozo; y en ellas, como en eſpejo clariſsimo, me parece que eſtoy viendo ſu inocencia, y nueſtra temeridad: aguardemos otro poco.

5 Por eſte tiempo ſucedió, que eſtando una noche concertado el viejo Vital con la mas ſeñalada ramera de aquellas caſas, á quien él deſeaba ſumamente convertir, al cerrarſe en ſu aposento, entró un mozo laſcivo, muy alentado, y galan, que ofendido de que él no pudieſſe entrar, y el viejo ſe entraſſe, le dijo á Vital: ¿Haſta quando no has de ceſar, ó hipocrita infame, de hacer tan conocidas maldades? Y alzando la mano le dió al viejo una gran bofetada. Entonces el Monge le dijo: ¡O miſerable, y deſdichado de tí! que te han de dár otra tan gran bofetada,

que

que á ſu ruido ſe junte, y congregue Alejandria para verte afrentado, y caſtigado. Deſpues de eſto de alli á algunos dias ſe retiró el Santo viejo á una Hermita, que eſtaba cerca de la puerta del Sol en la miſma Ciudad, y á ella concurrian muchas mugeres perdídas á curarſe de ſus vicios, y con ſu comunicacion, eſpiritu, exhortaciones, y conſejos ſe reducian á Dios.

6 Apenas ſe pasó un año que el Santo Vital fatigado de ſus penitentes egercicios, eſtando orando en ſu miſma celda murió, y al miſmo punto hallandoſe el mozo que le dió la bofetada en la plaza mayor de Alejandria, ſe le apareció un Etiope fieriſsimo, y le dijo: Toma eſta bofetada, que te la envia el ſiervo de Dios Vital, y dióle tan recia la bofetada, que ſe oyó en toda la plaza de Alejandria. Cayó en el ſuelo el hombre herido del golpe, y comenzó á deſpedazarſe, y á gritar yá endemoniado, diciendo: Siervo del Señor, Vital, pequé mucho contra Dios, y contra tí, perdoname, que me atormenta el Demonio. Juntóſe gran numero de gente á eſte eſpectáculo, y el hombre endemoniado levantandoſe fue derechamente corriendo á la Hermita del Santo Monge Vital, ſiguiendole á las voces todo el pueblo. Abrieron la Hermita, y hallaron al Santo muerto, y arrodillado, que habia eſpirado orando. Poſtróſe el mancebo endemoniado, á viſta de infinita gente, y confeſando ſu culpa, pidió perdon, y lloró, y ſalió de él el Demonio, y deſpues ſe hizo Monge, y fue notable ſu penitencia.

7 Hallaron en las manos del Santo un papel eſcrito, que decia aſsi: Varones de Alejandria no querais antes de tiempo juzgar, aguardad á que venga Dios, y juzgue. Iba concurriendo el pueblo, venían clamando las rameras convertidas, y diciendo la pureza, y honeſtidad de vida, y erudicion, y enſeñanza del Santo Monge; los que engañados habian murmurado del Santo, reprehendian á las rameras, diciendo: ¿Por qué voſotras no nos deciais la ſantidad de eſte Monge? y no ocaſionarnos á murmurar de ſu vida, y ſu perſona: voſotras ſois la cauſa de nueſtra culpa. Ellas reſpondieron, que como vieron que la que lo dijo fue caſtigada, y endemoniada, no ſe atrevieron á hablar.

8 Aviſado el Santo Patriarca del ſuceſo, vino con todo ſu Clero adonde eſtaba Vital: halló al Santo yá difunto, y al hombre yá curado, al pueblo reconocido, publicando las virtudes de aquel iluſtre Varon. Entonces acordandoſe el Patriarca de las inſ-

tan-

tancias que le habian hecho ſus Miniſtros para que lo caſtigaſſe, les dijo á ellos, y á ſus Sacerdotes: Hijos mios, ſi yo os huviera creído, y huviera caſtigado á eſte venerable Monge, la bofetada que dió el Demonio á eſte hombre, era poſible me la huviera dado á mí. Hizo grandes milagros Vital, y eſte ſuceſo, no ſolo templó á Alejandria en los juicios temerarios, ſino que redujo á muchas almas á vida perfecta, y contemplativa.

9 De eſtos caſos es neceſario tomar la doctrina con templanza, porque no inducen, ni perſuaden á que duerman los Superiores, por penſar que todo es bueno, ni á que ſuelten los remedios de la mano: ni que los hombres, ni aun viejos, ſe expongan á eſtos peligros del Santo Monge Vital; pues de los que ſe han perdído por acercarſe á eſte fuego hay infinitos egemplos, y pocos como eſtos, de los que no perecieron acercandoſe á ſus llamas. Lo que nos enſeñan es, que obrando con prudencia, ſe juzgue con caridad, y que teniendo preſente el zelo al prevenir, no ſe crea ſiempre lo peor al cenſurar, y que anden templados, y contenidos los diſcurſos, y que principalmente aquellos á quien no toca el remedio, pienſen de otros, como ellos querian que otros penſaſſen de sí.

CAPITULO XX.

DE LA HOSPEDERIA QUE HIZO PARA LOS MONGES de Alejandria, y otros Conventos, y Doctrina que les daba.

Fueſe aficionando mucho el Santo al eſtado Monacal viendo en él Varones tan excelentes: y con deſeo de dár alguna ſatisfaccion á los azotes deſtemplados que ſe dieron á aquel ſanto Monge, ó por eſcuſar el eſcandalo que cauſaba con andar por el lugar, aunque con ſana intencion, con la doncella, les formó una hoſpederia muy ſocorrida, y capáz en Alejandria, ordenandoles, que ninguno vinieſſe á aquella Ciudad que no ſe hoſpedaſſe en ella.

2 Preſidia alli con orden del Santo uno de los mas perfectos Monges de Egipto: ſeguian los que alli eſtaban ſu vida Monaſtica, y Regular: hizolos Oratorio capaciſsimo, y á pocos dias

ſe

ſe formó un iluſtre Monaſterio. Los vecinos de Alejandria que veían que eſte teſoro, deſde la ſoledad ſe lo habia trahido al poblado ſu Paſtór, concurrian á vér aquel Seminario de virtudes, y cada uno en lo que veía, y conferia, llevaba que egercitar á ſu caſa. Viſitabalos frequentemente el Santo Patriarca, y aficionado á vida tan amable, y venerable, hizo muy cerca de ſu Palacio otro Monaſterio, y lo pobló de perfectos Monges, y alli ſe recogia el Santo Prelado á ſeguir la vida contemplativa, quando le daban lugar las preciſas ocupaciones de la activa.

3 Luego que les hizo las celdas, y les dió la Igleſia de Santa Maria, y San Juan, que el Santo habia edificado deſde ſus fundamentos, los juntó, y les dijo: Hijos mios muy amados, yo, deſpues de Dios, buſcaré vueſtro temporal ſuſtento, y os lo haré miniſtrar muy puntualmente, y voſotros cuidad de mi eſpiritual ſalud: las Viſperas, y los Maytines que rezáreis me los habeis de aplicar; pero quantos oficios hiciereis en vueſtras celdas, eſſos ſe queden para voſotros. Ellos vinieron con guſto en lo concertado por el Patriarca, y cantaban con tanto eſpiritu, fervor, y devocion las Horas Canonicas, alternando los coros, como ſe hace ahora en las Igleſias Catedrales, y en los coros de los Regulares, edificando de ſuerte, que los vecinos de Alejandria concurrian con gran devoción á vérlo; y el Santo Patriarca, que no perdia ocaſion al buen lógro de ſu zelo, predicaba, exhortaba, y perſuadia á todos que llevaſſen á ſu caſa eſta ſanta devocion, de alternar en ellas á coros las alabanzas de Dios, y de la Virgen nueſtra Señora.

4 Fueron las palabras, afectos, y exhortaciones del Santo Patriarca de tanta eficácia, que era para alabar á nueſtro Señor vér por Congregaciones, por Parroquias, por familias, por caſas, todos los dias, y á todas horas, las alabanzas de Dios, tan frequentes, y repetidas en voz alta en todas las calles de Alejandria, que yá toda parecia un Convento, y Seminario de canciones celeſtiales del Señor. Acudia, y diſcurria el Santo Patriarca, exhortando, y alabando eſte fervor: veía ocupados en alabanzas divinas los labios que antes ſe ocupaban en injurias, y miſerias: y las maldades, y juramentos huían de los canticos, de los Hymnos, y los Pſalmos: y el ayre impuro con las blasfemias, ſe purificaba ahora con las fervoroſas alabanzas del Señor. Alegrabanſe los juſtos, y entendidos de vér en tan breve tiempo reſ-

ti-

tituida Alejandria al primitivo fervor, con que vivian en el tiempo de San Marcos Evangeliſta; (a) pues ni habia ahora menos liberalidad para ſocorrer los pobres, ni menos fé para morir Martires por ella, ni menos fervor en las frequentes, y públicas acciones de devocion.

5 El Santo, *ſicut aquila provocans ad volandum pullos ſuos*: (b) como el Aguila que enſeña á volar á ſus polluelos, no ſolo exhortaba á los diſcipulos, ſino que daba admirables documentos á los maeſtros. Tenia á los Monges frequentes platicas, animandoles á ſeguir con valor y esfuerzo ſu vocacion, y que pues eran eſtrellas conſtituídas en el Cielo de la perfeccion Religioſa, no fueſſen con la pereza, ó con la relajacion por la apoſtasía, eſtrellas caídas de eſte cielo de la Igleſia Militante. Ponderabales ſu mayor obligacion al egemplo, quanto eran modelo, y regla de perfeccion, y que ſi la linea la preſentaban torcida al diſcipulo, el error al eſcribir ſe imputaria al Maeſtro. Encomendabales mucho la oracion inſtante, y perſeverante, no ſolo por lo que debian á lo público, al qual ſolo podian pagar las limoſnas con pedir á Dios por él, ſino para hallar en ella las fuerzas, la luz, la perſeverancia, las virtudes que habian de egercitar; y porque la penitencia, y auſteridad eran las armas contra el Demonio, Mundo, y Carne, y eſtas con la oracion, y la caridad, poſtraban egercitos infernales. Encargabales ſiguieſſen con gran valor ſu inſtituto, y entendieſſen que el Reyno de Dios padecia fuerza: *Regnum cælorum vim patitur, & violenti rapiunt illud.* (c) Tres fuerzas, *vim, rapiunt, violenti.* Fuerza para ſujetar las potencias, facultades, y ſentidos: fuerza para vencer las malas inclinaciones de la Memoria, Entendimiento, y Voluntad: fuerza para contenerſe en los penſamientos, palabras, y obras: fuerza para gobernarſe ſin deſcaecer en lo interior, lo exterior, y ſuperior: fuerza para no rendirſe al vicio, en la juventud, media edad, y ſenectud; fuerza para no reſiſtirſe á los Mandamientos del Padre, á los conſejos del Hijo, á las inſpiraciones del Eſpiritu Santo.

6 Alentabalos mucho á que perſeveraſſen en la Fé, ponderando las caídas que por lo paſado habian dado en ella algunos Solitarios, y Monges, miſerablemente engañados de hombres

(a) Vid. cap. 4. huj. vit. n. 4. (b) Deuter. 32. v. 11.
(c) Matth. 11. v. 12.

entrambos: Siervos de Dios, ſalvadme, y libradme de pecado, como Chriſto ſalvó á la pecadora pública. El uno de ellos no hizo caſo de ſus voces; temiendo no fueſe el ſilvo de la Serpiente infernal; pero el otro, ſin cuidar de la fama, y opinion del mundo, tomandola de la mano le dijo: Vente conmigo muger, y pasó con ella por medio de la Ciudad, y ſe la llevó conſigo, y perſuadió á penitencia.

5 Publicóſe con eſto, que aquel Monge ſe habia llevado á Porfiria, y caſadoſe con ella, llorando los buenos, y celebrando los malos tan gran caída. Y deſpues de haber andado el Monge algunos lugares con ella, en uno de ellos hallaron un niño expueſto, y deſamparado de ſus padres, al qual compadecido recibió el ſanto Monge conſigo, y le mandó á Porfiria que lo criaſſe, y que no abrieſſe los labios á las calumnias que le opondrian por eſto.

6 Los que veían al Monge, á la muger, y al niño, murmuraban muy deſenfrenadamente, mirando como á hijo del vicio, al que lo era de la miſma caridad; ponderando la virtud grande del ſanto Monge, y la buena eleccion de Porfiria, pues todas ſus liviandades no pudieron grangearle tan breve, y tan hermoſa ſuceſion, como ſe la dió el encomendarſe al Monge. Y no obſtante que hacia vida retirada Porfiria, y que ſe habia cortado los cabellos en ſeñal de penitencia, y que ſe llamaba Pelagia, nombre de ſu converſion, y que veian en ella exterior, y gran mudanza, eran ella, y el Monge, y el niño, el eſcandalo de Tyro, y ſu comarca: particularmente con aquellos que ſiendo vicioſos, y perdídos, facilmente condenan en lo dudoſo, porque parezcan menores ſus exceſos, á viſta de otros mayores.

7 Padecia el Monge ſu afrenta; y Porfiria (yá Pelagia) viendo que padecia inocente el deshonor, que tanto tiempo mereció culpada, toleraba con igual reſignacion ſu trabajo. Paſaron algunos años, y ſintiendo el venerable Varon, que Dios queria llevarlo para sí, llamó á Pelagia, y al niño, yá mas crecido, y ſe fue á Tyro, adonde concurrieron muchos á verlo, por ſer célebre ſu fama en los principios, y ahora en los fines, ſu infamia. Eſtando para morir, convocando el Monge gran numero de perſonas Eccleſiaſticas, y ſeculares, de las mas principales de aquella gran Ciudad, dijo: Que le trageſſen las braſas encendidas, que te-

tenia prevenidas á eſte intento, el qual tomandolas en las manos ardiendo, y poniendolas en ſu pecho, y tunica interior les dijo á todos los circunſtantes: Bendito ſea el Señor (varones de Tiro) que de la manera que el fuego no quemó en el monte Oreb la zarza que parece que abraſaba, ni eſte fuego, y braſas queman mi perſona, ni mi tunica; aſsi tampoco el fuego de concupiſcencia me quemó con eſſa pobre muger, que teneis preſente, ni en mi vida de penſamiento, obra, ni palabra he ofendido á Dios con ella. Y diciendo eſſo eſpiró. Vieron con eſto, que ni en la tunica, ni en el cuerpo del Santo hicieron ſeñal las braſas. Con eſto alabaron á Dios todos de vér ſus miſericordias. Y aſsi (hijos mios, les decia el Santo Patriarca) aunque es juſto que velen los ſuperiores, y que ſe recaten los ſubditos, y que los públicos pecados ſe caſtiguen, y que no ſe dege que la maldad cobre fuerzas, y deſtierre á la virtud; pero quando no ſe trata del remedio, ſino ſolo de la cenſura, y murmuracion, y quando en el miſmo remedio, ſin faltar á lo público, ſe puede contener, y moderar el juicio interior, no os arrogeis á lo mas triſte, y pecaminoſo, que Dios ſolo ſabe lo que paſa en lo interior.

CAPITULO XXII.

COMO CORRIGIO A DOS CLERIGOS EL SANTO, y de los embarazos en que le puſo el uno de ellos, con el Gobernador Nicetas.

NUnca la diſciplina Eccleſiaſtica puede ajuſtarlo todo de manera que no tengan en que egercitarſe baſtantemente el zelo de los Superiores, y la paciencia de los ſubditos, y Dios nueſtro Señor tal vez, porque no eſtén ocioſas las virtudes, medicina de los vicios, ſuele permitir eſcandalos, como enfermos. Habia en Alejandria dos Clerigos, en la calidad de ſangre, y opulencia de riquezas muy ſeñalados; pero por la miſma cauſa que lo eran por eſtas circunſtancias, venían á ſerlo mas, y con peor nota, por ſer ſu vida muy libre, y deſconcertada. Procuró el Santo Patriarca con todos los remedios poſibles reformarlos, y reducirlos á terminos moderados: y con el uno conſiguió ſu ſanto intento,

y

ſu miſma ſangre el Imperio! Y con eſte capricho, y deſigualdad de acciones, afecta eternizarſe de ſanto, quando dentro de una exterior ſantidad, eſtá ardiendo una inſolentiſsima ambicion!

8 De eſta ſuerte le iban haciendo el proceſo en auſencia al Santo Patriarca, ſin ſer citado, ni oído, y con eſtas frequentes delaciones, y con lo que la naturaleza deſpues de flaca, viciada, ſe alegra de vér deſpreciada la virtud, y actuando contra ella el vicio, crecian las platicas venenoſas, y ſe reducia yá á opiniones una ſantidad tan conſtante como la del Patriarca, mal ſeguras de la maledicencia, las mas puras acciones de ſu gobierno.

9 No faltaba por el contrario quien defendieſſe la virtud, y heroycas obras del Patriarca; porque perſonas zeloſas, y menos intereſadas volvian por la inocencia del Santo, y decian á Nicetas: Quanto mas debia deferir á ſu antigua amiſtad con el Patriarca, y al conocimiento que de él tenia deſde Chipre, y Conſtantinopla, y á la igualdad con que le habia viſto vivir en Alejandria, y á la íntima ſatisfaccion de ſu alma en ſu comunicacion, que como hermano, é hijo ſuyo eſpiritual tuvo ſiempre, que no á las calumnias preſentes, iniquamente compueſtas, y veſtidas.

10 ¿Nunca fue malo el Patriarca (le decian á Nicetas) nunca fue ambicioſo, nunca ſoberbio, y vano, haſta que caſtigó á eſte Clerigo eſcandaloſo, y perdído? Y alli comienza ſu infamia del Prelado, donde mas ſe habia de eſtablecer ſu opinion? Ni hemos viſto que ſe entremeta en el gobierno ſecular, ni que obre ſin juicio perfecto en el Eccleſiaſtico, ni que en la limoſna ſea pródigo, ni en la Eccleſiaſtica diſciplina unas veces relajado, ſi tolera, otras deſmedidamente ſevero, ſi caſtiga; haſta que nos abrió los ojos eſte hombre perdído, y relajado, que no los quiere abrir á la verdad, ni á la virtud, y pretende que los abramos todos al engaño. Si la limoſna es prodigalidad, ¿quándo ha de ſer virtud la limoſna, ſiendo una de ſus excelentes propiedades la largueza?

11 Vengo bien en que quien á tantos pobres ſuſtenta, ſocorra entre ellos á algun ocioſo, ¿quedará ocioſa por ventura la caridad, que entre los mancos, los tullidos, los valdados, los mendígos, y vergonzantes ſocorriere á alguno que no lo es, para que hálle ſin trabajo el ſuſtento que no puede hallar ſino con él? No es perfecta caridad la que ſe contiene en terminos limitados,

por ſu Autoridad, otras por la profuſion caudaloſa de limoſnas) que apenas le quedaba á Nicetas mas que el deſnudo nombre, y titulo de Gobernador del Ceſar, borrada, y deſaparecida del todo ſu viva imagen.

5 Ponderaba tambien mucho la prodigalidad grande con que gaſtaba los teſoros de la Igleſia, y los que podian reſervarſe para excelentes fines, y remedios de publicas neceſidades, gaſtaba en gente ocioſa, vagamunda, y en edificios, ó no neceſarios, ó ſobradamente ſuntuoſos; y hallandoſe el Emperador con no ponderables cuidados, en todas partes exaufto el público erario: los tributos afligiendo los Pueblos, los Egercitos clamando por ſus pagas, los enemigos del Imperio poderoſos, é inſolentes, ſeñaladamente los Perſas; debiendo el Patriarca ſocorrer al Ceſar que le dió la Dignidad, queria mas gaſtar tan caudaloſas rentas, oblaciones, y tributos en gente inutil, y perdída, por conſervar, y promover una vana fama, y opinion popular de limoſnero, que en defenderle la Corona al Ceſar, de donde reſultaba el ſeguirlo, y aplaudirlo las turbas, con rieſgo grande de la paz pública, y de ſu ſeguridad.

6 ¿Qué virtudes podian ſer las que animaban una tan entrañable ſoberbia, y vanidad tan rara, y una ambicion tan eſcandaloſa, y vehemente? Fue virtud (decia) dejar en el un Monge eſcandalizar á Alejandría tanto tiempo, y en el otro ſanto mancebo azotar en un inſtante á la inocencia? Y en la injuria de Jorge ſu ſobrino dejar tambien mas libre, y aun premiado al inſolente, y atrevido, y mas deſconſolado, y triſte al injuriado? Deſamparar el Sacrificio del Altar para reprehender al pueblo, incurriendo al perſuadir en lo miſmo que pretende remediar? Nunca halla el Patriarca la ſazon al obrar perfectamente: ſi caſtiga es á quien debe perdonar, ſi perdona, es á quien debia caſtigar; tomando las reſoluciones ſiempre á la fama, y jamás á la razon.

7 ¡Quando ſe ha viſto uſar con un Gobernador del Ceſar, y ſu conſuegro, igual deſcortesía á la de vender lo miſmo que por regalo le enviaba, haciendo perfeccion del deſprecio, de una Dignidad tan grande, de una voluntad tan fina, de un favor tan digno de eſtimacion: afectando pobreza, el miſmo que afecta tan grande poder, que dá en un dia para que le admire el mundo ſiete mil y quinientas raciones cotidianas á la ocioſidad del pueblo, quando no ſe les paga ſu ſueldo á los que defienden con

ſu

alguna accion los que las cenſuran todas? Es mas que un mero egecutor, en lo que el Ceſar le ordena del Ceſar, en lo que Dios le manda, de Dios? Es embarazar el gobierno contener los animos inſolentes, y alentar á los virtuoſos? Al Patriarca ſolo le siguen los pobres, y deſvalidos: A tí todos, y entre todos, quien mas te reſpeta es el miſmo Patriarca. ¿Oyenſe otras voces ſuyas, ſino las eſpirituales? El deſterrar las heregías, y otros errores, y deſordenes de las almas de ſu cargo, ha ſido con las armas, ó con la fuerza del egemplo, y la doctrina?

15 ¿Las rentas Eccleſiaſticas con que otros hacen mayor ſu caudal, y enriquecen ſus parientes, no eſtán reducidas al ſocorro de mendígos? Con las frequentes limoſnas, y públicos edificios, y Hoſpitales, no luce, y mejóra la Republica? ¿En qué embarazan eſtas nobiliſsimas acciones al Eſtado Secular, quando todas ſon todo ſu amparo, y ſocorro? Ha de levantar la embidia á la inocencia, la perſecucion, que pudiera la juſticia á la maldad, y á un animo tan ſencillo imputarle contrarias imperfecciones, y vicios? Al que todo lo reforma, y lo juzgan odioſo por eſſa cauſa, le acuſan que ha de alzarſe con los pueblos; y al que ponderan tan ſeguido, y aplaudido por ſus limoſnas, que puede alzarſe con todo, dicen que es aborrecido?

16 ¿Cómo puede ſer tan amado el que reforma? Cómo puede ſer aborrecido el que dá? Amanlo los buenos, y los pobres: aborrecenlo los malos, y poderoſos: con que ſerá ſiempre ſeguido de la inocencia, perſeguido de la embidia. ¿No ſe vé que ſon razones vanas las que pondera la emulacion, y opueſtas unas á otras? Las quales ellas miſmas ſe deſtruyen, y deshacen, y ſolamente las deſpierta el propio dolor, y el anſia que tiene la maldad de deſterrar la cenſura, y el freno que la contiene. ¿Por ventura en el corazon de Nicetas, en quien han cabido egercitos encontrados, no cabrán las virtudes del Patriarca ſu amigo? Y ha de intentar el odio, y la adulacion, hacer corto, y congojoſo un animo tan Real?

17 ¿Por vicios no viſibles: ambicion, ſoberbia, y otros que inventa, y finge la embidia, le han de condenar virtudes ciertas, y claras? Y ha de prevalecer la ficcion, y la calumnia á la evidencia, y verdad? Quién puede negar el zelo del Patriarca, quando á voces lo publicaban ſus acciones, y ſus obras? Los Hoſpitales, los Póſitos, los Templos, ſon luces clariſsimas, que eſtán alum-

alumbrando, y declarando la caridad interior que produce estos efectos. ¿Las piedras, los jaspes, y los bronces, no están mudas, y eternamente clamando su virtud? Y negarán las lenguas, lo que confiesan las piedras? Mas duro ha de ser el corazon humano, y mas ingrato que el bronce?

18 Si de acciones exteriores honestas, se induce interior malicia, ¿quándo se inclinará nuestra censura á lo bueno? Y si de virtudes claras colegimos vicios ocultos, y feos, quando cesará en lo malo? Ha egecutado mas el Patriarca que las ordenes del Cesar? Ha obrado mas que conforme á las de Dios? Las penas elige para sí, los consuelos para otros; ama la pobreza, y enriquece á los demás; siente mas el castigo del delinquente, que el propio; las injurias agenas reforma, las de su sobrino, y las suyas remite, y en el incierto mar del obrar humano en su gobierno, siempre aspira, egecuta, y encamina lo mejor: y despues de esso con ponderar la emulacion los estremos, y dejar la sustancia de sus obras, se intenta representar odioso al amable, y aborrecible al que es digno de suma veneracion.

19 Con estos, y semejantes discursos defendian al Santo Patriarca sus amigos, entretanto que el animo generoso de Nicetas fluctuaba entre unas, y otras razones. Es la calumnia en los Palacios del mundo mas importuna, y atrevida que la verdad, y la sencilléz christiana; porque la verdad, en no siendo oída, se retira, y encoge; pero la calumnia solicitada del odio que tiene al zelo, como se halla dentro de sí, con el despertador, en la pena que le causa verse perseguida de aquel á quien recela, y lastima; no cesa un instante de solicitar el remedio de su daño, que libra en el daño del que la busca á ella, para aplicarle el remedio: siendo assimismo constante máxima en las materias de la humana condicion, que nunca son los amigos al defender al amigo, tan constantes, y eficaces, como al ofenderle los enemigos.

20 A esta causa fue tanta la batería que dieron las delaciones, y calumnias en el animo del excelente Nicetas, que se fue lentamente entibiando en la devocion del Santo; y yá no le parecia tan piadoso el obrar del Patriarca, yá tenia por menos sencillo su decir, yá desconfiaba de sus palabras, yá se recataba (como de cautelosas) de sus obras; y al que antes le consolaban sus visitas, yá su compañia, y comunicacion le causaban desabrimiento, y enfado. Con esto todas las acciones, y resoluciones de su

gobierno, y Obiſpado, en las quales primero habia toda ſeguridad, y procedian corriente, y ſencillamente: yá ſe recelaban, y miraban, y atendian por Nicetas, y ſus Miniſtros, con ojos de competencia, y emulacion; y hallando abrigo los deſcontentos, y amparo los eſcandaloſos en la juriſdicion ſecular (quando iban huyendo de la Eccleſiaſtica) unas veces con recados, otras con demoſtraciones públicas, otras con inhibiciones, le iban atando las manos al Patriarca, con que no podia obrar lo que convenia: y con color afectado de la defenſa de la propia Dignidad, y del Ceſar, quando en todo hacia el Santo el ſervicio del Ceſar, y ponia con mayor decóro ſu Dignidad, iba Nicetas deſterrando la virtud de Alejandria, y dando nuevas, y mayores fuerzas á los vicios.

CAPITULO XXIII.

DE LA RESOLUCION QUE TOMO NICETAS de quitarle al Patriarca los teſoros de los pobres, y que lo egecutó.

ANdaba revuelta Alejandria con eſtas diſcordias del Gobernador, y Patriarca, padeciendo el Venerable Prelado muchas injurias, toleradas con ſingular paciencia, por vér que no podia remediarlas ſin eſcandalo. Apenas ponia la mano en coſa alguna, en que no le fueſſe á ella Nicetas, ni accion honeſta, y ſanta encaminaba, que no ſe la deshicieſſe; y viendo los Miniſtros inferiores turbado yá el ſemblante del Gobernador, y rota la antigua amiſtad, repetian ſus violencias, creyendo que en eſto hacian mayor liſonja á Nicetas. Al egemplo del Superior, iban los demás perdiendo el reſpeto á ſu Prelado, y aquellos miſmos que caſtigados en tiempo de la amiſtad de Nicetas, todo eran ſumiſiones, y humildades al Patriarca, á vueltas de la diſcordia todo eran atrevimientos.

2 Con eſto halló la indignidad de los animos heridos de la reformacion de ſu Prelado, diſpoſicion facil á cumplir ſus inclinaciones, ofendiendo al Patriarca con públicas deſcortesías, oposiciones, y acciones eſcandaloſas, que recibian igual fuerza en ſu paciencia, que en la tolerancia de Nicetas; el qual, quanto no caſ-

caſtigaba, ſolo con eſſo aplaudia, y alentaba. Aſsi iba cada dia mas zelando, y recelando el Palacio Secular al Eclesiaſtico, y una á otra Juriſdicion: y temiendo la mayor parte de los pueblos á Nicetas, y amando todos al Patriarca, eran pocos los que oſaban deſcubrirſe por la razon, y verdad, y muchos los que abogaban por la liſonja, y poder; porque andaba mudo, y recatado el amor al Patriarca, temeroſo de la fuerza que ſe hallaba atrevida, é inſolente.

3 Era grande el deſconſuelo de los buenos al vér eſto; pero no mayor que el gozo de los malos: el de los buenos, por vér pisada la virtud, y en medio de tal bonanza una tempeſtad tan grande: y de los malos, porque ſe holgaban de vér eſentos de toda reformacion ſus vicios, codicia, y ſenſualidades, por la diſcordia de los Principes tan grandes, hallandoſe defendidos, y lo que es mas en odio del Patriarca, aplaudidos ſus exceſos, y deſordenes por los Miniſtros del Ceſar.

4 En eſte trabajo, y tormenta ſe conoció mas que en otra alguna ocaſion el valor, y virtud del Santo Patriarca, quanto es mas heroyco, y dificultoſo el ſufrir que el caſtigar. No ſe le oyó palabra deſcompueſta, ni obró accion alguna deſtemplada, ó indecente; y el que ſabía con Chriſto Señor nueſtro en el Templo azotar con zelo á los numularios, (a) ſe dejaba con Chriſto azotar, y afrentar en el pretorio. (b) Que un Prelado obre con acierto, y con iluſtre empleo de ſus virtudes en tiempo de paz, y ſerenidad, es loable, pero no dificultoſo; mas que en tiempo turbado mueſtre la igualdad del animo, la conſtancia, y la paciencia, es tanto mas excelente, quanto ſerá mas acreditado el Piloto que ſalva el navío en el tiempo borraſcoſo, que en el pacifico, y ſereno.

5 Obraba yá el Santo Patriarca en el eſtado de las coſas con igual deſeo de lo mejor; pero con mayor templanza, ſuſpendida la eſpada del zelo, y embrazado ſolo el eſcudo de la paciencia, y ſilencio, omitiendo muchas reſoluciones, y acciones reſervadas para mejor ocaſion. Todavia ſin perder punto de tiempo en el obrar, quando en la egecucion de una virtud le impedian, ſe egercitaba en las otras; y de eſta ſuerte con la modeſtia, y conſtancia mejoraba, lo que en otras ocaſiones remediaba con el zelo.

El

(a) Joan. 2. v. 15. (b) Joan. 19. v. 1.

6 El animo de Nicetas, aunque en lo exterior algo remiſo, y templado, pero en lo interior ſe iba enconando mas cada dia; porque no ceſaban los ſoplos del Demonio, de ir encendiendo ſu fuego, y podia mas con él la envidia agena, que no la propia virtud. Eran tan frequentes las delaciones, y chiſmes de los mal intencionados, que no le dejaban una hora de quietud: afirmaban lo dudoſo como cierto (ſi era en acuſacion del Santo) y lo infalible en ſu favor, ſiempre quedaba dudoſo: ſus heroycas obras ſe deſaparecian de la viſta en un inſtante, y de larga diſtancia ſe veſan las menores imperfecciones de ſu familia: y los que del Santo murmuraban podian decirlo en las calles, y las plazas, y los que le amaban, y defendian, ni en lo mas eſcondido, y retirado.

7 Reſolvió Nicetas en el proceſo ſecreto, y mental que le iba formando al Santo, (ó por mejor decir, en el que habian eſcrito los delatores, y chiſmoſos en ſu inquieto, y ſencillo corazon) de ir á caſa del Patriarca, y quitarle toda la plata, y demás bienes que tenia para los pobres, y remitirlos al Emperador Eraclio. Para eſto convocó toda ſu guarda, y familia, y con color de que lo iba á viſitar fue al Palacio del Patriarca: y deſpues de haber uſado de los comunes cumplimientos, le ponderó las neceſidades del Ceſar, y quanto crecian las victorias de los enemigos del Imperio, ſeñaladamente de los Perſas; y que ſupueſto que le debia la Dignidad, pues ſe la dió, y era tan juſta la cauſa, franqueaſſe ſus teſoros al ſocorro de públicas neceſidades, y daños.

8 Oyó eſto el Santo ſin perturbacion alguna, y reſpondió: Que de aquellos teſoros no era él ſeñor, ſino adminiſtrador, obligado á eſtrecha quenta: que la propiedad era de Dios, y de ſus pobres, que los enemigos del Ceſar crecerian con las ofenſas de Dios, y las ruinas del Imperio con las ruinas de las almas: Que advirtieſſe, que no de balde ſe llamaba el Verdadero Dios inmortal, Dios de los Egercitos, (c) porque en ſu Voluntad, y de ſu Mano dependen las victorias, y de aquella manera tratarian los enemigos al Imperio, que trataſſe el Emperador á los pobres, y á la Igleſia.

9 A eſto replicó Nicetas: Neceſitar el eſtado lamentable del Ceſar de pocos diſcurſos, y de mucha egecucion, y que aſsi le en-

(c) Mal. 6. v. 14.

entregaſſen alli junta quanta plata, y oro tenia el Patriarca. Aſſi ſe hizo, y en eſtando junta le dijo el Santo al Gobernador: Yo Nicetas, ni puedo entregarte eſte dinero, ni defenderlo. Porque á lo primero ſe opone mi obligacion, y á lo ſegundo mi eſtado. Tu grandeza quita á Dios lo que es de Dios, y ſe lo lleva al Ceſar, guardate, ó Nicetas, que Dios no quite al Ceſar lo que es del Ceſar, y lo dé á quien ſirva mas á Dios. Sin reparar en eſtas razones el Gobernador partió con ſu teſoro á ſu Palacio, dejando al Santo en el ſuyo, ſin perturbacion, ni demonſtracion alguna de impaciencia. Al ſalir de la ultima ſala, vió Nicetas unas botijas que trahian al Santo de miel, y le dijo: Le enviaſſe de aquel regalo. Y el Santo dijo: Lo haria con gran guſto, y voluntad.

CAPITULO XXIV.

DEL MILAGRO CON QUE DIOS VOLVIO POR LA limoſna de los pobres: y que Nicetas le reſtituyó ſu teſoro al Santo.

HAbiendo llegado las coſas á tan grande rompimiento, facil es de creer el eſcandalo del pueblo de Alejandria, y de todo Egipto: y el dolor de los pobres, de vér ſus teſoros tranſportados: y el deſconſuelo de los buenos de vér la virtud, y autoridad de ſu Prelado deſeſtimada: y el gozo de los liſonjeros, y perdídos, de vér el tiempo de ſu coſecha, y que cada dia triunfaban de la virtud, la juſticia, y la razon; pero Dios que eſtá á viſta de todo, y atribula, pero no deſampara á los ſuyos, con un modo ſuaviſsimo, y dulciſsimo, volvió por la opinion del Santo, moderó á Nicetas, conſoló á los buenos, reprimió, y deſengañó á los malos.

2 Cuidando el Patriarca de enviar á Nicetas el regalo de la miel, mandó á uno de ſus Limoſneros, á quien ſe habian entregado las botijas, que eſcogieſſe la mejor, y la mayor, y ſe la dieſſe de ſu parte. Obedeció al punto el Limoſnero, y para verla mejor abrió algunas. Tenian ſus rotulos, que unos decian: DE LA MEJOR, y otros: DE LA ORDINARIA. Quiſo guſtar de una de las mejores, y halló impenetrable la miel. Volvió á mirar con cuidado, y vió que eſtaba condenſada, como ſi fuera metal, y el color de pu-

puro oro. Reconocieron las demás, y hallaronlas de la miſma color, y calidad, y que no era miel, ſino oro. Aviſaron al Santo Patriarca del milagro, mandaron que lo reconocieſſe un artifice de eſte oficio, y habiendolas tocado halló, que era oro de veinte y quatro quilates. Preguntaron al que làs habia trahido, ¿qué era lo que trahian las botijas? Reſpondió, que él miſmo habia viſto, y ayudado á echar dentro de ellas la miel que enviaba para los pobres al Patriarca, un hombre virtuoſo de una de las Ciudades vecinas á Alejandria. Con eſto mandó el Santo, que callaſſen, y tuvieſſen reſervadas las botijas, y eſcogiendo la mayor ſe la remitió á Nicetas con uno de ſus criados, ordenandole que la abrieſſe delante de él, y le digeſſe, que las demás eran de la miſma ſuerte, y eſcribióle un villete en que decia:

3 Dijo Dios á Joſue, *no te deſampararé.* (a) Sabrás (ó Nicetas) que el que eſto dijo me ha dado mayor teſoro, que no el que tu me has quitado. Eſto lo declarará el regalo que te envío de la miel. Bien puedes admirarte, y humillarte, y creer, que al que Dios quiere que eſté ſocorrido para ſuſtentar ſus pobres, no puede un hombre mortal empobrecer. Dios te guarde, y bendiga tu grandeza.

4 Entró el criado á tiempo que eſtaba comiendo Nicetas, y habiendo leído el villete no percibió bien el caſo. Dijole el criado, que con ſu licencia abriria la botija. Reſpondió lo hicieſſe aſsi: Abrióla, y le dijo: Veis aqui, ſeñor, que ſe ha vuelto la miel oro, y lo miſmo ſucedió con las demás. Al principio hizo donayre Nicetas; pero luego vió con evidencia la verdad. Quedó atonito, y ſuſpenſo, y ſin hablar en gran rato revolvia dentro de ſu penſamiento el exceſo grave que habia cometido en quitarle á Dios, al Patriarca, y á los pobres ſu teſoro; y conſiderando que quien volvia la miel en oro, podia volver el oro del Ceſar, y ſus teſoros en hiel, y aumentar las miſerias, y deſdichas del Imperio, dijo Nicetas: No puede el hombre empobrecer al que ha ſocorrido Dios; pues yo hombre ſoy, y pues lo he ſido al errar, quiero como hombre conocerme, y humillarme.

5 Mandó al punto que le trageſſen quanta plata quitó al Santo: y á ella, y al oro que le envió por regalo, añadió de ſu di-

(a) *Sicut fui cum Moyſe, ita ero tecum, non dimittam, nec derelinquam te.* Joſue 1. v. 5. *Non te deſeram, neque derelinquam.* Ad Hebr. 13. v. 5.

dinero trecientas libras de oro, que hacen ſetenta y cinco mil peſos, (en que ſe vé el poder y grandeza de Nicetas) y dejando la comida ſe levantó de la meſa, y llevando el teſoro por delante con toda ſu guarda, ſus Miniſtros, y Familia, ſe fue á caſa del Santo Patriarca, llegó y le pidió perdon de ſu yerro. El Santo le conſoló, y perdonó, y abrazó, y con razones prudentes, alabando ſu zelo por una parte, y por otra dandole luz con ſaludables, y muy ſuaves conſejos, le quitó toda la deſconfianza, y deſconſuelo en que eſtaba. Diſcurrió el milagro por Alejandria, publicaronſe las paces, reprimioſe la liſonja, huyó avergonzada la calumnia, los enemigos, y emulos del Santo quedaron confundidos, los amigos conſolados, el Gobernador nuevamente prendado de las virtudes del Santo, y el Patriarca atento, y mas aſsiſtente al conſuelo de Nicetas.

6 El milagro de volverſe la miel oro, neceſita de poca ponderacion, para conocer que fue de los mas raros que han ſucedido en la Igleſia, ſiendo mucho de admirar la ſuavidad, y benignidad con que Dios nueſtro Señor endereza nueſtros yerros, y cura nueſtros eſcandalos. Pues habiendo paſado tan adelante la malicia, y llegado Nicetas á tan terrible demoſtracion, como quitarle á Dios ſus teſoros, lo alumbró con tan ſuave manera, que pudo tener por favor la reprehenſion: advirtiendo á todos eſte ſuceſo lo que favorece ſu Divina Mageſtad la limoſna, y que en los que egercitan tan generoſa virtud, nunca llegará á quitar tanto la violencia humana, que no le ſocorra mas la Providencia Divina.

7 Y porque el premio, y el caſtigo ſon los dos polos ſobre que ſe revuelven los movimientos humanos al obrar, me ha parecido que debo referir aqui lo que dejaron eſcrito los Autores de aquel tiempo, y lo refiere Sigiberto, y otros Cronologos, y ſucedió en el miſmo en que el Santo florecia, y en un navío de aquella miſma Religion. (b) Navegaba por el mar Mediterraneo eſte bagél, y entre muchos navegantes habia un pobre, el qual no llevaba matalotage ninguno, ſino que iba encomendado á la caridad comun. Un dia viendoſe neceſitado, pidió á los navegantes, y á cada uno de los demás marineros, ſin dejar ningu-

(b) Vid. Vincent. Burgund. tom. 4. Bibliothec. Mund. Lib. 22. cap. 107. pag. 896.

no, le ſuſtentaſſen de limoſna. Ellos reſpondieron, que apenas tenian lo baſtante para sí. Fueſe al Piloto, y Maeſtre del Navío, y con mucha inſtancia le rogó le dieſſe por amor de Dios algo con que poder ſuſtentarſe, que perecia de hambre. El Piloto irritado de la importunacion del pobre, le dijo: Hombre en eſte navío no hay comida, ſino piedras. Reſpondió el pobre: Aſsi lo veo, porque ſon piedras vueſtros corazones; y pues no hay baſtimento ſino piedras, ruego á Dios que para vueſtro caſtigo, ſe convierta en piedras todo vueſtro baſtimento. Al inſtante que eſto dijo, ſe convirtió en piedras todo el baſtimento del navío, y con tan puntual caſtigo, que no mudaron la forma, ni el color que tenian en ſu eſpecie, ſino que el pan, y el vizcocho conſervaban ſu color como antes, pero reducido á piedras: y el vino, menos el eſtár deliquido, endurecido conſervaba ſu miſmo color, y olor de vino, pero reducido á piedra: y á eſte reſpecto en los demás baſtimentos del navío, con que con grande trabajo, ſin tener con que ſuſtentarſe, tomaron el primer puerto, y lloraron ſu pecado. Eſtos dos egemplos no ſolo perſuaden, ſino que explican los efectos de la limoſna, y la caridad, porque al caritativo todo ſe le vuelve oro, y al avariento todo ſe le vuelve piedras; el uno hace de todo merito eterno, y el otro eterna condenacion.

CAPITULO XXV.

DE OTRO DISGUSTO QUE TUVIERON NICETAS, y el Patriarca.

Refiere Leoncio, que tuvieron otro encuentro el Santo, y Nicetas de alli á algunos meſes, y lo pondré con las palabras que lo quenta eſte doctiſsimo Obiſpo. Queria Nicetas diſponer los precios de los baſtimentos públicos á la mayor utilidad de los tributos del Ceſar, y con grande daño de los pobres. Queria el Santo que ſe diſpuſieſſen á la mayor utilidad de los pobres, y ſervicio de nueſtro Señor. Juntaronſe á conferir, y alterçaron ſecretamente ſobre ello, y quedóſe inflexible cada uno con ſu opinion. Habia ſido la junta por la mañana, é iba paſando la tarde, y el Santo Patriarca dijo á sí miſmo: Yo tengo razon en la diſputa; pero no la tengo en moſtrar diſguſto alguno, porque no hay

hay cosa que justifique perseverar en la ira. Y assi llamó al Arcipreste, que era cabeza de los Presbiteros, y con todo el Clero lo envió á las cinco de la tarde á Nicetas Gobernador con estas breves palabras: *Señor, yá se pone el Sol*, como quien le llamaba, y combidaba á que cesasse el enojo. Entonces el Christiano, y humilde Gobernador, acordandose de las palabras, que dijo el Señor por San Pablo: *Sol non occidat super iracundiam tuam.*(a) Deja la ira antes que se cayga el Sol; se fue de su Palacio al del Santo enternecido, y encendido del amor de Dios, y de su Santo Prelado.

2 Assi como le vió el Patriarca, le dijo llorando de alegria, y de consuelo: Bien venido seas bendito hijo de la Iglesia, que obedeciste á su voz, cree señor, que si no fuera porque ví que estabas tan enojado, yo te huviera ido á buscar; porque mi Señor Jesu-Christo andaba por las plazas, por las calles, y castillos buscando ovejas perdídas. (b) Y entonces el noble Gobernador le respondió: Creeme Padre, que yá mis oídos quedarán cerrados, y para siempre, á lisongeros, y aduladores, y nunca me apartarán de tan amado Pastór. Entonces el Santo le dijo: Essas son luces de Dios, hijo mio, porque los grandes Principes, y Cabezas, como la de tu grandeza, pocas veces caen derribados de sí mismos, sino de la adulacion, mentira, y lisonja; y yo tambien he padecido no poco de este trabajo, y hasta que resolví de no egecutar sin oír á la otra parte, y castigar con la pena del talion á la calumnia que venía con rebozo de zelo, y era lisonja, no pude vivir en paz. Los poderosos muchas veces cometen atrocidades crueles en los pueblos, con grande pérdida de opinion, pensando que obran con justicia; porque las canales por donde fueron informados, y persuadidos, ván llenas de codicia, malicia, é iniquidad; y assi hijo egecute tu grandeza lo que yo, y viviremos en paz. Assi lo ofreció el Gobernador Nicetas, y nunca mas se atrevió la lisonja á perturbar la amistad.

3 Y porque admirará á alguno que Nicetas, consuegro del Cesar, y la primera Cabeza del Imperio, Gobernador de tantos, y tan estendidos Reynos, y Provincias, con el recado del Patriarca, fuesse en el primero, y segundo caso tan humilde á su casa á reverenciarle, y á oír sus amonestaciones, y consejos; es conve-

(a) Ad. Ephes. 4. v. 26. (b) Luc. 15. v. 22.

era bien ſujetar la Dignidad, á indignidad, é indecencia como eſta: y que era ſoltar la Juriſdicion, y el Báculo de la mano, y hacer contentible la perſona: y que era eſcandalo grande dejar el Sacrificio, y al Pueblo en la Igleſia para buſcar á un perdído: y que tambien la juſticia es altiſsima virtud: y que era mejo egecutarla, y caſtigar tantos exceſos, que no con eſta demoſtracion de echarſe la inocencia á los pies de la maldad, dejarlos tolerados, y aplaudidos; con que ganaba mas el reo reprehendido, que pudiera eſtimado, y ſatisfecho.

5 Quien tanto diſcurre en puntos de perfeccion, y amor divino, poco alcanzará, y obrará al ſeguir ſus movimientos. Es toda finezas la caridad en las almas, ſin la mezcla de paſiones; y aſsi como ella las obra, y egercita, quando eſtá en el corazon de Chriſto nueſtro Señor, quiere obrarlas, quando ſe halla en las almas donde habíta. Fineza fue bajar Dios del Cielo á la tierra á buſcar los pecadores. Fineza ſerá arrimando los diſcurſos dejarſe á sí, y á ſus Dignidades, y poſtrarſe con ellas por ſalvar á un pecador. Fineza fue ſiendo Dios por ſu Eſencia en quanto Dios, tan diſtinto, tan alto, tan ſuperior á nueſtra naturaleza, poſtrarſe á una vil criatura como Judas; y aſsi menos fineza ſerá poſtrarſe á un ſubdito ſu Prelado, que ſon entrambos de una miſma condicion.

6 Eſtos dictamenes anagogicos, ſon los que ſe han de ſeguir quando los inſpira Dios; porque teniendo al parecer poco de prudencia humana, eſtán llenos de una prudencia divina, con la qual mas breve, y eficazmente, y ſin tanto ruido, gaſto, y coſta, ſe conſigue lo que con la juſticia, y los comunes remedios, no ſe puede conſeguir. Porque quando á aquel clerigo le echára á cueſtas el Patriarca toda ſu juriſdicion, y lo prendieſſe, y apriſionaſſe, es de creer que pudiera caſtigarlo, no enmendarlo, y quedaria corregido en lo exterior, y ſiempre renitente en lo interior; pero de eſta otra manera lo prendió dentro del alma, y comenzó por donde tarde, ó nunca acaba el mayor rigor, que es por reducirlo á Dios, y hacer lo de malo bueno.

7 Y porque ſuele parecer á los vengativos, leve coſa entre Eccleſiaſticos, el hacer deſcortesías, y ceſar en el trato, y comunicacion exterior (tan neceſaria, y edificativa en la Igleſia, y mas con ſu Prelado) es bien atender en eſte egemplo, que no conſta, ni dice la hiſtoria de eſte Santo que huvieſſe otra demoſtracion

de

2 San Juan el Limoſnero obró á la letra el precepto del Señor, porque viendo quan público era en Alejandria el odio del clerigo, que inquietó el ánimo de Nicetas, y puſo al Santo en tantos cuidados, reſolvió de curar eſte eſcandalo en ſu ſubdito. Para eſto hallandoſe un dia diciendo Miſa, antes que en el ofertorio le puſieſſen el pan para conſagrarlo, conforme al rito de la Igleſia Griega, pidió ſu Mitra, y Báculo, y ſiguiendole los Miniſtros del Altar, tambien reveſtidos como el Santo, y grande parte del Pueblo, ſe fue adonde eſtaba aquella oveja perdída, y habiendola hallado, ſe poſtró á ſus pies, y con lagrimas, y ſollozos, le pidió ofendido el perdon, que el ofenſor debia pedirle al Santo. El clerigo viendo eſte expectáculo, y á ſu Prelado á ſus pies, á quien él tenia tan crudamente injuriado, ſe poſtró tambien, y moviendole Dios el corazon, comenzò á publicar ſus pecados, y á confeſar las calumnias, y falſedades con que habia deſacreditado la virtud de ſu Paſtór, y que era muy digno reo de muerte, y que ninguna era igual á ſu delito; y poſtrado á los pies del Santo ſe los beſaba, y pedia que le dieſſe grave penitencia, y piadoſa abſolucion. Con eſto el Santo lo conſoló, y alentó, y perdonó, y lo llevó conſigo al Sacrificio, y lo mejoró de coſtumbres, de manera, que fue egemplo de Alejandria.

3 Fue de grande enſeñanza eſta heroyca accion del Patriarca, porque á la verdad tuvo á la letra todas las circunſtancias de imitacion, á las del Salvador de las almas en eſta ſanta doctrina de perdonar enemigos; porque antes del Sacrificio ſe poſtró el Salvador á los pies de Judas, quando los labó: (c) y el Santo á eſta imitacion á los del enemigo, que deſamparó, y vendió ſu habito, y ſu profeſion. Tomó Chriſto ſobre sí las culpas, ſiendo la miſma inocencia: (d) y á ſu imitacion el Santo ſe poſtró, y ſe acuſó á sí miſmo, ſiendo agenos los exceſos, y propia la paciencia, y la inocencia. Redujo el Señor la oveja perdída buſcandola: (e) Aſsi el ſanto Prelado dejó en la Igleſia á ſu Pueblo, por buſcar, y reducir al redil de Chriſto, la oveja que andaba deſcarriada, y perdída.

4 Otro hiciera inumerables diſcurſos para probar que no era

(c) Joan. 13. v. 5. (d) Iſai. 53. v. 4. (e) *Vadit ad illam quæ perierat, donec inveniat eam.* Luc. 15. v. 4.

CAPITULO XXVII.

DE LA GRANDE CARIDAD DEL SANTO, y como le ſocorria Dios con limoſnas para que ſocorrieſſe á los pobres.

A es tiempo que ſe ocupe la pluma con mas eſpacio en referir los efectos prodigioſos de la caridad del Santo; porque aunque en todo genero de virtudes fueron heroycas ſus acciones, pero mas reſplandecieron en la piedad, y largueza de ſocorrer á los pobres, y aſsi juſtamente ſe le dió el nombre de Limoſnero. Con la admiracion que causó vér convertida en oro la miel, acudian todos á dár al Santo limoſna para que la repartieſſe, y él no ſolo la recibia, y la daba, ſino que á todos alentaba, y predicaba al egercicio de eſta nobiliſsima virtud. De aqui reſultaba el mover los animos á la caridad con tanta fuerza de eſpiritu, que de muy remotas Provincias, y Ciudades le enviaban grueſas cantidades de ſocorro, que repartieſſe á los pobres; y tenia obſervado, que ſiempre le daban un tercio mas de aquello que repartia: y ſi mil daba de limoſna, tres mil le enviaban dentro de muy pocos dias, para que lo repartieſſe, y de eſte genero ſucedieron algunos caſos rariſsimos, y entre ellos fue memorable el que le ſucedió en una ocaſion, con ſus miſmos limoſneros.

2 Llegó á pedirle un pobre cautivo para el reſcate de ſus hijos, y muger, que eſtaban en poder de los Perſas, y el Santo mandó librarle dos mil eſcudos. Acudió á los limoſneros el cautivo, y conſiderando ellos que era grande la libranza, y que baſtarian mil, la limitaron, y ſolo le dieron mil, y el cautivo no ſe atrevió á acudir al Patriarca á quejarſe, y padeció en ſilencio ſu trabajo. De alli á quince dias llegó al Santo una honeſta, y noble viuda, y le dijo: Venerable Patriarca, yo trato de diſponer de mis bienes en obras pias, y para que ſean mas gratas á Dios he reſuelto poner en tus liberales manos tres mil eſcudos que los repartas á los pobres; porque tu ſabes mejor que otros las mayores neceſidades de tu Pueblo; lo demás ſe reparte por mi mano.

El

3 El Santo le agradeció la limoſna, y la recibió, y deſpidió á la viuda con gran reconocimiento, y en habiendola deſpedido dijo el Santo, hablando conſigo miſmo: Tres mil eſcudos me dá eſta viuda habiendo dado yo dos mil al cautivo, no parece que correſponde eſte ſocorro al comun modo de ſocorrerme el Señor; porque habian de ſer ſeis mil los que eſta viuda habia de darme, y aſsi ſin duda alguna los limoſneros acortaron la limoſna del cautivo. Llamó á los limoſneros, y les mandó que digeſſen la verdad, y afirmaſſen debajo de juramento quanto dieron al cautivo, y confeſaron que le dieron mil eſcudos por ſer baſtantes á ſocorrer ſu trabajo, y que era verdad le habian quitado mil.

4 Llamó el Santo á la viuda, que le habia ſocorrido, y le rogó le digeſſe la verdad, ¿quanta cantidad tuvo intento de darle para los pobres? la ſanta muger le dijo: Venerable Patriarca, os diré (pues me lo mandais) un caſo eſtraño que en eſto me ſucedió. Yo hice la memoria de mi hacienda, y de aquello que habia de repartir, puſe en ella eſta partida: ſeis mil eſcudos al Patriarca, para que los reparta de ſu mano á los pobres, y obras pias, que mejor le parecieren. De alli á dos dias que me ocupé en otras coſas, volví á leer eſta memoria, y decia: Tres mil eſcudos al Patriarca, para que los reparta de ſu mano á los pobres, y obras pias que mejor le pareciere. Admirada dige entre mi: Yo puſe ſeis, hallé tres, ſin duda que quiere Dios, que no dé mas cantidad que la referida al Patriarca, y aſsi lo hice, perdonad. Entonces el Santo, vuelto á ſus limoſneros, les dijo: ¿Veis como vueſtra corta fé acorta los beneficios divinos, y quanto negais al dár, eſtrechais al recibir? A la noble viuda le agradeció la limoſna, y á los limoſneros reprehendió la poca fé, y les mandó con toda ſeveridad no acortaſſen las limoſnas, ſino que cumplieſſen muy fielmente ſus libranzas. En eſte caſo, no sé que es lo que cauſa mas admiracion, el vér la puntualidad con que Dios ſocorria á eſte Santo Obiſpo, para que ſocorrieſſe á ſus pobres, ó la confianza que puſo en ſu corazon, que fue tal, que aſsi echaba menos los ſocorros del milagro, como pudiera los derechos, y la renta de la Mitra, y Dignidad.

5 Pero no ſolamente le daba Dios que dieſſe, moviendo los ánimos de los ricos á que hicieſſen ſu Limoſnero á San Juan, enviandole grueſiſsimos ſocorros, ſino que con prodigios, y mi-

lagros aumentaba ſus limoſnas. Tenia en una ocaſion muchos frutos de trigo el Patriarcado, y padecia de otros baſtimentos Alejandria, y Egipto, y el Santo viendo eſto, cargó ſus navíos con ſus frutos, y los remitió á vender, para que con el dinero ſe ſocorrieſſe á los pobres. Partió ſu flota del puerto de Alejandria, y á quatro dias de navegacion le dió tan gran tempeſtad, y obſcuridad, que apenas ſe veían, y conocian los marineros, y navegantes entre sí dentro del miſmo navío; ſolo veían que el Patriarca iba gobernando el timón de la Capitana, á quien ſeguian las otras. Duró veinte dias la tempeſtad, y de eſta ſuerte llegaron á tierra no conocida, y preguntando en el puerto por ella, les reſpondieron, que era un puerto de Inglaterra. Luego preguntaron los naturales, ¿qué trahian los navíos? Reſpondieronles, que era trigo de Alejandria: á cuyas nuevas ſe alegraron ſumamente, porque era tan grande la careſtia, que perecian, y morian los hombres de hambre por las calles, y los campos. Con eſto vendieron á buenos precios el trigo, y los Isleños, porque no tenian tanta plata, pagaron en genero de eſtaño la media parte del precio.

6 Partieron contentos, y habiendo llegado á uno de los puertos de la coſta para hacer experiencia del eſtaño, y reducir alguna parte á moneda, llamó á un amigo ſuyo el Adminiſtrador de la hacienda del Santo, y le dió una barra, y le dijo: Llevad eſta barra de eſtaño de Inglaterra, y ſabed á cómo pagarán por la libra de eſte genero. Llevóla el hombre, y habiendola reconocido con cuidado, halló que la barra era finiſsima plata. Fue á caſa de un platero por vér ſi ſe engañaba, y halló que era aſsi como á él le parecia. Entonces enojado con el Mayordomo, ó Adminiſtrador del Santo el hombre, juzgando que ſe la habia dado de plata, y que le dijo que era de eſtaño para probar ſu fidelidad, y vér ſi ſe quedaba con ella; volvió á él, y le dijo, que no era neceſario hacer experiencia de ſu fidelidad, ni darle la plata por eſtaño para vér ſi la volvia, y que no podia creer que en tanto tiempo como habia que los dos ſe conocian, no acabaſſe de entender ſu puntualidad, trato, y verdad; que alli tenia la plata, y que ſi queria conſtante correſpondencia, no hicieſſe mas pruebas con ſus amigos.

7 El Adminiſtrador reconoció bien la barra, halló que era plata, miró todas las demás, que eran de eſtaño, y tambien ha-

lló

lló que ſe habian vuelto plata. Deſengañó á ſu amigo, y dijole el ſuceſo, y el milagro que obró el Santo Patriarca, y que el que los llevó adonde vendieſſen bien, ſiendo Piloto en la mar, eſtando en Alejandria, habria vuelto con ſu interceſion todo aquel eſtaño en plata. Admirados con eſto llegaron á Alejandria, y refirieron el caſo, edificando con él todo lo que el Santo ſocorria con limoſnas.

8 Porque no puede negarſe, que aunque todos los milagros cueſtan lo miſmo al poder de Dios, y ſon muy faciles á ſu mano; pero mas admirables ſon aquellos en que muda la naturaleza de las coſas, haciendo que ſea oro la miel, plata el eſtaño. Milagro, que no me acuerdo haber leído que lo hicieſſe, ſino dos veces ſu Divina Mageſtad, entre tan gran numero de milagros como obró quando vivió entre los hombres: la una quando convirtió el agua en vino en las bodas de Canaa: (a) y la otra quando convirtió en la Cena el pan, y vino en ſu Carne, y Sangre. (b) Y con miſterio particular hizo el primero al comenzar ſu predicacion, y el ſegundo al acabar con ſu vida; para que al comenzar, y al partir, ſe vieſſe ſu Omnipotencia en los mayores milagros, y conocieſſe el mundo, que quien eſto hacia, y convertia unas eſpecies en otras, junto con ſer Redentor, era tambien Criador; eſto es, Dios, y Hombre verdadero.

CAPITULO XXVIII.

DE LO QUE EL SANTO EXHORTABA A QUE todos dieſſen limoſna: y el ſuceſo que refirió de Pedro el Publicano.

RA la mas frequente materia de ſus platicas del Santo exhortar á la limoſna los ánimos de los fieles, y llegaba á ponderaciones notables en eſte punto. Porque decia que él no ſolo deſeaba dár á pobres quanto tenia, ſino perſuadir á los ricos, que no tenian hijos, ni obligaciones mas preciſas, á que dieſſen toda ſu hacienda á los pobres. Si yo puedo (decia) con ſutileza, y con util, y chriſtiano engaño, perſuadir á un rico á que ſocorra

(a) Joan. 2. v. 9. (b) Matth. 26. v. 27. & 28.

á los pobres, lo hago con gran gusto, y alegria; porque al rico socorro con la virtud, y al pobre con la limosna: al uno doy la materia al sustento; al otro se la quitó á la codicia; y yo que concierto estos extremos, siempre quedo con gran merito, y ganancia.

2 Replicabanle algunos, que si la limosna no salia de corazon sencillamente, sino ofrecida por la autoridad de quien intercede, ó por la importunacion, no sería util al que la daba. Engañaisos (decia el Santo Patriarca) porque es tan poderoso el socorro de los pobres, y aquel material sustento que gozan con la limosna, aunque se dé con alguna imperfeccion, ó tibieza, y tal vez algun disgusto natural, que raras veces deja Dios de premiar á quien assi se la dá, supliendo su grandeza, y su piedad, lo que faltó á la prontitud del que le dió la limosna; de que os contaré un caso rarisimo, y digno de que todos lo tengan muy presente en la memoria, para que vean quanto importa esta virtud; y me lo contó un amigo mio en Chipre, digno de todo credito, y fé, con las siguientes palabras.

3 Vivia yo (me dijo este hombre) en Africa, en cierta Ciudad maritima, y populosa, en casa de un hombre muy rico, que se llamaba Pedro el Publicano, varon muy conocido del Cesar. Este era sumamente enemigo de los pobres, y tan duro de corazon, que ninguno le osaba pedir limosna. Estaban una mañana los pobres mendígos de la Ciudad al Sol, aguardando á que fuesse hora de ir á pedir por las casas; y entretanto con la libertad, y sin la lisonja que puede hablar la pobreza, habia uno de ellos, que decia, y señalaba las casas donde les daban limosna, diciendo: *En tal casa nos dán limosna todos los dias*; y respondieron todos los pobres: *Dios la bendiga.* Decia otro: *En tal casa nos niegan siempre la limosna*; y respondian: *Dios la maldiga.* Y de esta manera iban diciendo una letanía de bendiciones á los limosneros, y de maldiciones à los miseros, y avaros de la Ciudad.

4 Dijo uno de los pobres: *En casa de Pedro el Publicano nunca nos dieron limosna, ni hay quien se atreba á pedirla.* RespPondió otro de ellos: *¿No hay quien le pida, ni se atreba á sacar de este hombre limosna alguna?* Respondieron: *No. Pues yo* (dijo) *me atrevo á pedir de manera que lo venza, y me la dé.* Apostaron los otros pobres *que no*, y él *que sí.* Salió de la compañia de los demás, y fuesse el pobre á la puerta de Pedro el Publicano, y llegó á tiempo

po que entraba en casa el panadero con una carga de pan, para repartir raciones á la familia, y Pedro el Publicano iba tambien á entrar en su casa.

5 El pobre entonces viendo tan buena ocasion, sin hablar palabra, por no indignar la condicion de aquel rico, y porque no le echasse de alli, usando con los ojos, y por señas de todo arte, y destreza de pedir, mirando á Pedro, y al panadero, y al pan muchas veces, pidiendo limosna con el alma, con los ojos, y las manos, y por señas, afligió de manera á Pedro, que no lo pudo sufrir, y cogiendo un pan de la carga, se lo arrojó al pobre, con el mismo furor que si le arrojára muy colérico una piedra. El pobre bajandose al suelo con alegria, tomando el pan, le dijo: Sea por amor de Dios hermano Pedro; y partió de carrera adonde estaban los pobres sus compañeros, y mostrando de lejos en alto el pan les dijo: Yá os he ganado la apuesta, y hecho el milagro que no quiso Christo hacer, convirtiendo en pan las piedras, menos duras que no el corazon de Pedro, que he convertido yo en pan. Holgaron todos, y lo celebraron, y acudieron á pedir limosna como otros dias.

6 De allí á pocos cayó enfermo Pedro el Publicano, y de tan grave accidente, que advirtieron los Medicos ser peligroso, y mortal. Llegó al ultimo estremo de su vida, y se le ocuparon sus sentidos, y potencias, y cada instante aguardaban en su casa que espirasse. Estando assi yá sin sentido alguno fue llevado al juicio particular, y pareció su alma en el Tribunal Divino. Estaba Christo bien nuestro presidiendo, y assentado como Juez, su Madre Beatissima muy cerca assistiendo: los Santos en sus lugares mas abajo: los Angeles en pie á la diestra: los Demonios acusando á la siniestra: Pedro maniatado, suspenso, y atribulado en medio.

7 Un Angel superior á los demás (claro está que sería el Arcangel San Miguél) tenia un peso en la mano, y dijo á los Demonios: Echad á la una parte las culpas que teneis contra este hombre. Echaron grandes pecados, iras, juramentos, palabras ociosas, insolentes, deshonestas, opresiones, venganzas, sensualidades, codicia, y otras culpas, sin que hallasse (como él despues me contó) que desde que tuvo uso de razon huviesse cosa alguna, que por ligera que fuesse se les olvidasse á los Demonios, ni de obra, ni pensamiento, ni palabra. Estando el peso tan pesado á la parte de las culpas, y tan levantado á la otra, dijo Christo

nues-

nueſtro Señor: Echad buenas obras á la parte del peſo.

8 Pedro temblando del juicio, del ſuceſo, y la ſentencia, revolvia en sí, y buſcaba con todo ſu penſamiento, y atencion qué echaria en aquella parte, y no lo hallaba, con que era mortal ſu pena. Reſpondieron los Angeles: Señor no hallamos que echar en eſta parte del peſo. Con eſto Pedro temblaba mas. Dijo un Angel: Señor el otro dia le arrojó eſte hombre á un pobre un pan de limoſna. Dijo el Salvador: Echad eſſe pan, y ponedlo en eſſa parte del peſo. Temblaba Pedro de vér eſte eſpectáculo, y no ſabía en qué habia de parar, y yá puſiera él en la una parte del peſo toda la carga del pan, y quanta hacienda tenía. Puſieron el pan, y lentamente fue bajando aquella parte del peſo á igualar con las culpas, y pecados, quedando en fiel la balanza. A eſte tiempo oyó que le dijo el Salvador: Pedro pon mas pan en eſta parte, y eſcarmienta, porque ſi no, aquellos que eſtán allí (ſeñalando á los Demonios) te han de llevar conſigo á pena, y condenacion eterna. Y con eſto ſe deshizo la viſion.

9 Mejoró de ſalud Pedro, volvió en sí, y comenzó á diſcurrir, y reconocer el eſtado de ſu vida, y de ſu alma, y yá con mas luz decia: O Señor, ſi un pan arrojado mas de diſguſto, que no de miſericordia, peſa tanto, ¿quién no dá quanto tiene de limoſna, ſolo por haceros guſto? A eſte pan ſe inclinó vueſtra piedad, y vinieron por ella á igualarſe las balanzas; yo inclinaré, y rendiré mi alma, y mi corazon á ſocorrer vueſtros pobres, y mendígos.

10 Era riquiſsimo Pedro, y ni tenia muger, ni hijos, y aſsi en convaleciendo, ſin limite alguno, hizo que en ſus puertas ſe ſocorrieſſe largamente cada dia á todos los pobres de la Ciudad, no ſolo de pan, ſino de plata, y de veſtidos. Sucedió en una ocaſion que iba á vér al puerto dos navíos ſuyos que habian venido cargados, y llegandoſe á él un pobre deſnudo, que habia aſsi eſcapado de un naufragio, le pidió alguna limoſna. Entonces Pedro deſnudandoſe la purpura de que iba veſtido, ſe la puſo al pobre, y le dió con que veſtirſe, y volvió á caſa á pedir otro veſtido. A la tarde ſalió Pedro á la plaza, y vió que el pobre habia vendido la veſtidura de purpura, y con el deſeo que tenia de que la gozaſſe el pobre, ſe entriſteció, y dijo: ¡Que aun no tuve yo ventura que ſe lograſſe en el pobre el veſtido que le dí!

Fue

11 Fue á casa, y aquella noche se le apareció Jesu-Christo Señor nuestro, vestido con la purpura misma del pobre á quien Pedro se la habia dado, y con alegre rostro le dijo: Pedro, ¿quién te ha dicho que vendió el pobre la purpura? No es assi, á mi me la dió, y desde entonces ando vestido con ella. Pedro enternecido de vér tal misericordia, le dijo: ¿Tan cortas finezas, Señor, os obligan tanto? Yo procuraré cada dia adelantarlas. El dia siguiente comenzó á discurrir, que haria por Dios, y le pareció que era corto dár todo quanto tenia, si él mismo no se daba, y se vendia por Dios, y con su precio se socorrian los pobres.

12 Llamó al mas confidente criado que tenia, y era su Mayordomo, y le dijo: Que si no hacia por él una cosa que le queria mandar, lo habia de castigar, ó entregar á los Barbaros, que sería mas riguroso castigo. El criado, que era esclavo, le dijo, que obedeceria al punto. Tu has de venderme, le dijo Pedro, en Jerusalén, y mi precio se lo has de dár á los pobres, y en este navío con disimulacion partiremos á buscar el puerto de aquella costa. Entre tanto yo dejaré orden en mi hacienda, y que se reparta á pobres, y obras pias, y tú volveras con mi poder á egecutarlo, y has de jurar de no decir esto á nadie. El criado, aunque á los principios puso su dificultad, ultimamente se rindió á los preceptos de Pedro, y juró de no decirlo.

13 Partieron del Puerto, y llegaron al que está mas cerca de Jerusalén en su costa. Alli desembarcaron, y pasó Pedro con su criado á Jerusalén. Tenia alli el criado un platero muy su confidente, y conocido, suele á hablar llevando consigo á Pedro. Dijole si le queria comprar aquel esclavo, mostrando á Pedro. Respondió el hombre, que desde que no se habian visto, le habian sucedido muchas desgracias, y que estaba tan pobre, y necesitado, que no tendria para comprarlo. Alentólo el criado, diciendo, que lo daria por poco dinero, y á todo esto se hallaba Pedro presente. El platero respondió, ¿que en quanto se lo daria? Dijo, que en treinta monedas. Vino en ello el platero, y las pagó, y se llevó á Pedro á su casa por esclavo. Habló despues en secreto el criado á Pedro, recibió de él los poderes que tenia hechos, para repartir á pobres quanto tenia, y á él le dió la libertad. Mandóle que repartiesse las treinta monedas en los pobres, y Pedro quedó sirviendo al platero.

14 En algunos meses no se advirtió, ni echó menos en la

Ciu-

Ciudad lá ausencia de Pedro; pero despues que se vió repartida en pobres toda su hacienda, como era hombre tan conocido, nó solo lo echaron menos; sino que se hicieron por el Emperador, que tenia gran conocimiento de él, muy exactas diligencias por hallarlo; pero como el criado en egecutando lo que le ordenó su amo se ausentó, no pudo saberse de él. A pocos dias de como entró Pedro á servir al platero, comenzó Dios á llover bendiciones, y felicidades en aquella casa, y fue de suerte creciendo en caudal, en riqueza, y abundancia, que á pocos años dejado el primer oficio, era el amo de Pedro el mas poderoso de toda aquella Provincia, y puso mayor casa, y entraron otros criados, y esclavos á servirle, y entre ellos un mudo, y sordo á nativitate, que solo servia de portero de la casa, y otros oficios menores.

15 Era cosa notable la oposicion que todos los criados tenian con Pedro, y las pendencias que con él armaban, y las calumnias que repetidamente le imponian; y él á todo disimulaba, y para causarles menos embarazo, eligió por cama en la cavalleriza un rincon en el ultimo pesebre. Y quando se hallaba afligido, perseguido, y calumniado, se iba á aquel rincon, y decia á Dios: Señor de mi corazon, assi me desamparais? Y luego se le ponia delante el Salvador de las almas con su vestido de purpura, y en la una mano trahia las monedas de su precio, y libertad, y le decia: Pedro, aqui estoy contigo, tu vestidura me cubre, y me socorre tu plata, no te entristezcas, padece por mí, pues Yo padecí por tí. Con aquello se consolaba el afligido Pedro, y esto le sucedió muchas veces, y assi se le hacian tolerables los trabajos.

16 De alli algunos años vinieron dos hombres principales de la Corte de Constantinopla á Jerusalén á visitar aquellos santos lugares, hospedaronse en casa del amo de Pedro, que era yá (como hàbemos dicho) el mas estimado de aquella tierra. Acudia Pedro á los oficios de casa, y estando comiendo todos, esto es, el amo, y los huespedes, el uno de ellos reparó en Pedro, porque antes le conocia, y dijo entre sí: ¿Este no es Pedro el Publicano, que con tantas diligencias lo ha hecho buscar el Emperador? Dijole en secreto á su compañero, que tambien lo conocia, que lo mirasse con atencion, mirólo, y dijo: Infaliblemente este es Pedro el Publicano. El dueño deseó saber la platica, digeronle lo

que

que eſtaban averiguando: él les dijo de donde lo hábia habido, y que un mozo, y mayordomo de Pedro Publícano, que era muy ſu conocido, le habia vendido aquel eſclavo. Pedro conoció, y reconoció, que lo habian conocido, y al inſtante ſe fue á la puerta de caſa para ſalirſe, y encontrando al mudo, y ſordo á la puerta, con alguna inſpiracion que Dios le dió para ello, le dijo: Mudo, y ſordo, en el nombre del Señor, habla, y oye, y abre la puerta. El mudo dijo: Yá háblo, y oygo, y abro, y abrió la puerta. Viendo Pedro eſte milagro, y que preciſamente lo habian de conocer, ſe ſalió al punto de la Ciudad, y en profeſion ſolitaria acabó muy ſantamente ſu vida.

17 El mudo ſubió, hablando, y oyendo á la ſala donde eſtaban los hueſpedes, y ſu amo, y preguntandole admirados: ¿Que cómo oía, y hablaba? Dijo, que Pedro al bajar, le mandó en nombre de Dios, que oyeſſe, y hablaſſe, y que abrieſſe, y que al inſtante vió ſalir un reſplandor de ſu roſtro tan grande, que le quitó el vinculo que ſentia en la lengua, y el impedimento que tenia en los oídos, y que luego habló, y oyó. Buſcaron á Pedro, y no lo hallaron. Aviſaron al Ceſar, y deſpues de diverſas diligencias, no pudieron alcanzar adonde eſtaba. Solo el criado que lo vendió eſcribió el ſuceſo haſta lo que él alcanzó, y Pedro le habia comunicado. (c) Y eſte fue el caſo memorable de Pedro el Publicano.

18 Veis aqui (decia el Santo Patriarca proſiguiendo) la fuerza de la limoſna; pues habiendo comenzado por un pan arrojado, con la ira, y diſguſto que miniſtró la codicia, fructificó de manera eſta ſemilla, que deſnudó, al que lo arrojó, del veſtido, de la hacienda, de la honra, y libertad, dandolo todo por Chriſto nueſtro Señor: y aquel pan recibido de la Divina Miſericordia, yá que no pesó mas que tantos pecados, por lo menos la inclinó para que tuvieſſe en balanza ſu caſtigo, y hacer mas tiempo á la enmienda. Con eſta, y otras platicas, y egemplos eſpirituales fecundaba el Santo Patriarca los corazones de ſus ſubditos, para que fructificaſſen en los pobres el ſocorro, y las limoſnas.

19 De eſte egemplo, fieles, no hemos de deducir el penſar que con lo malo, que es arrojar con ira al pobre el pan, ſe merece, ni que iguala eſto la balanza á tantas culpas; ſino

(c) Sur. tom. 1. pag. 561. & ſeq.

que Dios, Padre de miſericordia, toma motivos á nueſtro remedio y enmienda, aun de lo miſmo que obramos con flaqueza natural, para alentarnos á obrar ſin ella; y aquel rico, cautivo de la codicia, y apriſionado de ſu miſma hacienda, obró al dár el pan con dos afectos encontrados: uno al dár por la fuerza del impulſo interior que Dios le dió, otro al arrojar con la mala coſtumbre lo que con la buena diera, dandolo con tanta fuerza, como ſi ſacudiera de sí una peſada cadena, y aſsi el dár, fue de la gracia, y el modo de la codicia. Y en eſſe caſo Dios para darnos documentos de limoſna, y caridad, permitió y diſpuſo eſta admirable viſion, y converſion, haciendo que ſi no peſaſſe tanto eſta obra como las culpas para juzgarlas, baſtaſſe para inclinar ſu Piedad infinita á dilatar á aquel hombre ſu caſtigo, y diſponerlo á la enmienda, y que otros ſe alentaſſen á dár, aunque fueſſe rompiendo por la avaricia.

CAPITULO XXIX.

DE LA MANERA QUE CURÓ A UN OBISPO DE CIERTA enfermedad eſpiritual en materia de limoſna.

YA hemos eſcrito, que era adagio comun del Santo el decir, que aunque fueſſe con alguna ſutileza, y ſanto engaño, como decia San Pablo: *Dolo vos cepi*, (a) procuraba hacer limoſneros á los ricos; porque con una accion miſma quitaba á eſtos con la plata la ocaſion de la codicia, y daba á los pobres con la limoſna el ſuſtento. Afligia el ánimo del Santo un Obiſpo amigo ſuyo, llamado Troylo, que era aficionado ſobradamente al dinero, y lo conſervaba con grande tenacidad, y deſeaba el Patriarca hacerlo limoſnero, y liberal. Viendo que con algunas diſcretas, y decentes advertencias, y razones, no lo habia podido conſeguir, reſolvió de uſar un medio notable.

2 Acoſtumbraba el Santo Patriarca algunos dias del año ir á viſitar todos los Hoſpitales, Colegios, Seminarios, y obras pias, y los ſocorria largamente de aquello de que mas neceſitaban. Rogó al Obiſpo Troylo un dia que ſe vinieſſe en ſu compañia,

(a) 2. Ad Corint. 12. v. 16.

ñia, y el Obiſpo ſe ofreció á ello con muy grande voluntad. Llevaba el Santo Patriarca conſigo ſus limoſneros en eſtas ocaſiones, y dinero prevenido para hacer eſtos ſocorros; y en la preſente les dijo ſecretamente, que no llevaſſen plata alguna, ni oro, ſino que quando él libraſſe, ó dieſſe alguna limoſna, digeſſen que les faltaba el dinero, y ſe lo pidieſſen preſtado al Obiſpo Troylo. Aſsi lo hicieron, y en eſta ocaſion le ſucedió otra coſa bien notable, y fue, que al paſar por una calle, llegó al Santo Patriarca un pobre eſtudiante, y le dijo: Para eſte pobre eſtudiante una limoſna: mandó darle lo baſtante para un veſtido. El limoſnero como afligido, dijo al Obiſpo Troylo, que no tenia prontamente alli el dinero, y que ſentiria el Patriarca fueſſe aquel pobre ſin él, y que aſsi le rogaba, y pedia, que le preſtaſſe alguna cantidad conſiderable, pues ſe hallaba tan cerca de ſu caſa, diciendo, que ſe la volveria al punto. Dudabalo el Obiſpo, y el Santo oyendolo, dijo: Que él ſalia á que le pagaria quanto dieſſe.

3 Con eſto envió el Obiſpo Troylo á ſu caſa por ſeis mil eſcudos de oro que le pidió el limoſnero, y era quanto el Obiſpo tenia ahorrado. Pagóſele luego al eſtudiante el precio del veſtido, y de alli á un poco en otra calle el miſmo eſtudiante pareció en figura de ſoldado, y pidió al Patriarca, diciendole: Para eſte pobre ſoldado Iluſtriſsimo ſeñor. El Limoſnero, y el Obiſpo ſecretamente decian al Patriarca: Señor mirad que es el miſmo que os pidió como eſtudiante, y el Santo ſin darſe por entendido del aviſo, reſpondió: Denſele cinquenta eſcudos, porque al fin defiende eſte pobre hombre la Fé, y es muy juſto ſocorrerlo. Apenas pasó otra calle, quando el miſmo hombre tomando un veſtido, y trage de oficial, y llevando quatro, ó cinco niños, ſe los puſo delante al Patriarca, con una muger pobre que trajo alli, dando á entender ſer aquella ſu familia, y le dijo al Patriarca Iluſtriſsimo ſeñor, para eſte pobre oficial cargado de hijos, que no tiene con que ſuſtentar ſu caſa, ſu muger, é hijos, y obligaciones. El Limoſnero, y el Obiſpo digeron al Santo con gran fuerza, y eficácia: Que advirtieſſe, que el ſoldado, eſtudiante, y oficial era uno miſmo, y que tenia traza de tomar mas formas, y figuras que Proteo. Entonces el Santo les reſpondió: En todas quantas viniere le tengo de ſocorrer: ¿Que sé yo ſi es Dios, que quiere probar haſta donde llega mi caridad, y paciencia? Y aſsi mandó, que le dieſſen cien eſcudos.

4 El Obiſpo que veía repartir tan largamente ſu oro, ſe afligia ſumamente como quien lo veía ſalir de ſu preſencia, y no ſabía quando habia de volver. En los Hoſpitales fue haciendo el Santo largos ſocorros del dinero del Obiſpo, y en los Seminarios, y Colegios de la miſma ſuerte, tanto, que quando volvió á la tarde á caſa el Patriarca, de todos ſeis mil no ſobró ſolo un eſcudo. Dejó el Obiſpo al Patriarca en ſu Palacio, y ſe deſpidió con grande dolor de ſu corazon, porque el Santo no le dijo coſa alguna de la deuda al partirſe, y el Limoſnero callaba.

5 Fue á ſu caſa Troylo, y como quiera que le faltaba ſu teſoro, le faltaba tambien todo ſu guſto, y conſuelo, y cada inſtante aguardaba á que entraſſe por ſus puertas el Limoſnero del Patriarca con la cantidad preſtada. El Limoſnero el dia ſiguiente le dijo al Santo Patriarca, que para conſervar el credito, y porque era juſto pagar al Obiſpo Troylo, dieſſe licencia que le llevaſſe el dinero. El Santo le reſpondió: Dejadlo ahora, que Dios ſe lo pagará. Admiróſe el Limoſnero por conocer la puntualidad del Santo, y que nunca acoſtumbraba hacer limoſna de ageno dinero; y de alli á algunos dias, por los repetidos recuerdos del Obiſpo, volvió á decirle: Señor, bien ſerá pagar al Obiſpo Troylo la cantidad que preſtó. Reſpondió el Santo: Dejadlo ahora, que le conviene no pagarle, yá eſtá pagado con haber ſocorrido tantos pobres con ſu oro, y ſu teſoro.

6 El Limoſnero, que andaba acoſado del Obiſpo, ſe admiraba, y afligia, viendo que el Santo queria hacer tan eſpiritual al que amaba ſu dinero con exceſo, que lo dieſſe por pagado en lo miſmo que él lo daba por perdído, y conſumido. Deciale al Obiſpo la reſpueſta del Patriarca, y afligiaſe el Obiſpo. Y como quiera que las paſiones del ánimo tienen tanto poder ſobre el cuerpo, cayó enfermo el Obiſpo Troylo del dolor que le cauſaba vér perdído ſu dinero. Paſaron algunos dias, é iba adelante la enfermedad, y el Santo no le pagaba; pero viendo yá que la enfermedad ſe le iba agravando mucho, fue á vér el Patriarca al Obiſpo, y reconociendo que paſaba tan adelante ſu mal, que la curacion del alma podia coſtarle la vida al cuerpo, deſpues de algunas razones de conſuelo en ſu enfermedad, le dijo el Santo: ¿Si le habian trahido el dinero que preſtó? Troylo reſpondió: Que de ninguna manera, y que vivia muy pobre, y neceſitado. Moſtró el Santo ſentimiento, y llamó á ſu Limoſnero, dandole

or-

orden, que le pagaſſe al inſtante. Pero Señor, proſiguió el Santo, advertid, que me deis carta de pago, para que en todo tiempo conſte que corriò por mi cuenta la limoſna. Dijo el Obiſpo la daria con gran guſto. Pagóle el Santo, dióle ſu carta de pago, y el Obiſpo quedó alegre con ſu dinero, y el Patriarca con haber paſado el mérito á ſu cabeza.

7. Mejoró luego de ſu dolencia el enfermo, que para el avaro es ſu teſoro enfermedad en el alma, y ſalud para ſu cuerpo. A pocos dias yá bueno, y ſano fue á viſitar al Santo, que lo recibió con la ordinaria caridad, y humanidad. A otro dia, como vió al Santo le dió al Obiſpo Troylo un extaſis, ó rapto eſtraño, poco deſpues de comer, en que le pareció que ſe hallaba en un lugar ameniſsimo, en el qual habia hermoſiſsimos Palacios, y jardines, muſicas, y recreaciones celeſtiales. Veía Angeles, y Serafines ocupados en diverſos oficios, y miniſterios, muchos Santos acompañados con muy grande Mageſtad, veſtidos de gloria, y de reſplandor. Eran los Palacios en la grandeza ſuperiores á todo humano poder, y arte, y entre ellos vió uno de ſingular eminencia, en cuya puerta habia una inſcripcion que decia: *Eſte Palacio lo guarda el Emperador al Obiſpo Troylo, que ſocorrió á los pobres con ſeis mil eſcudos de oro.*

8. Leía el Obiſpo Troylo la inſcripcion con grande gozo de ſu alma, quando vió que de otro Palacio mayor que aquel ſalió un Angel muy reſplandeciente, y con otros iba leyendo las inſcripciones de los Palacios. Llegó al que eſtaba prevenido para Troylo, y preguntó: ¿Cómo dice eſta inſcripcion? Reſpondió el Angel: Eſte Palacio lo guarda el Emperador para Troylo Obiſpo, que ſocorrió á los pobres con ſeis mil eſcudos de oro. Dijo el Angel ſuperior: Borrad, borrad luego luego, y poned: Eſte Palacio lo guarda el Emperador para Juan Obiſpo de Alejandria, que ſocorrió á los pobres con ſeis mil eſcudos de oro; porque veis aqui carta de pago de Troylo, y confieſa yá haber recibido ſu dinero, y es juſto que ſe le cargue el merito á quien pagó la limoſna, y con él ſe paſe el derecho al premio. Con eſto mudaron al inſtante la inſcripcion, y quedó borrado el nombre de Troylo, como el Angel lo mandó, pueſto, y eſcrito en ſu lugar el de Juan.

9 Al punto el Obiſpo volvió de ſu ſuſpenſion, y ſumamente afligido conſiderando lo que perdia en conſervar ſu dinero, ſe

fue

fue al Santo, y le contó lo que le habia ſucedido, y que eſtaba reſuelto, no ſolamente á ſocorrer á los pobres, ſino á ſer pobre por Dios, y por ſocorrerlos; é inmediatamente con el parecer del Santo, repartió quanto dinero tenia, y de alli adelante fue de los mas célebres en eſta ſanta virtud, que conoció Alejandria; volviendo á merecer con la largueza el Palacio, que perdió con la avaricia, y miſeria, quedando el Santo gozoſo de vér curada ſu enfermedad.

CAPITULO XXX.

COMO SOCORRIÒ A UN MANCEBO DEVOTO de la Virgen, hijo de un hombre piadoſo, por el amor que el Santo Patriarca tenia á la limoſna; y á otro pobre mercader.

NO ſolamente el Patriarca daba limoſna, y ſolicitaba que la dieſſen todos; ſino que ſe hallaba ſu caridad obligada á la eviccion de los limoſneros, y ſalia al ſocorro de ſus neceſidades, quando por eſta razon las padecian, para que otros ſe alentaſſen, y nadie deſcaecieſſe en tan util, y neceſaria virtud. Habia en Alejandria un mancebo virtuoſo, cuyo padre fue muy rico, y ſingular devoto de nueſtra Señora, y dió tan crecidas limoſnas, que á eſſa cauſa, y por diverſos accidentes de los tiempos, vino á morir apurado de caudal. Al tiempo de la muerte llamó á ſu hijo, y haciendo traher alli delante diez libras de oro, que ſolas le habian quedado de hacienda, le dijo: Hijo mio, yo me muero, y quedais muy ſolo, y deſamparado ſin mí, ahí teneis eſſe dinero. Ahora decidme, ¿qué quereis mas, las diez libras de oro, ó el amparo de la Virgen Santiſsima Madre de Dios, dando por ſu honor de limoſna eſſe dinero? Dijo el mozo: El amparo de la Virgen elijo. Entonces el ſanto viejo reſpondió: Muy bien habeis eſcogido; é hizo repartir el oro á los pobres, y á ſu hijo le aconſejó que ſirvieſſe ſiempre, y aſsiſtieſſe en un Templo de la Reyna de los Angeles, y eſtimaſſe mas eſte ſervir, que no el valer, y reynar. El virtuoſo mancebo lo ofreció aſsi, y lo cumplió tan puntualmente, que no ſalia del Templo de la Virgen, ſino lo neceſario para poder ſuſtentarſe de limoſna, y luego volvia á ſervirla.

Hu-

2 Huvo quien le dijo al Santo la virtud de eſte mancebo, y el ſuceſo de ſu padre, y que dió quanta hacienda tenia de limoſna, y oyendo eſto el Santo, dijo entre sí: Eſte hombre que murió es mi hermano, y eſte mozo es mi ſobrino, porque hemos emparentado eſtrechamente en la ſanta caridad, y limoſna; y aſsi he meneſter no dejar eſte mancebo tan pobre ſiendo mi ſobrino. Con eſto el Santo llamó á un Letrado conocido ſuyo, y le dijo el caſo, y que deſeaba amparar à aquel mozo con largueza, y con tal arte, que ni en la familia, ni fuera de ella, ſe deſpertaſſen por eſto envidias, y emulaciones; y que aſsi fueſſe, y formaſſe con gran ſecreto un teſtamento de cierto hombre, que ſe llamaba Teopento (fue eſte primo hermano del Patriarca) (a) y que digeſſen en él, que aquel mozo era ſu ſobrino, y que rogaba al Patriarca, pues lo era tambien ſuyo, lo amparaſſe, y ayudaſſe.

3 El Letrado lo hizo aſsi, formó el teſtamento, llamó al mozo, y le dijo, que advirtieſſe tenia un gran teſoro en aquel teſtamento, porque ſe reconocia ſer eſtrecho deudo del Patriarca, y que aſsi lograſſe tan gran fortuna. El mozo le preguntó, ¿qué haria para eſſo? A quien le dijo el Letrado, que ſe vinieſſe con él, y que lo llevaria á la preſencia del Patriarca, y lo reconoceria por ſu ſobrino.

4 Llevó conſigo el Letrado á aquel mozo, y preguntó á los criados, ¿ſi podia hablar al Patriarca? Deſearon ſaber lo que queria, y él dijo, que le trahia alli á un ſobrino ſuyo. Entraron y aviſaron, mandó que entraſſe, puſoſe en atencion toda la caſa, y familia con el nuevo parenteſco. Luego que entró el Letrado, en la preſencia del Santo, le dijo: Iluſtriſsimo Señor, dias ha que tengo en mi poder eſte teſtamento, y la propia conciencia me ha perſuadido, y obligado á que os lo trageſſe, para que veais la obligacion que tiene vueſtra Nobleza á eſte mancebo, pues es ſobrino vueſtro, hijo de hermano de Teopento vueſtro primo-hermano, para que ſatisfagais á vueſtra ſangre, á vueſtro honor, y aun á vueſtra caridad.

5 El Santo diſimulando lo concertado, leyó el teſtamento muy de eſpacio, y en acabando de leerlo, oyendolo los criados, y la familia que eſtaba preſente á vér en qué paraba eſte parenteſ-

(a) Ap. Act. SS. tom. 2. Jan. fol. 510.

teſco, dijo: ¡O Teopento Noble, lo que debí á tu amiſtad, y á nueſtra ſangre comun! Tu me ayudaſte, y fuiſte amigo cariſſimo. Tu me preſtaſte dinero, y ſocorriſte, y á mis padres; y aſsi eſte no ſolo es mi ſobrino, como hijo de tu hermano, que tenia conmigo el miſmo deudo que tú, ſino que ha de ſer mi hijo, y conocerá el mundo que vives en mi memoria, y que ſoy agradecido. Abrazó al mozo, mandó luego veſtirlo lucidamente, le puſo caſa, y criados, le compró heredades, y poſeſiones muy gruéſas, y lo trahia conſigo, como ſi fuera ſobrino, hijo de ſu hermano. Y viendo en Alejandria el favor grande que el Santo le hacia, le pidió un hombre principal, y rico para caſarlo con una hija ſuya; y aſsi quedó premiada la virtud de padre, é hijo, limoſneros, y devotos de la Virgen, y cumplida la promeſa del Señor, de que *al hijo del limoſnero nunca le faltaria ſu Divina Mageſtad.* (b)

6 Dejó tambien eſte documento á los Obiſpos el Santo, que midan las lineas de ſu ſangre, y parenteſcos, por las virtudes, mas que no por los linages; y que ſi los deudos no ſon pobres de verdad, ni virtuoſos, ſon ſus ſobrinos los virtuoſos, y los pobres; y aun ſiendolo aquellos, obren con moderacion, y recta cenſura en las opiniones al ſocorrerlos, y favorecerlos, y ſe valgan de eſte egemplo para ayudar á los limoſneros. En el qual eſte Santo Patriarca parece que quiſo ſatisfacer las injurias que á los pobres, y virtuoſos ſe han hecho por los ſobrinos, llevandoſe ellos ſu premio; pues eſta vez ſe ſubrogó en el afecto, y titulo de eſte eſtrecho parenteſco, y en ſu dote, el hijo virtuoſo del limoſnero; ſin que pueda dudarſe, que lo que el Santo hizo con eſte mancebo, hijo del miſericordioſo, obró Dios deſpues de ſu muerte del Patriarca con ſu ſobrino Jorge; porque en eſta ocaſion prefirió, y moſtró mas amor el Santo, que al que era hijo de ſu hermano, á eſte mancebo, coſa que parecia á los ojos de la carne injuſticia; y deſpues de la muerte del Santo, premió eſta fineza Dios, con hacer Patriarca, y ſuceſor del Santo á Jorge ſu ſobrino, para que ſe vea, que no hay igual modo de acrecentar á los deudos, como hacer finezas por Dios, y que eſto es enriquecerlos á ellos.

7 Eſta doctrina la confirma otro caſo que le ſucedió al Santo con un mercader. Habia ſido eſte hombre muy caudaloſo en ri-

(b) *Eleemoſyna enim patris, non erit in oblivione.* Eccli. 3. v. 15.

riquezas, y llegó á menor caudal, tenia ſolo un navío, y con el anſia de aumentar ſu hacienda, y reducirſe á la grueſa fortuna que tenia, embarcó en él la mayor parte de ſu caudal, y lo envió á negociar, y vender á Conſtantinopla. Apenas ſalió del puerto, quando le ſobrevino una recia tempeſtad, y tal que dió á pique con el navío, y la ropa. El hombre afligido, viendo que apenas tenia caudal, ſe fue al Santo, y le contó ſu trabajo, conſolole el Patriarca, y le dijo: Que buſcaſſe ropa y generos, que él le daria dinero para que volvieſſe á negociar. Hizolo aſsi, y cargó en otro navío, que con el ſocorro del Santo compró para eſte fin, otra tanta ropa como cargó en el primero; y á la que el Santo le dió, añadió la que tenia en ſu caſa, y ſu caudal.

8 Partió el navío, y apenas ſe hizo á la vela, quando otra tal tempeſtad le echó á pique con la ropa, y eſto caſi á ojos de aquel deſdichado. Entonces el mercader, yá del todo deſcaecido eſtuvo tan herido del dolor, que quiſo deſeſperar. Supolo el Santo, y envióle á llamar, y le dijo: Pues de qué, hijo, eſtais deſconſolado? Por ventura puede faltaros la piedad de Dios? Decidme, que cargaſteis en eſte navío? El hombre con intolerable pena, le dijo: Que á la ropa y generos que el Santo le habia dado, habia añadido todo ſu caudal, y que todo lo habia perdído. Entonces el Santo le reſpondió: Hijo no me admiro del ſuceſo, ſi la hacienda de la Igleſia, de la limoſna, y la caridad la juntaſteis con la que vos grangeaſteis en vueſtra negociacion, claro eſtá que habia de perder la una, por la otra. No os dé cuidado, que yo compraré un navío, y lo cargaré para vos de mercaderías procedidas de limoſnas, y vereis lo mucho que fructifican. Hizolo aſsi el Santo, y envió el navío, y navegó felizmente, y vendió á largos precios los generos, y creció de manera ſu caudal, que deſpues eſte miſmo hombre hizo al Santo largas limoſnas; dejando eſte documento á todos, que las rentas Eccleſiaſticas, ſi ſe juntan con las ſeglares, no ſolo no aumentan eſtas; pero mas brevemente ſe acaban unas, y otras.

CAPITULO XXXI.

DEL CUIDADO CON QUE EL SANTO VIVIA de crecer en el deſeo de dar limoſna, y examen que hacia á los limoſneros, y lo que le refirió uno de ellos.

RA tan grande el anſia que tenia el Santo de dár limoſna, que ſiempre andaba procurando crecer en eſta virtud: y aſsi en viendo limoſneros, ſe le iba el alma tras ellos, y los llamaba, y preguntaba á ſolas de ſu vocacion, con eſtas palabras, que las refiere Leoncio á la letra: ¿Decidme, cómo os habeis hecho limoſnero? Soislo de voluntad, y naturalmente inclinado á eſta virtud, ó habeis hecho fuerza, por la que os eſtá haciendo la razon? Cada uno reſpondia al Santo lo que le paſaba, y uno le contó un caſo notable, diciendole:

2 Yo, Venerable Patriarca, era un hombre miſerable, y tan enemigo de dár limoſna, ni echar coſa alguna de mi caſa, que no ſolo me afligia el dár, ſino que ſentia ſumamente el que nadie me pidieſſe. Pasé algunos años aſsi deſde que heredé á mi padre, y habiendome dejado caudal baſtante, y aumentadolo el dote de mi muger, lentamente ſe me iba deshaciendo, ſin que empleaſſe en coſa que no perdieſſe, y en comprando yo, valía por el ſuelo lo que yo habia comprado, y ſi vendia, hallaba á todos proveídos, y abaſtecidos. Ibanſeme muriendo los eſclavos, y acabando el caudal. Dige entre mí: ¿Es poſible que no ha de haber deſdicha que no me ſuceda? Si nace eſto de no dár limoſna alguna? Cierto que tengo de verlo, y dár cinco reales cada dia de limoſna á los pobres, veamos lo que me ſucede.

3 El dia ſiguiente al que hice eſte propoſito, tomé los cinco reales, y fuí á buſcar á los pobres, y teniendolos delante, fueron tantos los argumentos que me vinieron al penſamiento, para probar que era deſatino, eſtando yo pobre, dár mi ſuſtento á los pobres, que decia: Qué hago? Eſtoy loco? Si ſoy pobre ahorrando, y adquiriendo, cómo ſeré rico dando? Eſte dinero no es el ſuſtento de mi muger, y familia? Pues ſi doy lo que tengo en mi poder, cómo aguardo á ſuſtentarlos con lo que eſtá en el ageno? Con qué conciencia puedo ſoltar el dinero para darlo á los eſtra-

ños,

ños, y dejar pereciendo á los propios? La caridad no ha de comenzar por mí? Finalmente, tantos diſcurſos me vinieron de providencia, de prudencia, y de piedad para no dár, que no tuve aliento para repartir los cinco reales, y me volví á caſa, yo miſmo de mi miſmo avergonzado, y corrido de vér que no tuve corazon para deſpedir de mí aquel poco de dinero. Aquella noche puſe gran fuerza en vencerme, y á la mañana cogí otro tanto dinero, y ſalí con reſolucion de darlo; pero deſpues de haberlo conſiderado, volviendo á cargar ſobre mí los diſcurſos referidos, no tuve valor para ello, y me volví con el dinero á mi caſa.

4 Viendome de eſta manera, y ſintiendo que no pudieſſe vencer eſta paſion, llamé á un eſclavo mio, que ſolo me habia quedado, y con gran ſecreto le dige: tú has de hacer por mí una coſa; el eſclavo dijo que obedeceria; proſeguí: todos los dias me has de hacer guſto de hurtarme cinco reales, ſin que yo pueda ſaberlo, y darſelos á los pobres, y guardate de decirmelo, ni que yo lo entienda, ni ſepa, porque no pueda impedirlo. El eſclavo que me conocia bien, me preguntó, ſi ſe burlaba? dige que no. Entonces me reſpondió, que aſsi lo haria.

5 Comenzò mi eſclavo todos los dias á hurtarme los cinco reales, y dabalos á los pobres, y en dos años iba creciendo mi hacienda, de manera, que no ponia en coſa la mano, que no me ſucedieſſe excelentemente. Advirtió en eſto mi eſclavo, y al cabo de dos años, dijo entre sí: parece que deſde que doy eſtos cinco reales de limoſna por mi amo, ſe le aumenta ſu caudal: el me ha dado orden que le hurte cinco, no le habrá dado Dios licencia para mas, por ſer tan corto de corazon, quiero dár diez, veamos ſi ſe aumenta con la limoſna el caudal. Con eſto de alli adelante me hurtaba mi eſclavo ſecretamente diez reales, y los daba de limoſna, y á eſte reſpecto iba creciendo en felicidades, de manera, que gané doblado en los dos años ſiguientes, que en los dos primeros.

6 No ſabía yo que mi eſclavo hurtaba mas que los cinco reales, y antes yá no me acordaba del hurto, ni la limoſna; y el mozo viendo que crecia la hacienda, quanto crecia el ſocorro de los pobres, dijo en los dos ſiguientes años: hurtemos treinta reales cada dia, que le vá bien á mi amo. Aſsi lo hizo, y aſsi me fue ſucediendo, y de alli á dos años, ſeis deſpues que yo le dí orden

que me hurtaſſe los cinco reales, me acordé, y llamé á mi eſclavo, y le dige : eſtoy viendo, que deſde que te dige que me hurtaſſes cinco reales para dár limoſna, ha crecido mi caudal con grande fuerza, y me parece que era tiempo que dieſſemos diez reales á los pobres, aſsi por lo que ha crecido, como para que ſe aumente mas. Entonces reſpondió mi eſclavo riendoſe: á mis hurtos, ſeñor, debeis vueſtra buena dicha: ¿diez reales decís ahora que dé cada dia de limoſna á los pobres deſpues de ſeis años? Si al paſo que vos andais al dár, anduviera yo al hurtar, aun eſtuvierais vos pobre. Eſſos diez reales los dí yá deſpues de los dos primeros, y hurté diez, y deſpues hurté treinta, porque ví que crecian las bendiciones con el aumento de la limoſna á los pobres. Yo entonces corrido, y avergonzado de vér que tuvieſſe mas aliento, y corazon mi eſclavo para dár, y para eſperar en Dios, que no yo, le dí luego libertad, y al inſtante comencé con gran fuerza á repartir por mi mano las limoſnas; yo á dár, y Dios á darme que dieſſe competimos, haſta llegar á tan gran caudal, como el que tengo, y dár haſta lo que doy.

7 El Patriarca admirado de la relacion, le dijo : Vete en paz amigo, y ſigue tu vocacion, que te aſſeguro, que en quanto he leído, no he hallado un ſuceſo ſemejante. Y ſin duda alguna lo es muy raro; porque quien no admira vér el deſeo que tenia aquel avaro de dár, y que no podia, y que quando la voluntad le mandaba á ſu mano que dieſſe, ſe retiraba, y mancaba, y que huvo de poner el dár en agena mano, y que con todo eſſo le fueſſe á Dios tan grata aquella limoſna, que no ſolo aumentaſſe ſu caudal, que es lo menos, ſino que le curaſſe la enfermedad, y miſeria, y lo hicieſſe limoſnero. Bien prueba baſtantemente eſto, quanto importa no acoſtumbrarſe á no dár, por no mancarſe, y lo que conviene vencer las inclinaciones, y porfiar en eſſo, y quan ciertos ſon los premios de la limoſna, no ſolo para grangear temporales bienes, ſino para deſterrar los vicios, y adquirir, y promover las virtudes.

CA-

CAPITULO XXXII.

QUE ORDENÒ A SUS LIMOSNEROS, que ſi algunos pidieſſen preſtado dinero, ſe lo preſtaſſen, y caſos que le ſucedian en eſto.

UNAS veces puede mas la neceſsidad, que la verguenza, porque es tan dura, y fuerte ley aquella, que rompe atropellando con eſta; otras por la verguenza, y mas la gente de noble ſangre, ſe deja morir antes que perder ſu honor: y aſsi es neceſsario, que prevenga la caridad el remedio, ſutilizando, y penſando como ſe le dará al noble el ſocorro, ſin laſtimarlo en la honra. El Santo Patriarca ſabía, que muchas perſonas nobles no ſe atrevian por la reputacion á pedir ſocorro á ſu caridad, y que eſtas miſmas que ſe avergonzaban de pedir dado, lo recibieran preſtado, teniendo menos embarazo eſto, que aquello, por parecerles que el recibir dado, ſignifica vil, y mendicante pobreza; pero preſtado, neceſsidad temporal, mas frequente á los mas nobles. Con eſto ordenó á ſus limoſneros, que preſtaſſen á quien lo pidieſſe, y habiendoſe publicado, que el Santo preſtaba dinero ſin interés, acudian á ſu piedad eſtrechas neceſsidades, y las ſocorria con grandiſsima largueza, y el Santo holgaba mucho de ayudar por eſte medio á ſus ſubditos, porque decia: Si el que llevó el dinero preſtado no lo paga por neceſsidad, es limoſna, y queda él ſocorrido, y yo contento. Si lo vuelve, porque ſalió de ella, quedó él ſocorrido con el empreſtido, libre con la paga, y yo contento del beneficio, y de tener con que hacer limoſna á los unos, y que preſtar á los otros.

2 Sucedió, que en una ocaſion ſe vió un hombre noble muy afligido de deudas, ſeñaladamente algunas que debia al Ceſar de ciertos tributos, y arrendamientos; y viendo que ſe cobraba con grande dureza de él, y que ſe le querian vender los bienes, y apriſionar la perſona, fue á Alejandria á un hombre muy rico, y caritativo, que preſtaba con mas largueza que otros, y era uno de los Conſules de aquella Nobiliſsima Ciudad, y le pidió preſtada la cantidad. Dijo el Conſul, que con mucho guſto la preſtaria; pero al entregarle el dinero, tardó tanto, que iban paſando

los

los terminos de la egecucion, y ſe eſtaba yá para hacer trance, y remate en ſus bienes. Entonces el afligido Caballero egecutado, fueſſe al Patriarca, y le contó ſu trabajo. Ponderabale el daño de ſu hacienda, y de ſu muger, é hijos, y de ſu honor, y que hábia de andar pidiendo limoſna por las calles, ſino ſe le ſocorria, el que muchas veces la habia dado á ſus puertas.

3 El Santo, viendo ſu ponderacion, y que dilataba decirle lo que habia meneſter, no pudiendo tolerar ſus piadoſas entrañas la dilacion breve, que al contarlo intervenia, deſde el trabajo al ſocorro, le dijo: Hermano, no aflijas mi corazon con tus penas, que muero ſolo con oírtelas contar, dime lo que pides preſto, porque ſi no, me iré deſnudando para darte eſtos veſtidos, por ſocorrerte con ellos. Entonces el Varon noble le dijo, que neceſitaba de una grueſa cantidad preſtada para pagar eſtas deudas, y la ſeñaló. El Santo al inſtante llamó á los Limoſneros, é hizo, que antes de ſalir él de aquella pieza, le preſtaſſen el dinero. Recibiólo, hizo la obligacion de pagarlo á ciertos plazos, pagó al Ceſar, y ſalió de ſu trabajo.

4 Diez dias deſpues que el Santo ſocorrió á eſte hombre, le ſucedió al Conſul, que le habia ofrecido la miſma cantidad, y tardó en darſela, que ſoñó que eſtaba en Miſa en un Templo de grandiſsima belleza, y que en el Altar Mayor habia un Sumo Sacerdote celebrando con admirable hermoſura, y reſplandor en ſu roſtro, y en las llagas de ſus manos, pies, y Sacroſanto Coſtado, y cerca de él miniſtrando muchos Angeles, y Serafines, y oyendo la Miſa numeroſiſsimo Pueblo, Pontifices, Cardenales, y Obiſpos, Emperadores, Reyes, y Principes. De tras del Conſul eſtaba oyendo la Miſa el Patriarca. Vió tambien, que de los miſmos que la oían, ſe acercaban algunos al Altar, y llevaban á él plata, joyas, y oro, y otras coſas precioſas que ofrecian, y todos volvian con ciento mas de lo que habian dejado. Vió el Conſul ſobre un banco una cantidad de oro, y uno de los Angeles le dijo: Levantate luego, luego, y ofrece eſte dinero en el Altar, y te darán cien oblaciones por él. Eſtuvo él dudoſo ſi lo haria, y el Patriarca, que eſtaba de tras, luego que lo oyó, ſe levantó con preſteza, cogió el dinero que ſeñaló el Angel, y lo llevó al Sacrificio, y volvió á ſu lugar con ciento mas de lo que habia llevado. En eſte punto deſpertó el Conſul, y con gran cuidado ſe puſo á penſar en la viſion, y no podia entenderla. De alli á quatro dias ſe acor-

dó

dó del dinero que habia ofrecido de preſtarle á aquel Caballero, juzgando ſi era aquel el dinero que le dijo el Angel que llevaſſe al Altar, y lo llamó, y le dijo: ¿Que por qué no habia venido por ſu ſocorro? El reſpondió: Que viendo lo que tardaba en darſelo, ſe habia ido al Patriarca, y ſe lo habia preſtado, y con eſſo ſalió de aquel trabajo. Entonces el Conſul entendió la viſion, y dijo:

5 Ahora entiendo yá mi ſueño, el qual fue aviſo, de que no tarde en el ſocorrer, porque el que decia la Miſa, era Chriſto Señor nueſtro. Los que ponian en el Altar la limoſna, ſon los que ſocorren los pobres. El volverles centuplicado, ſon los premios, que en eſta vida, y en la otra dá Dios á Limoſneros. El dinero, eſtaba cerca de mí, ſobre el banco, ſon las riquezas que eſtán en eſta vida expueſtas al comun uſo, y la cantidad que pedia eſte pobre Caballero, y el decirme el Angel que lo llevaſſe, fue la inſpiracion que tuve quando eſte vino á pedirme que lo ſocorrieſſe. El eſtár de tras de mi el Patriarca, fue haber acudido primero á mi la neceſidad, y deſpues á él: y el levantarſe luego, y primero á ſocorrerla, y yo no, fue la prontitud con que él la ſocorrió, muy deſemejante á mi poca caridad; con que llevó él, juntamente el premio que yo pude haber llevado. Meneſter es no dormir al obrar bien, y ſer mas pronto en eſto, que lo es nueſtra inclinacion al obrar mal. De eſta manera ſe acuſaba eſte honeſto, y noble rico, y con lo miſmo que él ſe acuſa, aconſeja á los demás.

6 Aunque algunos pagaban al Santo lo que preſtaba, otros de verdad no le podian pagar, y otros podian, y no querian, y el Santo con igualdad por todo paſaba. Habia en Alejandria un mercader de mas enredos, que hacienda, y de mayor manejo, que Fé, ruin vida, y peores coſtumbres. Eſte ſolia decir, que no ſabía ſi hacia limoſnas el Patriarca, ni preſtaba, que haſta ahora á él no le habia preſtado, ni dado dinero alguno. Es propio de la codicia parecerle avára la liberalidad, como á ella no le dén nada.

7 Eſte mercader trampoſo llegó al Santo un dia, y le pidió preſtadas veinte libras de oro: mandó el Santo que ſe las preſtaſſen, aſſentóſe en ſus libros, y alli ſe puſo la obligacion de volverlos en el plazo ſeñalado. Llegó el plazo, pidieron que pagaſſe, negó la deuda, y dijo, que ni le habian preſtado, ni dado co-

ſa

ſa alguna. Los Limoſneros hicieron que reconocieſſe ſu firma, nególa, probaron ſer verdadera, y el entrego del dinero, y eſtár juſtificada la deuda. Con eſto le embargaron ſus bienes, prendieronlo, y él hizo que una perſona acudieſſe al Santo, diciendo el eſtado de la cauſa. El Santo llamó á los limoſneros, y al Fiſcal que la ſeguia, preguntó ¿por qué lo tenian preſo? Reſpondieron, ponderando la mala fé de aquel hombre, ſus vicios, y ſus enredos. El Santo defendia ſu oveja, y ponderaba tambien ſu neceſidad, y que no podia mas, y que aſsi ſe perdonaſſe la deuda. El Fiſcal, y los Limoſneros replicaban, ¿que de qué ſervia que aquel hombre, ſobre vicioſo, trampoſo, ſe quedaſſe con la hacienda de los pobres?

8 Entonces el Santo les dijo: No es bien que ſeais tan juſtos; porque os advierto, que ſi cobrais de eſte hombre con tanto rigor, cumplís un precepto, y quebrantais dos. Cumplís el de dár limoſna, (a) pues para eſſo lo cobrais, y quebrantais el precepto del Señor, quando dice: *Que tengamos paciencia, y no aflijamos al conſiervo que nos debe.* (b) Y á mas de eſſo, quebrantamos otro precepto, de que no eſcandalicemos, pues ſi vén que cobra aſsi el Patriarca, ¿cómo cobrará el ſeglar? Sigamos el conſejo de San Pablo, donde dice, hablando de los Chriſtianos: ¿Quánto mejor es padecer la injuria, que no pleytearla? (c) Quanto mejor es ſufrir el engaño, que aueriguarlo? Es bien que entendais, que el dár al que pide, es bueno, y el dár al pobre, aunque no pida, es perfecto. *Pero al que nos lleba la tunica, ſoltarle tambien la capa* (como nos dice el Señor (d)) es mas que bueno, y perfecto, y es heroyco, y á eſto habemos de aſpirar. Voſotros decís, que es para los pobres lo que cobrais de eſte miſerable; demos, hijos, á los pobres de lo que tenemos, antes que no dé lo que cobramos con tanta ſangre, y dolor. ¿Hemos de dár á los pobres lo que á eſte quitamos? Si, pues degemoslo en ſu poder, pues es pobre, y eſcuſaraſſe eſte penoſo rodéo de dejarlo deſtruido, para que otro ſe ſocorra. Mandó luego al inſtante ſoltar al mercader, y le remitió la deuda, y aſsi ſe acabó eſte pleyto.

CA-

(a) Luc. 11. v. 41. & 12. v. 33. (b) *Nonne ergo oportuit & te miſereri conſervi tui, ſicut & ego tui miſertus ſum.* Matth. 18. v. 33. (c) Ex 1. ad Corint. 6. v. 7. (d) *Et ei qui vult tecum judicio contendere, & tunicam tuam tollere, dimitte ei & pallium.* Matth. 5. v. 40.

CAPITULO XXXIII.

DE LA PACIENCIA QUE TENIA CON LOS POBRES, y que ſiempre le parecia que daba poco, y la piedad con los eſclavos, y pacificacion de los poderoſos.

EL buen limoſnero ha de dár muy largamente el dinero, y la caridad, porque eſta nunca ſe gaſta, ſolo no ha de dar de la paciencia perdiendola, ſi quiere conſervar la caridad, y egercitar ſus efectos, para que con ellos ſe haga mas conſtante en la limoſna; porque muy frequentemente le acomete la impaciencia á la liberalidad, por ſer tan importuna la neceſidad al pedir, que ſi no hay ſufrimiento al oírla, quando le han de reſponder padeciendo, y dando, la reſponde reprendiendo, y laſtimando al que pide. Acudian egercitos de pobres á caſa del Patriarca, y él con grande ſerenidad, y paz á todos los ſocorria, perſuadiendo á los Limoſneros, y aconſejandolos, que tuvieſſen gran paciencia.

2 En una ocaſion llegó al Santo un pobre muy vano, y preciado de caballero, y de noble, y hecho cien pedazos el veſtido, y delante de los Limoſneros, y otros criados, le pidió al Santo limoſna ponderando mucho ſu gran calidad. El Santo mandó que le dieſſen luego para un veſtido. El hombre, como una vibora piſada, dijo con gran libertad muchas injurias al Santo, y entre otras, ponderaba, y voceaba, que repartia con deſigualdad el teſoro de los pobres, no ſiendo ſuyo, ſino de ellos, y que ſi fuera un hombre bajo, y perdído quien le pedia, le huviera dado un larguiſsimo ſocorro, y á un caballero como él le daba para un veſtido, y otras injurias mas graves. Los Limoſneros, y criados que eſtaban preſentes fueron á él á prenderlo, y caſtigarlo como merecia, y el Santo ſe lo impidió, y les ordenó, que eſtuvieſſen quedos, y lo dejaſſen, diciendo: ¡Eſtoy yo aqui, que en ſeſenta años habré dicho, y hecho mayores injurias, y no ha habido quien me reprehenda, y caſtigue, y eſte pobre hombre, que eſta vez ſe deſcuidó, y que puede ſer que en ſu dictamen tenga razon, halla al inſtante tantos Jueces ſobre sí! Trayganme aqui cantidad de plata, y de oro. Trageronla, y llamó al hombre, y

le dijo: Hijo mio, él ſabe ſu calidad, y como quien la ſabe, medirá tambien ſu neceſidad, tóme de aqui quanto dinero huviere meneſter, y vaya contento, que ha dicho muy bien, ſuyo es lo que toma, y no mio: ſolo es mio el darlo, y no el tenerlo. El hombre viendo que á ſus injurias reſpondia el Santo con tan grande humanidad, ſe poſtró á ſus pies, y tomó moderadamente lo que á él le pareció, que podia remediar ſu eſtrecha neceſidad, y partió de alli contento, quedando admirados los circunſtantes de la paciencia del Patriarca, y que no habia accidente que turbaſſe, ni deſtemplaſſe la caridad que ardia en ſu ſanto pecho.

3 En otra ocaſion ſupo, que un Miniſtro de ſu caſa padecia eſtrecha neceſidad, y lo llamó, y le dió diez libras de oro. Contento el criado, viendo tan grueſa, y no eſperada limoſna, le dijo: Yá de aqui adelante, Señor, no alzaré los ojos á veros el roſtro de verguenza, y reverencia á tan grande beneficio. Y el Santo le reſpondió: Haſta ahora, hijo, no te he dado nada, porque no he derramado la ſangre por tí, que derramó Chriſto bien nueſtro por mí en que vió, quan preſente tenia el Santo la imitacion del Salvador de las almas.

4 No ſolo ſocorria á los que á él acudian, ſino que cuidaba de amparar á los que fuera de ſu poder padecian. Las guerras continuas, que ſuſtentaba el Imperio con los Perſas, y otros enemigos, habian dado á los Pueblos grande numero de eſclavos (que eſtos ſon los deſpojos mas comunes, y penoſos de las guerras, y batallas) y el Santo tenia muy grande piedad de eſtos miſerables, y los amparaba, y ſocorria, y procuraba que ſus amos con la inſolencia del mandarlos, y tratarlos, no aumentaſſen ſu miſeria, y ſervidumbre. Y afirma Leoncio Obiſpo, ſu Hiſtoriador, que ſi alguna vez veía que los amos no ſe enmendaban; ó compraba los eſclavos para darles libertad, ó les decia que ſe huyeſſen de ſus manos, y deſpues les ſatisfacia el precio ſecretamente, por que no podia tolerar el Santo verlos crudamente padecer.

5 En una ocaſion, viendo el Santo que un amo trataba con gran rigor á los eſclavos, lo llamó, y le hizo una platica, que me ha parecido ponerla á la letra aqui, porque en las Indias, donde hay mucho numero de eſclavos, puede ſer á los amos de muy util enſeñanza. Dijole: Hijo, á mis oídos ha llegado, que perſuadido del enemigo comun de las almas, con grave daño de la tuya, tratas con crueldad tus eſclavos. Tén paciencia, y dá lugar

gar á la ira. Cree, hijo, que Dios no te los ha dado para que los maltrates, y puede ser que tampoco te los diesse para que de ellos te sirviesses, sino para que los sustentasses, amparasses, y enseñasses. ¿Por ventura es verisimil que diesse Dios su Imagen viva, y la dejasse vender por dinero, para que la maltratassen, y ofendiessen? No, porque Dios no es como los hijos durisimos de Jacob, que vendieron á Joseph siendo su hermano.(a) ¿Qué es un esclavo, sino una Imagen viva de Dios? Y tú qué eres, aunque seas su señor, sino de la misma masa, y constitucion en la materia, y en la forma? Mira á tu cuerpo, cuenta, mide, reconoce, si tienes algunas manos, ó pies, ó cabeza mas de los que tiene tu esclavo? Y si eres hombre sujeto á las mismas miserias, y accidentes; y verás que de la misma manera que él se vió en tu poder, pudiste caer en el suyo. Pues dime, hijo, si en todo es tu semejante en el alma, y en el cuerpo, ¿por qué lo haces al padecer, y al penar desemejante? Oye á la luz de las gentes San Pablo, donde dice: *Todos los que estais bautizados con Christo, os habeis vestido de Christo.*(b)

6 ¿Pues si este esclavo està vestido de Christo, y es Christiano, quien con azotes, y con palos rompe la vestidura de Christo? Y en otra parte dice: *En la Fé, y en el Bautismo no hay Judio, no hay Griego, no hay libre, no hay esclavo.* (c) Esto es, no mide Dios las personas por las naciones, sino por las costumbres, y virtudes. No por la libertad, ó servidumbre humana, sino por la espiritual de la culpa, y del pecado; y el esclavo, y el Judio, si está bautizado, y si ama mas, y sirve mas á Dios, es noble. Pues dime, hijo, si somos iguales en Christo todos, ¿por qué tratas á essos siervos suyos, como tuyos, sino como siervos suyos? Trata, hijo, de aqui adelante en la caridad como á iguales, á los que son en la naturaleza, y la gracia tus iguales. Dios, siendo Señor de las criaturas, tomo forma de siervo para redimirnos, no tomó forma de amo; y esto lo hizo para enseñarnos, que seamos piadosos con los siervos, pues en su forma, y figura fuimos todos redimidos. Dios es el Amo, y el Señor: no somos nosotros amos, ni señores, sino siervos. Y assi essos que tu tienes por esclavos, son tus hermanos, y consiervos, y el Señor que habita

(a) Gen. 37. v. 28. (b) *Quicumque enim in Christum baptizati estis, Christum induistis.* Ad Galat. 3. v. 27. (c) *Non est Judæus, neque Græcus: non est servus, neque liber.* Ib. v. 28.

en el Cielo, los eſtá mirando con amor, como á criaturas ſuyas. Mira como lo decia David: *Humilia reſpicit.* (d) Advierte hijo, que dice que mira á los mas humildes, no á los vanos, y ſoberbios; porque alli ſe le ván los ojos del amor donde tiene el corazon, que es en lo mas pobre, y humilde.

7 Dime por tu vida, ¿quanto oro, quanta plata, quanta hacienda baſta para comprar al que fue comprado con la ſangre del Hijo Eterno de Dios? No es tuyo el eſclavo, primero es de Dios que lo compró con ſu ſangre, y ſolo tienes un honeſto, y ſanto uſo de ſu trabajo. Por eſſe eſclavo que tu compraſte, formó Dios el Cielo, por eſſe crió la tierra, por eſſe el mar, y todo quanto hay en él, por eſſe crió los Angeles, para que lo guardaſſen, y tal vez le miniſtraſſen, por eſſe labó á otros eſclavos ſuyos los pies, por eſſe padeció muerte de Cruz; ¿y tu te atreves á perſeguir al que Dios honra, al que Dios guarda, al que Dios con ſu ſangre ha reducido, y maltratas como á un bruto, al que es de tu miſma condicion? Dime la verdad: ¿Quiſieras que Dios te hiriera con un rayo á cada culpa de las muchas que cometes al dia? No por cierto. Pues dime, como rezas todos los dias el Pater noſter, y le dices á Dios: *Perdoname, Señor, mis deudas* (eſto es, mis culpas) *como yo perdono las mias á mi deudor*, (e) ſi por qualquiera culpa eſtás laſtimando, y afligiendo á tus eſclavos, quando eſſo rezas, no es pedir perdon á Dios, ſino caſtigo; y quando parece que eſtás rezando, te eſtás ciertamente maldiciendo, pues pides que te perdone, como tu perdonas, quando tu no los perdonas, ſino que cruelmente caſtigas, y cobras de tus eſclavos. Con eſtas y otras razones templaba el Santo á los amos, para que tuvieſſen piedad de ſus eſclavos, con grande fruto, y gozo de Alejandria, y utilidad de unos, y otros.

8 No era menor el cuidado del Santo al pacificar los libres, que al defender los eſclavos; porque ſu caridad ardiente perſeguia con gran zelo al odio, y á la diſcordia. Sucedió, que en cierta ocaſion riñeron dos hombres nobles, y poderoſos de Alejandria, ocaſionando grandes parcialidades, y vandos, por ſer de lo muy noble de la Ciudad. El Santo trató de pacificarlos, y habiendo uſado de diverſos medios, no lo pudo conſeguir con el uno

(d) Pſalm. 112. v. 6. (e) *Dimitte nobis debita noſtra, ſicut & nos dimittimus debitoribus noſtris.* Matth. 6. v. 12.

uno de los dos. Viendo la dureza con que eſtaba al perdonar ſu enemigo, le envió á llamar un dia con gran diſimulacion, á tiempo que el Santo no habia dicho aun Miſa en ſu Oratorio. Entró el hombre en el Palacio del Santo, el qual lo recibió con ſingulares demonſtraciones de humanidad, y agaſajo, por ſer hombre principal, ſin darſe por entendido de la fuerza con que ſe habia reſiſtido, y reſiſtia á los conſejos del Santo. Dijole: ¿Si queria oír ſu Miſa? El Noble dijo, que sí. Entró en el Oratorio, y advirtió el Santo á ſus Capellanes, lo que debian hacer á ſu tiempo en reviſtiendoſe para decirla. Es coſtumbre de la Igleſia Griega, que las Oraciones, y Preces, y el Canon, y lo demás de la Miſa, las ván diciendo el Sacerdote, y el Pueblo en voz alta, de la manera que al ordenarſe de Sacerdotes, ván diciendo los que ſe ordenan con el miſmo Obiſpo. Llegó á la conſagracion con la Miſa el Santo Patriarca, y deſpues de ella al decir el Pater noſter, fue diciendo el Santo, é iban diciendo con él todos los Miniſtros, y circunſtantes, y el noble entre ellos. Llegaron todos con el Santo Patriarca, proſiguiendo haſta las palabras: *Panem noſtrum quotidianum da nobis hodie: y el pan nueſtro de cada dia danosle hoy,* (f) y al inſtante ſubitamente, como lo habia ordenado el Santo Patriarca, callaron todos, y el Santo con ellos; pero el noble, como con él no ſe habia concertado el detenerſe, proſiguió adelante el Pater noſter, diciendo él ſolo: *Et dimitte nobis debita noſtra, ſicut, & nos dimittimus debitoribus noſtris; y perdonanos nueſtras deudas, aſsi como noſotros las perdonamos á nueſtros deudores.* (g)

9 Al miſmo punto que dijo eſto el Caballero, volvió el Patriarca el roſtro hácia él, y ſuſpendiendo el Sacrificio, tomó al Señor en las manos, y le dijo: Mira hombre lo que has dicho, atiende bien, que pides el caſtigo, y muerte eterna, ſino has perdonado á tu enemigo, pues dices perdonanos, como noſotros perdonamos. Noſotros no hemos dicho eſtas palabras, porque creímos que no las digeras, y en eſſe caſo no era juſto las digeramos contigo, pues fuera engañar á Dios, decir perdonanos, Señor, como perdonamos; quando no perdonamos los enemigos, fuera pedirle que nos caſtigue. Abre los ojos á la luz de la verdad, antes que los abras con la fuerza del caſtigo. Mira lo que hizo el Salvador en la Cruz por redimirte, y que á voces públi-

cas

(f) Matth. 6. v. 11. (g) Id. ib. v. 12.

cas rogó por ſus enemigos. Eſte Sacrificio incruento del Altar, es la materia del doloroſo, y cruento de la Cruz: haz con la miſericordia, propicio, ſemejante, y entero eſte inefable Sacrificio. Noble eres, yá lo ofreciſte; pues has dicho á Dios, que te perdone, como perdonas tus enemigos, cumple fielmente á Dios lo que has ofrecido. El hombre á eſtas razones, y eſpectáculo, poſtrandoſe, y humillandoſe, ofreció llanamente el perdon á ſu enemigo, y lo juró, y propuſo, con gran dolor, contricion, y pena de haberlo tanto tiempo ſuſpendido. Con que el Santo acabó la Miſa, llamó al enemigo, y ſe abrazaron, y perdonaron uno á otro con gran conſuelo de Alejandria, porque eſtaba inquieta con las diſcordias, y vandos que ocaſionaban dos hombres tan poderoſos, tan ricos, y conocidos.

CAPITULO XXXIV.

DE LA DEVOCION CON QUE LEIA EL PATRIARCA, y notaba los hechos de los Santos, y del deſeo que en él ardia de ſu imitacion.

TODO el tiempo, que el Santo no ocupaba en lo preciſo de ſu Paſtoral miniſterio, y en el egercicio de ſu ardiente caridad, lo empleaba en leer las vidas, y hechos de los Santos, y con una obſervacion tan puntual, que aquello que leía, lo notaba, y advertia para ponerlo en egecucion; con que no era oyente ſolo de la Sagrada Eſcritura, ſino diſcipulo fiel, ſiguiendo, y obrando, y egecutando lo miſmo que admiraba, que alababa, y aprendia.

2 Eſtaba leyendo un dia los célebres hechos de Serapion, que llamaron Sindonita, porque ſolía andar frequentemente ſolo con una tunica á modo de ſabana, cuya perfeccion llegò á muy alta cumbre de Santidad, y obró algunos actos excelentes de virtud, que movieron ſumamente al Patriarca. Es eſte Serapion, diverſo de otro del miſmo nombre, Abad, y Padre de mas de diez mil Monjes, que gobernó ſu prudencia, y ſantidad. Salió un dia Serapion el Sindonita á una Ciudad, y trahia conſigo los quatro Evangelios del Señor en un volumen, que nunca tuvo otros libros, y en ellos leía, y meditaba dia, y noche. Encontró á un pobre, pidióle limoſna, y el ſanto Varon reſpondió, que no te-

tenia que dár, ſino el veſtido, deſpojoſe de ſu ropa ſuperior, y dioſela luego. Pasó adelante, de alli á un poco, vió en el rigor del Invierno á un pobre viejo deſnudo, y dijo: Eſte es viejo, yo no lo ſoy tanto, mejor podré tolerar el frio que no él, y quitóſe la ultima tunica, y viſtió al viejo, y quedó del todo deſnudo, y ſolo con el libro del Evangelio en la mano. A pocos paſos le encontró un amigo ſuyo, y lamentandoſe de vér aſsi á ſu Maeſtro, creyendo que los ladrones le habian deſpojado tan crudamente, le dijo: ¿Quién te ha deſnudado, Padre, tan cruelmente, y te ha quitado haſta el interior veſtido? Reſpondió, moſtrando los Evangelios: Hijo, eſte libro me ha deſnudado, y dejado de eſta ſuerte. Entonces el diſcipulo le fue á buſcar un veſtido. Pasó por donde eſtaba Serapion de alli á un poco otro pobre, y le pidió limoſna, y viendoſe deſnudo del todo, y que no tenia, ſino el libro del Evangelio, ſe lo dió, y le dijo: Solo eſto tengo que darte. Quando volvió ſu diſcipulo, y lo halló, no ſolo deſpojado, ſino ſin el Evangelio, le preguntó, ¿dónde eſtá, Padre, el libro que tenias? Qué hiciſte del Evangelio? Reſpondió el Santo: Mira, hijo, el Evangelio me hizo dár la tunica, y el veſtido, y Chriſto nueſtro Señor, que es de quien habla el Evangelio, me hizo que yo dieſſe el libro. Con eſto le viſtió, y enſeñó al diſcipulo, que fueſſe pobre ſin reſervacion.

3 De alli á algunos dias llegó á Serapion una pobre viuda que tenia muchos hijos, y le pidió le dieſſe alguna limoſna, y Serapion, viendo que no tenia con que ſocorrerla, reſolvió venderſe á unos que llamaban Mimos, que era genero de repreſentantes que andaban por los Pueblos, y Ciudades conduciendoſe para los públicos eſpectáculos, porque dijo el Santo: Con el precio de mi libertad daré limoſna, y con mi ſervidumbre veré ſi puedo convertir á eſtos Gentiles. Pagaronle el precio, y habiendo buſcado la viuda, no la halló, y él guardó el precio, y lo trahia conſigo eſcondido.

4 Comenzó el Santo á ſervir á ſus amos los repreſentantes con grande puntualidad, haſta lavarles los pies por agradarlos, ſin que huvieſſe fineza que eſcuſaſſe por ſervirlos. Entrambos amos, que eran Autores de la compañia, ſe fueron aficionando á ſu eſclavo Serapion, y él con gran deſtreza, en pudiendo darles algun rayo de luz en la Fé, y explicarles ſus verdades, y virtudes, y la vanidad de la idolatria, y mentira de los Dioſes, lo ha-

cia,

cia, y obró con tanta felicidad, que dentro de dos años convirtio a sus dos amos, y á toda la compañia. Avisó de ello al Obispo de la Ciudad, y bien catequizados, los bautizaron á todos, habiendo protestado en el Bautismo con grandes lagrimas, y contricion de no volver al teatro.

5 Los amos agradecidos á Serapion, lo llamaron, y le digeron: Justo será, amigo, que habiendonos dado tú la libertad de las almas, te demos la del cuerpo, y despues te podrás quedar con nosotros por Maestro, yá que tanto bien nos hiciste siendo esclavo. El Santo les dijo riendose: Yo, amigos, soy libre naturalmente, la caridad me hizo esclavo, por salvar vuestras almas, por aquel Señor, que en forma de esclavo salvó la mia. Aqui guardo el precio de mi libertad, y sacando el dinero que ellos habian dado por él, quando le compraron, se lo volvió, sin que faltasse cosa alguna. Ellos porfiaron, que se lo llevasse, él dijo, que no usaba del dinero, que se lo diessen á los pobres. Ellos digeron, que él lo repartiesse. El respondió, que él no daba limosna de lo que era ageno, y nada tenia propio en esta vida. Con esto, y habiendoles ofrecido que cada año los veria una vez, se despidió.

6 Refiere Leoncio, que habiendo el Santo llegado á leer este suceso, fue tanto lo que le movió el vér tan gran perfeccion de vida, y tan generoso, y heroyco modo de obrar, como dár el vestido, y la tunica interior, y luego el libro, y el venderse para convertir las almas, que assi como lo leyó, llamó á todos sus limosneros, y con grandes lagrimas, les dijo: Venid, venid, amantes de Jesu-Christo, mirad en este suceso nuestras culpas, y reprehensiones. ¿Quándo hemos llegado á esto? Siempre damos de lo superfluo, y nos quedamos con mas de lo necesario. Y fue menester consolar al Santo diciendole, como es grande la diferencia de los estados de la Iglesia, y que todo aquello daba el Santo, y mucho mas, y que quanto deseaba dár, esso daba, y que quanto deseaba hacer, esso hacia, quando para hacerlo, y darlo lo impedia su Dignidad, y su estado.

7 Con esta fuerza, y calor de imitacion leía el Santo Patriarca los hechos, y virtudes heroycas de los Santos, y quando él era un excelente egemplar para la posteridad, y á quien muy raros perfectamente imitaron, se juzgaba por perdido, y relajado, respecto de los Santos cuyas vidas leía, y consideraba. No me parece que será fuera de proposito referir otros dos casos que le su-

ſucedieron á eſte miſmo Serapion, que tanto alababa el Santo, el qual, no ſolo eſta vez ſe vendió, por reducir á aquellos Gentiles, ſino que en otra ocaſion hizo lo miſmo, vendiendoſe á un Herege Maniquéo, al qual, y á ſu muger, y á ſu caſa convirtió, y redujo á verdadera Fé, y deſpues les volvió el precio.

8 En otra ocaſion tambien le ſucedió una coſa bien notable. Andaba ſiempre por los Pueblos, y Ciudades, egercitando las virtudes de ſu eſtado, y no trahia jamás coſa conſigo, ſino una tunica á modo de ſabana, por lo qual, como hemos dicho, lo llamaban Sindonita. Llegó á Atenas, y no habia quien le dieſſe coſa alguna de limoſna, pasó un dia, y otro, y habia yá tres dias que no comia bocado. Al quarto, viendo que ſe moria de hambre, comenzó á vocear en un pueſto eminente, en donde ſolian aſsiſtir los mas principales de Atenas, ricos, y Filoſofos, y decia: Varones de Atenas, apiadaos de mí, que muero. A las voces que daba, llegaron algunos hombres, y le digeron: Qué tienes? De dónde eres? Y Serapion reſpondió: Yo, amigos, ſoy Egipcio de nacion, y Monje de profeſion, y deſde que ſalí de mi verdadera patria, me encontraron tres acreedores mios, y de ellos, los dos viendo que no tenian de qué cobrar, ſe apartaron de mí, pero el tercero me ha preſo, y me tiene atormentado, y yá caſi muerto. Los que lo oyeron digeron: Pues dínos ¿quién ſon eſſos acreedores, para que te ſocorramos, y ayudemos? Serapion dijo: los dos primeros fueron la avaricia, y ſenſualidad, los quales, porque no hallaron en mí riquezas, ni deleytes algunos, me dejaron; pero la gula me tiene muerto, porque quatro dias ha que me eſtá atormentando, y no he comido bocado en todos ellos, y aſsi muero. Entonces algunos digeron, que era embuſtero; otros, que debia de ſer hombre ſanto. Uno de ellos le dió un doblon, y fue á eſpiarlo, y vér que hacia con él. Serapion con el doblon fue á caſa de un panadero, y pidióle un pan, el que baſtó á ſatisfacer ſu neceſidad, y por él dióle el doblon. El panadero no queria recibir tanto dinero, porque era precio de cien panes, y Serapion lo dejó, y ſe fue corriendo. El dueño del doblon, que lo fue eſpiando, conoció que aquel era hombre ſanto, y aſsi pagó al panadero, y reſcató ſu doblon.

9 Tambien en otra ocaſion le ſucedió otro caſo ſemejante. Deſeaba ir á Roma Serapion á aprender virtud, y vér los ſepulcros de los Apoſtoles, y aguardó á que de Alejandria ſe fueſſe al-

gun navío para Italia, y quando vió que eſtaba para partir uno de ellos, ſe entró eſcondido Serapion á vueltas con los demás, ſin llevar matalotage ninguno, fiado en la providencia de Dios. A un dia de navegacion ſalió al combes del navío ſobre cubierta, y retirado paſaba todo el dia ſin comer coſa alguna. Nadie le daba, porque todos creían que tenia, y que dejaba de comer por andar mareado. El ſegundo dia vieron que tampoco comia, y lo miſmo en el tercero, y el quarto, y él con gran paciencia, y flema ſe eſtaba quieto, y ſentado ſin pedir limoſna á nadie. Entonces el Capitan del navío, y otros le digeron: ¿Hombre, por qué no comes? Reſpondió: porque no tengo coſa alguna que comer. Digeronle: ¿Pues quién tiene tu matalotage? Reſpondió: Dios, y haſta ahora no me lo ha dado. Replicaronle: ¿Pues cómo te embarcaſte aqui ſin pagar flete, ni entrar baſtimento alguno? Con qué te has de ſuſtentar? El Santo les reſpondió: Yo, amigos, no tengo con qué ſuſtentarme, lo que podeis hacer es volverme adonde eſtaba quando me embarqué, y deſembarcarme alli, ſi os canſa tenerme aqui, ó ſuſtentarme. Ellos vuelta la cólera en riſa, de vér la flema de la reſpueſta, y que deſpues de cinco dias de navegacion, proponia por medio, y remedio, que le volvieſſen al puerto, tomaron por ſu cuenta ſu ſocorro, y ſu ſuſtento, y lo paſaron á Italia, donde cumplió con ſu devocion.

En la leccion de eſte genero de hechos de los Padres del Oriente, ocupaba el Santo el tiempo que no empleaba en ſu fervoroſo miniſterio Paſtoral.

CA-

CAPITULO XXXV.

DE LOS QUE SE ENCOMENDABAN en ſus oraciones, y lo que le ſucedió con uno de ellos.

ENcomendabanſe muchos en las oraciones del Santo Patriarca, viendo las miſericordias que Dios obraba por ellas: y el que con las limoſnas ſocorria las neceſidades corporales, no ceſaba con la inſtante oracion de interceder, que fueſſen libres las almas de las tentaciones, rieſgos, y daños eſpirituales. De la eficácia de ſu oracion, huvo admirables experiencias en Egipto, y Alejandria, y de lo que Dios ſe agradaba de las ofrendas que le daban para el ſocorro de los pobres; y aſsi muy de lejos acudian perſonas poderoſas á valerſe del teſoro de ſu interceſion con Dios. Pero como es cierto, que nunca ſu Divina Mageſtad de tal manera favorece á ſus ſiervos, que entre algunos favores con que los honra, y acredita, no mezcle otros con que los atribule, y humille; porque con lo primero hace eſtimada ſu virtud, y con lo ſegundo la aſſegura: entre otros caſos le ſucedió uno muy notable, y que manifieſta el grande favor que hacia Dios á ſu ſiervo.

2 Un hombre muy pio, y rico, que ſe hallaba con un hijo unico, y habia enviado un navío con gran parte de ſu hacienda á Africa, quiſo aſſegurar la ſalud del uno, y el buen viage del otro con las oraciones del Santo Patriarca. Llegó eſte un dia al Santo con ſiete libras y media de oro que tenia, y arrojandolo á ſus pies, le dijo con gran ſumiſion, y confianza, que le aſſeguraba, que ofrecia alli á los pobres todo quanto oro tenia en ſu caſa, ſolo por el anſia de ayudarlos por ſu ſanta mano, y que le ſuplicaba lo repartieſſe en los que fueſſen mas de ſu ſatisfaccion, y que por eſte buen deſeo, y voluntad, le pedia con todo encarecimiento, encomendaſſe á Dios á ſu hijo unico, que era de edad de quince años, el qual, aunque tenia ſalud, la aſſeguraria, para que ſe lograſſe con ſu ſanta interceſion, y que una nave que tenia, y aguardaba de Africa, pidieſſe á nueſtro Señor que la trageſſe con bien, porque conſiſtia en eſto ſu caudal. El Santo, alabando la piedad con los pobres, recibió la ofrenda, y le aſſe-

guró, y ofreció que encomendaria á Dios á ſu hijo, y á ſus bienes, para que los bendigeſſe, y con grande agrado lo deſpidió.

3 Parecióle juſtamente al varon pio que llevaba en la palabra del Santo mayor teſoro del que le habia dejado á ſus pies. Y el Venerable Patriarca con el empeño de encomendarlo á nueſtro Señor, mandó que llevaſſen las ſiete libras y media de oro á ſu Oratorio, y las hizo poner debajo del Altar, y celebró algunas Miſas ſobre él, pidiendo á Dios, que amparaſſe á aquel buen hombre, y ſu hijo, y conſervaſſe ſu nave; y como quien le repreſentaba la ofrenda para inclinarle, la puſo tan cerca del Sacrificio.

4 Dentro de quince, ó veinte dias adoleció el muchacho de muy grave enfermedad; el padre mientras duraba, iba, y venia al Santo á rogar por ſu hijo, y el Santo á Dios para que no ſe murieſſe; pero dentro de ſeis dias eſpiró. Quedó el padre con el dolor que puede conſiderarſe, y el Santo igualmente afligido, y triſte de vér el ſuceſo. Ocho dias deſpues de la muerte del muchacho, le llegó nueva, que ſu navío, en que venia un hermano ſuyo, naufragó, y ſe perdió con quanta ropa trahia, y ſolo eſcapó ſu hermano, y la gente en un barco del navío, ſin que pudieſſen ſacar, ni ſalvar hacienda alguna. El pobre hombre, yá herido mortalmente del dolor de la pérdida del hijo, viendo que quando eſperaba, y neceſitaba de conſuelo, le aumentó Dios tan fuertemente la tribulacion, con perder toda la hacienda: aviſando al Santo del ſuceſo, lloraba ſin conſuelo ſus pérdidas, y deſdichas. No las lloraba menos el Santo, pareciendo á ſu humildad, que ſus oraciones, que habian de ſer el amparo, y alegria de aquel hombre, habian ſido ſu perdicion, y con el Profeta Elías ſe quejaba á Dios, como él decia: *Domine Deus meus, etiam ne viduam apud quam ego, utcumque ſuſtentor afflixiſti, ut interficeres filium ejus.* (a) *Tambien, Señor, mataſteis al hijo de la viuda que me hoſpedaba, para afligirme?* Y ſe lamentaba que á ſu bienhechor, por ſus pecados, no ſolo habia muerto al hijo inocente, ſino deſpojadole de tanta hacienda, y caudal.

5 Quiſo el Santo llamar, y conſolar al dolorido, y de verguenza no ſe atrevia á ello, como quien eſtaba mas afligido, y laſ-

(a) 3. Reg. cap. 17. v. 20.

laſtimado que no él ; pero le envió á conſolar, diciendole: Que la providencia de Dios, no mira ſolo á lo preſente, ſino á lo paſado, y venidero, y que aſsi, pues ſu Divina Mageſtad lo diſpuſo de eſta ſuerte, ſin duda alguna que convenia. Que el parenteſco, y la aficion en el hombre mas eſtrecha, ha de ſer con la voluntad de Dios, primero que con los demás, y por ella ſe han de negar á los hijos, y la hacienda. ¿Que cómo puede errar el que todo lo ſabe, ni dejar de obrár lo que mas conviene al hombre, el que tanto lo ama, que murió por él en una Cruz ? Y que aſsi debemos creer, que todo aquello que parece tribulacion, y aflicion, es favor, y miſericordia. Eſtas, y otras razones ſemejantes le envió á decir atribulado el Santo, mas neceſitado de conſuelo, que no él, pidiendo á nueſtro Señor, que yá que ſu Divina Mageſtad habia afligido tan fuertemente á aquel corazon, lo conſolaſſe, y alentáſſe por los medios que pareciéſſen mas eficaces á ſu Bondad, y altiſsima providencia.

6 Apenas ſe paſaron diez dias, que el hombre afligido vió en ſueños al Santo de noche veſtido de Pontifical, y le dijo: ¿De qué te afliges amigo? Por qué no te reſiſtes á la fuerza del dolor? Tú no me pediſte que rogaſſe por tu hijo, para que no ſe murieſſe? Vivo eſtá, y en vida eterna. Si viviera, habia de morir á eterna condenacion, porque habia de ſalir el mas perdído de Alejandria. Y en tu nave eſtuvo hecho decreto del Señor, que ſe perdieſſe con la gente, y con las almas que trahia, y con tu hermano, y por mis pobres oraciones, ſe inclinó Dios á ſalvarlas, y librar de eſte peligro. Levantate hijo conſolado, y contento, alaba á Dios, y dale gracias cumplidas, pues previno tu bien con lo miſmo, que parece que aumentó tu deſconſuelo. Deſpertó el hombre, y hallóſe tan alentado, y conſolado, que ſe viſtió de veſtidos de alegria, y ſe fue al inſtante adonde ſe hallaba el Santo Patriarca, y le refirió la viſion, y el conſuelo con que ſe hallaba ſu alma, y echandoſe á ſus pies, le pedia, que dieſſe gracias á Dios por las miſericordias que con él habia uſado por ſu interceſion. El Santo le dijo, que á ſu Fé, y caridad del hombre, y á la Divina piedad debia todo el ſuceſo, con que ſe fue conſolado.

CA-

CAPITULO XXXVI.

DE LA PERDIDA DE LA HACIENDA DE LA IGLESIA, y en ella la paciencia, y conformidad del Santo.

NO ſolamente Dios favorecia al Santo con atribularlo en los efectos de la oracion, para hacer experiencia de ſu humildad, ſino en los de la limoſna, para hacerla de ſu Fé. Porque habiendo ſu Divina Mageſtad hecho tan prodigioſos milagros en confirmacion de lo que holgaba, que con tanta largueza ſocorrieſſe á los pobres, ofreciendole tantas cantidades los ſubditos, y volviendo el eſtaño en plata, la miel en oro, quiſo, para probar haſta donde llega ſu paciencia, y ſu fé, convertirle la plata en viento, el oro, y las riquezas en nada, porque á todos viſos ſe egercitaſſe ſu eſclarecida virtud (eſto es como otro Job) en las felicidades de una vida ſanta, pero pacifica, y en las infelicidades de otra triſte, y atribulada, pero ſanta.

2 Envió el Santo á una de las dos Sicilias (ſería el Reyno de Napoles, que es donde ſuele acoſar mas la careſtía) trece navíos de ſu Igleſia cargados de trigo de Alejandria, y en cada uno cabia treinta mil fanegas. Llegaron con felicidad á aquel Reyno, vendieron aprecios muy crecidos, y con gran conſuelo de todos, por hallarſe con la eſterilidad afligidos. Volvieron á cargar de generos, y frutos de la tierra, de ſuerte, que trahian la mayor riqueza, y empleo, que jamás habian juntado. Al volver les dió un temporal tan recio, que viendo que no podian vencerlo, y que ſe iban á pique las naves, reſolvieron de alijar, y echar á la mar toda la ropa, plata, generos, y mercaderias, y en quedando ſin ropa alguna, cesó el viento recio, y ſe quedó el favorable para llevarlos á Alejandria. Llegaron al puerto, y como era flota de pobres, y miſerables, la aguardaban ſiempre con grandiſsimo alborozo. Aſsi como muy de lejos conocieron que era la flota del Santo, le aviſaron, y dió gracias á Dios de ſu llegada.

3 Acudieron al puerto de toda ſuerte de gente, los ricos, los pobres, los ſanos, los cojos, y los tullidos, hombres, mugeres, y niños, y no vieron en los navíos las comunes, y ordinarias ſeñales de alegria, que otras veces. Envió el Patriarca á ſa-

ſaber lo que trahian, y antes que le volvieſſen la reſpueſta, le digeron, que el adminiſtrador de los navíos, y los pilotos, y contramaeſtres ſe habian huido, y recogido á la Igleſia, temeroſos de que no fueſſen preſos, por haber perdído quanta hacienda tenian, ſin que ſe huvieſſen ſalvado, ſino el preciſo baſtimento para llegar haſta el puerto. Fue grande el ſentimiento de Alejandria, porque era eſta ſanta flota todo ſu ſocorro, y ſuſtento, pero el Santo, dando gracias á nueſtro Señor, con igual reſignacion, oyó tan grande trabajo.

4 Al inſtante eſcribió á los que ſe habian recogido á la Igleſia temiendo la cuenta, y averiguacion de eſte ſuceſo, el papel ſiguiente: Hermanos, Dios nos dió el ſocorro de los pobres, y Dios ſe lo ha quitado, hagaſe lo que Dios quiere. Salid, hijos, y vivid en paz, no temais coſa alguna por eſta deſdicha. Dios dará hoy lo que hemos de dár mañana. Salieron, y reconoció el Santo Patriarca, que el recelo, y no el deſcuido los puſo en eſte temor, y que el ſuceſo fue diſpoſicion divina. El dolor de la Ciudad de vér que faltaba á tantos pobres el ſuſtento, á tantas viudas el ſocorro, y á tantas doncellas el dote, á tantos vergonzantes la racion, y á tantos Hoſpitales la limoſna, aumentaba la pena que conſideraban en el Santo Patriarca, y aſsi refiere Leoncio, que acudió á ſu Palacio caſi toda Alejandria á conſolar al Santo, y á ofrecerſe á ſu ſervicio; pero quando creyeron hallar al Santo muy afligido, y turbado, lo hallaron ſolo quejandoſe de sí miſmo, y conſolando á los otros, porque refiere que decia:

5 No, hijos, no os deſconſoleis de la pérdida de tanta hacienda, que habia de veſtir, y ſuſtentar tantos pobres, y mendígos. Entriſteceos de las culpas del indigno Juan vueſtro Patriarca; porque ſin duda alguna ellas han echado á pique las limoſnas de la Igleſia. El viento de la vanidad que yo tenia al repartirlas, dió fuerza al que tuvo tan grande parte al perderlas. Aun de la felicidad eſpiritual hemos de andar recatados, y enmedio de lo bueno, ſuele mezclarſe lo malo: ſin duda alguna, ſecreta preſuncion, ó vanidad iba animando mis limoſnas, y quiſo Dios quitarme la materia para quitarme el pecado. Al que hizo vano la felicidad, humillará la miſeria, y me volverá la virtud, viendo que yo iba perdiendo dando. Aſsi como la riqueza enſoberbece, nos humilla la pobreza. Eſto ha permitido Dios en eſte caſo, para humillarme, y confundirme. Veis aqui, hijos, que tengo que llorar dos pecados.

El

6 El uno de gran daño para mí, y el otro para mis progimos. El primero, la vanidad con que daba la limoſna vacía de merito, y de virtud, y el otro el haber dado cauſa juſta á que el Señor por eſta culpa condenaſſe á los pobres con eſte ſuceſo á tan eſtrecha neceſidad. Y aſsi nadie lo llóre, ni lo ſienta, ſino quien tiene la culpa como yo. Pero hijos mios, el miſmo Dios que á Job humilló, y reſtituyó á ſu fortuna antigua, deſpues de humillado, eſſe miſmo ſocorrerá á mi afliccion, y mirará por ſus pobres, no por mí, ſino por ellos. Su Divina Mageſtad dijo por San Pablo, que no nos deſampararia, (a) y que buſquemos primero el Reyno de los Cielos, y que luego todo lo acrecentaria. (b) Tratemos de darle gracias por todo, y no deſcaezcamos en eſte punto; y en ſocorrer á ſus pobres, y haremos por ſu gracia, y miſericordia, dicha la infelicidad. Con eſto ſe alentó, y animó á todos, y volvió el Verano ſiguiente á cargar los navíos de la Igleſia: fueron, y volvieron con tanta dicha, que trageron doblada ganancia, plata, ropa, generos, y baſtimentos del que perdieron, y no ſolo pudo reſtaurarſe el daño; pero ſe aumentó en los pobres el remedio.

CAPITULO XXXVII.

DE LOS SOCORROS QUE HIZO A LOS SANTOS Lugares de Jeruſalén, en ocaſion que los habian ſaqueado los Perſas.

UNA de las Naciones mas belicoſas del mundo ha ſido en mi opinion la de los Perſas; porque cada una de las demàs tuvo tiempos, y edades en que manifeſtaron ſu valor, y fortaleza; mas de la manera que los cuerpos humanos nacen, crecen, mueren, y los entierran, aſsi ſucede en los cuerpos Politicos, y Monarquías, las quales tienen ſus terminos limitados, y de mas, ó menos vida unas, que otras; y aſsi vencen, mandan, conquiſtan, ſeñorean, y deſpues pierden la reputacion con los vicios, y de alli paſan á perder lo conquiſtado, y luego ſirve la miſma nacion que conquiſtó. Eſto ha ſucedido en todas; pero los Perſas ha

(a) Hebr. 13. v. 5. (b) Matth. 6. v. 33.

muy cerca de tres mil años, que ſin dejar de pelear, eſtán mandando muy grande parte del Aſia, y fatigando al Imperio Griego, haſta hacerlo algunas veces tributario, y otras aeoſandolo al Otomano, y ſino es un breve tiempo, que fueron domados de Alejandro Magno, y de los Romanos, ſiempre han vivido dominantes, temidos, y poderoſos.

2 En los tiempos del Emperador Eraclio, y dos, ó tres ſiglos antes tuvieron tan afligido el Imperio Griego, y Legiones Romanas, que apenas ſe atrevian á ponerſeles delante. Gobernaba á los Perſas Sapór Rey Barbaro, y fiero. Eſte hizo diverſas correrias, y entre otras Provincias del Imperio, por Paleſtina llegó con ſu gente, por medio de Raſmicio, ſu Capitan Genera, á los Santos Lugares, en tiempo que era Zacarias Patriarca de Jeruſalén, y San Juan de Alejandria.

3 Saqueó eſte Barbaro aquella ſanta Ciudad, profanó los Templos, infamó la Idolatria, y crueldad, la Chriſtiana Religion, llevó, no ſolo las riquezas temporales, ſino las eſpirituales, y entre ellas el teſoro de la Cruz en que padeciò el Hijo Eterno de Dios Jeſu-Chriſto Señor nueſtro. Solo en una coſa fue tolerable ſu impiedad, y es que ſiendo Idolatra, la recibió, y mandó llevar, y conſervar con reverencia, y honor. Juntamente con eſto derribó, y deshizo, y quemó todos los Templos, y Monaſterios, y degolló Clerigos, y Monges, y de toda ſuerte de eſtados, procurando que ſe apartaſſen de la Religion Chriſtiana, y que adoraſſen al Sol.

4 Lloró toda la Chriſtiandad eſte trabajo, lloraron con ellos los caminos de Sión, de verſe conculcados, y piſados de blasfemos, y ſacrilegos, los que poco antes eſtaban venerados de devotos, y de ſantos. Saqueada Jeruſalén, ſe volvieron los Perſas, llevando cautivo al Patriarca Zacarias, y á la nobleza ſecular, y Eccleſiaſtica, y eſto para mayores trabajos. Llevaron tambien infinitos Chriſtianos, y aquellos á quien no podian llevar conſigo por el gran numero, vendian por eſclavos á los Judios, mas cruél, y odioſa ſervidumbre que la de los miſmos Perſas. Porque en odio de la Religion Chriſtiana, mataron inumerables cautivos, tanto que afirman Autores graves, que murieron á los filos del cuchillo, y rabia Judayca, noventa mil Chriſtianos. Fue uno de los mayores trabajos que padeció la Chriſtiandad, y mas ſentido, y llorado entre los de aquellos tiempos, y el que como otro

Jeremias juſtamente lamentó eſta pérdida, fue el Santo Monge Antioco, iluſtre en letras, y perfeccion, varon ſabio, y erudíto, que hizo otras lamentaciones públicas, que ſe leen en la Biblioteca de los Padres.

5 Aſsi como ſe llevaron á Zacarias Patriarca los Perſas, y dejaron aſolada la Ciudad, ſe eligió por Patriarca, ó Coadjutor del auſente á Modeſto, varon ſanto, y pio, para que en quanto fueſſe poſible reparaſſe tan gran pérdida. El Santo Patriarca de Alejandria Juan (ſujeto de eſta relacion) ſintió con increible dolor eſtas pérdidas, y daños, lloró publicamente eſte dolor, y en proceſiones, ſermones, y platicas explicaba tan debido ſentimiento, perſuadiendo, inſtando, y ſolicitando á todos á que lloraſſen con él, y que ſocorrieſſen largamente á los Lugares Santos como en los que ſe obró, y perficionó nueſtra redencion.

6 Deſpachó luego á Jeruſalén á Criſipo con un ſocorro de ropa, baſtimento, plata, y oro, y otras coſas neceſarias al intento, y para que le informaſſe del eſtado en que ſe hallaba aquella Santa Ciudad, porque pudieſſe acudir con mas fuerza á ſu ſocorro. Halló Criſipo la Ciudad Santa, y ſu tierra en muy laſtimoſo eſtado, caídos los Templos, quemados, y deshechos todos los edificios ſagrados, las Parroquias, los Conventos, las Igleſias aſoladas y arruinadas. Aviſaronle de eſto, y juntando el Santo otro grande ſocorro, eſcribió á Modeſto, Patriarca de Jeruſalén, la carta ſiguiente:

7 Perdonadme, verdadero ſiervo de nueſtro Señor, pues no envió coſa alguna digna de los Lugares Sagrados. Quiſiera (creedme Señor) ſi pudiera ir yo á aſsiſtiros, y á reparar por mis manos eſſos Santos Templos. Lo poco que yo os envio, ſuplíco á vueſtra virtud no lo impute á mi fervor, ſino á la Piedad divina, que lo dá. Pero pedid, por vueſtra virtud, á Chriſto nueſtro Señor, que me eſcriba en el libro de la vida. Envió entonces mil monedas grandes de oro, que hacian cerca de medio millon, mil cargas de harina, mil cargas de legumbre, ó meneſtra, mil cargas de hierro, mil cargas de peſcado, mil botijas de vino, mil oficiales Egipcios albañiles, carpinteros, y de otros oficios. Ordenó á Teodoro, Obiſpo de Amatuntis, y á Atanaſio, Prefecto del gran Monte de San Antonio, y á Gregorio, Obiſpo de los Rinocoluros, que fueſſen con una inmenſa cantidad de oro que les dió para eſto, á reſcatar los cautivos, que fueron inumerables.

De

De esta suerte, sino escusó el Santo, reparó por lo menos la calámidad, y miseria mayor de aquellos tiempos, y con ello Modesto, Patriarca, ó Prefecto de Jerusalén, como otro Zorobabél, pudo reedificar quatro principales Templos, que fueron la Casa del Monte Calvario, la de la Resureccion, la de la Santa Cruz, á quien llama San Antioco, la Madre de las Iglesias, y la de la Ascension del Señor.

8 Venian de los cautivos rescatados, y de los heridos, y vencidos, y fugitivos en gran numero á Alejandria con la fama de la caridad del Santo. Mandó luego, que todos fuessen recibidos con misericordia, formó edictos, nombró personas pias que los recibiessen, hospitales donde fuessen curados, y sustentados; á unos vestia, socorria á otros, y los consolaba á todos, sin cesar un punto, ni alzar la mano de favorecer, y amparar á aquellos pobres. Entre tantas familias vencidas, y fugitivas, venian algunas nobles, á las quales el Santo Patriarca con mayor afecto favorecia; y en algunos de ellos, vieron sus limosneros joyas, y vestidos ricos, que habian escapado de aquella desdicha. Pedian estos pobres principales á los limosneros los socorriessen, y se escusaban, diciendo, que vendiessen lo que tenian.

9 Los nobles que vieron, que lo que habian librado de enemigos, habian ahora de vender entre los amigos, acudieron al Santo con su trabajo, el qual disgustado con los limosneros, los llamó, y les dió una recia reprehension, ponderando, como para la nobleza es miseria, deshonor, y muerte el deslucimiento, y que andaban en esto tan crueles como los Persas; pues á estos afligidos dejaban de socorrer, y con esso los obligaban á vender, y despojarse por su propia mano de quantos bienes trahian, y assi les dijo:

10 Si quereis ser limosneros del humilde Juan, ó por mejor decir de Dios, cuya es la limosna que reparto, no consulteis la prudencia humana, sino la caridad divina, donde dice: *Omni petenti te, da*: (a) Dale á aquel que te pidiere. No dice, dale al pobre, dale al plebeyo, sino á aquel que te pidiere, sea pobre, sea noble, esté rico, ó socorrido: si pide le dá, que si pide no está rico; pero si sois tan curiosos limosneros, que medis la agena necesidad, y no la obligacion propia, advertid, que Dios no neces-

(a) Luc. 6. v. 30.

ſita de curioſos limoſneros, ſino de largos, y liberales. Si lo que yo doy fuera mio, y conmigo huviera nacido, y yo lo huviera criado, podia ponerle limitacion en el dár, y regla á lo que crié: pero ſi el miſmo que lo crió, manda que demos lo que nos dá á aquel que nos lo pidiere, ¿quién os mete en averiguar, ſi el noble que os pide limoſna tiene con qué ſuſtentarſe? Por ventura, la nobleza ſabe piſar la verguenza, ni pedir, ſino quando es crueldad el negar? Y ſi nace vueſtra cortedad, de que os parece, que ha de faltar para todos, apartaos de mí, y dejadme, que me acortais el ánimo, y con eſſo ſe acorta la Piedad divina que me ſocorre aumentando mi caudal al paſo que yo ſocorro á los pobres. Puedo aſſeguraros, que ſi todo el mundo de pobres parára en Alejandria, para todo eſtoy cierto que nos diera ſu Bondad. Con eſto los envió corregidos, reprehendidos, y enmendados, y el Santo ſiguió con la miſma fuerza ſu vocacion.

CAPITULO XXXVIII.

DE LO QUE SUCEDIO CON DOS CLERIGOS de Alejandria, y los ſantos efectos del Culto Divino, en orden al ſocorro de ſus Miniſtros.

EL cuidado que tenia el Santo de premiar los limoſneros, y á aquellos que procedian Chriſtianamente, ſe ha tocado arriba en algunas ocaſiones, porque conocia eſte admirable Varon lo que ſe alienta con el premio la virtud. Eſte miſmo cuidado ſe explica bien en el ſiguiente ſuceſo. Habia dos Clerigos en Alejandria, aunque ninguno de ellos era Sacerdote, los quales eran pobres, y vivian de ſus manos, como San Pablo, y otros Santos, y eſto ſe usó mucho en la Igleſia Primitiva. Cada uno de los Clerigos tenia grande familia, y la ſuſtentaba con ſu dolor. Eran vecinos uno de otro, y aſsi ſe comunicaban. El uno era muy puntual en acudir á la Igleſia á los Oficios Divinos, madrugaba, y aſsiſtia gran parte del dia en ellos, y aunque no era aventajado oficial, era obſervantiſsimo Clerigo. El otro era excelente oficial, muy aſsiſtente á ſu oficio, pero muy remiſo, y tardo en aſsiſtir á la Igleſia. Paſaron tres, ó quatro años, y reparó el buen oficial, y perezoſo Clerigo, que ſu vecino buen Clerigo, y no tan

buen

buen oficial, abundaba en caudal, y no teniendo, ni tan grande habilidad, ni igual diligencia, sustentaba á sus padres, y familia muy holgadamente, y que él apenas tenia, con toda su diligencia, y cuidado, con que poder sustentarlos. Con esto estuvo atento á su vida, averiguó si por otra parte se le aumentaba el caudal, y halló, que todo le venía solamente de su oficio.

2 Admirado de vér su felicidad, y mas con el estímulo que suele causar la vecindad, y la envidia, resolvió un dia de hablarle, y le dijo: Estoy amigo con grande cuidado de vér quan descaecido, y pobre me hállo, y asimismo mi familia, y por el contrario, quan socorrido os veó, y que con menos diligencia, y trabajo para adquirir, y grangear el sustento, estais mas rico que yo, y assi os ruego, que me digais qué haceis para pasarlo tan comodamente, pues no es de creer que el decirmelo, pueda minorar vuestro socorro, quando el advertirme de ello, podrá aumentar el mio. El honesto Clerigo, que oyó esto, le pareció que era buena ocasion esta para enmendar su vecino, negligente en acudir á la Iglesia, y con grande disimulacion le dijo que él lo diria por la amistad que tenia, pero que le habia de ofrecer de callarlo, porque en el secreto consistia que se lograsse el remedio, juró el otro de callarlo, y entonces el Clerigo dijo assi.

3 Yo, amigo, trabajo en casa de dia, como habeis visto, de noche acudo puntualmente á los Maytines, y despues á la Misa, y á las horas. Dios, que premia los deseos, y no permite que el que le sirve quede defraudado de su sustento, y hacienda, usa conmigo tan grande misericordia, que al ir á la Iglesia, ó al volver, me hállo en el suelo, oro, plata, ó alguna joya de tal calidad, y cantidad, que basta, y sobra para socorrer largamente mi persona, y mi familia, con menos trabajo, que el que teneis, y assi hace en mi la dicha lo que en vos la diligencia, y mucho mas holgada, y cumplidamente. El Clerigo que oyó esto con admiracion, estimulado de la codicia, y de la necesidad, le dijo: ¿Que si le parecia, que haciendo él lo mismo, le sucederia la misma dicha? A que respondió su amigo: Dios no es aceptador de personas, y como igualmente le sirvais, igualmente os hará tan gran favor. Con esto dijo el Clerigo perezoso: Pues vamos siempre juntos á la Iglesia, y á qualquiera hora del dia, y de la noche que vais, me avisareis, y llevareis con vos, que quiero probar en estos dos años, si el mudar de vida, me hace mudar de fortuna.

Ma-

trabajos de la guerra, y de la auſencia, y acompañado de los deſeos, lagrimas, y ſuſpiros de los pobres haſta el puerto, ſe embarcó en él con Nicetas.

2 Navegaban entrambos con grande contentamiento á Conſtantinopla, y reſolvieron hacer eſcala en Chipre, antes de entrar en la Imperial Ciudad. Eſtando una noche recogido el Santo Patriarca en oracion, ſe le apareció un Angel, y le dijo, *Juan?* Reſpondió el Santo: *Señor aqui eſtoy.* Replicó el Angel: *El Emperador, Rey de los Reyes, y Señor de los Señores te llama.* Y él reſpondió: *Vamos, Señor.* Dió luego gracias á Dios, entendiendo que lo llamaba por la muerte á eterna vida, y de alli, levantandoſe, fue á Nicetas, y le dijo: Vos, Señor, me llevais, porque me llama el Emperador de la tierra, otra coſa quiere, y manda el Emperador del Cielo, el qual me llama, y manda, que parezca en ſu divina preſencia, y aſsi habeis de perdonar, que me he de quedar en Chipre á morir. Nicetas admirado, le preguntó la ocaſion, y el Santo claramente ſe la dijo. Deſeó Nicetas inclinar al Santo á que proſiguieſſe ſu viage á Conſtantinopla, el qual reſpondió, que él conocia que eſtaba cerca el fin de ſu vida, y que aſsi no era bien paſar de Chipre. De alli á dos dias llegaron al puerto, y en él, con gran dolor, y pena de Nicetas, y del Santo, ſe deſpidieron entrambos, no como otros para breve auſencia, ſino para la ultima, y mayor. Dijo excelentes conſejos el Santo á Nicetas, aſsi en orden á ſu perſona, como á ſu oficio, y dignidad. Recibiólos eſte eſclarecido Principe, como de ſu Padre eſpiritual, y deſpues de haber largamente conferido ſobre todo, ſe dividieron con igual pena, y dolor.

CA-

CAPITULO XXXX.

DE LA MUERTE DEL SANTO, Y DE SU TESTAMENTO, y consejos que dió á sus criados, y de su entierro, y milagros en él.

FUE recibido en Chipre el Santo Patriarca con tanta mayor alegria, quanto no sabian que viniesse á morir, sino á vivir, y descansar algunos dias en aquella Isla. Acudieron todos á vér, y admirar aquel excelso Varon, prodigio de santidad, honra de Chipre, amparo de Egipto, coluna clarissima de la Iglesia. El Santo se consoló de vér los lugares primeros de sus virtudes, y donde Dios comenzó á hacerle en pequeña edad las misericordias que despues fueron creciendo con la Dignidad, y puestos, hasta llegar á tan inmensa grandeza. Venian á visitarle todos, unos á gozar de la divina palabra en su santa, y suave conservacion, otros á pedir á su prudencia el consejo en sus dudas, otros el socorro en su admirable caridad, á todos oía, á todos consolaba, y á todos con larga mano ayudaba. Assi comenzó en Chipre á amanecerles la luz de una buena dicha; pero presto vieron el Ocaso, porque á pocos dias como llegaron, le dió una enfermedad acelerada, y mortal; sintió luego, y conoció en ella el Santo su muerte. Llamó á su Secretario, advirtiendo algunas cosas que convenian á la Iglesia Alejandrina, convocando su familia, y dandole muy saludables consejos. Recibido el inefable Sacramento del Altar, y despues el de la Extrema-Uncion; y estando en su entero discurso, dijo al Secretario, que escribiesse su testamento, y el Santo lo fue dictando, y dice assi:

2 Juan esclavo, pero por la gracia que se me concedió del Sacerdocio, yá libre. Gracia te hago, ó gran Dios mio, porque oíste á mis deseos, que pidieron siempre á tu grande Bondad, que no se hallasse en mi poder, sino un tunicél, y ahora averiguando quanto tengo, solo me hállo con esta moneda. Bien sabes, Señor, que hallé en el tesoro de la Iglesia Alejandrina quando entré á servirla ochenta mil escudos de oro, y que creció esto con las limosnas, y ofrendas de los Fieles, y tu gran Piedad, á una suma

tan grande que no es poſible contarla. Conociendo pues que toda eſta hacienda era de Dios, la repartí entre ſus pobres, y en ellos ſe la volví, y aſsi eſtos cinco reales y un quartillo reconozco que no ſon mios, ſino de Dios, y mándo ſe dén á ſus pobres.

3 Eſte fue ſu teſtamento, doctrina, y erudicion de Prelados, en que ſe enſeña, quan deſaſidos es bien que ſe hallen al vivir, para ſalir de la vida con eſte deſaſimiento, y perfeccion al morir. Fueron con eſto recibiendo todos los criados la bendicion del Santo Patriarca, y á cada uno iba dando muy ſaludables conſejos. A uno de ellos, que ſe llamó Zacarias, Varon iluſtre, que le habia ſervido con grande aſsiſtencia, preguntando, ¿ſi le dejaba algo encargado? le reſpondió: Seas miſericordioſo, y tendrás á Dios en la vida, y en la muerte. Oyólo eſte Santo Eccleſiaſtico con tan grande afecto, y ſelló de ſuerte eſtas palabras en ſu corazon, que habiendo ſido deſpues Prelado, afirma Leoncio, que le vió (muerto yá el Santo) dár de limoſna el pectoral, y era tanto lo que Dios multiplicaba ſus bienes, y lo que él los deſpendia, y reſtituía á los pobres, que le oían que decia á Dios: Aſsi, Señor, porfiemos, Vos á dár, y yo á gaſtar, y veremos quien ſe canſa. Y quando faltaba que dár á los pobres, ſe concertaba con algun oficial, y le ſervia al ſueldo un mes, ó dos, y lo que ſobraba de ſuſtento, lo repartia á los pobres. Con eſto, y ſemejantes conſejos repartia el Santo á ſus criados (como otros Obiſpos las alhajas) las virtudes, dejando ricos de bienes eſpirituales á los que no quiſieron hacerſe pobres de virtudes, por ſer ricos con los bienes temporales; y con eſtas devotas acciones, palabras, y penſamientos, todo entregado ſu corazon á ſu Criador, le dió el alma por los años de ſeiſcientos y veinte del Señor, poco menos de ſetenta de ſu edad.

4 Aſsi como murió el Santo, ſe conmovió, y lloró la Isla de Chipre de vér tan breve fin á ſus dichas. Concurrieron todo eſtado de gentes á ſu Palacio á venerarlo, y reverenciarlo: hallaron yá el cuerpo compueſto con ſus ſagradas veſtiduras. Era tan grande el concurſo, el dolor, y lagrimas de los pobres, como ſi eſtuviera en Alejandria, campo de ſus heroycas virtudes. Acudió á ſu entierro todo lo Eccleſiaſtico, y ſecular de la Isla, los Obiſpos, los públicos Magiſtrados, los Pueblos, hombres, mugeres, y niños. Diſpuſoſe el entierro con toda ſolemnidad en la Igleſia de

San

San Ticon, en el tumulo de los Obiſpos: llevaronle con decentes circunſtancias á tan grande Dignidad. Llegaron con el cuerpo á la Igleſia, y deſpues de haber celebrado la Miſa, con la aſsiencia de todo el Reyno, Clero, y Ciudad, llevaron el cuerpo del Santo al tumulo de los Obiſpos, y abierto el ſepulcro, hallaron ſobre una loſa eſpacioſa de marmol, dos cuerpos de dos ſantos Obiſpos enteros, deſpues de doſcientos años que habian muerto, como ſi aquel miſmo dia los huvieſſen enterrado, veſtidos entrambos con ſus veſtiduras de Pontifical, tambien enteras.

5 Dudaron los Eccleſiaſticos donde pondrian el Santo Patriarca, ſi á la dieſtra, ó á la ſinieſtra de entrambos, quando á eſto reſpondió uno de los mayores milagros que ſe ha viſto; porque al inſtante que eſta duda ſe ofreció, ſe fueron ſeparando de sí entrambos cuerpos de los dos Santos, dejando enmedio de los dos, lugar baſtantemente capaz, para que puſieſſen al del Patriarca. Fueron grandes los alaridos, lagrimas, y admiraciones del Pueblo al milagro, viendo con tanta evidencia, y tan publicamente manifieſta la ſantidad del glorioſo Patriarca. Ocupóſe gran parte del dia en comprobar el milagro, y con gran dolor, y no menor devocion, y ternura, puſieron entre los dos Obiſpos aquel venerable cuerpo, y cerraron el ſepulcro.

CAPITULO XXXXI.

DE LA SUERTE QUE DIOS NUESTRO SEÑOR manifestó la gloria del Santo, con sus milagros, y el dolor de Alejandria por su muerte.

APenas acabó el Santo su perfectisima vida, quando el Señor comenzó á manifestar su gloria: porque el mismo dia que murió (que fue el del glorioso San Mena, Martir ilustre) un Santo, y célebre Monge, llamado Sabino, vió en espiritu la siguiente vision. Pareciale, que salia el Santo Patriarca Juan de su Palacio, acompañado de todo el Clero de Alejandria, con candelas encendidas en las manos, é iba á vér al Emperador, Rey de Reyes, y Señor de los Señores. Asi como salió de su Palacio, se llegó una hermosisima, y resplandeciente Virgen, que trahia en las manos una corona de oliva, y con grande gozo del Clero, y Pueblo se la puso en la cabeza, y al instante le dieron á entender al Santo Sabino, que habia muerto el Patriarca, diciendo: El salir de su Palacio á vér al Emperador con su Clero, es salir el alma del Alcazar de su cuerpo, Real Palacio de sus clarissimas virtudes, coronado de oliva. La doncella que lo coronaba, era la misericordia, que en su niñéz le dijo, que lo haria amigo del Rey de los Reyes, y Señor de los Señores; y assi dentro de muy pocos dias llegó nueva, de que aquel mismo en que á Sabino le sucedió, y contó la vision, à essa misma hora espiró el Santo.

2 Aquella misma noche en que á Sabino le sucedió esta vision, vió otro Santo varon en Alejandria, que el Santo Patriarca salió en procesion de su Palacio con todo el Pueblo, hombres, mugeres, y niños, huerfanos, pupilos, doncellas, viudas, con ramos de oliva, que acompañaron al Santo hasta la Iglesia, y alli se deshizo la vision. Y afirmó luego este Varon espiritual, que le habian dado á entender, que aquella misma noche murió el Santo Patriarca. Pero de todos los prodigios de su muerte, y milagros que hizo Dios por los meritos de su santa vida, que fueron inumerables, aunque se cuente el despedir su sepulcro ce-

les-

leſtial unguento, y ſuaviſsimo olor, con que ſe curan enfermedades, ninguno iguala al ſiguiente.

3 Aſsi como llegó el Santo á Chipre, y Amathunto, ſeis dias antes que murieſſe, llegó á él una muger añigida, y le dijo, que deſeaba confeſarſe, y conſolarſe con él. Vino en ello el Santo, y ella con grandes lagrimas le dijo, que habia cometido un grandiſsimo pecado, y tan deteſtable, que no ſe atrevia á decirlo, y que lo habia querido confeſar con ſu Cura, y no ſe habia atrevido á pronunciarlo, porque no lo podian tolerar oídos Chriſtianos. El Santo la alentó, y dijo, que aunque fueſſen mayores pecados que aquellos que habian cometido los que eſtaban condenados, los perdonaria Dios, doliendoſe de ellos el pecador, y que aſsi digeſſe ſu pecado. Ella dijo que no ſe atrevia, y que la abſolvieſſe ſin decirlo, porque no tenian fuerza ſus labios al pronunciarlo. Volvió otra vez el Santo á enſancharle el corazon, y decirla, que Dios vino á ſalvar pecadores, y que temieſſe mas el callarlo, que el decirlo, que ſu Divina Mageſtad lo perdonaria; aque ella llorando afligida, reſpondió, que no ſe atrevia á decirlo. El Santo la dijo: Si ſe atreveria á poner aquel pecado por eſcrito en un papel, y darſelo, y dejar que lo leyeſſe, que con eſſo volveria otro dia, y refiriendole el caſo el Santo, oyendolo ella la podria abſolver? Ella llorando decia, que no ſe atrevia. Replicó, ¿ſi ſe atreveria á eſcribirlo, y cerrado el papel, darſelo al Santo Patriarca, para que hicieſſe lo referido? Dijo, que como el Patriarca jurára, de que ninguno lo leeria, ſino él, cerrado, y ſellado le daria un papel, refiriendo ſu pecado, y ella volveria á verſe con él. El Santo le dijo, que fueſſe á eſcribirlo; Aſsi lo hizo, y volvió, y le entregó el papel cerrado, y ſellado, proteſtando la muger al Santo, que cuidaſſe de aquel papel, que le iba ſu honra, y ſu vida en que no ſe perdieſſe; y con eſſo ſe fue á una Ciudad vecina de donde era natural.

4 El dia ſiguiente le ſobrevino la ultima enfermedad al Santo, y dentro de cinco dias murió, y le enterraron, como eſtá dicho. Llegaron las nuevas de la muerte del Santo Patriarca adonde eſtaba aquella muger, y de que yá eſtaba enterrado, y acordandoſe de ſu papel, temiendo que con ſu enfermedad, y muerte ſe habria perdído, ó lo habrian abierto, y verian ſu pecado, partió á Amathunto, y con gran ſecreto preguntò por ſu pa-

papel á los criados del Santo Patriarca. Todos digeron, que lo ignoraban. Ella afligida con la aprehenſion de ſu papel, y pecado, ſe fue al ſepulcro del Patriarca, y con grandes lagrimas, y ſuſpiros, le decia: Siervo de Dios, volvedme el papel en que eſcribí mi pecado. Los Santos, dice el Señor, que ſiempre viven. Juſto ſois, viviendo eſtais, oíd, y mirad mis lagrimas, y ſuſpiros. No he de partirme de aqui, ſino dais á mi corazon luz baſtante de que Dios perdonó mi pecado, y que el papel no lo podrá deſcubrir. De eſta ſuerte eſtuvo tres dias, y tres noches en el Templo porfiando, y á la ultima vió la muger que ſe abrió la loſa del ſepulcro del Santo, y ſalió el Patriarca de Pontifical, acompañado de los dos Obiſpos, que le recibieron en el ſepulcro, y le dijo á la muger el Patriarca:

5 ¿Por qué, muger, inquietas á los que eſtamos en paz? Tus lagrimas han humedecido nueſtras veſtiduras Sacerdotales. Conoces eſte papel? Aquí eſtá la abſolucion, y el pecado. Ella, al principio turbada, deſpues yá con mas ánimo, tomó el papel, y los Santos ſe volvieron al ſepulcro, y ſe cerró al punto la loſa de marmol. Vió el papel la muger, y era el miſmo que dió al Santo, leyólo, y decia al pie de la confeſion: Por los meritos de Juan Obiſpo de Alejandria, ſe te perdonan, ó muger, tus pecados, vete en paz, no peques mas. Con eſto fue ella muy conſolada, y contenta, y de alli adelante manifeſtó ſin verguenza ſu pecado, y con eſto fue abſuelta Sacramentalmente, la que con lagrimas, y ſuſpiros, y meritos del Santo, llegó á alcanzar tan grande miſericordia. Otras muchas maravillas hizo el Santo todo el tiempo que eſtuvo el venerable cuerpo en Chipre, de donde paſados algunos ſiglos, ſe traſladó á la Ciudad de Venecia, y alli reſplandece con grande numero de milagros.

6 Eſta es, Fieles, la vida de San Juan el Limoſnero, Patriarca de Alejandria, dechado de Pontifices, y Prelados, Maeſtro de Obiſpos, y Limoſneros, digno de que todos le tengan preſente por ſus heroycas virtudes, ſeñaladamente la de la miſericordia, en cuyos brazos nació, y creció de manera, que lo hizo Dios egemplar de ſantidad, y con igual tenor de vida, y de caridad, deſde ſus primeros años, haſta los ultimos, fue

un

un mar de fecundidades, y limoſnas á toda ſuerte de gentes, formandonos Dios eſte admirable egemplar á los Prelados, á los Principes, á los ricos, á los poderoſos, y á todos eſtados, y perſonas, para que le imitemos en eſta ſanta virtud, la qual es antidoto del pecado, pues como dice el Eſpiritu Santo: De la manera que el agua apaga el fuego, aſsi la limoſna los pecados.(a) Y en otra parte: La caridad encubre, eſto es, deshace, y borra infinitas culpas,(b) virtud que es mas excelente (como nos dice Dios en los Proverbios) que no el miſmo Sacrificio.(c) Y Chriſto nueſtro Señor en voces claras, lo dijo aſsi: *Euntes diſcite, quid eſt miſericordiam volo, & non ſacrificium.* (d) Mas obliga á Dios la piedad afectuoſa, que el ſacrificio vacío de caridad; y aſsi San Pablo llama á las limoſnas: Muy utiles ſacrificios. No os olvideis de hacer bien, y limoſna (dice el Santo) que eſtos ſacrificios alegran ſumamente al Redentor de las almas.(e) Y en alabanza de eſta virtud hay infinitos lugares en entrambos Teſtamentos, ſobre que han eſcrito mucho los Santos; pero entre otras excelencias que tiene, es la de ſer tan confiada, y eficáz, que decia Tobias el Piadoſo: Grande es la confianza con que entra la limoſna á la cara, y preſencia del Sumo Dios á pedir por aquellos que la dán.(f)

7 Y á eſte propoſito dice San Juan Criſoſtomo: Tan grande es en el Cielo la autoridad, y fuerza de la limoſna, que con grande confianza, y mayor mano, que no las otras virtudes, introduce á ſus devotos, porque á la miſericordia la conocen los Porteros de aquellos Alcazares Celeſtiales, y los Gentiles-hombres de la Cámara de Dios, (g) eſto es, los mas altos Querubines, y Serafines la reſpetan, y la abren las puertas de par en par, ſin réplica alguna, y todos la miran con grande veneracion; porque es la miſericordia hija mayor del Señor. Eſto es, la virtud que mas reſplandece en ſu Divina Mageſtad: *Et miſerationes ejus, ſuper omnia opera ejus.*(h)

8 Eſto lo manifieſta bien la cuenta que ſe nos ha de tomar, porque para que ſupieſſemos los hombres el interrogatorio, por donde habiamos de ſer reſidenciados, y viſitados, lo re-

(a) Eccli. cap. 3. v. 33. juxta. D. Maxim. Homil. 1. de Eleemoſyn. (b) Petri cap. 4. v. 8.
(c) Prov. 21. v. 3. (d) Matth. 9. v. 13 (e) Heb. 13. v. 16. (f) Tob. 4. v. 12.
(g) *Tanta vis eſt eleemoſynæ, cum multa fiducia ſuos introducit alumnus: eſt enim Cœli nota Janitoribus, Sponſalis thalami fores obſervantibus, quin & venerabilis, & quos ſui cultores agnoverit, cum multa introducet libertate.* D. Chriſoſt. tom. 5. Hom. 36. col. 236. lit. C. edit. Pariſ. 1581. (h) Pſalm. 144. v. 9.

refirió á la letra ſu Divina Mageſtad, viviendo en carne humana entre los hombres: eſtuve, dice, hambriento, y me diſteis comida: eſtuve ſediento, y me diſteis bebida: eſtuve deſnudo, y me veſtiſteis. Venid benditos de mi Padre, y entrad en eſte Reyno de los Cielos. (i) Y á los malos: Eſtuve hambriento, y no me diſteis comida: eſtuve ſediento, y no me diſteis bebida: eſtuve deſnudo, y no me veſtiſteis. Andad al Infierno al fuego eterno. Y preguntan unos, y otros: ¿Pues, Señor, quando eſtabais deſnudo, y no te veſtimos? Hambriento, y no te ſuſtentamos? Y les reſponde: Quando padecian mis pobres, padecia yo en ellos, y quanto á ellos les dabais, á mi me dabais; y quanto á ellos les negais, y mi me negais.

9 Sobre eſtas palabras, y lugar exclama deſde ſu alta Silla de San Pedro, San Leon, verdaderamente Magno en las obras, palabras, y conceptos, y dice: ¿Quién es tan cruél, que ſe atreva á negar lo que Dios ofrece premiar? Quién ſe atreve á dejar de ſocorrer al eſclavo, remunerandolo el Señor? (j) Quién ſe atreve á negar el bocado al pobre, ſi es precio de gloria eterna? El que dá lo temporal, y caduco, con eſſo miſmo ſe hace heredero de lo eterno, y celeſtial. ¡De qué origen, ó Dios eterno, nació el eſtimar en tanto tan moderados ſocorros, ſino por el peſo fiel de la caridad! Y porque amando el hombre á los pobres, á quien ama con tanta ternura Dios, juſtamente ſe paſa la Corona, y el Cetro, y el Reyno al que ſe pasó el afecto!

20 Y poco deſpues añade: Bienaventurados los miſericordioſos, porque de ellos tendrá Dios miſericordia, quando el Señor, y Criador del mundo venga en el Trono de ſu Mageſtad á juzgarnos, y congregados los malos, y los buenos, ſe dividan los unos de los otros. Decidme, ¿ſerán alabados los de la mano derecha, ſino de las obras de limoſna, y de piedad, que Jeſu-Chriſto Señor nueſtro admitirá, como hechas en ſu ſocorro, y ſervicio? Porque el Señor que honró la naturaleza con elevarla, y unirla á ſu Divina Perſona, quiere gozar como pobre de los ſocorros, y virtudes de aquella naturaleza, que honró, y recibe como propios los agenos, y que ſe hacen á ſus pobres.

11 ¿Y á los de la mano izquierda, qué les imputará, ſino la du-

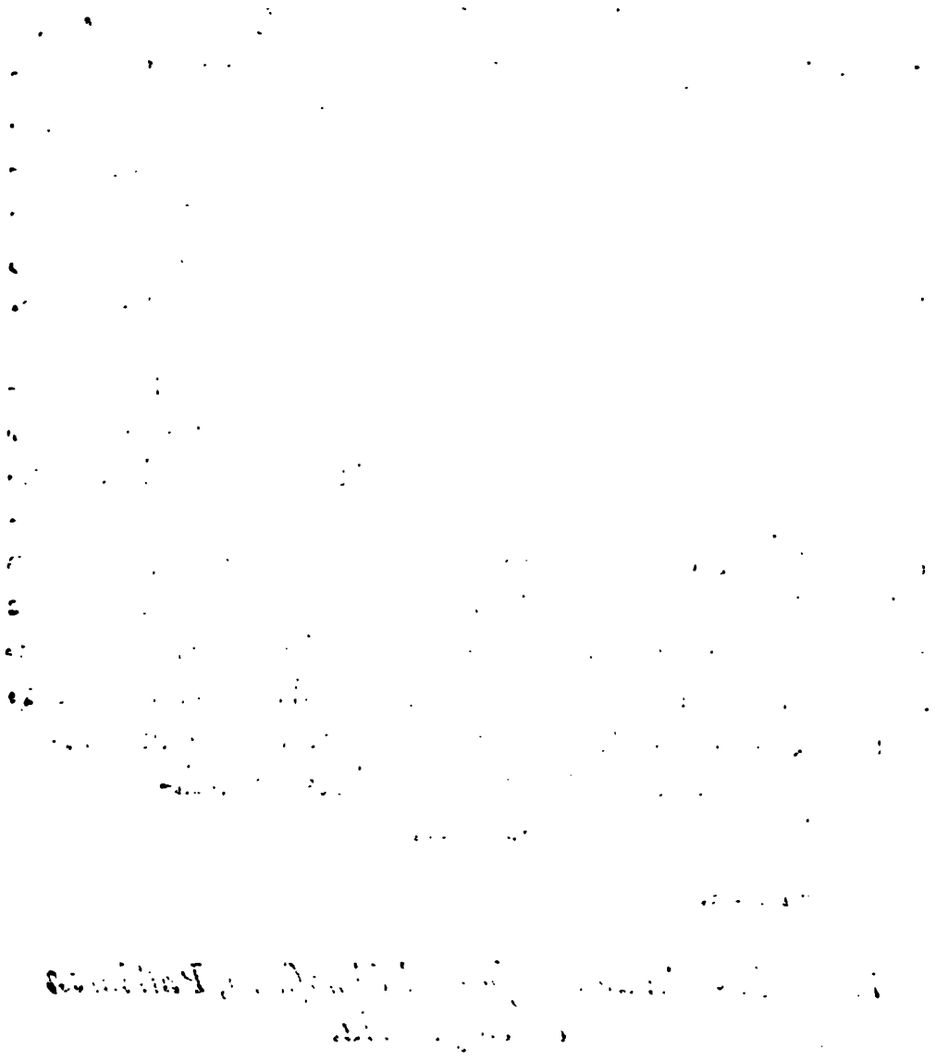
(i) Matth. 25. num. 35. & 42.

(j) *Cui enim laborantium licet negare quod Chriſtus ſibi profitetur impendi. Juvatur Conſervus, & gratiam referret Dominus &c.* S. Leo Magn. Serm. 7. in ordin. ſed 4. de Collect. & eleemoſ. colum. 13. lit. C. Pariſ. 1618.

dureza al ſocorrer, la crueldad al negar, la avaricia al ſuſtentar los pobres con tan grande ponderacion de la caridad, y de la avaricia, como ſino tuvieran otras virtudes los buenos, ni otros pecados los malos? Porque al egercicio de la caridad, y miſericordia, acompañan todas las demás virtudes; y á la avaricia, codicia, y crueldad con los pobres, acompañan todos los demás pecados. Ponderandoſe en tanto en aquel ſupremo juicio la virtud del dár á los pobres, y el vicio de negarles el ſocorro, como ſi fuera ſolo por una virtud el ſalvarſe, y como ſi fuera ſolo por un vicio el condenarſe. Y aſsi el que ſe halláre entonces vacío de miſericordia, ſe hallará vacío de premio eterno, y con razon, pues dice el Sabio: El que no oyere al pobre quando pide, tampoco Dios le oirá quando pidiere. (k) Y aſsi, Fieles, oygamos, para que nos dén, y yá que en eſta vida no veamos al Señor en figura humana, como lo vieron los que en ſu ſanta vida lo ſervian, ſuſtentaban, ſocorrian, ſirvamoslo, y ſocorramoslo en ſus imagenes vivas, que ſon los pobres de Jeſu-Chriſto.

(k) Prov. 21. v. 13.

Fin de la Vida de San Juan el Limoſnero, Patriarca de Alejandria.



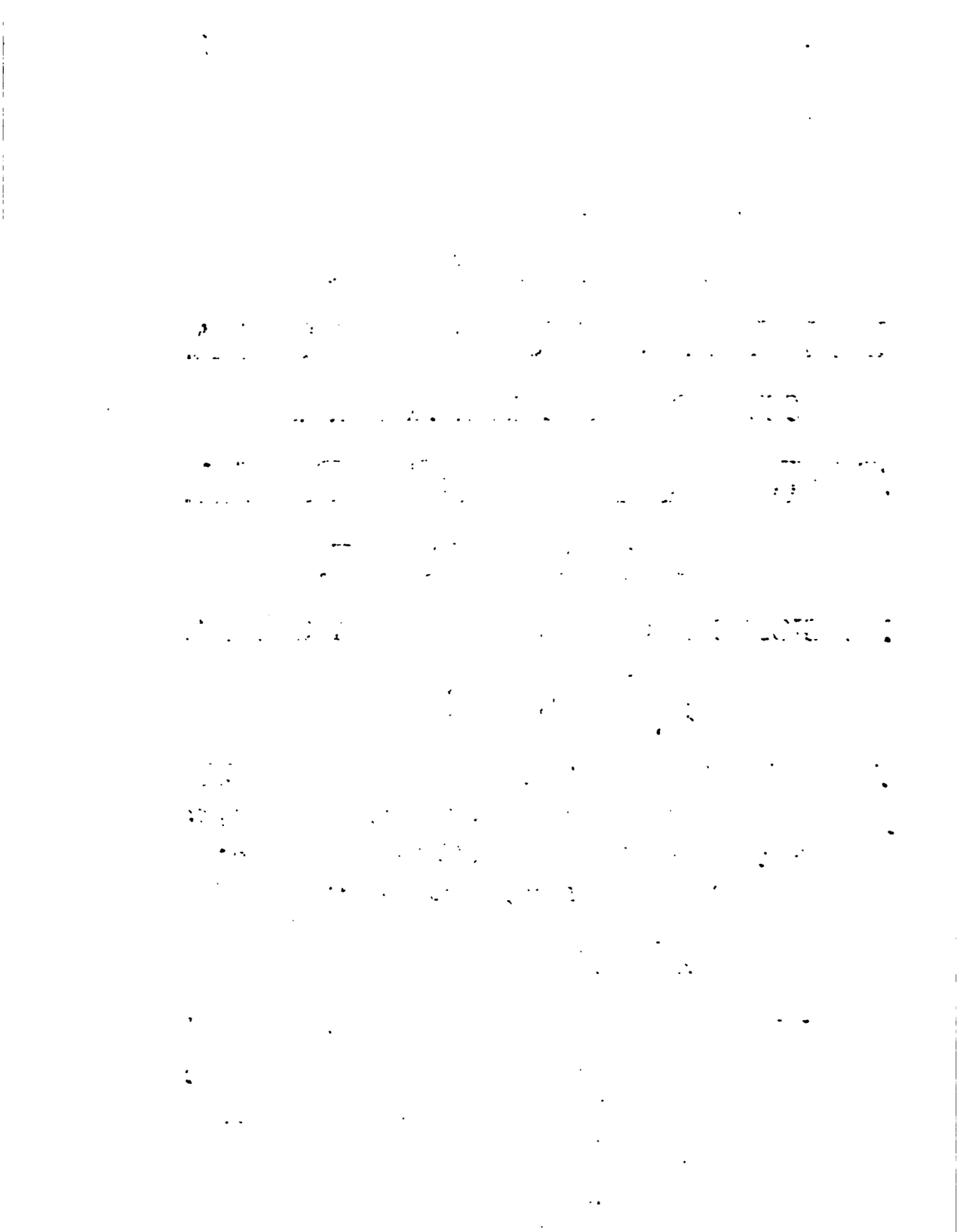
VIDA
DE LA SERENISSIMA SEÑORA INFANTA SOROR MARGARITA DE LA CRUZ,
RELIGIOSA DESCALZA DE SANTA CLARA.

ESCRITA

POR EL ILUSTRISSIMO, EXCELENTISSIMO, y Venerable Señor Don Juan de Palafox y Mendoza, de los Conſejos de Indias, y Aragòn, Obiſpo de la Puebla de los Angeles, y de Oſma, &c.

IMPRESA

LA PRIMERA VEZ EN NOMBRE del Reverendiſsimo Padre Maeſtro Fray Juan de la Palma, Difinidor General de la Orden del glorioſo Patriarca San Franciſco.



ADVERTENCIA DEL R. P. Fr. JOSEPH PALAFOX.

ESTE Libro de la Vida de la Señora Infanta Soror Margarita de la Cruz, Religioſa Deſcalza de Santa Clara, que ſaliò en nombre del Reverendiſsimo Padre Maeſtro Fray Juan de la Palma, Difinidor General de la Sagrada, y Serafica Religion del Gran Padre San Franciſco, conſta que le eſcribiò el Señor Don Juan de Palafox y Mendoza, (que deſcanſa en el Señor) habiendole dado materiales, y noticias el Reverendiſsimo Padre Maeſtro Fray Juan de la Palma, como quien mas individuales las tenia, por hallarſe Confeſor de la Señora Infanta, al tiempo de ſu ſanta muerte, y haberlo ſido algunos años antes de ſu Alteza. Talento, letras, y juicio tenia eſte graviſſimo Padre para mayores empleos; pero fue voluntad, y expreſo orden del Rey nueſtro Señor (Dios le guarde) que el ſeñor Don Juan de Palafox y Mendoza, Oidor que era entonces del Conſejo de Indias, ordenaſſe, y eſcribieſſe la admirable Vida de ſu ſanta Tia. Obedeciò, y ſuplicò á ſu Mageſtad permitieſſe, que ſalieſſe el libro en nombre del Padre Maeſtro Palma, como ſaliò. No le aprovechò el rebozo para dejar de conocer todos el Libro, parto de aquel ſiempre grande, y fecundiſsimo Ingenio; todos le aclamaron hijo del Señor Don Juan de Palafox. No fue mucho eſto en Eſpaña, donde tan conocidas, y aplaudidas eran ſus Obras; lo mas fue, que luego que eſte Libro llegó á la ſagrada Curia Romana, algunos de los Eminentiſsimos Señores Cardenales leyendole, digeron: Eſte Libro, ſin duda es de Don Juan de Palafox, honrandole con ſuperiores Elogios, delante del Iluſtriſsimo, y Reverendiſsimo ſeñor Don Franciſco de Rojas y Borja, á la ſazon Auditor de Rota, deſpues Arzobiſpo de Tarragona, y hoy digniſsimo Obiſpo de Avila, que me lo refirió, viendome dudoſo, y con poca gana de meter eſte Libro entre las Obras del ſeñor D. Juan de Palafox, que voy imprimiendo. No procedia mi duda de no ſaber con evidencia que le eſcribiò; porque yo traſladé, y puſe en limpio algunos quadernos, que el ſeñor Obiſ-

po

po me iba dando, como los iba acabando, y otros al Reverendiſsimo P. M. F. Antonio Aguſtin, Monge del Gran Doctor S. Geronimo, y hoy Predicador de S. M. Lo que me hacia dudar, y retardaba mi reſolucion, era ignorar, que fueſſe tan ſabido, como lo es, que el ſeñor Obiſpo eſcribiò eſte Libro; porque impreſo en nombre ageno, era neceſario que fueſſe notorio el verdadero Autor. Graviſsimas perſonas, me aſſeguraban de que podia ſin recelo deponer mi duda, y ultimamente me determinò la inſtancia de ſujetos de mucha ſuposicion, que me han inſtado, y obligado à que imprima eſte libro en eſte 4. tomo (en eſta edicion nono) *de las Obras del Sr. Obiſpo D. Juan de Palafox, y Mendoza: y hago eſta advertencia al principio, para los que no eſtán muy en ſaber que lo eſcribió ſu Iluſtriſsima; porque no crea, ni pienſe nadie que viſto ſus Libros de ſudores agenos, ni le defraudo al Reverendiſsimo P. M. Fr. Juan de la Palma del credito, que habrà adquirido con eſte Libro, en concepto de los que le han leìdo como ſuyo. Y ſi ſu Reverendiſsima viviera, sè yo de ſu mucha virtud, que fuera quien mas me inſtàra; porque como el fin del Autor, y del P. M. ſiempre fue la mayor gloria de Dios, que ſe deſcubre en la vida admirable de eſta eſclarecida Princeſa; como eſte ſe lògre repitiendo la impreſion de eſte Libro, ſe daria por muy ſatisfecho, de que ſepan todos quien fue el Autor de eſta ſanta Hiſtoria, y por tantos titulos admirable.*

F. Joſeph de Palafox.

PROTESTA.

QUanto en eſte Libro ſe digere, aſsi en orden á las ſantas coſtumbres, y virtudes de ſu Alteza, como en la doctrina, y en todo lo demás que en él ſe propone, ſe ſujeta á la correccion de la ſanta Igleſia Romana, Madre de toda verdad, y pureza, y á quien ſolamente pertenece el acreditar, aprobar, y declarar la ſantidad de las almas, que por eſte deſtierro caminan á la eterna Patria. Con eſta advertencia ſe entienda quanto aqui vá eſcrito, que en ſuma es aquello que moralmente con nueſtro falible juicio hemos podido llegar á entender. Remitiendolo á la diſpoſicion, y alvedrio de la ſanta Sede; que quando convenga dará en todo la mas perfecta, y cierta aprobacion.

APRO-

APROBACION DE LOS MUY REVERENDOS PADRES Maeſtros Fr. Pedro de Tapia, Catedratico de Prima, y Fr. Juan de Santo Toma, Catedratico de Viſperas de Teologia de la Univerſidad de Alcalá, de la Orden de nueſtro Padre Santo Domingo.

ESTE Libro de la Vida de la Sereniſsima Infanta Doña Margarita de Auſtria, yà Reyna coronada en la eternidad (á lo que piadoſamente ſe puede preſumir) hemos paſado con grande atencion, no ſolo por el guſto de leer tan heroyca vida; ſino mucho mas por el aprovechamiento de eſpiritu, que con tan raro egemplar de vitudes ſe conoce. Verdaderamente creemos, que en los grandes meritos de tan eſclarecida Señora ha cabido el alcanzar de Dios, que ſalga à luz eſte Libro, para beneficio comun de la Igleſia, para rendimiento de muchas almas al ſervicio de nueſtro Señor, para levantar á ſubida perfeccion muchos eſpiritus, y finalmente, para hacer tratable, y domeſtica la virtud entre lo grande de la tierra, que, ó la deſdeña por ſu humildad, ò la eſtraña por ſu aſpereza. Comunmente premia Dios á ſus Santos, en que continuen deſde el Cielo aquellos miniſterios en que mas reſplandecieron en la tierra, como de Abrahan advirtiò bien San Pedro Criſologo, ſerm. 121. que recibia en ſu ſeno à las almas, por egercitar aun allà el oficio de recoger peregrinos: *In ipſa cæleſti beatitudine fungitur diſpenſatoris officio: : : Et parum ſe beatum credidit, ſi in ipſa ſuperna gloria ab hoſpitalitatis pio ceſſaret officio.* El ánimo de la Sereniſsima Infanta en eſta vida fue anſioſiſsimo en la gloria de Dios, y de traher, y aficionar las almas à la virtud. Eſto parece que quiere Dios, que deſpues de ſu muerte lo continúe ſu egemplariſsima vida eſtampada en el papel, que lo debia eſtár en los corazones de todos. Solicitud ſuya con Dios, parece que ha ſido el poner eſto tan en el corazon de ſu Mageſtad (Dios le guarde) y à ſu interceſion, y meritos entendemos deberſe, que ſe haya diſpueſto eſte libro con tan admirable eſtilo, tan hermoſa orden, tan guſtoſa variedad, y tan ſanta elocuencia, que en cada plana centelléa el eſpiritu, y fervor del alma para con Dios. Por lo qual nos parece, que ſerá para mucha gloria de Dios, y bien univerſal de la Igleſia, que eſte libro ſalga en pùblico, y ande en las manos de todos; pues con tan claro Sol como eſte, en Alemania, donde por nacimiento temporal perteneció la Infanta, ſe deſterràran mucho las tinieblas de la heregìa: y en Eſpaña donde pertenece por ſu muerte, y nacimiento en la gloria, ſe enflaquèceràn con tan raro prodigio de virtudes, los vicios que tanto fomenta, y acumula la ſuperflua multitud de libros de comedias, y entretenimientos. Gran gloria accidental crecerà à la Infanta en el Cielo, ſi por medio de ſu vida, deſpues de muerta, ſe limpiaren de tan malas ſabandijas, los Reynos que tanto amò, é iluſtró. Eſte es nueſtro parecer. En el Colegio de Santo Tomàs de Alcalá 2. de Diciembre de

Fr. Pedro de Tapia

Fr. Juan de Santo Toma.

APOBACION DEL DOCTOR DON TOMAS TAMAYO DE *Vargas Coroniſta de Ju Mageſtad, de los Reynos de Caſtilla, y las Indias.*

EScribiendoſe las acciones de los virtuoſos, para honra de Dios, y egemplo de los hombres, ningunas pueden ſer mas eficaces para todo, que las de la ſeñora Infanta, por ſer en quien mas liberalmente luciò el Poder de Dios, que como la hizo ſingular en la grandeza mas conocida del mundo, quiſo que los meritos de ſu religioſiſsima vida la previnieſſen mas ſingulares premios en el Cielo; pues el luſtre de ſus virtudes fue tal, que llegò à deslumbrar el mas verdadero encarecimiento de ſus Coronas. Fue uno, y otro tan raro, que apenas podràn todos los ſiglos proponer egemplar de Mageſtad igual, en quien campeen tantas perfecciones. Manifeſtòla Dios al mundo para mueſtra de ſu providencia, para que todos los hombres hallen razones en la egemplar vida de eſta Sereniſsima ſeñora para imitar ſus virtudes; haciendoſe à los iguales facil el camino, que tan glorioſamente allanó en la Religion, quien en la grandeza apenas tuvo igual; ¿y à qual de los inferiores no ſe harà ſuave la aſpereza que ablandó con ſu egemplo tan gran ſeñora? Ninguna naciò mas alta, ninguna mas diſtante de la humildad que profesò. ¡Rara concordia en terminos mas repugnantes! Tanto puede el amor á lo eterno en los corazones verdaderamente dedicados à Dios, que pone con facilidad en olvido lo temporal, aunque ſea lo mas.

En todos tiempos ha ſido Dios maravilloſo en ſus Santos, y quanto lo ſea en eſte, dà buen teſtimonio la relacion de las extraordinarias perfecciones de la alma de eſta Sereniſsima Infanta, eſcrita con tanta prudencia, y concierto, que ſe puede juſtamente creer, que ha ſido particular eleccion del Cielo la de tan acertado Eſcritor para vida tan eſcogida. Pluma, ſin duda, digna de tanta empreſa, porque fuera de no faltarle algnno de los requiſitos de adorno propio de hiſtoria, el eſtilo es tan decente à la grandeza, como á la Religion del aſunto: perſuade, y enſeña con deleyte, ſazona, y entretiene con provecho. Pocos libros podràn igualmente ſer fructuoſos. En eſte podrà dilatar aun mas glorioſamente ſus glorias la Caſa de Auſtria, que tantas vces con glorioſa determinacion ha antepueſto el poder de ſus Imperios à la ſujecion de la Cruz: la Familia de San Franciſco aumentar el caſi inumerable numero de los que han trocado el precio de ſus Cetros, por la humildad de ſu inocentiſsima vida: los que pudimos admirar de cerca tantas virtudes, y gozar de tantos beneficios, eſtimar nueſtra dicha: los venideros envidiarla, y todos eſtimar la proteccion mas ſegura en el Cielo, de quien la experimentamos tan ſingularmente en la tierra. Eſto me parece. Salvo, &c. En Madrid à 26. de Marzo de 1636.

Don Tomás Tamayo de Vargas.

LI-

Priero a 1761

LIBRO PRIMERO.

NACIMIENTO, PROGENITORES, y hermanos de la Sereniſsima Infanta Soror Margarita de la Cruz.

CAPITULO PRIMERO.

Empreſa grande aſpiramos; en corto campo ſe ha de paſar gran carrera. La Vida de la Infanta MARGARITA, á breve volumen reducida; la que apenas cabe en los terminos del tiempo, ceñida en la eſtrecha clauſura de eſta Hiſtoria. Materia es, aunque mas blanda, y ſuave, no de menor admiracion, ni menos alta, que la que ha ocupado los Coroniſtas del ſiglo, en las hazañas de los progenitores de eſta Real, y Religioſa Virgen: antes quanto mas contraria á la del mundo, mas rara: deſpreciar las Coronas, que con tanto cuidado ſe procuran; piſar la mayor honra de la vida, aſpirando á mayor gloria; vencer el humano po-

poder con dejarlo; reducir los Alcazares Reales, á los terminos angoſtos de una celda, y la perſona de mayores circunſtancias de grandeza, á las pobres alhajas de un humilde ſayal. Porque las victorias que ſus Padres conſiguieron en el mundo, las alcanzó la Infanta de sí miſma; ellos pelearon contra ſus enemigos, ella contra sí. Conquiſtaron eſtos invencibles Principes la esfera de la tierra con deſiguales ſuceſos, y grande peligro: junta la venció la Infanta con ſanto deſprecio, huyendo ſu vanidad; empreſa de mas valor, de fama mas inmortal, y en menor pompa, de mayor rieſgo, y ventura. Cincuenta años de victorias, conſeguidas de la naturaleza con la gracia; batallas mudas, guerra en ſilencio de mayor fuerza, y poder, ſeguir la perfeccion en edad tan prolija, con igual perſeverancia, y continuar el eſtrecho camino del eſpiritu, con tanta felicidad, haſta la ultima linea de la vida.

2 Veráſe en el dichoſo diſcurſo de eſta hiſtoria una ſanta, y Real doncella, con admiracion, y ſin cenſura, dando egemplo de fortaleza á los fuertes, reſplandeciendo por el orbe, encerrada eſta antorcha clariſsima, con los mas hermoſos rayos de luz, que en muchas edades han venerado los ſiglos. Zelo ardentiſsimo de la Religion, en condicion ſuaviſsima; juntas la largueza en las limoſnas, la pobreza en el uſo; guardando clauſura el fervor, y remediando las almas; la humildad, y la decencia, dandoſe las manos lo grande, y lo ſanto, ſin embarazarſe entre sí; los aplauſos de los Pontifices, las caricias de los Reyes, los ſervicios, y alabanzas de los ſubditos, reducidos á motivos de mayor perfeccion en quien los recibe, y de mayor gloria en quien los dá. Seguiré la llaneza del eſtilo, con la verdad de la ſuſtancia, ajuſtandome en él á la profeſion de ſu Alteza, y de ſu humilde inſtituto, mas que á la grandeza, mageſtad, y pompa con que podia ſer celebrada. De la Infanta Margarita de la Cruz, elíjo por ſujeto de eſta Obra la Margarita, y la Cruz, dejando á otras plumas de la mayor erudicion, que celebren la Infanta.

3 Fue hija del Emperador Maximiliano Segundo, y de la Emperatriz Doña Maria. Nació en la Ciudad de Viena, cabeza del Auſtria inferior, en el dia de la Converſion de San Pablo á veinte y cinco de Enero de 1567. Su Padre Maximiliano, hijo del Emperador Ferdinando, primer hermano de Carlos V. Su Madre Maria, hija del miſmo Emperador Carlos, y de la Reyna

na Doña Iſabél, hija del Rey Don Manuel de Portugal. Lograron cumplidamente la bendicion de Dios Maximiliano, y Maria; y refiriendo por el orden de ſu nacimiento los hijos que le dió, fue la primera la Archiduqueſa Ana, Reyna feliciſsima de Eſpaña, muger de Felipe Segundo, y madre del Tercero. Nació en Cigales, cerca de Valladolid, en el año 1549, gobernando eſtos Reynos ſus padres, por auſencia de Pelipe Segundo: y en la miſma Villa nació el Archiduque Ferdinando en el de 51. Cortó Dios eſta flor en el primer año de ſu vida. El Archiduque Rodolfo ſucedió á Maximiliano ſu padre: nació en Viena en el año de 52. crióſe en la corte Catolica, con el egemplo del gran Felipe Segundo ſu tio, aprendiendo las virtudes en ſu juventud, que deſpues habia de egercitar en el Imperio. El Archiduque Arneſto nació en Viena en el de 53. crióſe en Eſpaña, y murió gobernando los Paiſes Bajos. La Archiduqueſa Iſabél nació en el año de 54. casó con Carlos IX. Rey de Francia. La Archiduqueſa Maria nació en el de 55. y murió en el miſmo. El Archiduque Matias nació en el de 57. Sucedió á Rodolfo ſu hermano en el Imperio, por haber muerto ſin hijos. El Archiduque Maximiliano nació en el de 58. fue gran Maeſtre del Orden de los Teutonicos, y electo Rey de Polonia. El Archiduque Alberto en el año de 59, nació en Alemania, crióſe en Eſpaña: casó con la Infanta Doña Iſabél, en cuya compañia gobernó los Paiſes Bajos con prudencia, valor, y religion ſingular. Venceslao nació en Nueſtat, en el año de 61. murió en Madrid en el de 78. Federico el de 62. murió niño. La Archiduqueſa Maria en el de 64. deſde la cuna fue al Cielo. Y Carlos en el de 65. en menos dias conſiguió igual corona. La Infanta Leonor en el de 68. fue á gozar en once años de edad, el premio de ſu pureza. Y antes de ella nació la Infanta Doña MARGARITA, venerable ſujeto de eſta Hiſtoria.

4 Concurrieron, pues, á ſu Alteza por Padre, y Madre las dos lineas de Eſpaña, y Alemania, que con felicidad particular, divididas deſde la renunciacion de Carlos V. en ſu hermano el Infante Don Fernando, comprehenden tantas Coronas, gobiernan tan dilatadas Provincias, y ſujetan á Dios tan numeroſas Naciones. No es mi inſtituto referir, ni en breve epilogo, de la eſclarecida proſapia de la Infanta, por la linea paterna, los repetidos Imperios (deſde el pio, y valeroſo Emperador Rodolfo,

Conde de Aſpurg) en Alberto, Federico, Maximiliano Segundo, Rodolfo Segundo, Matias, y el Segundo Ferdinando; y haſta el dia de hoy en venturoſas edades continuados. Ni de la linea de Eſpaña, por la parte materna del Emperador Carlos V. ſu Abuelo, y ſus aſcendientes por las Caſas de Caſtilla, Aragón, y Portugal, los triunfos, y proezas, la dilatacion de la Fé, haſta llegar con ella á los ultimos terminos del Orbe, paſando á no conocidas Regiones el nombre Chriſtiano, adquiriendo mas allá con las armas, que la erudicion habia alcanzado á ſaber con las letras. Eſta materia pide pluma de diferente inſtituto que de las Coronicas del mundo, recopíle los ſuceſos que la mano de Dios ha obrado, los Reynos, é Imperios que ha encomendado á ſu Caſa de Auſtria. Por diferente rumbo navegamos, y nos baſta en eſtos breves renglones, haber con el dedo, como en breve tabla, ſeñalado, que en la Infanta MARGARITA de eſtas dos lineas ſe juntó aſcendencia tan clara, que ſe recogió á eſte vaſo puriſsimo la mas alta ſangre de la tierra, para ſer ſacrificada al Rey del Cielo.

CAPITULO II.

BAUTISMO DE LA INFANTA, AMOR que en ſus tiernos años tuvo á Dios, y la Emperatriz, à ſu Alteza.

BAutizó á ſu Alteza el Obiſpo de Viena en la Igleſia del Convento de San Aguſtin de aquella Ciudad. Eſte templo es Capilla Real del Palacio del Ceſar; puſieronla por nombre MARGARITA, como la que habia de ſer Perla de la Religion Serafica. Eſte nombre la dejaron quando recibió el Sacramento de la Confirmacion, que ſe le adminiſtró el miſmo Obiſpo. Crióſe la Infanta Margarita debajo de la mano de la Emperatriz ſu madre, y debiale dos vidas, la una mortal, y corruptible, y la interior, y eſpiritual. Fue ſu Mageſtad Ceſarea egemplo raro de virtud á las Reynas, y ſeñoras del mundo, y en pocas edades viſto; y ſus admirables virtudes ſe referirán con las de ſu Alteza, á cuya ſombra ſe crió eſta generoſa planta.

2 Deſde que Dios dió á la Emperatriz, ſu Alteza, recono-

cieron en ſu Real corazon inclinacion grande que tenia á eſta criatura; porque con tener tantos hijos en quien dividirle, parece que todo lo ocupaba la Infanta. Miraba á aquella niña con amor ſingular, y como joya que habia recibido por particular favor de la mano del Altiſsimo. Tenia ſu alma grande alborozo de que Dios le huvieſſe dado tal hija, y amabala como á corona de ſu fecundidad, creyendo que los trabajos, y fatigas del ſanto matrimonio, ſe las habia compenſado con eſte ſuceſo. Sentia oculta virtud, que la llevaba á ſu amor, y ſin hacerſe fuerza, con veneracion la amaba: que las gracias que Dios habia pueſto en ſu alma, llegaban á ſer privilegios del cuerpo. No es creible la diferencia con que amó á ſu Alteza, como á parte de ſu corazon, como á hija del alma, compañera en la vida, y alivio en la muerte. No podia vivir ſin Margarita, breve auſencia le parecia prolija. Refieren las perſonas que ſe hallaron aſsiſtiendo á la Emperatriz, que ſiempre preguntaba por Margarita auſente; ſiempre la miraba preſente, y que era tal eſte cuidado, y tan conocida eſta diferencia, que los demás hermanos (aunque ſin emulacion) la advertian.

3 Entre las virtudes que mas reſplandecieron en ſu Mageſtad, fue el ſumo deſvelo en la educacion de ſus hijos, materia la mas importante de la vida; y en eſto fue grande ſu acierto, premiado de Dios largamente, con haber ſalido varones perfectiſsimos, de raro valor, Principes heroycos los hijos, Reynas, y Señoras de admirable virtud, y ſantidad las hijas, como ſe irá tocando en eſte diſcurſo breve. Mas como el cuidado de las madres con las hijas es mas natural, el que tuvo la Emperatriz con la Infanta, realzado del impulſo interior que la gobernaba, fue exactiſsimo. No ſe hallaba ſin eſte cuidado, y ſiendo cuidado, la deſcanſaba; tanto puede el amor, que hace alivio la pena. Habianla eſcrito en el alma con pluma inviſible, que ſu hija Margarita nacia á grande ſuerte, y como ſobre ſer ſu hija, no podia caber otra mayor, que ſerlo de Dios, facilmente ſe dió á conocer, que en aquella niña queria manifeſtarſe la virtud divina, y alumbrar al mundo, y perſuadirle con tan heroyco egemplar. Eſto aun en los primeros años de la Infanta lo ſentia ſu Madre, manifeſtando aquellos ocultos rayos el alma, por las gracias naturales del cuerpo. Pero luego que la naturaleza ſe fue deſplegando, y creciendo ſu Alteza con la diſcrecion de las co-

ſas,

ſas, comenzó á obrar la eleccion, y el alvedrio, ayudado de la gracia, á ſeguir ſantas inclinaciones, y el camino de la vida eterna. Fue reconociendo ſu Mageſtad como efectos las cauſas, y con ſumo contento juſtificaba ſu impulſo, dando gracias á Dios nueſtro Señor, de que tan temprano huvieſſe amanecido en ſu corazon eſta debida eſtimacion de ſu hija. El primer efecto que reconoció la Infanta en sí, fue amor grande á Dios, y una eſtimacion notable de lo que la tocaba, con aplicacion ſoberana á ſus coſas. Sentia la ſanta niña amor interior á la pureza de vida, y apenas diſcernia lo bueno, quando con oculta fuerza lo obraba: tan temprano tuvo dentro de sí quien la gobernaſſe, y Maeſtro interior de la vida mas alta. Ayudaba á eſto ſumamente la Emperatriz; porque como deſde ſus principios deſtinó eſta joya á Dios, tenia gran cuidado en que no la propuſieſſen delante materia menos noble, y pura de lo que convenia al intento, y uſando de la ſanta inclinacion de ſu hija, en tan tierna edad, le miniſtraba empleo decente en que la fueſſe empeñando.

4 Dió principio por ſu perſona la Emperatriz á enſeñarla los ſantos rudimentos de la Fé; porque las primeras palabras que pronunciaſſen aquellos virginales labios, fueſſen eſtos ſagrados Miſterios. ¡Qué decente cuidado, no eſcribir en la tabla raſa del alma de una niña razones menos puras, que el eſpiritu que eſtá Dios animando! Aprendia eſto la Infanta con facilidad, y ſin fatiga; y con eſculpirſe eſtas verdades como en cera, las conſervaba como en bronce. Ayudaba mucho á que recibieſſe tan facilmente eſtas primeras, y ſuſtanciales noticias, y á ſeguir los demás egercicios, que en aquella edad ſuelen ſer tan penoſos, el ſingular reſpeto, y amor que tenia á ſu Madre, que fue tan eſtrecho, que ſolo podian igualarſe entre sí eſtos dos corazones. Es grande arte de ſer amado el amar, y mas en animos Reales, y agradecidos, los quales mudamente ſe entienden, y correſponden. Aſsi la Emperatriz era amada de ſu hija, como ella la amaba, y ſiendo igual la correſpondencia, eran diverſos los egercicios. La Emperatriz amaba á la Infanta mandando, cuidando de ſu educacion, y enſeñanza. La Infanta amaba á ſu madre obedeciendo, cuidando de ſu guſto, y ſervicio. Ni la madre podia ſer mas perfecta en mandar, ni la hija mas puntual en obedecer. Con emulacion ſanta ſe aſsiſtian, y con igual afecto ſe amaban.

CA-

CAPITULO III.

DEVOTOS EGERCIGIOS EN LA NIÑEZ de ſu Alteza, y cuidado de la Emperatriz, ſu Madre en ſu educacion.

CRiabaſe ſu Alteza en compañia de la Infanta Leonor ſu hermana, que eran de una edad, y aſsi ſeguian una miſma forma de vida. Cuidaba la Emperatriz de que ſus hijas tuvieſſen utilmente dividido el tiempo, y para eſto las aſsiſtia ſu Aya. Es grande ſeguridad de la vida perfecta, no dejar tiempo ocioſo á la inclinacion humana, en que pueda deſviarſe de lo conveniente, y en la niñéz mucho mas neceſario, quando la planta facilmente ſe tuerce. Hacía que ſe levantaſſen á las ocho de la mañana, y que á la miſma hora levantaſſen tambien el corazon á Dios, con ciertas oraciones devotas, que ſu Mageſtad les habia ſeñalado. Contenian ofrecimiento á Dios de ſus corazones, de ſus obras, palabras, y penſamientos: pedirle direccion en la vida, gracia, y perfeccion en ſus paſos. En eſte egercicio ſe ſeñalaba notablemente la Infanta, haciendolo con tan viva devocion, y fervor, que era coſa admirable, quedando las perſonas que la aſsiſtian ſumamente edificadas.

2 Deſde ſu apoſento, en habiendo cumplido con eſto, las llevaba ſu Aya al Oratorio, y alli rezaban otras oraciones vocales, como el Roſario, y el Oficio de nueſtra Señora. Inclinólas la Emperatriz con grande cuidado á la devocion de la Virgen Maria, en cuyo amparo ſe libra la direccion, y el acierto de la vida chriſtiana. La Infanta en eſte ſanto cuidado, fue eſtremadiſsima, y tan ſierva de nueſtra Señora, tan tierna enamorada de ſus altas virtudes, que le mereció ſingulares favores, como ſe dirá adelante. Tenian ſus Altezas Oratorio particular, y en él hacian eſtos egercicios, y al tiempo de la Miſa mandaba la Emperatriz que fueſſen al ſuyo, y la oyeſſen en ſu preſencia, para aſſegurar con eſto ſu mayor atencion. Enſeñabalas la compoſtura exterior con que debian eſtár á viſta de eſte tremendo, y dulce Sacrificio; el amor, y temor con que lo habian de reverenciar. Admitió ſu Alteza eſta ſanta doctrina en aquellos primeros años, y encomen-

mendóla eternamente á ſu enamorado corazon, quedando tan devota á eſte ſacroſanto Miſterio, que pudo ſer egemplar de las almas que en eſta vida con mayores finezas le aſsiſten.

3 Explicaba la Emperatriz á ſus hijas eſte inefable Miſterio, y como ſe repreſenta en él la ſanta Paſion de Chriſto nueſtro Redentor. Referiales la ſignificacion de las ceremonias, el eſpiritu, y ſentido de los Evangelios; y como ſumamente entendida, conocia quanto conviene á los niños que aprendan en ſus primeros años eſtos ſantos documentos, que ſepan en lo que aſsiſten, que entiendan lo que miran, que hagan nutrimento ſuſtancial de los Sacramentos de la Igleſia, para que con él crezcan en la vida del alma. En las platicas, y ſermones obſervó el miſmo cuidado de tener muy cerca ſus hijas, y preguntarles deſpues, en qué puntos habian advertido, y en quales ſe hallaban mas aprovechadas. Aſsi las obligaba á mayor atencion: premiabalas, y advertialas conforme las veía atentas, ó divertidas. Eran las reſpueſtas de la Infanta de admirable diſcurſo, y aprovechamiento, nacidas del ardiente amor que ſe habia apoderado de ſu corazon. La Emperatriz la oía con admiracion, de vér á ſu hija tan bien enſeñada de Maeſtro, y de doctrina tan ſuperior; que el Eſpiritu Santo nunca vive ocioſo en las almas.

4 Referia la Infanta en ſus ultimos años con gran terneza el cuidado de ſu Madre, y decia con aquella invencible, y ſuave humildad eſtas palabras: Nunca he olvidado la doctrina de mi Madre en orden á ſacar aprovechamiento de los Sermones; que era muy buena Madre, y no es de olvidar eſte cuidado. Yo le debí mas que todos mis hermanos; porque como era yo la peor, le coſtó mas el enſeñarme, y criarme. Y cierto, que aquel amor que me tuvo, y aquel cuidado de mí, fue, porque como era ſanta, conocia mi neceſsidad. Qué entendida que es la humildad! Siempre halla razones para deſpreciarſe. El cuidado que la Emperatriz tenia como premio á la virtud de ſu Alteza, reducia eſta ſanta ſeñora á atencion en ſu vida inculpable. En ſaliendo de Miſa almorzaban con templanza, y modeſtia, y aqui la Infanta tomó motivos de mayor perfeccion.

5 Abrazó por coſtumbre dár parte de eſto, y de la merienda á los pobres, y partir con ellos ſu guſto; poco es el guſto, partir el ſuſtento, y eſto conſervó deſde ſu tierna edad, para dár mas alimento á ſu alma, que á ſu cuerpo. Tal vez la ſanta niña

ſe

ſe privaba de quanto le ponian delante, por darlo todo á Chriſto en ſus pobres, que parecia poco á ſu amor el partir la comida con ellos. Ocupaban el tiempo por la mañana en dár la leccion de lo que ſe les tenia ſeñálado; principalmente en los primeros años. Aprendieron el Cateciſmo con grande cuidado, en que fue eminente la Infanta, introduciendo aquellas verdades al alma, con tan grande amor, y encomendandolas á la memoria tan conſtantemente, que enſeñaba á las otras, y ſe las acordaba, y explicaba. Todo eſto era gozo de ſu Madre, mirando en el eſpejo del alma de ſu hija Margarita, reſplandecer la gracia del Señor tan apriſa, y tantos dones acumulados en prenda tan propia. Deſpues de comer les daban tiempo para entretenerſe, y era coſa notable vér á la Infanta tan devotamente ocupada, y entretenida. Llamaba á las Meninas, que ſe criaban en ſu ſervicio, ibaſe con ellas al Oratorio, alli la ſanta niña ſe ocupaba en hacer Altares, en adornar Imagenes, ſeñaladamente la del Niño Jeſus, cuyo amor la tenia cautiva. Y fue en eſte ſoberano afecto tan dichoſa, que toda la vida vivió á la luz de eſte amor, ſin apartarſe un punto del ardiente deſeo de celebrarle, y adorarle.

6 Deſpues las empleaban en obras de manos de bordar, ó labrar, ocupandoſe las hijas del Emperador, en lo que yá deſdeñan las hijas de los vaſallos menos conocidos. Acabado eſte decente, y neceſario egercicio, antes de recogerſe iban á la oracion, hacian el examen del dia, y podia ſer regiſtro de ſus perfecciones, lo que ſu humildad, y ſanto conocimiento hacia memoria de ſus faltas. Tenian oracion mental antes de acoſtarſe; porque la Emperatriz crió en ella á ſus hijos, pareciendole que con dificultad ſe conſervará en la gracia con Dios, el que no ſe conſerváre en ſu trato: y aſsi en eſto fue ſiempre vigilante, y examinaba mucho á la Infanta, admirando con qué liberal mano llenaba Dios de gracia ſu alma. Cada dia la veía con mayor perfeccion, cada dia con mayores, y mejores afectos, cada dia con nuevos aumentos de caridad; porque iba creciendo en el horno de ſu corazon el fuego del amor divino, y abraſaban á la Emperatriz las llamas con que ardia la Infanta.

CAPITULO IV.

INGENIO, Y CONDICION DE SU ALTEZA en los primeros años.

NSeñaban á ſu Alteza á leer, eſcribir, y contar, y en todo fue preſto muy habil, porque era grande ſu viveza, y capacidad. Verdaderamente Dios puſo hermoſa guarnicion en el alma de eſta Señora, porque ſus prendas naturales fueron excelentes, y decentiſsima morada de las ſobrenaturales. Grande claridad en el ingenio, facil memoria, y ſegura; la condicion ſuave, el diſcurſo vivo, las egecuciones reportadas, noble aſpecto, y el roſtro grave, agrado en las acciones notable, el talle lleno de veneracion: veíaſe por el criſtal de ſu cuerpo facilmente la pureza de ſu alma; nadie la oyó ſin amor, ni la pudo mirar ſin reſpeto. Con eſtas partes naturales facilmente aprendia, y corrió con brevedad, y ſin fatiga por donde los niños ſuelen paſar con dolor, y trabajo. Aſsi como iba cobrando noticia en el leer, iba aſpirando al aprovechar, que nunca la dejaban ocioſo el empleo, las inſpiraciones divinas. Enſeñabanla en libros devotos, y eſpirituales, y aprendia á leer, y á vivir, llenando de noticias el entendimiento, y de afectos el alma.

2 Fue muy aficionada á los libros ſantos, y devotos; era continua ſu leccion en ellos; de alli aprendió muy importantes aviſos, para los lances que deſpues ſe le ofrecieron en la carrera larga de ſu vida. En todos eſtos egercicios, ſobre ſer muy facil al aprenderlos, era ſumamente ſuave al egercitarlos; porque no ſe ſabe qual fue mayor en ſu Alteza, la claridad del ingenio, ó la blandura de la condicion. Oía con amor las advertencias, con atencion los conſejos, con rendimiento la enſeñanza, y los preceptos con reſignacion. Alegre, y guſtoſa con las niñas de ſu edad, nada embarazoſa con las grandes, la ſal, y la ſazon de Palacio; pero era eſte agrado con grande meſura, ſi intentaban deſviarla de ſeguir lo mejor: que es ſuavidad perfecta, la que ſiendo blanda á la virtud, es aſpera, y ſevera á la relajacion.

3 Quando habian de ſalir de caſa, le preguntaba la Emperatriz ſu Madre, ¿que adonde queria que ſalieſſen? Y ſu Alteza

ſiem-

ſiempre reſpondia, que á los Monaſterios de las Religioſas, ſeñaladamente al de San Jorge, de Monjas Benitas, Convento Real, al qual habia paſadizo deſde el miſmo Palacio; y como ſu Mageſtad era tan facil de perſuadir á eſto, gobernaba la Infanta las ſalidas. No era igual el eſpiritu en las Damas, ni un miſmo guſto en Palacio: y no ſin donayre la reñian, diciendola: ¿Es poſible, Reyna, que ſiempre nos ha de llevar V. Alteza á los Monaſterios? Partamos el tiempo, que no hemos de ſer todas Religioſas. Reſpondia la Infanta con guſto: quanto mejor recreacion era, y mas apacible hablar con las ſiervas de Dios, viſitarlas, y conſolarlas? Diciendoles: No puedo creer, amigas, que diſguſtais de tratar con eſta devota gente, que ſon muy entendidas, y perfectas. ¿Quánto mejor es gaſtar aqui la tarde, que no en otros entretenimientos del mundo, que canſan, y no dejan guſto? En eſtando en los Monaſterios, era eſtár en ſu centro; encerrabaſe con las mas virtuoſas, hablaba con ellas de Dios; preguntabales por ſus egercicios, llevabalas algunos regalos, condoliaſe con ſus penas, y recreabalas con ſu converſacion. Con eſto facil es de creer el amor que todas la tendrian, y el anſia con que preſentarian las ſiervas del Señor á ſu Eſpoſo, el corazon de la Infanta.

4 Tenianla todos en caſa notable aficion, y con ſer tanta ſu blandura, ſiempre la grangeaba mayor eſtimacion; que es ſevera, y dúlce la ley del amor, quando ſe egercita con decencia. Su paciencia era invencible: y ſi tal vez ſu Aya, por manifeſtar ſu virtud, la reñia, ſu Alteza callaba con grande modeſtia, ó reſpondia con ſuma templanza. Sucedia en algunas ocaſiones la miſma accion con una de las Infantas, que era de natural muy vivo, y gallardo; y reſpondia con brio á la reprehenſion de ſu Aya, defendiendo la razon propia, ó contradiciendo la ſinrazon agena. Entonces tomaba la mano la Infanta, y como ſi muchos años acreditáran ſu conſejo (el qual acreditaba gracia, mucho mas ſuperior que los años) le decia á ſu hermana: ¿No reconoceis, hermana, que eſto ſe hace por nueſtra enſeñanza, y que eſtas criaturas nos las puſo Dios en ſu lugar para que las obedezcamos, y tomemos lo que nos enſeñan, pues todo lo hacen por nueſtro bien? Refieren las que ſe hallaron preſentes á eſtas coſas, que la viveza de la Infanta Leonor, en aquella tierna edad, era grandiſsima, y que con gracioſo deſpejo reſpondia:

Las Ayas, hermana, yá veo que ſon criaturas; pero pues ſon criadas, no nos han de tratar con tanta ſuperioridad. Reſpondia ſu Alteza, no quiero entender eſſo que vos me decís, hermana, yo me hállo muy bien con obedecer, hacedlo vos aſsi, y vereis que bien os hallais. Era notable la paz de ſu eſpiritu, no habia coſa que la deſazonaſſe; una condicion ſuave, y un guſto perpetuo, ſin deſabrimiento. Nadie la vió enojada, ni turbada, aunque fueſſe en lances bien forzoſos, que raras vezes faltan á los que viven en carne mortal. Si habia diſguſtos en Palacio entre las criadas, los componia; ſi diſenſiones, las concertaba, uſando del dón de caridad, y blandura de que Dios la dotó á la comun utilidad. Andaba ordinariamente cubriendo las imperfecciones, eſcuſando las faltas, deſviando, y deshaciendo los chiſmes (leve viento que levanta las polvaredas de los Reales Palacios.) Era de vér, y de venerar en edad tan tierna, tan grande atencion, y exceder tanto ſus cuerdas acciones á ſus breves años.

CAPITULO V.

INCLINACION DE SU ALTEZA A PERSONAS virtuoſas, y dá principio á egercitarſe en la mortificacion.

LA ſanta inclinacion que tenia la Infanta Margarita á las virtudes, la hizo tambien tenerla á las perſonas virtuoſas; y aſsi era ſumamente favorecedora de las que en Palacio ſe ſeñalaban en la perfeccion. Hacíalas particulares caricias, aſsiſtialas con atencion para imitarlas, y con brio para defenderlas. El Palacio de la Emperatriz Maria, fue muy egemplar en Alemania, y Seminario de grandes Señoras, y heroycas mugeres, que ſalieron con diferentes caſamientos, y vocaciones, á mejorar el mundo. De alli hemos viſto Iluſtres Fundadoras de Monaſterios, Religioſas perfectas, y penitentes, y otras Señoras caſadas, que han influido en diverſas regiones, con ſingular egemplo, la enſeñanza que aprendieron en aquella Real Caſa. La modeſtia, el recato, la gravedad, el concierto era en el quarto de ſu Mageſtad verdaderamente religioſo. No pocas ſeñoras habia en él, que ſin embarazarſe con la pompa profana, ſe ocupaban rigidamente en la per-

perfeccion. Habia entre ellas muchas penitentes, y devotas; y que en medio de lo mayor del mundo, ſabian eſcoger lo mejor; que no embaraza lo grande á lo bueno, pues puede ſer bueno lo grande. Tanto mas ſe dá á Dios, quanto mas ſe deja por él, y tanto mas admirable es dejarlo, quanto mas guſtoſamente ſe poſſee.

2 A eſtas devotas ſeñoras imitaba la Infanta, y en tan tierna edad queria emular las acciones de las mas ancianas, y deſengañada. Valiente es en padecer el amor, pues quiere apoſtarſelas á la penitencia. Andaba obſervando en ſus criadas las mortificaciones que uſaban; yá les cogia las diciplinas, yá les feriaba los ſilicios. Ellas con ſecilléz fiaban al amor, y al reſpeto, lo que no creían que fuera tolerable á la edad. Pero uſaba ſu Alteza de eſtos penitentes inſtrumentos, por empezar tan temprano á padecer por Dios, á quien tan temprano comenzaba á amar.

3 Trahia el ſilicio arrimado á las carnes, con ſigular paciencia, y diſimulacion, y cebabaſe el hierro en aquel inocente cuerpo, que antes conoció el dolor, que las culpas. Iban corriendo los dias, y la aſpereza de la penitencia exprimia yá ſangre; y por mucho que lo diſimulaba la gracia, no dejaba de manifeſtarlo la naturaleza. En ſu Aya creció el cuidado de la mudanza del color de ſu Alteza, y en la Infanta el recato, cautelando cada una ſu atención, una á encubrir, y otra á deſcubrir eſte exceſo devoto. Al fin ſupieron que ſe afligia con ſilicios, y quitando la cauſa, ceſó el penoſo efecto; mirandola de alli adelante á las manos; pues contra ſí las tenia tan traviesas. Puſo la Emperatriz á ſu Alteza con gran gozo de ſu alma un habito de la Concepcion de la Virgen Maria; y la niña con él veſtido, ſe viſtió tambien de fervoroſo deſeo de hacer alguna penitencia por nueſtra Señora. Andaba buſcando ſu amoroſo cuidado inſtrumentos á la mortificacion, y no hallaba quien la remediaſſe. Habianla ceñido con el habito un cordon de plata labrado, con eſtremadas labores; eſte apretaba tan fuertemente á ſus tiernos brazos, que venía á teñirlos con ſangre. ¡Qué no no inventará el eſpiritu enamorado para padecer, ſi de la gala hace ſilicio una niña, y obliga á que padezca, y gima el cuerpo con ſu adorno! Heriaſe, y maltratabaſe por amor de Dios; y con ſanta ſencilléz, y ſecreto preguntaba á las criadas; ¿cómo haceis peni-

ten-

tencia, que deſeo yo hacer lo que haceis? Ignoraba el modo ſu edad, ſolo no podia ignorar ſu deſeo. ¡Qué anticipada, y heroyca virtud, es buſcar el padecer antes de ſaber los medios!

4 Sucedia, que como ſu Alteza veía que algunas criadas ſe acoſtaban en tablas, andaba buſcando modo como hacer lo miſmo; y no ſe le ofreció otro, que poner una cubierta aſpera de una caja larga en ſu cama, y ſin que lo pudieſſen entender en muchas noches, maltrató tanto el tierno cuerpo, que llegó á cauſarle materia, y abrirle heridas, que huvieron de curarſe de eſpacio. Quando ſe ſabian eſtos ſantos exceſos, todas la reñian; pero con grande admiracion, y reſpeto de vér tan temprana virtud, y amor tan encendido en edad tan tierna. Tenia la Emperatriz por Camarera mayor una ſeñora muy virtuoſa, y que trataba con grandes veras de la perfeccion. De eſta era muy amiga la Infanta, y en ella ponia los ojos con grande cuidado, para hacer lo que hacia. Andabala ſiguiendo en ſus devociones, miraba el modo, y la atencion con que ſe diſponia á orar, y aquello que veía egecutaba. Acudia eſta Señora á la tribuna de Palacio, y como no fueſſe en público, ſe poſtraba en tierra, y con grande humildad la beſaba. A la primera vez que la vió ſu Alteza, le pareció tan bien eſta accion, que deſde entonces la aſſentó conſtantemente en las ſuyas. Era coſa de mucha edificacion á los que miraban las acciones humanas á la luz verdadera, vér aquella devota niña llegar á la tribuna, poſtrarſe con profunda humildad, y beſar la tierra con veneracion en reverencia de Dios, en cuya preſencia ſe poſtraba.

5 A los principios hizo eſto novedad, y las Meninas donayre de ello, y algunas ſeñoras lo eſtrañaban, pareciendo que debia eſcuſarlo la Infanta. Pero hacia poco caſo la conſtante niña de eſta politica cenſura; y como oía muſica mas interior, á cuyos acentos gobernaba ſus paſos, los continuaba ſin recelo. Todavia porfiaban en quitarle eſtas demoſtraciones, y decianla, que no eran decentes á ſu perſona, pues ſin ellas podia ſer perfecta, y eran exterioridades de poca importancia. ¡Que circunſpecto es el mundo en ir á la mano à la perfeccion! La ceremonia profana que eſtá llena de ſuperfluidades, anda ſiempre dando documentos á la piedad religioſa. ¿Es cortesía beſarnos las manos unos á otros cien veces al dia, y beſar la tierra por Dios es hipocreſia? Haſta aqui llega el preſumido ſentir de la carne,

que

que quiere exceder en el amor propio al de Dios, en las demoſtraciones de adorarſe. Mas como eſtas acciones cobraban calor en el amor eſpiritual de ſu Alteza, que es mas fuerte que toda contradicion, defendiaſe con paciencia, y perſeverancia, diciendo: Que ella lo hacia por amor de Dios, por el qual todo era poco por mucho que fueſſe quanto ſe podia hacer. Fue coſa bien notable, que con haber tenido tantas contradiciones, no la pudieron deſviar de eſte devoto egercicio de poſtrarſe delante de Dios, y duróle toda la vida; que las acciones que echan raíces en perfecto amor, crecen con la contradicion, y paſan mas allá de la muerte. Solía decir ſu Alteza en los ultimos años, que padeció mucho, ſiendo niña, de contradiciones: y yo, decia, como era ſimplecilla ſentialo mucho, pero no me pudieron vencer á que dejaſſe lo que una vez emprendia por Dios.

CAPITULO VI.

PRIMERA AFICION DE SU ALTEZA à ſer Religioſa, y devotos egercicios de eſte genero en ſu tierna edad.

COMO amaneció tan temprano el Señor en el corazon de ſu Alteza, fue deſde luego previniendola á lo que la tenia deſtinada; porque el amor de Dios iba viſtiendo ſu alma de deſprecio del mundo, primera puerta de la perfeccion. Huían los afectos humanos de la caridad divina, como huyen las tinieblas de la luz. Canſabale todo lo que es alegre en la vida, las fieſtas le eran peſadas, la recreacion enojoſa, el gozo penalidad. No hallaba ſuſtancia en los entretenimientos, miraba el guſto en ellos, pero no lo hallaba, pareciendole ſombra, y engaño lo que el mundo celebra como lucimiento, y pompa. Eſto hace la diferencia de luces, y de viſos: miran los ojos perſpicaces como mentira, lo que los turbados eſtiman como verdad. Al paſo que el corazon de ſu Alteza no hallaba ſatisfaccion en las coſas materiales, iba cobrando guſto en las eſpirituales, que eſtas dos diſtancias ſe miden á un miſmo tiempo; y aſsi deſde luego comenzó á platicar el ſer Monja, á tratar de ello con ſus amigas, y criadas. Eſtos eran ſus entretenimientos, el guſto de ſus pla-

ti-

ticas, y la materia de ſus converſaciones. No ſe contentaba con diſponerſe á ſer Religioſa, ſino que procuraba que lo fueſſen ſus amigas; que el alma que ama, y ſigue perfectamente á Dios, Bien ſumo, á todos querria llevarlos tras sí.

2 Era notable la gracia que tenia á perſuadirlas, y animarlas á eſta ſanta vocacion. Deciales grandes alabanzas de la vida de la Religion, poniendoles delante las penalidades de los eſtados del ſiglo. Mirad, decia, amigas: ¡Qué es la vida del mundo, y eſto que él llama guſto! ¿No es todo una breve vanidad? Lo que parece grandeza, es embarazo. Lo mas precioſo del ſiglo, dura un ſoplo; ¿quánto mejor es, que vivamos en eſtado, que ſea mas alegre la muerte que la vida? Que en los del mundo es aſpera la vida, y mas aſpera la muerte. Iba con eſto afervorizandoſe ſu eſpiritu devoto: tenia ahí algunas de ſus criadas, y amigas, que la aſſeguraban que la habian de ſeguir, á las quales amaba con mayor terneza, y hacia grandes caricias. Entendiaſe con ellas, y tratabalas con amor, y confidencia, reconociendo yá por compañeras las que la aſsiſtian por criadas. Hacialas que trageſſen las que eran de ſu religioſo vando alguna ſeñal en el veſtido, para que con ello ſe conocieſſen, y entendieſſen entre sí, diferenciandoſe de las otras. ¡Cómo holgaria Dios de vér las ovejas de Jacob con las primeras ſeñales de ſer ſuyas! Quando eſtaban ſolas les hacia poner lienzos, ó velos blancos en la cabeza, por primeras prendas de ſu vocacion; haciendo proceſiones, y otros actos de comunidad, con que eſtaba ſumamente alegre, y regocijada.

3 Sucedia tal vez, que trataban ſus Padres de caſar alguna de las Damas, ó Meninas del ſanto concierto, y venialo ſu Alteza á entender; aqui eran ſus penas, y congojas, y ſu mal ſin conſuelo. Tomabalo con tantas veras, y tan grande ſentimiento, que á vivas lagrimas lo lloraba. Decianla las otras, que ſe conſolaſe, que ellas quedaban alli para ſeguirla; y reſpondia el Angel con gran compaſion: No lloro mi trabajo, ſino el de la Menina que nos deja. Queriala yo mucho, y aſsi la queria para Dios, que es mal de llorar con ſangre el no ſeguirle del todo. Si veía que la Menina que trataban de caſar hablaba en ello, ó no venia con grande ſentimiento al caſo, deſde luego ſe apartaba de ella, y no la comunicaba: que aunque el eſtado que eſcogia, no ſolo no era malo, ſino noble, y ſanto; pero á quien pone Dios en el grado de mayor perfeccion, lo que fuere menos que ſeguirle,

por

por aquella alta ſenda, le parece dejarle. Era tan grande la pureza de eſte Serafin, y el anſia de que fueſſen ſus amigas eſpoſas de Jeſus, que aſsi las lloraba caſadas, como las pudiera llorar muertas. Como quien dice, difuntas las veo al eſtado Religioſo, y vivas á los trabajos de la vida del ſiglo: lloro la vocacion mas perfecta que deja, y el eſtado mas penoſo que elige. Moſtraba ſu ſentimiento en el veſtido, y no lo diſimulaba en los ojos: y eſto que á las perſonas del mundo cauſaba donayre, y aun moleſtia, á las cuerdas, y atentas admiraba; que nunca tan alto modo de entender en las coſas de Dios le introduce, ſino á las almas que quiere eſcoger á grados muy interiores de eſpiritu.

4 De eſta ſuerte iba aſſegurando el Señor en ſu Alteza la vocacion perfecta de ſeguirle, haciendole que eſtrañaſſe en ſus amigas el dejarle: y los miſmos empeños, que eran merito para el amor, ſe iban haciendo gradas para la perſeverancia. Como eſte ſanto deſeo le tenia tan bien abrazado en el alma, cada dia iba creciendo, y dabale mas fatiga al penſarlo, la dilacion de egecutarlo. Engañaba el tiempo ſu Alteza con probar entonces en Palacio lo que habia de profeſar deſpues en el Monaſterio; como el enfermo que entretiene la ſed de ſu accidente con el ruido del agua. Andaba ſiempre contando los años, los meſes, los dias que podian faltar al cumplimiento de ſus anſias; y tal vez llegaba á congojarſe en el deſeo, y era neceſario que dieſſe Dios dilatacion á ſu eſpiritu. No podia ſufrir el alma aquella riguroſa carcel de penas; dabale fuego el amor divino, ſin hallar reſpiracion al deſcanſo, ni faltarle materia á la fatiga. No veía en ſu vocacion reſiſtencia alguna en la Emperatriz ſu Madre, antes bien la conſolaba, aprobando ſu ſantiſsima intencion: que la madre que quiere bien á ſu hija, mas la quiere para Dios, que para sí.

CAPITULO VII.

OBEDIENCIA A SUS PADRES, y SUFRIMIENTO de ſu Alteza en ſu niñèz, y dos caſos particulares. en la materia.

Ntre las virtudes que en ſu tierna edad mas reſplandecian en ſu Alteza, eran la obediencia à ſus Padres, y la paciencia en ſus penas. En la obediencia paſaba de obedecer á adivinarles el guſto, haciendo aquello que le ordenarian, como ſi yá ſe lo huvieran mandado: fineza en que huvo meneſter juntamente con el rendimiento, la diſcrecion de que Dios la dotó. En la paciencia fue invencible, pues llegó á eſtremo, que grandes corazones juntos podian haberla perdído, donde la egercitó ſu Alteza. De eſtas dos virtudes referiremos dos bien raros egemplos, que darán materia á eſte capitulo, y en él á los mas valientes de imitacion, yá los mas obſtinados de obediencia.

2 Padeció la Infanta en ſu tierna edad un accidente graviſſimo en los pies, que puſo en tanto cuidado á ſus Padres, que era de las coſas que les ſolía cauſar mayor turbacion; porque para curar á ſu Alteza, fue neceſario uſar de inſtrumentos muy fuertes, y violentos; y ſentian juſtamente el haber de poner la mano á remedios tan crudos. Pues vér penar aquella inocente criatura, y condenar á tormentos tan graves un cuerpo tan tierno, ¿á quién no habia de cauſar turbacion? Todavia deſpues de grandes conſultas de hombres eminentes en la Medicina, y Cirugia, pareció neceſario aplicar tan riguroſos remedios, para eſcuſar el daño que padecia. Y ſiendo aſsi, que ſi ſu Alteza ſe defendiera con el horror que debiera cauſar una cura, que ſolo el uſarla era dolencia graviſsima, ſin duda, ninguna ſe eſcogieran medios mas tolerables; quando le notificaron la ſentencia, diciendole, que ſu Padre lo mandaba, no hizo movimiento alguno, y reſpondió: Pues mi Padre lo manda, egecuteſe ſu orden.

3 Llegó el dia de la cura riguroſa, y comenzó á egercitarſe el tormento mas terrible que puede ſer, tirando de ſus pies con un torno de hierro, haſta ſuplir con viva fuerza el defecto; que

ſo-

ſolo para que fueſſe al mundo notoria ſu paciencia, lo permitió Dios en aquella inocente criatura. La Emperatriz, con ſer de increíble valor, no ſe atrevió á eſtár preſente. El Emperador, ſi con ſentimiento eſtraño; padeciendo entre tanto ſu Alteza, tan ſin quejarſe, ni hacer demoſtracion contraria, que ſu Aya, y criadas no pudiendo padecer mirando, lo miſmo que la veían ſufrir padeciendo, la rogaban con encarecimiento, que ſe quejaſſe, porque con eſſo podria ſer que no ſe proſiguieſſe tan cruel remedio, ó ſe eligieſſe otro mas tolerable. A eſto blandamente reſpondia con ſerenidad nunca viſta: Aſsi lo quieren mis Padres, y eſſo baſta; Dios me los ha dado para que los obedezca, deboles yo mucho de todas maneras. Con eſte rendimiento toleró lo que no pudiera la paciencia mas egercitada; ſiendo egemplo eſte, que no hace menos maravilloſa en ſu Alteza la fortaleza al ſufrir, que la reſignacion á obedecer. Y aqui vemos, que eſtas dos virtudes, valor, y obediencia, ſi bien en la cara parecen contrarias, en la ſuſtancia ſon muy parecidas; por ſer la fortaleza ſin obediencia temeridad, y la obediencia ſin fortaleza ignominia.

4 Mas blando es el egemplo que ſe ſigue. Rompia la Infanta muchos Roſarios, porque no tenia ocioſo eſte ſanto inſtrumento. Otras veces los daba, ſocorriendo mayores neceſsidades, como quien ſabía que no podia faltar el ſocorro á las ſuyas. Llegaron con la queja á la Emperatriz ſu Madre, y ſu Mageſtad tomó un Roſario, y llamandola con diſimulada ſeveridad, la dijo: Margarita, tomad eſte Roſario, y ha de ſer con advertencia, que lo habeis de tener, y guardar con vos toda la vida. Recibiólo, y conſtantemente cumplió aquel precepto, no apartandolo de sí deſde aquella hora en quantos años vivió; tan advertida, y atenta á eſto, que murió con ſus cuentas en la mano, en teſtimonio de eſte puntual rendimiento. Con eſte cuidado le trahia conſigo ſiempre; y como el ſoldado con las armas, ſin deſamparar el pueſto, acabó ſu Alteza con él. Soberbio es quien con eſte egemplo no aprende á obedecer: flaco, quien con el primero no aprende á ſufrir.

CAPITULO VIII.

FERVORES DEL AMOR DE DIOS EN SU Alteza, y de la caridad con los pobres en ſus primeros años.

LOS egercicios en que iba creciendo ſu Alteza, no ſolo eran virtuoſos, ſino ſantos; porque la caridad que ardia en ſu alma la hacia aſpirar al grado heroyco de la perfeccion. Acoſtumbraba los Sabados, en reverencia de nueſtra Señora, hacer que la llevaſſen los niños de la eſcuela; y en la Igleſia, cuya tribuna caía á Palacio, mandaba que todos cantaſſen la Salve, y otras oraciones, las manos compueſtas con devocion, y orden muy grande. Era ſumo gozo para ſu alma vér aquellos niños de rodillas alabar con puros corazones á la Virgen; y acompañabalos con interiores afectos, y mayor eſpiritu, y fervor. Solía decir, que holgaba mucho vér alabar á Dios á las mas tiernas criaturas, porque conſervan mas pura la limpieza del alma, y la gracia de que Dios les viſte en el Bautiſmo. Era eſta fieſta para ſu Alteza de tan grande guſto, que eſperaba los Sabados con mucho deſeo; y en acabando de cantar, mandaba que les dieſſen á todos limoſna, egercitando el amor divino en las alabanzas de Dios, y el del progimo en el remedio de los pobres.

2 Otros dias de fieſta hacia llamar á los Clerigos de la Parroquia, y que en la Igleſia cantaſſen Himnos, y Oraciones á la Virgen Maria, y mandaba pagarles eſta devota fatiga. Bien raras ſon eſtas coſas, aunque parecen menudas. En una niña eſte zelo? En tal edad, tal amor? Quien introducia en aquel Real corazon eſtos cuidados? Lo que Varones de ſingular perfeccion tienen por fin (como que los humanos alaben á Dios) tuvo eſta Señora por principio. Piſar el qué dirán de los Palacios con deſprecio, correr en el eſpiritu libremente, ſin impedirſe con la pompa del ſiglo, no ſon vulgares virtudes, ſino heroycas, pues quanto mas deſprecian, mas merecen.

3 Dabanla cierta cantidad de dinero cada ſemana, y ſu Alteza repartiala con grande eſpiritu, y prudencia, dividiendo eſte ſocorro en adornar ſu Oratorio, en limoſna de Miſas por ſí,

y por las almas benditas, y en darla á los pobres niños, y Clerigos, que venian á alabar á Dios. Fue cosa muy singular la caridad que tuvo desde sus principios, y como la egercitaba con los pobres. Haciásele poco darles su comida, buscábales amparo de diferentes personas, y pedia limosna para darla. Refieren las que la asistian en aquella edad; que en habiendo meriendas en Palacio, se levantaba con el fuego de su amor á solicitarlas á todas que diessen alguna parte á los pobres, y tenia para que la ayudassen á este santo egercicio despensetas de su devocion. ¡Qué facil que es ser buenos, socorridos con la gracia, aunque sea dentro de este vaso fragil de nuestra naturaleza! Todo esto hacia su Alteza en Palacio; que donde se mira mas lucida la pompa profana, suele estár mas viva, y encendida la caridad divina.

4 Era santa costumbre en el Palacio de la Emperatriz; que el dia que cumplia años alguno de sus hijos, se trahian otros tantos niños, quantos años cumplia, y uno mas, para ofrecerlo anticipadamente por el año siguiente. Estos eran hijos de pobres de la Corte, y vestianlos, y dabanles de comer: aquel dia servian la mesa las Archiduquesas, y de esta suerte la caridad en los hijos de la Emperatriz aumentaba la vida, al paso que primero repartia el socorro. Estos dias eran los mas solemnes, y gustosos que tenia la Infanta: aguardabalos cada año con fervorosa piedad, y su Alteza era la que mas se señalaba en aquel santo cortejo. Servia por su persona los niños, los limpiaba, y asistia; ordenandolo todo, haciendose con su fervor Autora de obra tan santa.

5 Decia su Alteza, quando referia esto en sus ultimos años, que estos fueron los dias que mas la alegraron, y en los que al acordarse recibia mas gusto. No sabré yo encarecer (decia) el gozo con que mi alma se hallaba quando me veía servir á aquellas criaturas, porque sobre ser pobres, eran inocentes, y santos por su edad. Representabaseme en ellos la inocencia de Christo, pobre, y humilde. Y referialo con tan grande ternura, y devocion, que no la causaba menor al referirlo, que al obrarlo. Finalmente, en Palacio en tan tiernos años era yá madre su Alteza de la caridad, á quien se acudia en las necesidades, y se pedian los socorros: quien intercedia por los pobres, y hacia caritativos á los ricos. En este punto era infatigable; y siendo sumamente humilde, y vergonzosa, la caridad la sacaba de su paso, y muy animo-

sa-

ſamente obraba, ſin embarazarſe en pedir por Dios para los pobres, la que todo le ſobraba para sí. Tenia tanta gracia al pedirlo, que minoraba caſi el merito de darlo; pues quando no huviera pobres, nadie podia negarlo á ſu blandura. A los Emperadores ſus Padres, hacia mas limoſneros ſu Alteza, poniendoles el campo delante, donde con mano Ceſarea repartieſſen lo que Dios les dió para dár.

CAPITULO IX.

ESPIRITU DE SU ALTEZA EN LAS recreaciones, y preſencia de Dios en los entretenimientos de ſu eſtado.

NO podia ſiempre la Infanta gobernar las ſalidas de caſa á las recreaciones, que la diſcrecion de la Emperatriz ſu Madre moderaba ſu fervor; y tal vez declinando de los Monaſterios, buſcaba con ſus hijas, Damas, y ſeñoras los jardines. En eſtas ocaſiones no eſtaba ocioſo el eſpiritu, que guiaba á ſu Alteza; porque el objeto que las otras ſeñoras daban á la viſta del cuerpo, ofrecia como materia de contemplacion á ſu alma. No paraba en la recreacion, volaba por ella á buſcar el entretenimiento al Autor de la vida. Eſte es uno de los ſingulares efectos de la gracia, uſar de eſto temporal, como eſcalera para ſubir á lo eterno.

2 Llamaba à las ſeñoras de ſu edad, y confidencia, que tenia yá deſtinadas para eſpoſas de Chriſto; y haciendo de ellas un eſquadron devoto, como abejas eſpirituales, andaban las fervoroſas Virgenes por aquellos jardines alabando al Señor. Elegian algun pueſto alejandoſe de las demás, y alli ſe entretenian con ſanta converſacion, refiriendo egemplos, caſos, ó aviſos utiles, y egercitando juegos, que entreteniendo tambien aprovechaſſen. Otras veces en la hermoſura de las flores, les decia, que miraſſen la hermoſura de Dios, ſolicitando á ſus compañeras á que levantaſſen ſu corazon de lo criado al Criador, porque amaſſen con eſto al Señor univerſal de todo. Amigas, decia, tomando alguna flor en la mano, ¿quién ha criado eſta flor? Puedela hacer el Rey mas poderoſo? Ni el hombre mas ſabio? Quién la dió diferencia

al

al color, y alegria á la viſta? Quien le introdujo fragancia, y le ha infundido oculta virtud? Poderoſo, y grande es, Señor que tanto puede; ſabio, y prudente quien tanto ſabe; ſumamente liberal, y bueno quien tales coſas á los hombres concede. Si éſto que crió para acabarſe, parece tan agradable á la viſta, ¿quál parecerá aquella Hermoſura eterna? Quál ſerá aquella Suavidad inefable? Aquella Sabiduria incomprehenſible? Sigamos á Dios, amigas, no nos quedemos en las criaturas.

3 En tales meditaciones entretenia ſus devotas compañeras, y con eſto paſaban la tarde, holgando, y aprovechando, que es grande arte de vivir, ſaberſe holgar para Dios. Eſte dividirſe con ſus confidentes, y apartarſe de ſus hermanas, y las otras ſeñoras, lo diſponia con grande cordura, y diſcrecion ſu Alteza, deſviando la rígida cenſura en Palacio de la ſingularidad. Tenia particular gracia en eſto, porque ſiendo intima para ſus amigas, la hallaban ſiempre alegre, y guſtoſa para todas. Sucedióle en una ocaſion, que caminando por el eſpacio grande de unos jardines, que tenian por muralla un boſquecillo, divertida la Infanta con ſus amigas, fueron ſin repararlo alargandoſe tanto, que perdieron de viſta á la Emperatriz, y á las otras Damas, y Señoras. Quiſieron volver á buſcarlas; pero habiendo perdído el camino, por el qual ſe fueron entrando, no ſabian por donde cobrarle. Finalmente deſcubrieron dos ſendas, mas ignoraban qual eligirian. Crecia en todas la confuſion, y el cuidado con la pena, y recelo de que las riñeſſen. ¿Hermanas, dijo la Infanta, quereis que acertemos? Hinquemonos de rodillas, y hagamos oracion á la Virgen Maria, y luego hecha la ſeñal de la Cruz, echemosla á modo de ſuerte, y adonde cayere, ſigamos aquel camino, y veréis que acertamos. Vinieron todas en el ſanto concierto, echaron las cruces en el modo que la niña lo habia dicho, tomaron la ſenda que cayó en la ſuerte, y caminando largamente por ella ſe hallaron con la gente, que con grande pena, y cuidado las venía á buſcar. ¡Quien no admira la ſuerte de ſeguir la Cruz Margarita, á quien concedió deſpues Dios por ſuerte en la Religion, el ſer Margarita de la Cruz! Referia eſte ſuceſo ſu Alteza, diciendo, que lo tuvo por mucha gracia de Dios, porque no habia ſido el rieſgo pequeño, y podia ſer de ſuſto, y cuidado grande para la Emperatriz ſu Madre, cuyo amor no podia tolerar aun menores auſencias.

CA-

CAPITULO X.

DEVOCION DE SU ALTEZA EN LA ORACION, y en la Misa, y sobrenatural favor que la hizo Dios en este Sacrosanto Misterio.

Iendo en los honestos, y santos egercicios de su vida su Alteza muy atenta, y devota en los mas interiores, y secretos, fueron muy superiores sus quilates. El rezar era con profunda humildad, y modestia; el orar con grande instancia, y fervor; el oír Misa con singular veneracion, y reverencia. Dicen los que la assistian siendo niña, que causaba edificacion grandissima el verla delante de este Divino Señor. Assistia de rodillas, tan compuesta en su exterior, tan recogida en su interior, tan atenta, que parecia un Serafin. Procuraba al oír Misa apartarse de las otras, por escusar que nadie la inquietasse. Valiale mucho en esta atencion la presencia de la Emperatriz, y el egercicio que hemos referido; pero mucho mas la caridad divina que la contenia, y defendia: que es fuerte muralla el amor, para conservar la pureza del alma, y defenderla de los defectos del cuerpo.

2 En la Misa recibió su alma singulares dones. Alli la introducian santos propositos, y la despertaban fervorosos deseos, la guiaban con divinas inspiraciones, la ayudaban con eficaces auxilios, y comunicaban muy devotas lagrimas. Reconocia el tesoro que tenemos los Christianos en este Sacrosanto Misterio, los desperdicios que hacemos de la gracia, si entregados á nuestra flaqueza, no logramos el mayor bien de la vida. Lagrimas de sangre lloren, el divertimiento con que estamos, la indevocion con que assistimos á este Sacrosanto Misterio.

3 No assi la Infanta, que mereció singulares favores su atencion, y profunda reverencia. Sucediale algunas veces, que mirando el Caliz sagrado, quando contenia en sí la Sangre del Señor, poco antes que consumiesse el Sacerdote, veía su Alteza, que la Sangre del Cordero Divino que se derramó por nosotros en la Cruz, crecia, y subia sobre el Caliz, de suerte, que á su Alteza le parecia que queria verterse. Veíalo, y volvialo á mirar, y tantas veces lo volvia á vér: y aunque se alegraba sumamente

de

de vér aquella ſangre venerable, y ſentia en ſu alma ſingulares efectos, no hacia en ello miſterio: porque ſu inocencia ſinceriſſima llegaba á penſar, que todos veían, y miraban lo miſmo. ¡O fé, y humildad admirable! Creer tan altamente del Miſterio, que le pareciesſe, que no era milagro tan gran portento! Creer tan ſantamente de ſus progimos, que le pareciesſe, que todos merecian tan alto favor!

4 Conſiguió con eſta ſingular miſericordia ſu Alteza, una impreſion terniſsima en el alma, un amor entrañable á la Sangre de Chriſto, un fervor grandiſsimo de adorar, y venerar al Señor Sacramentado. Nunca Dios hace de balde ſemejantes favores, ni ſu Sangre ſin grandes ganancias ſe manifieſta. Prendaba á la Infanta deſde el Caliz Jeſus Clementiſsimo, y á dulce amar, y á padecer la convidaba. ¿Quién ſino un Dios enamorado pudiera poner de antemano la Sangre delante los ojos, á quien habia de ofrecer los ſuyos por ſu Sangre? Quién tan anticipadamente ſupiera regalar aquella viſta en ſus primeros años, para que le fueſſe alivio al perderla en los poſtreros? Dió virtud á los ojos de ſu eſpoſa Jeſus cinquenta años antes que ſe los quitaſſe. Tanto tiempo previene el conſuelo á la pena. Con eſtas mercedes, y otras mas interiores, iba la Real doncella creciendo en la virtud, y en el aprovechamiento eſpiritual del alma; de manera, que cada dia ſe hallaba con nuevos aumentos de gracia. Comenzó á hallar gran guſto en la oracion, y mas, que llegó á deſpreciar el guſto en ella, y en medio del amar, amaba el padecer. Ofreciala Dios regalos, y ella le pedia penas: veſtianla de ſuavidad interior, y venerando ſu Alteza los favores con ſuma humildad, ſe negaba á los guſtos, y de los dos montes de la vida interior, dejando el Tabór, eſcogia el Calvario.

5 Sirvióſe Dios de llevar á ſu Alteza por camino muy propio á ſu miſericordia, dandole mas á obrar, que á entender; y teniendola llena de teſoros el alma, ſeguia ſu vida la Infanta ſin advertirlos, caminaba mirando á Dios ſin mirarlos. Punto bien alto de contemplacion, no detenerſe en lo que ſe ſiente con el anſia de hallar lo que ſe buſca. Sentia, no ſolo facilidad, ſino guſto en obrar bien: aplicaba con facilidad á Dios lo indiferente, y hacia facilmente mas perfecto lo bueno. Sin penſar en ello halló ſu corazon cautivo del amor Divino, ſuperior, yá que no eſ-

ſento á los afectos humanos, la razon en ſu alma coronada, y las paſiones rendidas.

CAPITULO XI.

ZELO ARDIENTE DE SU ALTEZA EN LA FE, en ſu primera edad, y particulares demoſtraciones en eſta virtud.

AUnque en ſus tiernos años dotó Dios á la Infanta del dón de Caridad, no fue menor la gracia, que ſe ſirvió de darla en la Fé: porque ſi en aquella primera virtud era enamorada, en eſta ſe moſtraba valeroſa. Deſde niña la crió ſu Madre con todos los actos de Religion, que ſe deben criar los niños antes que los entiendan: los golpes de pechos, alzar los ojos al Cielo, nombrar Jeſus, juntar las manos, y otras ſantas ceremonias de la Igleſia; por ir formando á ſu hija de manera, que hallaſſe cerradas las puertas con eſtas ſeñales divinas, quando fueſſe á entrar por ellas la relajacion. ¡Qué mal ſavor que hace á la carne eſte devoto cuidado, pareciendole civilidad todo lo que no es pompa, vanidad, y mundo! Juzgaba eſta Real Matrona, que ſi las niñas antes que ſepan perſignarſe, los primeros alientos, las primeras acciones dán al vicio, como han de crecer á la virtud: y que ſi las dán á la virtud, facilmente ſe defenderán del vicio.

2 Al paſo que ſu Alteza fue ſiguiendo á Jeſus Dulciſsimo con amarle, recibió ſingulares iluſtraciones al creerle. Veneraba ſumamente la Ley de Dios, y en ſus Mandamientos, y en los preceptos de la Igleſia no habia reducirla á que diſpenſaſſe ſu obediencia, ni á deſcaecer un punto del cumplimiento de la Ley, ſino por motivo de mayor perfeccion. Alcanzó tan grande credito de la Ley de Dios, y tan alta eſtimacion de ſus Mandamientos, que con ſer de un ingenio tan vivo, y advertido, pasó muchos años ſin poderſe perſuadir á que huvieſſe catolico que ofendieſſe á Dios gravemente. Y quando leía, ó decian, que algunos Catolicos pecaban mortalmente, no lo podia tolerar, y con ſanta impaciencia, y ſoberano zelo, decia: Callen, no digan eſ-

esso, que no es posible que haya sucedido lo que refieren. ¿Cómo puede ser, que una Ley tan suave la quebranten, y á un Dios tan bueno le ofendan? Pureza es esta raras veces vista: tales su Alteza los juzgaba á todos como se veía, no pudiendo creer de otros lo que en su alma no le era posible llegar á pensar.

3 Como en Alemania el veneno Luterano ha inficionado tanto las almas, y en el tiempo que la Infanta era niña crecian estas, y otras nuevas desventuras con furor increíble, llegaban á oídos de su Alteza pérdidas de almas, perversiones de Ciudades, ruinas de Iglesias, corrupcion de costumbres. Causábanla tan grande dolor, que no era tolerable á sus fuerzas. Andaba por Palacio triste, afligida, y desconsolada: poniase á llorar, y con amorosos gemidos pedia socorro al Cielo. Decianla sus criadas, ¿qué tiene Reyna? Por qué llora V. Alteza? Y dando puerta á su vivo sentimiento, respondia con dulces, y devotas lagrimas: ¿No habeis oído lo que pasa? No quereis que llóre? No veis lo que hacen los Hereges? No veis lo que padecen los Catolicos? No veis lo que se ofende Dios? No basta esto para vivir, y morir lastimada? Solía ser su sentimiento de manera, que era necesario consolarla, y hablarle mucho en la fineza con que los Catolicos abrazaban, y defendian la Fé; como Dios mejoraria los tiempos, y que en su misericordia cabian mayores esperanzas.

4 En esta materia solía referir su Alteza, hablando del aborrecimiento grande, y perfecto odio que tenia á los enemigos de la Iglesia: que siendo de pocos años, venian al Palacio del Emperador su Padre algunas señoras Luteranas á visitar á la Emperatriz, y trahian consigo sus hijas, que seguian la misma perversion: y como aquellas muchachas eran de la edad de la Infanta, la iban á visitar, y assistir. Su Alteza con particular cuidado las acariciaba, para tenerlas contentas, y dispuestas, intentando con ganarles la voluntad, alumbrarles el entendimiento. Despues de haberlas agasajado, y honrado, comenzaba blandamente á hacer su bateria en materia de la Religion; y con la resistencia poco á poco se iba afervorizando de manera, y vistiendose de un zelo tan ardiente, y un calor tan vivo, que las que la miraban, lo admiraban. Vituperaba el error, y relajacion Luterana, y llevada del espiritu, y fervor, decía razones tan vivas, y eficaces, y tan superiores á su edad, y á sus noticias, defendiendo la Iglesia Romana, que se manifestaba bien la verdad del Evangelio, don-

de dice: *Que ſocorrerá en eſtas ocaſiones con ſu gracia el Señor la debilidad de nueſtra naturaleza.* (a)

5 Referia eſto ſu Alteza en los ultimos años, diciendo: Cierto que quando eſtaba en eſto, me parece que me hallaba fuera de mí, y que me daba Dios palabras que decirles, y que yo me admiraba de mi miſma. Tambien ſolía contar ſu Alteza, que las muchachas ſe defendian muy obſtinadamente, y que algunas de ellas ſacaban libros que trahian conſigo, y la Biblia en vulgar, falſeada, queriendo con ella comprobar ſu error, y defender ſu daño. Yo, decia la Infanta, no lo podia ſufrir, cogiles una Biblia, y la quemé, y ſentia dentro de mí tan grande corage, que ſi me fuera lícito acabára alli con ellas, aunque me coſtára la vida, y muriera á ſus manos. ¡Lo que puede el zelo de la Fé! ¿Quien no admira, veſtida de ánimo, y piel de leon, la inocente pureza de eſta blanca cordera?

CAPITULO XII.

MUERE EL EMPERADOR MAXIMILIANO, y comienza Dios à diſponer medios á la vocacion de ſu Alteza, con la jornada que la Emperatriz ſu Madre intenta á Eſpaña.

CON eſtas virtudes, inclinaciones, y egercicios iba creciendo ſu Alteza á los ojos del mundo, quando de lo que lloró como deſdicha, abrió Dios camino á la que ſiempre fue ſu mayor felicidad. En la Ciudad de Ratisbona, en la junta Electoral, en que eligieron por Rey de Romanos al Emperador Rodolfo, acabó la felíz jornada de ſu vida el Emperador Maximiliano Segundo en 49. años de ſu edad, á 12. de Octubre de 1576. con grave, y prolija dolencia. Fue Principe de excelentes partes, naturales, y adquiridas: el talle hermoſo, la condicion Real, blando el gobierno, ſuperior el talento, y el conſejo, dichoſo en la bendicion de la Igleſia, Padre de hijos eſclarecidos, é hijas feli-

ci-

(a) *Nolite cogitare quomodo, aut quid loquamini; dabitur enim vobis in illa hora quid loquamini.* Matth. 10. v. 19.

ciſsimas, que las unas fueron Reynas en las mayores Coronas de Europa, las otras Santas en el eſtado Religioſo.

2 Con la muerte del Emperador Maximiliano ſu Padre tomaron diferente eſtado las coſas de ſu Alteza, porque el terrible golpe de eſte crudo accidente, que cerró la puerta al contento en la Emperatriz, la abrió á la ſanta vocacion de la Infanta. Con debido dolor ſintió tan gran pérdida la Emperatriz Maria, una compañia tan amable, tan conſtante, y antigua, con tantas prendas de amor. Comenzó á manifeſtar ſu ſentimiento con nobles circunſtancias, porque gobernada de eſpiritu devoto, y valeroſo, no ſe contentó con ſocorrer el alma del Emperador ſu marido con ſufragios debidos, ſino con ofrecerſe por ſufragio. Pareciale que no tenia que aguardar en el mundo, quien tal marido habia perdído, y que era poco llorarle en la muerte, ſino dejaba viviendo la vida. Nació entre el dolor, y el eſpiritu en la Emperatriz reſolucion generoſa de dejarlo todo; y como tenia en Carlos Quinto ſu Padre tan cerca el egemplo, no le parecian grandes las dificultades de la egecucion. Eſto que muchos dias tuvo encubierto, fue poco deſpues manifeſtándolo, primero á los que podian ayudarla con ſu conſejo, deſpues á los que habia de uſar de ſu mano. Habia conſultado eſte propoſito con perſonas devotas, y ſantas, para que en ſus oraciones pidieſſen al Señor luz en el conſejo, en la egecucion medios, y dicha en el fin.

3 El primer intento que tuvo la Emperatriz deſpues de la muerte del Emperador Maximiliano, fue hacer un Monaſterio en Viena, ó en Praga, y alli en devoto retiro, dejadas las coſas del mundo, dar ſu vida á Dios. Pero el Señor, que lo gobierna todo, y con oculta mano guia con ſuma providencia las reſoluciones, deſviandola de eſta intencion, ſe la trocó en otro medio, en que reſplandeció con mayores luces ſu grandeza. Tenia noticia de la fundacion que habia hecho en Madrid la Princeſa Doña Juana ſu Sereniſsima hermana de Religioſas Deſcalzas de la Orden de mi Padre San Franciſco. Habianle eſcrito el eſpiritu, y fervor de aquellas Religioſas, y de ſu perfecta Obſervancia; que ſe habian encerrado en aquel Monaſterio nobiliſsimas Señoras, que dejando lo mas que hay que tener en el mundo, ateſoran lo mejor que hay que llevar para el Cielo. Pareciale bien eſte ſanto deſvio del ſiglo, y ofrecianſe grandes conveniencias. La

fun-

fundacion perfecta, la vida regular, y obſervante, ſer caſa de la Princeſa ſu hermana, volver á los ojos, y Corte de Felipe Segundo ſu hermano, que por cartas la exhortaba á que tomaſſe eſta reſolucion. Deſembarazabaſe de hijos, y cuidados de Alemania; y cortaba de una vez eſtos fuertes vinculos del alma; apartando las memorias triſtes que le ofrecian, deſpues de la muerte del Emperador ſu marido los miſmos lugares, que primero le fueron alegres con ſu compañia. Finalmente deſpues de haber encomendado mucho á Dios eſta reſolucion, y tenido ſobre ello largo, y deliberado acuerdo; y reſpondido á ſu Mageſtad muy graves, y devotas perſonas, que creían ſin duda que Dios le ayudaria á egecutar tan ſantos intentos, manifeſtó á ſus hijos ſu determinacion.

4 Todo eſte tiempo habia aſsiſtido la Infanta Margarita á ſu Madre con particular amor, ſiendo ſu alivio en eſtas afliccio-nes: porque el vér la perfeccion de ſu vida; el agrado de ſu condicion, las mercedes que de Dios recibia, era ſu conſuelo en penas tan grandes. Acompañó ſu Alteza con tiernas lagrimas la muerte del Emperador: porque ſobre haber ſido muy amada del Ceſar, y la Infanta ſumamente obediente, y amoroſa á ſus Padres; el dolor que veía en ſu Madre, era la mas penoſa cauſa del ſuyo. Ayudaba á que le hicieſſen frequentes ſufragios, y á eſto aplicaba todo ſu fervor; ella miſma padecia por él, y ſe ofrecia á ſantos egercicios, y penalidades. Eſta devocion, eſte juſto agradecimiento, y cuidado le duró mucho tiempo, y como deſpues ſe dirá, fue de gran ſocorro al alma del Emperador Maximiliano; que criar bien los Padres á los hijos en la vida, les hace utiles para ayudarlos, aun deſpues de la muerte.

CA-

CAPITULO XIII.

DIFICULTADES DE LA JORNADA de la Emperatriz, é inſtancias que ſe hizieron por el Imperio para què la eſcuſaſe.

CAusó novedad en el Imperio la reſolucion de la Emperatriz Maria; porque aunque la grandeza de ſu ánimo era conocida, y la ſuma perfeccion de ſu vida; el deſeſtimar la Purpura, y Corona, y volver las eſpaldas á tan alta dicha, nunca deja de admirarlo el juicio mortal. A los miſmos que deſeaban ſu ſervicio, ſe les ofrecian dificultades en la reſolucion: dejar en tan gran deſamparo á las mas caras prendas del alma: tan hermoſa, y numeroſa familia: Poco antes electo por Rey de Romanos Rodolfo II. yá coronado Emperador, joven, aunque de claras eſperanzas, á quien le importaba la experiencia, y conſejos de la Emperatriz. Deſamparabale ſin tomar eſtado, poco inclinado al Matrimonio; antes bien averſo á eſtas platicas, como ſe habia viſto en algunos tratados que ſe lé habian propueſto: las coſas del Imperio no del todo aſſentadas: los eſtados patrimoniales, y hereditarios, con neceſidad de recibir forma de mano conocida, y acreditada con largo gobierno: embarazos grandes en la jornada: aſpero, y largo camino: la frialdad, y yelo de los Alpes: Tiempos riguroſos, gaſtos, incomodidades, peligros de mar, y tierra: la edad de la Emperatriz canſada, quebrada la ſalud; y con el ultimo dolor mas perdída. Con eſtas cauſas ſobre las inſtancias domeſticas de ſus hijos, acudieron por todos los Eſtados á ſuplicar á ſu Mageſtad Ceſarea, que no los deſamparaſſe, poniendole delante el amor, y lealtad con que le habian ſervido, y obedecido: que ſi quería recogerſe, fueſſe en qualquiera de ſus Cortes, en donde quando bien eſtuvieſſe retirada ſu Auguſta perſona, ſe hallaſſe cerca del remedio ſu prudente conſejo.

2 No es, decian, conveniente ſatisfaccion á los muertos, laſtimar con el dolor á los vivos: y por haber perdído, Señora, el marido, perder los hijos, y los vaſallos. ¿Qué conſuelo llevó á la otra vida Maximiliano Emperador Invicto, ſino quedar V. Mageſ-

geſtad para ſu ultima auſencia? Eſta juſta eſperanza la corta el ſumo rigor de eſte deſamparo. Al dolor grande de eſta pérdida no tuvo el Imperio otro conſuelo, ſino el volver los ojos, no enjutos, á la perſona de V. Mageſtad, creyendo, que al Emperador Rodolfo ſu hijo con ſaludables documentos, y conſejos, le haria parecido á ſu Padre. Grande es, Señora, el talento del Ceſar. ¿Pero quando la prudencia no huvo meneſter las noticias? Quando la experiencia dejó de aſſegurar los aciertos? Eſte haber tocado con las manos las coſas; y viſto en los ſuceſos los daños, es lo que encamina los remedios. ¿Quien oſa negarſe al beneficio comun, habiendo ſolo nacido á ſu amparo? Si las perſonas públicas, ſi eſte vinculo, que junta la paz de los Reynos ſe diſuelve, y deſata, ¿en qué eſtado ha de eſtár la cauſa pública? El deſconſuelo de la pérdida del Ceſar hemos de llorar con otra mayor; y quando neceſitamos de alivio, ſe renueva la pena? Trahe la naturaleza á las madres de lejos á vivir con ſus hijos, y hace patria el amor, de la que habitan las prendas mas dulces del alma. Deſamparalas V. Mageſtad quando las tiene conſigo: apenas vén muerto á ſu Padre, quando yá vén auſente á ſu Madre. Quien á ſus hijos en Alemania deja, ¿qué ha de hallar que pueda conſolarle en Eſpaña? Eſtos ſon los vinculos mas fuertes del corazon humano, á los quales nunca pudo, ni ſupo volver las eſpaldas la naturaleza.

3 En eſta diverſidad de ſentimientos, y diferencias de inſtancias, eſtaba la Infanta Margarita ſuſpenſa, eſperando el fin de la reſolucion. En el punto que ſu Madre ſe reſolvió de ir á Eſpaña á retirarſe, halló ſu alma dilatacion, y campo ſus deſeos; y mas quando la digeron, que iba á las Deſcalzas de la Princeſa ſu Tia, luego comenzó ſu ſanta determinacion á gozarſe con eſpiritual alegria, y á publicar que queria ir con ſu Madre á eſta devota ſoledad: preguntaba mucho del Monaſterio de las Deſcalzas; quantas Religioſas tenia, y qué forma de vida. Alegrabale grandemente el ſer Deſcalzas, que le parecia deſembarazo para ſeguir á Dios el imitarle con plantas deſnudas: habia muerto poco deſpues que el Emperador ſu Padre la Infanta Leonor, y pareciale con eſſo mas facil ir acompañando á ſu Madre. Con eſto decia á ſus compañeras, las del ſanto concierto, que ſe previnieſſen, que habian de ſer Deſcalzas con ella; y que ſería bien que deſde luego fueſſen probando lo que habian de profeſar: y,

aſ-

aſsi todo lo que cabia en los terminos de ſu edad, y de ſu eſtado, ſe enſayaba en aquel ſanto inſtituto, y dentro de la grandeza de Infanta iba ſiendo Deſcalza.

4 La Emperatriz á la ſúplica de los Eſtados, reſpondió con grande amor, diciendo: Como habia eſcogido aquella reſolucion por la mas conveniente, y que no podia eſcuſarla: que por ſu conſuelo, y la aſsiſtencia del Emperador ſu hijo, ſe detendria en Alemania el tiempo que fueſſe neceſario; creyendo de tales ſubditos, que aſsi obrarian auſentes con ſu memoria, como pudiera entre ellos ſu preſencia. Eſta fue alegre reſpueſta para la Infanta Margarita, la qual deſde entonces dió por conſeguido ſu intento; y quando la dilacion la entriſtecia, la reſolucion la alegraba, viviendo dando priſa á los dias, para que llegaſſe aquel en que habia de vér coronados ſus deſeos.

CAPITULO XIV.

PERSUADEN A SU ALTEZA ſus deudos no ſalga de Alemania: y la conſtancia que moſtrò en eſta reſolucion.

EN el tiempo que la Emperatriz eſtuvo en Alemania, haſta algunos meſes antes que partieſſe á Eſpaña, no ſe declaró á traher conſigo á la Infanta; antes era una de las reſoluciones que mas pena la daban: porque el dividirla de sí, era intolerable á ſu amor, y el traherla ſin grande conſejo, no era compatible con ſu prudencia. Peleaban en ſu corazon el deſeo, y el recelo de traherla, que el guſto de ſu compañia templaba el mayor acierto de ſu conveniencia. En primer lugar le pareció neceſario explorar ſu voluntad: y porque el reſpeto no la condugeſſe, adonde deſpues la hallaſſe el arrepentimiento, mandó que la hablaſſen primero el Emperador, y los Archiduques ſus hermanos, con quien mas facilmente podria declararſe.

2 Eſtaba en aquella ocaſion en Alemania la Reyna de Francia ſu hija Doña Iſabél, ſeñora de heroycas virtudes, que deſpues de muerto Carlos Nono ſu marido, quedando moza, y hermoſa, dejó una hija, que huvo de aquel matrimonio en Francia, y volvió á retirarſe á Alemania, á mayor perfeccion de vida.

Las acciones de la Reyna Doña Iſabél requerian Hiſtoria particular; porque como tocarémos deſpues, fueron admirables. Felipe Segundo deſeó, muerta la Sereniſsima Reyna Doña Ana, caſar con eſta Señora, conociendo ſu virtud, y valor, hermoſa diſpoſicion, y edad. Tenia la diſpenſacion el Rey, quando la Reyna Doña Iſabél, aſpirando á Corona mas glorioſa, hizo una fundacion en Viena de Monjas de mi Santo Padre San Franciſco, ajuſtandoſe en lo que pudo á la forma miſma que habia tenido la Princeſa Doña Juana ſu Tia en la fundacion Real de las Deſcalzas de Madrid, de donde con gran cuidado habia hecho traher las conſtituciones. Con eſtas Religioſas ſe recogió á hacer vida penitente; manifeſtando Dios con algunos milagros deſpues de ſu muerte, el acierto de tan ſanta reſolucion.

3 Por haberſe retirado la Reyna Doña Iſabél, quando trataba de venir á Eſpaña la Emperatriz ſu Madre, usó de eſte medio ſu Mageſtad, para entender la determinacion de la Infanta. Como la Reyna Doña Iſabél conocia bien la virtud de ſu hermana, y el deſeo que tenia del amor de Dios, pareciale muy apropoſito, y perſuadiala con grandes ofrecimientos ſe quedaſſe con ella. Deciala: Que ſe retirarian juntas en el Monaſterio que fundaba, y que alli harian vida Religioſa. El Emperador, y los Archiduques ſus hermanos la rogaban lo miſmo, porque ſentian ſumamente vér quan determinada eſtaba á dejarlos: pero los que mas inſtancias hacian, y con mayor perſuaſion la fatigaban, eran los Archiduques ſus tios, hermanos de ſu Padre Carlos, de quien fue hija nueſtra Reyna Doña Margarita, y el Archiduque Ferdinando, Padre de la Emperatriz Doña Ana, muger del Emperador Matias. A eſtos dos ſeñores, perſonas de grande ſeſo, y prudencia, parecia grave, y penoſa eſta reſolucion. Ir una niña á tierras eſtrañas, fuera de ſus deudos, y patria, nacion, y lengua diferente; el ſuſtento, y clima contrario, á conocer nuevas condiciones, y humores; ſalir de ſu tierra de entre ſus hermanos, deſterrada del Norte, al Occidente, mas parecia caſtigo, que vocacion.

4 La Emperatriz ſu Madre iba á la miſma tierra en que nació, y era volver la rama á ſu tronco; pero la Infanta, niña en la edad, tierna en la complexion, entregarſe á los ſuceſos, que ofrece la variedad humana, ſe juzgaria por temeridad, y no por eſpiritu. ¿Qué habia de hacer en muriendo ſu Madre? Y ſi en el

ca-

camino el incierto, é inevitable golpe de la muerte le ſobrevinieſſe, ¿qué repáro podia hallar en tanto deſabrigo, y ſoledad? Que aunque en el amparo del Rey Felipe ſu tio tuvieſſe el miſmo acogimiento que en ſu Padre; pero éſte era el remedio del daño, el qual ſe eſcuſaba con quedarſe. Reducirſe á ſu patria las Reynas, dejadas las Provincias, y Coronas, que mandaron en poder de ſus hijos, ó cuñados, era muy ordinario; ¿por qué adonde mejor pueden eſtár, que en donde nacieron? Pero quando ſe habria viſto deſterrarſe una niña de tierna, y hermoſa edad; condenandoſe á ſeiſcientas leguas de camino, aſpero, y peligroſo, por diverſas naciones, para hallarſe como flor deſtroncada en otro poder, y mano que la natural. Si queria ſer Religioſa, en la Reyna Doña Iſabél ſu hermana podria tener, para el eſpiritu Prelada; para el egemplo compañera, y amiga: no en Monaſterio de agena nacion, veſtida un ſayo de ruſtico ſayal, entre Señoras Religioſas, para ella, nunca conocidas, ni viſtas; lengua, y condiciones diferentes.

5 A todas eſtas razones, por diferentes medios, y con grande perſuaſion repreſentadas, reſpondia la Infanta con ſuma conſtancia, y modeſtia, eſtas breves, y ſuſtanciales palabras: Hermanos, y tios, vivir, y morir con mi Madre. Volvian otra vez á perſuadirla, , y volvia otra vez á repetirlas. Con vér eſto la Emperatriz, y la conſtante determinacion de ſu hija; obrando ſiempre ſu Auguſta perſona contra lo miſmo que deſeaba; no quiſo reſolverſe á coſa tan grande, ſin hacer todo lo que humana, y prudentemente ſe debia. Comunicó la reſolucion de la Infanta con los parientes, y amigos, y en particular con la Duqueſa de Baviera ſu prima, y cuñada, hermana de Maximiliano ſu marido, hija del Emperador Ferdinando Primero, Infante de Eſpaña. Era eſta ſeñora de ſeñalada virtud, y conſejo; y reſpondió con eſtas breves palabras: Señora, muy bien quedaria mi ſobrina en compañia de ſu hermana la Reyna, y con los demás hermanos ſuyos: pero mi parecer es, que las hijas ſiempre eſtán mejor con ſus madres; eſpecialmente quando ſon niñas, y por criar, como lo es mi ſobrina. Cifró en pocas palabras gran conſejo.

CAPITULO XV.

PREGUNTA LA EMPERATRIZ A SU Alteza si quiere seguirla: lo que responde; y vàse apresurando la jornada à España.

NO se quietaba aún el Augusto corazon de la Emperatriz Maria en la resolucion de traher á la Infanta su hija, ni con la aprobacion de la Duquesa de Baviera, ni con la constante determinacion de su Alteza; y assi quiso ella misma tocar su voluntad con las manos. Despues de haberlo mucho encomendado á Dios, la llamó, y con graves, y discretas palabras, porque no pudiesse el amor hacerle el alvedrio cautivo, solía referir la Infanta, que, la dijo; ¿Margarita, es verdad que gustais de acompañarme, y que de todo corazon quereis hacer esta jornada conmigo? Miradlo bien, que aunque yo tendré mucho consuelo en llevaros en mi compañia, con todo esso quiero mas vuestra comodidad, y daros gusto.

2. Respondieron los ojos de la Infanta á esta proposicion con tiernas lagrimas, que explicaban bien sus deseos; y assi postrada á sus pies la pidió, que no la dejasse, pues con ella queria vivir, y morir; ¿qué habia de hacer sin su Madre? Ni quien podria suplirle su ausencia? Sus hermanos hombres, su hermana Leonor yá muerta, su hermana la Reyna Isabél yà en estado, y edad conocida; solo ella quedaba verdaderamente sola. ¿Qué desservicios le habia hecho, que pudiesse dudar de su amor? Y qué amor podia tolerar una ausencia tan larga, una despedida sin fin? Que no habia nacido su Alteza para sus hermanos, y tios, sino para su Madre, á quien debia la vida. ¿Sin su amparo, qué comodidades podia tener? Sin su consejo, qué aciertos? Qué perfeccion sin su egemplo? Muriendose las madres perderlas sus hijas, era pérdida de gran dolor; pero inevitable. Perder á su madre viviendo, ¿á quien sino á ella habria sucedido? Que sus comodidades eran seguirla, y su gusto; tanto mas al retiro á donde Dios tambien la llamaba. ¿Alli qué embarazo le podia hacer una hija, que veneraba su nombre, y no podia vivir un punto sin verla?

En-

3 Enternecieron mucho á la Emperatriz las diſcretas palabras de ſu hija, y volvieron otra vez á renovarſe en union aquellos dos Reales corazones: y alli, decia ſu Alteza, que ſe ofrecieron de no dividirſe, ſino con la muerte, aſſegurandole la Emperatriz de que no la dejaria, y ſu Alteza, de que no ſe quedaria por ningun accidente. Habiendoſe yá publicado eſta reſolucion, haſta aquel punto ſuſpenſa, trató la Infanta de ſu jornada, como coſa ſin duda, y comunicó con ſus amigas ſu contento: ſolicitabalas á todas á que ſe fueſſen con ella, ofrecialas ſu amparo, y ſu amiſtad; intercedia con la Emperatriz ſu Madre, para ſus conveniencias, y allanaba las dificultades que en la materia ſe ofrecian.

4 Señalado, finalmente, el dia de la jornada de la Emperatriz, era grande la confuſion de la Corte, y en eſta mudanza, la diverſidad de los pareceres, y afectos humanos: unos quedaban con dolor, otros partian con alegria. A quien, era amarga eſta diviſion, y el verſe los padres, y las hermanas apartarſe á no conocida ſuerte, y ſucesos. A quien, era agradable la novedad de diverſas naciones, trages, y coſtumbres, dejandoſe llevar de eſta inſaciable ſed del corazon humano de mirar coſas nuevas. Formabanſe varios juicios de la reſolucion; como ſucede en las que ſe ponen al tablero de la cenſura comun, diſcurriendo cada uno á ſu alvedrio. Cortaban algunos con ſeveridad, determinacion tan notable, mudanza de tanta grandeza; que aun imaginada parecia impoſible; tantas familias tranſplantadas del Norte al Occidente; un egercito de mugeres nobiliſsimas, por tal aſpereza de caminos, y peligros, arrieſgadas; yá en el mar, yá en la tierra, expueſtas á penalidades, y trabajos, naufragios, y dolencias. ¿Qué retiro no hallaria la Emperatriz en Alemania? Qué Monaſterios no le fundarian ſus miſmos Eſtados? Qué conſejos no daria ſu prudencia? Qué inconvenientes no eſcuſaria ſu valor?

5 Otros á diferente luz diſcurrian, con grande aprobacion, pareciendoles ſuma prudencia, no querer verſe en el miſmo Imperio Madre: que lo habia gobernado, y mandado Señora, dependiente de la voluntad de ſu hijo, y del alvedrio de ſu juventud. ¿Qué tenia yá que ſer en el mundo, quien habia ſido Emperatriz en él? Solo con retirarſe ſe hacia ſuperior á ſi miſma; y tanto mas conſeguia, quanto mas deſpreciaba. De eſta ſuerte, deſigualmente ſe diſcurria por los Corteſanos, y Politicos, cada

uno

uno corriendo con ſu parecer, por donde le guiaba ſu inteligencia; haciendoſe todos al juzgar ſuperiores á los que lo ſon en el reſolver; que ſiendo tan altas las determinaciones de Eſtado, no hay juicio tan leve que no las cenſure.

CAPITULO XVI.

PARTE LA EMPERATRIZ CON LA Infanta, de Alemania: el buen orden, y concierto de ſu Corte.

COmpueſtas yá las coſas de Alemania, y del Imperio, inſtruido en todo el Emperador Rodolfo, por la Emperatriz ſu Madre; cumplido con el teſtamento del Emperador ſu marido; diſpueſtas las prevenciones neceſarias á tan grande reſolucion, habiendoſe hecho antes muchos ſacrificios, y por ſu Mageſtad, y otras ſantas, y devotas perſonas inſtante oracion, ſe egecutó la jornada por el mes de Agoſto de 1580, partiendo de la Ciudad de Praga, cabeza del Reyno de Boemia, en donde habia aſſentado ſu Corte el Emperador Rodolfo. Aſsiſtia en aquellos tiempos por Embajador ordinario de Felipe Segundo Don Juan de Borja, hijo del Santo Franciſco de Borja, Duque de Gandía, Caballero de gran virtud, y talentos; tenia orden del Rey de que vinieſſe ſirviendo á la Emperatriz de Mayordomo mayor, y egerció eſte pueſto con tal diſcrecion, y providencia, que fue uno de los mayores alivios que tuvo la jornada.

2 Deſpidieronſe en Praga del Ceſar la Emperatriz ſu Madre, y la Infanta ſu hermana, con grande terneza, y por eſtár gravemente ocupado, no pudo acompañarlas. Fueron deſde aquella Ciudad, aſsiſtiendo á ſu Mageſtad, y Alteza, la Reyna de Francia Doña Iſabél, los Archiduques Arneſto, y Maximiliano ſus hijos: traveſaron parte de la Morabia, haſta llegar á Carintia, en donde eſtaba aguardandoles el Archiduque Carlos, primer hermano, y cuñado de la Emperatriz, Padre del Emperador Ferdinando Segundo, que hoy felizmente vive. Recibiolas en Gratz ſu Corte, como convenia á tales perſonas; y alli con tiernas lagrimas ſe deſpidieron la Emperatriz, y ſu Alteza de la Reyna de Francia, y del Archiduque Arneſto ſus hijos, que tra-

ve-

veſados de dolor de eſta herida, volvieron á Praga. De Gratz ſalieron acompañadas del Archiduque Carlos, haſta dejarlas fuera de ſus Eſtados, en donde ſe deſpidió; y continuaron ſu jornada con el Archiduque Maximiliano, y ſu Corte, para paſar por los Alpes á Italia.

3 Era grande la Corte, que conſigo trahia la Emperatriz Maria, y la Infanta ſu hija de Señoras, Damas, Criadas, y Familia; el Archiduque Maximiliano, Principes, Caballeros, y deudos que la ſeguian, por diferentes obligaciones, y cauſas. Por eſto no pudo dejar de padecerſe mucho en tan aſperos, y peligroſos caminos; el tiempo caluroſo; las tierras, y regiones deſtempladas. Ardia la peſte en Italia, ſin el contagio ordinario de las mutaciones, accidente poco menos mortal que la peſte; con todo eſſo fueron ſiempre vencidas por la gracia las dificultades que iba ofreciendo la naturaleza, que la dicha de aquel viage fue ſingulariſsima.

4 Deſde que partió ſu Mageſtad, ordenó ſu Corte de ſuerte, que huvieſſe gran concierto en el caminar, buen orden al apoſentarſe, puntualidad al partir, abundancia grande de baſtimento, y regalo. En lo que mas ſe ſeñalaban Madre, é Hija, era en lo que tocaba al Culto Divino, en el qual fue increible ſu cuidado, no ſolo en que oyeſſe Miſa la Corte cada dia, ſeñaladamente los que eran de precepto; ſino en proſeguir ſu Mageſtad, y Alteza la concertada vida eſpiritual que ſeguian en Praga, ſu oracion, y egercicios, ayudandoſe la una á la otra admirablemente en eſto. Rezaban juntas el Oficio de nueſtra Señora, el Roſario, y todas las demás devociones. Recogianſe á orar, cuidando de que todas las Señoras, y criadas hicieſſen lo miſmo, quanto dieſſe lugar la ineſcuſable fatiga del camino.

5 Eran grandes los ſocorros, y limoſnas que la Imperial Señora iba haciendo por todos los lugares, aſsi por mano de ſus Limoſneros, y Mayordomos, como por la Infanta, que era limoſnera mayor. Refieren las perſonas que venian con ſu Alteza, que fue coſa de grande admiracion, lo que edificaba el verla tan caritativa, y devota, ſiguiendo aquella natural inclinacion que tenia á los pobres, en quien repartió con larga mano muy grueſas cantidades. Hacia que ſus criadas trageſſen panecillos en los coches, y litéras, y dentro algunas monedas de plata; porque no vivieſſe con pan ſolo el hombre.

6 Si no veía á la mano los pobres, mandaba que lo repartieſſen á los criados, cocheros, y acemileros, y otros que iban ſirviendo, y ſiguiendo la Corte. Decian las criadas, Señora, mire V. Alteza que eſtos hombres no ſon pobres, no hay que darles limoſna, que no tienen neceſidad. Para que no la tengan ſe la doy, reſpondia, no han de perder el ſocorro de pobres, porque ſean criados. ¿No ſon harto pobres, pues ſudan para haber de comer, y ſirven para haber de vivir? Trahian ſu Mageſtad, y Alteza conſigo grandes Reliquias, y Cuerpos de Santos; y de eſte teſoro tenia mucha cuenta la Infanta: eſpecialmente trageron entonces el Cuerpo de San Valero, que hoy con gran veneracion ſe tiene en las Deſcalzas. Finalmente egercitandoſe en eſtas ſantas obras, traveſaron los Alpes, y llegaron á Italia.

CAPITULO XVII.

PROSIGUEN SU MAGESTAD, Y ALTEZA la jornada por Italia. Acude á ſu ſervicio la Republica de Venecia. Viſitan á San Antonio de Padua.

ENtraron en Italia la Emperatriz, y la Infanta por el Frioli, tierra de la Señoria de Venecia. Fue grande el agaſajo, y ſervicio que recibieron de aquella Republica; porque deſde que piſaron ſus Provincias, haſta que ſalieron á Lombardia, acudieron al regalo de ſu Mageſtad, y Corteſanos, Miniſtros, y Oficiales para eſto ſolamente deſtinados. Enviaron de Venecia gran cantidad de plata labrada, y otras alhajas gravadas con el Leon de San Marcos, para el ſervicio de aquella Corte. Acudieron con grande abundancia, y oſtentacion, deſcubriendo en la opulencia el obſequio que de corazon hacian á eſtas dos Reales Perſonas. Tenian por la campaña prevenidas meſas decentemente aderezadas, abundantemente proveídas, no ſolo para que el pueblo, que las ſeguia hallaſſe alivio, y ſuſtento en el camino, ſino con ſazonadas viandas, y toda ſuerte de regálo para las Señoras, y Damas. En todos los lugares ſalian los Miniſtros públicos á beſar

ſar la mano á ſu Mageſtad, y Alteza, y en nombre de aquella Republica, á ofrecer à ſu alvedrio los pueblos.

2 Deſde que partió de Alemania la Emperatriz, habia propueſto de paſar por Padua, una de las Ciudades que en Italia eſtán ſujetas á Venecia. Quiſo venerar, y viſitar con ſu hija el Cuerpo de San Antonio, aquel Varon de milagros de mi Orden Serafica: por eſto enderezaron ſu camino con breve rodéo por aquella Ciudad. Era muy particular la devocion que ſu Mageſtad, y Alteza tenian al Santo, y aſsi fue mucho lo que ſus almas grangearon en aquella devota romería. Deſcanſaron en eſta Ciudad, y Santuario algunos dias, dando eſpiritual refreſco á la Corte. Alli confeſaron, y comulgaron ſu Mageſtad, y Alteza, y á ſu imitacion los Corteſanos, que es poderoſa la ley del egemplo. Nueſtra devotiſsima Infanta fue la que mas á velas tendidas ſe entregó al eſpiritual cortejo del Santo, con quien hizo ſus devotos conciertos. Alli ſe refiere, que volvieron á renovarſe las anſias de ſer Religioſa Deſcalza, y arder ſu corazon en eſtos deſeos.

3 Comunicó la devota Niña á San Antonio ſu amoroſa paſion, y los ſentimientos que en ſu alma tenia, ſiendo tan viva ſu fé, y devocion con él, que aſsi ſe conſolaba con ſu memoria, como lo pudiera hacer con ſu preſencia. El Santo con interiores documentos premiaba ſu devocion, reſpondia á ſus dudas, y alentaba ſus eſperanzas. ¡Lo que debe eſtimarſe en los rieſgos del ſiglo la interceſion de los Santos! Tiempo pierde en la vida, quien en ella deſperdicia eſtas gracias, y no procura adquirir eſtos inviſibles amigos. Es hacer teſoro en la tierra, que ni pueda robar el ladron, ni conſumirlo el tiempo. La Infanta Margarita fue en eſto atentiſsima, y con la mano de Dios nueſtro Señor guiada á los aciertos del eſpiritu, no pasó por Santuario, que no lo introdugeſſe en ſu corazon para ſiempre, y con quien deſpues no tuvieſſe correſpondencia terniſsima. Quedó ſumamente devota de San Antonio de Padua, Varon, que parece que vive hoy, pues aſsi ſocorre á los Fieles con ſus obras, como viviendo los mejoró con ſus palabras. Dejaronle agradecidas, y ricas memorias de haber paſado por alli la Emperatriz, y ſu Alteza, preſentes, y dones muy grandes, que hoy ſe refieren grabados en los bronces de ſu Santuario.

4 Fueron de Padua caminando á Lombardía, agaſajadas, y

ſervidas con ſuma alegria en todos los pueblos, admirando Italia orden, y concierto tan grande en un numero infinito de gente de tan diverſas Naciones, y forma de vida. Refiereſe por coſa memorable de aquellos tiempos la jornada de la Emperatriz por Italia; porque en ella reſplandeció ſu prudencia, y ſantidad con grandes quilates. Habia dado ordenes muy apretadas de que no dieſſen moleſtia á los pobres, no ſolo los que ſeguian la Corte, ſino aquellos que la recibian; porque raras veces el peſo, y concurſo de tanta gente deja de embarazar, y laſtimar caminando: fatigan los pueblos, gravan los pobres, deſazonan los ricos, hacen enemigos los neutrales, y defidentes los amigos. Todo eſto ſe eſcusó por la prudencia de la Emperatriz, y felicidad que concedió Dios á ſus ſantos deſeos. Finalmente hizo guſtoſo, y viſtoſo al mundo el tranſito de ſu Corte, que con menos orden ſuelen dignamente contarlo los padres á los hijos entre las calamidades grandes de los tiempos.

5 No habia Gobernador en Milán, y ſervia en el interin el cargo Don Sancho de Padilla, y aſsi como entró ſu Mageſtad por Lombardía, ſe acudió por los Miniſtros del Rey á ſu ſervicio con mucha puntualidad, y cuidado. Señalaronſe en eſto mucho las Ciudades, y Pueblos de aquel Eſtado, como vaſallos tantas veces defendidos por las armas de Eſpaña. Ofrecian á ſu Mageſtad en nombre de ſus Comunidades preſentes de igual amor, y grandeza, y recibialos con grande agrado, y benignidad. La Infanta atenta ſiempre á no dejar que paſaſſe lance, ſin dar paſos de vida eterna en la jornada temporal que ſeguia, de todo eſto ſacaba devotas ganancias. Interponiaſe con los Mayordomos que dieſſen de los preſentes que trahian á ſu Mageſtad el tributo á los pobres, que debe pagarles el abundancia: no pudiendo tolerar el noble corazon de ſu Alteza, que quando arroja el poderoſo lo ſuperfluo, llóre lo neceſario el mendígo. O deſorden humana en la diſtribucion de los bienes que Dios concedió comunes al hombre! Con los deſperdicios del poderoſo viviera ſocorrido el neceſitado, y ſiendo teſoros para el rico aquellas ſuperfluidades empleadas, ſe le vuelven condenacion eterna perdídas.

CA-

CAPITULO XVIII.

VISITA A SU MAGESTAD, Y A SU ALTEZA San Carlos Borroméo.

Lorecia en aquellos tiempos el ſanto Cardenal Carlos Borroméo Arzobiſpo de Milán, que como luz clariſsima en la Igleſia, alumbraba al mundo deſde aquella ſilla con rayos de ſingular egemplo. La Emperatriz, por eſcuſar mayor dilacion, no quiſo paſar por Milán, deſviando tambien la pompa, y aparato con que ſe habian prevenido á recibirla; pero el ſanto Prelado, tanto en veneracion de las virtudes de ſu Mageſtad Ceſarea, como de lo que ſe debia á ſu Auguſta Perſona, ſalió á viſitarla á Lodi, donde ſe detuvo, y deſcansó algunos dias. Recibió al Cardenal con grande amor, y reſpeto, por el concepto que tenia de ſu ſantidad. Comunicó con él los deſignios con que de Alemania iba á Eſpaña, los motivos de retirarſe, y el guſto con que paſaba por las fatigas de tan prolijo camino, por llegar á conſeguir eſte intento. El Santo la animó mucho, que ſiguieſſe aquellos eſpirituales impulſos, y encendia con razones de fuego divino el corazon de la Emperatriz. Aſsiſtia mucho á Palacio, y con eſpirituales platicas animaba á las Señoras, y Damas que la ſeguian. Todas le comunicaban con guſto, y devocion; pedianle conſejo, y luz en ſus dudas, y como el Cardenal las veía tan devotas, y tanta virtud en lo mas lucido de la tierra, ſe moſtraba afable con todos, exhortando á la perſeverancia con egemplo, y palabras.

2 Aunque el agrado del Santo Cardenal Borroméo, y los rayos de ſu caridad influían en toda la Corte de la Emperatriz; pero con quien mas ſe manifeſtó, y alegró ſu eſpiritu, fue con nueſtra Infanta Margarita. Habló á ſu Alteza con grande caricia: procuraba verla, y comunicarla muchas veces, informandoſe de ſus ſantos propoſitos, y deſeos. Gozabaſe mucho de eſto la Infanta, como quien ſentia en ſu alma cierta eſpiritual correſpondencia, é interior ſimpatía con la del Santo. ¡Qué mucho, ſi un miſmo fuego abraſaba los dos corazones; ſi un miſmo objeto amaban, y á un miſmo dueño tan ſantamente ſervian! Dió cuen-

ta de ſu vocacion ſu Alteza, el camino por donde Dios la guiaba, ſu modo de oracion, y egercicios, el deſengaño grande que tenia, el deſprecio con que ſe hallaba de las coſas de eſta vida, y averſion del ſiglo. El Santo Prelado admiraba con júbilo de ſu alma, en catorce años de edad una voluntad tan fervoroſa, un entendimiento tan iluſtrado, y una alma tan pura. Pareciale que habia caminado la Infanta á largas jornadas por eſte camino interior; porque deſengaños que en pérdidas muy grandes, apenas ſe cobran por varones de eſpiritu, los veía en ſu Alteza adquiridos con grandes ganancias. Animóla San Carlos á ſeguir ſus intentos, y á que nunca dejaſſe ſus devotas acciones: que frequentaſſe mucho la oracion, atendieſſe en ella á ſu aprovechamiento, y caminaſſe á un ſanto compás, con las acciones exteriores del cuerpo á las luces interiores del alma.

3 La oracion, decia el Santo, que no mejora la vida, no es oracion, ſino engaño. A las obras quiere Dios que creamos. El egercicio de las virtudes encomiendo á V. Alteza, que ſon Reynas coronadas de pocos vaſallos. La imitacion de la vida de Chriſto bien de las almas, es la perfeccion de la vida del hombre: ſiga ſus paſos á la luz que le dá: no ſe embaraze V. Alteza con ſer hija, y nieta de Emperadores: no le peſe eſta grandeza al tenerla, ni al dejarla: dentro de lo grande cabe lo ſanto, y nada peſa mucho, ſi ſe tiene, ó deja por Dios. No eſtán las virtudes vinculadas á los pueſtos; pues en todos ſe pueden egercitar. Los Reyes en el Portal, y el ladron en la Cruz adoraron á Dios. Si lo miſmo que ſuelen hacer los Principes por ſu conſervacion, hicieran por el Autor de la vida, ſolo con mudar el intento pudieran ſer ſantos. La ciudad del mundo, que es el amor propio, pone fuego, y deſtruye á la Ciudad de Dios, que ſon las virtudes, é impulſos del amor divino. Salgamos á Dios de noſotros, y hallarémos á Dios. Tanto vivirá del amor divino en noſotros, quanto muriere del amor humano. Eſtos dos amores ſon la noche, y el dia, que ván huyendo de sí. Déles V. Alteza intencion pura á ſus obras, que es el egercicio de mayor perfeccion. Si ſon ſencillos tus ojos, claró ſerá tu cuerpo, nos dejó dicho el Señor: (a)

4 Si cuidaſſen los Principes de no obrar por sí, y de obrar por Dios, ceſaria la poca ſinceridad en los conſejos, ſeguirianſe ſe-

(a) *Si oculus tuus fuerit ſimplex: totum Corpus tuum lucidum erit.* Matth. 6. v. 22.

ſeguramente los aciertos. ¡Qué de coſas heroycas harian en obrando por Dios, de las que no hacen, porque obran por sí.! Y muchas no harian en obrando por sí de las que hacen, porque no obran por Dios: raras veces incurrieran en lo malo, ſiempre eſtarian obrando lo bueno: eſto ſería, Señora, el remedio del mundo. No crea V.Alteza que es facil eſte delgado, y ſanto egercicio de purificar los intentos; pues para que haya pureza de intencion, es neceſaria pureza de coſtumbres, y de vida. Pero aunque eſto es dificil al alma, todo es facil á Dios. Con eſtas praticas, decia ſu Alteza muchas veces, que la habia dejado tan aprovechada, que ſolo con acordarſe de las caricias, y amor que le moſtró el Santo Borroméo, conſolaba ſumamente ſu alma. Es ſin duda una de las aprobaciones mayores de la ſantidad de ſu Alteza, vér lo que inclinó Dios nueſtro Señor á ſu perſona un tan célebre Varon, y de tan alta perfeccion, de tan vivo conocimiento en el eſpiritu, como San Carlos; porque la verdadera aprobacion de la perfeccion, es la que hacen los varones perfectos.

5 Sobre ſer alma tan favorecida de Dios la de eſte devotiſſimo Prelado; era ſu diſcrecion, y cortesía rariſsima, como quien ſe habia criado en la Corte Romana, en el Palacio de Pio IV. ſu Tio, con noticia de cómo ſe ha de agaſajar, y ſervir á los Principes. Es ſervicio de Dios no hacer horrida la virtud, ni aſpera la perfeccion; y que la Igleſia por ſus Miniſtros trate, y acaricie, como Madre, á los Principes que la defienden como hijos. Eſtaba ſiempre el ſanto Prelado regalando á la Emperatriz, y á la Infanta, y á todas las Damas de la Corte con dones dignos de ſu eſpiritu, y de la grandeza Eccleſiaſtica de ſu Dignidad, de que reſultó la galanteria ſiguiente, que hará mas guſtoſa la materia de eſte capitulo.

6 Habia ido á Milán el Archiduque Maximiliano, entretanto que la Emperatriz, y ſu Corte deſcanſaban en Lodi, á donde hizo que llevaſſen los Mercaderes los brocados, telas, criſtales, y coſas mas precioſas que enriquecian ſus tiendas. Hizo de eſtas riquezas el Archiduque opulento aparato, poniendolo á los ojos de las Señoras, y Damas de la Emperatriz. Y dicen los que ſe hallaron con ſu Mageſtad, que el ſanto Cardenal, ſin embarazarſe con la rigida obſervancia Eccleſiaſtica, de la qual fue cenſor tan ſevéro; envió á decir á las Damas, que tomaſſen de

aque-

aquello, que veían delante lo que les pareciesse, que á honra de Dios, y de la virtud, no faltaria algun Eclesiastico que lo pagasse. Hermoso, y estendido es el campo de las perfecciones divinas en las acciones humanas. Quien trahia rota la tunica interior de su cuerpo; quien dormia en una tabla, ofrece á la virtud las mismas riquezas que pisa, despreciandolas al tenerlas, y al darlas: y por aprobar la virtud de la Corte de la Emperatriz, dá ensanche á su rígido dictamen, y hace motivo de mayor perfeccion, lo que en otro Prelado menos penitente, y austero, pudiera ser digno de grave censura. La Emperatriz hizo, que le respondiessen de su parte: que rehusaba que sus Damas admitiessen el ofrecimiento, por escusarle despues el escrupulo; y que se contentaba su Corte, y Familia con la riqueza, y regalo de su bendicion. Con lo qual declinando el cortejo del santo Cardenal, al Archiduque Maximiliano, en quien venia mas natural, y á la liberalidad de la Emperatriz, que mandó que tomassen lo que quisiessen, con ánimo igualmente franco, y galante, fueron regaladas las Señoras, y Damas de su Magestad.

CA-

CAPITULO XIX.

PARTE SU MAGESTAD DE LODI á Genova: embarcaſe, y viſita en Marſella las Reliquias, y Santos Lugares de la Magdalena.

REgaladas juntamente, y aprovechadas con la ſanta urbanidad del Cardenal Borroméo, partieron la Emperatriz, y ſu Alteza de la Ciudad de Lodi continuando ſu camino, y en breves dias llegaron á Genova; de cuya Republica fueron recibidas con grandes demoſtraciones de rendimiento, y fineza, ofreciendoſe el Dux, y los Nobles de ella á devotiſsima ſervidumbre; manifeſtando deber la libertad que gozan á la proteccion de Eſpaña. En eſta Ciudad ſe detuvo ſu Mageſtad algunos dias, haciendo tiempo para la embarcacion, y entretanto viſitó el Domo, que es la Igleſia Mayor de aquel Arzobiſpado, en donde eſtán las ſagradas Reliquias de San Juan Bautiſta, ricamente adornadas, y reverenciadas por aquella Señoría, como quien debe grandes beneficios á ſu interceſion. Háles eſcuſado evidentes peligros de tempeſtades, y peſte; que á uno, y otro accidente eſtá expueſta aquella Ciudad, puerta de Italia, Emporio del Oriente, Puerto mal guardado de los vientos, que mas embravecen las ondas de aquel mar.

2 En Genova ſe deſpidió el Archiduque de ſu Madre, y Hermana con mucha terneza, Principe de grande prudencia, valor, y virtud. Volvió de eſta jornada con ſumo reconocimiento á las miſericordias de Dios; por ſer ſeñaladas las que obró en aquella numeroſiſsima familia. Porque habiendo paſado por lugares apeſtados en el fuego, y rigor del Verano (que en Italia ſolo eſte accidente ſuele ſer mortal) y apoſentandoſe los Corteſanos ineſcuſablemente en muchas caſas tocadas del contagio, y comido los miſmos baſtimentos, y uſado el miſmo ayre, no huvo paſagero, ni Corteſano á quien hirieſſe la peſte, antes ſe obſervó por aquellos tiempos con maravilla comun de todos, que por quantos lugares paſaron ſu Mageſtad, y Alteza, ceſaban las dolencias, y

ſe

ſe veía tan pronta mejoría, que andando buſcando los hombres las cauſas, eſtrañaban los efectos. ¡Qué larga es la mano de Dios en favorecer la virtud! No ſolo daba ſalud á la familia, y Corte de ſu Mageſtad, y Alteza, para que la tuvieſſen, ſino para que la repartieſſen; alargando las vidas con ſu preſencia, las que la mejoraban con ſu egemplo.

3 Tenia prevenidas en Genova las eſquadras de Napoles, Sicilia, y las que el Rey tiene en aquella Ciudad, con las de la miſma Republica, el Principe Juan Andrea Doria, Varon de iluſtre virtud, heredada, y propia, y eminente en el arte, y gobierno maritimo. Habiale mandado el Rey, que con toda eſta Armada navegaſſe á la Emperatriz ſu hermana á Barcelona, y no ſe contentó el Principe con eſto; ſino con hoſpedar á ſu Mageſtad, y ſu Corte con grande abundancia, veneracion, y decencia. Deſpues de haberſe diſpueſto todo para la embarcacion, pareciendo al Principe Doria el tiempo apropoſito, ſalió ſu Mageſtad de Genova á embarcarſe en ſu puerto en la Capitana Real con la Infanta Doña Margarita ſu hija, y las Señoras, y Damas de mas nombre; repartiendoſe lo reſtante de la Corte en las otras eſquadras, y galeras.

4 A la hora ſeñalada dió orden ſu Mageſtad al Principe para que ſe hicieſſe á la vela, y el Principe para diſparar la pieza de leva. Saludó la artilleria de la Ciudad á la Emperatriz, y los naviós, que quedaban en el puerto, le dieron el buen viage. A pocas horas ſe fue perdiendo de viſta la linterna de Genova, y coſteando haſta Marſella, deſembarcó ſu Mageſtad en aquella Ciudad, para aguardar tiempo de paſar el Golfo, breve mar de naufragios en eſta navegacion. Viſitó en Marſella las Reliquias de aquella Ciudad, y la cabeza de la Magdalena, y la ſanta cueva, en donde penitente, y favorecida lloraba con los Angeles ſus culpas.

CA-

CAPITULO XX.

VUELVE A EMBARCAR EN MARSELLA ſu Mageſtad, y Alteza. Tempeſtad en el Golfo. Deſembarca en Colibre, y llega à Barcelona.

PAreciendo al Principe Doria el tiempo oportuno para la navegacion, ſe embarcó ſu Mageſtad con ſu Corte, y dejando por popa el puerto de Marſella, fueronſe entregando al Golfo. Navegaron al principio con felicidad, y eſperanza de vencer brevemente el peligro, pero en pocas horas fue refreſcando el tiempo, de ſuerte que puſo en mucho cuidado la Armada. Andaba yá con el viento la mar tan grueſa, que eran inutiles los remos, peligroſas las velas. Las galeras unas de otras ſe iban apartando, y las que juntas poco antes hacian comun ſocorro, divididas, y ſeparadas eſcuſaban el daño. Finalmente, luego ſe conoció por declarada la tormenta, y empezaron los valances, y golpes de mar á ſer tan furioſos, que no ſolo en los navegantes, ſino en los miſmos Pilotos, y hombres de galera ſe veía gran deſconſuelo. El Principe reconociendo el peligro, ſuplicó á ſu Mageſtad, que tuvieſſe por bien de bajarſe con las Señoras, y Damas á la Camara de popa, porque aſsi convenia á ſu ſervicio.

2 Las Señoras que veían la mar embravecida, y las olas furioſas; al mandarlas ſepultar entre aquellas inconſtantes tablas, comenzaron á reconocer, y llorar mas el rieſgo. Refieren los que ſe hallaron en eſta ocaſion, que fue aquella una de las mas deshechas tempeſtades, que ſe han viſto en el Golfo; tanto que el Principe Doria nunca ſe vió con igual cuidado; mas por llevar en ſu armada las perſonas mayores de la tierra, que por el peligro que pudiera tener en la vida. Aſsi como ſu Mageſtad ſe puſo debajo de cubierta, ſe echó toda la ropa de la popa abajo, porque el viento en la reſiſtencia no ſe cebaſſe con mayor poder. Mandó tambien el Principe calafetear los eſcotillones de Camara, que es como aſſentar la loſa al ſepulcro donde eſtaban ſu Mageſtad, y Alteza; y atandoſe al Eſtanterol el Principe, por-

que algun golpe de mar, ó del viento no le volaſſe, gobernó él ſolo deſde allí la Capitana, lo que duró la furia de los vientos.

3 Era de vér, y de laſtimar en toda la armada las voces, lamentaciones, y votos de los paſageros; no habia pecados que no ſe digeſſen, Santuarios que no ſe ofrecieſſen, ni interceſiones que no ſe invocaſſen. Veíaſe el laſtimoſo eſpectáculo, una armada tan hermoſa deshecha, ſin verſe, ni poderſe ayudar unas galeras á otras; temiendo cada uno como propio el peligro comun. Refiereſe, que el deſaliento de las Damas, y Señoras fue muy grande, porque el accidente penoſo, que turba la ſalud en la mar, aumentaba el temor de la muerte, que era mayor mal, que el maréo. Yácian poſtradas por el plan de la Cámara de popa, aguardando cada inſtante el ultimo golpe de la vida, yá creídas de morir en las ondas, y ſer alimento á los peces. Aqui era el llorar la jornada, y acordarſe de la dulce patria; el dolor de haber dejado aquella ſeguridad por eſtos peligros. Fue coſa admirable en eſta ocaſion el valor grande de la Emperatriz, y de ſu Alteza, las quales ſiempre eſtuvieron con ánimo conſtante, de que Dios les habia de ayudar, ſeñaladamente la Infanta, que con ſer de delicada complexion, y ſujeto, no le hizo mas mudanza la mar, que ſi ſe eſtuviera en la tierra. Acudia con increíble fervor, y caridad á alentar, y dár eſperanza á las criadas; aſsiſtia con ellas, y las animaba, y con razones amoroſas en aquel peligro las perſuadia á que tuvieſſen eſperanza en la Virgen, que ſerían ſocorridas.

4 Solía contar la Infanta, que en sí miſma ſentia una fuerza, y ſeguridad interior, una confianza, y certeza de que habia de librarles Dios de aquella tempeſtad; que quando mas embravecido eſtaba el tiempo, y quando las olas mas poderoſamente amenazaban á aquel inconſtante leño, mas firme, y ſegura ſe hallaba. ¡Grande es la fortaleza del corazon humano, quando virtud divina le alienta! Eſte vaſo débil de paſiones, á quien qualquiera ſoplo perturba, torre es de bronce, ſi la mano de Dios le conforta. Vieronſe, en la mayor fuerza de la tempeſtad, ſobre las cajas, y ſantas Reliquias que trahia la Emperatriz, llamas, y reſplandores en el ayre maravilloſos, à que ſe ſiguó irſe ſoſegando la mar, y moderando los vientos.

El

5 El dia de Santa Lucía, con viſta agradecida, ſe reconoció á Colibre, coſta de Cataluña, habiendo ſido tal el eſcarmiento de la Corte en el rieſgo del Golfo, que ſuplicaron á ſu Mageſtad, que tuvieſſe por bien de que no volvieſſen otra vez á exponerſe á la variedad de eſte inquieto elemento, pues Dios habia permitido que llegaſſen á piſar la amada, y deſeada tierra. Determinó ſu Mageſtad de complacerles, y eſcuſar la navegacion de alli á Barcelona, y deſembarcando en Colibre mandó, que ſe dieſſe aviſo al Duque de Terranova, Virrey de Cataluña, el qual vino con muchos Caballeros de aquella Nacion, para ir acompañando, y ſirviendo á ſu Mageſtad haſta Barcelona. Supo la Emperatriz del Duque, como el Rey ſu hermano eſtaba en Portugal, para componer el eſtado de aquel Reyno, y dár forma á ſu primera union con la Corona de Eſpaña. Salió de Barcelona á recibir á la Emperatriz Don Rodrigo de Caſtro, Arzobiſpo de Sevilla, Prelado en ſangre, valor, y prudencia ſingular, que con orden del Rey, habia venido á acompañarla. Fue grande la pompa, y Real aparato con que recibieron á la Emperatriz en Barcelona, cuyos regocijos déjo de referir, remitiendolo á quien con pluma ſecular eſcogiere eſte aſſunto, que á noſotros las virtudes de ſu Alteza nos llaman; materia mas noble, y objeto mas digno, á cuya imitacion debemos deſpreciar las Fieſtas á eſcribirlas, que el eſpiritu deſengañado de ſu Alteza deſpreciaba al mirarlas.

CAPITULO XXI.

PARTEN SU MAGESTAD, Y ALTEZA de Barcelona. Llegan á Monſerrate, y deſcribeſe eſte ſagrado Monte, y Santuario.

Eſpues de haber deſcanſado ſu Mageſtad, ſu Alteza, y Corte en Barcelona, partieron acompañadas del Arzobiſpo de Sevilla, y del Virrey al Santuario de Monſerrate, de quien era la Emperatriz ſumamente devota, y cuya deſcripcion mas ſerá deſcanſo, que digreſion á eſta hiſtoria.

2 Levantanſe las montañas de Monſerrate, promontorio venerado de navegantes, adorado de paſageros con religioſa fé, á ſiete leguas de Barcelona. Mira al Oriente el ſanto Templo de la Imagen, las eſpaldas del monte al Occidente, á los Pirinéos, y mar de Tarragona los dos lados, las puntas de los peñaſcos al Cielo, los valles al abiſmo. El ſitio es aſpero, la altura eminente ſobre los mas altos collados de aquella Region: veſtido en la mayor parte de encinas, y otros arboles, y hierbas ſaludables, admirable en el olor, en la viſta, y la freſcura.

3 Subeſe deſde la Villa de Ygualada por el un lado á buſcar la Caſa, con dificultad, y ſin peligro; deſterrada toda deſgracia por la Virgen en ſu ſagrado Monte. Dá vueltas el camino bien prolijas, ſiguiendo las honduras de los valles, entrandoſe en las entrañas de la ſierra, rodeando la montaña, formidable ſi ſe mira á ſu altura, ó ſe vuelven los ojos á ſu profundidad. Los ſenos de la tierra ſon grandes, las cabernas, y eſpacios cõn maravilloſo artificio, por la naturaleza diſpueſtas á la mayor recreacion de la viſta. Los peñaſcos altiſsimos pelados ſobre el monte ſon de jaſpe toſco á modo de piramides, divididos unos de otros, y aſerrados. De aqui nace, que ſe llame Monſerrate, como quien dice, monte aſerrado con la diviſion que la naturaleza ha hecho en ſus peñas. Es tradicion conſtante en aquella Region, que ſe dividieron entre sí los peñaſcos en la muerte de Chriſto, que ſolo á ella parece que pudo hacerſe en piedras tan duras, tan tierno ſentimiento. (a) La altura de los arboles defiende á los paſageros del

(a) Vid. Joan. Carthag. tom. 1. lib. 11. Hom. 13. col. 114.

del Sol, y del rigor del viento, y eſcondidos á las inclemencias del tiempo, por calles, y ſenos muy amenos, entretenidos los ſentidos, en el oler, en el mirar; el canto de las aves, la ſuavidad de las hierbas; la maravilla del ſitio, divertidos, y alegres vencen ſu aſpereza ſin ſentirla.

4 No hay agua viva en el monte, pero la humedad natural es baſtante á tenerle lleno de amenidad, y freſcura. Veeſe deſde el camino en dilatadiſsimo Orizonte el eſpacioſo mar de Barcelona, y los campos de aquella Region, bien poblados de Lugares, y Quintas. Es una inmenſidad de muchos collados juntos eſta miſterioſa Montaña, por cuyas concavidades, y riſcos ſe le ſeñalan al paſagero coſas bien memorables, que eſcuſamos ahora referir. El pie de lo mas profundo del monte le eſtán adornando dos pueblos pequeños, vaſallos de la Virgen, y por el uno de ellos el Rio Llobregat, con mediana corriente, vá á perderſe en la mar. Eſparcidos por los riſcos de la Montaña, ſe eſconden trece Hermitas, en donde otros tantos Hermitaños de aprobada, y conocida virtud hacen vida riguroſa, y penitente. Alli en los brazos de la ſoledad ſepultados al mundo, ſe entregan á egercicios devotos, y á la oracion altiſsima, ſubtrahida el alma del embarazoſo ruido de las criaturas. Alli deſpreciando lo que no vén, adoran lo que meditan. ¡O vida venturoſa! deſengaño noble de la vanidad del mundo, donde con religioſa quietud, negado á los afanes del ſiglo, ſe entrega el enamorado eſpiritu á la pureza de la contemplacion! O bienaventurado el que vive en ſepultura tan noble, á luz tan clara, ſeguramente enterrado en la vida, deſembarazado, y animoſo en la muerte!

5 En el valle mas eſcondido ſe buſca el Templo de eſta ſanta Imagen, y quando parece que no ſe ha de hallar capacidad para una Hermita, ſe deſcubre el ſuntuoſo edificio de un Monaſterio de Monges Benitos, de egemplar, y riguroſa obſervancia: liberaliſsima la hoſpitalidad á los paſageros, y peregrinos: el fervor, y la caridad ſiempre egercitandóſe en los progimos. El Templo de la Virgen excelente, claro, alegre, rico: las Capillas admirablemente adornadas: el edificio grande por el arte, maravilloſo por el ſitio: la Virgen ſervida con devocion, y aſsiſtencia. Es la ſagrada Imagen muy antigua, de proporcion, y eſcultura baſtantemente hermoſa, pero de inviſibles gracias tan prodiga, que nadie dejó de mejorarſe en ſu preſencia. Enciende

los

los corazones, y con oculta fuerza ſe los lleva; y con ſer infinito el numero de milagros, que cada dia ſuceden en los que cobran la ſalud del cuerpo, ſon ſin comparacion muchos mas á los que cura en las dolencias del alma. A eſte ſanto Templo llegaron la Emperatriz, y la Infanta con ſu Corte, eligiendo por puerto, y deſcanſo de tan prolija jornada, ofrecerſe en él á la Virgen.

CAPITULO XXII.

FAVOR SOBRENATURAL, QUE EN Monſerrate recibió de la Virgen Maria ſu Alteza, y accion generoſa con que ſe ofrece por Eſpoſa à Jeſus.

LEgó la Infanta Margarita á Monſerrate con grande conſuelo de ſu alma, porque deſde que habia oído referir á ſu Madre las grandezas que Dios ſolía obrar en aquel Santuario, ſe introdujo en ſu corazon grande deſeo de venerar en él á la Virgen: y aſsi decia ſu Alteza, que fue el mejor dia que tuvo en la jornada, en el que pisó las ſagradas loſas de aquel ſanto Templo; y que deſde que fue entrando en él, y ſe puſo en la preſencia de nueſtra Señora, ſe halló ſu alma llena de un baño de tal ſuavidad, y devocion, que huvo meneſter valerſe de gran fuerza, y ſer muy aſsiſtida de Dios, para eſcuſar que exteriormente vieſſen lo que interiormente ſentia. No eſtá atada á lugares la gracia, ni materiales terminos contienen en el Divino Eſpiritu, que obra en las almas: pero es cierto, que Dios ſe manifieſta mas en unos lugares, que en otros; ó porque en ellos ha ſido mas tiempo venerado, ó porque en ellos quiere ſer mas devotamente ſervido. Las miſericordias que usó con ſu Alteza en eſte Santuario, fueron ſin duda rariſsimas, llenando de dones ſingulares aquella alma enamorada, y ſanta. Aſsiſtia ſiempre ſu Alteza al Veſtuario de la Virgen, ó en la Tribuna, que cae al lado de la ſanta Imagen; deſde alli con oracion inſtante, encomendaba ſus devotos propoſitos á nueſtra Señora. A la luz de la preſencia de aquella ſagrada Imagen, miraba las miſericordias que habia re-

recibido, y al paſo que veía los dones, ſe multiplicaban los deſeos. Ibaſe encendiendo el puro corazon en amor de Jeſus ſuaviſsimo, y ardia con mayor fervor en la preſencia de ſu Madre, que ſon rayos de gracia los que envia á las almas eſta dulce Señora, que aunque las abraſan, no las conſumen.

2 Un dia que el Amor Divino iba encendiendo con mas llamas el alma, llena de eſpirituales ſentimientos, comenzó á padecer impetus grandes de amor. Miraba á la Virgen la devota Doncella, y mirabaſe á sí: con oculto fuego ſe ſentia arder, de inviſibles llamas ſe veía abraſar; explicaba en lagrimas ſu ſentimiento, y ſu caridad encendida en devotos ſuſpiros, y en tan enamoradas congojas, prorrumpió en eſtas ſentidiſsimas razones: Santiſsima Señora mia, ſuplicoos que ayudeis á mi fé, y á mi amor; ſea yo Eſpoſa de vueſtro Hijo dulciſsimo, concededme eſta merced. ¿No habeis de hacerme eſta gracia? A quien no favorece vueſtro amparo? O á quien ſe niega vueſtra interceſion? Repitió con lagrimas, y ſentimientos terniſsimos eſtas enamoradas palabras: Quando bajando la cabeza la ſagrada Imagen de la Virgen Maria, llenó el corazon de la Infanta de gozo, y ſu ſanto propoſito de perſeverancia. Quedó ſu Alteza abſorta á la grandeza de eſte favor, y con profunda humildad, y reverencia abrazó con las dos alas del corazon aquellas ſagradas prendas, y la intervencion que ofrecia la Virgen Maria en el eſpiritual matrimonio que pretendia celebrar con ſu Hijo.

3 En la vida eſpiritual unos favores ſon empeño de otros, que quando el agradecimiento es perfecto, apenas ſe recibe, quando yá ſe vuelve á dár á quien lo dá. Andaba el corazon de la Infanta mas cautivo, y con el nuevo favor mas prendado, y como ſolícita abeja en la preſencia ſiempre de nueſtra Señora, pretendia coger de aquella flor de gracias el precioſo licór de caridad, que queria ofrecer á Jeſus bien nueſtro. Volvióſe un dia á levantar otra eſpiritual borraſca de amor, y en ondas de fuego divino corria rieſgo bienaventurado ſu corazon dichoſo. No pudo tolerar tan grande incendio el débil ſujeto de eſta devota Doncella, y aſsi determinó de abrir ſu pecho, para que ſalieſſen por él, reſueltas en ſangre las llamas de ſu amor. Arrebatada la generoſa mano de impetu mas eſpiritual, que propicio: tomando un cuchillo raſgó ſu caſto pecho, y con la pura ſangre de ſus venas eſcribió eſtas palabras: *Con la ſangre de mi corazon me ofrez-*

co,

co, y entrègo por Eſpoſa á Jeſus, y ſuplico, que ſea mi medianera la Virgen Maria, en fé de lo qual lo firmo: MARGARITA.

4 Al politico que eſtrañare el milagro de haber inclinado ſu cabeza la Virgen Maria, míre eſte otro milagro, derramar ſangre de ſu virginal pecho eſta martir del amor Margarita. Si en la Infanta huvo amor para eſta fineza; ¿quién oſará dudarla en la Reyna del Cielo para aquel favor? Quanto mayor milagro es encender Dios tanto un corazon humano, que inclinar la Imagen de ſu Madre, ſiempre á nueſtro bien inclinada con ſu poder Divino? ¡Qué devoto impulſo! Qué generoſa accion! Loable en el intento, y en la egecucion fervoroſa, ni aun á los mas perfectos imitable. ¿Qué fuerza violentó aquella mano? Qué acero abrió aquel devotiſsimo pecho? Qué ſangre deſtilaron ſus venas, puramentre abraſadas? El acero del Amor Divino daba fuerza á ſu amor. Concurſo tan violento de amor fue neceſario para formar un egemplo á las almas devotas, que por ſer tan prodigioſo para admirado, viene á ſer peligroſo egemplar para ſeguido.

CAPITULO XXIII.

PARTE LA EMPERATRIZ, Y SU ALTEZA de Monſerrate. Llegan à Zaragoza. Viſitan ſus Santuarios. Continùa ſu viage, haſta llegar al Pardo.

EN eſpirituales júbilos, y egercicios fervoroſos, devotamente entretenida, pasó la Infanta los dias que deſcansó la Emperatriz ſu Madre en Monſerrate, y recibió alli grados de perſeverancia en ſu vocacion, que deſpues huvo bien meneſter en la peléa. Viſitó las Hermitas del ſagrado Monte, repartiendo larga limoſna entre aquellos penitentes Hermitaños, recibiendo de ellos en agradecimiento devotas, y naturales meriendas, que venian á celebrar tambien convidados los pajarillos del monte, que obedecen como ſi fueran racionales, el ſilvo de aquellos varones ſolitarios. Venceſe con grande fatiga la aſpereza de la montaña, y aſsi es de mucha penalidad el viſitar las Hermitas. La Infanta de eſto ſacaba utiliſsimas meditaciones, holgandoſe ſumamente de merecer padeciendo.

Fi-

2 Finalmente, deſpues de haber eſtado algunos dias con grande aprovechamiento eſpiritual ſu Alteza, en el Santuario de nueſtra Señora de Monſerrate, y cobrado alli prendas, que conſervó toda la vida en el alma, partió con la Emperatriz ſu Madre, y dejando á Cataluña, en pocas jornadas entraron en Aragón. Salió á la raya del Reyno á recibir á ſu Mageſtad Ceſarea, con lucidas guardas de á caballo, y á pie, el Gobernador Don Juan de Gurrea, que les vino acompañando, y ſirviendo haſta Zaragoza. Fue de grande oſtentacion la entrada que ſe hizo en aquella nobiliſsima Ciudad, habiendo ſalido al recibimiento, el Marqués de Aytona Virrey de aquel Reyno, con todos los demás Miniſtros, que en eſtas ocaſiones lo acoſtumbran. Recibió, y regaló el Marqués en ſu caſa á eſtas dos Reales Perſonas con mucha grandeza, y lucimiento. Hicieronſe grandes fieſtas, acudiendo los Señores, y la Nobleza del Reyno, á celebrar con publicos regocijos felicidad de tanta eſtimacion para Aragón, como piſarle tan Auguſtas Perſonas.

3 Viſitó la Emperatriz en Zaragoza el Templo de nueſtra Señora del Pilar, el primero en el mundo que ſe levantó á ſu nombre. Aquel á quien la Virgen honró viviendo con ſu preſencia: Santiago fabricó con ſu ſudor; los Angeles le ayudaron con ſu miniſterio, y los Fieles en tantas edades han hecho celebre con ſu devocion. Viſitó tambien en Santa Engracia las Reliquias de los Martires de aquella Ciudad, aquellas maſas blancas, que en ceniza manifieſtan la pureza de los generoſos Varones, que en numero infinito entregaron la garganta al cuchillo por la Fé, haciendo el polvo de aquella dichoſa Ciudad tan venerable, que la mano de un Pontifice exprimió ſangre de él, dando teſtimonio de la que ſobre él derramaron eſtos Santos. De Zaragoza partieron ſu Mageſtad, y Alteza, y entraron en el Reyno de Caſtilla, haſta llegar á Guadalajara, y de alli á Alcalá, á donde concurrió toda la Corte, no pudiendo tolerar tardarſe dos dias, á vér en ella la Ceſarea Perſona de la Emperatriz Maria. Viſitaron en Alcalá los Cuerpos ſantos de los Niños Martires, Juſto, y Paſtor; y aqui la Infanta con ſanta, y devota envidia, dicen, que celebraba tan anticipada Corona.

4 Quando el Rey partió á Portugal, dejó á ſus Hijos, el Principe Don Diego, y á los Infantes Don Felipe, y Doña Maria, que todos tres eran Nietos de la Emperatriz, Hijos de la Rey-

na Doña Ana, y á las Infantas Doña Iſabél, y Catalina, Hijas de la Reyna Iſabél de la Paz, en el Monaſterio Real de las Deſcalzas: que eſtas ſantas paredes han ſido ſiempre Palacio de auſencia de los Reyes, como quien deja alli ſu familia á la proteccion de Dios, que ſe crie al calor de las virtudes, que en tan ſanta Caſa ſe profeſan entre Religioſas, y Señoras nobiliſsimas, que con diſcreta, y devota advertencia ſaben acudir al ſervicio, regalo, y enſeñanza de tales Perſonas: pero luego que el Rey ſupo, que eſtaba yá en Eſpaña la Emperatriz ſu Hermana, dió orden, que el Principe, con todos ſus Hermanos paſaſſen al Pardo, y ſe deſocupaſſe el quarto en que eſtaban en las Deſcalzas, para que en él ſe apoſentaſſen la Emperatriz, y la Infanta Margarita. Habiendoſe aſsi egecutado, pareció á ſu Mageſtad Ceſarea llegar á vér ſus Nietos, y Sobrinos antes de entrar en Madrid: y diſponiendo ſu camino al Pardo; ſalieron á recibirla, acompañados de toda la Corte, con lucimiento, y pompa conveniente, el Principe Don Diego, y el Infante Don Felipe.

5 Fue ſin duda de grande alegria para aquellas Reales Perſonas, y que nadie pudo mirarlo ſin lagrimas, verſe deſpues de tan larga ſuſpenſion, y viage, la ſangre de Auſtria, por tantas venas derivada, alborozarſe á la viſta de eſte ſuceſo. Hicieron las Infantas ſingular agaſajo á la Infanta Margarita, aſsiſtiendola, y cortejandola con demoſtraciones de terniſsimo amor, dandoſe unas á otras preſentes, en la ſazon, y en el valor dignos de recibirſe, y de darſe entre las perſonas mayores del mundo. Acudieron al Pardo los dias ſiguientes, quantos Grandes, Señores, y Prelados habia en la Corte, y todos los mayores Miniſtros á beſar la mano á la Emperatriz, y á ſu Hija, ofreciendoſe con debido rendimiento, y ſervidumbre.

CA-

CAPITULO XXIV.

ENVIA LA EMPERATRIZ, Y SU ALTEZA á viſitar el Monaſterio de las Deſcalzas, y diſponeſe ſu primera entrada en aquella Real Caſa.

NO baſta el contentamiento mayor de la naturaleza, para que viva alegre, y ſatisfecho el eſpiritu, quando á diferente egercicio le guia la mano poderoſa de Dios. Ni el regalo grande que la Emperatriz, y ſu Hija tenian en el Pardo, ni el regocijo de comunicar á ſus Nietos, y Sobrinos, ni la alegre aſsiſtencia, y cortejo de la Corte, tenia á aquellos dos corazones Reales ſatisfechos: que todo eſto que tanto ſacia lo humano, no baſta á llenar los vacios de lo Divino. Luego dererminó la Emperatriz de enviar á viſitar las Deſcalzas de la Princeſa ſu Hermana, y con ocaſion tambien de vér ſi eſtaba aderezado ſu quarto; mandó que fueſſen á ello Doña Franciſca de Aragón, muger de ſu Mayordomo Mayor, y Doña Ana Molar, hija de ſu Caballerizo Mayor, gran Valida de la Infanta, y que deſde niña ſe ofreció con ſu Alteza á ſeguir vida Religioſa, y Deſcalza, y era una de las que felizmente le han viſto logrado, como dirémos deſpues.

2 Entraron eſtas dos Señoras en las Deſcalzas, recibidas con aplauſo grande de las Religioſas, á las quales el fervor de eſpiritu ofrece caridad, y agrado, y la nobleza de la ſangre, cortesía, y acierto. Era Abadeſa Soror Juana de la Cruz, hermana del Duque de Gandía, perſona de rara perfeccion, y valor, y de ſuma diſcrecion, y prudencia, á quien dieron eſtas ſeñoras un recado muy cumplido de parte de la Emperatriz, y de la Infanta, diciendole el guſto que las trahia de Alemania, por haber de vivir en el Convento, y el deſeo que tenian yá de gozar de ſu buena compañia, conocer, regalar, y comunicarlas. La Abadeſa por todo el Convento, reſpondió con la eſtimacion debida á eſte favor; el contento con que eſtaban aguardando á ſu Mageſtad, y Alteza; las continuas oraciones con que habian pedido á nueſtro Señor ſu felíz llegada á eſtos Reynos; y lo que eſperaba que habia de conſeguir aquel Monaſterio de eſpirituales

do lo que Vos me diſteis entero ; el Imperio , el Poder , la Corona , y el Cetro , embarazos de la vida ; ſolo guſtoſos al dejarlos por Vos. De mandar entre las criaturas , vengo huyendo á los pies de mi Criador , teniendo eſte ſervir por reynar. Los ultimos años os doy de mi vida ; pocos , y breves dias os ofrezco, quando todos los quiſiera haber empleado en la debida ocupacion de adoraros. No llega tarde quien llega á eſſas entrañas de miſericordia. Quando aſsiſtia en el mundo , Señor , nunca me dejaſteis ; ahora que os buſco á Vos ſolo , quanto menos me dejareis? Deſde hoy me niego al mundo, y me entrego á obedecer, dejo el reynar por ſerviros. Mi Cetro ha de ſer la Cruz, y mi Corona de eſpinas.

3 Fue para todos los circunſtantes acto de grande ternura, y devocion el que ſe vió aquel dia , porque ſe reconoció en la Emperatriz, y en la Infanta reſplandecer con grande claridad los efectos del Amor Divino. La Infanta deſde el punto que entró en las Deſcalzas ſintió bañada ſu alma de grande conſuelo, y ſuavidad interior, de ſuerte , que eſtaba como abſorta , y embeleſada ; y referia en ſus ultimos años : era tan grande el gozo de mi alma, de verme entre aquellas Religioſas , que deſde el punto que puſe los pies en los humbrales del Convento, ſentí interiormente ocupadas mis potencias ; y eſtaba de ſuerte, que habia meneſter gran cuidado para que no pareciеſſe inadvertida en el uſo de las acciones humanas. Enterneciόſe mucho quando oyó hablar tan ſentidamente á ſu Madre ; y con la interior voz de los afectos, acompañaba la Infanta las palabras que formaba la Emperatriz.

4 Dieron ſingular egemplo Madre , é Hija á todos los circunſtantes , admirando en Señoras tan grandes tanto amor , y fervor de eſpiritu. Miraban á eſtas Reynas del mundo , piſando la vanidad , deſpreciandolo todo con deſprecio de sí , que es mas que todo. La Abadeſa , y las demás Religioſas del Monaſterio beſaron la mano á ſu Mageſtad , y Alteza , acariciandolas , y abrazandolas la Emperatriz, y ſu Hija con grande amor. Habiaſe criado ſu Mageſtad Ceſarea en eſta Real Caſa , viviendo Carlos V. ſu Padre , antes que la dieſſen forma de Convento. Y no fue la menor circunſtancia de gozo hallarlo yá hecho Palacio de de Eſpoſas de Chriſto. Señalaba á los que eſtaban preſentes las piezas, los apoſentos, y los camarines en que habia vivido la Auguſ-

guſta Perſona del Emperador, el Rey, la Princeſa ſu Hermana, y ſu Mageſtad: y juntando aquellas memorias á eſte ſuceſo, ponderaba los efectos miſericordioſos de la providencia Divina, en haber diſpueſto que volviera á eſte eſpiritual Palacio á acabar la vida, paſados tan largos años, y tanta variedad de acaecimientos. Finalmente, deſpues de haber viſto las principales piezas del Convento, ſe fue á recoger á ſu quarto. Pero la Infanta con devota alegria, eligiendo de ſus Damas, y de las Religioſas las de igual edad con la ſuya, reconocia muchas veces, y con doblado alborozo la caſa. Aſsi ſucedió la jornada de Alemania de la Emperatriz Maria, y de la Infanta Margarita ſu Hija. Eſte fue el primer ingreſo de ſu ſanto retiro, el qual huvieron de dejar dentro de breves dias, aunque para volverlo á gozar con mucha brevedad, haſta el fin de la vida.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO PRIMERO.

PIDE EL REY A LA EMPERATRIZ que vaya al Reyno de Portugál con ſu Alteza. Parten de Madrid, y llegan á Guadalupe.

EL Eſtado de Portugál, y primer eſtablecimiento de aquel Reyno en eſta Corona, neceſitaban de la perſona del Rey, y las coſas del Imperio, de verſe ſu Mageſtad con la Emperatriz Maria, ſu Hermana. A eſta cauſa le eſcribió el Rey el ſentimiento con que eſtaba, de no haberſe podido hallar en Madrid á recibirla, y mucho mayor, de que las coſas del Eſtado de la Monarquía le obligaſſen á ſuplicarla, ſe llegaſſe brevemente á Lisboa, á tratar, y concluir todo lo ocurrente al Imperio. Acomodóſe la Emperatriz á ſeguir eſta determinacion con guſto, aſsi por el que tenia de verſe con el Rey ſu Hermano, como porque conocia quan conveniente era no dilatar eſtas viſtas, para los negocios que trahia que comunicarle. Templaba tambien el deſconſuelo de dejar tan preſto el Religioſo retiro, que con tanto amor habia abrazado, el haberlo de cobrar para ſiempre con mucha brevedad, deſembarazada yá de todos los negocios temporales, con dejarlos depoſitados en la noticia, y providencia del Rey.

2 Nueſtra Infanta Margarita, con la aficion que habia intro-

troducido en el alma al Monaſterio Real de las Deſcalzas, no dejó de ſentir en eſta partida grave mortificacion. Tenia yá aſſentado ſu modo de vida, formada ſu correſpondencia, no ſolo con las ſiervas del Señor, ſino con el meſmo Señor; muy creída, que no habia de vér mas, ni ſer viſta del mundo. Deſpidieronſe la Emperatriz, y ſu Alteza de ſus Nietos, y Sobrinos, y de las Religioſas con grandes demoſtraciones de amor, y ternura; ofreciendoles, que muy preſto volverian á gozar de ſu compañia, para no dividirſe de ella haſta la muerte. Partieron de Madrid con la miſma Corte que habian venido de Alemania, enderezando ſu camino á Portugál, diſponiendo las jornadas de ſuerte, que vinieron á tener la Semana Santa en Guadalupe. Llegóſe á aquel Santuario con gran conſuelo del alma de ſu Alteza, porque le habian referido las gracias que á los Fieles reparte con liberal mano la Virgen. Y como el corazon de eſta Señora eſtaba ſiempre tan lleno de ſu devocion, no ſe puede encarecer lo que ſe holgaba con eſtas eſtaciones. Mandó la Emperatriz, que toda la Corte cumplieſſe en Guadalupe con el precepto de la Igleſia; é hicieronſe los Oficios con mageſtad, y decencia. Concurrió toda la comarca á vér aquellas Perſonas Reales: y viendo la devocion grande con que ſe aſsiſtió aquellos dias á los Oficios Divinos, no ſolo por la Emperatriz, y ſu Alteza, ſino por toda ſu familia, volvieron ſumamente edificados todos.

3 La Infanta, como llegó á Guadalupe, ſe entregó á platicar ſus eſpirituales egercicios, eſtando ordinariamente en la preſencia de nueſtra Señora, comunicandole ſus deſeos, y pidiendole amparo, y luz para ſus reſoluciones. Egercitaba tambien con la oracion los ſantos oficios de la caridad, diſtribuyendo limoſnas, y haciendo otras obras pias, á que le ayudaba mucho la concurrencia del tiempo ſanto, y la voluntad, y egemplo de Madre tan virtuoſa.

4 Una de las mayores dichas que tuvo ſu Alteza en lo natural, y creo, que la mayor para caminar con felicidad en lo ſobrenatural, fue haberla dado Dios por Madre á la Emperatriz Maria, Señora tan iluſtrada de luz ſuperior, que miraba las coſas á ella con ojos tan claros, que nunca fue á la mano á ſu Hija en los fervores del eſpiritu; antes bien ſin alabarla ſobrado, porque no deslizaſſe á lo vano, la dejaba ſeguir ſus impulſos, por no detenerla en lo bueno. Reconocia en todo, que eſta doctrina era

menos practicada en el ſiglo de lo que conviene; miniſtrando algunas madres á ſus hijas los inſtrumentos de la vanidad, con las galas, y entretenimientos, que á titulo de deſahogo, y urbanidad les permiten, con que ſe eſtraga el natural, ſi es bueno, ó ſe fomenta el malo; y tal vez les cortan los paſos de la virtud, y ſantos egercicios: y en viendolas devotas, y humildes, las llaman encogidas; y no les parece bien, ni las tienen por hijas de ſus entrañas, ſino las vén ſer imitadoras de ſus coſtumbres. La licencia de los tiempos (cancer poderoſo de las almas) llega á hacer egemplar en la relajacion, á las que han de ſer Maeſtras en la virtud; y la madre que ha de defender en ſu hija la pureza del alma, cuida de engalanarla vanamente el cuerpo; y quando abre los ojos la doncella al mundo, ſe halla yá veſtida de ſus vanidades.

5 La Emperatriz daba á ſu Hija devotos alientos de vida, y lo que mas la animaba, era ſu ſanto egemplo: y aſsi volaba ſu Alteza por los egercicios de las virtudes á la corona de la perfeccion. Hacia muchas limoſnas, veſtia á pobres, ſocorria á criados, remediaba huerfanas: y en la jornada, en el Santuario, en Palacio, en todas partes era fiel diſpenſadora del Señor, por cuya mano repartia ſus riquezas, y remediaba las neceſidades de ſus pobres.

6 Antes de partir de Guadalupe, volvió ſu Alteza á renovar ſus propoſitos, y determinacion de ſer Monja, tanto mas animoſamente, quanto mas tenia entendido el modo de vivir que eſcogia. Eſtos ſon los indicios mayores de ſer Divino Eſpiritu el que vive en un alma, aumentarſe el deſeo, quando puede egecutarſe la reſolucion, y eſtár mas fervoroſa la gracia, quando debe eſtár mas cobarde la naturaleza. Que la Infanta Margarita deſeaſſe ſer Monja Deſcalza, quando no conocia Monjas Deſcalzas, era ſanto propoſito, aunque ſujeto á la variedad, y mudanza que trahen conſigo los humanos acaecimientos: pero que habiendo viſto las Deſcalzas, penitentes, y auſteras, perſeveraſſe aficionada el alma de lo que mas podia recelar el cuerpo, es decir, y ſeñalar con el dedo: en eſta reſolucion eſtá Dios. Referia ſu Alteza, que de la preſencia de nueſtra Señora ſalió con grandiſsimo aliento, y muy firme eſperanza, de que habia de lograr ſus deſeos: y que nunca llegó á la Virgen Maria con eſte negocio, que no volvieſſe con mayor fervor, y ſeguridad de ſu egecu-

cucion. Mucho pierden las almas por no acudir á la Madre de gracia; mucho ganan las almas, que han llegado á la felicidad de entrar à buſcar por eſta puerta ſu remedio.

CAPITULO II.

PARTEN SU MAGESTAD, Y ALTEZA de Guadalupe. Llegan á Lisboa. Recibelas el Rey, y el Archiduque Alberto.

HAbiendo recibido la bendicion de la Virgen de Guadalupe la Emperatriz, y ſu Alteza, y ofrecidos ricos dones al Santuario, y largos ſocorros al Monaſterio de Monges Geronimos, que con tanto egemplo le ſirven; partieron proſiguiendo ſu jornada á Portugal. Fueron grandes las fieſtas, y regocijos que ſe hicieron en los Pueblos, y Ciudades por donde paſaron, haſta llegar á Lisboa, prevenido por orden del Rey por todo el camino, y hecho el apoſento á ſu Hermana, y Sobrina. Acudian los Regidores de las Ciudades, las Cabezas de los Pueblos, los Señores de aquella Region á beſar la mano á ſu Mageſtad, y Alteza, ſirviendolas con ſeñales, y preſentes de reconocimiento, y amor ſingular. Antes que llegaſſen á la Ciudad de Lisboa, ſalió á recibirlas el Archiduque Alberto, y poco deſpues el Rey, acompañado de la mayor Corte del Occidente, recibiendo eſta Corte del Norte con grandes demoſtraciones de contentamiento.

2 Fue celebre dia, y en pocas edades viſto, por la rara concurrencia de afectos en perſonas tan grandes, porque fue para el Rey la viſta de ſu Hermana, á quien ſumamente amaba, y que tanto procuró traher á ſu compañia, de particular guſto, y el de la Emperatriz reciproco, viendo al Rey ſu Hermano recien coronado de corona tan noble, como la de Portugál, ambos en edad, trage, y eſtado tan diferente del que tenian quando ſe dividieron entre sí. La Infanta veneraba en ſu Tio la Perſona del Emperador Maximiliano ſu Padre. El Rey admiraba à la Infanta, y dabale en ſu Real corazon el miſmo lugar que á ſus Hijas. El Archiduque veía á ſu Madre, en tan diſtante Region, ſumamente contento. La Emperatriz ſe alegraba con ſu hijo Alberto en Eſpaña, renovandole la memoria de los que dejaba en Alema-

nia. La Infanta veía á ſu Hermano el Archiduque, que nunca creyeron ſus ojos volver á mirar, quando le vieron partir á tan diſtantes Provincias. Y ſu Hermano ſe holgaba de vér en Eſpaña á ſu Hermana, lo que nunca llegó á imaginar: y aſsi no pudieron celebrarſe viſitas tan alegres, ſin ſalir de los corazones á los ojos los tiernos efectos de eſta tan gran dicha.

3 Fue el concurſo de gente exceſivo, la gala, la oſtentacion, la grandeza, diverſidad de trages, de Naciones, de lenguas; numero grande de Señores, é infinito Pueblo. Hizoſe ſolemniſsimo recibimiento en Lisboa, con pompa, y mageſtad nunca viſta; la ocurrencia grande por tantas circunſtancias: la Perſona que ſe recibia, mayor, Emperatriz del mundo, Hermana de ſu Rey, y lo que no puede menos en los naturales humanos, Madre del Archiduque, deſtinado Gobernador de aquel Reyno. Fue la Emperatriz con el Rey ſu Hermano, y ſus Hijos á apearſe en Palacio, á donde les tenia hecho apoſento con grandeza, y autoridad conveniente. Hicieronſe fieſtas, y regocijos públicos en la Ciudad, aſsi por los naturales del Reyno, como por los Corteſanos, manifeſtando á las gentes, con nunca viſta oſtentacion, Lisboa la opulencia, y tributos ineſtimables, que el Aſia le envia de Oriente. Beſaron la mano á la Emperatriz, y á ſu Alteza los mayores Señores de la Corte, y el Reyno, los Eſtados, y Nobleza de Portugál, y la Ciudad de Lisboa. En eſto, y en platicar con el Rey ſu Hermano los negocios del Eſtado de Alemania, ſe ocupó la Emperatriz los primeros dias.

4 No ſon dudoſos los acaecimientos, que en aquellos tiempos ocurrieron; ni ocultas las cauſas que á la Emperatriz llevaron á Lisboa; pero con cuidado eſcuſa mi pluma el volar por las materias, y negocios de eſtado, por no ſer eſſe ſu inſtituto. El intento Religioſo que me guia, es, deſcribir la Vida de la Infanta Margarita de la Cruz, y las claras virtudes de que Dios la dotó: y referir la razon de ſu eſtado, que fue, deſpreciar el eſtado mayor, por elegir el mejor. Solo diré de las materias públicas, quanto condugere á eſte fin, por no hacer inmenſo el volumen, y peſado, con la digreſion. A eſta cauſa voy dando de mano á negocios tan grandes, ciñendo eſta obra, y encaminandola mas al provecho eſpiritual, que al politico.

CA-

CAPITULO III.

SANTOS EGERCICIOS DE LA INFANTA Margarita en Lisboa.

LOS devotos egercicios en que ſu Alteza ſe entretenia en Portugál, enmedio de la grandeza de Palacio, pudieran parecer perfectos en la clauſura de los Monaſterios; que quien tiene tan altos grados de gracia, como tenia el alma de ſu Alteza, no muda la perfeccion con el lugar. El eſpiritu favorecido de Dios, hace campo grande en el corazon, y halla en él la ſoledad, que el Hermitaño en el deſierto. Ocupabaſe ſu Alteza por las mañanas en aſsiſtir en ſu Oratorio á la oracion, y á la Miſa; tenia algunos ratos de leccion eſpiritual, y nunca dejó de ocupar algunos de ellos en la labor. A las tardes tenia otros entretenimientos, y egercicios, que ſe irán refiriendo, de igual perfeccion, y pureza: otros dias ſalia con ſu Madre á vér los Santuarios de la Ciudad de Lisboa, que ſin duda ſon de gran devocion, y mageſtad, particularmente los Monaſterios de Monjas, que en el numero, y la grandeza pueden competir con quantos hay en las mayores Ciudades de Europa. Referia ſu Alteza, que holgaba mucho de vér la piedad del Clero, y Pueblo de aquella Nobiliſſima Ciudad, y la oſtentacion, y buen orden con que hacian las Proceſiones, y celebraban las mayores Fieſtas de la Igleſia. En la que decia, que ſe ſeñalaron mucho, fue en la del Santiſsimo Sacramento, que la celebraron con pompa, y aparato ſumamente Religioſo.

2 En habiendo á las tardes acabado ſu devota taréa, ſolía llamar ſus criadas, y con ellas platicaba del Monaſterio de las Deſcalzas, y de los ſantos egercicios que hacian las Religioſas en aquella ſanta Caſa. Llamaba al Oratorio á ſus amigas, y alli las componia con la miſma forma, y orden que aſsiſtian las Monjas en el Coro, rezaban los Salmos, y decian ſus devociones, y luego tenian oracion con grande ſilencio, haciendo de eſta ſuerte la Infanta la virtud amable, y guſtoſo el eſpiritu á la naturaleza, ofreciendo el aprovechamiento interior á ſus criadas, envuelto en el entretenimiento exterior; porque no les cauſaſſe tanta pe-

pena la Cruz. Solía deſpues decir ſu Alteza: Yo confieſo, que algunas tenian eſto por donayre, y entretenimiento; pero yo en mi corazon hacialo con grandes veras, y recibia grande provecho en ello. Es particular diſcrecion hacer ſuave la virtud, y lo que no puede llevar en trage aſpero la flaqueza de nueſtra debilidad, ponerſelo en forma agradable, porque vamos á la perfeccion con mas guſto.

3 En lo que mas cuidaba ſu Alteza, era en la caridad con los pobres, y neceſitados: para eſſo habia nombrado una de las mas fervoroſas de ſus confidentes, que cuidaſſe de ſer Teſorera de eſtas vivas imagenes de Dios. Recogia quanto podia para ellos, y dabalo á criados de confianza, para que lo repartieſſen. Guſtaba mucho ſu Alteza, quando veía rico el teſoro que habia de diſtribuirles, aunque raras veces podia eſtár rico, el que por inſtantes ſe gaſtaba. Sucedia no tener forma de darles ſocorro, por ſer tan grande el cuidado de la clauſura en Palacio, y no eſtár ſiempre á la mano los criados, para emplearlos en lo voluntario, por haber de acudir á lo forzoſo. Entonces con ingenioſa caridad la Infanta hacia atar los panes en un cordél, y colgabanlos de una ventana, procurando, que las criadas llamaſſen con ſeñas á los pobres, que vinieſſen al cebo de eſta devota invencion. Era de admirar eſte cortejo ſoberano; y en el terrrero del Señor, arrojar ſu Alteza por las ventanas la limoſna á Jeſus, que no le obſta la clauſura á la caridad, ni hay puertas cerradas al amor.

4 Otras veces, no pudiendo ſu perfecta impaciencia tolerar la proligidad con que diſpenſaba con los cordeles el pan á los pobres, hacia poner monedas en ellos, y les arrojaban en gran numero deſde las ventanas. Acudian con egemplo particular de la Corte á vér las gentes eſta maravilla; galantear á Dios la Infanta, y ſus Damas, y arrojarle los favores en pan. Tenia tambien ſu Alteza grande cuidado en correſponderſe con las Deſcalzas de Madrid, que llamaba yá ſus hermanas, y eſcribialas muy de ordinario con amor, y ternura. En viendo qualquiera coſa á propoſito para el ornamento de aquella ſanta Caſa, luego la procuraba haber á las manos, y ſe la remitia con ſingular guſto. Envió coſas de mucha eſtimacion, no ſolo por venir de tal mano, ſino por ſu grande valor, ſi debe repararſe en la eſtimacion de materia, que es ineſtimable por ſu dueño.

CA-

CAPITULO IV.

MUERE EL PRINCIPE DON DIEGO. Y praticaſe caſar á la Infanta Margarita con el Rey Felipe Segundo.

POco dura la felicidad humana, y breve accidente, grande fortuna deshace. Eſtaba Felipe Segundo en Portugál, deſpues de haber incorporado en ſu Corona aquel Reyno, por ſangre heredado, y ſin guerra adquirido, arraſtrando tras él las riquezas que tributa el Oriente, y nuevas Regiones del Aſia. Sucedian proſperamente las coſas de la Monarquía: dabaſe buen eſpediente á las del Norte; gozaba en ſu caſa de grande felicidad, teniendo conſigo á ſu Hermana la Emperatriz, alegre ſuceſion en ſus Hijos, deſcanſo en el Archiduque Alberto ſu Sobrino, pacificos ſus Reynos, y Provincias, y ſuma reputacion en las armas; quando el golpe mortal de una fiebre cortó la vida al Principe Don Diego, el gozo á ſu Padre, y las eſperanzas á ſu Monarquía. Era eſte Principe en catorce años de edad, de admirables dones naturales, hermoſa diſpoſicion, condicion Real, acciones generoſas, corazon magnanimo, claro entendimiento; finalmente, las delicias, y alegria de ſus Reynos. Entriſteció eſta nueva ſumamente la Corte: y aunque el Rey (gran Maeſtro de ocultar con la Dignidad los afectos de hombre) diſimuló el dolor en las demoſtraciones, ſintió gravemente la herida.

2 Heredó las mayores eſperanzas del mundo el Infante Felipe Tercero, y entró á la Dignidad de Principe de tantas Coronas de edad de ſeis años, con poca ſalud, y gran debilidad de complexion. ¡Notable es la variedad de las coſas humanas, y los efectos de las ordenaciones Divinas! El Principe Don Carlos yá conſeguida la robuſtéz, y edad de hombre perfecto, muere en medio de ſus dias, y en arrebatada juventud deſaparece. Hace lugar al Principe Don Diego en la mayor primogenitura del Orbe, quando eſte Principe, eſperanza de las gentes, que iba ſubiendo con la vida á la mayor ventura del mundo, muere en flor, y breve rayo de calor maligno le abraſa. El Principe Felipe Tercero, que ſe crió con tan poca ſalud, dando por eſta razon mucha

cha pena, y cuidado á ſus Padres, y á ſus vaſallos, crece al lógro de la vida, reyna veinte años con felicidad, y deja dichoſa, y fecunda ſuceſion á ſus Coronas.

3 De la muerte del Principe Don Diego, que tanta pena causó al Rey ſu Padre, y á la Emperatriz ſu Abuela, reſultó, ſino igual dolor, mayor trabajo, y peligro á la Infanta Margarita ſu Tia; porque luego ſe juzgó por poco ſeguro el eſtado en que quedaba la ſuceſion del Rey, en la vida ſola del Principe Don Felipe; la edad en ſus años breve, y la ſalud muy corta, que aunque tenia hijas, no ſe ſuple en los Reyes la falta de los varones con las hembras, pues ſe muda la linea en la ſuſtancia, aunque ſe conſerve en el derecho. La edad del Rey, por la ſalud, y los años, apropoſito para otro caſamiento. Que era neceſario dejar aſſegurado á ſus Reynos el mayor conſuelo que tienen, de vér con fiadores la vida de ſu Rey. Hacia mas facil eſta determinacion, hallar tan cerca el medio de ponerla en efecto; pues parece que á un miſmo tiempo habia Dios abierto la puerta al Principe Don Diego, para ſalir de la vida, y trahido á la Infanta Margarita, para ofrecerle la Corona: que quando ſu Alteza eſtuviera en Alemania, ſe habia de procurar concluir eſte Tratado: y aſsi haber venido á Eſpaña á eſta ſazon, mas parecia providencia, que acaſo. Que ſe hallaria poca, ó ninguna dificultad en los impedimentos de la ſangre, ni de la afinidad, pues yá ſe habia obtenido la diſpenſacion para la Reyna de Francia Doña Iſabél ſu Hermana, quando el miſmo Rey Don Felipe Segundo quiſo caſar con ella. Concurria á hacer mas amable eſta deliberacion la Real Perſona, y admirables partes de la Infanta, Virgen de hermoſa edad, ſuave condicion, talle, y años convenientes, natural entendido, virtud, y ſantidad rariſsima.

4 Eſta prática ſe propuſo por el Conſejo de Eſtado al Rey, y deſpues de haberla conſiderado mucho, pareció á ſu Mageſtad conveniente el diſponerla, y abreviarla, pues la ſazon, y la neceſidad de las coſas daban facil diſpoſicion á la materia. Para eſto determinó de tratarlo con la Emperatriz ſu Hermana, juzgando, que prática que tan bien le eſtaba á la Infanta Margarita ſu Hija, ſería oída con grande guſto de ſu Mageſtad Ceſarea. Eſtaba ſu Alteza bien deſcuidada de la eſpiritual borraſca, que ſe iba levantando contra ſu alma, y vivia en ſus ſantos, y devotos egercicios, con un deſcuido, y ſencilléz Virginal, entretenida

mas

mas en conſiderar la corona que le eſperaba en la Religion, que la que le eſtaba amenazando en el ſiglo.

CAPITULO V.

ESCRIBE EL REY UN PAPEL á la Emperatriz en la platica de ſu caſamiento, y lo que en eſto pasò.

DEterminando el Rey de dár razon á la Emperatriz de la reſolucion de ſu Conſejo, en el caſamiento propueſto con ſu Alteza; pareció á ſu prudencia mas conveniente eſcribirle un papel, que platicar á boca materia tan propia. Dijola en él lo que le habian aconſejado ſus Miniſtros, y lo que parecia convenir á ſu Eſtado; y que pues nadie era mas intereſada, fiaba de ſu amor, que diſpondria con brevedad eſte negocio. Habiendolo leído la Emperatriz, eſtuvo con el Rey, y le ofreció, que le reſponderia con toda brevedad. Pero como el deſeo no eſpera facilmente, y mas quando eſtá ſolicitandolo la conveniencia, habló el Rey antes á ſu Hermana, con razones inſtantes, y graves; poniendole delante la poca ſalud del Principe, no quedarle otro hijo en quien aſſeguraſſe la ſuceſion; el rieſgo de las Coronas en la mudanza de lineas; la facilidad de la diſpoſicion; las utilidades que á la Emperatriz, á la Infanta, y á ſus Hermanos ſe le ſeguian, en volver á eſtrecharſe con mas apretados vinculos con ſu Perſona.

2 Fue eſte uno de los caſos mas graves que ſucedieron á la Emperatriz, cuyo valor ſe veía á los ojos del mayor Rey del mundo aventurado en el rieſgo de una reſpueſta. Entre Perſonas Reales no baſta á quitar el embarazo de la Dignidad, el parenteſco de la ſangre. Si reſpondia al Rey, condecendiendo con la conveniencia de la platica, era empeño para la egecucion, lo miſmo que era aprobacion para el Conſejo. Si lo contradecia, era ſuponer en ſu perſona, y parecer el acierto, que en la Sabiduria del Rey mas prudente de los Reyes, parecia mas ajuſtado. Entrar ofreciendo á la Infanta ſu Hija, ſin averiguar primero muy particularmente ſu vocacion, era arrieſgar ſu palabra, y poner en peligro ſu Autoridad. Entrar negando á ſu Hermano las mayores conveniencias de ſu Eſtado, y con la ſuceſion, la mayor ſegu-

no. ¿Quién podia preſumir en sí mas religion que en Felipe Segundo? Mas prudencia, que en ſu ſaber? O mas amor á la Infanta, que á coronarla por Reyna de Eſpaña? Preſumida parecia la contradicion que ſe opuſieſſe al intento. ¿Qué acto mas Religioſo, que remediar la mas Catolica Corona del Orbe? Y dilatar en ſuceſion fecunda la coluna mayor de la Igleſia? Qué prudencia como ceder á eſta honeſta, y dichoſa neceſidad? Qué amor á ſu Alteza, como verla Reyna, y Señora de tantas Provincias? No parecia oficio de Madre, eſcuſarle tan alta Corona. ¿Quién podia aſſegurar la vocacion en la Infanta; ó ſaber el ſuceſo á lo venidero? Quantos fervores habian perecido á manos del tiempo, y mudado los intentos con la edad? Conſideraba, que no le embarazaban las virtudes á ſu Hija, para ſer coronada por Reyna de Eſpaña. Honeſto era el campo, y mas eminente para egercitarlas. El eſpiritu, el fervor, el amor de Dios, practicarlo podia en la grandeza, como en el retiro, y con mayor utilidad de las almas.

3 Creíble era, que Dios para egemplo del mundo la habia criado con tanta virtud; porque eſpoſa puede ſer de Jeſus, la eſpoſa del hombre. Diſpenſa la Igleſia en los votos, y tal vez en el Orden Sacro, por dar ſuceſion á los Reynos. ¿Quánto era mas conveniente guiar con prudente conſejo la vocacion, que con Eccleſiaſtica mano revocarla? Ni habia de mover menos, que el guſto del Rey, y conveniencia pública, la miſma conveniencia de la Infanta, pues ſería deſacierto deſpedir eſta platica, ſi no ſucedieſſe entrar Religioſa. Y para que el ſerlo no tuvieſſe efecto, no era neceſaria mudanza en ſu Alteza, baſtaba no ajuſtarſe ſu ſalud, y fuerzas con tan aſpera, y penitente vida. ¿A quantas vence la neceſidad? A quantas no les baſta el deſeo; y quedando el vigór en el alma, deſcaece el cuerpo? Doliale mucho haber venido de Alemania á Eſpaña, para negar al Rey lo mas que le podia negar, y ponerſe en ſus manos, para laſtimarle. ¿De quien dependia la Emperatriz? De quien la Infanta, y ſus Hermanos los Archiduques? Cómo habia de eſperar guſtoſo al Rey en ſus conveniencias, quien ſe negaba al deſeo, y conveniencias del Rey? Qué platica era eſta para dudarla? Ser Reyna la Infanta, hacer guſto á un Hermano, remediar muchos Reynos, y ſervir á la Igleſia.

4 Todas eſtas razones no baſtaron á obligar á la Emperatriz

triz á que ſe determinaſſe á hablar á la Infanta ſu Hija en la materia, pareciendole, que era cautivar á ſu Alteza el albedrio, ſolo hacerle ſu Mageſtad la propoſicion. Tenia la Infanta por Confeſor al Padre Fray Juan de Eſpinoſa, de mi Serafica Religion, de la Provincia de Cartagena, varon de grande eſpiritu, y prudencia, que fue muchos años, y lo era entonces Confeſor de la Emperatriz. Habia criado eſte gran Religioſo á ſu Alteza, y eſtimabalo como á Padre, y creíale como á Maeſtro. A eſte Padre, y á Don Juan de Borja, Mayordomo Mayor, dió orden la Emperatriz, que propuſieſſe cada uno á la Infanta eſte negocio, no queriendo la ſanta, y perfecta Señora, egemplo de madres, dechado de Reynas, que pronunciaſſen ſus labios palabras que pudieſſen detener á ſu Hija en la carrera glorioſa que ſeguia á la Corona de la Religion.

CAPITULO VII.

RAZONAMIENTO QUE SU CONFESOR hace à la Infanta. Y lo que ſu Alteza reſponde.

HAbló á la Infanta el Padre Fray Juan de Eſpinoſa ſu Confeſor con grande eſpiritu, y verdad, en la materia de ſu caſamiento. Y deſpues de haberle propueſto el caſo, ultimamente la dijo: Señora, las miſericordias que Dios ha uſado con V. A. ni puede explicarlas mi lengua, ni ſervirlas baſtantemente V. A. Hále dado la mas alta ſangre de la tierra; claro entendimiento, ſantas inclinaciones, y deſeos. Ha hecho aſsiento la caridad Divina en el alma de V. A. que es el mayor bien que puede hacernos en eſta carne mortal. Amar V. Alteza á Dios, es amar primero Dios á V. Alteza con tantos mas caudales de amor, quanto hay diferencia del Amor Divino, al humano. Ahora le pone delante la mayor Corona del mundo, ó para que le ſirva con egemplo, ſi la eſcoge, ó para que la deſprecie con humildad, ſi la deja. Gran prueba hace Dios en V. A. de ſu diſcrecion, y no pequeña de ſu eſpiritu; dejale la eleccion de ſer ſu eſpoſa; y á viſta de lo perfecto, la permite lo bueno. No engáñe á V. A. la Corona mayor de la tierra, que es de tierra; pero no dége tam-

po-

poco de examinar bien ſu vocacion, antes de reſolverſe á egecutarla. Santa Reyna puede ſer V. Alteza, ſi eſto elige; dulce eſpoſa de Dios, ſi aquello abraza. Mayor parece aquello en el mundo, lo mas perfecto es eſtotro, porque aunque es gran coſa reynar en la tierra, mayor lo es ſervir en la tierra, para reynar en el Cielo.

2 Bien es verdad, que aunque buſcar á Dios en la Religion, es la perfeccion mas alta; pero no á todos guia por lo mas perfecto; porque dejaria al mundo ſin virtudes, ſi todas huvieſſen de ſalir de él á poblar los Clauſtros de las Religiones. Y aſsi, Señora, examíne bien vueſtra Alteza ſu ſanto propoſito; pero bien comprobado, no dége lo eterno por eſto caduco, y perecedero. Breve es la vida, y ſobre ſer tan breve, deleznable. Vuela el tiempo, y lleva aſido tras sí eſte aliento vital con que vivimos; ſiendo cada reſpiracion una jornada á la muerte, con cuyo golpe ſe deſaparece todo. Si las inſpiraciones divinas, ſi el fuego amoroſo de Jeſus bien infinito; ſi el deſeo de ſervirle en la profeſion Religioſa, á viſta de eſta conferencia perſevera en el corazon de V. Alteza, no dége ſu vocacion, que mas vale ſervir en la Caſa de Dios, que reynar en los palacios del ſiglo. Pero ſi el conſejo de ſu Madre, la conveniencia de la cauſa pública, y el juſto rendimiento del eſtado en que ſe halla vueſtra Alteza de obedecer, reduce á efecto eſta platica; egercíte ſiendo Reyna las virtudes que habia de egercitar Religioſa: que bien cabe eſtár adornado de joyas precioſas el cuerpo, y demás precioſas virtudes el alma: con las unas ſe luce la dignidad á los ojos del mundo; con las otras la eſpoſa á los de Dios. Reynas tiene V. Alteza para egemplo, que fueron ſantas con la Corona. Tal fue la Reyna Eſtér, y otras, que para ſer ſantas depuſieron el Reyno: tal fue aquel milagro de Reynas Iſabél de Portugál, de quien V. Alteza tiene tanta ſangre. En eſtas fue loable el ſanto deſprecio de lo grande: en aquellas el heroyco egercicio de lo bueno. V. Alteza encomiende eſto á Dios, ponga en ſus manos la eleccion de materia tan grande, que es el camino unico, para aſſegurar el acierto.

3 Oyó ſu Alteza las prudentes razones de ſu Confeſor, con verguenza puriſsima, eſtrañando aquella alma enamorada de Dios, que le propuſieſſen otro Eſpoſo, que á ſu ſanto Hijo, á quien tenia entregado ſu corazon. Bajó los ojos yá bañados en lagrimas, diciendo: Quan notorio le era á ſu Confeſor el inten-

to con que ſe habia criado, de entregarſe á Dios en vida Religioſa, y retirada. Los favores que habia recibido de ſu Divina mano en el egercicio de eſte ſanto propoſito. ¿Por qué cauſa Fray Juan, decia ſu Alteza, he de dejar mi vocacion, quando mas la deſeo ſeguir? He de ſer Eſpoſa de Chriſto ſi me quedo Infanta, y no lo he de ſer ſi me ofrecen ſer Reyna? Comodidades temporales no han de gobernar mi vocacion, haciendo mas Dios en llamarme, que yo en ſeguirle. No ſería correſpondencia, ni cordura, dejar á Dios por el hombre; lo eterno por lo breve, lo inmenſo por lo pequeño. No penſeis que peſa en mi corazon la Corona de Eſpaña, porque me parece muy grande en el embarazo, y corta en la eſtimacion. No hay que ſer mas en el mundo; pero eſte ſer en la vida, es como vos decís, breve, y penoſo. Otra Corona me llama, y para conſeguirla, quiero que me ayudeis con vueſtras oraciones, y conſejo; porque me dá gran pena penſar, que no me he de entregar toda á Dios, á quien mi alma adora. Primero falte mi vida, que yo á la fé, y palabra que le tengo dada.

4 Acabó con devotas lagrimas eſtas eſpirituales, y ſentidas razones, rogando á ſu Confeſor, que diſpuſieſſe de manera la materia, que ſu Madre no le mandaſſe coſa contraria á ſu vocacion. Aſsi ſe lo ofreció el diſcreto Padre, conſolandola con que eſperaſſe en Dios, que veria logrados ſus ſantos intentos. Lo que mas afligia à la Infanta era, recelar que ſu Madre la habia de hablar en tan penoſo tratado: enterneciaſe al penſar en ello, doliendoſe de que pudieſſe haber coſa en que no la dieſſe guſto. Era (como ſe ha dicho) exceſivo el amor que ſiempre tuvo á la Emperatriz, y en los diez y ſeis años de ſu vida, nunca habia faltado á las menores ſeñas de ſu guſto. Como eſta era materia tan grave, reconocia la Infanta, que no podia dejar de obrar en ella, como á quien tocaba la eleccion, pues en tales negocios, mas ſuelen obedecer, que diſcurrir las hijas. Pero Dios zeloſo, y fino amante de las almas, no tenia menos cuenta de la Emperatriz para no empeñarla, que de la Infanta para defenderla. Y aſsi todo ſe reducia á temer el peligro, habiendo mucha diſtancia haſta llegar al daño.

CAPITULO VIII.

ESPIRITUALES SENTIMIENTOS de ſu Alteza, con la noticia de pretenderſe la mudanza de ſu vocacion. Y razonamiento que en la miſma materia hizo Don Juan de Borja.

Ndaba la Infanta Margarita ſumamente afligida, con la platica que le habia propuſto ſu Confeſor. Enterneciaſe mucho, y lloraba viendo la eſpiritual tempeſtad que ſe habia levantado contra ella. Conſideraba la grandeza de la materia, las inſtancias que le habian de hacer, que pocos la habian de aſsiſtir al ſeguir ſu intento, que de ellos la habian de ayudar á dejarlo. Veía yá vertida eſta platica en Palacio, y hallabaſe ſin tener con quien deſcanſar, rodeada de las criadas que eſtaban tan atentas á eſto, dandole á entender la materia, laſtimandole con lo miſmo que procuraban liſonjearla.

2 Paſaba eſto ſu Alteza con diſimulacion, y paciencia, encubriendo la pena interior con la exterior modeſtia de ſu roſtro. Cuidaba de eſcuſar eſtos lances, andando retirada de todas quanto le era poſible: vivia deſconſolada, olvidada la antigua alegria, perdído el color, y el guſto. Solía encerrarſe en ſu Oratorio, y alli con lagrimas vivas lloraba ſu pena. Quejabaſe á Dios, pedia miſericordia à ſu Madre ſantiſsima. Ponia delante ſu verdadero amor, los deſeos con que vivia, los favores que habia recibido, la conſtante inclinacion que le habia dado de ſer Religioſa. Eſtaba temblando de que ſu Madre la hablaſſe en la materia, y en viendoſe á ſolas con ſu Mageſtad, crecia con el recelo la congoja. No formaba palabra la Emperatriz, que no creyeſſe la Infanta que era en la platica que tanto temia. Vivia con eſto con tantas eſpinas, y ſobreſaltos, que era laſtimoſa coſa el verla.

3 Habiendo entendido Don Juan de Borja Mayordomo mayor de la Emperatriz, del Padre Confeſor de ſu Alteza, quan poco inclinada eſtaba á la materia, juzgandola por muy conveniente á ſu ſervicio; con el orden que tenia habló á la Infanta, diciendola quan decente era lo que ſe le habia propueſto, y quan

juſ-

juſto que ſu Alteza ſe redugeſſe á las conveniencias del eſtado público, y que eſta era la mas ſegura, y cierta devocion. No ha nacido, decia Don Juan, V. Alteza para sí ſola, para bien de muchos ha nacido. Ocultar debajo de un ruſtico ſayal las virtudes que Dios la ha dado con tan larga mano, es poner la luz debajo de la medida, y no ſobre el candelero. Si de las Religiones pudieran ſacarſe las perſonas del mundo para mejorarle, fuera muy conveniente: ¿quánto mas lo ſerá no deſterrarlas del mundo á las Religiones? Grande coſa es arder á los ojos de Dios; pero mayor es lucir, que no arder, que no todos los que arden en ſu amor alumbran: pero todos los que alumbran, arden en ſu amor.

4 Es un Sol en el mundo una Reyna ſanta, y eſclarecida; mejóra las almas con ſu egemplo; perficionalas con ſu virtud, y alegralas con ſu agrado. ¿Quantos pobres remedia? Quantas huerfanas caſa? Quantas virgenes hace Eſpoſas de Dios? Eſtas obras ſon de dejar por vivir en retiro? No niego, Señora, que es ſeguir á Dios lo mas perfecto: ¿pero quien dice, que eſto es dejar á Dios? Sirvele V. Alteza, donde mas ha meneſter quien le ſirva, y en donde es mayor fineza el ſervirle. Que V. Alteza ſea perfecta en la Religion, apenas parece que hay que agradecerle; pero que ſea Religioſa en Palacio, y egemplar del modo como han de ſer ſantas las Reynas, vivir en el ſiglo ſin ſiglo, eſto es de ſuma virtud. Tratado es eſte que V. Alteza no puede eſcuſarlo: ſu Madre lo deſea, á ſu caſa le conviene, el Rey lo propone, los Miniſtros lo aconſejan, los Reynos lo piden. En el eſtado que Dios tiene á V. Alteza ſabe ſu gran diſcrecion, y modeſtia, que no le puede tocar, diſcurrir, ni determinar, ſino obedecer á la Emperatriz ſu Madre, de cuya prudencia, y amor ha fiado V. Alteza haſta aqui ſus aciertos.

5 Refieren, que no pudo ſufrir el conſtante ánimo de la Infanta, que paſaſſe adelante Don Juan en ſu diſcurſo, y que interrumpiendole, dijo: Don Juan, yá me ha hablado mi Confeſor en eſto, y le he reſpondido lo que Dios me ha dado á entender, y aſsi á él os remito. En lo que decís de mi Madre, creo del amor que me tiene, y de ſu Chriſtiandad, que nunca me mandará coſa que no ſea muy conforme á la voluntad de Dios, con la qual vive ſu Mageſtad tan ajuſtada, debo eſtarlo yo, y ſerá bien que lo eſtemos todos. No le pareció á Don Juan de Borja hacer

mas réplica á ſu Alteza, porque en el color del roſtro leyó facilmente los penoſos efectos, que obraron eſtas razones en ſu corazon. Salióſe de la pieza, y luego la Infanta, como cierva herida que buſca el alivio en las aguas, habiendo oído que ſu Madre mandaba eſto, y coligiendo tambien, que ſin ſu orden no llegáran á hacerle tan vivas inſtancias, ſe retiró á ſu Oratorio, y con tiernas lagrimas lloró ſu dolor, diciendo con gran ſentimiento, y ternura eſtas, ó ſemejantes razones: ¿Es poſible, Dios mio, que no me quereis? Que aſsi me deſechais? Quando mi alma os buſca, Vos me deſpedís? Quando quiero ſer vueſtra Eſpoſa, Vos me repudiais? Qué os ha hecho, bien mio, eſte corazon que os adora? En qué os ha enojado eſta alma que os ama? Por qué no quereis una vida que quiere perderſe por Vos? Buſcais, Señor mio, la oveja perdída, y con tanto trabajo la traheis en los hombros, y ahora que os buſca ella á Vos, la dejais perdída? Para qué quiero yo las Coronas del Mundo, ó Rey del Cielo? No quiero mas Corona que adoraros, ni quiero mas reynar que ſerviros. Otras, Señor, ſirvan de egemplo en el ſiglo, que yo quiero ſerlo fuera de él: ſeanlo otras de haberlo ſeguido, yo deſeo ſerlo de haberlo dejado.

6 Aſsi como ſe iba ſabiendo en Palacio la platica que ſe trataba del caſamiento del Rey con la Infanta, ſe iba tambien entendiendo la contradiccion de ſu Alteza, el ſentimiento que de eſto tenia, y las muchas lagrimas que le coſtaba. Veíanla triſte, ſola, ſin aquella alegria de roſtro con que antes ſazonaba ſu quarto, apenas la veían los ojos enjutos, ni la oían ſino tiernos ſuſpiros. Eſtaban ſuſpenſas, y confuſas en Palacio, ſin ſaber en lo que eſto pararia, admirando el mundo en ſu Alteza tan eſtrañas lagrimas, llorar una Infanta el ſer Reyna.

CA-

CAPITULO IX.

LO QUE SU ALTEZA PADECIO SOBRE la platica del casamiento. Y la respuesta que en ello dió la Emperatriz.

HAbiendo entendido la Emperatriz del Padre Fray Juan de Espinosa, y de Don Juan de Borja, la constante determinacion de la Infanta, y viendo tambien con sus ojos en el rostro, y afliccion con que andaba aquellos dias, la turbacion grande que á su ánimo causába este negocio; determinó de hablar al Rey su Hermano, sino escusándo del todo la conclusion, á lo menos diciendole el camino por donde Dios llevaba á su Hija, para resolverlo con mayor acuerdo. Entretanto que la Emperatriz hallaba sazon conveniente para decir esto al Rey, era lastima vér lo que padecia la Infanta. Porque con la contradiccion que se entendió que hacia á una cosa que tambien estaba á sus criadas, se levantó una persecucion domestica á esta inocente Señora, cubierta con color de conveniencia, en que tuvo bien de que defenderla Dios. Admirabase toda su familia, y quejabase de la Infanta, de que quisiesse privarse de tan buena suerte, y se negasse á ser Reyna de España, y verse en puesto, en el qual pudiesse largamente mejorar los suyos. Como la platica estaba yá tan esparcida y pública, hablabanle en ella abiertamente persuadiendola á que se condoliesse de todos, condescendiendo en esta resolucion, y escusasse de entrar en vida tan trabajosa, como la de Descalza.

2 Tuvo la Empetatriz en su servicio muy grandes Señoras, y sumamente discretas, y con la mano que les daba su calidad, y la poca edad de su Alteza, la hacian muy apretadas instancias. Quando partimos, Señora, decian, de Alemania, y dejamos nuestros padres, y hermanos, á todo acaecimiento nos sujetamos. Corrimos los peligros de la peste, los trabajos del camino, y las tempestades del mar. Venimos á naciones estrañas, de tan larga, y dilatada correspondencia con los nuestros, que apenas sabemos nosotras de ellos, ni ellos de nosotras. El consuelo que trahen consigo estas penas, es, pasarlas á los ojos de V. Alteza, y ale-

grarnos en ellas con ſu viſta. Quiere V. Alteza dejarnos, y quiere dejarſe á sí huyendo de la mayor Corona, á la mas riguroſa, y pobre vida. Su guſto de V. Alteza ha de preferirſe á todo; pero ſu diſcrecion ha de examinar ſu guſto. ¿Quiere mas V. Alteza que ſer ſanta? Siga, é imíte las piſadas de ſu Madre: ſiga las de las ſantas Reynas Iſabél de Ungria, y Portugál. ¿A quantos beneficiaron con ſu mano, ſocorrieron con ſu liberalidad, defendieron con ſu amparo, mejoraron con ſu perfeccion? No pudieran hacer eſto deſde el rincon de una celda, ó de la reja de un Convento. Crea V. Alteza, que no ha de poder vivirſe en el mundo, ſi los buenos dejan el mundo, y falta á los que ſe quedan la luz del egemplo. Lo que á noſotras toca, Señora, poſponemos á la inclinacion de V. Alteza, pues nueſtras comodidades no han de retardar ſu vocacion.

3 Larga mano tiene la Emperatriz para nueſtro beneficio, y yá eſtamos premiadas con ſervirla. Duelenos la ſalud de V. Alteza, y ſu débil complexion, y ſujeto entregado á tan riguroſa vida. Que ſerá conſtante ſu corazon en la profeſion que emprendiere, no lo podemos dudar, como quien conoce ſu eſpiritu, y ſu valor; pero quantas veces deſampára la ſalud á los deſeos, y quedando conſtante la voluntad, vive rebentando el cuerpo. V. Alteza míre bien lo que deja, y lo que emprende, y no facilmente ſe reſuelva á deſamparar á tantos, que viven con el gozo de ſervirla, y la alegria de comunicarla, condenandonos á que eſtemos las que tanto la amamos, llorando ſu auſencia, y el rieſgo que ha de correr ſu ſalud en profeſion tan auſtera.

4 La afligida Señora viendo las contradicciones con que era combatida, no reſpondia ſino que eſtas materias no eran para diſcurrirlas, ni platicarlas con ella, y hallaba el remedio en andar deſviandoſe de todas, y eſcuſar eſtas platicas, retirarſe al Oratorio, acudir á ſu Confeſor en quien tenia todo ſu conſuelo. Tambien el Archiduque Alberto ſu Hermano le era de algun alivio en ſu pena, porque aunque deſeaba eſte negocio, ſiempre guardaba reſpeto á la vocacion, y ſolía decirle, que vivieſſe conſolada, porque ſi era de Dios, todos le ayudarian á ponerla en efecto. Las Señoras, y criadas (que tenia en ſu compañia) del ſanto concierto ſolían acompañarla en las lagrimas, ſin oſar perſuadirle uno, ni otro, no queriendo dár pena á la Infanta, ni diſguſto á la Emperatriz.

En

5 Entendiendo ſu Mageſtad Ceſarea lo que en eſto paſaba, fue moderandolo en todo con ſu gran prudencia, dando orden que no la moleſtaſſen, hablandola en ello; y pareciendole yá tiempo de decir á ſu Hermano la dificultad que tenia eſta materia, le dijo: quan temprano habia Dios manifeſtado ſu voluntad en la Infanta ſu Hija de quererla para sí, que con eſte devoto, y ſanto deſeo habia nacido, y crecido, y en el miſmo perſeverado. Y que parecia conveniente ſuſpender el tratar de eſta materia haſta llegar á Madrid, y verſe en las Deſcalzas, pues entonces con mayor eſpeculacion podria ſu Mageſtad reſolver lo mejor. Reſpondió el Rey con la prudencia, y Religion que reynaba en ſu ánimo, admirando, y eſtimando mucho la vocacion ſanta de ſu Alteza, y que le parecia bien dilatarlo, para examinar entretanto ſi aquellos deſeos eran verdaderamente impulſos Divinos, que en eſte caſo todos habian de ayudar á egecutarlos: pero que era de examinar una reſolucion tan grande, y nueva en perſona de tan alto eſtado como ſu Sobrina, en edad tan tierna, y ſujeta á mudanzas, entrar en vida tan auſtera, y llena de trabajos, y deſconſuelos para la naturaleza. Con eſto quedando en pie la platica, y en duda el ſuceſo, ſe ſuſpendió todo haſta llegar á Madrid.

CAPITULO X.

PARTEN DE PORTUGAL EL REY, la Emperatriz, y la Infanta. Llegan á Madrid. Y devocion de ſu Alteza á una ſanta Imagen de Chriſto en el Convento Real de las Deſcalzas.

COmpueſtas yá las materias de Portugál, por la prudente atencion de Felipe Segundo; encomendada la incorporacion de eſta noble parte del Imperio de Eſpaña en la Monarquía, á la conſtante lealtad de aquel Reyno, y ſu Gobierno al Archiduque Alberto; partieron de Lisboa el Rey, la Emperatriz, y la Infanta. Hicieron el viage con grande felicidad, celebrando ſu recibimiento las Ciudades, y Pueblos por donde paſaban, con demoſtraciones de gozo; llegando en ſus fieſtas, y regocijos haſ-

haſta donde baſtaba ſu poder ; y adonde no alcanzaba, paſando con el amor. Encaminóſe la jornada á San Lorenzo el Real, y alli entraron admirando la Emperatriz, y ſu Alteza aquella rara maravilla del Orbe, donde el poder, y el arte eſtán emulando ſus fuerzas. En San Lorenzo aguardaban á ſu Mageſtad el Principe Don Felipe, y las Infantas, y con ſeñalada fieſta fueron recibidos, el Rey de ſus Hijos, la Emperatriz de ſus Nietos, la Infanta de ſus Primas. Detuvieronſe algunos dias en eſte Santuario, de donde llegaron á Madrid, llenando eſta Real Villa con la venida de ſu Rey los corazones de ſus vecinos de gozo, y los vacíos de ſu ſoledad de gente. El Rey, el Principe, y las Infantas quedaron en Palacio ; la Emperatriz, y ſu Hija fueron derechamente á apearſe á las Deſcalzas, donde las Religioſas las recibieron con eſpiritual júbilo, y grandes demoſtraciones de amor. De nueſtra devotiſsima Infanta Margarita no hay quien pueda explicar el alegria con que recibió las Religioſas, y fue recibida de ellas, holgando ſumamente aquellas virgines devotas, de vér cobrada yá prenda tan ineſtimable.

2 Hallaron hecha la Tribuna, que en el Templo de eſta Real Caſa cae al Altar Mayor, en donde en las Fieſtas públicas oyen, y aſsiſten los Reyes á los Oficios Divinos. Comunicabaſe la Tribuna con el quarto de ſu Alteza, y en ella hacia nido eſta candidiſsima Paloma. Alli iba á comunicar ſus deſconſuelos, á hacer terrero eſpiritual á ſu Amado. Alli en ſus tribulaciones buſcaba el alivio, el conſejo en ſus dudas, el esfuerzo en ſus trabajos, la conſtancia en ſus perſecuciones, y el deſcanſo en ſus penas. Cobró grandiſsima aficion á una Imagen de Chriſto Redentor nueſtro Crucificado que eſtá en el Altar Mayor, y á él enderezaba ſus fervoroſas oraciones, pareciendole que tenia tantas puertas abiertas para recibirla, quantas llagas moſtraba para remediarla. Comunicaba con eſta Imagen en la oración quanto le paſaba en el dia, regiſtrandole haſta los mas delgados penſamientos. Hablabale en la confianza como á Eſpoſo, y en la veneracion como á Dios. Reducia alli á ſu memoria las tribulaciones paſadas, y no dejaba de temer las venideras. Ofreciale agradecida en holocauſto ſu conſtante fé, y pedia, que la previnieſſe de esfuerzo para el tiempo de la neceſidad. Era tan vivo el amor que cobró á eſta ſagrada Imagen, que en viendola ceſaban ſus deſconſuelos : y como á la fuerza del Sol ſe deſaparecen las nubes,

huían

huían ſus penas, que hacia propicio al Retrato el amor que la Infanta tenia al Original.

CAPITULO XI.

VUELVEN A PROPONER A SU ALTEZA el caſamiento. Platica de cierto Miniſtro, y reſpueſta de la Infanta.

Uando la Infanta andaba mas fervoroſa en ſus eſpirituales egercicios, y con mayor fuerza iba recibiendo ſu alma amoroſos aumentos: quando el embarazo, y ſoledad de aquel ſanto retiro, y la perfecta compañia que le hacian las Religioſas ofrecia materia mas eficáz á ſu vocacion, volvió otra vez á deſpertarſe mas viva la platica de ſu caſamiento, y con mas inſtancias á renovar ſus cuidados. Hacianſe diferentes recuerdos al Rey de lo que convenia, que ſu Mageſtad tomaſſe reſolucion en eſte tratado, por la poca ſalud con que ſe criaba el Principe, y porque materia como eſta, no era bien hacerla de peor calidad, con echar mas tiempo ſobre ella. Con lo qual vino á ſer neceſario volver á hablar á ſu Alteza. Fue lo miſmo que manejar las llagas al herido, y volverle á repetir el dolor.

2 Habló la con la miſma diſcrecion el Padre Fray Juan de Eſpinoſa ſu Confeſor, ſin deſviarla de ſu ſanto propoſito, ſeñalando lo bueno, ſin ocultar lo mejor; dejando obrar á la gracia, y no deſanimando la vocacion. A eſte Padre, y á todas las demás perſonas, que hablaron reſpondió con igual conſtancia, diciendo: Que habia ofrecido de ſacrificarſe eternamente á Dios, y ſervirle en eſtado Religioſo, y que no ſe hallaba con aliento para deſamparar ſu deſeo. La Emperatriz ſu Madre, aunque conocia quan bien le eſtaba que ſe efectuaſſe eſte caſamiento, eſcusó otra vez el intervenir por ſu Perſona, paſando antes por arrieſgar quantas comodidades podian reſultarle de ſu efecto, que hacer la menor contradiccion al propoſito ſanto de ſu Hija. Conocia qual habia de ſer la fuerza de ſu autoridad con la Infanta, y no queria oprimirla con peſo tan grave. Haciendola Dios egemplar de los padres, para que aprendan á dejar en ſu libertad á las hijas, quando Dios les gobierna; que ſi al mandar Dios en las

al-

almas, le acortan la mano, ¿que acierto eſperan en ſus reſoluciones? Contentabaſe la Emperatriz con dejar que á ſu Hija la hablaſſen, que eſte arbitrio no lo quiſo negar al Rey, ni á la cauſa comun. Pues cerrar la puerta á platica tan grave, aſsi fuera ſobrada ſeveridad, como oponerſe á la vocacion de la Infanta peligro. Hablóla entre otras perſonas cierto Miniſtro (que no es neceſario por ahora nombrarlo) que con ſer de grande juicio, y prudencia, moſtró que no es facil hallar conveniente forma á la perſuaſion, ni veſtir de ajuſtadas razones el afecto, quando ſe habla con Perſonas tan grandes, con quien facilmente la mas advertida lengua reſvala. Habia intervenido antes en la miſma platica, y á eſte tiempo habló á ſu Alteza, diciendola:

3 En diferentes ocaſiones, Señora, he hablado á V. Alteza en el negocio mas importante que puede ocurrirle en la vida, y en todas ellas no han baſtado mis muchas canas á perſuadir los pocos años de V. Alteza. Vuelvo á tratar en eſto, porque viven las miſmas razones. ¿Qual infelicidad nueſtra, y de la ſuerte comun de eſtos Reynos, del eſtado mas dichoſo de V. Real Perſona perſuade á V. A. á reſiſtir lo que mas le conviene? Quien ha pueſto en el blanco corazon de V. A. repugnancia tan fuerte á una reſolucion tan importante? Lo que aconſejan tantos varones eminentes; lo que juzga por mas conveniente el Rey mas ſabio; lo que no ſe atreve á reſiſtir la Emperatriz ſu Madre; lo que deſean los Reynos; lo que ſolicitan todos; lo que con lagrimas pide ſu familia; lo que ha meneſter la Religion Catolica, no halla lugar en el albedrio de V. Alteza? Si ſe ha de tomar reſolucion tan grave por noticias; ¿quien las tiene mayores? Si por voluntad, quien puede negarſe á tantos deſeos? Si por ruegos, quien no ſe rinde á tantas inſtancias? Si por conveniencias, quien puede cerrar los ojos á las propias, á las de ſu Madre, y Hermanos, á las de ſu Tio, y Corona, á las de ſu Familia miſma, y Religion Chriſtiana? Pueden juntarſe mas cauſas para producir un efeto, ni concurſo mas poderoſo de razones? Aparta de la cabeza la Corona V. A. qual ſi fuera una vibora enroſcada, y naciendo Infanta, eſtraña el ſer Reyna? Para qué ſuerte nació V. Real Perſona? Para ponerſe un ſaco de ſayal, y vivir en aſpera, y pobre vida, ſola, y triſte? Quién duda, que ſea lo mas perfecto el ſeguir á Dios? Pero quién llama dejarle, el ſer Reyna en la mayor Corona de ſu Igleſia?

Pa-

4 Parece que condena V. A. los mas altos Eſtados de la vida, pues tanto horror le cauſan, qual ſi fuera delito el tenerlos. ¿No caben en una cabeza corona de oro, y de eſpinas? Las virtudes, y los Reynos? Penar con la grandeza, y hacer de los cargos Cruz? Faltale la experiencia á V. A. y con eſſo no ſabe qué de penas que caben en el gozo, y que es Cruz á los hombros el cetro en la mano. Si quiere padecer V. Alteza, en eſta ocupacion lo hallará, que no eſtá lo mas alto mas eſento de la comun miſeria de los hombres. Finalmente V. Alteza ſe perſuada, que ha de ſer poderoſa la razon; y que han de ceder ſus breves años al parecer de tantos Miniſtros; á la voluntad del Rey ſu Tio; á la tolerancia de ſu Madre; á las lagrimas de ſu familia; á la aclamacion de los Reynos; á las conveniencias del eſtado de eſta Monarquía; y aſsi es bien que vaya V. Alteza con la voluntad, adonde ha de ſer llevada de la fuerza.

5 No pudo tolerar ſu Alteza, herido el corazon con la ultima palabra que formó eſte Miniſtro, que continuaſſe ſu platica: y encendida en ſanto zelo, le dijo eſtas breves razones: Engañais os, ſi creeis que puede haber fuerza humana que me lleve adonde no me lleváre la Divina. ¿Vos penſais que á mis pocos años habeis de aſſombrar con los vueſtros? A todas las razones que habeis dicho, he reſpondido en otras ocaſiones. Todas las vence la voluntad de Dios, que es Señor de ſus criaturas, y eſcoge las que quiere para sí. Y ahora por la ultima palabra que digiſteis, llevad ſabido, que no habeis oſar mas hablarme en eſta materia. Con eſto, bien corregido, ſe ſalió el Miniſtro de la pieza, y nunca mas ſe atrevió á mover la lengua en ſemejante platica.

CAPITULO XII.

CRECEN LAS TRIBULACIONES de la Infanta en la proposicion del casamiento. Consuelala Christo nuestro Señor con favor muy particular.

NO se puede explicar bastantemente la turbacion que causó á su Alteza el razonamiento de este Ministro, porque aunque conocia bien la suma Religion de su Tio, el valor de su Madre, y el respeto, y veneracion que habian siempre guardado á su vocacion; todavia no dejaba de darle gran pena, ver, que le hablassen tan determinadamente en materia tan grave; y temia, que no fuesse la ultima prueba de su constancia el precepto de la Emperatriz. Era esto lo que mas la afligia, porque á todos los demás hallaba inferiores á su determinacion, aunque fuessen superiores á sus años. Solo en llegando á su Madre, se hallaba en todo sin fuerza, para resistirla, y en este caso sin aliento para obedecerla. Estaba su Alteza en aquel Real Monasterio, mas bien hallada para el gusto, pero menos acompañada para el trabajo, que en Portugal: porque á la Emperatriz no se atrevia á hablar en ello, por no despertarle platica que tanto temia. Faltabale su Hermano el Archiduque Alberto, y no siempre podia hablar á su Confesor, ni habia aun estrechadose tanto con las Religiosas, que pudiesse comunicarles sus penas. Sus criadas, y las de la Emperatriz eran las mas declaradas en esta materia; y con color de su bien, las que mas la lastimaban. Con esto negada la afligida Señora, de las criaturas, iba desalada á buscar el Criador, el qual con dulce providencia le cerraba estas puertas mortales, para que hallasse solamente abierta la eterna. ¡O, Señor, quanto os debemos quando mas nos quejamos! En que todos me desamparen, consiste mi bien: y en que todos me dégen, mi remedio.

2 La Infanta, de la manera que la Esposa en los Cantares, caminaba anhelando por su Amado; requeriale con dulces quejas, y con tiernos suspiros le llamaba. Ibase á la Tribuna, y desde alli mirando aquella Imagen de Christo nuestro bien (de quien era

era tan devota) un dia que mas pena le daban sus congojas, bañado el rostro en lagrimas, le dijo: ¿Quando he de acabar de hallaros, Señor mio, y me han de dejar seguiros? Y pues solas vuestras bodas apetezco, quando se han de celebrar? Aguardais á que muera con el dolor de esta suspension, Señor? En qué han de parar estas instancias? Adonde han de llegar estas porfias? Hasta quando permitireis que padezca en la mas fuerte duda, que es perderos? He de ser vuestra esposa, Señor mio?

3 Apenas dijo estas ultimas palabras la fervorosa, y Real Doncella, derramando arroyos de lagrimas, quando la santa Imagen de Christo nuestro bien bajó dos veces la cabeza, dandole prendas en la tribulacion de su descanso, y ofreciendole en arras de su espiritual matrimonio este repetido prodigio. Cesaron los afectos, y entró la suspension en el alma de la Infanta viendo con sus ojos un portento tan grande, y naciendo con él en su corazon seguridad constante de conseguir tan gran bien. Quedó con una consolacion interior de tanta suavidad, que yá parece que comenzaba á gozar con la esperanza en esta vida parte no pequeña de las glorias, que á la posesion está reservada.

4 Admirable es el amor de Dios Crucificado, que adoramos; pues no le pareció que bastaba consolar el corazon que sentia, sino consolaba los ojos, que lloraban; haciendo que los ojos viessen inclinar la cabeza en el Retrato, y el corazon conociesse inclinado su amor en el Original. Dos veces inclinó la Corona de espinas: la primera, ofrece las espinas á su Esposa; la segunda, la corona. Dos veces se le inclina, con la una la recibe, con la otra se entrega. Acredita con el segundo milagro el primero; unas mravillas assegura con otras. Dos veces afirma, una en nombre de su Madre (medianera de este concierto desde Monserrate) otra en el suyo. Dos veces á dos vidas se ofrece por esposo de su esposa, para esta mortal, penosa, y atribulada; y para la glorioſa, triunfante, y eterna. Duplica los favores, porque no sabe su amor irse á la mano en pagar deseos, y consolar afligidos. Gran credito es de su fineza el bajar la cabeza su efigie coronada en un madero, pero mayor lo es dár fuerzas á un humano corazon, que declíne la cabeza de la Corona, que con tanta instancia quieren poner en sus sienes. En este suceso leo aquella misericordia; pues quien vé tal fervor en un corazon humano, creerá tal favor en una correspondencia Divina: porque mas fa-

to la lengua, dando mas fuerza á ſu corazon con eſta muda, y poderoſa eloquencia. No tiene mas esfuerzos la naturaleza, de lo que fuere dando la gracia. Eſtas tiernas razones, con pureza increíble referidas, y con tanta blandura pronunciadas, hirieron de ſuerte el ánimo de la Emperatriz, que reſuelta en lagrimas, y en el miſmo negocio convencida, componiendo primero ſu Auguſto ſemblante, yá no indiferente, ſino propicia en la cauſa, la dijo: Margarita, pedid vos á Dios, que me dé vida, que mientras yo la tenga, yo os defenderé, y ayudaré en vueſtro ſanto propoſito.

4 Raro egemplo queda eſcrito á los ſiglos en eſtas breves palabras del juſto aprecio de la voluntad de Dios, y del deſprecio de la vanidad del mundo. Yo os defenderé Margarita, dice la Emperatriz. De qué? De la muerte? Del hierro? Del trabajo? No. De la Corona, del Cetro, de ſer la Reyna mayor de la tierra. De toda eſta grandeza la juzgaba ofendida al proponerla, pues que la queria defendida al guardarla. ¡O deſeſtimacion ſuma de sí, y alta eſtimacion de Dios! Mas quiere la Emperatriz vér á ſu Hija ſierva de Dios, que verla Reyna. Mas quiere verla trabajando en la perfeccion, que reynando en la virtud. Mas quiere verla Deſcalza, que piſando las mayores Provincias del Orbe. Mas quiere verla obedeciendo padecer, que mandando gozar. De tres Hijas que pudo vér coronadas en el mundo, la tercera niega al hombre, y la dá á Dios. La Reyna de Eſpaña Doña Ana, perfecta, y valeroſa criatura, ſantamente murió en ſu Reyno coronada. La Reyna de Francia Doña Iſabél, egemplo raro de Reynas, murió yá depueſta la Corona en el retiro. Quiere la Emperatriz que vea el mundo ofrecer á Dios la tercera Hija en mas alta, y ſuperior gerarquia, y que imíte la Infanta Margarita las virtudes que egercitó la Reyna Doña Ana en la Corona, y la Reyna Doña Iſabél en el retiro; porque la excelſa vida que reſplandeció en las dos Hermanas en la grandeza, con mas claros rayos reſplandecieſſe en ſu Alteza en el deſprecio.

CA-

CAPITULO XIV.

DICE LA EMPERATRIZ AL REY la determinacion de ſu Hija. Reſpueſta de ſu Mageſtad, y nueva tribulacion que ſe levanta á ſu Alteza.

BEsó la mano la Infanta Margarita á ſu Madre, por haberle ofrecido ſu amparo en la ſanta vocacion de ſer Religioſa, y el tierno amor que haſta entonces la tenia, creció con mas apretados vinculos por eſte favor. Solía repetir ſu Alteza deſpues muchas veces en el diſcurſo de ſu vida: Debole mucho á Dios, y debíle mucho á mi Madre. Ponderando, que debia á Dios haberle dado tal Madre: y debia á ſu Madre haberla hecho eſpoſa de Dios. Deſde el punto que ſe declaró la Emperazriz en defender abiertamente la ſanta vocacion de ſu Hija Margarita, ſe fueron mitigando las inſtancias.

2 Habló al Rey ſu Hermano, diciendole con quan vivas razones, por diferentes Miniſtros ſe habian propueſto á ſu Hija las conveniencias de eſte tratado, y que ſiempre eſtaba conſtante en ſu vocacion. Que pues á viſta de la vida penitente, que eſcogia, y de la Corona con que la convidaban, ſeguia con tanta perſeverancia ſu intento, ſe conocia manifieſtamente que era Dios quien gobernaba aquel corazon: y ſiendo eſto aſsi, que ni habia humano poder, ni era bien que huvieſſe humana licencia, para impedirle mas eſte ſervicio, ni á la Infanta eſta dicha. Ponderóle las lagrimas con que le habia ſuplicado, que ſeñalaſſe dia á la entrada de la Religion, y que no lo habia querido hacer, ſin dar razon primero á ſu Mageſtad. El Rey reſpondió con mucho agrado, que no permitieſſe Dios que él fueſſe impedimento á la Infanta al ſer Religioſa, antes bien era juſto que todos la ayudaſſen, y que ſe rindieſſen las razones humanas á la ordenacion Divina. Que Dios, Autor de la naturaleza, daria ſalud al Principe Don Felipe ſu Hijo, en cuya ſuceſion podia aſſegurarſe lo que habia pretendido aſſegurar con la ſuya. Decentemente creerá, no ſolo el Eſpiritual, ſino el Politico, que creyere que el haber dado Dios al Principe Don Felipe (deſpues Rey Santo, y Pacifico)

tan

tan hermoſa, y fecunda ſuceſion, tomó ſus fuerzas en dar primero ſu Padre á Dios ſu Eſpoſa.

3 Publicóſe en los dos Palacios, y luego voló por Madrid eſta reſolucion, que tanto tiempo habia tenido ſuſpenſa la Corte. Y quando parece que la Infanta habia de gozar de ſuma tranquilidad, ſe volvió á levantar otra borraſca, ſino de igual peligro, de igual pena. Comenzóſe á eſtrañar mucho, que yá que la Infanta no queria eligir el eſtado del matrimonio, quiſieſſe ſeguir la aſpera vida de la Religion, perſuadiendola algunas Señoras del quarto de la Emperatriz, que la ſervian, que vivieſſe retirada en el Convento, pero no Religioſa. Que á quien conocia ſu delicadeza, parecia temeridad quererſe obligar á tan riguroſa vida, poniendoſe á rieſgo conocido de no cumplir á Dios lo que ofrecia. Que ſe podia quedar con ſu Madre en ſu quarto, y deſpues de los felices dias de ſu Mageſtad, continuar el miſmo recogimiento, gozando alli, aſsi de la compañia de las Religioſas de ſus ſantos, y devotos egercicios, como de las decentes, y preciſas comodidades, que ha meneſter el cuerpo, para llevar el peſo de la vida. Que muerta la Emperatriz ſu Madre, quedaria ſu Alteza amparando toda ſu familia, ſocorriendo los Fieles con ſu liberalidad, y mejorando las gentes con ſu egemplo. Proponianle domeſticos egemplares de eſte intento. La Princeſa Doña Juana ſu Tia, que en el miſmo Convento habia vivido, y muerto con grande perfeccion. La Reyna Doña Iſabél ſu Hermana en Viena, y ultimamente, la Emperatriz ſu Madre, egemplar que podia ſerle precepto.

4 Reſpondió á eſtas inſtancias ſu Alteza con clara, y abierta reſolucion, que habia de ſer Religioſa, y ſeguir la vocacion con que Dios la llamaba: que lo que mas podia ſentir era, no tener tanta mano para acudir á remunerar tan buenos ſervicios, como los de las Señoras que aſsiſten á ſu Madre; pero que daria Dios vida á ſu Mageſtad, y en eſſe tiempo lo diſpondria todo en conveniente forma: que quando quedaſſe algo por egecutar, ſu Alteza conſervaba ſiempre la miſma ſangre en las venas, pues no ſe cortan con la profeſion los vinculos que ofrece la naturaleza. Y ſiempre habia de hallar ſu interceſion en el Rey ſu Tio, ó en el Principe ſu Primo, quando felizmente reynaſſe, el lugar que ſe debia á tan eſtrecho parenteſco. Y que eſtuvieſſen ciertas, que nunca les faltaria, con

tan-

tanta mas mano, y poder, quanto ſe exponia á dejarlas por Dios, el qual puede remunerar mas por la mano de una pobre Religioſa Deſcalza, que de una Infanta coronada por Reyna. Con eſtas, y otras razones ſoſegó á ſus criadas, y con tal diſcrecion, y fervor perſuadia al conſuelo, y eſperanza á las que habian de quedar en el mundo, y á la perſeverancia, y deſprecio del ſiglo, á las que habian de deſampararlo, que todas reſpondieron con lagrimas; unas por el gozo de ſeguirla, otras por el dolor de dejarla.

CAPITULO XV.

VUELVEN A HABLAR LA EMPERARIZ, y el Rey á la Infanta en la ultima reſolucion de ſer Religioſa, y las prevenciones que ſe hicieron antes de egecutarla.

Eſuelto el Rey, y la Emperatriz á que la Infanta ſiguieſſe ſu devoto intento, y el miniſterio por donde Dios la llamaba, les pareció que era conveniente primero examinar muy bien ſu vocacion. No podia dejar de ponderarſe mucho reſolucion tan grave, y que tanto ruido habia de hacer en el mundo. La Infanta Margarita, Hija del Emperador Maximiliano, Hermana del Emperador Rodolfo, y de las Reynas de Eſpaña, y Francia; Cuñada, y Sobrina de Felipe Segundo; Nieta de los Emperadores Carlos V. y Fernando, veſtirſe un pobre ſayal para vivir deſcalza, era fuerza que volvieſſen las naciones los ojos á eſta reſolucion, para admirarla los Catolicos, para eſtrañarla los Hereges. Habiendo de cauſar grandes efectos en qualquier ſuceſo, con la perſeverancia, egemplo á los unos, reſpeto á los otros. Y ſi la ſalud de ſu Alteza no pudieſſe tolerar la aſpereza de la vida, en los contrarios de nueſtra Religion cauſaria deſcredito, y en los nueſtros cenſura.

2 Era reſolucion raras veces viſta, dejar Señora tan grande tan deſaſidamente el mundo. Habiaſe viſto en otros ſuceſos encerrarſe, conſervandoſe en mas breve termino la miſma Mageſtad, acortados los rayos del poder, como lo hizo ſu Madre, Hermana, y Tia; pero morir totalmente á todo, y dejar de ſer en el

puesto mayor de la vida, para ser en él mas despreciado, era egemplo, sin egemplar. Y assi el Rey, como quien con tanta prudencia guiaba las resoluciones, y considerabа con gran peso esta materia, mandó, que se encomendasse á Dios en diferentes partes, escribiendo á muchas personas espirituales, que entonces resplandecian en España, que con oraciones, y sacrificios alcanzassen de Dios, que diesse á entender lo que convenia en la vocacion de su Alteza. Fue cosa bien notable que respondieron uniformemente de todas partes, que la Infanta siguiesse su vocacion, y llenasse el ministerio, para que Dios la llamaba, porque de esta determinacion resultaria mucha edificacion á los Fieles, gran servicio á Dios, y glorioso egemplar á su Iglesia. Prevenido esto en esta forma, determinaron el Rey, y la Emperatriz de hablar á su Alteza, proponiendole las dudas, y dificultades que podian sucederle. Llegóse el Rey á las Descalzas, y en el quarto de la Emperatriz la hablaron entrambos.

3 Fue accion notable vér una Señora de edad tan tierna, sin mas noticia de las que con luz superior, y enseñanza interior habia recibido en el alma, ser examinada, y persuadida de las dos mas graves, y entendidas personas que habia en la tierra. Finalmente, despues de haberle propuesto diferentes razones, y dificultades, le digeron, que respondiesse lisamente lo que sentia. La Infanta, enderezando la platica á su Madre, la dijo: Señora, bien sabe V. Magestad quan temprano me dió luz Dios para que le conociesse, y que apenas le conocí, quando le amé. A este amor, se han seguido los empeños de ofrecerme por su Esposa, con tan larga perseverancia seguidos, y con tan señaladas mercedes, como á V. Magestad le consta, acreditados. No dudo sino que hay dificultades, y trabajos en la vida Religiosa, pero todas las vence el amor. Y pues Dios al buscarle me dá constancia, al servirle me dará paciencia. Lo mas que puedo perder sirviendole, es la vida, y essa es la primera que le ofrezco, con tanto mayor alegria, quanto sé que acabar de vivir esta vida penosa, es comenzar á gozar de la eterna. V. Magestad, y mi Tio me dén su bendicion, y huelguen vér Esposa de Christo á su Hija, y Sobrina; pues Dignidad tan grande, assi como nadie hay que la merezca, debe profundamente venerar, quien la consigue.

4 Levantaronse los dos Hermanos enternecidos, y admirados de tan devotas, y discretas palabras, y dandola su bendicion,

la digèron: Que pues ſe veía manifieſtamente la voluntad de Dios, no ſolo no retardarian la concluſion de ſus deſeos, ſino que deſde luego le ſeñalaba el dia de la entrada: y que continuaſſe con el miſmo fervor, dando debidas gracias á ſu Divina Mageſtad, de quien tantas mercedes recibia. Con eſto levantandoſe ſu Alteza de recibir la bendicion de ſu Madre, y del Rey ſu Tio, ſe fue con ſu licencia á la Tribuna á rendir en lagrimas á Dios el agradecimiento, que no baſtaba à declarar la lengua.

CAPITULO XVI.

PUBLICASE EL DIA DE LA CONVERSION de San Pablo para la entrada de ſu Alteza.

DIſpueſto quanto era neceſſario en la materia de una reſolucion tan glorioſa, como introducirſe la Infanta Margarita en la Religion Deſcalza; ſeñalaron el Rey, y la Emperatriz, por dia precioſo á la coronacion eſpiritual de eſta Eſpoſa de Chriſto, Miercoles á 25. del mes de Enero, del año de 1584. en el qual celebra la Igleſia la feſtividad de la Converſion de San Pablo. Cumplia el miſmo dia ſu Alteza 17. años, en ſu bien lograda edad: y aſsi Dios con ſuma providencia guió eſte ſuceſo, y por varios medios lo diſpuſo, y rodeó de manera, que naciеſſe la Infanta á la vida del Cielo en el miſmo dia que habia nacido á la tierra, dando á entender con eſto, que quiſo que naciеſſe, para que renaciеſſe; pues el miſmo dia que la habia concedido, la quitaba al mundo. Publicóſe eſta nueva por la Corte, y la novedad del caſo, la reverencia de la reſolucion en tan alta, y eſclarecida Perſona, puſo á todos en grande expectacion. Salió á la plaza del mundo la determinacion de ſer Religioſa ſu Alteza, á tiempo que eſtaba reciente la platica de ſer Reyna, con que ſe dió mas miſterio al ſuceſo, y á la ponderacion mas materia.

2. Diſcurriaſe con la diferencia que ſucede en caſos tan grandes; unos admiran la reſolucion, otros la eſtrañan: los Politicos volvian los ojos al dejar de ſer Reyna: los Eſpirituales, al ſer Religioſa: aquellos con cenſura civil lo platican, éſtos con debida reverencia lo alaban. En los miſmos que conocian á ſu Alteza

CAPITULO XVII.

REFIERESE EL ACTO VENERABLE de la recepcion del Habito de ſu Alteza: y la orden, y ceremonias con que eſto ſe egecutò.

Legó finalmente el dia deſtinado al mas reverente acto, que han venerado los ſiglos: veſtirſe los rotos Habitos de la Orden de Santa Clara la Infanta Margarita. Diſpuſo el Rey, que eſta fieſta ſe hicieſſe con ſuma autoridad, y decencia, y con la pompa, y aparato conveniente al eſpiritual deſpoſorio de una de las mayores Señoras de la tierra, con el Rey de los Reyes, y Señor de los Cielos. Vinieron de Palacio al Monaſterio de las Deſcalzas muy temprano el Rey, el Principe, y las Infantas Iſabél, y Catalina, y recibiólas en ſu quarto la Emperatriz Maria. Volvieron otra vez ſu Mageſtad Catolica, y Ceſarea á hablar á ſolas á la Infanta, para vér ſi ſe hallaba con la miſma reſolucion. Explicóles con admirables, y devotas razones ſu vocacion, y ſe enternecieron de ſuerte con ſu reſpueſta, que ſalieron de alli con grande edificacion; y dandola otra vez ſu bendicion, ſe mandó proſeguir al intento. Advirtióſe mucho por los atentos, que eſtando publicada, y diſpueſta la fieſta para hacerſe en la Igleſia, y que fueſſe la proceſion por la calle, y entraſſe por la puerta reglar del Convento: ſubitamente ſe mudó eſta determinacion, mandando el Rey que ſe hicieſſe la entrada por el quarto de la Emperatriz, la Miſa ſe digeſſe en ſu Oratorio, y alli hicieſſen las demás ceremonias. Creyóſe que no quiſo ſu Mageſtad aventurar la ſeveridad Real de ſu ſemblante á los ojos del pueblo, viendo que era fuerza enternecerſe en un acto tan religioſo, y devoto.

2 El adorno interior que llevaba en ſu alma la Infanta Margarita aquel dia, ¿quien lo baſtará á explicar? Digalo la pureza de ſu vida, y el fuego de ſu amor. El ornamento exterior con que entró en el Oratorio á celebrar ſus deſpoſorios, fue muy rico. Veſtida de una ſaya entera de tela, bordada de oro, y perlas precioſiſsimas, con artificioſas flores, y cifras labradas al intento. Repartianſe en diverſos extremos de ſu gala, coſtoſiſsimas jo-

yas,

yas, y entre ellas pendiente en el pecho la Aguila Imperial de diamantes, que le dió á ſu Madre, el Emperador Carlos Quinto ſu Abuelo; el cabello ſuelto, y en madejas de oro, agradablemente eſparcido por las eſpaldas con grande hermoſura, y gracia: en la cabeza una guirnalda en forma de corona, de piedras de gran valor, y flores maravilloſamente labradas, que eſta corona ſe puſo la Eſpoſa coronada de virtudes, para dejarla á viſta de ſu Eſpoſo coronado de eſpinas. La Perſona, el talle, la hermoſura, la gracia, la gala, la edad, el adorno, mirado todo al lado de tan eſpiritual, y ſanta accion, enternecia ſumamente á los preſentes, viendo que daba mueſtra exterior de los dotes del alma, en la gala, y hermoſura del cuerpo. Aſsi como entró en el Oratorio de ſu Madre, donde la eſtaban aguardando ſus Mageſtades, y Altezas, ſe comenzó la Miſa, la qual oyó con tan atenta devocion, que á todos componia, y admiraba. Comulgó con tiernos ſentimientos, y demoſtraciones, como quien tan del alma recibia á ſu Eſpoſo. Dijo la Miſa el Padre Confeſor de la Emperatriz, Fray Juan de Eſpinoſa, bendijo el habito con las oraciones, y ceremonias que ſe acoſtumbran, y luego ſe ſubieron deſde el quarto de la Emperatriz, por la puerta que de él ſale al Convento.

3 De alli ſacaron á la Infanta Margarita á la proceſion el Rey, y la Infanta Doña Iſabél ſu Hija, Padrinos de eſte acto: y volviendo ſu Mageſtad á ſu lugar, continuaron las dos Infantas. Acompañaban primero los Grandes de Eſpaña, y los mayores oficios de Palacio: ſeguiaſe luego el habito, y cordon de la Religion de Santa Clara, que habia de veſtir la Infanta, con muchas flores, y curioſidad compueſto: luego inmediatamente á él la Infanta Doña Margarita, y la Infanta Doña Iſabél, deſpues la Infanta Doña Catalina, á quien ſeguian el Rey, y la Emperatriz; y ultimamente, las Damas, y grandes Señoras de la Corte, y Palacio. La muſica acompañaba en ſu lugar. En eſta forma fueron haſta la puerta del Convento, donde eſtaba la clauſura regular: por la parte de adentro ſe hallaban aguardando las Religioſas á coros, con velas blancas encendidas. Hizo el Padre Confeſor las ceremonias acoſtumbradas, cantando aquella divina letra: *Aperite mihi portas juſtitiæ.* Abrieron luego las puertas las Religioſas, y comenzaron á cantar devotamente el Reſponſo: *Regnum mundi, & ornatum ſæculi contempſi propter amorem Domini Jeſu-Chriſti.* El Reyno del mundo, y el ornato del ſiglo deſprecié por amor de

mi

mi Señor Jeſu-Chriſto, ceremonia uſada en todas las Religioſas que entran en aquel ſanto Convento, pero nunca mas á la letra, ni con mas miſterio entendida, que con la Infanta.

4 Al miſmo tiempo que abrieron la puerta llegó ſu Alteza á ella, y recibiendola la Madre Abadeſa, puſo á la nueva Eſpoſa en la mano derecha un Santo Chriſto de marfil, y llevandola de la izquierda, la entró en el Convento, y clauſura. Al recibir la ſagrada Imagen de ſu Eſpoſo, la Infanta ſe hincó de rodillas, adorandole con egemplar devocion, beſandole los pies tierna, y amoroſamente. Levantóſe, y con el ſanto Chriſto en la una mano, teniendo á la Abadeſa con la otra, ſe volvió hácia la Emperatriz ſu Madre, el Rey ſu Tio, y el Principe ſu Sobrino, y las Infantas ſus Primas, y á toda la demás Nobleza de Eſpaña, que ſe halló alli, y con particular gracia, y decente ſeveridad, les hizo reverencia, en ſeñal de que ſe deſpedia de todos, y de la grandeza, y pompa del ſiglo. Hecho eſto, vueltas las eſpaldas al mundo, para nunca mas volverlo á mirar; fue ſu Alteza con las Religioſas al Capitulo del Convento, con ſu Eſpoſo en las manos, con tan alegre, y ſereno roſtro, que nadie podia ſeguirla ſin lagrimas de gozo. Continuóſe la Proceſion en eſta forma: Iba la Cruz delante, y dos Religioſas á los lados con los Ciriales; las Monjas á dos coros, con velas encendidas, y luego la Infanta Doña MARGARITA enmedio de ſu Prima la Infanta Doña Iſabél ſu Madrina, y de la Abadeſa, á quien inmediatamente ſeguian el Rey, y la Emperatriz ſu Hermana, las Damas, y las Señoras; ultimamente, los Grandes, y los demás Señores que ſe hallaron en eſte acto, que fueron en gran numero.

CA-

CAPITULO XVIII.

CONTINUASE LA MATERIA de la recepcion de ſu Alteza.

CON eſte orden llegó la Proceſion al Capitulo de un Salón grande, y eſtremadamente adornado, las paredes de precioſas colgaduras, y ricas alfombras el ſuelo. Habia en el miſmo Capitulo dos Altares, devota, y curioſamente aderezados. El principal eſtá en el miſmo Capitulo, y otro mas pequeño, que ſe habia hecho al intento: eſtaba compueſto de Relicarios, é Imagenes de ineſtimable precio; y ſobre él ſe puſo el habito que habia de veſtir la Infanta. Puſieron cerca un banco raſo, donde habia de aſſentarſe la Abadeſa, para hacer las ceremonias acoſtumbradas. Aſsi como entraron en eſta hermoſa pieza, ſuave por la fragancia de ſus olores, rica por la opulencia de ſu adorno, devota por las Reliquias, y ſanta accion á que ſe concurria: fueron las Religioſas quedandoſe en pie, cantando las Antifonas, é Himnos á dos coros. El Rey, y la Emperatriz, el Principe, y las Infantas tomaron ſus lugares cerca del miſmo Altar donde eſtaba el habito. La Abadeſa ſe ſentò, y las Damas, las Señoras, y lo reſtante de la Corte ſe acomodaron con mucho ſilencio, y orden.

2 En eſte eſtado ſe hallaba el mayor concurſo de la Nobleza del mundo, á breve circunferencia reducido: quando volvieron todos los circunſtantes los ojos á la Infanta MARGARITA, que eſtaba enmedio de la pieza en pie, con la ſagrada Imagen de Chriſto nueſtro Señor en la mano, aguardando que todo ſe quietaſſe. En viendo que la Abadeſa ſe aſſentó en ſu lugar, mirando la Infanta à una parte, y á otra con particular gracia, y haciendo reverencia al Rey, á la Emperatriz, Principe, é Infantas; partió con los mas alegres paſos de ſu vida, à celebrar ſus bodas con Jeſus, Divino Eſpoſo; llegó adonde eſtaba la Abadeſa, arrodillóſe á ſu preſencia, y beſando los pies otra vez á la Imagen de Chriſto nueſtro Redentor, bajó los devotos ojos, y con humildad, y reverencia decentiſsima pidió que le dieſſen el Habito de la Madre Santa Clara, para poder mejor ſalvar ſu alma. La Abadeſa con alegria eſpiritual, y razones diſcretas, ſe lo concedió: y lue-

go la Infanta comenzó á deſpojarſe de aquellos Reales atavios.

3 Quitóſe la Corona de la cabeza, depuſo el Abanino; apartó de sí con ſanto deſprecio las joyas, y ſortijas, como ſi fueſſan pedazos de contagio; no las dejaba, ſino que las arrojaba. No pudieron eſcuſar los circunſtantes el concurrir con tiernos ſentimientos á las fervoroſas, y nobles acciones de eſta Virgen prudente, viendola obrar con tal eſpiritu lo mas que hay en el mundo, que es dejarlo. Eſtos ſentimientos llegaron á ſer tan eficaces, que no pudo eximir Felipe Segundo ſu Real ſeveridad. Aquel grande Monarca: aquel moderador de ſus miſmos afectos dentro de la grandeza Real: aquel Maeſtro de prudencia: aquel egemplar, y regla de Principes Sabios, no pudo reprimir los ojos al vér eſte eſpectáculo: lloró Felipe Segundo; todo lo demás es menos. La Emperatriz, el Principe, las Infantas, ſin poderlo eſcuſar, todos lloraron. No ſe veía en la pieza, ni ſe oía ſino ſollozos, y lagrimas enternecidos de vér arrojar de sí á pedazos el mundo, la que apenas le conoció. Quando todos eſtaban tan turbados, y con la reverencia de tan tierna accion divertidos, ſe hallaba tan atenta, y ſevéra ſu Alteza, que habiendo mandado la Abadeſa que la ayudaſſen quatro Religioſas á deſpojarle el rico adorno de ſu perſona, ella miſma las guiaba, y advertia lo que habian de hacer.

4 Deſpojada la Infanta MARGARITA con el calor de la Caridad Divina, de aquellas Reales veſtiduras, apartadas de sí, como parte de la vanidad mundana, abrazó, y recibió con ſuma veneracion, y amor el habito humilde, y pobre de la Orden de Santa Clara, en la miſma forma, y materia que lo trahen las demás Religioſas Deſcalzas. No daba menos devocion que gozo, el vér la pronta, y fervoroſa prieſa que ſe daba á veſtir eſtas ſantas alhajas de la humildad Religioſa, tan ligera á ſeguir á Chriſto, como á dejar el mundo. Ciñeron con el cordon de mi Padre S. Franciſco aquel cuerpo venerable: y por eſtos devotos paſos, con ſingular alborozo del alma de ſu Alteza, llegaron á la ſanta ceremonia de cortar los cabellos. Tomó la Abadeſa las tigeras, para ponerlo en egecucion, y la Infanta, Cordera manſuetiſsima, no menos advertida, que en las demás acciones, aplicando ſu devota mano à aquella madeja de oro, que con admirable hermoſura cubria ſus eſpaldas, la ofreció á ſu Prelada, para que miſticamente le cortaſſe en ella todos los penſamientos, y cuidados del

ſiglo. Cortaron los cabellos, que fue cortar los corazones, á las que aſidas á eſtos viſtoſos lazos de la vida los miraban. Puſieronla ſu toca, y velo blanco, como la trahen las Novicias. Y aſsi como ſe vió yá Eſpoſa de Jeſus, tomó los cabellos que la habian cortado, y juntandolos entre sí, y componiendolos con mucha gracia, ſe acercó al ſanto Chriſto de marfil, que habia trahido en la Proceſion; y deſpues de haberlo adorado, le hizo en los pies una devota lazada con ello, dejando alli pendientes aquellas amoroſas prendas de ſervidumbre, qual ſe cuelga en el Templo la mortaja. Fue eſta accion muy advertida de los circunſtantes, mirando á eſta devota Magdalena ſin pecados, atar á los pies de Chriſto Salvador, con vinculos del alma, porque no ſe le fueſſe ſu Amado, explicando con aquel amoroſo lazo haber con ſu gracia ſalido de los penoſos lazos de la vida; procuró en eſto ſu Alteza la mas dichoſa imitacion de la ſanta pecadora, ofreciendo cortados los cabellos á los pies de Chriſto, que la ſanta ofreció aſidos.

5 Confirmó en eſto lo que pocos dias antes habia platicado con la Emperatriz ſu Madre, la qual, tratando las circunſtancias en ſu entrada en la Religion, dijo: MARGARITA, luego que os corten los cabellos, me los habeis de dár, porque los tengo de enviar á Alemania á la Reyna Doña Iſabél vueſtra Hermana. Reſpondió la Infanta: Señora, vueſtra Mageſtad me perdóne, y dé licencia: los cabellos no han de ir á Alemania, todo junto ſe ha de ofrecer, nada ha de haber en mí, que no ſea para Dios. Tan advertidamente ofreció ſu Alteza á Dios la propia ſignificacion de los penſamientos temporales de la vida, y tan conſtantemente cumplió el negarſe á ellos.

CAPITULO XIX.

PROSIGUE, Y DASE FIN A LA ENTRADA de ſu Alteza en la Religion de Santa Clara.

Assi como acabó de recibir ſu Alteza el humilde Habito de Santa Clara, con las devotas, y particulares ceremonias de aquel ſanto Convento, la llevó la Abadeſa de la mano á que la beſaſſe á la Emperatriz ſu Madre, y al Rey ſu Tio, é hicieſſe corteſia al Principe, y á las Infantas ſus Primas. Recibieron la Novicia con grande ternura eſtas Reales Perſonas; y luego volviendola al miſmo lugar ſu Prelada, fueron llegando todas las Religioſas del Convento á abrazar á ſu Alteza, que es la ceremonia que ſe acoſtumbra. Y como no podia aquel venerable ſayal ocultar los rayos que reſplandecian en ſu Sereniſsima Perſona, y mas á viſta de la humildad perfecta de aquellas ſantas Virgenes, intentaban ellas beſar la mano; pero la Infanta á todas amoroſamente ofrecia, y daba los brazos.

2 Acabado eſto volvió otra vez á ordenarſe la Proceſion, y en la miſma forma que habia entrado en el Capitulo, fue ſaliendo derechamente al Coro, que eſtaba aderezado con muy grande curioſidad. Eran de vér, y de admirar las Capillas, y Clauſtros por donde ſe paſaba: la curioſidad de los Altares, el valor de los Relicarios, el arte, y primor de las pinturas. Eſtaba, finalmente, la caſa hecha un Palacio celeſtial, reſpirando devocion, autoridad, y grandeza. Aſsi como entró en el Coro la Proceſion, preſentaron en él á la nueva Eſpoſa de Chriſto MARGARITA: y arrodillados todos al Santiſsimo Sacramento, á quien de corazon la ofrecian, ſe cantó con gran devocion el *Te Deum laudamus*: y luego la Madre Abadeſa dijo las oraciones que ſe acoſtumbran, con que ſe dió fin á eſta accion; por tantos titulos digna, de que con eterna memoria ſe encomiende á la poſteridad.

3 Diſolvióſe la Proceſion, y á ella ſucedió luego alegrar con parabienes á ſu Alteza, la Emperatriz ſu Madre, el Rey ſu Tio, el Principe, las Infantas, y los demás circunſtantes. No ſe pue-

de

de baſtantemente explicar el alegria de los que ſe hallaron al vér logrado eſte dichoſo ſuceſo. Miraba la Emperatriz, yá Eſpoſa de Dios á ſu Hija MARGARITA, gozandoſe ſu alma interiormente. Miraba el Rey, yá Eſpoſa de ſu Rey, á la que creyó tener por Reyna de ſus Reynos: coronada para el Cielo, la que no quiſo ſerlo en la tierra, manifeſtando por la corteza de aquel habito humilde, los reſplandores eſpirituales de la Corona interior. Miraban las Religioſas, con gozo de ſus almas, yá compañera, á la que naturaleza crió, para Señora: y entrar á obedecer la que nació para mandar: haciendo tolerables ſus fatigas, con verla padecer entre ellas. Miraban las Damas, y Señoras diez y ſiete años de edad, tan entendidos, ſu hermoſo roſtro, y talle, y partes tan ſuperiores, tan ſantamente logradas: yá navegada aquella ilúſtre hermoſura, y eſſenta de los penoſos accidentes de la vida; pues quando el tiempo deslucieſſe lo viſible, hallaba aſſegurado lo eterno. Miraban los Señores, y Grandes de Eſpaña deſengañada ſu grandeza en eſte glorioſo ſuceſo, dandoles á conocer con la luz de tan noble deſengaño, que la grandeza mayor es ſer perfectos; y que aquel es mas grande, que es mas bueno.

4 Salieron del Coro todas las perſonas Reales con eſta ſanta alegria: el Rey con ſus hijos eſtuvo toda la tarde en las Deſcalzas; la Emperatriz, y las Infantas comieron con ſu Alteza dentro del Monaſterio. Dividiólos la noche, volviendoſe el Rey con ſus hijos á Palacio: La Emperatriz ſe retiró á ſu quarto, y la Infanta fue á reconocer ſu religioſa, y pobre Celda. Quando ſu Alteza ſe vió donde pudo render las velas á ſus eſpirituales ſentimientos, deſpues de haber mirado la breve circunferencia de aquellas angoſtas, y deſnudas paredes, adonde la habia reducido ſu amor, y reconocido una pobre, y eſtrecha cama en el ſuelo ſin otro adorno, ni aparato: no parece creíble la dilatacion grande de ſu eſpiritu; los afectos amoroſos de ſu corazon; los júbilos de ſu alma. Alegrabaſe en la poſeſion de ſus deſeos, mirabaſe veſtida de aquel ſanto ſayal, tomabalo en las manos con veneracion, y con alegria del alma lo adoraba; vertia tiernas lagrimas, dando gracias á Dios, que ſe veía veſtida de Religion, deſpojada de mundo, en trage humilde, en profeſion ſanta, en ocupacion eſpiritual, en egercicios devotos, donde cada paſo es una jornada del Cielo.

5 El primer cuidado que la Infanta tuvo aſsi como entrò en

la

la celda, fue de que le trageſſen el ſanto Chriſto con que habia entrado en aquel Monaſterio, porque queria tener ſiempre conſigo aquella dulce, y amable compañia, y conſervar toda la vida, á quien ſe habia ſacrificado. Tuvo ſiempre tan regalados ſentimientos con eſta ſanta Imagen, y hallaba tal conſuelo al verla, y adorarla, que era coſa de grande edificacion. Fue eſte egemplo de ſu amor conſtante, y llamaba á eſte ſanto Chriſto el Eſpoſo, por haber celebrado ſus bodas con él: y no ſolo en la larga vida que Dios la dió no quiſo apartarlo de sí, ſino que en ſu muerte bienaventurada, acabó en ſus brazos, dando el alma en ſus poſtreros años, á quien la ofreció en los primeros.

6 Deſpues de haber tomado aliento ſu enamorado corazon á la viſta de la Imagen de ſu Eſpoſo, y con la devota compañia de las Religioſas, que con ſu Alteza ſe hallaban, dijo con mucha gracia, y alegre ſemblante: Quiero diſponer de todas las coſas que entraron hoy conmigo en eſte ſanto Convento. Eſta Imagen ſantiſsima con que tomè el habito ſea para mí, que es mi Eſpoſo, y ſoy ſu Eſpoſa; él es mio, y yo ſoy ſuya: á ſu Madre glorioſa, por cuya interceſion he alcanzado eſta dicha, doy el veſtido, que hoy me deſpogé, para ponerme el habito, llevenſele á la Virgen de Guadalupe: el collar, y el apretador de diamantes, y las demás joyas ſean para eſta ſanta Caſa; para que ſe edifique una Enfermeria, de que me dicen hay neceſidad, y otras piezas, las que mas conveniente pareciere. Con eſto ſe deſpidieron las Religioſas, pidiendola, que dieſſe deſcanſo á ſu fatigado cuerpo, pues no podia dejar de eſtarlo, habiendo ſido tan largos los ſantos egercicios de aquel dia. Aſsi pasó el venturoſo lógro de la mayor vocacion, que en los ſiglos ha conocido la tierra: la entrada de la Infanta Sor MARGARITA en la Deſcalza profeſion de Santa Clara: el transformarſe el mayor poder en la mayor humildad: la riqueza en la pobreza: el honor en el deſprecio: la mas obedecida voluntad en la voluntad mas obediente: paſando ſu admiracion el mundo en ſu Alteza á diferente eſfera, de lo grande á lo bueno, de lo lucido á lo ſanto.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.

LI-

LIBRO TERCERO.

CAPITULO PRIMERO.

ESTIMACION QUE LA INFANTA Margarita hizo del Eſtado Religioſo.

EN el camino del alma, ninguna coſa igualmente aumenta la gracia, como dar buen empleo á la vocacion. Vuela el eſpiritu devoto con las alas de la voluntad Divina, quando la cumple; pues dejarſe llevar de los impulſos del Cielo, es navegar al puerto con dichoſo viento. Quando el alma en obedecer ſe ajuſta con Dios, vá multiplicando los merecimientos, y dando mas coronas, y triunfos á la perfeccion. La Infanta, que caminando al fin, ſeguia con admiracion comun la virtud yá introducida en el ſoberano eſtado de Eſpoſa de Jeſu-Chriſto, obraba con mas finos, y admirables grados de pureza. Vivia con ſumo aprecio de ſu dignidad, y pareciala haber aſcendido á mayor gerarquía, con haber deſcendido de ſu Alteza. Lo primero que la Emperatriz ſu Madre la dijo, luego que la vió veſtida de aquel Serafico ſayal, fueron eſtas palabras: Hija MARGARITA, deſde hoy habeis de olvidar vueſtro nacimiento, y el ſer hija de vueſtros Padres, y ſolo os habeis de preciar de ſerlo de San Franciſco, y Santa Clara, y eſto habeis de tener muy en la memoria. Derivaronſe eſtas ſantas razones del corazon de Jeſus al de la Emperatriz, y en la Emperatriz al de la Infanta: *Quien me quiſiere ſeguir* (dice el Señor) *aborrez-*

reza á ſu padre, y á ſu madre. (a) Y aſsi convida eſta Señora á ſu Hija á aborrecerla, porque no ſe embarace al ſeguir à Dios, con amarla. Fineza fue grande de la Emperatriz el aconſejarlo, y valor de la Infanta el ſeguirlo; pues no pudo renunciar mas ſu Mageſtad, que el amor de ſu Hija, ni ſu Alteza negarſe á guſto mayor, que el amor de ſu Madre. Suele ſer la aficion de los padres el embarazo mayor que tienen los hijos para ſeguir á Dios: y aſsi aconſeja que ſantamente los degen. Mas eſta doctrina, que de los Divinos labios del Salvador ha ſido tan provechoſa á las gentes, ſi bien algunas veces la admiten los hijos, raras veces la esfuerzan los padres. ¿Quien ſabrá aconſejar contra sí? Ni cómo podrá, olvidada de ſu cauſa la naturaleza, abogar por la gracia? Soberana fuerza es meneſter para piſar eſte corazon humano, negandoſe al amor propio, y á las mas eſtimadas prendas del alma.

2 Eſcribió las diſcretas palabras de ſu Madre en ſu corazon la Infanta, pues vivió 50. años en la profeſion de mi Padre San Franciſco, con la Regla de ſu Madre Santa Clara, con ſuma eſtimacion de ſu eſtado. Quando algunas veces la hablaban de la eſclarecida proſapia de ſus aſcendientes, y de la ſangre que tenia en ſus venas de Reyes, y Emperadores; ſu ordinaria reſpueſta era: No hay que hacer caſo de eſſo, no ſoy yá ſino hija de mi Padre San Franciſco, y de mi Madre Santa Clara; aſsi me lo dijo mi Madre, y aſsi lo quiero yo ſer. De eſto eſcribirémos con mas eſpacio, quando tratemos ſu humildad, baſta por ahora haber referido el valor con que la Emperatriz apartó de ſus brazos, y puſo en los de Dios á la Infanta ſu Hija, y el guſto con que ſu Alteza, negada á la filiacion temporal, fue adoptada en la eterna. De eſta eſtimacion del eſtado en que Dios la habia colocado, le nació en ſu Noviciado, atencion grande de ſaber el cumplimiento de ſu obligacion, y entender lo práctico de ſus egercicios. Como el que elevado á grande Dignidad, averigua ſus preeminencias; para no perder de ſu eſtimacion, ſe informaba ſu Alteza de los humildes egercicios á que ſe hallaba obligada en el eſtado de Novicia, queriendo acudir fervoroſamente al punto eſpiritual, de no hacer menos que las demás al ſervir al Señor en la Religion; pues habia dejado mas que todas por buſcarlo. Eſ-

ta-

(a) *Si quis venit ad me, & non odit patrem, ſuum, & matrem.* Luc. 14. 2. 26.

taba con grande cuidado mirando lo que hacian las compañeras, y egecutaba aquello que veía. Quando tal vez dudaba, preguntabalo á la Abadeſa, ó á las demás, y deciales: *Diganme cómo hacen eſto, que deſeo no errarlo, y adviertanme lo que no hiciere, para que me enmiende, y venga á ſer buena Religioſa.* Finalmente, puſo enmedio de ſu corazon, el cumplimiento de ſu profeſion, y la obligacion de ſu eſtado; y ſobre eſte fundamento cargó todas las devociones, y egercicios ſantos de ſu vida: ſiendo ſu Alteza en la milicia interior como los Diſcipulos de San Juan Bautiſta, que preguntando en el deſierto, *¿qué harian para ſalvarſe?* Les reſpondió: *Que hicieſſen lo que eran obligados*, (b) trayendo delante de los ojos, que la obligacion es el cimiento de la devocion, porque quien no edifica ſobre él, edifica en arena. Sentia, que huír de la obligacion propia, aunque ſea con color de devocion, mas es flaqueza, que eſpiritu: y que no hallará el alma á Dios en la miſericordia, al tiempo miſmo que le eſtá faltando á la juſticia; juzgando, que en ſu eſtado cada uno debe buſcar la perfeccion de ſu eſtado, pues deſamparar lo que es obligado, por ſeguir lo que á él le parece mas perfecto, es buſcar á Dios por camino torcido, y buſcarſe á sí miſmo por camino derecho. Aſsi entendió admirablemente eſte punto ſu Alteza: egecutandolo toda la vida con tan gran perfeccion, que llegó á ſer Maeſtra en ſu Monaſterio de todas las dudas que ſe ofrecian ſobre las Conſtituciones, y egercicios, acudiendo á ſu Alteza, como al Oraculo de eſta fundacion; porque inſtruía á las Religioſas con ſus noticias, y edificaba con ſu egemplo.

(b) *Quid faciemus? At ille dixit adeos: Nihil amplius, quam quod, Conſtitutum eſt vobis, facietis.* Luc. 3. v. 12.

CAPITULO II.

HACE INSTANCIA SU ALTEZA, que el tratamiento ſea, no el que ſe debe á ſu nacimiento, ſino el ordinario á la Religion.

LA primera pelea eſpiritual que tuvo en el eſtado Religioſo ſu Alteza, fue ſobre el tratamiento Real que la hacian. Eſtaba muy creída, que entrando en la Religion, dejaba con las veſtiduras Reales el tratamiento debido á ſu Sereniſsima Perſona, y que yá ſu Prelada la habia de tratar como á ſubdita, las Monjas como á hermana, y todos los del ſiglo como á las otras Religioſas: y aſsi eſtrañó los primeros dias que las Monjas la trataſſen con la diferencia de cumplimiento que ſe le debia, como á Religioſa; y que la Abadeſa la aſſentaſſe á ſu lado en el Coro, y en el Refectorio. Todavia creyó á los principios, que aquellas eran reliquias del eſtado del ſiglo, y que duraba el calor de la Dignidad Real, diſpenſada por la fieſta del Habito, y que brevemente ſería vencida del ſanto menoſprecio de la Religion; pero luego que vió que ſe iba continuando eſta forma de cumplimientos de Infanta, crecieron ſobremanera ſus penas. Puſoſe en gran cuidado como habia de portarſe con ſu Abadeſa al reſiſtirlo; porque queria defender ſu humildad, ſin enflaquecer en parte á ſu obediencia: y como la Abadeſa luego decia, que lo mandaba como Prelada, embarazabaſe en la réplica, y avergonzabaſe con el rendimiento. Doliale, que no recibieſſen ſus inſtancias, ni pudieſſe ſalir al deſprecio de sí, ſin el deſprecio de aquello á que era obligada obedecer. En eſta perplegidad, apeló al Tribunal de la Emperatriz, y en él puſo pleyto Sor MARGARITA de la CRUZ, á la Infanta Doña MARGARITA. Alegaba en él, que habia renunciado la pompa del ſiglo, y que era Eſpoſa de Dios nueſtro Señor, con que el titulo de Infanta, la Alteza, la diferencia de la ſangre, y eſtado, por el ingreſo de la Religion ſe habia deſaparecido.

2 Pues V. Mageſtad, Señora, me ha mandado (decia) que no me acuerde yá que ſoy Hija de mis Padres, ſino de San Fran-

ciſ-

ciſco, y Santa Clara, no permita, que me quiten con el tratamiento, lo que he conſeguido con la vocacion. Ser Hija de eſtos Santos, es imitar ſu humildad. ¿Cómo ſe compadece imitarla, con los titulos de Alteza, é Infanta? Eſtas Altezas degé al tomar eſte Habito ſanto, por otra Alteza mayor, negandome al ſer Infanta en el mundo, por ſer Eſpoſa de Dios. No es juſto que me quieran poner à pleyto mi Corona, y privarme del honor verdadero, y eterno, por eſte vano honor temporal. No ſe compadecen entre sí eſtas voces: Religioſa, é Infanta; Novicia, y Alteza. Ni quando lo déjo todo, es bien que me perſigan con lo miſmo que déjo. Parece fuera de propoſito llamar Infanta á quien trahe ſobre sí eſtos Habitos pobres, y conceder el titulo de Alteza á quien para hallarſe en perfecta humildad ſe deſcalza. Compadezcaſe V. Mageſtad, Señora, de la pena en que me hállo, y defienda lo que me ha dado. No es razon que quando V. Mageſtad me hace eſpoſa de Dios, é hija de eſtos Santos, mis hermanas con titulos de honor me vuelvan al ſiglo, que con tanto guſto dégé.

3 Arrodillóſe la Infanta á los pies de ſu Madre, para ſuplicarla con mas viva inſtancia ſu intento, vertiendo lagrimas al buſcar el deſprecio, como ſuele derramarlas el ambicioſo al buſcar el honor. Abrazó la Emperatriz á ſu Hija MARGARITA, con grande ternura, y admiracion de ſu virtud, y humildad, y ofrecióle, que hablaria á la Abadeſa, y á las Religioſas, y procuraria, que mudaſſen el tratamiento, y que en todo la igualaſſen con las otras Novicias. Entretanto que eſto egecutaba, era fuerza vivir muy mortificada, porque obedecia á ſu Prelado en eſte penoſo precepto, con rendimiento indiſpenſable. Sucedia tal vez, que la Abadeſa entraba tarde en el Refectorio, y entónces la Infanta con grande alegria ſe ponia en el ultimo lugar con las Novicias. Llegaba deſpues la Abadeſa, y unas veces por mortificarla, otras por darla el lugar conveniente, la tomaba de la mano, y la llevaba á ſentar á ſu lado. Era eſto de grande corrimiento para la humildad de la Infanta, hacerla atraveſar el Refectorio, para ponerla en mejor lugar. Solia decir en eſtos ultimos tiempos, contando lo que le habia ſucedido en el Noviciado: *Recibame Dios lo que me mortificaban, con quererme diferenciar de las demás; y la afliccion que me cauſaba, quando me quitaban del lugar que me tocaba, que era el poſtrero, y me ponian en el que yo no merecia.*

cia. Atienda el corazon vano á eſtas palabras, pronunciadas por la Señora mas eſclarecida de la tierra, y aplíque á ſu dolencia eſte remedio.

4 No pudo ſu Mageſtad Ceſarea dilatar mucho tiempo lo que habia ofrecido á ſu Hija, porque eſtaba muy atenta á que no olvidaſſe eſta pretenſion. Y habiendo hablado ſu Mageſtad á la Abadeſa, en la forma que la ofreció, reſpondió: Que el modo de tratar á la Infanta MARGARITA, no caía debajo de ſu arbitrio, por no ſer contraria á ſu profeſion la diferencia de trato en tal perſona; que eſte era negocio que habia de reſolverlo el Rey, á cuya Sobrina, y Cuñada ſeñaladamente en Eſpaña, vaſallas ſuyas, aunque fueſſen Religioſas, no podian hacer diferente tratamiento ſin ſu orden. Pareció con eſto á ſu Mageſtad, que ſe dieſſe razon al Rey de lo que reſpondia la Abadeſa, y pretendia la Infanta: y aſsi ſe hizo. El Rey mandó, que con acuerdo ſe trataſſe eſte punto, para que en la reſolucion ſe atendieſſe al Real decóro, ſin faltar al eſpiritu, y guſto de ſu Alteza. Pero conſultaronle Miniſtros graves. Y conformóſe ſu Mageſtad, en que ſe le hicieſſe en lo exterior el tratamiento á la Infanta de la manera que lo hacia la Abadeſa; y en lo demás, fuera de eſto, la dejaſſen ſeguir ſu vocacion, pues la Dignidad Real no ſe pierde, antes ſe iluſtra con la Religion. Y á la Santa Reyna Doña Iſabél, que ſiguió la profeſion de Santa Clara, tan admirable, y clara por ſus obras, y milagros, nunca en la Religion, ni fuera de ella le mudaron el tratamiento exterior; porque reſplandece mas á los ojos del mundo la perfeccion, quando vén, que á quien tanto veneran los del ſiglo, tanto ſe humilla por Dios. Con eſto mandó á ſu Alteza la Emperatriz ſu Madre con orden del Rey, que á todos los Vaſallos, y Miniſtros de ſu Mageſtad, ſin excepcion alguna de Eſtados, ó grandeza, los tratáſſe con la miſma ſuperioridad que los trataba el Rey.

CA-

CAPITLUO III.

DEVOTO SENTIMIENTO DE SU ALTEZA, por no haber obtenido en la instancia que hizo sobre su tratamiento, y razones con que la consuela su Prelada.

Intió sumamente la Infanta el haber perdído un pleyto, en que creyó tener tanta justicia: y quando vió, que todas las puertas se habian cerrado al recurso, con mandarlo su Madre, su Tio, y su Prelada, tuvo en este trabajo intolerable dolor. Entre las mortificaciones que mas la afligieron, fue esta de las muy señaladas; y el corazon que fuere humilde, facilmente lo llegará á creer. Al paso que Dios habia dotado á esta Señora del Dón inestimable del desprecio de sí, era herirla en el alma, quando solicitaba el mundo su aprecio. Fue necesario, que la Abadesa, su Maestra espiritual, la consolasse, porque el sentimiento, y afliccion no causasse daño á su salud. ¿Piensa vuestra Alteza, Señora (la dijo) que consiste la virtud en ser llamada de Reverencia, de Alteza, de Vos? Estas todas son voces humanas, que ni hacen lo pequeño grande, ni lo grande mayor. La sustancia de la virtud consiste en el amar con fervor, y en el obrar con pureza; en no salir un punto de la voluntad de Dios. ¿Que á V. Alteza la llamen Infanta, ó la llamen Novicia, qué embaraza á la perfeccion? Siga su camino, y dége, que las demás pronuncien las palabras que quisieren, pues no hiere al alma lo que hiere al oído. Tengase V. Alteza por pequeña, y no la dañará que las otras la tengan por grande. En la vida interior, cada uno se puede perder á sí mismo, que unos á otros no nos podemos perder. Yá V. Alteza ha hecho las instancias que piden su Habito, y profesion, ahora el desconsolarse, y entristecerse por esto, mas que no humildad, sería amor propio. La perfeccion verdadera, no admite propiedad en el alma, ni asimiento á cosa alguna en la vida. Humildad puede ser dejarse llamar Infanta; que la fina humildad consiste en la pronta obediencia.

2 Los que quieren á Dios Señor nuestro desasidos de todo, mas cuidán de negarse á los deseos interiores del alma, que á las im-

imperfecciones exteriores del cuerpo: pues la verdad del eſpiritu, ſe funda en que muere la voluntad propia que vive en noſotros. ¿Qué quiere V. Alteza, que no la llamen Alteza? Quiera ahora por nueſtro Señor, el no querer nada por él. Eſſe deſeo, que nació en la humildad, muera en la reſignacion. Niegueſe á todo, ſi quiere reynar con Chriſto ſobre todo; que entonces mandará abſolutamente el Señor en ſu voluntad, quando haya muerto del todo por el Señor ſu querer. Eſta grandeza en que Dios la puſo, el ſer Hija de Emperadores, y Sobrina de Reyes, no la ha grangeado V. Alteza con la propia virtud: y aſsi, ni le puede deſvanecer la eſtimacion, ni laſtimar el deſprecio. Es Dignidad preſtada para el tiempo que dura la vida, en la qual no debe de convenir; pues aſsi lo diſponen, que ſus Padres, y Deudos pierdan el derecho que tienen á ſer venerados en V. Alteza. Harto tendrá en que mortificarſe en la Religion, ſiguiendo en lo ſuſtancial los paſos de nueſtro iſtituto. Eſta diferencia exterior mas ha de ſer de Cruz, que de alivio.

3 Quietóſe el humilde ánimo de la Infanta á las eſpirituales razones de ſu Maeſtra, y Prelada, y poniendo ſobre ſus hombros la Cruz de eſtos titulos, y honores, caminó con ella toda la vida, ſacrificada ſu humildad, con el cuchillo fuerte de la ſanta Obediencia. Era grande el amor que tenia á ſu Prelada, y la puntualidad con que la obedecia. En eſto ſe ſeñaló el año del Noviciado eſtremadamente, no queriendo hacer coſa alguna que no fueſſe con ſu orden. Comunicabala ſus egercicios, y los efectos de la oracion, regiſtraba ſus mortificaciones, y reduciaſe en todo á ſu alvedrio. Llegó á fineza tan grande, que todas las noches hacia con la Abadeſa el examen de conciencia, manifeſtandola, no ſolo las acciones, ſino los penſamientos. Decia ſu Alteza, que la tenia en lugar de Angel de ſu guarda, y que aſsi la queria comunicar, lo que no podia ocultar á ſu Angel. Que cierto es que tiene la vida de Angel, quien á ſu Prelada aſsi ſe manifieſta, como pudiera á ſu Angel. Nadie anda en la preſencia del Superior con tal confianza, que no obre en ſu auſencia con mucha pureza. Aſsi como huye de la luz el que obra mal, no rehuſa el no ponerſe á la luz el que obra bien. Egemplo puede ſer á los ſubditos eſte obediente rendimiento de la Infanta, pues no ſolo tenia en lugar de Dios á ſu Prelada, en la prontitud de obedecerla, ſino en la verdad de comunicarla. Y aſsi como á Dios no le

po-

podian ſer ocultas ſus acciones, queria que no lo fueſſen á quien en ſu lugar la gobernaba.

CAPITULO IV.

EXPERIENCIAS QUE HACE LA ABADESA del eſpiritu de ſu Alteza en los egercicios de la Religion.

LA Madre Sor Juana de la Cruz, hija de Don Juan de Borja, Duque de Gandía, Hermana de S. Franciſco de Borja, y Abadeſa de eſte Real Monaſterio, què es quien dió el habito á ſu Alteza, y de quien vamos hablando en eſta materia, fue prudentiſima Señora, de grande eſpiritu, y valor. Sin duda la tuvo Dios prevenida para Maeſtra interior de la Infanta, porque dieſſe con mayor acierto los primeros paſos en ſu vocacion. Fue grande dicha de la Abadeſa el concurrir en tiempo que recibieſſe, y criaſſe ſujeto tan egemplar, y alma tan pura. Pero no lo fue menor la de ſu Alteza en hallar tal Maeſtra, y Prelada, para los puntos mas ſuſtanciales de ſu aprovechamiento. Ganóle la voluntad facilmente á la Infanta, porque al reſpeto, y autoridad de Prelada, juntaba el acierto, ſazon de diſcreta: templando la blandura, y la ſuperioridad con grande primor.

2 Cuidaba mucho de ſu aprovechamiento; pero ſin deſperdiciar ſu ſalud, ajuſtando los egercicios con ſus fuerzas, porque no deſcaecieſſe en las primeras gradas de profeſion tan auſtera. Unas veces la humillaba con el honor, otras la probaba con el deſprecio; averiguando con la piedra del toque de la deſeſtimacion, ſi tenia propiedad en el alma. Deciala palabras de ſentimiento, y reprendiala con diſimulada ſeveridad, condenando lo que merecia alabanza. No es vueſtra Alteza para la Religion, decia, por ſer muy delicada, y para poco; todo lo echa á perder, no acierta á hacer coſa alguna, cada dia es peor. Reſpondia ſu Alteza con gran paz, y manſedumbre: *Dice bien, Maeſtra, ya yo veo qual ſoy: cierto que me peſa, y que deſeo enmendarme: tenga paciencia conmigo, por amor de Dios: bien conozco que la doy mucho en que padecer.* Hacia muchas pruebas de eſte genero, y de todas ſalia la Infanta aprovechada, y la Abadeſa admirada de vér una cria-

bir ſu Alteza, el poner duda en ſu perſeverancia; y aſsi en eſto cargaba mucho la mano ſu Maeſtra, para vér donde llegaba la paciencia al oírlo, y la conſtancia al defenderlo. Componiaſe la Infanta MARGARITA con grande modeſtia á la voz de la Prelada, diciendo: Que no dudaba ſer mucho lo que emprendia; pero que le parecia poco lo que dejaba; que bien la daba Dios á entender lo uno, y lo otro: porque á la verdad, dejaba en la vida del ſiglo muchas penas ſin galardon: muchos males ſin conſuelo: muchos peligros, y lazos: muchos deſpeñaderos, y deſdichas. Dejaba las mayores miſerias en la mayor confuſion: daños ſin remedio: trabajos ſin fin: y que aſsi como era mucho lo que dejaba en los males, era poco lo que dejaba en los bienes; pues en eſta vida todo ſe reduce á unos guſtos breves, unas felicidades engañoſas, unas alegrias fingidas, unas eſperanzas inciertas, unas ſeguridades falſas. Dejaba una vida, que ſi ſe padece, es tormento, y ſi ſe goza, es peligro: Dejaba la mayor ſuerte, que el mas leve accidente la arraſtra: las mayores grandezas, que un breve ſoplo derriba: las riquezas, el poder, el gozo, la eſtimacion, pendientes del hilo delgado de la vida: en cortando el tiempo eſta hebra, que cada dia la vá adelgazando, todo cae en tierra, y ſe reduce á tierra. Que tambien le daba Dios nueſtro Señor á entender lo que emprendia, con ſeguir la vocacion, que deſde niña introdujo en ſu alma. Emprendia una vida Religioſa, y ſegura, en donde las penas ſon teſoros del alma, y ellas miſmas ſon alivios del cuerpo. Un deſcanſo ſin zozobra, una alegria ſin remordimiento, una felicidad ſin peligro, y un gozo ſin fin: unos deſprecios felices: unas penas alegres: unos trabajos ligeros, y unas aſperezas ſuaves: una vida, que padecida, es merito, y gozada, alegria. Que ſi penaba caminando, la aguardaba la Corona; y ſi iba deſcanſando, no tenia que recelar la fatiga. Que ſi era breve la vida, ſe acababa el trabajo; y ſi fueſſe larga, crecia con el tiempo el premio. Que emprendia una vida, que es gozo dejarla por la eterna, y dicha tenerla en la temporal. Que á aquel Monaſterio, y habito ſanto la ha trahido ſolo el Amor de Dios, y que la daria fuerzas para proſeguir, lo que le habia dado gracia para deſear. Que ſolas ſus fuerzas no baſtaban; pero ayudandola Dios, no tenia que temer.

3 No ſe puede encarecer el ánimo que tenia la Infanta MARGARITA à paſar los trabajos de la Religion, y eſto que llama el mun-

mundo aſperezas, rigores, y deſconſuelos. No habia egercicio, por penitente que fueſſe, que no lo abrazaſſe; y ſi la prudencia de ſu Maeſtra no lo moderaba, baſtaba ſu ánimo á lo que no baſtaban ſus fuerzas. Eſtrañaba mucho que huvieſſe á quien pudieſſe parecer aſpera la vida de la Religion, comparada con la vida del ſiglo, donde tantas penalidades ſe padecen: admirando, que ſe tenga por horrida la penitencia, y no los precipicios mortales por donde nos arraſtran los vicios. ¿Quánto mas padece que no el pobre el avariento, para grangear el dinero, para cobrarlo, para guardarlo? Quánto mas que el humilde el ambicioſo, para conſeguir el devanéo, por donde vá ſiguiendo ſu ambicion? Y eſtas penas, trabajos, peligros, y deſventuras ſon dulces, y las nobles fatigas de la penitencia deſabridas? Los trabajos que nos llevan al daño abrazamos: y los que nos apreſuran al remedio aborrecemos. Sinieſtro es el modo de entender los mortales: que habiendo de padecer en entrambos caminos, ſe elige ir rebentando al caſtigo, por no ir padeciendo á la gloria.

CAPITULO VII.

CONTRADICIONES QUE SE DESPERTARON, para que ſu Alteza no profeſſaſſe: el valor con que ſe opuſo à ellas: y ſeñalaſe dia à la profeſion.

Navegando en eſta bonanza la Sereniſsima Infanta MARGARITA al termino deſeado de la profeſion, yá en los ultimos meſes del año de ſu noviciado, á viſta del puerto: levantó el enemigo comun otra eſpiritual borraſca. Parecia al Embajador de Alemania, y á otras perſonas que aſsiſtian al quarto de la Emperatriz, que ſería buena reſolucion de eſtado, que yá que la Infanta habia tomado el Habito, y perſeveraba en él, no ſe egecutaſſe ſu profeſion, ſino que ſe quedaſſe con libertad de poder gozar de ſu renta, con facultad de ſalir, y entrar en el quarto de ſu Madre; y deſpues de ſu muerte, con todos ſus derechos, y familia. Que era conveniente al Emperador conſervar ſiempre una perſona tan propia en eſtado, que pudieſſe con ſu autoridad interceder con el Rey, por las conveniencias del Ceſar, creyendo

do

do que no cabia esto con dejar el siglo, y profesar en la Religion. Proponianla, que en caso que quisiesse profesar, fuesse dispensandola en estos puntos; porque no quedasse inutil á la causa comun, y al beneficio mayor de sus Hermanos.

2 Respondió la Infanta con egemplar resolucion, afirmando, que no habia cosa en esta vida, por la qual dejasse de profesar, con la misma calidad, y circunstancias, que todas las demás Novicias: y que no gastassen tiempo, ni perdiessen diligencias en esto, porque les advertia, que estaba determinada de encerrarse, y servir á Dios para siempre en el Convento, aunque entendiesse privarse de la compañia de su Madre. Quando la Emperatriz entendió lo que su Alteza sentia esto, se interpuso, mandando, que no la hablassen mas en semejante platica, y consolandola á su Hija, la ofreció, que muy presto veria logrados sus deseos.

3 Entretanto iba continuando los santos egercicios de la Religion, platicando la loable costumbre, que en aquella Casa se tiene, de pedir las Novicias á las Religiosas, que voten por ella el dia de la aprobacion. Decia con grande humildad á las Monjas en comun, y en particular: Yá yo veo que no merezco lo que pido, ni vivir en tan buena compañia, por ser tan ruin como soy; pero esso mismo las ha de obligar á recogerme, y admitir por hermana, y compañera, para que sea buena, y sirva á Dios nuestro Señor. Obligaba esto á todas á enternecerse, y admirarse, viendola sentir tan bajamente de sí, siendo alma tan perfecta. Habiendo pasado el dia de la Conversion de San Pablo, sin que pudiesse profesar, por algunos impedimentos que á esto se interpusieron, fueron tan vivas las instancias que hizo, para que señalassen dia para ello, que la Emperatriz señaló por preciso el de la Purificacion de la Virgen á dos de Febrero, año de 1585. Alegróse mucho la Infanta de tener yá fijo el termino á su coronacion, y vivia con estas esperanzas, dando mas alas al tiempo, que lograndolo en altas meditaciones; y holgandose de que en el dia de esta Fiesta de nuestra Señora entrasse en el Templo de la Religion á sacrificar sus deseos, y purificar sus obras. Alegrabase de vér, que se introducia en este nuevo estado en dia de la Virgen Maria, y no le parecia que podia temer el suceso, quien daba el primer paso con su amparo.

4 Fuesse previniendo, de la manera que lo hacen las Religiosas

ſas antes de profeſar. Hizo ſu teſtamento con mucho acuerdo, y licencia, que para ello la dió la Emperatriz; en el qual por primera clauſula ofreció á Dios ſu cuerpo; y ſu alma, haciendo en otra, ſolemne, y univerſal renunciacion de quantos derechos le podian pertenecer: como Archiduqueſa de Auſtria, é Infanta de los Reynos de Ungria, y de Bohemia. Mandó veſtir con larga mano á los pobres, ſocorrer los Monaſterios, proveer los Hoſpitales, librar los que padecian en la carcel por deudas, reſcatar cautivos, y otros devotos legados. Dió al Convento para el dia de ſu profeſion un ornamento para los Altares, y Pulpito, Caſullas, y el Terno entero, con que ſe habia de decir la Miſa, de brocado de Florencia muy rico, cenefas, y frontales bordados de perlas: que la Emperatriz Doña Iſabél ſu Abuela habia dado á ſu Madre, y no habia querido emplear en otra coſa, por reſervarlas para quando ſu Hija MARGARITA ſe ofrecieſſe á Dios. Dió tambien una alfombra bordada en el Palacio de la Emperatriz, de grande valor, con otras joyas muy precioſas, para eſte dia deſtinadas. Otorgó ſu teſtamento en 25. de Noviembre del año 1585. Eſtando preſentes Don Gaſpar de Quiroga, Arzobiſpo de Toledo, y el Padre Fray Juan de Eſpinoſa, Confeſor de la Emperatriz, ante Tomás Gracian de Antiſco, Notario Apoſtolico, y Eſcribano Real. Fueron teſtigos Juan Kevenhiiller, Conde de Franqueburg, Embajador del Ceſar. El Conde de Barajas, Preſidente de Caſtilla, y de ſu Conſejo de Eſtado. Don Juan de Borja, Mayordomo mayor de la Emperatriz. Don Hernando de Borja. Y Don Garcia Sarmiento, Mayordomos de ſu Mageſtad Ceſarea. Y Hernando Mazuelo ſu Secretario. Y Pedro del Valle Villamaña, Secretario del Rey. Habló el Cardenal Quiroga á la Infanta, en la forma que lo diſpone el Santo Concilio de Trento, poniendola en ſu libertad, para que declaraſſe ſu intencion, en orden á ſer Religioſa; y eſto fue á ſolas, para que mas llanamente ſe manifeſtaſſe. Reſpondió la Infanta con tanta particular gracia, y eſpiritu, que el Arzobiſpo quedó admirado, viendo tan liberal en ſu Alteza la mano poderoſa de Dios.

CA-

CAPITULO VIII.

DILATASE EL DIA SEÑALADO à la profesion. Devotos sentimientos de su Alteza, y vence que se señále otro dia.

ESTando yá prevenida la Infanta para hacer profesion el dia de la Purificacion de la Virgen nuestra Señora, y muy gozosa de vér tan cerca el fin á sus penas, y el principio á sus dichas; permitió Dios, para probar su constancia, dilatarle este bien. Habia enviado á Roma la Emperatriz, con embajada particular al Padre Fray Francisco Gonzaga, General de la Orden de nuestro Padre San Francisco, que despues fue Obispo de Mantua, á que pidiesse á su Santidad, Gregorio Decimotercio, la bendicion, y licencia, para que profesasse su Alteza. Hizo relacion nuestro Padre General al Pontifice de las claras virtudes, y particular espiritu de la Infanta, del fervor con que vivia en la Religion, raro egemplo con que habia vivido en el siglo. Alegraronle estas nuevas, dando gracias á Dios, que en tiempo que él gobernaba la Iglesia, pusiesse esta Antorcha clarissima en el candelero de la Religion, para que diesse luz á los Fieles en las tinieblas de la vanidad. Escribió su Santidad á la Infanta con paternal amor, dandole copiosas bendiciones, para que profesasse aquella vida dichosa, privilegiandolo con particulares gracias, y favores, como despues se dirá.

2 Este despacho tardó de manera, que no pudo ser la profesion el dia de la Conversion de San Pablo, ni el de la Purificacion, como se ha dicho: y assi huvo de alargarse este amoroso matirio. Ayudó tambien á dilatar la profesion, el estár ausente el Rey su Tio, el qual habiendo acompañado á su Hija la Infanta Doña Catalina, que iba á casar con el Duque Manuel de Saboya, le fue preciso detenerse en Monzon, á celebrar Cortes Generales á los tres Reynos de la Corona de Aragón. Detuvose en esto mas de lo que creyó su Magestad, y porque deseaba hallarse en la profesion de su Sobrina, fue necesario suspenderla. Entretanto la Infanta padecia grande pena. Vió pasar el dia de la Purificacion, con mucho dolor, y lagrimas: y mayor sin comparacion, quando

do ſe halló aquel dia en la profeſion de Sor Ana de la Cruz, y Sor Rafaela de la Madre de Dios, dos de las Señoras que tomaron el habito poco antes que ſu Ateza. Sor Luiſa de las Llagas no pudo profeſar aquel dia, por faltarla algunos años, para cumplir con el tiempo que diſpone el ſanto Concilio.

3 El ſentimiento de ſu Alteza era tan grande, de eſtas dilaciones, que movia á mucha compaſion. Hacia ponderacion de ſu poca dicha, temiendo el ſuceſo haſta verle logrado. Acordabaſe de los medios por donde habia caminado á eſte fin; los embarazos, y contradiciones; los diſguſtos, y penalidades. Recelaba algun nuevo accidente, que le turbaſſe eſte bien. Lloraba, y deshaciaſe en ſentimientos del alma. Iba al Coro, y alli amoroſamente ſe quejaba á ſu Eſpoſo: ¿Por qué quereis, Señor, dilatarme eſta dicha? Que os holgueis de verme penar? ſea en hora buena, Señor, muera yo, pero muera contenta, conſagrada á Vos, entregadas con la profeſion las ultimas prendas del alma. ¿Dilataiſme eſte bien, porque no lo merezco? Pero quien, Señor, lo conſigue, que lo merezca? El ſer Vos quien ſois nos conduce á eſte bien, y no nueſtros meritos. Yá eſtán mis Hermanas en la Religion, yo á las puertas llamando. ¿Quando habeis de abrir, Eſpoſo mio á la Eſpoſa, que con golpes del alma os deſpierta? No teneis de coſtumbre uſar eſtas ſuſpenſiones, mas las padeceis, que las dais. Bañada de eſcarcha eſſa hermoſa cabeza, os ſienten las almas, aguardando á los umbrales de nueſtro olvido. Trocóſe la ſuerte, luz mia; y yo pobre, y ſola, herida de amor, en la noche triſte de eſta ſuſpenſion os oſtoy buſcando. Bien puedo morir, pero no he de dejaros. Mas quiero que me hálle la luz de vueſtro dia muerta, que no auſente.

4 Reſolvió de irſe deſde alli á hablar á la Emperatriz ſu Madre, y ſuplicarla, que tuvieſſe por bien ſeñalar el dia precioſo á ſu profeſion; y que no habia de levantarſe de ſus pies, ſin que le hicieſſe eſta merced. Viendo ſu Mageſtad la viva inſtancia de ſu Hija, y ſu deſconſuelo, la ofreció, que deſpacharia correo al Rey, pidiendole, que tuvieſſe por bien de que fueſſe la profeſion á veinte y cinco de Marzo, dia de la Anunciacion de la Virgen Maria. Habia llegado yá á eſte tiempo el Breve del Pontifice Gregorio Decimotercio, y en èl enviaba, con ſu bendicion Pontificia, el velo con que habia de hacer profeſion, bendito tambien de ſu mano; y con entrañas verdaderamente de Padre, previniendo,

que esta nueva planta, que tanto fruto habia de dar en el jardin de la Iglesia, por ser tal su delicadeza, y ternura, no perdiesse las fuerzas, y la salud del cuerpo á los primeros rigores de la Observancia de la Religion, la dispensó de las asperezas de la Regla, diciendo: Que era su intencion, que no la obligasse á mas la profesion de quanto buenamente pudiesse ajustarse con sus fuerzas, y delicado sujeto.

5 Assi como entendió esto su Alteza, con espiritu, y santa determinacion, dijo: Que venerando la gracia, y favor que su Santidad la hacia, la renunciaba en quanto la dispensaba de lo sustancial de la Regla; admirandola solo en lo accidental, y que podia ser sobre sus fuerzas regulado por sus Preladas, que viene á ser lo mismo que tienen las demás Religiosas: pues en lo que no es sustancial de la Regla, qualquiera puede ser dispensada en todas las Religiones, arbitrado por los Superiores. Y para que pronunciasse estas palabras, fueron necesarias grandes intercesiones, y toda la autoridad de la Emperatriz: advirtiendola, que de otra suerte no osaria aventurarla á la Religion, que la dispensacion no es precepto, y assi podria usar de ella como le pareciesse.

6 Notese en este punto la perfeccion de su Alteza, que quando gimen tantos con el peso de las Constituciones, y Votos, no consiente que se los aligeren; sintiendo mas verse libre de los menores vinculos de la Religion, que otros de hallarse oprimidos de los mayores; usando esta Señora de las permisiones que caen en el alvedrio de los Superiores, con tan grande templanza, que para lo que bastaba la Abadesa, quiso á la Abadesa, y al Pontifice; no valiendose del Pontifice, para lo que no bastaba la Abadesa. Escribió la Emperatriz al Rey en la forma que lo ofreció: llegó respuesta, diciendo: Que pues no podia abreviar su jornada, no queria dilatar á Dios este servicio, ni á la Infanta este gozo: y assi desde alli la daba su bendicion, para que profesasse el dia señalado. Esta fue la mayor merced que pudo hacer el Rey á su Sobrina, y la mas alegre nueva, que recibió en el discurso de su vida.

CA-

CAPITULO IX.

PROFESION DE SU ALTEZA, y la forma, devocion, y decencia con que esto se hizo.

Eñalado yá el dia de la santisima Encarnacion del Señor, año mil y quinientos y ochenta y cinco, por preciso á la profesion de su Alteza, se adornó el Convento, Iglesia, Claustros, y Capillas con ricas, y preciosas colgaduras. Pusieronse los Altares con todas las Reliquias, decencia, y curiosidad. Las Religiosas, que son muy advertidas en sus espirituales fiestas, en ésta que fue la mayor que ha visto aquella Casa Real, se excedieron á sí mismas. Hicieron artificiosos arcos de flores, adornaron el Coro, aderezaron el Capitulo, llenaron la Casa de velas blancas, olores suavisimos, con tanta fragancia, y aliño, que parecia todo junto un Cielo abreviado. Dispuesto lo necesario, y llegada la hora de la profesion, que fue á las diez del dia, se juntó la Comunidad capitularmente, y con universal aplauso votaron, y recibieron á la profesion á su Alteza. Fueron de alli al Coro, y puestas de rodillas por su orden las santas Religiosas, con velas encendidas, assistiendo la Emperatriz, muchos Grandes, y Señoras de la Corte, se dió principio à las ceremonias de la profesion, siguiendo en ella la loable costumbre de la Religion, y de esta santa Casa. Digeron la Letanía, y otras oraciones con grande devocion, y ternura. Y acabado esto, la Madre Abadesa se assentó junto al Altar adonde estaba el velo, y habia de hacer profesion la Infanta. Hizo á su Alteza la Prelada una breve, y devota platica, representando lo mucho á que se obligaba, y que todavia tenia tiempo, y libertad para mudar de intento, y otras cosas á este proposito, que se acostumbran decir á las Novicias en esta ocasion. Preguntóla, ¿si queria mudar de nombre, ó qué sobrenombre se queria poner? Respondió su Alteza, que su sobrenombre habia de ser conforme á la aplicacion que su alma habia tenido á la Cruz, y que como hija de la Cruz, y remediada en ella, se habia de llamar MARGARITA de la CRUZ. Edificaba vér la constancia, la devocion, modestia, y gozo espiritual con que la Infan-

ta ſe hallaba, la gracia con que daba las reſpueſtas, la dulzura, y ſuavidad de ſus palabras. Mirabanla los circunſtantes con grande ternura, no pudiendo contener las lagrimas, de vér aquella Real Perſona en acto de tal reverencia, y humildad, proceder con tanta edificacion. A todo eſtaba la Emperatriz ſu Madre atenta, llena de inmenſo gozo el alma, viendo lo que paſaba por ſu Hija, ſacrificandola interiormente á Dios, quando ſu Alteza exterior, é interiormente ſe ſacrificaba. Habiendo llegado á eſte punto, ſe arrodilló la Infanta, y recibió la Regla de Santa Clara, y juntas las manos con la Regla, las abrazó con las ſuyas la Madre Abadeſa, y en voz alta, y clara hizo ſu profeſion en eſta forma:

2 Yo Sor MARGARITA de la CRUZ hago voto, y prometo á Dios, y á la glorioſa Virgen Maria ſu Madre, y á San Franciſco, y á Santa Clara, y á todos los Santos, y á tí Madre, de obſervar todo el tiempo de mi vida eſta Regla, dada por San Franciſco á Santa Clara, viviendo en obediencia, ſin propio, en caſtidad, y clauſura. La Madre Abadeſa tomando el velo, que ſu Santidad habia enviado, y poniendolo ſobre la cabeza de ſu Alteza, dijo eſtas palabras: Si V. Alteza guardáre eſto que ha prometido, de parte de Dios la prometo la vida eterna. En el nombre del Padre, del Hijo, y del Eſpiritu Santo.

3 Cantaron las Religioſas el *Te Deum laudamus*, y proſiguiólo la Capilla Real del miſmo Convento. Fueron llegando luego todas las Religioſas á ſu Alteza, y recibiólas con ſingular alegria. Llevóla la Abadeſa á que beſaſſe la mano á ſu Madre, y recibieſſe ſu bendicion. Y luego las demás Religioſas fueron beſando la mano á ſu Mageſtad, dandola los parabienes de la profeſion de la Infanta. La Emperatriz las recibió con agradecido ſemblante, por ſer la coſa de mayor gozo que habia tenido en eſta vida. Proſiguióſe luego la Miſa cantada, que la dijo de Pontifical el Cardenal Arzobiſpo de Toledo, Don Gaſpar de Quiroga, con grande muſica, y ſolemnidad. Con la miſma ſe dió fin á eſte acto, en la grandeza, oſtentacion, y en el ſuceſo de los mayores que ha viſto la Chriſtiandad. Nadie puede baſtantemente explicar el gozo de la Infanta, quando ſe vió conſeguida la corona, y fuera de rieſgo el ſuceſo. Mirábaſe deſpoſada, y velada en la Religion con el Hijo de Dios, el miſmo dia que Dios ſe deſposó con nueſtra naturaleza, en el talamo Virginal de Maria. Alegrabaſe de que en dia que celebraba la Igleſia el hacerſe Dios

Hom

Hombre, la Infanta ſe hicieſſe ſierva ſuya. Veíaſe no ſolo ſin coſa del mundo en el cuerpo, ſino en el nombre.

4 Tomó el titulo de MARGARITA de la CRUZ, por mayor deſprecio de sí miſma, y mayor aprecio de Dios; perdiendo ſu Alteza el nombre, donde perdió ſu Eſpoſo la vida. Dejó Chriſto las Coronas del mundo, por ſer coronado en la Cruz; aſsi abraza MARGARITA la Cruz, huye de la Corona, por ſer deſpreciada en el mundo: imita á Jeſus en el llevar la Cruz por el camino de la perfeccion Religioſa pobre, y obediente, en trage humilde, y con plantas deſnudas. Deſde eſte dia trocó el ſello, y las armas, y tomó las de la Cruz, como quien ſabía, que para vencerlo todo baſtan eſtas.

CAPITULO X.

PRIMEROS EGERCICIOS DE SU ALTEZA deſpues de Monja profeſa: y atencion grande al cumplimiento de ſu Regla.

MOnja profeſa la Infanta, ſe dió á perficionar con las obras lo que en ſu tierna edad habia procurado con tantos deſeos; reynó en ſu alma aquel perfecto propoſito de verſe en la Religion, y ſolía decir Que era aſſegurarſe en las tempeſtades de la vida, el navegar en eſte ſeguro bajél. El eſtado Religioſo, es una Univerſidad de virtudes, donde aſsi ſe enſeña la perfeccion, como en las eſcuelas las letras: aqui ſe aprende aquella profunda ciencia de conocerſe á sí, y á Dios: aqui ſe reduce la eſpeculacion á la práctica, y el ſaber al obrar: aqui aquel ſabe mas que menos pienſa que ſabe: aqui es el lucimiento eſconderſe, y el entenderlo todo, penſar que no entiende nada: aqui ſuele ſer mayor ciencia el olvidarla, mayor ſaber, el negarſe al ſaber, caminando por la negacion de todo, á Dios, llenando de mas virtudes el alma, que de noticias el entendimiento. Entró en eſta eſcuela la Infanta, muy aprovechada; que el eſtudio que habia hecho en la virtud en ſu caſa, fueron curſos que le aprovechaban en la Religion. El primer acto que referia ſu Alteza, que hizo aſsi como profesó, fue entregarſe de todo corazon á Dios, y de toda ſu alma, pidiendole, que yá de alli adelante, no mandaſſe ella en sí, ſino

Dios

Dios en ella. Dió principio á ſu vida eſpiritual, por donde ſuelen acabar los varones muy ſantos; porque ſalen de sí, para que entre del todo Dios en ellos. ¡Qué debido cumplimiento, y qué dificultoſa cortesía: ſalir yo de mi caſa, porque viva Dios ſolo en ella! No quiere la naturaleza negarſe, ni deſampararſe del todo; elige engañadamente, antes perderſe de ſu mano, que aſſegurarſe con la mano de Dios. SuAlteza tomó deſde luego ſu egercicio, de que Dios mandaſſe en ella. Con eſto, ſin voluntad vivia en Dios, por tener del todo reſignada en Dios ſu voluntad.

2 El ſegundo cuidado en que ſe puſo, fue en la perfecta obſervancia de ſu Regla, que no baſta la ſutileza mayor del eſpiritu, el mas delgado entender de las almas, ſino ſe reduce á las obras. Son praticos los egercicios de las virtudes. Hizo una coſa muy ſazonada la Infanta, en demoſtracion de ſu cuidado, y fue, que á otro dia como profesó, eſcribió de ſu mano la Regla de Santa Clarã, con los votos, y declaraciones, y todo lo demás que tocaba al cumplimiento de ſu obligacion; formó de eſto un libro, y en 50. años de Religioſa, no dejó de traherle conſigo: con él vivió toda la vida al obrar: con él la hallaron tambien al morir. Leíalo muy de ordinarió, diciendo: Que volvia á leer, lo que habia capitulado con Dios, porque queria en lo ofrecido eſtár muy atenta á ſaberlo, por eſtár con eſſo muy dieſtra al obrarlo. Egemplo es eſte de ſuperior enſeñanza. Si todos trageſſen à la viſta lo que han prometido á Dios, darian con los ojos en ello al no cumplirlo; y ſería eſte cuidado deſpertador al cumplimiento, ó acuſacion á la falta. Su principal deſvelo conſiſtia en eſtudiar bien la Regla, y caminar por eſta derecha linea de la perfeccion, tomandoſe muy eſtrecha, y riguroſa cuenta de lo que ſe deſviaba. Era en eſto exactiſsima en quanto la permitia hacer ſu Prelada: y decia de ordinario, que era ſuave la regla, y profeſion de Santa Clara, y que nunca ſe veía mas contenta, que quando ſe hallaba con ſus hermanas en la comunidad, haciendo juntamente con ellas lo que hacian. Eran eſtas palabras propiamente palabras de la gracia; pues claro eſtá, que á la naturaleza no podia parecer ſuave, lo que es tan aſpero, y penoſo al cuerpo. Pero como el Autor de la vida dejó dicho: *que es ſu yugo ſuave*, (a) con ſer ſu yugo la Cruz, le era á la Infanta MARGARITA la Cruz ſuave.

CA-

(a) *Jugum enim meum ſuave eſt, & onus meum leve.* Matth. 11. v. 29.

CAPITULO XI.

PENITENTES EGERCICIOS DEL REAL Convento de las Deſcalzas de Madrid, á cuya profeſion ſe entregó ſu Alteza.

JUſto es poner el campo en eſta Hiſtoria, donde corrió glorioſamente la Infanta MARGARITA al palio del amor que la eſperaba, que fue por el egercicio de las virtudes, con la perfecta profeſion de ſu inſtituto. Y el que no tuviere en el coracon alguna centella del amor Divino, tendrá por aſpera propoſicion, y por dura doctrina, llamar ſuave eſta vida, como la llamó la Infanta. Los egercicios, pues, en que ſe ocupan eſtas ſantas, y prudentes virgenes en el MonaſterioReal de las Deſcalzas en las veinte y quatro horas del dia, y de la noche, ſon las que ſe ſiguen:

2 Levantanſe á Maytines á media noche, ſin diſpenſacion alguna, porque á eſſa hora yá eſtá levantada una Religioſa, qûe llama á las demás, en acabando el primer ſon de la campana. En levantandoſe, todas dicen juntas en ſu dormitorio comun, la Antifona, *Gloria in excelſis Deo*, con el verſo, y oracion de la Natividad, dando gracias á Dios por el beneficio de la Encarnacion, y por ſu Nacimiento ſantiſsimo, que fue en eſta hora bendita. Y en el tiempo de Quareſma dicen la Antifona, *Chriſtus factus eſt pro nobis*: Y la Oracion, *Reſpice quæſumus Domine*, en memoria de la ſantiſsima Paſion de Chriſto Señor nueſtro. Hecha eſta ſanta, y devota ceremonia, ſe ván en orden al Coro, donde en tono grave, y pauſado, dicen los Maytines. Acabados Maytines dicen una Antifona, Verſo, y Oracion del Angel Cuſtodio del miſmo Convento, que es la que ſe ſigue:

O Protector certantium, paupertatis militum dux, & Cuſtos fragilium in hac præſenti familia, funde preces ad Dominum, cuſtodi nos quotidie, hujus Monaſterij curam gerens aſsidué.

℣. *Immittet Angelus Domini in circuitu timentium eum.*

℟. *Et eripiet eos.*

ORE-

OREMUS.

PErpetuæ nobis, quæſumus Domine, famulabus tuis protectionis tuæ, per Sanctum Angelum tuum, hujus Monaſterij benignum Cuſtodem, præſta cuſtodiam, quibus & Angelica præſtitiſti non deeſſe ſubſidia. Per Chriſtum Dominum noſtrum.

3 Deſpues de eſta Comemoracion, hacen otra al Angel San Rafaél, por los caminantes, eſpecial las perſonas Reales, los Generales de la Orden, y otras perſonas devotas, y bienhechoras del Convento, que es la que ſe ſigue:

O Beatiſsime Raphael Archangele: Chriſti, per gratiam, quam á Deo meruiſti, cuſtodi eos in hac vita ab omni adverſitate, reduc eos in domum ſuam cum omni ſalute, & proſperitate; vita finita deduc eos ad regna cœleſtia.

℣. *Ora pro eis beatiſsimè Raphael.*

℟. *Ut digni efficiantur, &c.*

OREMUS.

MIttere dignare Domine de cœlis in adjutorium eorum S. Archangelum tuum Raphaelem, qui vias eorum dirigat, ab hoſte maligno defendat, ab omni adverſitate cuſtodiat, proſperitatem conferat, augeat, informet, & doceat, Deo copulet, & conjugat, & ad gaudia ſempiterna perducat. Per Chriſtum Dominum noſtrum.

4 Inmediatamente ſe tiene una hora de oracion, leyendo primero en algun libro devoto el punto que ha de dar materia á la meditacion. Las viſperas de comunion, que ſon dos veces en la ſemana preciſas, y otras que ocaſionan las Feſtividades del año, ſe quedan en el Coro haſta la mañana, con licencia de la Prelada, las que quieren quedarſe, y ordinariamente ſon todas, ſino las que por ſu mucha edad, ó flaca ſalud no les es tolerable, ni permitido. A las cinco de la mañana infaliblemente ſe levantan otra vez á Prima, y á aquella hora antes de comenzarla, les dice Miſa un Capellan. Inmediatamente ſe ſigue Prima cantada, y Tercia rezada. Quando la ſegunda Miſa de Tercia ſe canta, es quando la Miſa Mayor es de Cantores. Con eſto llegan con el tiempo haſta las ſeis y media, ó las ſiete. A eſta hora llaman á la labor con una campana, que dicen de la Obediencia: y aſsiſten todas haſta las nueve en la labor, ó en el miniſterio que las ocupan. A las nueve las llama la campana para la Miſa mayor: can-

tan

tan Sexta, y rezan Nona, y luego ſe canta la Miſa mayor, ſino es que ſea dia de Capilla, ó Fiesta grave, que en este caso oficia la Miſa la muſica, y Capilla Real de Capellanes del Convento. Eſtanſe en el Coro haſta las once, que llaman á comer, y á eſte toque van todas al Capitulo, y alli dicen el *Miſerere*, á coros con la Oracion, *Reſpice quæſumus Domine*, y un *De profundis*, con la Oracion, *Fidelium Deus*. Ván de alli con ſilencio en Proceſion al Refectorio, y en él, dada la bendicion á la meſa, la pide para sí á la Hebdomaria la que ha de leer. En el Refectorio ſe hacen las penitencias regulares, conforme á los defectos que ſe huvieren hecho en el rezo, ó por no haber acudido á la ſanta Comunidad, á diſcrecion de la Prelada. Las Novicias todos los Viernes dicen ſus culpas, y beſan los pies á las Monjas. Las Porteras, y todas las demás que han acudido aquella ſemana á ſu miniſterio, al fin de la ſemana dicen ſus culpas en el Refectorio, pidiendo perdon de ſus defectos. Comen cubierta la mayor parte del roſtro, y con ſumo ſilencio, y compoſtura: y en acabando, dán las gracias en la forma regular, y vuelven al Coro en proceſion diciendo el *Miſerere*. Deſpues dicen una Vigilia de difuntos, y unos Salmos del Salterio que á nueſtra Señora compuſo San Buenaventura, los quales ſe reparten de manera, que al fin del mes ſe ha dicho todo el Salterio. Hecho eſto, acuden á ſu miniſterio, y á lo que cada una tiene que hacer haſta la hora. De eſta hora á las tres, que tocan á Viſperas, y en todos los demás actos de comunidad, aſsi en el Coro, como en el Capitulo, y Refectorio eſtán con los velos echados ſobre el roſtro, cubierta la mayor parte de él. Dichas Viſperas, vuelven á la labor haſta las cinco. A eſta hora ván á la oracion; y á las ſeis y media á hacer colacion, y del Refectorio derechamente á Completas. En acabandolas, vá la Comunidad al dormitorio, y las Religioſas á coros dicen el Salmo: *Qui habitat*, y los Gozos de los Angeles, que es devocion antigua de eſta Caſa. Y no ſerá de pequeño gozo á quien eſto leyere, hallarlos aqui á la letra.

GOZOS DE LOS SANTOS Angeles.

Gaudete ſummi Spiritus
Seraphici Collegij,
Propinqui Deo penitus,
Ardentes pluſquam alij.
Gaudete pleni putei,
O Cherubim ſcientiæ,
A quibus celſi cunei
Secreta diſcunt grandia.
Gaudete Throni ſupplices,
Judiciorum conſcij,
Offenſæ Dei vindices,
Ejuſdem Secretarij.
Gaudete Dominantium
Cohortes admirabiles,
Regentes vulgus gentium,
Ut Conſules per utiles.
Gaudete Chori validi
Vocati Principatuum,
Portantes nos, ut Præſidi
Honorem demus congruum.
Gaudete robuſtiſsimæ,
O poteſtates cælicæ,
A quibus turbæ peſsimæ
Frenantur Diabolicæ.
Gaudete vaſa luminum
Virtuteſqué per ſæcula,
Implentes ante Dominum
Inſignia miracula.
Gaudete Duces inclyti,
Archangeli magnanimi,
Provincijs Præpoſiti,
Servantes puſillanimes.
Gaudete fortes Milites
Exercitus Angelici,
Cuſtodes noſtri ſoſpites
Obſequio multiplici.
Gaudentes eia pariter
Triumphatores nobiles
Afferte nos finaliter
Ad nuptias optabiles. Amen.

5 Dicho eſte devoto Hymno, ſe reza la Conmemoracion que ofrece la Igleſia á los Angeles, con Oracion á San Antonio Abad, y á San Potiano. Y en acabando eſto, vá la Vicária echando agua bendita por todo el dormitorio, y celdas. A las ocho tocan á recoger, y como dentro del dormitorio hay tantas Capillas muy devotas, y adornadas, acuden alli primero las Religioſas á pedir licencia á ſu Eſpoſo para entregarſe al ſueño. El veſtido es un habito pobre de paño groſero, y una tunica de lo miſmo, porque no uſan tunicas de lienzo. El tocado muy honeſto, cubierta la frente, y la mayor parte del roſtro: un velo grande, que cubre la cabeza, y los hombros; la cara aun entre ellas miſmas recatada. Quando entran los Reyes no ſe deſcubren el roſtro ſino á las parientas, y perſonas, á quien la Abadeſa dá licencia; pero ſiempre cubiertas delante de los hombres, á quien quando hablan, es echados los velos. Finalmente no es poſible ſer viſtas,

ni

ni de ſu miſmo Confeſor, porque en el comulgatorio ſolo alzan el velo para recibir al Señor. Andan ceñidas con una cuerda de cañamo grueſa, ſin mas calzado que unas apargatas de cañamo, ó eſparto, ſin talon. Duermen veſtidas, en la miſma forma que andan en caſa; porque deſde el dia que ſe viſten de Novicias, nunca dejan el habito, ni en ſalud, ni en enfermedad. Y eſto es lo mas riguroſo que ſe platica con todas las Religioſas: de ſuerte, que ſu Alteza murió en ſu habito como las demas. La cama es un gergon de paja pueſto en el ſuelo, y una almohada de angeo lleno de paja, y una manta de paño.

6 Su ordinaria comida es una eſcudilla de legumbres, y deſpues la ordinaria racion de huevos, fuera de la Quareſma, y Vigilias, y algunas hierbas de la huerta. Ayunan todo el año, ſino es los Domingos, y el dia de Navidad. Tienen diſciplina: Adviento, y Quareſma, Lunes, Miercoles, y Viernes, y las viſperas de la comunion ordinaria, y extraordinaria entre año. Hacen la cocina por ſu turno, deſde la Abadeſa haſta la mas nueva, y todos los demàs oficios de la Caſa; porque ſe ſirven ellas á ſí miſmas, ſin haber dentro en el Convento una ſola criada, ni la tuvo ſu Alteza en quanto vivió. Los Sabados ſe tiene Capitulo, alli lleva cada una la labor que ha hecho aquella ſemana, y la ofrece á la Madre Abadeſa. Haceles una platica eſpiritual, encomienda el eſtado de la Igleſia, y de la Corona Real, y otras neceſidades públicas, y particulares. Los dias de Comunion, los de Fieſta, y Viernes de Quareſma, es muy ordinario eſtár ſiempre en el Coro la Comunidad. El retiro, y abſtraccion de las criaturas es notable, porque no hablan con nadie, ſino en caſos graves, y forzoſos, y eſſo en preſencia de las eſcuchas. Quando ſus Mageſtades entran, y con los Reyes algunas ſeñoras de la Corte, ſe retiran las Religioſas, y ninguna ſale, ſi la Abadeſa no la envia á llamar; y entonces ha de hablar con una aſsiſtente á ello.

7 Eſtos ſon los egercicios de eſte penitente ſantuario. Por eſtos paſos buſcan eſtas eſpoſas á Jeſus, del dia á la noche, y de la noche al dia. Eſta es la rueda de la fortuna mas alta de eſta vida, que ni el valimiento temporal la encubre, ni el tiempo la deſvanece. A eſto ſe encierra la mayor nobleza de Eſpaña, y eſta vida parecia ſuave á la Infanta.

CAPITULO XII.

ALEGRIA, Y APROVECHAMIENTO de ſu Alteza en los egercicios de la Religion.

EN eſta penitente vida iba creciendo en virtudes la Infanta, ſiendo ſu profeſion tan perfecta, que ſolo ſiguiendola, aumentaba cada dia nuevos grados de merecimiento. Era coſa notable lo que ſe alegraba de ſeguir la Comunidad, en quanto la permitian, y erale de grande dolor el irla en eſto á la mano. Tenia mucho cuidado en dar los paſos de la Religion á los ojos de Dios, cuya preſencia la favorecia con dulces ſentimientos del alma. Obraba quanto hacia, como ſi la eſtuviera mirando el Señor. No daba paſos el cuerpo al trabajo, que no fueſſen impulſos del alma al amor, caminando á dos vidas con un miſmo egercicio.

2 Como la veían las Religioſas ſeguir tan perfectamente la Comunidad, era coſa admirable lo que la querian: que es amable la virtud, y mucho mas en perſonas de tan noble ſangre. No huvo quien la vieſſe, ni oyeſſe replicar á lo que la ordenaban; antes bien le parecia poco quanto hacia. Sentia que no la mandaſſen muchas coſas; porque ella ſola quiſiera llevar el peſo, y trabajo de todo el Convento. Si podia aliviar á ſus hermanas en alguna coſa, ſi las podia hacer algun guſto, era mayor el contento que ſe le ofrecia. A todas trataba, amaba, y honraba. Decia ſu Alteza: Que no veía á las criaturas, ſino á Dios en ellas: y como andaba en la preſencia de Dios, en todo ſervia, y hallaba á Dios. Con eſto vivia alegre, y guſtoſa, ſin tener quien la laſtimaſſe en lo exterior, ni quien la dieſſe moleſtia en lo interior. Eſta es la dicha mayor de la vida, que conſiſta el gozo de la criatura en el Criador: en la pureza del alma, y no en los guſtos, y regalos del cuerpo. Finalmente, ſe hallaba tan deſcanſada ſu Alteza, dejada la grandeza, tan contenta Deſcalza la Infanta, que la parecia haber echado de ſí el peſo de un monte. Sentiaſe deſaſida de los acaecimientos de la vida, ſin temer ſus triſtes ſuceſos, ni eſto que llaman (ciegamente) fortuna.

Da-

3 Dabale largo campo la contemplacion en que podia egercitar ſu amor, y lograr ſu contento, ſin ahogo de los peſares del mundo, ni ſus penas, y deſabrimientos. Quando veía ſus alhajas, y que todo el caudal que tenia, era el ſayal de ſu habito, y un pobre Breviario, le era de ſuma alegria. Solía decir á las Religioſas: Que debia á Dios mucho, por lo que la habia quitado, y por lo que la habia dado. *Hame quitado lo vano*, decia, *y hame concedido lo bueno.* ¡Qué guſto, como no tener nada por Dios! Qué deſembarazo para ſeguirle! Qué ajuſtamiento para imitarle! Hacia grande ponderacion de eſta verdad; alegre ſu alma de verſe padeciendo por Dios, como padeció Dios por ella. Dabale alivio, y gozo vér los egercicios de la Religion, que ellos miſmos por ſer eſpirituales ſe aplican: ponderando mucho el merito de la obediencia, que hace guſtoſo el trabajo, ſeguro el camino. Quando conſideraba que no tenia ſu voluntad, voluntad, daba gracias á Dios de verſe ſin eſte embarazo, y de haber eſcapado de tan grande peligro. Dios manda á mi Prelada, decia, mi Prelada á mi, con obedecerla, obedezco yo á Dios. ¡Qué dichoſo eſtado! Qué noble alvedrio! Sujetar la voluntad á la razon, la razon á Dios.

CAPITULO XIII.

MORTIFICACION DE SU ALTEZA de que le fueſſen à la mano en la mortificacion, y como ſe aprovechaba en eſte egercicio.

OS trabajos de la Religion, ſi ſe llevan por Dios, ſon cruz alegre: y ſino ſe padecen por él, ſon deſdichas grandes. La Infanta llevaba con guſto, y gozo eſpiritual las penalidades de ſu profeſion; ſolo ſentia que ſe las acortaſſen. Como era de tan delicada complexion, y tan diferente el tratamiento, y eſtado á que ſe habia reducido, cuidaba la Abadeſa de irla á la mano al fervor, aliviandola el trabajo, y diſpenſandola en algo el rigor de la Comunidad, como quien alegra una luz, porque alumbre mas tiempo. Eſte ſanto cuidado de la Abadeſa ſentia la Infanta con grande ternura, y ſin ſalir del debido rendimiento, amoroſamente ſe le quejaba. Rogabala, que no la eximieſſe de coſa alguna, que pues ella era mayor pecadora que todas, ſería juſto que pa-

de-

decieſſe doblado: y que no podia vér ſin confuſion trabajar ſus hermanas, y eſtar ella holgando. Fue uno de los mas penoſos meritos que tuvo, el reſervarla de padecer en algunos caſos, ſiendo tan grandes ſus anſias de penar por ſu Eſpoſo. Por faltarle tal vez la ſalud, ó por mortificarla la Abadeſa, la reſervaba de algunos egercicios; pero quando no padecia los trabajos, padecia amargamente los deſeos: y quando ſus hermanas alegremente obraban padeciendo, ella crudamente padecia llorando. Quanto es mayor el dolor en el alma que la fatiga en el cuerpo, era mayor el padecer de ſu Alteza; que es terrible egercicio el contener, y moderar los afectos, querer, y no querer, deſear, y no deſear, quebrar eſtas anſias en la reſignacion, como ſe quiebran las ondas de la mar en la tierra. Quien ſupiere que es amar con deſeo de padecer, ſabrá, que es padecer amando, el no penar padeciendo, y que eſta es paſion bien digna de compaſion.

2 Dióla Dios en eſta mortificacion por conſuelo un modo ſuperior, como pudieſſe ſuplir en ſu interior el trabajo exterior que la quitaban; porque decia, que con tres coſas reparaba, y ſuplia eſte daño (que por daño tenia del alma, que no padecieſſe el cuerpo) la primera, con reconocer humildemente ſer menor que las demás, pues no la dejaban obrar tanto como á ellas: y de aqui reſultaba la eſtimacion en que tenia á las Religioſas, y la deſeſtimacion en que ſe tenia á ſí; diciendo: Mis hermanas ſon para mucho, y ſirven mucho á Dios, y á la Religion; pero yo para nada ſoy buena, ſino para embarazar. La ſegunda, una ſujecion reſignada, y una diſpoſicion interior, y exterior con que eſtaba prevenida á obrar todo quanto podia, y quando le mandaban, y permitian. Eſto era con un egercicio práctico interior, tan vivo, y fervoroſo, que apenas mirabá á ſu hermana en el trabajo, quando la ayudaba yá con el deſeo, y no ſe canſaba mas la Religioſa en el egercicio en que ſe ocupaba, que la Infanta en la aplicacion, y anſia con que la aſsiſtia. Si veía limpiar algunas coſas á las Religioſas, y no la dejaban que ſe acercaſſe á hacerlo, le decia á Dios interiormente: Señor mio, yo limpio con el corazon lo que mis hermanas con las manos; que merecen mas aquellas manos, que eſte deſgraciado corazon. Si veía que barrian ſus hermanas, y no la dejaba la Abadeſa que lo hicieſſe, ſe volvia á ſu Eſpoſo, y le decia: Jeſus mio, no merezco yo ſer inſtrumento de que eſté mas limpia vueſtra caſa, ni llegar á la dignidad de qui-

quitar el polvo que pisan vuestras esposas. La tercera, era obrar cabal, y perfectamente en la mejor forma que podia todos los egercicios interiores, y exteriores que la dejaban que obrasse, y para esto, decia: Yá que no lo puedo hacer todo, quiero hacer todo lo que puedo, que no es bien negar lo poco, quando no se puede lo mucho. De aqui le resultaba pureza grande en las obras, y en ir en el alto egercicio de hacer la voluntad de Dios todo el dia: y en viendo que lo que iba á hacer no era agradable á sus ojos, se detenia, procurando no salir, ni del suave camino de la ley, ni de la aspera senda de la perfeccion. Finalmente, con tales reparos mejoraba su Alteza el no padecer todo lo que las Religiosas padecian, que pudiera la que mas trabajaba, trocar su merito por este santo egercicio.

CAPITULO XIV.

EN QUE FORMA ASSISTIA SU ALTEZA á la Emperatriz su Madre en el Convento.

UNO de los cuidados que dignamente ocupaban el corazon de su Alteza por hija, y por Religiosa, era assistir, y servir á la Emperatriz su Madre, en quanto no faltasse un punto á los actos de la Comunidad, y de esta atencion hacia la Infanta espiritu: y no solo no será fuera del intento, sino muy digna materia de esta Historia, el referir aqui como se gobernaban estas dos Señoras en sus egercicios, que no fue menos de admirar en la Emperatriz el grande egemplo, y virtud de vida, en la Orden Tercera que profesó de mi Padre San Francisco, que la perfeccion con que seguia la Infanta el penitente instituto de la suya.

2 Estaba la Emperatriz en el quarto que los Reyes tienen en este Real Convento unido á la misma habitacion de las Religiosas. Es un Palacio en que vivió algun tiempo el Emperador Carlos Quinto su Padre, y en él dividia la clausura del Convento una puerta, en que habia dos porteras, ó guardas: una Religiosa por la parte de adentro, y una Señora de honor en la del Palacio, con que no podian salir, ni entrar mas de las personas á quien era permitido. Aqui estuvo la Emperatriz Maria veinte años, y no le parecieron largos para disponerse al transito breve

de

de la muerte. Repartia las horas del dia, levantandoſe de mañana, venciendo con el eſpiritu la larga edad, y cortas fuerzas. Entraba luego en el Convento, y Oratorio, que llaman el Relicario, por eſtár muy adornado de reliquias. Alli ſe veía con ſu Hija, y deſpues de haberſe ſaludado, ſe ofrecian á Dios muy de eſpacio. Tenian ſu oracion vocal, y mental juntas; y deſde alli, ó deſde la tribuna oían algunas Miſas. En ſiendo hora de acudir al Coro, ó ſeguir la Comunidad, la dejaba la Infanta, y ſu Mageſtad tal vez iba tambien al Coro, otras ſe quedaba en la Tribuna: y al tiempo del comer ſe volvia á ſu quarto. Ordinariamente comia dentro de la clauſura, en un apoſento pequeño, que llaman el cancellillo, y entonces aſsiſtian las Señoras, y Meninas, Mayordomo, y Medicos. Otras veces comian mas adentro de la clauſura, en una ſala grande, y en eſte caſo ſolo ſe hallaban las Meninas, y criadas, que eran preciſamente neceſarias. Eſtá la pieza, de que vamos hablando, dentro del Convento inmediatamente al quarto de ſu Mageſtad, es de buena arquitectura, hermoſa viſta, con ventanas raſgadas, y rejas que caen á la huerta; adornanla pinturas de primor admirable, que las Perſonas Reales han trahido, y enviado á la caſa. Aqui ſiempre aſsiſtian los Reyes quando entran en el Convento; y eſtá ſala ocupaba ordinariamente la Emperatriz, acudiendo la Infanta, y las Religioſas á hacerla compañia. Tenia alli una camilla para ſus enfermedades; porque en eſte tiempo no queria hallarſe fuera de la clauſura, ni que le faltaſſe el conſuelo de ſu Hija, y de las Monjas; porque decia, que con aquella buena compañia ſe le aliviaba el dolor de ſus indiſpoſiciones.

3 En acabando de comer ſe recogia con la Infanta al Relicario, y deſcanſaba un poco; y el principal deſcanſo era, ſegun referia ſu Alteza, tener oracion, hablar de Dios con gran devocion, y eſpiritu. En tocando á algun acto de comunidad, acudia la Infanta á él, y ſu Madre ſe quedaba en el Oratorio, de donde ſe volvia á la ſala que hemos dicho. Alli acudia la Infanta, y algunas Religioſas á ſervirla. Como ſu Mageſtad trahia la ſalud tan fatigada de continuas dolencias, ſucedia algunas veces, que no podia rezar, ni leer. Tenia para eſte caſo dos Religioſas, la una para que le rezaſſe en voz alta ſus oraciones, y devociones; y la otra, para que le leyeſſe en los libros ſantos, y eſpirituales una hora cada dia. Guſtaba mucho oír meditaciones de la Paſion de

Chriſ-

Chriſto nueſtro Señor, eſpecialmente los Domingos, Martes, Miercoles, y Viernes, que en eſtos dias leían la Paſion en uno de los quatro Evangeliſtas. Los demás dias rezaba las quince oraciones de Santa Brigida, que tambien tratan de la Paſion de nueſtro Señor, y de eſte ſanto egercicio era tambien muy devota la Infanta. Leíanla en otros libros devotos de que guſtaba: y todo el tiempo que eſtaban leyendo hacia labor ſu Alteza, y las demás Religioſas. Y en acabando de leer, ſe ocupaban en hablar de Dios, y en tratar de aquello que habian leído á la mayor utilidad de ſus almas, pero ſin dejar el ſanto egercicio de ſu labor. ¡Qué perfecta oracion, dar el alma á Dios, y el cuerpo al trabajo, mereciendo con la fatiga, aprovechando con la contemplacion!

4 En ſiendo hora de retirarſe, beſaba la mano, y recibia la bendicion de ſu Madre: y recogiendoſe ſu Mageſtad á ſu quarto, ſe iba la Infanta á ſu comunidad. Era eſte egercicio de aſsiſtir á la Emperatriz, de grande ocupacion al cuerpo, aunque de ſumo guſto al amor. Pues haber de acudir á ſu Madre con tanta puntualidad, y con mayor cuidado á ſu profeſion, no dejaba de ſer trabajoſo, pero dabala Dios fuerzas para todo; porque todo lo obraba por Dios. Solía decir: Confieſo, que el cumplir con tanta ocupacion me coſtaba trabajo, pero por la gracia de Dios, nunca me faltaba tiempo para lo que era obligada, ni fuerzas por canſada que eſtuvieſſe. Procuraba yo no dejar perdído punto alguno de tiempo, y con eſſo acudia á Dios, y no faltaba á mi Madre. Lo primero acudia á Dios, porque eſta era mi obligacion principal, y yo tenia tan buena Madre, que ſe daba por mas ſervida en eſto. Finalmente, con emplearſe ſu Alteza en lo preciſo, no le faltó tiempo para lo guſtoſo: y con no deſperdiciar el tiempo, le ſobraba; que corre deſpacio empleado, el que vuela al fin tan aprieſa perdído.

CAPITULO XV.

MUERTE DEL ARCHIDUQUE ERNESTO, Hermano de ſu Alteza: y paſa por Madrid el Archiduque Alberto á Flandes, y lo que le ſucedió.

QUé es el tiempo, ſino un tirano oculto de la vida, que con ſecreta fuerza la lleva á la muerte? El Archiduque Erneſto, Hijo de los Emperadores Maximiliano, y Maria, eſperanzas de Alemania, enmedio del curſo acelerado de ſu vida, murió en Flandes. Habiaſe criado en Eſpaña con Felipe Segundo ſu Tio: y habiendo conocido eſte prudente Rey el valor, y virtud de ſu Sobrino, le envió al gobierno de aquellos Eſtados, con reſolucion de caſarle con la Infanta Doña Iſabél, como deſpues ſe egecutó con el Archiduque Alberto ſu Hermano. Cortó eſtos deſignios la intempeſtiva muerte de Erneſto, Principe digno de vida, grande prudencia, y valor, claras coſtumbres; varon no ſolo egemplar, ſino ſanto. Hablóle ſu Angel de guarda algunas veces, y vieronle ſus Gentiles-hombres de Camaſa rodeado de luz ſuperior. De Eſpaña, donde ſe crió, fue á Alemania en edad de 20. años, y en aquellas Provincias ayudó á la paz del Imperio con ſu conſejo, y defendió con ſu mano, aſsiſtiendo al Emperador Rodolfo ſu Hermano, con credito univerſal de las gentes. Gobernó los Archiducados de Auſtria, y Stiria, amado de los ſubditos, temido de los enemigos, haſta que vino á los Paiſes Bajos, con orden del Rey ſu Tio. No habia eſtado en ellos un año, quando le llamó Dios á mas deſcanſada vida. Murió á 20. de Febrero, en el de noventa y cinco, con grande edificacion, pronunciando al morir dulciſsimas palabras, que el corazon arrojaba á los labios.

2 Es bien de admirar la relacion que el Padre Antonio Creſpo, Religioſo de la Compañia de Jeſus, Confeſor del Archiduque, envió de ſu muerte á la Emperatriz, que ſintió eſte golpe, como tan buena Madre, y toleró como tan gran Chriſtiana, ayudandola ſu Alteza á llevar la cruz de eſta pena. Murió el Archiduque con daño univerſal del nombre Chriſtiano, por tener en ſu perſona libradas grandes eſperanzas de ſu aumento. Coronó ſu muer-

muerte, y acreditó ſu vida el Elogio de Clemente Octavo, que en aquel tiempo gobernaba la Silla univerſal de San Pedro. Quando le dieron eſta nueva, con vivo ſentimiento dijo: Ha faltado una gran coluna á la Igleſia, y podriamos llamar con verdad à eſte Principe San Erneſto, porque fue Santo. Eſtas palabras ſon del Padre Santo, por quien diſpenſa ſu eſpiritu el Señor á los Fieles. Todas las demás alabanzas del Archiduque Erneſto, ſon inferiores á eſta.

3 Por ſu muerte fue neceſario que Felipe Segundo ſeñalaſſe para el Gobierno de los Eſtados de Flandes al Archiduque Alberto, que ſe hallaba en Portugál, deſde el año que aquel Reyno ſe unió á eſta Monarquía. Pasó por Madrid, templandoſe en la Emperatriz, con la viſta de Alberto, el dolor de la muerte de Erneſto. Tal es la variedad de la vida; yá la alegran, yá la entriſtecen eſtas naturales prendas. Conſolóſe el Archiduque con la Infanta ſu Hermana; porque eran grandes amigos (que es mas apretado vinculo, que hermanos) y le habia ayudado mucho en Portugál, en los deſconſuelos que padeció ſobre la defenſa de ſu vocacion.

4 Fue muy celebrado de la Infanta, el repáro que hizo el Archiduque Alberto en ſu perſona, quando la vió en trage tan devoto, y humilde. Porque como trahia el habito roto, y remendado, la dijo: Que tuviera por bien de no andar de aquella ſuerte, que baſtaba el habito humilde; pero roto, y remendado, era coſa que debia eſcuſarlo ſu Alteza. Sonrióſe la Infanta, y dijo: Que aquella era ſu gala, y adorno, y que aſsi como eſſo parecia mal á los ojos del mundo, agradaba á los de Dios. ¿Cree Hermano V. Alteza, le dijo, que eſto que eſtá aqui deslucido, no luce en el Cielo? Eſta pobreza en la vida temporal, es riqueza en la eterna. De lo que el mundo ſe rie, Dios ſe alegra; y de lo que aqui hacen donayre los hombres, hacen fieſta los Serafines. No puede llegar mi pobreza á la de Chriſto; ni mi nobleza á la ſuya: y aſsi, quando tratamos de imitar ſu humildad, ¿hemos de hacer caſo de nueſtra grandeza? Mas contenta eſtoy rota, y remendada, que los Reyes mas poderoſos, con todo el lucicimiento de ſus Reales veſtiduras; cubre eſte pobre ſayal menos cuidados, y penas. Es la pobreza, Hermano, deſembarazo en la vida, alegria en la muerte, deſcanſo en el cuerpo, y gozo en el alma. En eſte mundo, quanto menos ſe tiene, mas ſe grangea; y quanto

mas ſe deſprecia, mas ſe eſpera; que el mayor teſoro de eſta vida es trasladar ſu teſoro á la eterna. Solía referir el Archiduque con grande edificacion las palabras que le dijo ſu Hermana, defendiendo la ſanta virtud de la pobreza, y el aprovechamiento que ſacó de ſus platicas. Y deſpues de haber eſtado algunos dias con la Emperatriz ſu Madre, y con ſu Alteza, y recibido del Rey las ordenes convenientes; partió á Bruſelas, en donde aſsiſtió haſta que volvió á Eſpaña á concluir el caſamiento con ſu Prima la Infanta Doña Iſabél.

CAPITULO XVI.

PRUEBA QUE DIOS HACE DEL AMOR de ſu Alteza, en el amor á ſu Madre, y del valor eſpiritual que moſtrò en eſte caſo.

LAS criaturas, los pueſtos, y ocupaciones de eſta vida, ſi ſe miran como fin, ſon embarazo, ſi ſe tratan como medio, provecho. Eſte deſtierro, es camino á la patria: eſte padecer, es volar á gozar. Si de la ocupacion temporal hago eſcala á lo eterno, es remedio, y ſi en ella me entretengo gozando, es peligro. A otra perſona, que no fuera tan eſpiritual como ſu Alteza, huviera ſido grande impedimento para ſeguir la perfeccion, el ſervir á ſu Madre; porque ni dejaba de ocuparla el tiempo, ni de llevarla el amor. Y como en eſtos dos Polos ſe gobierna la vida del alma, fue neceſsária la gracia, para ſalvar eſte rieſgo. Queria la Infanta á la Emperatriz como á Madre; pero tan deſaſidamente en orden á Dios, que con tenerla en el corazon, no ſe lo embarazaba. Llevabale el tiempo, pero de ſuerte, que lo que podia dar á la recreacion, lo daba á eſte juſto cuidado. Si hallaba á ſu Madre, la hablaba de Dios: y ſi la ſervia, á Dios ſervia en ſu Madre. Fue para la Emperatriz aprovechamiento eſpiritual, el tratar á ſu Hija. Porque quando miraba ſu perfeccion, eſpiritu, agrado, y ſu pureza, le era de gozo al alma, y no dejaba de ſerle de egemplo á la vida, con que venia á pagar la Infanta á ſu Madre, en aumento de eſpiritu, lo que en el miſmo genero habia recibido de ſu Mageſtad, y como tierra agradecida, rendia ciento por uno. Con eſtos fuertes vinculos ſe fue eſtrechando el

amor

amor de eſtas dos Señoras; amando la Emperatriz á ſu Hija, como á dos veces Hija. Veía bien lograda ſu enſeñanza, y en práctica ſu doctrina: hallaba en ella en ſus trabajos alivio, y en ſus negocios conſejo. Finalmente, era Hija al amor, compañera al trabajo, y amiga á la pena.

2 Interponiaſe Dios entre eſtas dos criaturas, y no dejaba que paſaſſe el amor de la Infanta á la Emperatriz, ſin que paſaſſe por ſu amor, para que por él quando quiſieſſe lo dejaſſe. Atento á eſta correſpondencia, como zeloſo amante, gobernaba de ſuerte el amor de ſu Eſpoſa MARGARITA, que no ſolo le dejaſſe por ſu Madre, pero ni le hicieſſe auſencia. Grande es la caridad Divina, y eſte amor es ſolo digno de eſtimar. Ama á la criatura el Criador, y como ſi le fueſſe la vida en ſer amado, procura nueſtro amor. Sin neceſitar ſu grandeza de eſte humano corazon, anda ſu miſericordia buſcando nueſtra miſeria; ſus finezas, ſufriendo nueſtros deſdenes.

3 Queriendo probar Dios la fineza de la Infanta, diſpuſo, que Felipe Segundo rogaſſe á la Emperatriz ſu Hermana, que fueſſe al Eſcurial á paſar algunos dias de Verano en ſu compañia. La Emperatriz, como le deſeaba dar guſto, vino en ello: pero no ſabía como dejar á la Infanta; porque no podia tolerar ſu auſencia. No diſimuló ſu Mageſtad Ceſarea eſta pena, y aſsi la comunicó con algunas Señoras, á quien pareció, que eſſo tenia facil remedio, pues podia llevar conſigo á ſu Alteza, ſacando para ello Breve del Nuncio; porque la grandeza de tales Perſonas no podia hacer conſequencia con nadie; y en compañia de tal Madre, aunque ſalieſſe del Convento, no parecia ſalir de la clauſura. Vino á entender la Infanta, que hablaban en eſto, y que andaba tan valida eſta platica en Palacio, y en el Convento, que eſtaba para egecutarſe. Tuvo terrible ſentimiento de ello, y dijo á quien la habló en la materia: ¿Es poſible, que ſe atreven à proponerme tal coſa, y que crean de mí, que yo he de venir en eſto? Pues es bien que entiendan, que ni por un inſtante ſaldré del Monaſterio, aunque me cueſte el perder á mi Madre para ſiempre, y añadia con mucha humildad: Yá que en algunos rigores de la vida de Monja me ván á la mano, no permita Dios, que en aquello que puedo, y no hace daño á eſta ſalud que tanto precian, y á mi tanto embaraza, dége de hacer en todo lo mas que pudiere. Y hablandole ſu Madre en el viage, y en el guſto, y conſuelo que ten-

tendria de llevarla conſigo, la reſpondió con gran determinacion: Señora, eſſo no puede ſer, ni es razon, que perſona que entró por aquella puerta (ſeñalando la de la clauſura) vuelva á ſalir por ella, Mucho ſentiré verme ſin vueſtra Mageſtad; pero mucho mas verme fuera de mi Convento. Como oyó eſto la Emperatriz, y era tan piadoſa, y tan perfecta, aunque con pena, la dijo: Quedaos en hora buena MARGARITA, que yá veo que teneis razon, y tambien huelgo de daros guſto. Eſto quiſo averiguar Dios en la Infanta, que ſe negaſſe á ſu Madre por él; y eſto quiſo que obraſſe la Emperatriz, que ſe confirmaſſe por él con la Infanta.

CAPITULO XVII.

EGERCITASE SU ALTEZA EN SERVIR à Dios, y à ſu Madre. Nuevas de la muerte de la Reyna Doña Iſabèl ſu Hermana.

PAdeció la Emperatriz Maria, por conſolar al Rey ſu Hermano, el deſconſuelo de apartarſe de ſu Hija: ſi bien ſe hizo mas tratable la auſencia, con enviarſe muy frequentemente amoroſos recados, y cartas. Deſpues de haber paſado algunos dias en el Eſcurial, ſe volvió á ſu ſanto retiro; ſiendo recibida de la Infanta, y de todo el Convento, con ſumo regocijo; porque la reſpetaban como á Señora, y amaban como á Madre. Volvió ſu Alteza con ſus ſantos egercicios á continuar el cortejo, y deſcanſo de la Emperatriz, ſin deſcuidar un punto en la profeſion de Monja, ni en la obligacion de Hija. De la reverencia con que ſu Alteza ſervia á ſu Madre, ha quedado grande memoria en el Monaſterio, aſſegurando muchas Religioſas que ſe hallaron preſentes, que no ſolo reſpetaba ſu Real Perſona, ſino que trataba con grande veneracion ſus alhajas. Trahia ordinariamente ſu Alteza en las manos las Horas, y libros de devocion, porque la aſsiſtia mas cerca, y aſsi la tocaba el cuidado de dar cóbro de ellos. Hacialo con tanta decencia, como ſi fueran Reliquias, no faltandole en eſto cauſa á la atencion, ſiendo tan ſanta ſu Madre.

2 Con ſer yá Monja de muchos años de Religion ſu Alteza, le ſucedia turbarſe en ſu preſencia con muy pequeña cauſa, ſalien-

liendo al roſtro la verguenza en colores, á decir el reſpeto del alma. Sucedió en una ocaſion, que le mandó la Emperatriz ſu Madre le leyeſſe un papel eſcrito de ſu mano; porque en ſiendo materia de confidencia, era ſiempre ſu Alteza la Secretaria. Como ſu Mageſtad tenia yá fatigado el pulſo con tan larga, y trabajada vida, faltabale la viſta, y la mano para formar baſtantemente las letras: á eſta cauſa quedaba en grande obſcuridad lo que eſcribia. Su Alteza tomó el papel, y no le fue poſible tan aprieſa el percibirlo, para poderlo leer; y deſeando ſu Mageſtad, que acabaſſe, la dijo: ¿MARGARITA, en qué penſais? No haceis lo que os he dicho? Porque no decís? La Infanta, apartandoſe un poco, fue reconociendo la letra, y habiendola baſtantemente percibido, ſe arrodilló, y pidió perdon á ſu Madre, de que no eſtuvieſſe tan advertida, y pronta al leerlo, como era razon; dandoſe la culpa ſu Alteza del defecto forzoſo de ſu Mageſtad, admirando todos tal humildad, y diſcrecion, pues quiſo ſer antes culpada ſin culpa, que defenderſe con razon.

3 Una de las coſas que mas alivio daban á la Infanta en la fatiga forzoſa con que habia de acudir á la obligacion de Monja, y de Hija, era aſsiſtir por guarda de la clauſura, que miraba al quarto de la Emperatriz, Sor Leonor de la Cruz, Religioſa muy egemplar, que en el ſiglo fue Marqueſa de Tabara, hija de los Condes de Alva de Liſte, de quien ſe han eſcrito coſas muy particulares en el libro de las Fundaciones. Y como muchas veces la Infanta habia de aguardar á que ſe deſocupaſſe ſu Madre, y eſto era dentro de la clauſura, donde aſsiſtia Sor Leonor, comunicabanſe con grande confidencia, y eſpiritu. Certificaba eſta Religioſa, que los ratos que tenia con la Infanta, eran de tanto provecho á ſu alma, que no podia baſtantemente explicar la luz que recibia de oír, y vér aquel eſpiritu. Y que quando eſtaba en ſu preſencia, atendiendo al fervor, y gracia con que hablaba, le parecia que ſe la habia enviado Dios para ſu enſeñanza. Grande alabanza es eſta, y aprobacion de ſu Alteza en una Religioſa grave, antigua, ſanta, y con maravilloſos favores manifeſtada por Dios al mundo.

4 Por eſte tiempo vinieron á la Emperatriz nuevas de gran ſentimiento de Alemania, eſcribiendole, que habia muerto la Reyna de Francia Doña Iſabél ſu Hija, Lucero clariſsimo, que con rayos de perfeccion alumbraba en el Norte, digna ſu vida, que

vo-

volumen entero la celebre. En la ſangre, Hija del Ceſar: en el pueſto, Reyna de Francia: en el conſejo prudente: en el valor rara, y en la ſantidad admirable. Ofreció al Rey Carlos de Francia ſu Marido viviendo, que no lograria otra compañia, y cumplió-lo con tanta conſtancia, que deſpreció la mayor Corona del mundo, pues que pudo ſer Reyna de Eſpaña; y aſpirando á otra mas alta, fundó (como ſe ha referido) en Viena un Convento de Religioſas Franciſcas, en donde ſe encerró á hacer vida humilde, y penitente. Eſcribieron á la Emperatriz el milagro, que á viſta de la Corte habia ſucedido en las honras de la Reyna ſu Hija, diciendole Miſa de cuerpo preſente: una Imagen de Chriſto nueſtro Señor de bulto, que eſtaba en la reja del Presbitero mirando al Altar, ſe volvió al ſanto cuerpo de la Reyna Doña Iſabél, manifeſtando con eſta maravilla el agradecido amante, que no quiere dár las eſpaldas á quien por ſu amor las habia vuelto á la pompa, y grandeza del ſiglo. En eſtas, y otras maravillas, que eſcribieron á ſu Mageſtad en comprobacion de la ſantidad de la Reyna ſu Hija, halló ſu conſuelo la Emperatriz, y ſu gozo la Infanta.

CAPITULO XVIII.

ESCRIBE EL PONTIFICE A SU ALTEZA, en recomendacion de ſu Nuncio, y el fervor con que ayudaba à las cauſas de la Igleſia.

POR eſte tiempo el Pontifice Gregorio Decimoquarto eſcribió á la Infanta con grande eſtimacion de ſus virtudes, encomendandole la Perſona de Dario Bucarino, Nuncio Apoſtolico, para que le honraſſe, y favoreciеſſe en las materias que trahia á ſu cargo. Y me ha parecido poner á la letra eſte Breve, porque es recomendacion de la perfeccion de ſu Alteza, y ſon palabras con que el Padre univerſal de la Igleſia acredita ſu vocacion.

DI-

DILECTÆ IN CHRISTO FILIÆ Nobili Mulieri Margaritæ ab Auſtria, Moniali profeſſæ in Monaſterio Diſcalciatarum.

GREGORIUS PP. XIV.

Dilecta in Chriſto Filia Nobilis Mulier, ſalutem, & Apoſtolicam benedictionem. Mittimus ad Catholicam Majeſtatem, noſtrum, & Sedis Apoſtolicæ ſpecialem Nuntium, dilectum filium Magiſtrum Darium, Secretariumque noſtrum intimum, cujus prudentiam, & fidem, ab eo uſque tempore dum in minoribus eſſemus, exploratam habuimus. Dedimus ei in mandatis, ut Nobilitatem tuam noſtro nomine conveniat, paterné ſalutet, ac de rebus, quæ ei expedienda commiſimus, libenter doceat. Scimus te á mundo abſtractam, ea quæ mundi ſunt dereliquiſſe, & pro terrena ſorte Dominum accepiſſe, quód ſingulari laude dignum exiſtimandum eſt. Pro eo igitur Catholico charitatis zelo, quo præſtas negotia hujuſmodi, quæ ad Eccleſiæ Catholicæ propagationem, & Dei gloriam tendunt, ut adiuves, & foveas eique in omnibus Fidem adhibeas, ab ea de tua pietate requirimus. Apoſtolicam interea benedictionem tibi impertientes, pro terrenarum rerum contemptu cœleſtem tibi gloriam á Domino deprecamur. Dat. Romæ in monte Quirinali. Sub Annul. Piſcatoris, die ix. Maij 1591. Pontific. noſtri anno primo.

M. Veſtrius Barbianus.

Que traducido, dice aſsi:

A LA AMADA EN CHRISTO, Y NOBLE SEÑORA Margarita de Auſtria, Religioſa profeſa en el Convento de las Deſcalzas.

GREGORIO PAPA XIV.

AMada en Chriſto, hija, Noble Señora, ſalud, y Apoſtolica bendicion. Enviamos á la Catolica Mageſtad por Nuncio particular nueſtro, y de la Apoſtolica Sede, al amado hijo Maeſ-

tro Dario Bucarino, nueſtro, y de la Apoſtolica Sede Notario, y Secretario intimo, cuya prudencia, y fidelidad, aun antes que llegaſſemos al Pontificado nos fue notoria. Hemosle mandado, que en nueſtro nombre viſite, y ſalude á vueſtra Nobleza, y que los negocios á que le enviamos os decláre. Sabemos, que apartada de las coſas del mundo, todo lo que es del mundo habeis dejado, y en lugar de eſta porcion terrena, eligido á Dios; reſolucion es digna de ſingular alabanza: y aſsi por el Catolico, y fervoroſo zelo de caridad, que arde en vueſtro corazon, os ruego, y encargo, que ampareis, y ayudeis las cauſas, que ha de tratar nueſtro Nuncio, que tocan à la propagacion de la Igleſia Catolica, y gloria de la Fé. Y con eſto, concediendoos la Apoſtolica bendicion: en lugar de las felicidades terrenas que habeis deſpreciado, las celeſtiales, y eternas; por vos ſuplicamos al Señor. En Roma, en el monte Quirino, debajo del Anillo del Peſcador, á nueve de Mayo de mil quinientos y noventa y uno: Y de nueſtro Pontificado el primero.

M. Veſtrio Barbiano.

2 Bien dignas ſon de ponderacion aquellas palabras: Sabemos, que apartada de las coſas del mundo, todo lo que es del mundo habeis dejado, y en lugar de eſta porcion terrena, eligido á Dios; reſolucion digna de ſingular alabanza. Lo que en la cenſura ſuprema del Vicario de Chriſto, es digno de alabanza, en el credito de todos los Fieles debe ſer digno de veneracion. Debiale la Sede Apoſtolica á la Infanta el favor que le hacia; porque no ſe puede penſar la anſia grande con que acudia, y ayudaba á ſus cauſas. En ſiendo materia de la Religion, ó negocio de la Igleſia, ſobre el lugar que hallan en Eſpaña ſemejantes materias, como en la mas firme coluna, que ſuſtenta el edificio univerſal de la Fé; reſplandecia el zelo, y cuidado de ſu Alteza, á quien acudian los Nuncios con gran confianza, interponiendoſe con el Rey ſu Tio, con la Emperatriz ſu Madre, llamando á los Miniſtros, y haciendo quantas inſtancias ſe podian. Yo, decia, ſoy tres veces hija de la Igleſia: por la Fé, por la ſangre, y por la profeſion. Y era aſsi, pues tuvo la Fé tan ardiente, que en llegando á ſu defenſa, ſe deſpojaba de ſu natural manſedumbre, y veſtía de un zelo tan valeroſo, que parece que no cabia en los ſuaves terminos de ſu blandura. Por el nombre Auſtriaco hervia

la

la ſangre en ſus venas de aquellos eſclarecidos Principes, que con tanto valor han ſuſtentado, y defendido la Igleſia. Por la profeſion ſe veía Hija de mi Padre San Franciſco, y Santa Clara, cuya Religion ha dado en la tierra poderoſos recuerdos de aquel primitivo rigor Evangelico de la pobreza Apoſtolica, de piſar el ſuelo con plantas deſnudas, y vivir en el mundo ſin mundo.

3 Reconocida de eſtas obligaciones la Infanta, aſsiſtia con entrañable amor á la cauſa de la Igleſia, con que los Pontifices la amaban como á Hija querida, y la que mas finezas habia hecho por la Religion. Conoceſe eſto en otro Breve, que el año ſiguiente le envió Clemente Octavo, encomendandole la Perſona de Camilo Burgeſio, que venia á procurar con Felipe Segundo ſocorrieſſe poderoſamente al Imperio, que ſe hallaba acoſado con la guerra del Turco: *Futurum autem* (dice entre otras palabras) *ut quibuſcumque poteris ſtudijs, & oficijs, illa foveas, ipſumque Camillum auctoritate, & gratia tua in ſuſcepto negotio adiuves, præclara tua, quam tanta cum laude erga pietatem, & ipſam Religionem tandiu proficeris, voluntas nobis planè pollicetur.* Prometemos, dice el Pontifice, que favoreceréis vueſtra autoridad, y gracia á nueſtro Nuncio Camilo, en el negocio que llevá á ſu cargo, por la eſclarecida voluntad, con tantos ſuceſos acreditada, digna de toda alabanza, de ayudar todas las materias de piedad, y Religion. Y es coſa digna de ponderacion, que viviendo ſu Madre, habiendo tan poco que habia profeſado, le encargaſſe la Igleſia con tanta confianza, materias tan graves. De donde facilmente ſe conoce la eſtimacion que hizo ſiempre la Madre univerſal de los Fieles, de Hija, que con tantas gracias, y favores acreditaba la Mano poderoſa de Dios.

CAPITULO XIX.

TRATASE DE CASAR EL PRINCIPE Don Felipe: Eligese por esposa á la Reyna Doña Margarita, por intercesion de su Alteza.

EL credito de la mayor prudencia consiste en prevenirse el hombre á la muerte, y disponer de espacio las cosas antes de partir de la vida. Tal es el engaño en los mortales, que disponerse á este golpe irreparable, por tantas causas en el tiempo contingente, y en el suceso cierto, parece resolucion de grande sabiduria. Hallabase Felipe Segundo al fin de sus dias, fatigado de dolencias, y de años, y habia pedido con grande instancia á la Emperatriz su Hermana, que pues tenia tanta noticia de las hijas, y familias de los Archiduques sus Primos en Alemania, le eligiesse la Nuera que le pareciesse mas apropositо para Reyna de España. No faltaba en la fecundidad en aquellos Nobilisimos Principes, en quien poder usar la Emperatriz el alvedrio de la eleccion, ni tampoco quien diligenciasse la voluntad de su Magestad Cesarea, para diferentes Princesas, y Señoras de Europa, que por medio de sus Padres, y Hermanos aspiraban á esta gran Corona. Tenia su Alteza en el corazon de la Emperatriz el lugar que se deja vér su amor, que sobre ser tan grande la ternura con que la amaba, no era menor el credito, y estimacion con que la oía. Interpusose en esta resolucion la Infanta, pidiendo á su Madre con instancia, que no eligiesse otra Señora para casar con el Principe, sino á la Archiduquesa Margarita, Hija del Archiduque Carlos, y de la Archiduquesa Maria. Era el Archiduque Carlos (como hemos dicho) Hermano del Emperador Maximiliano, y Cuñado de la Emperatriz, y la Archiduquesa Maria su muger, Hija del Duque de Babiera, Alberto, y de la Archiduquesa Ana de Austria, Hermana del mismo Emperador Maximiliano. Fue esta Señora con quien se aconsejó la Emperatriz sobre si traheria á España, ó no á la Infanta Margarita; y respondió: que no la dejasse en Alemania, como se ha referido; y su parecer, por ser de Señora de tanta prudencia, fue la decision

de

de estas dudas. Quiso pagar su Alteza á la Duquesa de Babiera, su Tia, el beneficio que la habia hecho en ello, con procurar ahora que viniesse á reynar á España su Nieta. Habia querido mucho el Emperador Maximiliano á la Duquesa Ana de Babiera su Hermana, y era la que con mayor frequencia venía á visitarle á su Corte. Criaba algunos de sus Hijos en Palacio, y entre ellos tuvo consigo á la Archiduquesa Maria, y alli contrajo grande amistad con su Alteza. Como amaba tanto el Emperador á su Sobrina, la casó con el que mas tiernamente queria, que fue el Archiduque Carlos, el menor de todos sus Hermanos, y á quien habia criado desde niño con grande aficion: y este casamiento lloró mucho la Infanta MARGARITA, que entonces era muy niña, por ser una de las Señoras que deseaba que siguiesse su misma vocacion.

2 Bendijo Dios este matrimonio con dichosa sucesion; porque en él ha dado á la Christiandad Principes, y Señoras para las mayores Coronas de Europa. Fue el primer hijo el Archiduque Ferdinando, que sobreviviendo á sus Primos, ha sido eligido á la Corona Imperial, Principe Religiosissimo, en quien vive hoy coronado el zelo de la Fé, y de la honra de Dios, que con la oracion, y la espada ha defendido la Iglesia, tantas veces fatigada, y el Imperio de tantos enemigos combatido. Nunca desenvaynando la espada sin dolor, ni volviendola á envaynar sin victoria, peleando solo por la honra de Dios, con que Dios tantas veces ha peleado por su honra. Nacieron tambien de este matrimonio los Archiduques Maximiliano, Leopoldo, y Carlos, y la Archiduquesa Margarita, Reyna despues felicissima de España; Maria, Ana, y Constancia, Reyna de Polonia; Cristerna, Princesa de Transilvania, Maria Magdalena, Gran Duquesa de Toscana; Catalina, Gregoria, y Maximiliana, que murieron doncellas; y Leonor Religiosa en Tiról.

3 Rogaba, pues, la Infanta á su Madre, que tuviesse por bien, que se eligiesse para Princesa de España á la Archiduquesa Margarita, reduciendole á la memoria el amor grande que el Emperador Maximiliano habia tenido á la Duquesa su Tia, y al Archiduque Carlos su Hermano; y la amistad de la Infanta con la Archiduquesa Maria su Prima. Que era conveniente que tomasse aquella resolucion la Emperatriz, que el Emperador Maximiliano eligiera, si huviera de dar Esposa al Principe su Nieto.

Ha-

Haciale larga relacion de las admirables partes de la Archiduqueſa Margarita, ſu hermoſa edad, rariſsima virtud, ſingular entendimiento, y diſcrecion. Finalmente fueron tan vivas las razones con que defendió la cauſa de la Archiduqueſa Margarita ſu Sobrina, que conſiguió, que la propuſieſſe la Emperatriz, y eligieſſe el Rey por ſu Nuera. Eſto mas debe Eſpaña á la Infanta, haber trahido á alumbrar eſtos Reynos con la luz de ſu egemplo, y á coronarlos con ſu fecundidad la Reyna Margarita. Subrogando ſu Alteza en otra Margarita para el Principe la Corona, y ſuceſion que habia dejado por Dios en el Rey, no habiendo ſido menos merito para sí la gallarda reſolucion de dejar de ſer Reyna de Eſpaña, que benefició á Eſpaña, en darle deſpues en ſatisfaccion de ſu ſanto deſvio, tan eſclarecida Reyna.

4 Habiendo dado cóbro á eſta reſolucion, que era la que mas pena podia dar al Rey, y los ordenes convenientes, para que ſe efectuaſe, aplicó ſu cuidado á ſalir de otra, que ſino influía en cauſas tan univerſales, era de igual amor, y atencion. Determinó de caſar á la Infanta Doña Iſabél (Hija mas conforme á ſu corazon, la Señora mas entendida, y de mas altas virtudes que han venerado los ſiglos) con el Archiduque Alberto ſu Primo, Hijo de la Emperatriz, Señor de excelentes partes, y prudencia: pareciendole conveniencia de ſu Monarquía, poner en las manos de eſtos Principes el Gobierno, y Eſtados de Flandes; con lo qual pacificarian aquellas provincias con ſu prudencia, ó las quietarian con ſu valor. De eſta ſuerte iba el Prudente Rey recogiendo los vaſos, dejando eſtos mortales embarazos, eſtas ocupaciones deſabridas, para ſalir con menos penas de eſta vida mortal á mayor gloria.

CAPITULO XX.

MUERE FELIPE SEGUNDO. RECOGESE al quarto de la Emperatriz, Felipe Tercero, y la Infanta Doña Iſabèl.

COrre el tiempo con velocidad, y lleva tras sí los dias, que arraſtran á ſu fin la vida de los mortales. Deſpues del largo, y dichoſo Imperio de Felipe Segundo, y del mayor empleo de prudencia, en mas grave materia egercitada, que ſe vió en Principe humano; llegó, finalmente, el tiempo de dividirſe aquellas dos deſiguales porciones, reduciendoſe á tierra el cuerpo, volando á lograr Coronas eternas el alma. Padeció el Prudente Rey penoſa dolencia, por ſus accidentes, y duracion prolija; porque le quiſo Dios manifeſtar antes de ſalir de la vida en ſu miſmo cuerpo las miſerias de hombres, reſervandole ſiempre en ellos la paciencia de Rey.

2 Y fue coſa bien notable, que ni las congojas, y penalidades de la enfermedad, ni la confuſion que entonces ſe ofrece en el ultimo trance, embarazó á que el Prudente Rey hicieſſe agradecida, y tierna memoria de la Infanta ſu Sobrina; mandando que le digeſſen, que pues tanto la habia amado en vida, ſe lo pagaſſe en oraciones deſpues de la muerte. Y añadió: Envien á la Emperatriz mi Hermana eſta Imagen del martirio de San Lorenzo, por haberla tenido ſiempre en mi apoſento tan cerca de mí: y diganſelo de mi parte á mi Sobrina, para que ſe acuerde de encomendarme á Dios. Hizoſe aſsi, y ſu Mageſtad Ceſarea la dió á ſu Alteza, que fue tan puntual en eſto, que aſſeguraba, que no habia habido dia en que no huvieſſe hecho particular oracion por ſu Tio. Murió, finalmente, ſu Mageſtad en el Convento Real del Eſcurial, á 11. de Setiembre de mil y quinientos y noventa y ocho, en el de ſetenta y uno de ſu edad. Principe en varia fortuna, de igual prudencia, y valor, que ſobrevivió á grandes calamidades, y dichas, como acaece en la variedad de eſta vida, al que la tiene larga.

3 Hirióle quatro veces repetido el dolor en la pérdida de la muger propia. Enterró tres Hijos primogenitos: el uno de gran-

des

des esperanzas para inciertos sucesos: los dos, de grandes, y seguras. Perdiò un Hermano de excelente mano Militar, en muy peligrosa sazon. Dividieronse algunas Provincias de la Corona, perdída la obediencia, y la Fé á Dios, y al Rey, con mucha sangre, y desperdicio de gente, apenas despues cobrabas. Deshízole la mar la mas hermosa armada que han sustentado las ondas sobre sí; anegando con ella ciertas esperanzas, de reducir uno de los mayores Reynos de Europa, y volverlo á la obediencia de la Iglesia. A estas desdichas acompañaron muy grandes felicidades: vida larga, sucesion dichosa, gran reputacion en las armas, y en las mayores pérdidas, arbitro siempre de la paz, y de la guerra.

4 Juntó á España la parte que solo faltaba del Reyno de Portugál, que andaba dividido en sus Reyes; y con este Reyno un Orbe entero de Oriente, con la sazon, y las delicias de la Asia. Venció la batalla mayor que ha visto el elemento del agua, quebrando con ella la soberbia al Turco, enemigo comun del nombre Christiano. Conservó siempre entre todos los Principes del mundo reputacion de Prudencia, con larga experiencia adquirida, con singular arte acreditada: Christiano, y admirable Politico, de grande primor en las materias de Estado, y en el aumento de la Fé Catolica: atento en las elecciones, en las resoluciones Prudente, y en las egecuciones Severo. Elevó á grande altura la Dignidad Real, apartandola de los afectos de hombre con eminencia, haciendola temida en los amagos, como en las egecuciones. Prendas naturales raras: ingenio claro, y delgado: zelo grande de la Religion, por la qual nunca reparó de aventurarlo todo.

5 Sucedió á Felipe Segundo, Felipe Tercero su Hijo, joven de glorioſas esperanzas, y Religiosas costumbres. Doró con los rayos de esta nueva sucesion diferentes sujetos en el Gobierno de España; que en el vario alvedrio de la suerte, son tinieblas para unos la muerte del Padre, y luz para otros la sucesion del Hijo. Estremecieronse las colunas de esta humana felicidad, y en el mismo teatro, en un instante se vieron diferentes sujetos en igual poder que los pasados, reconociendo nuevos hombres, á quien adora la lisonja. Asi como murió Felipe Segundo, se recogió á San Geronimo el Rey, y al quarto de las Descalzas, la Infanta Doña Isabél su Hermana, hallando consuelo en la Em-

pe-

peratriz, y en la Infanta, aliviandoſe unos á otros el dolor, con comunicarlo entre sí. Fue eſtrechiſsima la amiſtad que hizo con la Infanta MARGARITA la Infanta Doña Iſabél, Primas hemanas antes, y yá con el nuevo vinculo, Hermanas. El mayor alivio que tuvo en la triſteza de eſte ſuceſo la Infanta Doña Iſabél, fue el vér la ſuma virtud de ſu Prima, que la conſolaba con ſus palabras, y edificaba con ſu egemplo.

6 La nueva de la muerte de Felipe Segundo halló cerca de Milán à la Princeſa Margarita, que acompañada del Archiduque Alberto, proſeguia ſu jornada á Eſpaña, para que ſe concluyeſſen á un miſmo tiempo los dos caſamientos. Con eſto llegó yà Reyna, la que partió de Alemania Princeſa, y entre las lagrimas, el luto, y las bodas huvieron de andar mezclados los afectos humanos. Venia acompañando á la Reyna la Archiduqueſa Maria ſu Madre, y entrambas con grande felicidad llegaron á la coſta de Valencia, en cuya Ciudad, el Rey, y la Infanta Doña Iſabél la eſtaban aguardando, y en ella ſe celebraron las bodas de eſtas quatro Perſonas Reales, con pompa, y aparato conveniente, concurriendo todos á vér lo que tanto ſe ſuele admirar, Principes, Reyes, lucimiento, opulencia, riqueza.

CAPITULO XXI.

VIENE LA ARCHIDUQUESA MARIA deſde Valencia à viſitar à la Emperatriz, y à la Infanta, y lo que en eſto ſucediò.

DEſde que partió de Alemania la Archiduqueſa Maria con ſu Hija, deſeó llegar á Madrid, y vér á la Emperatriz ſu Tia, y á la Infanta. No era facil de conſeguirlo, por las dificultades que ordinariamente intervienen en viſtas de perſonas tan grandes; y aſsi encargó á ſu Alteza por cartas, que le procuraſſe eſte guſto. Proponianſe algunas dificultades, por haber de ir el Rey deſde Valencia con la Reyna, y ſu Corte á viſitar el Reyno de Aragón, y Principado de Cataluña, y volver á embarcarſe luego en Barcelona los Archiduques Alberto, é Iſabél, para paſar por Italia á los Paiſes Bajos, en cuya compañia habia de volver la Archiduqueſa Maria. Tomó á ſu cargo la Infanta el diligenciar-

lo, y escribió al Rey su Sobrino, valiendose de la autoridad de su Madre, y tuvo el Rey por bien de dár este contento á su Tia, y Abuela. Partió la Archiduquesa de Valencia para Madrid á visitar á la Emperatriz, y á la Infanta, servida con grande cortejo, y decencia, y con todos los oficios de esta casa Real. Vino sirviendola el Conde de Casarrubios, Mayordomo de la Reyna.

2 Llegó á Madrid, donde no se puede explicar bastantemente el gusto con que fue recibida de la Emperatriz, y de la Infanta. Hospedóse en las Descalzas en el quarto de su Magestad, y la hizo particulares favores, y regalos. Era grande el gozo de la Archiduquesa en visitar á su Tia, y Prima, que las amaba con mucha ternura; y porque nunca creyó volverlas á vér desde que se despidieron en Gratz. Parecióle admirablemente el Convento, la grandeza, y veneracion con que se celebra el Culto Divino, los santos egercicios de las Religiosas, su perfeccion, y penitencia. Era muy apacible, y holgaba de comer en el Refectorio con la Infanta, y con las Monjas. Fue notable la piedad, y devocion de la Archiduquesa; y los dias que estuvo en Madrid, dió grande egemplo á la Corte. Gastaba muchos ratos con la Infanta MARGARITA, porque desde muy niñas se quisieron con fineza. Asseguraba la Archiduquesa, que le habia sido de tal edificacion vèr á la Infanta, que volvió de su vista, no solo contenta, sino aprovechada. Admirabase de vér la perfeccion de su Alteza, y quan enamorada estaba de Dios, quan Religiosa, y devota, quan espiritual, y desengañada. Consideraba vestida de aquellos humildes habitos á la Hija del Emperador Maximiliano, que con tanto respeto veneró en Alemania. Veíala compañera, y en su estimacion inferior á las Religiosas, de quien por justos titulos pudiera ser Señora. Daba gracias á Dios de tal egemplo, y virtud, y la pedia con grande confianza, que encomendasse mucho á Dios á sus Hijos, y estados. La Infanta se alegraba de vér á la Archiduquesa, y haciala grandes caricias, acreditando de apacible la virtud, y de amorosa la perfeccion. Alentaba mucho á su Tia con sus santas razones, dandole luces claras de los desengaños de la vida, quan poco dura la pompa del siglo, y que solo aquello que agrada á Dios, dura. Alababa los deseos grandes que la Archiduquesa tenia de servir á Dios, y la animaba en ellos con santos avisos, comunicandole algunas devociones, de que la Archiduquesa holgaba sumamente. Llegóse un dia la Infanta

con

con un Niño Jeſus en las manos, que eſtimaba mucho, y dijola: Tia, eſte Niño le doy en prendas del amor que la tengo, míre que la ruego, que lo eſtíme mucho, que es ſoberanamente lindo en la copia, y mucho mas lindo en el original. A eſte ſanto Niño le hemos de ofrecer nueſtro amor, y eſte ha de ſer el lazo de nueſtras voluntades. Quando me quiera hablar, hablele á él, y en él me hallará, porque es mi teſoro, y aſsi tengo mi corazon en él. Enterneciaſe la Archiduqueſa quando veía tanto fervor en aquella criatura. Finalmente, deſpues de haber eſtado algunos dias entretenida, y cortejada por la Emperatriz, por la Infanta, y Religioſas, ſe deſpidió de todas, y llegó á Barcelona, en donde halló diſpueſta la embarcacion, y al Rey ſu Sobrino, y á la Reyna ſu Hija aguardandola. De alli con el Archiduque Alberto, y la Infanta Doña Iſabél, traveſando á Italia, pasó á Alemania, y ſus Altezas á los Paíſes Bajos.

3 Partieron los Reyes de Barcelona, y entraron alegrando á Aragón; y en Zaragoza los Nobles de aquel Reyno, y Ciudad, manifeſtaron en públicos regocijos ſu dicha. De alli partieron á Madrid, en donde con pompa, y Real aparato fueron recibidos, como en el trono de la Monarquía. La miſma tarde que llegaron, fue la Emperatriz á vér ſus Nietos, y el dia ſiguiente los Reyes volvieron la viſita á ſu Abuela, y vieron á la Infanta con particular guſto de la Reyna, que por tantos titulos la amaba. De eſta ſuerte fueron continuando los Reyes ſu comunicacion con la Emperatriz, y ſu Alteza, acudiendo todas las ſemanas al Real Monaſterio de las Deſcalzas, haſta que mudandoſe la Corte á Valladolid el año de ſeiſcientos y uno, huvieron de carecer de eſte conſuelo.

CAPITULO XXII.

CREDITO DE LA PERFECCION de ſu Alteza. Quierenla elegir Abadeſa, y como en eſte punto ſe defiende.

HAllabaſe yá ſu Alteza en eſte tiempo con catorce años de habito, y credito de ſingular virtud, y perfeccion, mirandola las Religioſas con veneracion, por las prendas de ſu ſanta vida. Habian pueſto los ojos en ſu Alteza en algunas ocaſiones que habia eſtado cerca de vacar por muerte de la Abadeſa ſu oficio, para eligirla por Prelada; y ſu Alteza con grande esfuerzo rogaba, que no puſieſſen en platica tal coſa. Era ſu humildad tan grande, que en hablandola de eſto ſe entriſtecia, temiendo aſsi eſta ſeñora el mandar, como teme el ſoberbio obedecer. Viendo ſu grande eſpiritu, valor, y prudencia, inſtaban las Religioſas en eſto, pareciendoles que debia poſponer ſu deſcanſo á la utilidad del Convento. Era la herida de mayor dolor, que podian dar á ſu Alteza, y aſsi ſe defendia con quantos medios hallaba ajuſtados á ſu profeſion. Decia á las Religioſas, y rogabalas, que no le hicieſſen eſte peſar, pues en que les habia merecido, que la puſieſſen en pena tan grande: que como querian que fueſſe Abadeſa, no mereciendo ella ſer Monja.

2 Que no la quiſieſſen tan mal á ſu Alteza, ni al Convento. *¿Si no sé gobernarme*, decia, *cómo ſabré gobernar á las otras?* No puede alumbrar una vela apagada, ni dar la nieve calor. Bien vén mi tibieza en amar á Dios, y mi imperfeccion en el obrar. No es juſto ponerme en el mas alto pueſto, para que tropiecen en mí las que debiera mejorar con mi egemplo. Quien no ſabe obedecer, mal ſabrá mandar, que es neceſario haber ſido Religioſa obediente, para ſer Prelada perfecta. No rehuſaria yo eſte cargo, ſi fuera carga, y tormento, que aun me daria Dios ánimo para ſeguirle con la cruz de las penas; pero llevar cruz de culpas acueſtas, con ſer inutil Prelada, no lo permita el Señor. Yo no he entrado en el Convento á mandar, ſino á obedecer; y aſsi no hay que tratar de eſto, que tengo de defender mi obediencia con quantos medios me permitiere la Regla, y Religion que pro-

fe-

feſo. Inſtaban todavia las Religioſas en prevenirſe para hacerla Prelada, diciendo: Que ellas querian deſcargar ſu conciencia, y ſu Alteza hicieſſe lo que fueſſe ſervida. Con que aconſejada de ſu Confeſor, obtuvo del Papa Clemente VIII. eſte Breve:

DILECTÆ IN CHRISTO FILIÆ Nobili Mulieri Margaritæ ab Auſtria, Moniali profeſſæ in Monaſterio Diſcalciatarum.

CLEMENS PP. VIII.

Dilecta in Chriſto filia ſalutem, & Apoſtolicam benedictionem. Cum ſicut nobis exponi feciſti, tu pro majori animi tui quiete, & ut commodius ſpiritualibus exercitijs vacare poſsis, á Dignitate, & munere Abbatiſſæ iſtius Monaſterij animum prorſus alienum habeas; verum quia nunc moderna ejuſdem Monaſterij Abbatiſſa adverſa valetudine laborat, tu dubites ne illa decedente dilectæ in Chriſto filiæ Moniales eiuſdem Monaſterij te in eorum Abbatiſſam, ſicut pluries ipſa Abbatiſſa periculoſo morbo laborante, facere cogitarunt, eligant, cuperes propterea ſuper hoc tibi per Nos benigné indulgeri. Nos te ob tuam pietatem, & religionem ſpecialibus favoribus, & gratijs proſequi volentes, & aquibuſvis excommunionis, ſuſpenſionis, & interdicti, aliiſque Eccleſiaſticis ſententijs, cenſuris, & pœnis á iure, vel ab homine occaſione, vel cauſa latis, ſi quibus quomodolibet innodata exiſtis, ad effectum præſentium dumtaxat conſequendum, harum ſerie abſolventes, & abſolutam foré cenſentes. Supplicationibus tuo nomine nobis humiliter porrectis inclinati, dicti Monaſterij Monialibus in virtute Sanctæ obedientiæ per præſentes præcipimus, & mandamus, ne ſuccedente quandocumque obitu dictæ Abbatiſſæ, te invitam in earum Abbatiſſam eligere quoquomodo præſumant; & nihilominus ſi ſecus facere auſæ fuerint, huiuſmodi electionem nullam, & irritam foré, teque illam libere recuſare poſſe decernimus. Non obſtantibus conſtitutionibus, & ordinationibus Apoſtolicis, ac eiuſdem Monaſterij, & illius Ordinis, iuramento, confirmatione Apoſtolica, vel quavis firmitate alia roboratis ſtatutis, & conſuetudinibus, cæteriſque contrarijs quibuſcumque. Datt. Romæ, apud Sanctum Petrum

trum ſub Annulo Piſcatoris, die 12. Auguſti 1598. Pontificatus noſtri anno octavo.

M. Veſtrius Barbianus.

Que traducido, dice aſsi:

A LA AMADA EN CHRISTO hija Margarita de Auſtria, Religioſa en el Convento de las Deſcalzas de la Villa de Madrid, Dioceſis de Toledo.

CLEMENTE PP. VIII.

AMada en Chriſto, hija, ſalud, y Apoſtolica bendicion. Como por vueſtra parte ſe nos haya informado, que por mayor quietud de vueſtro ánimo, y para vacar mas á los eſpirituales egercicios en que os empleais, deſea vueſtra virtud, que no os ocupen en el oficio de Abadeſa de eſſe Monaſterio. Y que eſtando gravemente doliente la que hoy lo es, recelais, que ſi murieſſe, las Religioſas os han de eligir en ſu lugar, como yá en otras ocaſiones por ſu parte ſe ha intentado, y por eſto nueſtra benignidad os remita ſemejante obligacion. Deſeando, que vueſtra piedad, y Religion ſingular, con favores, y gracias muy particulares ſea ſiempre aſsiſtida, y premiada, queremos, y decretamos: Que de qualquier deſcomunion, ſuſpenſion, ó entredicho ſeais abſuelta; y de otras Eccleſiaſticas ſentencias, cenſuras, ó penas, aſsi por el Derecho, ó por los Jueces fulminadas, que por razon del intento referido fuereis ligada, ú obligada, para el qual tan ſolamente os abſolvemos, y libramos, y eſtar libre, y abſuelta decretamos. E inclinados á vueſtra humildad de ſuplicacion, mandamos á las Religioſas de eſſe Monaſterio, en virtud de ſanta Obediencia, que ſi ſucediere el caſo de la muerte de la dicha Abadeſa, no intenten elegiros por tal: y ſi lo contrario oſaren, deſde luego anulamos eſta eleccion, y declaramos, que ſerá de ningun efecto: y que vos libremente lo podais rehuſar, ſin

ſin embargo de las Conſtituciones, y Ordenaciones Apoſtolicas, y las de eſſe Monaſterio, y Orden, aunque con juramento, ó con Apoſtolica confirmacion, ó con qualquiera otro genero de firmeza, coſtumbres, ó eſtatutos á eſto contrarias eſtuvieren roboradas. Dada en Roma en San Pedro, debajo del Anillo del Peſcador, á 12. de Agoſto de 1598. De nueſtro Pontificado el año octavo.

M. Veſtrio Barbiano.

4 Aſsi defendió la Infanta ſu humildad, acudiendo al Pontifice, á que la eximieſſe de los cargos, que por tantos caminos ſe procuran; teniendo ſu Alteza por aſenſo en ſu pretenſion, el obedecer, por lo mucho que recelaba el mandar. Murió poco deſpues la Abadeſa, con fama de ſantidad, y con dolor grande de ſu Alteza, que la queria con entrañable aficion, por haberla criado en la vida interior, con tan diſceto, y eſpiritual magiſterio. Eligió el Convento por Abadeſa á Sor Juana de la Cruz, ſobrina de la difunta, y de ſu miſmo nombre, hija del Duque de Gandía, perſona de ſeñalada perfeccion, y prudencia, y á quien ſu Alteza hizo mucho favor, por conocer en ella prendas de muy ſingular virtud.

CAPITULO XXIII.

AVISAN A LA EMPERATRIZ de Alemania nuevas de grande pena. Notable ſuceſſo del Archiduque Maximiliano ſu Hijo.

POR eſte tiempo vinieron de Alemania nuevas á la Emperatriz de ſumo dolor, y que huvo meneſter bien en ellas valerſe del eſpiritu, y prudencia de que Dios la dotó. Tuvo aviſo, que habia faltado de ſu caſa el Archiduque Maximiliano ſu Hijo, ſin que el Emperador, ni ſus Hermanos pudieſſen ſaber donde eſtaba: y que ſi bien corrió voz de haber ido en romeria á nueſtra Señora de Loreto; habiendo deſpachado diferentes correos, y perſonas á buſcarle, no ſolo no lo habian hallado, pero ni podido entender en muchos meſes ſi era vivo, ó muerto: Que cada dia

dia ſe iban haciendo nuevas diligencias, y darian aviſo á ſu Mageſtad de lo que con ellas ſe llegaſſe á ſaber. Si el Archiduque Maximiliano fuera muerto, no con dificultad una alma tan reſignada como la de la Emperatriz, quebrára ſu dolor en la conſideracion de que venía eſte trabajo de la mano amoroſa del Señor: porque las deſdichas claras, ſon heridas habiertas; pues ſi tienen remedio, facilmente ſe aplica, y ſi no, llanamente ſe entiende. Pero ignorar una madre de ſu hijo ſi vive, ſi muere, ſi padece, ſi eſtá arrieſgada el alma, ó la vida, tener ſobre sí aquella congoja, y ſuſpenſion mortal, aquella incertidumbre, y ſobreſalto, ſin duda es una de las mayores penas que caben en corazon humano.

2 La Emperatriz, aſsi como tuvo eſta nueva, llamó á ſu Hija, que era todo ſu conſuelo, y declaróle ſu pena. Sintió la Infanta eſta deſdicha; pero con alegre ánimo reſpondió á ſu Madre: Que eſperaſſe en Dios, que guardaria á ſu Hermano, y que lo que mas convenia en eſte caſo, era encomendarle á ſu Divina Mageſtad, que con eſſo daria buen cóbro de ſu perſona. Hicieronſe Oraciones, y ofrecieronſe Sacrificios en todas partes; y en el Convento con gran fervor, procurando poner en ſalvo eſte ſuceſo, padeciendo mortificaciones, y aſperezas para aplacar al Señor. Su Alteza particularmente ſuplicaba á ſu Eſpoſo, que tuvieſſe por bien de que pareciesſe ſu Hermano, y le libraſſe de las deſdichas á que eſtaba expueſto en eſta vida un acaecimiento tan triſte.

3 Dieron aviſo de ello al Rey, que con ſu Corte ſe hallaba en Valladolid, y fue caſo de grande ſentimiento, por amar mucho ſu Mageſtad al Archiduque ſu Tio. Mandó deſpachar á diferentes Puertos, y Provincias cartas muy apretadas para los Virreyes, Gobernadores, y otros Miniſtros, que tuvieſſen cuidado ſi llegaba á aquellas partes ſu Alteza, ó alguna noticia de ſu Perſona, que al punto dieſſen aviſo á ſu Mageſtad, previniendo lo neceſario en eſte caſo. Conſoló el Rey á la Emperatriz ſu Abuela por cartas, animandola á que tuvieſſe confianza, que Dios guardaria ſu Hijo, y diciendola el cuidado con que eſtaria haſta tener buenas nuevas. La Emperatriz en eſte caſo acudia á Dios, y conſolabaſe mucho con hablar en él á ſu Hija: la qual un dia, deſpues de haber hecho inſtante oracion por ſu Hermano, dijo á ſu Madre eſtas palabras: Señora, V M. ſe conſuele, y eſté cierta, que quando me-

menos lo eſpere, ſe le ha de entrar por ſus puertas mi Hermano ſano, y bueno. Oíalo eſto con guſto ſu Mageſtad, y ſi bien le aliviaba algo el dolor, no podia apartarlo del todo; y mas quando vió con nuevos aviſos de Alemania, que iba corriendo el tiempo, y perdiendoſe las eſperanzas de parecer eſte Principe. Volvia la Infanta á repetir las miſmas razones, alegre, y animoſamente, como ſi viera yá ſucedido aquello que prevenia, alentandolas á todas, y animandolas, ſin dejar entretanto el fervor de la oracion, ni lás continuas inſtancias con Dios.

4 Laſtimó en el Imperio la triſte nueva del Archiduque Maximiliano, y en toda Europa fue de grande admiracion, un Señor de tan claras eſperanzas, Hermano del Emperador, deſaparecerſe de los ojos del mundo, ſin poder atinar á qué ſuerte le huvieſſe conducido tan incierto ſuceſo. Habiendo paſado algunos meſes, con eſta terrible, y penoſa ſuſpenſion, llegó un dia al Conde de Frankerbug, Embajador del Emperador, un eſtrangero Aleman, y le dijo: Que eſtaba aguardandole en la Puente Segoviana un Caballero de ſu Nacion, y le rogaba, que llagaſſe á verle. Fue el Conde, y halló en trage de peregrino al Archiduque Maximiliano, y algunos criados. Apeóſe el Embajador, y besó la mano á ſu Alteza, de quien fue recibido con mucha aficion, y entró en el coche con el Conde, guiando á ſu caſa. Deſpues de haber preguntado el Archiduque por la ſalud de la Emperatriz ſu Madre, y de la Infanta ſu Hermana; preguntó el Embajador á ſu Alteza, ¿qué cauſa le habia movido á poner en tanto cuidado, y turbacion al Emperador ſu Hermano, á ſu Madre, y á todos los Principes de ſu caſa, deſapareciendoſe de ella, ſin dejar noticia alguna de ſu determinacion? Y reſpondióle el Archiduque: Que habia deſeado mucho viſitar á Santiago de Galicia, y vér de vuelta á ſu Madre, y á la Infanta ſu Hermana, que él ſabía que uno, ni otro le habian de permitir ſi lo comunicaba: y aſsi reſolvió de ſalir tan deſconocido, que algunas veces ſervia de criado á ſus criados, por eſcuſar con eſto el embarazo de los recibimientos, y honras con que no haciendolo aſsi, habia de ſer tratado en todas partes. Con eſtas platicas llegaron á caſa del Embajador, en donde fue hoſpedado, y ſervido con decencia, y ſecreto en el breve eſpacio que tardó á ſaberlo la Emperatriz.

CAPITULO XXIV.

VISITA EL ARCHIDUQUE MAXIMILIANO á la Emperatriz ſu Madre, y à ſu Alteza: y particulares circunſtancias que en eſto intervinieron.

Nvió el Archiduque Maximiliano al Embajador á dar aviſo á la Emperatriz ſu Madre de haber llegado, pidiendo licencia para beſarle la mano, y viſitar á la Infanta ſu Hermana. Recibió ſu Mageſtad eſta nueva con increíble gozo; y deſpues de haber dado gracias á Dios por tal favor, y merced, envió á llamar á la Infanta; y en llegando, refieren, que la dijo con mucha alegria: MARGARITA, neceſario es tener mas cuenta con Vos, que con vueſtro Hermano Maximiliano, porque adivinais los ſuceſos que eſtán por venir; y ſi eſto fueſſe como ſanta, aun podriamos paſar por ello. Sabed que vueſtro Hermano Maximiliano eſtá yá en Madrid, como Vos lo dijiſteis, y me envia á pedir licencia para verme. La Infanta muy contenta ſe arrodilló, y besó la mano á ſu Madre, diciendo: ¿Vé V. Mageſtad, Señora, que ha ſucedido como lo dige? No hay coſa como fiar mucho en Dios, que con eſſo acertarémos, y nos ſucederá todo lo que nos conviene. Habia de comulgar la Emperatriz el dia ſiguiente, y aſsi le dijo al Embajador: Decid á Maximiliano, que ſea muy bien venido, que yo he de comulgar mañana, y me eſtoy ahora diſponiendo, y aſsi no podrá verme haſta otro dia deſpues de la comunion; y que quiero que venga en el miſmo trage de peregrino que ha hecho ſu romeria. Y volviendoſe á la Infanta, la dijo: MARGARITA, ¿no os parece que no venga vueſtro Hermano haſta otro dia que yo haya comulgado, porque no me embaráce, y porque ofrezca á Dios primero eſte contento? Muy bien me parece Señora, reſpondió la Infanta, primero ha de ſer Dios que todo lo que no es Dios. Con eſto partió el Embajador, y huvo de aguardar el Archiduque con harta pena aquellos dias.

2 Finalmente, el dia ſeñalado fue à beſar la mano á ſu Madre, con el miſmo trage de peregrino, que habia venido de Santiago. Aguardóle la Emperatriz en la ſala que hemos dicho, que eſ-

eſtá dentro de la clauſura, y á una parte las Señoras, y las Damas de ſu Mageſtad, y á la otra la Infanta, entre algunas Religioſas del Convento. Aſsi como entró el Archiduque, besó la mano á ſu Mageſtad, y recibiólo, qual ſe deja vér, de quien tan tiernamente le amaba, y venía á hallarſe (ſin ſer hijo pródigo) perdído. Luego que le recibió, le dijo: Que vieſſe ſi conocia á ſu Hermana MARGARITA. El Archiduque reſpondió: Que por lo menos no tenia que buſcarla entre las Señoras, ni las Damas; y aſsi volviendo los ojos adonde ſe hallaban las Religioſas, la reconoció, y al punto fue á pedirla la mano, tanto por la devocion, como por la corteſía. Enternecieronſe ambos Hermanos, y los circunſtantes de vér tan particular ſuceſo. Y deſpues de haber hablado ſus Altezas, ſe acabó la audiencia, y ſe recogió la Emperatriz á ſu quarto con el Archiduque, y con las Religioſas al Monaſterio la Infanta.

3 Verdaderamente es acaecimiento eſte de ſingulares circunſtancias, y que en él ſe manifieſta el valor, y piedad grande que pone Dios en los corazones de los Principes, y Señores de la caſa de Auſtria. Partir el Archiduque, ni acompañado, ni conocido, y muchas veces á pie, y ſirviendo de criado á uno de ſus criados, expueſto á tantos peligros; traveſar tanta parte de Europa por viſitar á Santiago, y cumplir con un acto tan religioſo, como el de eſta romeria. Ni es menos digno de ponderacion, que deſeando tanto la Emperatriz vér á ſu Hijo, pudieſſe ſufrir, teniendolo en Madrid, dos dias enteros, el peſo que habia de cauſar á ſu corazon la anſia de verle, por no defraudar un punto al recogimiento, ſoſiego, y reverencia con que debe ſer recibido el Señor en el inefable Sacramento de la Eucariſtía.

4 Aprendan con eſte egemplo los que tan aprieſa reciben al Señor, que los redimió tan de eſpacio, tumultuariamente hoſpedando en ſu pecho al Rey de la mayor Mageſtad, y ſin prevencion decente, al que no hay prevencion baſtante para recibir, los que con menos reverencia, y corteſía admiten á Dios nueſtro Señor en ſu alma, que al amigo en ſu caſa; y ſin probarſe de eſpacio, prueban eſte Divino Manjar tan aprieſa. Miren ſi á una Señora tan ſanta embaraza el gozo de vér á ſu Hijo, por tantos titulos digno de amor, recelando, que no le inquiete eſte gozo, porque no hálle otro en aquel dia el corazon devoto, que el de recibir á Jeſus: ¿cómo no embarazan en el alma de los deſaten-

tos á eſte importante recato, tantas aficiones vanas, tantas ſuperfluidades nocivas, tantos penſamientos ambicioſos, tantos entretenimientos relajados, tantas propiedades peligroſas, tantos engaños, y dictamenes errados? que todo eſto puede caber con recibir muchas veces, y aprieſa al Señor, los que no hicieren debido aprecio de eſte ſacroſanto Miſterio. Tambien es digna ponderacion en eſte ſuceſo la confianza grande que tuvo en Dios la Infanta; aquella fé, y ſeguridad que habia de parecer el Archiduque ſu Hermano, animar, y conſolar á la Emperatriz ſu Madre con tan grande alegria, y quando todos eſtaban triſtes, eſtar ſu Alteza tan contenta: todo eſto, dice eſpiritu, y devocion admirable, y tener pueſta enteramente ſu voluntad en Dios.

5 Detuvoſe algunos dias el Archiduque con la Emperatriz ſu Madre, entretanto que venía licencia del Rey para irle á viſitar á Valladolid. Tenia en eſte tiempo grandes platicas con la Infanta ſu Hermana, y comunicóles los deſignios con que ſe hallaba de ſer Cartujo. Su Alteza lo animaba mucho al deſprecio del mundo, y al aprecio de Dios; y decia el Archiduque, que era inereible el aprovechamiento que ſu alma ſentia con las platicas fervoroſas de la Infanta. Ultimamente, deſpues de haber viſitado al Rey en Valladolid; en donde fue recibido, y cortejado con la grandeza, y oſtentacion conveniente; volvió á Madrid, y recibida licencia, y bendicion de la Emperatriz, y deſpedido de la Infanta, partió á Alemania, en donde fue recibido con grande gozo del Emperador, y de ſus Hermanos, y Tios: turbandole el intento que tenia de retirarſe, las novedades, y guerras que en aquellos tiempos acaecieron en el Imperio, á cuya defenſa huvo de ſalir el Archiduque, reſervado (como deſpues dirémos) por la Divina Providencia, á grande variedad de ſuceſos.

CA-

CAPITULO XXV.

VA LLEGANDO A SU FIN LA EMPERATRIZ, y previene ſe à la muerte: y lo que en eſto ſu Alteza le ayudò.

A L golpe de la muerte, ni hay vida reſervada, ni grandeza eſenta. La Emperatriz Maria llena de años, y de graves dolencias rendida, iba caminando á ſu fin. Reconocia aquella Auguſta Perſona, que deſcaecia apriesa el calor de la vida, acercandoſe con la miſma velocidad á la Corona. Quien vió la muerte de ſu Marido, de ſus Hermanos, Hijos, Nietos, ¿qué tenia que eſperar de ſu vida, ſabiendo que no la habian dejado, ſino precedido? Conocia eſta deſengañada Señora, que en eſta vida mortal, es breve la carrera, y ſiempre corta, ſolo al padecer prolija. Eſte deſengaño la trajo de Alemania: eſta verdad la redujo á la perfeccion ſuma de aquel ſeguro retiro. Tuvo ſiempre preſente la muerte, con eſto no eſtrañò dejar con la muerte la vida, que eſta agradecida memoria rinde ſu fruto en el trance de mayor peligro. Fue coſa de admiracion vér quan diſpueſta eſtaba á eſte ineſcuſable ſuceſo, tan muerta en el ſentirlo, como reſignada al padecerlo.

2 Gran prueba es del vivir, el morir. Indicio de la pureza del alma en la vida, rendirſe facilmente el cuerpo á la muerte: y aſsi como es dificultoſo á la naturaleza, es donde mas manifieſta la gracia. Veinte años vivió retirada, por no morir engañada. Con tan prolijos dias, ſe diſpuſo á eſte acelerado inſtante, á eſte peligro, nunca baſtantemente conocido, pues ſiendo el ſuceſo un punto, pide una vida entera de diſpoſicion, y apenas baſta. Aſsi como ſintió ſu Mageſtad que le iban faltando las fuerzas, y creciendo la calentura, diſpuſo las materias de ſu hacienda, mudando algunas coſas en ſu teſtamento, de las que tenia reſueltas, moſtrando en ſu diſpoſicion el valor, la prudencia, y la piedad, que reynaron ſiempre en ſu Perſona.

3 En eſto no embarazamos eſta Hiſtoria, remitiendolo al libro de las Fundaciones del Convento Real de las Deſcalzas, que con religioſa pluma eſcribió el Padre Fray Juan Carrillo, Confeſor

ſor de ſu Alteza. Fueron quantioſas las mandas que hizo á lugares pios. Dejó largamente ſocorridos ſus criados, y con muy eficaces palabras encomendados al Rey ſu Nieto. Manifeſtó quan prendado tenia ſu corazon con el amor de la Infanta ſu Hija, en la clauſula con que la encomendó, dejando eſcrito de ſu mano: Y aunque mi Hija MARGARITA ha meneſter poco, por el buen eſtado que tiene, ſuplíco al Rey, que pues faltandole yo queda ſola, y deſamparada, ſe duela de ella, y la ampáre, y haga tanta merced, como podemos confiar de la bondad del Rey, y de las cauſas que hay para ello.

4 En otra, la encomendó al Archiduque Alberto ſu Hijo, que dice: A mi Hija MARGARITA le encomiendo con todo el encarecimiento que puedo, que no ſolo como Hermano la ampáre; pero como en la coſa que mas placer me puede hacer, mirando por ſu conſuelo, y deſcanſo, procurandoſelo en todo; porque por haberla trahido de Alemania, míre con mas cuidado de ella. Y lo que del teſtamento que hizo, quando ſu profeſion, no eſtuviere cumplido; mando que ſe cumpla, ni mas, ni menos que eſte mio, con el qual quedará aquel, ó ſu traslado con firma mia.

5 Debia á la Infanta la Emperatriz eſte amor, porque como ſe ha viſto en el diſcurſo de eſta Hiſtoria, pudo ſer egemplo de hijas ſu Alteza: y en eſta ultima enfermedad, no ſe puede explicar el cuidado, la atencion, el deſvelo, el amor con que la ſervia, no faltandole un punto, ni dejando de pedir con gran fervor á ſu Divino Eſpoſo: Que no le llevaſſe á ſu Madre. Hacianſe en el Monaſterio continuas oraciones, y penitencias, viendo quan apriesa caminaba la enfermedad, y que ſe iba manifeſtando de ſuerte, que preſto ſe dió á conocer, que era aquel el ultimo mal de la vida. Eſtaba la ſanta Emperatriz ſin afliccion alguna, antes con mucha ſerenidad, y ſoſiego; con agrabarſe ſu indiſpoſicion, la paſaba en pie, por no privarſe del guſto de eſtar con ſu Alteza, y con las Religioſas. Llevabanla al Relicario con grande trabajo, tolerado con guſto, por el conſuelo eſpiritual que tenia de eſtar en aquel ſanto retiro. De eſta ſuerte padecia larga enfermedad, con valor increible, venciendo con el ánimo las débiles fuerzas del cuerpo.

CA-

CAPITULO XXVI.

FATIGA A LA EMPERATRIZ la ultima dolencia de ſu vida: Sentimiento ſanto de ſu Alteza: y fineza que por Dios obrò en eſta ocaſion.

HAllabaſe tan conſolada la Emperatriz con las Religioſas, que llegó muy adelante ſu indiſpoſicion, ſin determinarſe á ſalir de la clauſura, ſino quando podia eſcuſarlo á dar alguna audiencia. Fueſe apreſurando ſu mal, con accidente tan riguroſo de calentura maligna, y aprieto grande al pecho, que apenas la dejaba reſpirar. Quando la apretó eſte accidente, fue fuerza ſalir de la clauſura á ſu quarto, á un apoſento contiguo á la ſala del Convento. Como ſe vió ſin fuerza para entrar en él, y que ni la Infanta, ni las Religioſas podian ſalir á viſitarla, y ſervirla, hallóſe con grande pena; porque el mayor alivio que tenia, no ſolo en la enfermedad, ſino en ſu muerte, era acabar en brazos de ſu Hija, y á viſta de aquellas ſantas virgines.

2 Comunicó con ſu Confeſor, y las demas perſonas, qué ſe podria hacer para que no murieſſe ſin eſte conſuelo; dando á reconocer los Breves que tenia de ſu Santidad á perſonas muy graves, y doctas. Eſto trataban en el quarto de la Emperatriz, al tiempo que la Infanta en el Monaſterio no ceſaba de encomendar á Dios á ſu Madre, pidiendole con muchas lagrimas ſu vida. No faltaba de aſsiſtir en el Coro, para encomendarla á Dios, ó en la puerta de la clauſura para ſervirla, recibiendo por inſtantes nuevas de ſu ſalud, dando orden á todo con ſuma vigilancia, y amor. Llamaba las Religioſas; y al cuidado que tenian de encomendar á Dios á ſu Madre, les hacia nuevos recuerdos, rogandoles con grande ternura, que no olvidaſſen un punto eſta debida atencion. Enviaba á todos los Monaſterios de Madrid, y á las perſonas devotas de la Corte, encargandoles con inſtancia eſte cuidado. Era coſa de grande devocion, y dolor, vér aquella Real Señora ir, y venir afligida de la tribuna á la puerta de la clauſura, de Dios á ſu Madre, de ſu Madre á Dios. Apartabala de la oracion el anſia de ſaber de ſu Madre; y en ſabiendo de ella, acudia al punto á la oracion.

Re-

3 Reconoció la Infanta con gran claridad, que era cierto el dichoſo tranſito de la Emperatriz ſu Madre, porque ſe hallaba con eſpiritu para encomendarla á Dios, y ſin aliento para eſperar ſu ſalud. Que ſuele el Señor quitar el vigor al alma, al pedirle lo que conoce que conviene negarle. Trahia cubierto el corazon con un velo mortal; y ſin aquel esfuerzo con que antes ſe hallaba en los trabajos; padeciendo ſin conſuelo en ſu interior, terrible, y penoſo deſamparo. Sabe Dios auſentarſe, para que padezcan las almas; porque ſi ſiempre les dieſſe aquella alegria, que vá envuelta con el amor Divino, no hallaria el amigo de Dios coſa penoſa en la vida. En apartandoſe un poco el Autor de la gracia, queda rendida la naturaleza: auſentaſe aquella luz ſuperior, que lo alumbra todo, aquel auxilio interior que lo puede todo.

4 Aſsi andaba la Infanta, deſamparada, y triſte, teniendoſe á las ramas del arbol de la vida, porque no ſe la llevaſſe el raudal de ſu pena. Acudia á Dios ſin mas fuerzas, que para ponerſe en ſu preſencia; ceſando aquellos nobles ſentimientos de la parte racional, y obrando los penoſos de la ſenſitiva. Deſeaba vér á ſu Madre, y le era de mortal deſconſuelo que le huvieſſe dado eſte poſtrer accidente fuera de la clauſura, condoliendoſe de que habiendo vivido toda la vida ſirviendola, ſolo le faltaſſe en la muerte. En eſta ſazon llegaron á decirle: Que ſe habian reconocido los Breves, y conſultado con hombres doctos, y graves, y eran de parecer, que eſtaba diſpenſada llanamente por ellos, para acompañar á ſu Madre en la enfermedad, y ſalir á eſte fin de la clauſura.

5 Quanto mas ſeguro eſtá Dios en el corazon humano en las tribulaciones, que no en las felicidades, nos lo dice en eſta ocaſion la Infanta; pues ſiendo ſu mayor deſeo vér á la Emperatriz vertiendo tantas lagrimas por eſto: oyó con dolor eſta platica, y reſpondió á quien ſe la propuſo: ¿Yo ſalir de la clauſura que he profeſado una vez? Yo volver á poner mis pies en el mundo? Yo ſacarlos de la Religion? Yo dejar de cumplir la Fé que he ofrecido á Dios? Antes moriré, que tal haga. Primero es Dios, que mi Madre. Todos ſaben lo que yo la quiero, pero el verdadero amor es cumplir con Dios. Aunque haya Breve en que me diſpenſen, no he admitido yo eſta diſpenſacion, ni la admito, que es en lo ſuſtancial de mi Regla; y no he de ſalir de la clau-

clauſura, aunque muera mi Madre ſin verla, que es el mayor dolor que pudo tener en eſta vida; pero eſto quiero ofrecer á Dios, y padecer por ſu amor.

6 ¡Qué bien que ſe defiende el Señor en el corazon que le ama, por atribulado que lo tenga! ¿Quien creyera, que no habia de arraſtrar á eſta perfecta atencion de ſu Alteza, el deſeo de vér á ſu Madre? Quien imaginára, que envuelto en aquel dolor natural, eſtaba eſte amor divino? Quatro paſos no quiere dar la Infanta fuera de ſu clauſura, por no auſentarſe eſſos de ſu Eſpoſo, aun quando eſtá ſu Eſpoſo (al parecer) auſente de ella, obrando atribulada, lo que pudiera obrar la mas devota? Aprendan los Religioſos en eſte egemplar, á hacer alta eſtimacion de lo que á Dios ofrecen, pues tantos afectos como concurrian á llevar con la violencia de accidente tan fuerte, á un egercicio tan decente, y tan ſanto, como ſervir á ſu Madre; no baſtaron á que diſpenſaſſe eſta Señora tan breve diſtancia en tal ſazon, al importante voto de la clauſura.

7 Diſcurrióſe en qué forma podrian ajuſtarſe el deſeo, y conſuelo de la Emperatriz, y el ſanto zelo de la Infanta. Y parecióles, que era buen medio, pues eſtaba tan cerca el apoſento de ſu Mageſtad, incluirlo en la clauſura. En eſto vino ſu Alteza; y aſsi, habiendo deſpejado quantos criados, y criadas aſsiſtian á ſu Mageſtad, dejando ſolamente algunos, y los Medicos, y el Embajador, y ſu Confeſor, tabicaron las puertas que de aquel apoſento ſalian al quarto de ſu Mageſtad, mandandoſe por el Monaſterio, como las demas Religioſas. Hecho eſto, pidieron á ſu Alteza, que entraſſe, y era tan delgado el camino por donde Dios la llevaba en el cumplimiento de ſu Regla, que al paſar al apoſento de ſu Madre por la puerta que antes terminaba la clauſura, ſe detuvo, diciendo: Que entraſſen primero la Abadeſa, y las demas Religioſas, porque ella queria ſer la ultima en eſta accion. Quien tratáre el amor de Dios, no eſtrañára eſta delgadeza de eſpiritu; porque ſiendo para ſufrir las almas tan inmenſo el Señor, ſuele ſer muy menudo al gobernarlas. Deja que un pecador le ofenda infinitas veces á viſta de ſu juſticia, y no conſiente á una alma favorecida, la propiedad de un cabello á viſta de ſu amor; porque al uno trata como padre, al otro como amante.

con ſingular devocion: No ſoy yo digna que la Madre de mi Señor entre en eſta pobre morada, en mi corazon la recibo, y deſde él la adóro, y eſpero en ſu ſanta interceſion, que he de ir preſto á gozarla en la gloria. Eſto ruego yo que le pidan todos. Tal fue la reverencia que la Emperatriz tuvo á la Virgen, que juntando ſu fé con ſu eſperanza, ſiguió tan de cerca los humildes paſos del ſanto Centurion. Volviéron á la Sereniſsima Reyna de los Angeles á ſu caſa, propicia, ſino á lo que la pedian, á aquello que mas convenia: que en las reſoluciones de Dios, no es tan grande dicha conſeguir lo que ſe pide, como hallarſe reſignados en lo que ſe deſea.

CAPITULO XXVIII.

DICHOSO TRANSITO DE LA EMPERATRIZ Maria, y valor con que le aſsiſte la Infanta.

CRecia la enfermedad de la Emperatriz, y al miſmo paſo ſe iba debilitando el ſujeto. Eſtuvo muy entera en ſus potencias, y ſentidos, y con grande paz, y ſerenidad haſta el ultimo punto de la vida, la que en tan largos años ſe habia ido diſponiendo á la muerte: en aquel ultimo trance no dejaba inſtante perdido. Egercitabaſe en actos de amor de Dios, y de dolor de ſus culpas, avivando la Fé, y abrazandoſe con la Eſperanza.

2 La Infanta á ſu cabecera alentandola en aquel punto, de que pende la ſuma de las coſas, momento que mira á una eternidad, y dá termino á la vida temporal, paſo á la eterna. Habia recibido en aquella enfermedad al Señor algunas veces por devocion; y el dia antes que murieſſe, lo recibió por Viatico, llevandolo por compañero en la jornada al que habia de tener por Juez en la cuenta. Pedia muy inſtantemente á las Religioſas, que la encomendaſſen á Dios, y le pagaſſen en oraciones ſu amor. Obedecianla con ternura, no pudiendo detener las lagrimas al ver acabarſe vida tan provechoſa al mundo. Quando los Medicos conocieron que yá tenia pocas horas de vida, aviſaron à ſu Alteza, y diſpuſo trageſſen el ultimo Sacramento. Vinieron las Religioſas con él en proceſion con velas encendidas, y recibiólo la

Em-

Emperatriz con alegria, ungiendo ſu cuerpo para que cobraſſe fuerzas el alma, y entraſſe armada en las poſtreras batallas contra el comun enemigo. Las Religioſas entretanto eſtaban cantando á coros los Salmos, y las devociones que acoſtumbran, con mucho conſuelo de ſu Mageſtad.

3 En habiendo recibido la ſanta Uncion, y ſoſegado un poco, dijo á la Infanta: Margarita, traedme el Crucifijo con que vos profeſaſteis, que le tengo mucha devocion, y quiero morir con quien Vós habeis de vivir, para que con eſto tengais ſiempre memoria de encomendarme á Dios. Fuela Infanta à ſu celda, y recibiendo à ſu Eſpoſo, lo llevò, y puſo en las manos de ſu Madre. Refieren los que ſe hallaron preſentes, que con gran devocion, y eſpiritu la dijo: Señora, eſte Padre de miſericordias entregó á vueſtra Mageſtad, para que vueſtra Mageſtad ſe entregue à él. Reciba con mucha confianza al que la redimió con tanto amor: mas deſea él que ſe ſalve vueſtra Mageſtad, que vueſtra Mageſtad lo deſea, y aſsi vivimos en fé, que el que tanto nos ama en la vida, no nos deſampara en la muerte. Los trabajos que vueſtra Mageſtad ha padecido por él, juntelos con los que padeció por vueſtra Mageſtad, pues los que ſolos no baſtan, mezclados con aquella ſangre aprovechan. ¿Quánto mas hizo en redimirnos, que hará ſu Piedad en ſalvarnos? Yá la ſangre eſtá derramada, las penas padecidas, ſolo reſta ſalvarnos por ellas. Vueſtra Mageſtad, que ha ſido tan devota de la Paſion, eſpére que con ella ha de lavar ſus culpas, y premiar ſus trabajos, y que eſta muerte es fin al padecer, y principio al gozar. Atendia la Emperatriz á eſtas ſantas palabras, edificandoſe todos de vér tal eſpiritu, diſcrecion, y valor. Abrazó el Santo Chriſto la enferma, y con ternura repetia muchas veces con el corazon, y labios lo que habia oído á ſu Hija.

4 Pasóſe aquel dia penoſamente al trabajo, y dichoſamente al merito. La enfermedad caminaba aprieſa, la vida volando, y los pulſos à buſcar ſu fin. A las tres de la mañana ſe ſintió ſu Mageſtad muy agravada, y pidió que le leyeſſen la Paſion de nueſtro Señor, que eſcribió San Juan, y otras oraciones á eſte intento. Oíalas con grande atencion, introduciendo en el alma aquellas ſagradas razones, para hallarſe con mayor esfuerzo al dejar eſte cuerpo; indicio claro de ſu predeſtinacion, morir con tales meditaciones, y dàr el alma à ſu Criador, envuelta en memorias tan

ſan-

ſantas. Hizoſe la recomendacion que manda la Igleſia, llamando à los Angeles, convocando á los Santos, que vinieſſen á hacer compañia á aquel eſpiritu dichoſo. Eſta rezaron las Religioſas, con las ceremonias miſmas que quando muere alguna de ellas. De alli apoco la dijo la Infanta: Señora, ¿quiere vueſtra Mageſtad que digamos el Credo las dos? Si por cierto Hija, reſpondió la Emperatriz; y levantando los ojos al Cielo, lo digeron con mucha devocion. Puſo la Infanta con eſto á ſu Madre el Crucifijo en las manos, de ſuerte, que lo tuvieſſe abrazado, y aſiendo la Emperatriz las manos de ſu Hija, y abrazando con ellas la ſanta Imagen de Chriſto, le entregó el eſpiritu bienaventurado, y durmió en el Señor á las quatro de la mañana á 26. de Febrero, del año 1603. Quedó el roſtro con ſemblante riſueño, y apacible, dejandolo el alma aſsi. Murió los ojos pueſtos en el Cielo, donde habia tenido el corazon: y quedaron abiertos, haſta que una de las Señoras que alli aſsiſtian, fue con piadoſo afecto á cerrarlos: y al dár aquellos penoſos paſos, para tocar el cuerpo difunto de la Emperatriz Maria, que tantos años habia venerado viviendo, herida de la reverencia, ó del dolor, cayó deſmayada en tierra. La Infanta entonces dijo: Dejad eſſo para mí, que Dios quiere que yo haga eſſe ultimo oficio con mi Madre. Llegóſe con gran valor, y le compuſo los ojos, y el roſtro. ¡Qué aſsiſtido eſtá de Dios el corazon, que aſsi ſe porta en las penas!

CAPITULO XXIX.

PARTICULARES SEÑALES CON QUE manifeſtò Dios la ſanta vida de la Emperatriz Maria.

A La hora miſma que eſtaba dando á ſu Criador el alma la Emperatriz, ſe vió ſobre el apoſento, y quarto en que moria, un globo maravilloſo de luz, tan reſplandeciente, y hermoſo, que deſcubria á las tres de la noche el techo, y gran parte de aquella circunferencia, con la miſma claridad que el Sol. Fue tan notorio eſto, y por tantos reconocido, que predicó aſsi en ſus honras el Padre Fray Placido de To-Santos, Obiſpo de Zamora. Quiſo Dios manifeſtar con eſta luz la virtud de ſu ſierva, pagando-

le

le assi la luz de su egemplo, honrando con este prodigio al fin de su santa vida á quien le habia servido en ella con tal perfeccion. Assi como la Infanta vió difunta á su Madre, con devocion, piedad, y ternura, aunque con sereno rostro, y semblante, rezó con las demàs Religiosas el Responso que acostumbra el Convento en semejantes ocasiones: La Oracion dijo el Confesor de su Magestad, que era el Obispo de Ceuta. Y en acabando con esta ceremonia, su Alteza se arrodilló delante del cuerpo de su Magestad, y la besó la mano, y dijo á las criadas: que tuviessen paciencia en este caso, pues tenian mas segura á su Madre en la gloria, y les ofrecia en su nombre de acudir à su remedio, y consuelo, como lo diria la experiencia. Arrodillandose todas, y con muchas lagrimas, besaron la mano á su Alteza, con lo qual, habiendo ido primero al Relicario, á presentar el alma de la Emperatriz á su Esposo, se retiró á su celda á dar lugar á este natural sentimiento, y á ofrecerlo á Dios en la oracion. Las Religiosas vistieron á la Emperatriz el habito de Santa Clara, como lo habia mandado, en la forma que le trahen las Descalzas.

2 Luego la entraron en el Convento, donde estuvo tres dias sin enterrarse hasta que vino orden del Rey, que estaba en Valladolid, de lo que se habia de hacer en el entierro. Salió la nueva á Madrid, de haber acabado la Emperatriz Maria, y llenó de dolor los corazones. No hay quien pueda bastantemente explicar el sentimiento de los mas principales, de vér acabado el amparo de la nobleza: la ternura de las personas devotas, difunto el egemplo de la virtud: las lagrimas de los necesitados, de vér sin remedio tantos miserables: el desconsuelo de las Religiones, de vér sin socorro tantos Conventos. Todos aquellos dias hicieron los Monasterios, y Comunidades de Madrid, con gran devocion, y concurso, pagandole en oraciones la deuda que habian contrahido en socorros. A medio dia salió la Infanta de su celda, á usar los oficios de la Comunidad, con la misma compostura, y espiritu que los habia egercitado hasta entonces. Assistia quanto le era posible al cuerpo de su Madre, ayudandola con oraciones, sin faltar á dar orden en todo, siendo admirable la fortaleza que mostraba, en llevar con tanta resignacion un golpe tan fuerte. No se le vió desigual movimiento, tanto que obligó á que la digesse una persona muy grave: Señora, ¿cómo es posible, que esta pena la pueda llevar vuestra Alteza con tanto valor, que á todos

ad-

admira? Eſtoy, dijo, tan obligada, y reconocida á Dios, por el ſingular beneficio que me hizo, de ſacarme del mundo, y traherme á ſu caſa, recibiendome por ſu Eſpoſa; que quando conſidero, que de la miſma mano que recibo eſte beneficio, he recibido el golpe, hallo gran motivo de ſufrirlo con paciencia, y con amor: y aſsi no os cauſe admiracion una coſa tan debida. Eſta es la ciencia de mayor ſabiduria, recibir los trabajos como premio, adorando las penas como Cruz, y mirando á la mano que caſtiga, y no al dolor de la herida.

3 Habia ordenado la Emperatriz en ſu teſtamento, que la enterraſſen en el Monaſterio donde habia vivido, con eſta devota clauſula. Ordeno, y mando, conformandome con el primer teſtamento, que llevandome nueſtro Señor de eſta preſente vida á la eterna, que eſpero alcanzar por ſu ſola miſericordia, que ſe junten mis teſtamentarios aqui, y en mi ultimo teſtamento nombrados, y dén orden como me entierren en eſte Monaſterio de la Madre de Dios de la Conſolacion (aſsi ſe llama el de las Deſcalzas) fundado por mi Hermana: y ruego al Rey mi Nieto, eſtando en parte que lo pueda hacer; y pido, y encomiendo á la Abadeſa, y Monjas de él, no ſolo no lo contradigan, mas lo faciliten, y quiten qualeſquiera dificultades que quiſieren poner, de manera, que ſe haga como digo. Mi deſeo ſería al pie del Altar del Oratorio del huerto del Clauſtro bajo, y con ſola una piedra llana encima; pero en habiendo en eſto alguna dificultad, ordenen mis teſtamentarios, juntamente con la Abadeſa, lo que mejor les pareciere, como ſea conformandoſe con mi deſeo, que es eſtar enterrada dentro de la clauſura, y ſin ninguna ceremonia, ſino llanamente.

4 Aprenda la vanidad mundana en eſta humildad, á no deſear vér venerados ſus hueſos; ni ſeñalar con Mauſoleos, y cimbrias embarazoſas, un poco de pudricion, y guſanos. La Emperatriz Maria, Hija, Madre, y Hermana de tantos Emperadores, y Reyes, ſe contenta con que la cubra una pobre loſa: ¿y tú guſano mortal, embarazo de las gentes, quieres adornar el aſco de tu cuerpo, con las piramides de Egipto, que ſeñalen con el humo de tu vanidad?

5 Llegó orden del Rey, que ſe egecutaſſe todo lo diſpueſto por la Emperatriz; y enterraronla en el Clauſtro bajo, donde eſtá el entierro de las Religioſas. Y fue coſa digna de adverten-

cia,

cia, que puſieron, ſin reparar en ello, la humilde ſepultura de la Emperatriz, junto á la pobre celda de la Infanta, hallandoſe en tan breve diſtancia eſtos dos egemplos venerables al mundo, de humildad á los vivos, y á los muertos. Eſto fue de gran conſuelo á ſu Alteza: y todas las mañanas, y las tardes iba á encomendar á Dios á ſu Madre, diciendo á ſus compañeras: Vamos á ſaludar á mi Madre, y recibir ſu bendicion. Aqui eſtuvo haſta que ſe hizo traslacion á otra parte como ſe dirá deſpues. Mandó el Rey, que á la muerte de ſu Abuela ſe hicieſſen grandes demoſtraciones en ſus Reynos, y las honras, lutos, funerales, y ſufragios, que en ſemejantes caſos ſe hacen á las miſmas Perſonas de los Reyes. Dejó la Emperatriz dichoſa ſuceſion de ſu Perſona: y de los Hijos que ſe han referido en el capitulo primero del Libro primero, vivian el Emperador Rodolfo, los Archiduques Matias, Alberto, Maximiliano. Alcanzó Viznietos de la linea de la Reyna Doña Ana ſu Hija, por haber yá nacido la Infanta Doña Ana, hoy Reyna Chriſtianiſsima de Francia. Aſsi pasó el dicho tranſito de la Emperatriz Maria, Señora de glorioſas virtudes: en la prudencia admirable, rara en el valor, y ſanta en la perfeccion. Ajuſtó con admiracion comun á la diferencia de eſtados de ſu vida, las perfecciones de que Dios la dotó, hermoſeandola con ornamento egemplar. Fue Emperatriz de grande conſejo para las reſoluciones, de ſuma autoridad para los ſubditos, Madre de diſcreta educacion para ſus Hijos; y en el retiro que eſcogió en los ultimos años de ſu vida, de pocas veces viſta igual perfeccion. Calificó ſu vida, y coronó ſu muerte el Oraculo de dos Sumos Pontifices. Pio V. Sol eſpiritual de eſtos tiempos decia muchas veces: Cierto que hállo baſtante materia para canonizar á la Emperatriz, ſi la alcanzo de dias. Gregorio XIII. quando partió de Alemania ſu Mageſtad, pronunció eſtas palabras: Temo no venga á eſſos Reynos algun trabajo, faltandole una Perſona tan ſanta, y una coluña de la Fé tan fuerte. Con tal aprobacion debe ceſar en ſus alabanzas la pluma, y ſubſtituir en ſu culto el ſilencio, y la veneracion.

LIBRO QUARTO.

CAPITULO PRIMERO.

TRATASE DE PONER CASA à la Infanta, muerta la Emperatriz, y razones que para eſto ſe ofrecieron.

MAS fue lo que la Infanta Sor MARGARITA padeció, para defenderſe de la grandeza, que lo que el ambicioſo padece para conſeguirla; porque nació en tan alto eſtado de ſu Real Perſona, que bajando tantos grados de humildad, como hay de Infanta á Religioſa Deſcalza, no pudo hallarſe en lugar donde no la veneraſſen. Fue maravilloſo el camino por donde Dios la llevó, haciendole linea delgada en que corrieſſe ſu humildad á la corona de la perfeccion, entre la grandeza de la ſangre, reſpeto de los Principes, y ſuma veneracion de todos. Dejarlo todo de una vez, yá ſe ha viſto, y en el oculto deſprecio vivir encerrada el alma, como en clauſura, de donde no pueda ſalir á la vanidad. Aſsi ſucedió á aquellos primeros amadores del deſierto, que hicieron cielo las ſoledades de Egipto, Palacio de Reales virtudes la habitacion de las fieras. Santa Paula deja á Roma, y ſe vá huyendo á Belén, no pudiendo tolerar la grandeza de aquella opulenta Ciudad, buſca la humildad del peſebre del Señor; pero que diligenciando la Infanta tanto, que la deſpreciaſſen, llamando con lagrimas á la deſeſtimacion, ſe oponga el mundo al intento, y la conſerve en el punto

to debido á ſu grandeza: y que de eſto miſmo haga la humildad Palacio, donde con admiracion, y egemplo viva á la perfeccion; no cabe en nueſtra naturaleza, ſin que le dé mas fuerzas la gracia.

2. Aſsi como murió la Emperatriz, envió á viſitar, y conſolar á ſu Alteza el Rey Felipe III. con demoſtraciones de grande amor: y mandó, que el Conſejo de Eſtado vieſſe qué forma de caſa ſe le habia de poner á ſu Tia. No habia quien dudaſſe, que fueſſe neceſario, que ſu Alteza tuvieſſe cerca de sí criadas, que con particular obligacion, y amor acudieſſen á ſu regalo, y ſalud; y para lo miſmo era bien ſeñalar criados, que ſiguieſſen ſu orden en todo, porque no faltaſſe á tal Perſona el decóro, y reverencia conveniente. Ni á eſto parece que ſe oponia el ſer Religioſa Deſcalza; pues una coſa era el cuidado que ſu Alteza profeſaba, y otra, el que el Rey debia tener, de que fueſſe bien ſervida. Que en eſta Señora ſe habian de conſiderar dos Dignidades, una eſpiritual de Religioſa, y otra temporal de Infanta. A la primera ſatisfacia ſu Alteza con la perfeccion de ſu vida, y egercicios admirables de ſu Religion; de la ſegunda habia de dar cóbro el Rey, conſiderando el eſtrecho parenteſco, que por tantas lineas tenia con ſu Tia. Que era Hermana del Emperador, encomendada de ſu Abuela á ſu Mageſtad, con tan tierna clauſula en ſu teſtamento, habiendo dejado la caſa de ſus Padres, por venir á buſcar á Dios en Eſpaña, con tan noble confianza. Que en el concurſo de eſtas dos Dignidades, no ſe embarazaba la una á la otra, para uſar de entrambas á la mayor perfeccion: pues ſiendo aſsi, que ſu Alteza ſeguia la humildad de ſu inſtituto, con particular obſervancia, y que los Pontifices favoreciendo con gracias ſu vocacion, habian diſpenſado quanto fueſſe neceſario para eſte exterior tratamiento; bien cabia el ſer pobre, y reſpetada: vivir en ſoledad, y aſsiſtida, ſer deſpreciada de sí miſma, como Religioſa, y venerada de todos, como Infanta. Con eſto ſe conſultó á ſu Mageſtad por el Conſejo de Eſtado, que convenia que ſu Alteza conſervaſſe en las Deſcalzas la miſma caſa de la Emperatriz, y que los criados que ſirvieron á ſu Mageſtad Ceſarea, ſirvieſſen á ſu Alteza; con que ſe acudia al juſto cumplimiento de una obligacion tan debida, como tenerla con decente caſa, y al remedio de los criados de la Emperatriz, que por tantas cauſas merecian el amparo del Rey. Tambien pareció

ſeñalar alguna cantidad, no ſolo para ſuſtentar ſu familia, ſino para que ſocorrieſſe con largas limoſnas los pobres; pues en eſto, como en todo lo demás, habia diſpenſacion de ſu Santidad, y era muy conforme á razon, que beneficiaſſe con ſu mano á los que tanto mejoraba con ſu egemplo. Advirtióſe tambien, que era conveniente que ſu Alteza dieſſe audiencias: y porque eſto no podia ſer por la rejuela, y rallo, por donde hablan las demas Religioſas, ſe dieſſe forma, como guardando ſu clauſura, pudieſſe tener efecto. Conformóſe el Rey con eſta conſulta, y mandó, que ſe lo digeſſe el Conde de Frankerburg, Embajador del Ceſar, para que ſuplicaſſe á ſu Alteza, que ſe ajuſtaſſe á eſte intento.

CAPITULO II.

DICE EL EMBAJADOR A SU ALTEZA la reſolucion de ponerle caſa: Valor, y eſpiritu de la Infanta en contradecirlo.

CON el orden que tuvo del Rey el Conde de Frankerburg, fue á beſar la mano á ſu Alteza, y deſpues de haberle ponderado la juſta eſtimacion que debia hacerſe, por parte de la caſa del Emperador, al amor, y fineza con que ſe acudia á ſu Sereniſsima Perſona, por el Rey, y Miniſtros, la dijo: Como habia reſuelto ſu Mageſtad, que ſu Alteza tuvieſſe en ſu ſervicio algunas criadas de ſu Madre, y que la ſirvieſſen los miſmos criados por cuenta del Rey, ſeñalandole para dar limoſnas cierta cantidad cada año; y que ſe tomaſſe forma como dieſſe Audiencia ſu Alteza á los Embajadores, y Perſonas públicas, y particulares, de la manera que mas convinieſſe, abriendo alguna ventana, por donde mejor pareciesſe. Que no era neceſario decirla quanto convenia eſto á ſu ſervicio; pues conſtaba á ſu prudencia, que ni en la Dignidad en que Dios la habia pueſto, haciendola Hija, Tia, y Hermana de las mayores perſonas del mundo, ni en la conveniencia particular de la familia de ſu Madre, por tantas cauſas digna de amparo, podia haberſe tomado mas util reſolucion, ni mas ajuſtada al Real corazon, y grandeza del Rey. Que pues ſu Alteza ſe hallaba diſpenſada, tuvieſſe por bien de eſcri-

cribir á ſu Mageſtad como el Conde la habia hablado en eſta conformidad, y que ſe egecutaria todo como le habia ordenado.

2 Refieren, que eſtuvo la Infanta oyendo al Embajador con grande atencion, y que en acabando ſu platica, le reſpondió: Que ſe admiraba mucho que le propuſieſſe coſa ſemejante, y le perſuadieſſe á que habiendo dejado de ſer Infanta en el ſiglo por ſer Religioſa, ahora, ni pareciesſe Religioſa, ni Infanta. Que no era materia para ponerſe en platica, que tuvieſſe criadas conſigo, para que la ſirvieſſen, habiendo entrado en la Religion, para ſervir; ni que trataſſen de ſu regalo, habiendo entrado á padecer. Que coſtandole tantas lagrimas el huir de eſtos embarazos, no era juſto perſuadirle que volvieſſe á ellos. Que aquellos habitos humildes no ſe habian de vér rodeados de veſtidos profanos, y ſeglares, ni dentro de aquellas paredes otras alhajas, ſino las que eſtuvieſſen manifeſtando aquel pobre, y humilde inſtituto. Que á buen ſuceſo habria encaminadoſe ſu vocacion, y buen egemplo daria á aquellas ſiervas de Dios, introduciendoles dentro del Convento la vanidad, echando por tierra las murallas de ſu ſanta clauſura, para que entraſſe el mundo á vencerlas. Que ſi el Rey por ſu autoridad, y por los favores que la hacia, inſtaſſe en eſto, no podria dejar ſu Alteza, aunque con mucha eſtimacion, de defender ſu inſtituto; porque era juſto, que aſsi como el Rey miraba por ſu Dignidad, miraſſe ſu Alteza por la ſuya. Que ſi ſu Mageſtad la queria aſsiſtida de criados, por ſer ſu Tia, Dios la queria que no los tuvieſſe, por ſer ſu Eſpoſa: y ſi queria el Rey que todos la reſpetaſſen por ſer Infanta, Dios queria que vivieſſe pobremente, por ſer Religioſa. Que mas juſto era, que cedieſſe el Rey á Dios, que Dios al Rey, y ſe quebraſſe por lo temporal, que no por lo eterno. Que las criadas de ſu Madre, y ſus criadas habian de hallar el remedio ſin ſu relajacion. Que ſu Mageſtad podia ſocorrerlas por otro camino; y aunque era verdad, que el Papa la habia diſpenſado; pero que no tenia acertada la diſpenſacion en coſa alguna, que tocaſſe á lo ſuſtancial de ſu Regla: y en lo demás baſtaban las Preladas, aunque eſtimaba, como debia, eſta gracia.

3 Quanto á la limoſna que la ſeñalaban cada año, para que repartieſſe, dijo: Que aunque no podia negar quan aficionada habia ſido á eſta virtud; tambien la volvia á las manos de ſu Ma-

Mageſtad, que ſiendo tan Chriſtiano, y generoſo, la empleaſia con el miſmo cuidado. Grande virtud, refieren que le dijo ſu Alteza, es la limoſna; pero mejor es pedirla por Dios, que darla. Bueno es ſocorrer á los pobres; pero mas es ſerlo por Dios. Eſto le tengo dado tambien, el no tener que dar, por haberlo dejado todo por él. De una vez le dí quanto tenia: y aſsi mi cuidado no ha de ſer yá de darle, pues no tengo coſa, que no ſea ſuya, ſino de ſervirle, y de no volverle á quitar lo que tengo dado. Socorro con oraciones á los que antes ſocorria con dinero; y contentome de dar lo que tengo, y no tener coſa alguna que dar. Quanto á las Audiencias, ſeguiré la forma que las demas Religioſas, pues lo ſoy; y en eſta parte puedo diſpenſar menos que en otra, pues toca en el punto ſuſtancial de la clauſura, habiendo de abrir ventana por donde me hayan de vér. Oyó el Embajador la reſpueſta de ſu Alteza, admirando deſprecio tan grande, en lo que el mundo tanto ſuele eſtimar. Y queriendo hacer réplica à algunas razones de las referidas, ſe levantó ſu Alteza, y le dijo, que acudieſſe á ſu Confeſor, porque no era neceſario por entonces hablar mas en aquella materia: y con eſto ſe acabó la Audiencia.

CAPITULO III.

HACE INSTANCIA SOBRE LA MATERIA el Embajador con el Confeſor de ſu Alteza, y lo que reſuelven.

HAbiendo el Embajador oído la reſolucion de ſu Alteza, le pareció que no tenia remedio alguno, ſino ſe apelaba al Padre Fray Juan de los Angeles, ſu Confeſor, à cuyo tribunal ſolo podia tener recurſo eſta cauſa. Dijole el Conde las obligaciones que ſu Alteza tenia de recibir los favores, y caricias que los Reyes ſus Sobrinos la hacian, ſiendo tan decente, y debido á ſu Perſona. Lo que en Alemania ſentiria el Emperador ſu Hermano, que ſe trataſe con tanta auſteridad, que no quiſieſſe tener cerca de sí quien miraſſe por ſu ſalud, ni fuera del Convento quien acudieſſe á ſu ſervicio. El daño que ſe cauſaba en eſto á los criados de la Emperatriz, cuya familia quedaba expueſta á grandes trabajos, ſi los dejaban en eſte deſamparo. Las obligaciones que ſu

Al

Alteza tenia à las criadas de ſu Madre, habiendolas trahido de Alemania, y viſto por ſus ojos, que habian dejado el regalo de ſus caſas, ſu patria, ſus deudos, por venirla ſirviendo. Lo que la Emperatriz le habia encomendado que miraſſe por ellas; y que no dejaria de cenſurar el pueblo, que tan preſto olvidaſſe ſu Alteza un cuidado tan debido. Que no ſabía en qué fundaba el eſcrupulo, eſtando diſpenſada del Pontifice, para quanto fueſſe conveniente á ſu Perſona, ſiendolo eſto tanto à ſu ſalud, y á ſu autoridad, que ſon las dos coſas á que mas ſe atiende en eſta vida. Que volvieſſe los ojos á diferentes Conventos muy reformados, y hallaria quantas Religioſas tenian conſigo criadas, porque no todas las neceſidades particulares puede ſuplir la Comunidad; y aſsi los Prelados ſe compadecen de la flaqueza, y miſerias de nueſtra naturaleza, que no ſiempre puede caminar con la rígida Obſervancia con que comienza. Eſte cuerpo es mortal, yá pierde la ſalud, yà las fuerzas, con que neceſita de repararſe, y mas para ſeguir la perfeccion, que es camino aſpero, y eſtrecho.

2 Que el dejar de dar algunas limoſnas ſu Alteza, aunque á ſu luz, podia parecer perfeccion, por la riguroſa Obſervancia de pobreza; pero á los ojos de los flacos podia cauſar nota en ſu opinion, una Hermana del Emperador, Tia del Rey, no acudir á las publicas, y particulares neceſidades. ¿Por ventura podria defenderſe de los que vinieſſen á pedirle, de los criados, de los conocidos, de los pobres? Què habia de reſponderles? Santa coſa ſería encomendarlos à Dios, como ſu Alteza decia; pero eſſe es ſocorro de las almas, el dinero, y limoſnas es de los cuerpos: y no puede ſiempre vivirſe eſpeculativamente, es neceſario acudir á eſte práctico egercicio, y tocar el dinero para darlo, y manejar la pena de verlo, por llegar á la ſanta accion de repetirlo. No es menos noble virtud, antes mas benigna la caridad, que la pobreza. Que eſta cantidad era conſiderable, á la qual parece que tenia adquirido derecho la limoſna; volverla ahora al Rey, y negarla á los pobres, bien podia ſer que lo fueſſe, pero no parecia perfeccion.

3 Muchas razones halla la naturaleza para defender ſu razon, todo lo tuerce, y lo dora á los viſos de ſu intento. El Padre Confeſor reſpondió al Embajador, que no debia eſtrañar el ſanto zelo de la Infanta, antes bien era tanto mas digno de admi-

ra-

racion, quanto mas razones ſe le podrian ofrecer para eſtrañarlo. Porque todas las que acababa de ponderar, aunque tenian algun color, eran razones de nueſtra naturaleza, y de eſta humana providencia, y ſaber; las quales no llegaban á la ſuperioridad de eſpiritu, por donde Dios guiaba á la Infanta. ¿Qué peſan los criados, (decia eſte Padre) la familia, las limoſnas, los pobres, la autoridad, la grandeza, los hermanos, los tios al lado de la eſtimacion que hace una alma de Dios? Todo lo arraſtra el ſeguirle, por donde, y quando nos llama. Pueſta la mano al arado, y los ojos en el Señor que vá adelante, no vuelve la cara atrás. Llamen los criados, lloren los pobres, ſuſpiren los padres, contradigan los deudos, mormuren los hombres, pierdaſe la autoridad, la grandeza, el poder; todo es poco para quien lo buſca todo. Por eſta razon á la Infanta le es moleſta eſta platica, pues con ella, á ſu parecer, quieren retardarla, y detenerla al volar á aquella alta perfeccion á que aſpira. Pero todavia ſerá bien platicar con ſu Alteza en la materia, y vér en qué forma ſe puede ajuſtar, de ſuerte, que guarde ſu inſtituto; y ſiguiendo ſu eſpiritu, ſe acuda al repáro de tantas perſonas, como de eſta reſolucion dependen, cuyo remedio peſa tambien mucho á los ojos de Dios. Con eſto el Padre Confeſor ofreció de hablar á ſu Alteza, y dar cuenta al Embajador de ſu reſolucion, para decirlo à ſu Mageſtad.

CAPITULO IV.

RAZONES CON QUE INSTABAN con ſu Alteza, para que permitieſſe que ſe le puſieſſe caſa: y lo que ſe reſolvió en la materia.

NO dejaba de parecer coſa grave, que ſu Alteza deſechaſſe con tal reſolucion lo que con tanto acuerdo ſe ofrecia por parte del Rey; y aſsi pareció á ſu Confeſor, y otras perſonas doctas con quien ſe comunicó, que conſiderada la grandeza en que Dios la habia pueſto, era neceſario que templaſſe el rígido zelo con que eſtaba de defender ſu pobreza. Porque no de balde los Pontifices habian diſpenſado á ſu Alteza la obſervancia de ſu ſanto inſtituto, reconociendo, que por mucho que ſe ajuſte ſu

eſ-

eſpiritu, y fervor á la profeſion que habia eſcogido, era impoſible que pudieſſe vivir en ella, ſin algunas gracias, y preeminencias debidas por muchas cauſas á ſu Real Perſona, tanto mas ſiendo de tan delicada complexion; que la Igleſia trata ſiempre á los Fieles como á los hijos, y para eſſo tiene gracias, y diſpenſaciones con que premia, y anima á la virtud, y aſsi lo habia hecho en eſta ocaſion, diſpenſando tan benignamente con ſu Alteza. Que peſaba tambien mucho el perjuicio que ſe ſeguia á los criados, de que tan ſeveramente excluyeſſe ſu Alteza los medios que ſe proponian, ſiendo obligacion natural aſsiſtirlos, y mayor habiendoſelos encomendado tan tiernamente ſu Madre. Que ſe hallaba ſu Alteza en la cabeza de la Monarquía, á la viſta del mundo, como el blanco á la ſaeta; y habian de concurrir á ſu veneracion, y á procurar ſu audiencia las Naciones de todo el Orbe, los Legados de los Pontifices, los Embajadores de los Reyes, los Principes, los Vaſallos; y aſsi era fuerza, que perſonas deſtinadas aſsiſtieſſen á ſu ſervicio, porque no cauſaſſe deſprecio en el mundo, lo que eligia por devocion. Que era conveniente compadeceſſe los fuertes, de los flacos, y vivir los juſtos de ſuerte, que no tropezaſſen en ellos: y aunque los criados, y familia no fueſſen neceſarios para ſu Alteza, lo eran para el Rey, cuya cauſa, y grandeza por conſiſtir en la de ſu Tia, era la que ſe trataba. Que ſi ſu Alteza no neceſita de los criados, ellos neceſitaban de ſu Alteza, y convenia dejarſe llevar de la neceſidad de los ſuyos. Que el tener renta para sí, no era bien aconſejarlo, ni eſte era el intento del Rey; pero que por ſu orden ſe diſtribuyeſſen algunas limoſnas, no parecia inconveniente, ſino muy conforme á ſu eſtado; pues no tener perſona tan grande forma de ſocorrer á los neceſitados, era pobreza deſapacible, y aſpera, y fuera del uſo comun de los Principes.

2 Eſtas razones ponderó á ſu Alteza ſu Confeſor delante de la Abadeſa, á quien la Infanta eſtimaba, y cuyo conſejo ſeguia. Y deſpues de haber platicado largamente en eſta materia, y paſado grandes debates ſobre ella; finalmente, no la pudieron reducir á que introdugeſſe en la clauſura criada alguna en ſu ſervicio, diciendo: que ſi la querian para ſu autoridad, yá la habia dejado en el ſiglo, ſi para ſu regalo, habia entrado á padecer, ſi para ſu uſo, no la habia meneſter, profeſando pobreza, ſi para ſu ſalud, fiaba de las Religioſas, que la aſsiſtirian con la caridad

que á las demás, que es lo que basta; pues su Alteza conocia muy bien el cuidado que en esto ponian. Quanto á los criados: que pues su Magestad les hacia merced; se conservassen en la misma forma, que si viviesse su Madre, hasta acomodarlos, y que para esso no era necesario que la sirviessen; pero que su Alteza cuidaria de ellos, y de su amparo, como si la estuvieran sirviendo. Y assi todos vivieron agradecidos á este favor, y se nombraban criados de su Alteza, como quien lo habia sido de la Emperatriz su Madre, y se honraban tanto con serlo de su Hija.

3 Las criadas, pues, yá muchas de ellas estaban casadas, y acomodadas, otras tenian renta de por vida, y á otras recibiria su Magestad en su servicio, no era necesario tomar nueva resolucion. Que su Alteza siempre las ayudaria, como lo habia hecho hasta alli. En la limosna que se señaló despues de grandes instancias, se redujo, que pues su Magestad queria que corriesse por su mano aquel socorro á los pobres, lo admitia; pero advirtiendo, que de esto, y de lo que su Madre le habia dejado en su testamento, que eran ducientos ducados al mes, para limosnas, no tenia otra eleccion, ni propiedad, que el dispensarlo al mayor servicio de Dios nuestro Señor, ni habia de entrar cosa alguna en su poder, sino en el de la persona, que su Magestad fuesse servido de nombrar para esto. Y fue en este punto tan austera, que no quiso su Alteza nombrar la persona, que habia de acudir á la distribucion de este dinero. Y assi huvo de señalar su Magestad á Don Rodrigo del Aguila, Mayordomo de la Emperatriz, y su Testamentario, para que acudiesse á esso; y despues de él, á Don Luis de Avalos, que tambien sirvió en la misma ocupacion á su Magestad Cesarea; y ultimamente, sucediendose unos á otros, al Conde de Villaflor, y Marqueses de Auñón, y de Malagón; los quales disponian de todo como les parecia, y de que se socorriesse, y pagasse á los criados de su Madre, sin que su Alteza entrasse, ni saliesse en cosa alguna. Y en las limosnas que se ofrecieron secretas, y socorros de criados, y de muchos Conventos pobres, que todos dependian de su mano, y caridad, se valia de Luis de Alarcón, testamentario que fue de la Emperatriz, y Contador de cuentas de su Magestad, y de su Consejo de Hacienda, que con la fineza de buen criado, y reconocido, la sirvió siempre; á cuyo poder envió en su vida el Archiduque Alberto, y despues la Infanta Doña Isabel algunas cantidades, para que con mas lar-

gue-

gueza moſtraſſe ſu caridad, ſocorriendo neceſidades. Y por ſola la relacion de ſus Mayordomos, que al cabo del año le hacian, ſin tomar nunca otra cuenta, paſaba eſta fiel diſpenſadora del teſoro de Dios. Quanto á las Audiencias, que era en lo que ſe inſtaba mucho por el Rey, las daria por el Comulgatorio, que es una ventanica corta en quadro, trayendo diſpenſacion del General. Eſto ſe reſolvió á grandes ruegos, y ſe dijo al Embajador, y á ſu Mageſtad, á quien ſu Alteza reſpondió con grande eſtimacion, del favor que le hacia de acudir tan liberalmente á ſu amparo.

CAPITULO V.

QUEJASE CON DEVOTOS SENTIMIENTOS la Infanta á Dios, de lo que la perſiguen las honras del mundo.

CON ſer aſsi, que vino ſu Alteza en los medios que le aconſejaban, por no volver las eſpaldas á tantas razones como ſe han referido, fue con tan viva repugnancia, que ſiempre andaba llorando eſte trabajo. Era ſu Alteza naturalmente generoſa, y la inclinacion que Dios la habia dado quando era Seglar al dar, ſe le habia trocado en la Religion al no tener: que no es neceſaria menos nobleza, y valor para vivir pobres de voluntad, que liberales de condicion. Dá el liberal el dón, pero quedaſe con el beneficio; el pobre de eſpiritu ni dá, ni recibe. Andá ſiempre un vacío el alma, ſin el dulce comercio de la liberalidad; y con eſſo queda mas deſaſida de lo criado, y mas deſembarazada para el Criador. Quejabaſe la Infanta muchas veces de eſta pena; y teniendo en ella tanto merito, lloraba, pareciendole á ſu amor poco el merecer, ſino padecia mas. Volviaſe á Dios con tiernos ſentimientos; y refieren, que ſe quejaba de las criaturas, con eſtas, ó ſemejantes razones; porque á fuerza de ruegos, no le dejaban ſeguir el vuelo eſpiritual de ſu amor.

2 ¿Quándo he de ſeguiros, Señor, decia, como Vos mereceis ſer ſeguido? Quándo Criador mio me han de dejar las criaturas? Si huviera nacido en eſſos campos polare, y ſola, viviera al alto eſtado de adoratos, ſin embarazos al ſerviros. ¿Qué es digo ni-

nidad para vueſtra Dignidad? Qué es grandeza para vueſtra Grandeza? Qué es la ſangre Real, que buſca la corrupcion, comparada á aquella Sangre que ſe derramó por mí? Los Reyes mas altos no ſon polvo venerado? Por eſtraño camino me llevais Dios mio; terrible cruz me ofreceis. Quereis que os ſiga pobre, ofrecenme las riquezas. Quereis que ſea humilde, buſcame la vanidad. Quereis que ſea deſcalza, viſtenme de honras; quereis que viva en ſoledad, y ſacanme del retiro. Quiero yo vivir con Vos, quieren que viva con todos. Yo audiencias? yo autoridades? yo grandeza? Qué es la grandeza, audiencias, y autoridades? Cadenas en la muerte, con que ſe halla el alma aſida á la vida. ¿Si el ſer Deſcalza no baſta para hallaros, qué tengo de hacer Dios mio? Si el veſtir pobre ſayal no baſta, para que el mundo me deſconozca, qué he de hacer Eſpoſo Eterno? ſino llorar con Vos mi deſconſuelo, ofreceros eſtas penas.

3 Eran eſtos ſentimientos muy ordinarios en ſu Alteza, aplicando tan viva fuerza á que le quitaſſen la familia de criados de ſu Madre (ſiendo aſsi, que eſtando encerradas, ni tenian en que aſsiſtirla, ni en que ſervirla) que no cesó haſta haberlos acomodado á todos. De ſuerte, que por hallarſe tan ſola, dió orden el Rey, que uno de ſus Mayordomos acudieſſe á lo que tocaſſe á ſu ſervicio; y con tanta contradicion de ſu Alteza, que á eſte titulo, y por el tratamiento Real que la hacian, decia con lagrimas: ¡Ay de mi, que ni me dejan ſer Religioſa, ni Infanta! que nada de eſtas coſas creía ſer á ſu propio conocimiento, la que á los ojos de Dios lo era todo. Y á las Monjas decia: Lo que os envidio, Hermanas, el veros tan fuera del mundo, que yo habiendole dejado, me han vuelto por fuerza á él. Y á mí, como á ſu Confeſor, deſcanſando de las fatigas del alma, decia: Láſtima es, Padre Confeſor, que por agenas autoridades no me hayan dejado ſeguir, como yo entendia, mi propoſito; que aunque confieſo, que no tengo eſcrupulo de ello, pues como ha viſto el Padre Confeſor: por ſus Breves, los Pontifices me han hecho caridad de diſpenſar de ſu voluntad, y mis Confeſores me lo han mandado, y otras perſonas doctas, y graves aconſejado; pero ninguna coſa he ſentido tanto, ni la hay para mi de igual dolor.

4 Son los egemplos de las perſonas ſantas, fuentes puriſsimas de perfeccion, á donde han de ir las almas á beber la doctrina, para lograr ſentimientos grandes, y deſpreciar comodidades,

des, que no admitió la mayor Señora de la tierra, por levantarse sobre sí á lo mas perfecto, y desembarazar el Estado Religioso de toda vanidad. La Infanta, Hija, y Hermana de tantos Emperadores, y Reyes, dispensada del Papa, rogada de sus deudos, aconsejada de sus Confesores, tolerada de sus Prelados, no consiente tener una criada dentro del Convento, y habiendole recrecido tan graves accidentes, y llegado con ellos en sus ultimos dias, á estár del todo ciega, se contenta con la caridad que le hacian por amor de Dios las Religiosas. Quanto mas ciega estará la Religiosa en la vista del alma, que con este egemplo no se reformáre. Aprendamos todos tambien á amar la santa pobreza, que tan encomendada nos dejó nuestro Padre San Francisco, y con mayores prendas el Señor, naciendo en el pesebre, muriendo en la Cruz; pues dispensada su Alteza, y rogada, persuadida, y aconsejada con razones tan fuertes, para una cosa tan santa, como dar limosna á los pobres, como si estuviesse apestado el dinero, lo pone en agena cabeza, y de alli lo reparte à los necesitados, y siempre con licencia, y consejo de la Abadesa, mas señalandoles donde hallarian su remedio, que dandoselo. Y despues de esto llora, y gime de que no la dejan guardar su pobreza. Llora el poder dar limosna, el poder socorrer á los pobres, no el socorrerlos, sino el poderlos socorrer; aquel arbitrio de obrar contra la pobreza, aunque obre en favor de la caridad. Y holgandose tanto de socorrer necesidades, de remediar miserias, de casar huerfanas, de acudir á los Hospitales, gime; y alabando á Dios en lo que hace, llora lo que puede hacer; quisiera quitarse la facultad, y acudir al remedio; remediar los pobres, sin poderlo; obrar el efecto, sin tener el arbitrio. Grande es la fuerza del amor divino; pues siendo tan perfecta la sustancia, hace que se llóre el modo; y donde le ofrece el merito, le motiva la pena. Llora, que la llamen Infanta, y Alteza: los agasajos en agenos labios, llora, como si fueran propios delitos: defiende su humildad, y pobreza con lagrimas, pues no le es permitido defender con la fuerza.

CA-

CAPITULO VII.

LA EDAD DE SU ALTEZA QUANDO murió la Emperatriz ſu Madre: y particulares noticias del camino por donde Dios la llevò.

HAllabaſe la Infanta MARGARITA, quando murió la Emperatriz ſu Madre, en treinta y ocho años de edad, y cerca de veinte de Habito. El continuo trabajo de la Religion la habia debilitado el ſujeto, y con el fervor del eſpiritu, le iban faltando las fuerzas. Es grave el peſo del Eſtado Regular, y mudamente vá adelgazando la vida, viniendole los achaques al cuerpo, al paſo que llegan las Coronas al alma. ¡O padecer dichoſo, que á un miſmo tiempo ſe huye lo tranſitorio, y buſca la eternidad! Bienaventuradas fatigas, que quanto en ellas ſe ofrece el cuerpo á padecer, tanto ſe acerca el alma al gozar! Diole á ſu Alteza entre otros achaques, el de una deſtilacion al pecho tan penoſa, que la ſiguió toda la vida, haſta llegar con ella á la muerte. A eſta cauſa era fuerza irle á la mano, en que egecutaſſe con tanto rigor los egercicios de la Comunidad, procurando todos, que ſe guardaſſe aquella vida dichoſa, para egemplo del mundo. Dabanla orden los Medicos que no fueſſe todas las noches á Maytines, y ſu Prelada ſe lo mandaba, quando la veía agravada de eſte accidente: ſu Alteza ſe rendia á la obediencia, pero haciendo mas maravilloſa la vida al reſervarla, que la hacen muchas almas perfectas al ſeguirla.

2 Yá deſde aqui irémos diciendo en eſte libro, y los ſiguientes las devociones, y virtudes de ſu Alteza, deſembarazados de las exteriores contiendas que la trageron tanto tiempo acoſada. Provó ſu eſpiritu el Señor á los ojos del mundo; porque á los que cria para luz de la Igleſia, egemplo á los Fieles, alivio á los flacos, les dá nobles egercicios; donde á viſta de todos, en eſpirituales batallas acrediten ſu cauſa. Aſsi ſucedió á la Infanta haſta aqui, amoroſamente perſeguida de ſus Deudos, y Hermanos, Familia, Subditos, y Miniſtros. Yá le ofrecen la Corona, yá las riquezas, el poder, la grandeza, el regalo, la veneracion: unos la quieren en Alemania, otros en Eſpaña.

Gran-

3 Grande perſecucion es el camino del alma al de la felicidad, mayor ſin comparacion, que no la de las deſdichas. Mas quiere el alma que buſca á Dios, que la perſigan para laſtimarla, que no que la ſigan para detenerla. Las tribulaciones humillan, las felicidades deſvanecen, los trabajos fatigan el cuerpo, las dichas entibian el alma, las penas laſtiman la naturaleza, los guſtos ſe atreven á pelear con la gracia: en aquellos halla aprovechamiento; pero en eſtos peligros. Con los gozos del mundo ſe vá el alma al mundo, con las aflicciones buſca el alma á Dios. El ambr del ſiglo, ¡qué poco aprovecha; que de ello nos daña! En eſto fue ſin duda muy ſingular el camino por donde Dios llevó á ſu Alteza, haciendola, que llevaſſe las honras, como las tribulaciones: que penaſſe donde tantos gozan, y padecieſſe lo que tantos deſean. La Cruz del Monte Calvario, trasladó al Taboŕ; pues en medio de las glorias, la ofrecia las penas. Eſto en breve materia hemos referido en lo paſado, como quien corre apriesa por llegar á mas dulces diſcurſos, y referir la ſuavidad del eſpiritu devoto de ſu Alteza. Porque haſta aqui ſe han eſcrito las peleas que tuvo por Dios con el mundo, ahora ſe ha de decir el trato que tuvo en el mundo con Dios; haſta aqui como ſe portó con las criaturas, para ſeguir á Dios, de aqui adelante, como deſembarazada de las criaturas le ſiguió.

4 Verdaderamente que habian de ſer Santos los que eſcriben las vidas de los Santos, como ſucedió en los primeros tiempos de la Igleſia; por no deſperdiciar con la relacion las ſentidas razones del eſpiritu. ¿Qué ſon la vida, y hechos de los ſiervos de Dios, ſino inſpiraciones que el Señor comunica á las almas? Laſtima es, que eſto ſe explique por manos menos puras que aquellos en quien ſe ponen. Por eſto, Santos bien aconſejados, han eſcrito ellos miſmos ſus vidas, vaciando el alma en lo eſcrito, para mejorar las almas. Saltan del papel al corazon las razones que eſcribe con eſpiritu la pluma; y aſsi como ſe eſcribieron con el amor de Dios al dictarlas, obra Dios por ſu amor al leerlas. Por eſta razon, los eſcritos de los Santos cauſan tan grande utilidad á los Fieles, porque el agua de gracia, que con pureza bebieron, con pureza la ofrecen. Si la Infanta, como nos dejó con el egemplo impreſa ſu vida, nos las dejára eſcrita á los ojos, ¡qué dulces noticias, con qué ſuave modo ſe introdugera en las almas!

Eſcribir yo ſu vida, es quitar el alma á ſu vida; pues habré de explicar afectos tan vivos, con razones tan muertas.

CAPITULO VIII.

DE QUE MANERA OCUPABA EL TIEMPO ſu Alteza, deſpues de muerta la Emperatriz, ſu Madre.

UNA parte del tiempo, dice el Filoſofo, ſe le paſa al hombre, ocupado en la iniquidad, otra en la vanidad, y otra divertido en la ocioſidad. (a) Tal es el cóbro que dán los mortales de eſte precioſo teſoro, que con tanta velocidad ſe les acaba. Los ſiervos de Dios por eſta cauſa hacen tanto aprecio del tiempo, ocupandole en opueſto empleo al de los malos. Una parte en el conocimiento propio, otra en el de Dios, y otra en la utilidad de los progimos; que á eſtos tres puntos ſe reduce la ocupacion mas pura de la vida interior. Aunque ſu Alteza ſolia decir, que la compañia de la Emperatriz nunca le fue de embarazo para ſeguir á Dios, porque en ſu aſsiſtencia ſe empleaba en egercicios eſpirituales, y ſantos; con todo eſſo era fuerza que huvieſſe de ſeguir con fatiga la ocupacion con la Comunidad, y con ſu Madre, acudiendo á las dos con tanto cuidado. Luego que murió, lo diſpuſo de ſuerte, que no dejaba ſin ocupacion parte alguna, como quien conocia quan eſtrecha cuenta ſe ha de dár de eſte comun beneficio. Como le habian recrecido tanto las indiſpoſiciones, ſeñaladamente la deſtilacion del pecho, ordenaban algunas veces los Medicos, y Prelada, que ſe recogieſſe al anochecer á ſu celda, y hacialo con grande humildad; porque no ſe puede baſtantemente encarecer la blandura con que obedecia, aunque le fueſſen á la mano en ſu fervor.

2 Al punto que ſe retiraba, hacia egercicio particular de oracion, con algunas conſideraciones de aquella hora, y tiempo, y muy delgado examen de conciencia. Solia decir que de la miſma manera ſe tomaba cuenta, como ſi luego huviera de morir, preparandoſe à dormir cada noche, como para el ultimo

ſue-

(a) Senec. Epiſt. 1.

ſueño de la vida. Decia con ſanta ſinceridad: Yo quando comulgo, ó quando me acueſto, lo hago, como ſi huviera de ſer aquella vez la poſtrera; porque bien puede ſer que lo ſea, y en eſtas coſas es lo mas ſeguro, prevenirſe á lo que puede ſer. Aſsiſtianla algunas Religioſas con ſanta converſacion un breve rato, y deſpues con alegre ſemblante las decia: Ahora, hermanas, vamonos á recoger con nueſtro Eſpoſo Jeſus, yo me voy á mi caſica: eſte era ſu comun modo de decir, quando deſpedia á las Religioſas. Su caſica era la Llaga del coſtado, á cuya dulce herida retiraba el alma á deſcanſar con ſueño eſpiritual.

3 Las noches que la enfermedad no la permitia ir á Maytines, ſe deſpertaba con las demas Religioſas á las doce con deſeo de acompañarlas en las alabanzas que daban á Dios. Eſtaba ſu eſtrecha celda debajo del paſo que del dormitorio vá al Coro, de ſuerte, que era fuerza, que toda la Comunidad paſaſſe ſobre ella. Y eſto que otros tendrian por penalidad, tenia la Infanta por conſuelo. Y habiendole ſuplicado muchas veces, que tomaſſe otra celda, nunca la quiſo acetar, diciendo: Yá que no puedo acompañar á mis hermanas, por lo menos me deſpiertan, y paſan ſobre mí, que es bien que me piſen, pues no ſoy para tanto como ellas. Bien ſabe Dios la envidia, y ſentimiento con que me quedo; pero yá que no puedo ir con el cuerpo, voy con la conſideracion; y deſde mi celda alabo á Dios en el Coro con ellas. Referia ſu Alteza, que deſde ſu tierna edad la habia habituado el Señor, á que todas las veces que deſpertaſſe, ſe refiriеſſe, y ofrecieſſe á Dios de corazon, poniendo en él ſu voluntad con algunas oraciones jaculatorias, ſentimientos eſpirituales, y anagogicos, actos de amor terniſsimos, pidiendo luz, y gracia para ſu mayor gloria, y ſervicio. De eſta ſuerte lo paſaba haſta tanto que volvia á dormir, que aun aquel breve tiempo aprovechaba, ſiendo tan grande el habito que tenia hecho á eſte genero de oracion, que ordinariamente antes de deſpertar del todo, ſe hallaba con algunas ſantas palabras en la boca, llamas que la Caridad Divina deſde el corazon enamorado arrojaba á los labios.

CAPITULO IX.

LOS CONCIERTOS ESPIRITUALES que tenia con ſu Angel de Guarda, para que la deſpertaſſe de noche à la oracion: y como ſiguiò eſte ſanto egercicio.

EL Chriſtiano que quiſiere vivir con aprovechamiento, ha de hacer cuenta que vive à dos vidas, una interior al Criador, otra exterior á las criaturas. Eſte egercicio ſiguió la Infanta maravilloſamente, dando mas paſos con ſu ſanta vida á lo eterno, que daba á lo temporal. Tenia ſus conciertos, y amiſtades hechas con los Santos, ſu comunicacion, ſus eſpirituales negocios, y trato, á la manera que en el mundo le tenemos unas perſonas con otras. Comunicaba con tierno amor á ſu Angel de Guarda, de quien era devotiſsima. Teniale encomendado, que la deſpertaſſe á las tres de la mañana, las noches que por ſu enfermedad no la dejaban ir á Maytines, y aſsi le ſucedia de ordinario. De eſto holgaba mucho ſu Alteza, y decia: Eſta hora para mi es muy preciosa, y de gran conſuelo, porque me hállo en mayor ſoledad, para hacer algo en ſervicio de Dios. Ayudame mucho el ſilencio, y quietud, para emplear bien el tiempo, aunque yo lo deſperdicio, y gaſto harto mal.

2 En aquella hora ſe recogia, y ponia en Oracion Mental, quando ſe lo permitia la Religioſa que la aſsiſtia. Otras veces ſe levantaba de la cama, y ſe ponia de rodillas á orar: y quando no le conſentian eſto, en el miſmo lugar, compueſtas las manos con temor, y reverencia grande, tenia oracion. Algunas veces, por crecer tanto ſus indiſpoſiciones, no la dejaban las Religioſas que la aſsiſtian que ſe arrodillaſſe; y con humildad les decia: Dejadme arrodillar, que eſtoy en la preſencia de Dios, y es digno de toda reverencia. La compañera, que era muy entendida, y eſpiritual, no queria paſar por ello, antes bien le decia: Señora, eſto ha de ſer, eſtéſe quieta, y recogida vueſtra Alteza. La Infanta ſe ſujetaba á ella con tan grande humildad, y rendimiento, que confieſa eſta Religioſa, que ſe hallaba confuſa, y aprovechada de vér tal manſedumbre. Deciala ſu Alteza, con mucha

ſe-

ſeveridad: Pues no me dejais eſtar de rodillas, dejadme hacer lo que pudiere de mi parte. Sentabaſe, é incorporada en la cama, cruzaba ſus brazos, y con grande decencia, y recogimiento tenia oracion.

3 En otras ocaſiones, que por ſus enfermedades, ni la dejaban ir á Maytines, ni que ſe levantaſſe á orar; en deſpertando á las tres de la mañana, miraba con grande atencion ſi eſtaba durmiendo la Religioſa que la aſsiſtia: y en caſo que lo eſtuvieſſe, poniaſe de rodillas ſobre el miſmo lecho, tendidos los brazos en cruz, levantando el roſtro al Cielo, todo lo que podian ſufrir ſus fuerzas. Si ſu compañera la hallaba en eſte devoto egercicio, y la reñia, decia ſu Alteza: Yà que no puedo otra coſa dejadme ſi quiera hacer eſto poco, en ſeñal de lo mucho que debo á Dios. Volvianle á replicar, que hacia contra ſu vida, y ſalud, y que no podian ſufrirſe aquellas coſas. Reciba eſtas palabras con ſingular paciencia, y humildad, diciendoles: Yá bendito ſea el Señor, me quedaré con algo que ofrecerle, pues por lo menos eſta reprehenſion, ſirve de mortificarme.

4 Si alguna noche ſe dormia, y faltaba á ſus horas determinadas, era tan vivo ſu ſentimiento, y el ſanto enojo que conſigo tenia, que en todo el dia podia alegrarſe. Dabaſe golpes en los pechos, hacia poſtraciones, ſuſpiraba tierna, y ſentidamente, como ſi le huviera ſucedido algun grave mal. Deciales à ſus compañeras luego que deſpertaba: Hermanas, digo mi culpa: ſabed que ſoy una perdída, y deſconocida á Dios, y deſcortés á mi Angel de Guarda, tened entendido que me he dormido eſta noche, y que merezco una gran penitencia. ¡Qué conſuelo tendria en que alguna de voſotras me la dieſſe, ó á lo menos licencia, para hacer debida ſatisfaccion de mi culpa! Procuraba ſu Alteza aquel dia hacer alguna penitencia, ó mortificacion: y quando no la dejaban, mandaba decir Miſa á las almas, y dár algunas limoſnas á eſte intento. En eſte caſo ſolia uſar para ſu caſtigo de una mortificacion eſpiritual, y ſanta; que todo el rato que habia dormido, lo quitaba á la recreacion de hablar con las Religioſas; Y ſi á alguna perſona de quien guſtaba, habia de dár Audiencia, ſe la negaba, ocupando eſte tiempo en irſe al Religario à tener oracion, pagandole á Dios de dia, lo que habia dejado de ſervirle de noche, privandoſe por él del tiempo mas guſtoſo, diciendo con muy buena gracia á ſus compañeras: Mirad, yo me

voy

voy al Relicario á eſtar con Dios, guardad que no entren allá, decid, que eſtoy dormida: bien lo podeis decir con verdad, que me voy á dormir por Dios, velando aquello que eſta noche degé de orar, durmiendo.

CAPITULO X.

EN QUE SE OCUPABA SU ALTEZA por la mañana, y la devocion con que oìa Miſa.

Ocaſe á Prima en el Convento de las Deſcalzas á las cinco de la mañana, y á eſta hora ſe levantaba ſu Alteza, quando no ſe hallaba muy agravada de ſus enfermedades. Un poco antes de levantarſe, hacia la Proteſtacion de la Fé, que el Emperador Carlos Quinto ſu Abuelo rezaba, que la pondrémos en ſu lugar, por ſer muy digna de referirſe. Eſta devocion habia conſervado deſde edad muy tierna; ſabiala muy bien de memoria, en ella ſe ofrecia, y entregaba á Dios, dedicando las obras de aquel dia al Eterno Padre, las palabras al Hijo, los penſamientos, y deſeos al Eſpiritu Santo. Por eſtos miſmos puntos ſe tomaba cuenta á la noche de quanto habia obrado en el dia. Levantabaſe con las demás Religioſas; y deſpues de haber rezado las Horas mayores, decia ſus devociones, que eran muchas, ſeñaladamente el Oficio de la Cruz, los Salmos del nombre de Jeſus, y los del nombre de Maria. Eſtaba en el Coro muchas veces haſta la Miſa Mayor, oyendo las que ſe decian. Quedaba tambien á la Mayor, y á todo el Oficio, con las demas Religioſas, con las quales aſsiſtia á la labor, y á los demas egercicios. Pero quando ſe hallaba agravada del pecho, ó con otra indiſpoſicion, por la qual le mandaſſe la Abadeſa que no fueſſe al Coro, (que eſto era de ſuma mortificacion para ſu Alteza) ſe iba al Relicario, puesto de gran devocion, y hallaba alli el conſuelo de no dejarla ſeguir la Comunidad. Oía Miſa, tenia oracion, leccion eſpiritual, y egercicios, hacia labor, y paſaba la mayor parte del dia. Oía todos los dias por lo menos dos, ó tres Miſas, y la reverencia, y atencion con que en ellas aſsiſtia, fue de las mas egemplares que ſe ha conocido en perſona eſpiritual de eſtos tiempos.

La

La compoſtura exterior, el ſilencio, el fervor grande de ſu corazon; confieſan todas las perſonas que la vieron, que componia, y cauſaba devocion. Tenia ſu Alteza ſiempre muy preſente el favor que Dios la habia hecho en ſus tiernos años, de moſtrarle tantas veces ſu Sangre. Y con aquellas prendas habia entregado del todo ſu alma á eſte ſuaviſsimo miſterio. Al oírla, no permitia, que nadie la dieſſe recado, ni la hablaſſe, ni que huvieſſe rumor alguno entre los preſentes; tan delgado andaba el Señor, y con tan ſutil atencion le buſcaba ſu Eſpoſa. Solo el vér oír Miſa á ſu Alteza, y recibir á Dios, era del mayor egemplo, y edificacion, que á los ojos humanos ſe puede ofrecer. Depongo como teſtigo de viſta, y certifico, que todas las veces que la dige Miſa, y la comulgué, hallaba en mí tanta novedad, y mudanza de la ſequedad grande de mi eſpiritu, que volvia mas recogido, conſolado, y atento, y confuſo de vér que aquella ſierva de Dios me eſtaba reprehendiendo con ſus obras. Pregunté á ſu Alteza algunas veces, cómo ſe diſponia para oír Miſa, y con qué conſideracion la oía, y á mas de las comunes, que las tenia muy bien entendidas, reſpondia: Yo, Padre, sé muy poco, y aſsi me acomodo con lo que alcanzo. Quando oygo Miſa, en quanto puedo, deſeo concurrir á lo que el Sacerdote hace con union de todos los Sacerdotes de la Igleſia; y tambien me conformo con el intento que Chriſto nueſtro bien tuvo en ſu iſtitucion: y en eſta conſideracion me ocupo de ſuerte, que no puedo atender á otra coſa. Confieſo, que ſiento ſumamente, que en eſta ocaſion me diviertan con algun negocio, por grave que ſea; pues ninguno lo es tanto, como el oír Miſa con gran reverencia.

3. Quien puede oír eſtas palabras ſin dolor de la indevocion con que ſuelen oír Miſa los diſtrahidos: ni oyen ellos Miſa, ni la dejan oír. Donde habian de hallar ſu provecho, movian ſu perdicion; ſolicitando juſticia contra sí en el Tribunal de la Miſericordia, é introduciendo nuevas guerras al alma, donde Dios hace habitacion de paz. No es bien manchar el papel con la Real accion de ſemejantes exceſos; pero aſsi como lo blanco ofrece á la viſta lo negro, la devocion de ſu Alteza, nos pone delante la falta grande de ella, en los divertidos. Atendemos á lo que nos daña, ſolo olvidados de lo que aprovecha. Volvemos los ojos á las tinieblas en los guſtos, apartandolos de la luz en los Sacramen-

mentos. Ay de noſotros, ſi ſomos como el convidado, que halló Dios en el banquete, pues por verle ſin veſtidura nupcial, le envió maniatado al terrible lugar del crugir de los dientes. (a)

CAPITULO XI.

DE QUE SUERTE CONTINUABA ſu egercicio, y comida; y de las recreaciones eſpirituales de ſu Alteza.

DEſpues de haber oído Miſa ſu Alteza, ſu egercicio ordinario era hacer labor, para ſervicio del Altar; y eſta ocupacion ſanta ſiguió toda la vida, con ſingular perſeverancia haſta la muerte. El tiempo reſtante haſta la hora de comer, ocupaba en leer libros devotos, y en tener oracion, aſſegurando con eſto no tener en todo el dia inſtante, que no le ocupaſſe en el ſervicio de Dios, ni accion á quien faltaſſen los motivos debidos al eſtado de la perfeccion que profeſaba. Quando ſe hallaba con ſalud, comia en el Refectorio con la comunidad; mas quando por ſus dolencias la obligaban los Medicos á comer carne, como no podia eſto ſer en el Refectorio, por ſer materia indiſpenſable, la daban á comer á ſu Alteza en pieza diferente, en una meſa pequeña, miniſtrandoſela la Religioſa que la acompañaba. Tomaba ſu refeccion con grande templanza, conforme ſu neceſidad, con utiles meditaciones, dando mas alimento al eſpiritu en lo que dejaba, que al cuerpo en lo que comia. En acabando, daba gracias con gran devocion, y pedia, que la trageſſen un Niño Jeſus, y poniale ſobre la meſa. Otras veces le tenia toda la comida, y decia que era ſu convidado, ofreciendole lo que comia, y agradeciendo con grande eſpiritu la mano liberal con que acudia á ſu ſuſtento. Beſabale los pies, decia muchas ternuras; y aſsi en preſencia del Niño Divino ſe quedaba un rato ſobre meſa. Venian algunas Religioſas á entretenerla, y apacible, y amoroſamente las hablaba, recibiendo, y dandolas aquella eſpiritual recreacion.

Era en ſus converſaciones muy medida; y conſideraba muy

(a) Matth. 22. v. 12. 11. & 13.

muy bien, antes de deſpedir las palabras, ajuſtandolas á la materia con gran diſcrecion. No la oyeron razon, que fueſſe en ofenſa de nadie; porque à los preſentes conſolaba, y á los auſentes defendia. Solia divertir las converſaciones en que habia eſte peligro, diciendo: Ahora bien, hablemos de Dios, ú de noſotras miſmas, no nos metamos con los auſentes, que á ellos, y á los difuntos les tengo yo mucha láſtima, porque no pueden reſponder por sí, y de ordinario les cargan bien la mano los progimos. Lo cierto es, que donde me hallare tengo de ſer ſu defenſora. ¡Qué noble condicion! Qué ſanto cuidado! Si aprendieſſemos de eſta doctrina, á no cenſurar en auſencia, á los que de ordinario no oſaramos reprehender en preſencia. Finalmente, las ſantas palabras de la Infanta eran palabras de vida, ſus razones de eſpiritu, ſus converſaciones de edificacion: y aſsi las Religioſas, de eſta honeſta recreacion ſalian entretenidas, y edificadas, porque Dios habia dado á ſu Alteza eſte dón con los demás, de que nadie volvieſſe de comunicarla, ſin conocido aprovechamiento. Gaſtaba muy taſado tiempo en eſtas recreaciones, el que baſtaba ſolo para renovar la caridad con ſus hermanas, y hacer amable la virtud; dando al tiempo, y á la naturaleza lo que les concede la gracia, con tal templanza, y medida, que en todo hallaba la porcion ſuperior mejorados ſus fueros, y la perfeccion nuevos aumentos.

3 Deſde alli ſe iba al Coro, ó al Relicario, á donde la llevaban el Niño Jeſus, y decia: Ahora dégenme ſola, que con eſte Señor no quiero otra compañia. Rezaba algunas oraciones vocales, y luego ſe recogia un rato en oracion mental. Si ſobraba tiempo, hacia alguna obra de manos haſta las tres, y aſsiſtia en las Viſperas con las demás; ó ſi ſe hallaba enferma, las rezaba aquella meſma hora, con gran devocion, en ſu celda, ó en el Relicario.

CAPITULO XII.

LAS AUDIENCIAS QUE SU ALTEZA daba: y como reſplandecia en ellas ſu eſpiritu: y en què ocupaba la noche.

QUien llegáre á guſtar la ſuavidad del Criador, no dejará de ſentir gran diferencia en el trato de las criaturas. Por eſſo los Varones contemplativos buſcan con tanta anſia la ſoledad, y aun en ella ſienten el embarazo que ſe hacen á sí miſmos; de la manera què es priſion el cuerpo del alma, eſte mundo es carcel del cuerpo. El que ſale del mundo á la ſoledad, ſale de una carcel; pero ſe queda en otra: ſolo el alma, que dejando el cuerpo, vuela á ſu Criador, halla entera libertad. Impoſible es en eſta vida vivir ſin criaturas, y aſsi ſe ha de padecer la penoſa cruz de tratarlas, viviendo crucificados en el mundo. El alivio de eſta forzoſa cruz, es conſiderar á Dios en ſus criaturas, porque eſtá tan repartido en ellas, que no ſe podrá conſiderar alguna en quien no ſe hallen reliquias de Dios que venerar; pero eſtán las perfecciones de eſta flor Divina, entre tantas eſpinas de nueſtras imperfecciones, que el meſmo rieſgo ſolicita el recelo, y vá á buſcar á Dios en sí miſmo, abſtrahido de las criaturas. Ninguna mortificacion era para ſu Alteza tan penoſa como la de dár audiencia, y llamabala la hora de la mortificacion. Levantaba los ojos, y el corazon á Dios, quando iba á darla, y decia: Ea, Señor, vamos, pues que Vos lo quereis, á hablar con las criaturas; buena penſion me habeis dejado, en hacerme Hija de mis Padres, ſi me dejaſſen ſer Monja Deſcalza, y encerrada.

2 A las quatro ordinariamente daba la audiencia en la ventana del Relicario: y era coſa eſtraña, que con ſer tan particular ſu contradicion al trato de las criaturas; en hallandoſe en aquel pueſto, ſe le veſtia una caridad, y afecto tan grande de ayudarles, que parecia en ſu agrado, y blandura un Serafin. Recibia á todos con alegria, conſolandolos con benignidad, y ofreciendoles ſu amparo. Dióle particular gracia el Señor, en que nadie ſalieſſe de ſu preſencia ſin conſuelo; porque á los que no podia con las obras, aliviaba con muy dulces palabras, ſiendo refugio

uni-

universal de afligidos. Era cosa admirable, oírla responder, y satisfacer à los sentimientos de los que la hablaban, especialmente á los Embajadores, á quien con grande caridad, y prudencia encargaba, que escribiessen bien á sus Reynos, y Provincias, porque con sus relaciones se conserva la paz. Y en este punto discurria con razones muy eficaces, coronando el servicio de Dios, con la pública conveniencia: como quien sabía, que no podia haber conveniencia pública, sin servicio de Dios. A esta misma hora solia hablar algun rato con su Confesor, ó con personas espirituales, de quien tenia satisfaccion, comunicando materias de espiritu, y oracion, con singular humildad; dando siempre á entender, que no entendia de aquella materia, pero que deseaba saberla. Y con ser assi que hablaba con eminencia, como tan egercitada, quando daba cuenta de algun punto de su espiritu, era con tan rara desnudéz, y desapropiacion, que causaba confusion á quien lo oía; y quedaban enseñados, los que parecia habian de ser Maestros.

3 A las cinco de la tarde, que toca la campana de la Comunidad á la Oracion, dejaba la audiencia, diciendo: Esta es la voz de Dios, y la hemos de obedecer. Tenia oracion á aquella hora en el Coro con las Religiosas, ó en el Relicario, quando estaba indispuesta, y alargaba aquel tiempo del trato con Dios, quanto le era posible; de suerte, que muchas veces lo continuaba con la hora de recogerse en su celda. Entonces se arrodillaba, y con profunda humildad, recibia la bendicion del Santissimo Sacramento. Saludaba al irse con grande ternura, y muy espirituales sentimientos á la Virgen, y á los Santos, que estaban en el Relicario, y en el Coro. Recogida á su celda, hacia el examen de conciencia, que hemos referido; rezaba algunas oraciones, y poniendo su corazon con Dios, se quedaba descansando en su presencia con afectos de amor, hasta que la llamaban á cenar. Era ordinario entonces assistirla algunas Religiosas, por el consuelo que tenian de vér, y oír á su Alteza, que como hoy confiesan, salian entretenidas, y con nuevos alientos de perfeccion. Quando veía, que era hora de recogerse, decia: Recojamonos con nuestro Esposo Jesus, Hermanas, yo me voy á mi casita,

que como hemos dicho, la Llaga del costado
fue el tálamo espiritual de su
Alteza.

CAPITULO XIII.

ORACIONES JACULATORIAS DE SU ALT. en los egercicios ordinarios del dia.

A oracion dá calor á la voluntad, y luz al en miento: de donde nace, que las perſonas qu tan en eſte provechoſo egercicio, ſe hallan mente armadas en las peleas interiores. Son de eſta eſpiritual guerra, diſcurſos breves qu ce el Señor, para convencernos á que abracemos ſus inſpi nes, y no nos apartemos de ſu Ley. La armería, de donde nariamente viſte el Señor al Chriſtiano contra la carne, y l gre, y los Principes de las tinieblas, es la Eſcritura ſagra donde nos dejó quanto hemos meneſter para nueſtro ren y defenſa. En eſte punto fue muy iluſtrada ſu Alteza, por la ofrecido el eſpiritu á la mano, quanto huvo meneſter p fenderſe, y ofender al enemigo. Caminaba todo el dia p paſos naturales al fin ſobrenatural, ofreciendo á Dios co bras del Texto Sagrado quanto hacia. No faltaron perſo rioſas, que le fueron notando eſte egercicio, y ſu Alteza bien las tenia eſcritas en un libro de mano, con otras de nes; y hame parecido ponerlas aqui, y traducirlas, porqu facilmente puedan aprovecharſe las almas.

2 Quando entraba en ſu celda, ó ſe recogia, decia Real Profeta: *Aperite mihi portas iuſtitiæ, & ingreſſus in ea fitebor Domino*: (a) *hæc requies mea*: : *hic habitabo quoniam eam.* (b) Abrid, Señor, las puertas de vueſtra juſticia, entrare por ellas á alabaros: eſte es mi deſcanſo, y eſta he eſcogido por habitacion. Luego que deſpertaba, fomentaba el eſpiritu con que ſe habia comenzado á dormir, con eſtas ſantas palabras del Apoſtol: *Surge, qui dormis, & illuminabit te Chriſtus,* (c) *quia promiſit coronam vigilantibus, & non dormientibus.* (d) Levantate el que duermes, te alumbrará Chriſto, que ofreció ſu corona á los que velan, y no á los que duermen. Quando recibia de nueſtro Señor al-

(a) Pſalm. 117. v. 19. (b) Pſalm. 131. v. 14. (c) Ad Epheſ. 5. v. 14.
(d) Eccleſ. in invitat. Quadrag.

n beneficio interior, ó exterior, volviendoſe á ſu alma, la
: *Benedic anima mea Domino, & noli obliviſci omnes retribu-*
eius. (e) *Gratias agimus tibi pro univerſis beneficijs tuis. Qui*
, & regnas in ſæcula ſæculorum. Amen. Alaba, alma mia, al
r, no quieras olvidarte de ſus liberalidades. Gracias te hace-
por todos tus beneficios, á tí, que vives, y reynas por todos
glos de los ſiglos. Amen.

Quando tocaban á Maytines, ó qualquier otra hora del
, ú Oficio Divino, como ſi oyera la miſma voz de Dios, ma-
andole ſu corazon, decia: *Hoc ſignum magni Regis eſt; ea-*
& offeramus ei aurum, thus, & mirrham. Eſta es la ſeñal del
Rey, vamos, y preſentemosle oro, incienſo, y mirra; que
ir, amor, oracion, y mortificacion. Y en entrando en el
volviendoſe al Señor, le decia: *Introibo in domum tuam, in*
ſtis reddam tibi vota mea, quæ diſtinxerunt labia mea. (f) En-
n tu caſa ſacrificando, y pagaré con el corazon la ofrenda,
ngo ofrecida con los labios. Quando tomaba el Breviario
ezar, ó algun libro eſpiritual para leer, como el Muſico
mpla el inſtrumento para tocarlo, templaba ſu alma, di-
ɔ á Dios con David: *Da mihi intellectum, & diſcam manda-*
: (g) *declaratio ſermonum tuorum illuminat, & intellectum dat*
ſ. (h) Dame luz para que aprenda tus preceptos, la decla-
de tu palabra alumbra, y dá entendimiento á los peque-

En acabando de leer, decia, cerrando el libro: *Beatus*
i fecerit ea, quæ ſcripta ſunt in libro legis Dei. (i) Bienaven-
el que hiciere lo que eſtá eſcrito en el libro de la Ley de

Quando la obediencia le ofrecia algun egercicio penoſo, al qual iba la naturaleza con deſabrimiento; esforzandoſe, decia con San Pedro: *In nomine Jeſu Nazareni ſurge, & ambula:* (j) *quoniam melior eſt obedientia, quàm victimæ.* (k) Y luego ſe esforzaba con las palabras de San Pablo: *Chriſtus factus eſt pro nobis obediens uſque ad mortem.* (l) En el nombre de Jeſus Nazareno, levantate, y camina, que mejor es la obediencia, que el ſacrificio: Chriſto ſe hizo obediente por noſotros haſta la muerte, y muerte de Cruz.

Al

(e) Pſalm. 102. v. 2. (f) Pſalm. 65. v. 14. (g) Pſalm. 118. v. 73.
(h) Ibid. v. 130. (i) Ex Apocal. 1. v. 3. & 21. v. 7. (j) Actor. 3. v. 6.
(k) Reg. 15. v. 22. (l) Ex Epiſt. ad Philipp. 2. v. 8.

5 Al ſubir las eſcaleras, acordandoſe del aſcenſo eſpiritual del alma, decia: *Quis aſcendet in montem Domini, aut quis ſtabit in loco ſancto eius? Innocens manibus, & mundo corde:* (m) *aſcendat oratio noſtra in conſpectu tuo Domine, & deſcendat ſuper nos miſericordia tua.* ¿Quién ſubirá al monte del Señor? O quien eſtará en ſu ſanto monte? el que tuviere limpias las manos, y puro el corazon. Suba, Señor, nueſtra oracion á vueſtra preſencia, y bage ſobre noſotros vueſtra Miſericordia. Al bajar las eſcaleras, acordandoſe de lo que dijo Jeſus al Publicano, decia: *Zachæe feſtinans deſcende, quia in domo tua oportet me manere.* (n) Y luego añadia: *Filius Dei deſcendit de cœlo, & incarnatus eſt de Spiritu Sancto ex Maria Virgine, & homo factus eſt.* Zaquéo, baja preſto que conviene, que hoy me hoſpéde en tu caſa: el Hijo de Dios bajó del Cielo, encarnó por obra del Eſpiritu Santo, y de Maria Virgen ſe hizo Hombre.

6 Quando viſitaba alguna enferma, ó hacia otra obra de piedad, acordandoſe de ſu Eſpoſo, y aplicandole la obra, decia: *Infirmus fui, & viſitaſtis me: : eſurivi, & dediſtis mihi manducare. Amen dico vobis, quód uni ex iſtis minimis feciſtis, mihi feciſtis.* (o) Enfermo eſtuve, y me viſitaſte; hambre tuve, y diſteme de comer: digoos verdad, que lo que hiciſteis con qualquiera de eſtos pequeñuelos, conmigo lo hiciſteis. En ſus tribulaciones, y trabajos, ſe conſolaba con Job, diciendo: *Si bona ſuſcepimus de manu Dei, mala quare non ſuſtinemus?* (p) *Fidelis eſt Deus, qui non patitur tentare ultra id quod poteſtis, ſed facit cum tentatione proventum.* (q) Si los bienes recibimos de la mano del Señor, ¿por qué no hemos de tolerar los males? Fiel es Dios, y no conſentirá que ſeais tentados ſobre vueſtras fuerzas, antes en la tentacion fundarà vueſtro provecho.

7 Si algunas veces llamaba á ſus puertas la impaciencia, y queria pelear con ſu blandura, decia: *Da pacem, & patientiam Domine, ſervo tuo, ne perdam coronam gloriæ, quia tu dixiſti; in patientia veſtra poſſidebitis animas veſtras.* (r) Dá paz, y conciencia, Señor, á tu eſclavo, no pierda la corona de gloria, pues digiſte: En vueſtra paciencia poſſeereis vueſtras almas. Para ſacudir el temor en las adverſidades, decia: *Eſto nobis Domine turris fortitudi-*

(m) Pſalm. 23. v. 3. & 4. (n) Luc. 19. v. 5. (o) Ex Matth. 25. v. 35. 36. & 40.
(p) Ex Job 2. v. 10. (q) Ex 1. ad Corinth. 10. v. 13. (r) Luc. 21. v. 19.

dinis á facie inimici: (f) *nihil proficiat inimicus in nobis, & filius iniquitatis, non apponat nocere nobis. Dominus defensor vitæ meæ á quo trepidabo?* (t) Seais, Señor, torre de nuestra fortaleza, contra la cara del enemigo, el qual no pueda en nosotros, ni el hijo de la maldad se atreva á dañarnos. Señor, ¿si defendeis mi vida, á quién temeré?

8 Si alguna vez la sospecha, ó juicios temerarios querian mancillar su santa sinceridad, se defendia con el Profeta, diciendo: *Cor mundum crea in me Deus, & spiritum rectum innova in visceribus meis.* (u) Y luego añadia con el Apostol: *¿Quis es tu, qui iudicas alienum servum? Domino suo stat, aut cadit.* (x) Cria, Señor, mi corazon en pureza, y espiritu derecho renueva en mis entrañas. ¿Quien eres tú, que juzgas el siervo ageno? Para su amo cae, si cae, su amo le sustenta, sino cae. Quando en el propio conocimiento, queria faltarle la confianza, volviase á Dios, y le decia: *Tu es, Domine, spes mea á iuventute mea: de ventre matris meæ tu es protector meus.* (y) *Qui sperant in Domino, babebunt fortitudinem, assument pennas ut aquilæ, volabunt, & non deficient.* (z) Tú eres, Señor, mi esperanza desde mi juventud, y desde que nací mi Protector. Los que esperan en el Señor tendrán fortaleza, vestiranse de alas, volarán como aguilas, sin conocer fatiga. Contra la pureza espiritual, y repugnancia de la naturaleza, á los egercicios devotos reprehendiendose, decia: *Vadé ad formicam, ó piger, & considera vias eius, & disce sapientiam: quæ cùm non habeat ducem, aut præceptorem, aut Principem, parat in æstate cibum sibi, & congregat in messe quod commedat*: (a) *Maledictus homo, qui facit opus Dei negligenter.* (b) Busca á la hormiga perezoso, considera sus caminos, aprende su sabiduria, no tiene guia, Maestro, ni Principe, previenese en el Verano de trigo, para que coma en el Invierno. Maldito el hombre, que hace las cosas de Dios con negligencia. De esta suerte, no daba paso en esta vida su Alteza, sin acercarse á la eterna.

(f) Ps. 60. v. 3. (t) Ex Psalm. 26. v. 2. (u) Psalm. 50. v. 12. (x) Ad Roman. 14. v. 4.
(y) Psalm. 70. v. 5. & 6. (z) Ex Isai. 40. v. 31. (a) Ex Prov. 6. v. 7. & 8.
(b) Jerem. 48. v. 10. Ex vers. antiq. ap. Sabatier. & ita legit D. Cyprian. lib. 3. Testimon. pag. 315. cap. 30. Paris. 1726.

CAPITULO XIV.

CASOS PARTICULARES DE AQUEL tiempo. Y eſtrecha comunicacion de ſu Alteza, con la Reyna Doña Margarita ſu Sobrina.

CRecia ſu Alteza á la perfeccion, y paſaba el tiempo á la vida. La corte habia vuelto de Valladolid en el año de 1606. y alegrado á Madrid los pios Reyes, Felipe, y Margarita, con dichoſas prendas de ſuceſion. Nació en Valladolid la Infanta Doña Ana, á veinte y dos de Septiembre de mil y ſeiſcientos y uno. Y en el miſmo lugar el Principe Don Felipe, á ocho de Abril de mil y ſeiſcientos y cinco. A diez y ocho de Agoſto de mil y ſeiſcientos y ſeis nació en el Convento Real de San Lorenzo la Infanta Doña Maria; aquel egemplo de virtudes que eſtá mejorando el mundo. Y fueron muy notables las palabras con que el Rey Felipe Tercero explicó eſte contento á la Infanta, diciendo: Doyle el parabien á vueſtra Alteza de otra Sobrina; y para que ſea mas guſtoſo, la hago ſaber, que es un retrato de mi Abuela, Madre de V. Alteza; y fio de Dios, que lo ha de ſer en todo ſemejante. Quien vé hoy reſplandecer en el mundo las admirables perfecciones de la Sereniſsima Reyna de Ungria, y Bohemia, y la Corona del Imperio, que eſtá yá aſpirando á merecer á ſu tiempo, la dicha de ſervir de ornamento à ſus ſienes, como lo fue la Emperatriz Maria, facilmente conocerá, que fueron gobernadas aquellas razones por impulſo mas ſobrenatural, que humano.

2 El año de ſiete, á quince de Septiembre, nació el Infante Don Carlos, y el gozo de eſte naçimiento templó à la Reyna la muerte de la Archiduqueſa Maria ſu Madre, que acabó ſu ſanta vida en la Ciudad de Gratz, á 19. de Abril de 1608. Sintió ſu falta con debido dolor ſu Alteza, por ſer la mas querida de ſus Primas, y haberſe criado juntas en el Palacio del Emperador Maximiliano ſu Padre. El año ſiguiente, á 16. de Mayo en el Eſcurial nació el Infante Don Fernando: y en Lerma, á 25. de Mayo de 1610. la Infanta Doña Margarita, con que ſe fue esforzando el contento en la Reyna, y deſpojando el dolor que le habia cau-

ſa-

ſado la muerte de la Archiduqueſa ſu Madre. Tal es la variedad de los humanos acaecimientos; yá cubren el corazon de luto, yá le alegran, mudando los afectos, con los caſos.

3. Era todo el conſuelo de la Reyna, la Infanta ſu Tia, y Prima, à quien comunicaba ſus guſtos, y con quien aliviaba ſus penas. Deſde que vino ſu Mageſtad de Alemania fueron eſtrechiſsimas amigas, y le conſtaba de los buenos oficios que ſu Tia habia hecho, para que la eligieſſen por Reyna, en competencia de las mayores Señoras del mundo. Concurria con eſto, que como al principio no ſabía la lengua Eſpañola, hablaba en Aleman con ſu Alteza, y le era de mucho deſcanſo. Viſitabala todas las ſemanas, y quando el Rey iba á caza por la mañana, ſe quedaba en las Deſcalzas todo el dia. Llevabale ſus hijos, para que los bendigeſſe; y recibialos ſu Alteza con grande ternura, haciendoles muchas caricias, y enſeñandoles devociones, y ſantos documentos. Querianla los niños con tan particular amor, que no habia apartarlos de ſu Alteza: y el dia que habian de ir á vèr á ſu Tia, era el mas guſtoſo para ellos. De eſta ſuerte, unas miſmas prendas eran de igual gozo á las dos Margaritas, de cuyas virtudes formaban ſu enſeñanza. Raras perſonas ha habido en el mundo, que en profeſiones tan diferentes, ſiguieſſen á un miſmo tiempo con tan igual perfeccion la virtud; porque la Reyna era egemplo de Reynas, y de Religioſas la Infanta. Ayudabanſe con ſanta emulacion, miniſtrando la Reyna á la Infanta ſu amparo, para que egerciraſſe la caridad con ſantas interceſiones con el Rey, y la Infanta á la Reyna ſu fervor, y conſejos, para que en medio del ſiglo hallaſſe á Dios. Era en eſto notable ſu Alteza; y en la gracia con que en las converſaciones, y diſcurſos mezclaba muy ſaludables recuerdos. Refieren, que ſolia ponderar lo que debia á Dios la Reyna, en haberla eſcogido entre tantas Señoras, para tan grande Corona, y en verſe tan eſtimada, y amada del Rey, tan venerada de ſus vaſallos, y con tan dichoſa ſucefion. Pediala que no dejaſſe de agradecer á Dios eſtas mercedes, y continuaſſe los devotos egercicios de ſu vida. Acordabala quan poco duran las felicidades, qué breves ſon los contentos de la vida, animandola, que tuvieſſe ſu teſoro en el Cielo, pues tan preſto acaban los del mundo. Era notable el guſto que ſu Mageſtad tenia de oír eſtas coſas á ſu Tia, y el aprovechamiento, y conſuelo con que las recibia. Deciala: Lo que me huelgo, Señora, de oír eſto

á V. A. que aunque ello es en sí mismo tan cierto; pero quedaseme mas en el corazon quando V. A. me lo dice. Era tan grande el gozo que sentia el alma de la Reyna, quando le estaba hablando de Dios, que muchas veces sin poderlo escusar, vertia devotas lagrimas, y otras en ausencia de su Alteza la hallaban enternecida; y preguntando: ¿Señora, qué tiene V. Magestad? Respondia: Es tan grande el efecto que hacen en mí las palabras de mi Tia, que os asseguro, que no puedo dejar de enternecerme, quando me acuerdo de ellas.

4. No habia cosa que la Reyna no comunicasse á su Alteza, assi de sus egercicios interiores, y devociones, como de los negocios que la tocaban, hallando en todos á un tiempo consejo, y consuelo: Y como veía lo que el Rey estimaba á su Tia, y el gozo de comunicarse que tenian aquellas dos almas; crecia con esto mas la confianza, y se estrechaba la correspondencia. Era la Reyna muy liberal, y amiga de los pobres, y hacianse por su orden muy largos socorros. Nunca venía à vér á su Alteza, sin traherla alguna cosa de gusto, devocion, ó limosna. Un dia le trajo en un lienzo mil escudos de oro, y dijola: Tia; yo quiero que reparta esto entre los pobres, en nombre de entrambas, que V. Alteza conoce mejor las necesidades de la Corte, por haber mas tiempo que está en ella. Dijo su Alteza, que con mucho gusto seria su limosnera; y alli mismo fueron discurriendo en las personas á quien se podia socorrer, remediando aquella tarde en breve tiempo muy largas necesidades. Otra vez la presentó un Niño Jesus adornado de joyas muy ricas, con que su Alteza guarneció los Relicarios del Convento, y benefició la Sacristia. En otra ocasion la llevó una salva, y un jarro de oro de grande precio, y la dijo: Tia, el oro es para Dios, y mejor será que muchos pobres se sirvan de este jarro, y de esta salva, haciendolo vender para esto, que no que me sirva á mí. Todo esto su Alteza con mucha ternura, y devocion lo aplicaba á los pobres, dando orden á Luis de Alarcon, por cuya mano corria este genero de socorros, que luego lo hiciesse reducir á moneda, para que se acudiesse á muchas necesidades de la Corte. De esta suerte su Alteza repartia á la Reyna el tesoro de sus santos consejos; y la Reyna por mano de su Alteza, remediando los pobres, hacia en la Gloria su tesoro.

CA-

CAPITULO XV.

MUERTE DE LA REYNA MARGARITA, y lo que ſu Alteza cuidaba de los Infantes ſus Sobrinos.

NUnca ſe ſobrevive, ſino á las calamidades, porque los gozos vuelan, y ſolo las penas duran. El vivir es contingente, el morir cierto, el vér infelicidades infalible, ó acabar antes de verlas. De aqui reſulta, que aquel que vive mas, á mas heridas ſe expone; pues ha de padecer el morir, ó vér morir á los ſuyos. La eſtrecha amiſtad de las dos Margaritas, tuvo ſu fin en la vida, haſta volverla á cobrar en la eterna con la muerte. Nació en el Eſcurial á veinte y dos de Septiembre, de mil ſeiſcientos y once, el Infante Don Alonſo; y apenas habia tomado poſeſion el gozo de la Corte, con la debida alegria de haber nacido ſu Alteza, quando la ſobreſaltó la pena de la enfermedad de la Reyna, que en breves dias acabó ſu vida á tres de Octubre del miſmo año, ſiguiendola poco deſpues el recien nacido Infante, que ſolo parece que vino al mundo á llevarla; y aſsi juſtamente le llamaron el Caro. Mortificó Dios á Eſpaña con el terrible golpe de quitarle una de las Reynas mas perfecta, que haſta entonces habian conocido los ſiglos. A breve volumen redujo ſu ſanta vida Don Diego de Guzman, ſu Capellan Mayor, que deſpues conocimos Cardenal, y Arzobiſpo de Sevilla; y puedeſe admirar en lo que eſcribió, haber podido acabar. Fue Reyna de vaſallos, y virtudes; el natural admirable, el ánimo piadoſo, la condicion apacible, el ingenio vivo, liberal, y generoſa la mano, en la intencion benigna, y en las reſoluciones prudente, increible el zelo de la Religion, grande el fervor del eſpiritu, adornado con el dón de lagrimas; con que hizo propicio á Dios con ſus Reynos. Cortó enmedio del curſo de ſu vida eſta flor ſu Criador, trasladandola al jardin de la bienaventuranza.

2 Fue el ſentimiento natural de ſu Alteza muy grande, y huvo de aſirſe á la gracia, para poderlo llevar. Veía al Principe y los Infantes niños, que quando empezaban á gozar de ſu Madre, la perdian: al Rey laſtimado de eſte golpe: una compañia

para tan largos años deſtinada, pedída en tan breves dias. Oía las voces de los vaſallos, el clamor de los pobres, el llanto de los Reynos: acudia á Dios, pidiendo fuerzas para el Rey, para ſus Hijos amparo, y para ſus Reynos remedio. Eſcribió á ſu Mageſtad un papel al Eſcurial, luego que murió la Reyna, en el qual con muy vivas razones le ofrecia las que podian ſer de conſuelo: Quanto mas de agradecer era el tiempo que Dios ſe la habia concedido, que de ſentir el haberſela quitado; pues le dió el que baſtó para dejarle tan hermoſa ſuceſion: volvieſſe los ojos á ſus Hijos, y en ellos miraſſe, no el dolor de verlos ſin Madre, ſino el beneficio de tenerlos, eligiendo ſiempre la parte mas ſegura en la ponderacion de eſte ſuceſo. Que yá la Reyna habia vivido para todos, dejando prendas al Rey, y á ſus Reynos: y aſsi holgar debia, que vivieſſe para sí, coronada en Reyno eterno. Tanto mas ampararia deſde el Cielo á ſus Hijos, de lo que poda valerles en la tierra, quanto mas cerca ſe hallaba del verdadero remedio, que es Dios. Que reconocieſſe la merced que recibia de ſu Divina mano; pues fiaba de él, que ſabria llevar un golpe tan grande, y le concedia el merito de eſta pena.

3 Conſolaron al Rey las diſcretas razones de ſu Alteza; y en acabando las honras, fue con el Principe, y la Infanta Doña Ana á las Deſcalzas; porque los Infantes Carlos, Fernando, y Maria eſtaban antes con ſu Alteza. Aſsi como la vió ſu Mageſtad, la dijo: Señora, aqui trahigo á vueſtra Alteza otros dos Hijos mas; recibalos como tales, críelos con los demás, y hagales oficios de Madre, pues tan preſto ha ſido Dios ſervido de llevarles la propia. Enterneciόſe mucho la Infanta al vér aquellos Angeles, conſiderando, qué Madre habian perdído, y la juſta pena de ſu Padre. Alli ſe volvió á renovar el dolor, y ſu Alteza, con eſpiritu, y diſcrecion, á darles nuevos motivos de conſuelo. Deſde aquel dia, el Principe, y ſus Altezas miraban como á Madre á ſu Tia; y el Rey, con la miſma confianza ſe los ſolía dejar. Era coſa notable lo que la Infanta los acariciaba, y ſervia; el gozo, y cuidado que tenia en ſu educacion, y regálo.

4 Querianla ſus Altezas con grande ternura, ſeñaladamente el Principe, á quien viviendo ſu Madre, habia tenido muchas veces conſigo. Siempre que el Rey ſalia de la Corte, enviaba á ſus Altezas á las Deſcalzas, y alli hallaban la Madre que habian

per-

perdído en Palacio. El gozo de ſu Alteza en tenerlos conſigo, era grande, sí bien tal vez no faltaban ſobreſaltos al criarlos en edad tan ſujeta á tantos accidentes de pena. Era muy pequeño el Infante Fernando, y á eſta cauſa con ſu Perſona ſe tenia mas cuidado. Sucedió en una ocaſion, que lo llevaba paſeando ſu Azafata hácia el Refectorio á la hora de colacion, y como ſe acababa el dia, eſtaba eſcuro el pueſto, y divirtiendoſe un poco á hablar la Azafata con otra perſona, dió el niño con el carreton en que iba en una eſquina, y cayó, dando tan fuerte golpe en el ſuelo, que perdió la habla, y penſaron que ſe habia muerto. La Azafata aſsi como cayó ſu Alteza, lo tomó afligida en brazos, y llevólo á la Infanta, diciendo: ¡Ay Señora que trahigo muerto al Infante! Su Alteza, aunque herida de dolor, la conſoló, y la dijo: No tengais pena, que no ſerá nada, dadmelo en los brazos, y yo le pondré en los de Dios, y nos ſacará de eſte trabajo. Hizo que le puſieſſen un remedio, que una Señora que alli ſe halló trahia contra caídas, y de alli á un poco volvió el Infante en sí. Llevaronlo á ſu apoſento, y ſu Alteza toda aquella noche eſtuvo con grande inſtancia rogando á Dios por la ſalud del niño. Fue coſa bien notable, que á la mañana vinieron á decirla, que toda la noche habia dormido muy bien, y que habia amanecido bueno, y ſin ſeñal de golpe. De eſta ſuerte la Infanta aſsiſtia á ſus Sobrinos, mezclando el gozo con el cuidado; y el ſocorro natural con el Divino.

CAPITULO XVI.

MUERTE DEL EMPERADOR RODOLFO, Hermano de ſu Alteza. Y translacion del cuerpo de la Emperatriz ſu Madre.

APenas el tiempo habia templado en ſu Alteza el dolor de haber perdído la Reyna, quando ſe le renovó con las nuevas que vinieron de Alemania de la muerte del Emperador Rodolfo ſu Hermano, que murió en Praga á 22. de Enero de 1612. Fue Principe de excelente natural, el ſemblante Auguſto, la condicion amable, ingenio delgado, y claro. Gobernó el Imperio en ſus primeros años, con general aprobacion, haſta que negando-

ſe

ſe á los negocios públicos, ſe fue dividiendo de ellos, y entregando al retiro, y ſutil averiguacion de las cauſas naturales, Matematicas, y otros egercicios á que ſe aplicó con exceſo. Tuvo grandes diferencias, y diſcordias con ſus miſmos Hermanos, ſeñaladamente con el Archiduque Matias, que le ſucedió en el Imperio, compueſtos yá entre sí; perdonandole con gran generoſidad algunos dias antes que murieſſe. Socorrió con oraciones, y ſufragios el alma de ſu Hermano la Infanta, haciendole decir muchas Miſas, y dando largas limoſnas.

2 Eſte año de doce ſe capituló el Principe de las Eſpañas Don Felipe Quarto, con la Sereniſsima Señora Doña Iſabél de Borbón, Hija del Chriſtianiſsimo Rey de Francia Enrique Quarto, y de la Reyna Maria ſu muger. Y al miſmo tiempo ſe hicieron tambien las Capitulaciones del Rey de Francia Ludovico Decimotercio, con la Sereniſsima Infanta Doña Ana, Hija de los Reyes Felipe Tercero, y Margarita, interviniendo en tan grande acuerdo la Santidad de Paulo Quinto, Padre univerſal de la Igleſia. Para concluir el caſamiento del Principe, envió el Rey con ſus poderes por Embajador á Francia á Ruygomez de Silva, y Mendoza, Duque de Paſtrana, que cumplió en París con la grandeza, y oſtentacion que pedia la Mageſtad de ſu Rey. Concertó en aquella Ciudad el caſamiento del Principe en veinte y cinco de Agoſto, dia dedicado á la ſanta memoria de San Luis Rey de Francia. El matrimonio de la Infanta Doña Ana, con el Rey de Francia, capituló en Madrid, Miercoles á veinte y dos de Agoſto del miſmo año, con poder de ſu Rey, Enrique de Guiſa y Lorena, Duque de Humená, y de Eguillon. De eſtas Capitulaciones reſultaron las felices entregas, y jornada del año de quince; ſaliendo el Rey con ſus Hijos de Madrid haſta Burgos á acompañar á la Reyna de Francia ſu Hija, y á recibir en aquella Ciudad á la Sereniſsima Princeſa Doña Iſabél ſu Nuera. Las fieſtas, circunſtancias, y ſolemnidad de las entregas, y jornada eſcribirán otros en mas propio eſtilo, y materia; baſtame á mi decir el gozo grande que tuvo ſu Alteza, quando habiendo llegado la Reyna nueſtra Señora (entonces Princeſa de Eſpaña) vió en ſus admirables perfecciones, ſubſtituidas las virtudes de la Reyna Margarita, dando debidas gracias á Dios de vér caſado al Principe ſu Sobrino con ineſtimables prendas de felicidad; favoreciendo la Sereniſsima Paincesa á ſu Tia, con tan grandes demoſ-

tra-

traciones, que la obligaba á decir muchas veces á las Religiosas: Os prometo, que me hállo tan consolada de vér á la Princesa, y los grandes dones de que Dios la ha dotado, que veo lleno el vacío que causaba en tal puesto, la muerte de la Reyna Margarita. Esta estrecha, y amorosa correspondencia fue creciendo en estas dos Reales Personas con la comunicacion; que en lo perfecto, el amor cobra mas empeños, quanto más se conoce.

3 Por estos dias puso Dios en el corazon al Rey Felipe Tercero, trasladar el venerable Cuerpo de la Emperatriz Maria su Abuela, á lugar conveniente. Porque al paso que crecia la fama de su santidad, aquellos Imperiales huesos desde la sepultura pedian veneracion. No hay virtudes enterradas, ni fama de perfeccion que se acaba. Deseaba lo mismo la Infanta, como quien conocia el lugar que se debia al tesoro de la Persona Augusta de su Madre. Habiase cumplido con el humilde afecto que tuvo en la muerte, de que la enterrassen sin pompa, pues habia estado sin ella tantos años, y parecia justo trasladarla á memoria mas clara. Señalóse dia para la traslacion, Miercoles, once de Março de mil y seiscientos y quince, y egecutóse con Real aparato. Adornaronse los Claustros, y el Coro del Convento con riqueza, y curiosidad: Asistió el Rey, el Principe, y sus Altezas, y quantos Señores, y grandes Señoras habia en la Corte: Descubrieron el Nobilissimo Cuerpo de la Emperatriz, y habiendo ciento y tres años que estaba enterrado, lo hallaron entero. Que mas allá de la vida, lo reservó Dios de las comunes injurias de la muerte. Mudaronla el habito, y pusieronle luto, con la facilidad que si estuviera viva.

4 Hallóse á todo presente la Infanta viendo en el Cuerpo de su Madre aquellas bebles señas de la bienaventuranza que goza el alma. Pidió á la Abadesa licencia para besarla la mano, y diósela, y arrodillandose su Alteza, se la besó, vertiendo lagrimas de verla tan favorecida de Dios. Pusieron el Cuerpo en su feretro, ricamente guarnecido, y sus Mayordomos del Rey lo llevaron en hombros al Coro. Alli estuvo hasta que se dijo la Misa, que celebró Don Bernardo de Rojas, Cardenal, y Arzobispo de Toledo, con grande musica, y solemnidad. En acabando, se colocó el Cuerpo en un nicho de jaspe, que á este fin se habia hecho en el frontispicio del Coro, al lado de la silla de su Alteza, que aun alli quiso Dios hiciessen compañia estas dos Reales Personas.

nas.

nas. Como la Emperatriz habia deſeado tanto que no la ſacaſſen del Real Convento de las Deſcalzas, pareció á la Infanta buena ocaſion, para pedir al Rey, que tuvieſſe por bien de dár eſte orden, de ſuerte que no ſe pudieſſe egecutar lo contrario; pues aſsi en ſu teſtamento con tan apretadas razones, como á ſu Alteza de palabra lo habia pedido. El Rey ſe lo ofreció, y mandó que deſde luego ſe hicieſſe una urna de jaſpe hermoſiſsima, y ſe diſpuſieſſe aquel venerable lugar, de ſuerte, que no ſe trasladaſſe el Cuerpo Real otra vez. Comenzóſe eſta obra en tiempo de Felipe III. y egecutóſe en el de Felipe IV. como ſe dirá en ſu lugar.

5 Poco deſpues volvió á laſtimar el corazon del Rey la pérdida de ſu Hija Margarita, á quien tiernamente amaba, y en breves años fue á gozar corona eterna. Sintió mucho ſu Alteza la muerte de eſte Angel, porque la queria con grande ternura, y era de admirables partes en tan tierna edad. Sabía el Oficio de Nueſtra Señora de memoria, y ſe hizo cantar el *Nunc dimittis* al morir. Eſcribió al Rey ſu Alteza, conſolandole en eſte trabajo: á quien reſpondió ſu Mageſtad con tal diſcrecion, y eſpiritu, que me ha parecido poner aqui á la letra ſu reſpueſta, para que ſe vea quien gobernaba la mano al formar tan advertidas razones.

SEÑORA.

6 PUes Dios ha ſido ſervido de llevarſe para sí á Margarita, deſpues de pedirle con tantas oraciones ſu vida, es lo mas que nos debe de convenir á todos; y aſsi yo le he dado muchas graçias, por haber cumplido en mí ſu Divina Voluntad; y conſiderando eſto, y en quan poco tiempo ha alcanzado ella, lo que tanto deſeamos, y nos conviene, eſtoy muy conſolado, y contento de tener en el Cielo tal prenda. Béſo las manos de V. Alteza, por lo que me dice á eſte propoſito en ſu papel, y por el ſentimiento que ha tenido de eſte ſuceſo, que es juſto que V. Alteza temple con las conſideraciones que ſabrá hacer, como quien tan hecha eſtá á ellas. Y tambien con vér que tiene una Sobrina mas ante el acatamiento de Dios, que le eſtará pidiendo, é intercediendo por V. Alteza. A todas dé V. Alteza mis encomiendas, por el cuidado que tienen de encomendarme á Dios. El guarde á vueſtra Alteza como deſeo. De Palacio, hoy Domingo 1617.

Buen Sobrino, y Primo de V. A.

YO EL REY.

CA-

CAPITULO XVII.

MUERTE DEL ARCHIDUQUE Maximiliano, y los Emperadores Matias, y Ana, Hermanos de ſu Alteza.

Arga vida, grandes trabajos ofrece. El tiempo que todo lo conſume, iba deſapareciendo á la Infanta los Deudos, y los Hermanos. En eſte año de diez y ocho murió en Viena, en retiro eſpiritual, y pacifico, el Archiduque Maximiliano ſu Hermano, Señor de grande talento, y virtud, y que muchos años en varios ſuceſos ſe gobernó con igual valor, y prudencia. Defendió el Imperio contra el Turco, en las guerras que en ſu tiempo ſe ofrecieron, con esfuerzo increſible, llegando à pelear por ſu Perſona con tan maravilloſa conſtancia, que deſamparado de los ſuyos, renovó la batalla con ſu egemplo, y la venció con ſu ſangre. Llamado de la Nobleza de Polonia, para eligirle por Rey, por la muerte de Eſtefano, reconociendo en ſu Perſona todas las partes de Principe eſclarecido: gobernó eſta empreſa con mayor esfuerzo, que felicidad. Peleó con Sigiſmundo ſu contrario, con adverſa ſuerte; y deſpues de haberla tentado varias veces, cedió á la Voluntad Divina, que en mas ſegura vida, quiſo llevarle á la eterna. Vivió con claros deſengaños en Viena, los poſtreros años de ſu vida, vacando á los negocios públicos, entregado á la contemplacion de los eternos, ſino quando el bien comun le llamaba. Fue egemplar la devocion de eſte Principe: y de ſus egercicios compuſo un liibro de grande edificacion ſu Capellan mayor.

2 De los ſuceſos que mas mortificaron á ſu Alteza, fue la muerte de Maximiliano ſu Hermano, por el ſingular amor que le tenia. Pero eſte dolor no fue ſolo, pues el correo ſiguiente, llegó aviſo de haber muerto la Emperatriz Doña Ana ſu Prima, y poco deſpues el Emperador Matias ſu Hermano en la Ciudad de Viena: en el año de diez y ocho la Emperatriz, y el de diez y nueve el Emperador. Padecieron mas que gozaron eſtos Catolicos Principes el Imperio, y Provincias que Dios les encomendó, por haber ſido tan encendidas las guerras, y diſcordias, y el furor, y veneno Luterano, y Calviniſta ſobre manera inſolente, en

Bohemia, y en los demás eſtados. Sucedió en todos los derechos, y en la defenſa de la cauſa Catolica, el Pio, y Valeroſo Empera dor Ferdinando, paſando á la linea de Carlos Tio de ſu Alteza, la Corona Imperial que tantos años ſe conſervó en la de Maximiliano ſu Padre, de cuyos Hijos ſolo vivia Alberto, ſin tenerlos. Por eſto la caſa de Auſtria de conformidad puſo los ojos, y las eſperanzas en Ferdinando, Principe admirable en valor, eſpiritu, y zelo de la Religion, yá con hijos, y ſuceſion ſegura. Habia deſterrado á los hereges de todos ſus eſtados con esfuerzo, y corazon determinado, poſponiendolo todo por el ſervicio de Dios, y el rieſgo de una guerra muy cruda, por la exaltacion de ſu Fé.

3 Entrò en el Imperio con grandes contradiciones, levantando el Principe de las tinieblas á los hijos del ſiglo, contra eſte fuerte eſcudo de la Igleſia: ¿Mas quien puede contra Dios, que en eſtos tiempos quiſo con eſta coluna ſuſtentar la Fé? Làſtima es que no haya pluma Catolica, que eſcriba las proezas de Ferdinando Ceſar, y que tantos años, y tan claros ſuceſos ſe paſen ſin particular memoria, habiendo de ſer tan utiles á la poſteridad, y mereciendo tanto la fama. En todas eſtas muertes, y acaecimientos moſtraba ſu Alteza ſu eſpiritu, y corazon generoſo, acudiendo á la oracion, á encomendar las almas de ſus Hermanos, y la Religion Chriſtiana. Era de grande edificacion vér el valor de eſta Señora, el fervor, y paciencia con que padecia eſtos golpes, gobernando la parte natural del ſentimiento, con la reſignacion del eſpiritu. Tenia muy particular cuidado de encomendarlos á Dios, diciendo: que no habia coſa mas inutil, que demoſtraciones de dolor en los vivos, que no eran de provecho à los muertos. ¿Qué importa, decia, que llorémos por los muertos, ſino lloramos delante de Dios? Eſſo es llorar nueſtra pena, y no ſocorrerlos á ellos. Quien entró en la Religion, yá ſe murió; ſolo vive para ayudar con oraciones, y ſufragios á los ſuyos. Dios no me quita mis Hermanos, que ha muchos años que ſe los tengo dados, ſolo me priva el conſuelo de tratarlos, y eſto ofrezco yo con guſto à ſu Voluntad Divina.

CA-

CAPITULO XVIII.

TRATA SU ALTEZA DE TRAHER á las Descalzas á la señora Doña Catalina de Este, Nieta de la Infanta Doña Catalina, y del Duque de Saboya: parte aquella señora de Italia, y llega á España.

LOS desengaños que su Alteza tenia de la vanidad del mundo, y quantas penas escusan los que buscan á Dios por el seguro camino de la Religion, le hacia desear que huviesse personas de su sangre que siguiessen este santo instituto; ofrecióle á este deseo muy buena sazon el Principe Filiberto su Sobrino, Valido grandemente de su Alteza, por su prudencia, y vida egemplar. Dijo el Principe á su Tia, que la Princesa de Modena su Hermana le habia pedido tratasse con su Alteza, que tuviesse por bien de admitir en su compañia á la Religion una de sus dos Hijas. Era la Princesa de Modena, Hija del Duque de Saboya, y de la Infanta Doña Catalina, Princesa valerosa, y celebrada en Europa, por una de las mas perfectas, y prudentes de sus tiempos. No llegó á heredar su casa, por haber muerto el Principe su Marido antes que el Duque su Suegro. Y como era tan devota Señora, se correspondia muy estrechamente con su Alteza; escribianse todos los correos, y la Infanta la amaba tiernamente, assi por ser Hija de tal Madre, como por sus grandes virtudes. Recibió muy bien esta platica su Alteza, que el consagrar á Dios mas prendas suyas, era muy conforme á su corazon. Trataronlo con el Rey, pidiendole licencia para ello, y su Magestad, en quien reynaba igual zelo, y piedad, hizo facilmente este gusto á su Tia. Fue grande la alegria del Principe Filiberto, de llevar tan buenas nuevas à la Princesa su Hermana, y de dár á su Sobrina tal Maestra como su Alteza, cuya Religiosa Persona era seminario de tantas virtudes, tesoro de tantas gracias. Quando la Princesa supo, que su Hija estaba recibida en las Descalzas, dió muchas gracias á Dios; y en reconocimiento de este favor, ofreció á Doña Catalina Este, la mayor de las dos Hermanas, de edad de siete años.

2 Dispusose la jornada con la grandeza conveniente á su Per-

Perſona. Tenia en Genova prevenidas las galeras el Principe Filiberto ſu Tio, para que paſaſſe á Eſpaña. Embarcóſe en ellas, y llegó con felicidad á Vinaroz. Era Virrey de Valencia el Marqués de Tabara, Señor de gran punto, cortesía, y liberalidad; y hallabaſe con orden de ſu Mageſtad, para que quando llegaſſe la Señora Doña Catalina á aquel puerto, la recibieſſe con el debido reſpeto. Cumplió puntualmente el orden que tenia el Marqués, y hoſpedó á eſta Señora en el Real de Valencia, y á todos ſus criados, y familia, que era muy lucida, con grandeza, regálo, y oſtentacion. Deſcansó en aquella Ciudad algunos dias, y en ſu amenidad, y freſcura halló facilmente el alivio de tan larga navegacion. Dió aviſo el Virrey á ſu Mageſtad de haber llegado yá á Valencia ſu Sobrina, y alegróſe, porque deſeaba verla, y hacerle al tomar el habito grandes demoſtraciones de favor. Dió orden que continuaſſe ſu viage deſde Valencia á Madrid, y ſu Alteza la eſcribió muy amoroſamente, diciendole el alborozo con que la eſtaba aguardando. Partió de Valencia, y la acompañó la Virreyna al ſalir, y algunas Señoras, y el Virrey con toda la Nobleza de aqella Ciudad; previniendo, que por el camino tuvieſſe muy decente hoſpedage.

3 Caminaba con eſta bonanza, quando á las puertas de Madrid, á viſta del lógro de ſu jornada, nuevo accidente *mudó* el eſtado univerſal de las coſas, y ſuſpendió el llegar al fin deſeado; recibiendo orden de que con toda ſu caſa aguardaſſe en Colmenar de Oreja, á ſeis leguas de Madrid, adonde la Marqueſa de Eſte, con orden del Rey fue á aſsiſtirla, y ſervirla, cumpliendoſe largamente con todo lo neceſario á ſu regálo, y ſervicio.

Y en eſte lugar quedará, haſta que ſuceſo de mayores dependencias deſembaraze ſu entrada.

CA-

CAPITULO XIX.

MUERTE DE FELIPE TERCERO: Piadoso ſentimiento de ſu Alteza, y lo que le ſucedió en eſte caſo.

BREVE ſoplo es la humana felicidad, apenas nos alumbra con ſu luz, quando nos deſengaña con ſu ſombra. Tal fue en Felipe III. noble egemplo de eſta deleznable vida, enmedio de ſu curſo revocada. Lo que en eſte punto ſucedió á ſu Mageſtad con la Infanta, es digno de eſcribirſe, y admirarſe, y que acreditan perſonas que hoy viven, como teſtigos de viſta. Tuvieron eſtas dos almas entre sí eſtrecha correſpondencia; porque anhelaban á un miſmo fin, que es Dios. Habiaſe encargado ſu Alteza de manera con ſu Divina Mageſtad de los buenos ſuceſos del Rey; que dia, y noche inſtantemente eſtaba orando por él. Llegó el año de diez y nueve, en que pareció conveniente, que hicieſſe jornada al Reyno de Portugál; y la Infanta con el anſia de qué todo ſe acertaſſe, acudió á la oracion con mucho fervor, pidiendo á Dios dicha, y acierto en reſolucion tan grave. Dieronle á entender con luz ſuperior á ſu Alteza, que ſerían triſtes los efectos de la jornada, y con la llaneza que hablaba á ſu Mageſtad, le comunicó ſu ſentimiento; ſuplicandole, que tuvieſſe por bien de dilatarla. El Rey reſpondió, que convenia al bien comun egecutarſe, y que aſsi no ſe podia eſcuſar.

2 Volvió ſu Alteza á comunicar con Dios ſu cuidado, y hacerlo propicio con lagrimas, y oraciones; ſiempre le daban á entender lo miſmo, y que de eſta jornada reſultaria perder el Rey la ſalud, y la vida. Dieronle tambien á entender, que digeſſe al Rey ciertos puntos convenientes al ſervicio de Dios. Su Alteza ſe los dijo: y que tuvieſſe por bien de andar ſiempre en eſta jornada, con la ſanta intencion que vivia, de la mayor gloria de Dios; porque ſin duda alguna, ſu Divina Mageſtad queria abreviar ſus dias. Eſtas palabras le dijo en el Relicario, de donde ſe deſpidió el Rey á Portugál. Acabóſe aquella penoſa jornada; y á la vuelta, llegando á Caſarrubios, yá indiſpueſto, le fue afligiendo el accidente, de ſuerte, que ſu Alteza, y todos recelaron,

que

que alli diera fin ſu vida. La Infanta con eſta triſte nueva, ſe puſo á los pies de ſu Eſpoſo; y con lagrimas le pedia, que dilataſſe el plazo á la egecucion de eſte golpe.

3 Hirió los corazones de ſus vaſallos la enfermedad del Rey; y con las mayores demoſtraciones que ſe han viſto, manifeſtaron en lagrimas, y publicos gemidos ſu dolor. Acudieron las Religiones con ſufragios, con clamores el pueblo, en confuſas, y laſtimoſas voces, pidiendo á Dios miſericordia; llevando el ſentimiento de Madrid á Caſarrubios, llorando, y penando por eſſos montes, y caminos. Fue ſervido nueſtro Señor de oír las oraciones del Pueblo; y mejorando de ſalud, llegó á Madrid, convaleció, y luego fue á viſitar á la Infanta. Recibió á ſu Mageſtad con entrañable amor, viendole libre de tan conocido rieſgo. Continuó el Rey las ocupaciones del gobierno de ſu Monarquía; y ſu Alteza los egercicios ſantos de ſu vida. Nunca ſe llegaba á la oracion, que no le puſieſſen delante la muerte del Rey, y con tan claras luces, que no podia defenderſe de conocimiento tan vivo. Hacianla fuerza interior que lo digeſſe al Rey, y ſu Alteza con grande fervor volvia á encomendarlo á Dios, y repetianle las miſmas noticias; y aſsi ſin poderlo eſcuſar, huvo de rendirſe al impulſo.

4 Vino el Rey á viſitarla, y ſu Alteza con mucha diſcrecion le fue llevando á la platica de los deſengaños de la vida, rieſgos, y prevenciones de la muerte. El piadoſo Rey ſe holgaba con eſtas platicas; que ſu devota inclinacion, y coſtumbres, nunca las pudieron eſtrañar; y como veía que hablaba con cuidado, era mayor ſu atencion. Preguntóla ſi tenia alguna coſa que advertirle, que pues ſabía quan eſtrecha correſpondencia habian conſervado tantos años, no habia para que recatarle ningun aviſo. La Infanta le dijo quan claramente le repreſentaban, que ſe acababan ſus dias, y que aſsi ſe fueſſe previniendo, y diſponiendo. Oyó ſin turbacion ſu Mageſtad las palabras de ſu Alteza. Y deſpues de haber hablado en otras coſas, al deſpedirſe en el Relicario, eſtando en pie la dijo: Al fin, Señora, me he de morir preſto? Y reſpondió la Infanta: dentro de eſte año; vueſtra Mageſtad ſe diſponga.

5 Paſaron algunos meſes, y luego fue deſcaeciendo la ſalud del Rey, y brevemente á dar indicios mortales ſu enfermedad. Envió á decir á la Infanta con el Padre Fray Baltaſar de los An-

ge-

geles, que fue Provincial de la Provincia de San Joſeph, y ſu Confeſor, que pues le habia aviſado de ſu muerte, le ayudaſſe en ella, y deſpues á ſu alma con oraciones, y ſufragios. Pero no neceſitaba de eſte recuerdo el cuidado de ſu Alteza, que no ſe apartaba un punto del Coro, pidiendo á Dios por el Rey. Al fin llegó el plazo determinado á ſus dias, y murió en ſu Real Palacio á treinta y uno de Marzo de mil y ſeiſcientos y veinte y uno, con llanto univerſal de ſus Reynos, por ſer Principe de ſantas coſtumbres, claro entendimiento, corazon Real, intencion recta, condicion benigna. Gobernó ſus Reynos mas de veinte años con pacifica mano, manteniendo en juſticia á ſus vaſallos, moderando los poderoſos, y ſocorriendo á los pobres. Libró á Eſpaña del domeſtico recelo en que la tenian los convertidos de Africa, limpiandola felizmente de eſta infame ſangre con ſu expulſion. Ganó algunas fuerzas en Berberia; y en Italia ſus Armas pelearon con valor, vencieron con benignidad, dando con largueza lo que habian adquirido con ſangre. Dichoſo en la ſuceſion de quatro Hijos, Felipe, Carlos, Fernando, y Alonſo, y tres Hijas, Ana, Maria, y Margarita. Vió los cinco crecer à claras, y felices eſperanzas, y á ſus dos Hijos mayores, dichoſamente enlazados con el vinculo del matrimonio. Fue mágnanimo en las acciones de Rey, y pio en las de Chriſtiano; egercitando en heroyco grado las virtudes, zelo ardiente en la Fé, pureza en la caſtidad, vigor en la juſticia, amor á la penitencia, y el temor á Dios, en medio del corazon. Decia comunmente, que no le parecia, que habia Chriſtiano, que oſaſſe dar los ojos al ſueño hallandoſe en conciencia de pecado mortal. Lejos eſtaria de hacer, lo que otros no creía que obraban.

6 Por muerte del Rey, ſucedió de diez y ſeis años de edad en la herencia de un Mundo, compueſto de muchos Reynos, Felipe Quarto ſu Hijo, á imitar las virtudes de ſu Padre, y á dar en mas belicoſo tiempo materia tan noble, que por no baſtar á explicarla la pluma, es bien que la refiera el ſilencio, y la veneracion.

CA-

CAPITULO XX.

BREVE CON QUE EL PONTIFICE explica à ſu Alteza el ſentimiento de la muerte de Felipe Tercero. Y otras cincunſtancias de eſte caſo.

FUE la muerte del Rey de grande mortificacion para ſu Alteza; porque le faltó en ſu eſpiritual correſpondencia uno de los mayores conſuelos que tuvo en ſu vida. Hizo util eſte ſentimiento al alma del difunto con ſufragios, y fervoroſas oraciones; caſtigando riguroſamente ſu cuerpo, á intento de que Dios tuvieſſe en ſu gloria al Rey, y abreviaſſe el termino á las penas, que ſuelen dilatar el gozo eterno. Nadie por ſanto que ſea dége de temer purgar en la otra vida los defectos que ha cometido en éſta; que es delgada, y riguroſa la cuenta, donde los penſamientos ſe regiſtran, y el leve mirar cenſura, tanto mas á los Reyes poderoſos, que quanto mas les dieron, mas les piden. Aſsi como murió Felipe III. ſe recogieron al quarto de la Emperatriz en las Deſcalzas la Reyna nueſtra Señora, y la Infanta D. Maria, y hallaron en ſu Alteza el mayor alivio que pudieron tener en *tal* pena. Fue el ſentimiento de la muerte del Rey univerſal en toda la Chriſtiandad, Principe Pacifico, y por tantas cauſas digno de vida. Explica bien el grave dolor de eſta pérdida el Pontifice Gregorio Decimoquinto, en el Breve, que en eſta ocaſion envió á ſu Alteza con el Arzobiſpo de Tebas, Nuncio extraordinario, en que con paternales lagrimas llora ſu muerte, y enſalza ſu vida.

DI-

DILECTÆ IN CHRISTO Filiæ Nobili Mulieri, Sorori Margaritæ á Cruce, Sanctimoniali.

GREGORIUS PAPA XV.

2 *Dilecta in Christo Filia, Nobilis mulier. Salutem, & Apostolicam benedictionem. Negare sané non possumus, quin nobis adeò acerbus acciderit obitus, Charissimi in Christo filij nostri Philipi III. Hispaniarum Regis, ut ex oculis nostris uberes lachrymas elicuerit. Non enim cor nostrum lapideum, neque fortitudo anea fortitudo nostra. ¿Quis enim contendere audeat nobis maximam doloris causam obiectam non esse eo Principe moriente, quem Christianæ pietatis exemplar, Pontificiæ auctoritatis præsidium, atque Italicæ pacis munimentum fuisse consentiens, omnium populorum vox semper testabitur? Sed profectò non est, cur ipsius causa magnopere doleamus, qui consolationes, è cælo usque petitas usurpare Christiani homines possumus. Is enim emori desijt ea die, qua mortem oppetijt; nam eam cum vivens continenter timuerit, tunc fœliciter vicisse credendus est, cùm è vita demigravit: quid ni? Cum Princeps tot veteris, novique Orbis Provincijs imperitans, cujus Imperio Sol nunquam occidit, tum demùm triumphare sibi videretur, cum Christi, per quem Reges regnant, passionem proprio animo, circumferens, á mortali corpore pœnas humanæ fragilitatis pia sævitia repeteret. Hæc dum commemoramus, in eius præsentem fœlicitatem oculos lacrymis suffusos adijcimus, atque inde dolori nostro non modicum profectó solatium quærimus. Iam verò gaudemus ei successorem obtigisse, non minus paternæ pietatis, quàm Imperij hæredem: cuius potentiam spes est, ut absque dubio maximum totius Europæ decus, ita præcipuum Catholicæ Religionis præsidium fo-*

re. Hunc ei paterni animi nostri sensum non ita pridem Apostolicis litteris significavimus: tamen cum decère visum fuerit ob id istuc Apostolicum Nuntium legare, selegimus venerabilem Fratrem Josephum, Archiepiscopum Thebanum, Præsulem genere nobilem, virtutibus insignem, Austriacæ domui, non solum subiectum, sed etiam spontè addictissimum. Ab eo literas has nostras accipies, qui tibi nostro nomine Apostolicam benedictionem impartiens, paternam charitatem, qua te Regia nobilitate in terris clarissimam, Christiana vero pietate cælo maximé gratam in visceribus Jesu-Christi peramanter complectimur, significabit. Ei ergo, per inde ac nobis ipsis, credes, cui si authoritate, qua polles, ubi usus venerit, suffragaberis, Sedi Apostolicæ pietatem, observantiamque tuam eo officij genere luculentissimè declarabis. Dat. Rom. apud Sanctam Mariam Maiorem, sub Annullo Piscatoris, die 27. Octobris 1621. Pontificatus nostri anno primo.

Joannes Ciampolus.

Que traducido, dice assi:

A LA AMADA EN CHRISTO Hija, Noble Señora, Margarita de la Cruz, Religiosa.

GREGORIO PP. XV.

3 AMada en Christo hija, Noble Señora. Salud, y Apostolica bendicion. No podemos negar, que nos ha sido tan grave el dolor de la muerte de nuestro Carissimo Hijo Felipe Tercero, Rey de las Españas, que con tiernas lagrimas le habemos llorado. No es nuestro corazon de piedra, ni de bronce nuestra fortaleza, para poder facilmente resistir tal pena. ¿Quièn puede dejar de sentir la muerte de un Principe reconocido, con aclamacion universal de las gentes,

por

por vivo egemplar de la piedad Chriſtiana? Por noble preſidio de la Sede Apoſtolica? Por fundamento firme de la paz de Italia? Y no lloramos por ſu cauſa, que mayores conſolaciones podemos conſeguir del Cielo, que nos podia dar en la tierra. Poderoſa es, y fuerte ſu mano, pues podemos creer que hoy vive, y reyna difunto, por haber dejado de morir en el miſmo dia que acabó de vivir; que quien tan preſente tuvo la muerte viviendo, decirſe puede, que triunfó de la muerte. O rara virtud! Un Principe de tantas Provincias en el antiguo, y nuevo Orbe, cuyo Imperio vá rodeando el Planeta mayor de la luz, hallarſe tan deſocupado á las coſas del alma, que continuamente meditaſſe en la Paſion de Chriſto, por quien reynan los Reyes, y los defectos de la humana fragilidad, con penitente, y ſanto rigor, en ſu miſmo cuerpo caſtigaſſe! Quando nos acordamos, y delante de los ojos, de llorar canſados, ponemos la felicidad de que goza, templamos en parte la pena. Y tambien nos holgamos que haya ſucedido en ſu Real Trono Felipe Quarto ſu Hijo, no ſolo al Gobierno univerſal de tantos Reynos, ſino á la imitacion ſanta de tantas virtudes, eſperando de ſu valor, que no ſolo ha de ſer ornamento de Europa, ſino de la Religion Chriſtiana, valeroſa defenſa. Eſta cierta, y ſegura confianza, por nueſtras Apoſtolicas Letras le habemos ſignificado, entretanto, que con nueſtro Nuncio Apoſtolico, el Venerable Hermano Joſeph, Arzobiſpo de Tebas, le enviabamos con vivas razones á explicar nueſtra pena. A eſſo ſolo parte de eſta Corte eſte Prelado, varon en linage Noble, en las virtudes Inſigne, de la Caſa de Auſtria, no ſolo por ſu naturaleza vaſallo, ſino por ſu inclinacion, de cuyas manos recibirà vueſtra Nobleza eſte Breve, y dandole en nueſtro nombre la Apoſtolica bendicion, la declarará la caridad paternal con que la abrazamos, por tantas cauſas venerada en la tierra, y por tantas amparada del Cielo. Tambien la rogamos, que en quanto de nueſtra parte le comunicàre, de credito, como à nueſtra miſma Perſona, y los negocios que tratáre con el Rey Catolico, hallen en vueſtra benignidad el amparo que acoſtumbran ſiempre los de la ſanta Sede. Dada en Roma, en San-

zon el alma á quien habia conſagrado el cuerpo; y que ordenaſſe á eſte fin todas las acciones de eſta vida. Eſte es el conſejo mas importante, y el negocio que mas debemos imprimir en noſotros: buſcar el Reyno de Dios, todo lo demas es menos. Enſeñabala tambien, que ſe egercitaſſe en la oracion vocal, y otras oraciones que la niña aprendia, y obſervaba con grande aprovechamiento. Era Sor Catalina de ingenio vivo, de condicion agradable, facil á aprender, conſtante en conſervar aquello que la enſeñaban. Con brevedad ſupo la lengua Eſpañola, y la Latina, y eſcribia excelentemente; ſiendo el cuidado de ſu Alteza eſtremado, en que no huvieſſe coſa que no la enſeñaſſen con gran perfeccion. Aficionóſe ſumamente á eſtar ſiempre con ſu Tia, y eſta parte fue de las mas importantes para ſu aprovechamiento. Deciala algunas veces la Infanta: Niña, vete á entretener con las otras niñas de tu edad; y reſpondia con mucha viveza, y grandes demoſtraciones de amor: Señora, mis entretenimientos ſon eſtar con vueſtra Alteza, y eſta es mi mayor fieſta, y holgaria yo harto que lo entendieſſe vueſtra Alteza aſsi. Como la Infanta era tan ſierva de Dios, y veía aquel amor, y blandura, y quan apriesa crecia á la Religion eſta eſpiritual planta, no puede explicarſe baſtantemente ſu contento.

3 Con los ſantos documentos de ſu Alteza, fue ſeñalandoſe en la virtud, y perfeccion Sor Catalina, de ſuerte, que todos concibieron ſeguras eſperanzas de que habia de ſer en la Religion Chriſtiana Lucero clariſsimo, que alumbraſſe con claros deſengaños al mundo. Fue coſa maravilloſa el guſto con que ſe aplicaba á los egercicios de la Religion; tan contenta, y alegre, tan hallada, y guſtoſa, que ſolía decir: que no habia coſa, porque en eſta vida quiſieſſe trocar ſu ſuerte. Algunos años deſpues que tomó el habito, llegó á Madrid el Arzobiſpo de Tarantaſia, Embajador del Duque de Saboya, con orden del Duque, y de los de Modena, de ſaber cómo lo paſaba en la Religion, y que les llevaſſe de eſto muy particulares noticias. Habló el Arzobiſpo á ſolas á Sor Catalina Maria algunas veces; y preguntóle con notable inſtancia, ¿ſi neceſitaba de algun conſuelo? Si deſeaba vér á ſu Madre, y ſu Patria, ó ſe hallaba triſte con ſu auſencia? Referia el Arzobiſpo con admiracion los particulares dones con que Dios tenia adornada aquella alma, y las vivas, y entendidas razones con que le reſpondió en la materia de ſu vocacion, quan

guſ-

CAPITULO XXI.

CONTINUASE LA ENTRADA de la Señora Doña Catalina de Eſte, en el Convento Real de las Deſcalzas, donde tomó el habito de Santa Clara.

SOſegado yá eſte inquieto mar de felicidad humana, á tantas borraſcas ſujeto, en la nueva ſucceſion de los Reyes, habiendo dado forma el Sereniſsimo Felipe IV. en el deſpacho univerſal de todo lo ocurrente á ſu Imperio; le pidió ſu Alteza, que tuvieſſe por bien de que ſe executaſſe la entrada de la ſeñora Doña Catalina, que ſe habia ſuſpendido algunos meſes, por la muerte de Felipe III. y ocupaciones forzoſas del Rey, habiendo eſtado entretanto aquella ſeñora decentemente aſsiſtida, y ſervida en Colmenar de Oreja. Condeſcendió facilmente ſu Mageſtad en la interceſion de ſu Tia: dió orden, que los Marqueſes de Eſte, con acompañamiento muy lucido de Grandes, y Señores, la trageſſen á las Deſcalzas. Apeóſe en el quarto de la Emperatriz, y alli la recibieron, y honraron mucho la Reyna nueſtra Señora, y la Infanta Doña Maria, donde ſe hallaban tambien el Rey, y los Infantes, que habian venido de San Geronimo á eſto; ſi bien el Señor Infante Don Fernando ſe hallaba en el quarto de las Deſcalzas con ſu Hermana.

2 Eſtaba prevenido todo lo neceſario, para que aquella miſma tarde ſe le dieſſe el habito; y aſsi como llegaron ſus Mageſtades, y Altezas, la entraron en el Monaſterio, y la preſentaron á la Infanta ſu Tia, que la recibió con entrañas de verdadera Madre. Lunes Santo del año de 1622. recibió el humilde habito de Santa Clara, con ſeñalado eſpiritu, y fervor, tomando por nombre, Sor Catalina Maria. Deſde eſte punto ſe deſtinó ſu Alteza por Maeſtra eſpiritual de eſta ſeñora, que en ocho años de edad habia anticipado ſu dicha, conſagrandoſe á Dios. Fue de grande guſto á ſu Alteza el criar eſpiritualmente eſta alma, y comunicarle ſu fervor con nobles documentos, iluſtrando aquella voluntad, y entendimiento en las primeras, y ſuſtanciales noticias. Enſeñabala ſu Alteza á referirſe á Dios, y á entregar de todo cora-

zon

mandum eſt, te in iſtud ſanctimoniæ diverſorium á Deo eſſe ſecretam, ut pietas tua Eccleſiæ ſalutaris, atque iniquitati formidoloſa ſit. Id autem contingit, ſi religioſis ſupplicationibus æternum mundi Arbitrum iſtis Regnis conciliaverit Nobilitas tua, omnemque, qua apud Catholicum Regem pollet, authoritatem ad Apoſtolicæ ditionis fines proferendos cotulerit, de illorum ſenténtijs triumphans, qui inania meditantes Divini cultus incrementum á Regnorum felicitate ſeiungunt. Ad quam gloriam te hortamur in præſentia, in eius te poſſeſsionem iampridem verſari comperimus. Quare in paternis his admonitionibus laudes ſuas agnoſcere poterit Nobilitas tua. Quanti autem te faciamus, qui has litteras deferet, idem tibi luculenter teſtabitur venerabilis frater Innocentius Epiſcopus Britonorienſis, Prælatus noſter domeſticus, & Aſsiſtens. Iſtuc enim proficiſcitur, ut noſtrum, & Apoſtolicæ Sedis Nuntium Ordinarium agat, cum venerabilem fratrem Alexandrum Patriarcham Alexandrinum Romam redire cupiamus, alios ex eius præſentia fructus percepturi. Apoſtolicam Nobilitati tuæ benedictionem deferet Epiſcopus Britonorienſis, cui Pontificia negocia obeunti fidem perinde, ac Nobis habere poteris, eaque, qua flores, authoritate ſuffragaberis Præſulem genere nobilem, ingenio præcipuum, diuturno rerum uſu fidei, ac prudentiæ laudem adeptum egregiæ Nobis artes commendarunt, quæ illi haud difficultèr favorem conciliaturæ ſunt Nobilitatis tuæ. Certè in Catholicam Religionem ea beneficia conferentur, quibus Nuntium hunc Auſtriaco nomini addictum, Nobiſque gratiſsimum affeceris: ille enim ſuæ nobilitatis gloriam in Apoſtolicæ ditionis iuribus tuendis, & Divini cultus amplificatione conſtituit. Datum Romæ apud Sanctam Mariam Maiorem ſub Annullo Piſcatoris, die vigeſima quarta Junij, milleſimo ſexcenteſimo vigeſimo ſecundo. Pontificatus noſtri anno ſecundo.

Joannes Ciampolus.

Que traducido al ſentido, dice aſsi:

A LA AMADA EN CHRISTO Hija, Noble Señora, Sor Margarita de la Cruz, Religioſa, Tia del Rey Catolico.

GREGORIO PP. XV.

AMada en Chriſto, hija, y Noble Señora. Habiendo vueſtro Real corazon preferido la pobreza, á las riquezas, y la celda Religioſa, á los Auguſtos Alcazares, para ſeguir la vandera de la Cruz, no neceſito de encargaros, que ayudeis la cauſa del Señor con las armas que ſervìs. Aplicanſe bien á vueſtra Nobleza las palabras de Eſaías: Puſome el Señor como ſaeta eſcogida, y en ſu aljaba me eſcondió. Las ſaetas arman mas, que adornan al ſoldado, ſacalas á ſu tiempo del aljaba, para defender al amigo, y para herir al contrario. Aſsi es de creer, que os ha retirado Dios en eſte ſanto Convento, para que vueſtra piedad ſea muy ſaludable à la Igleſia, y á ſus enemigos eſpantoſa. Eſto ſucederá, ſi procurarédes con vueſtras fervoroſas oraciones aplacar al Eterno Arbitro, para que mire benignamente ſus Reynos, egercitando aſsimiſmo vueſtra noble interceſion, y Autoridad con el Catolico Rey, diſponiendole, á que dilate los terminos de la Sede Apoſtolica, haciendola triunfar de los que con penſamientos, y conſejos vanos, ſeparan del culto divino la temporal felicidad. A la gloria de eſta accion os exhortamos, pues nos conſta de lo que vueſtra Nobleza ha hecho en ocaſiones como eſta. La ſatisfacion que de eſto tenemos, conocereis en las paternales razones que os eſcribimos, y las dignas alabanzas con que las mezclamos: quanto eſtimamos vueſtra Perſona, os dirá el Venerable Hermano Inocencio, Obiſpo Britonoricenſe, Prelado, y Aſsiſtente nueſtro, que lleva eſtas lerras: parte de aqui, para que ſea nueſtro, y de la Silla Apoſtolica Nuncio ordinario, por-

CAPITULO XX.

BREVE CON QUE EL PONTIFICE explica à ſu Alteza el ſentimiento de la muerte de Felipe Tercero. Y otras cincunſtancias de eſte caſo.

FUE la muerte del Rey de grande mortificacion para ſu Alteza; porque le faltó en ſu eſpiritual correſpondencia uno de los mayores conſuelos que tuvo en ſu vida. Hizo util eſte ſentimiento al alma del difunto con ſufragios, y fervoroſas oraciones; caſtigando riguroſamente ſu cuerpo, á intento de que Dios tuvieſſe en ſu gloria al Rey, y abreviaſſe el termino á las penas, que ſuelen dilatar el gozo eterno. Nadie por ſanto que ſea dége de temer purgar en la otra vida los defectos que ha cometido en éſta; que es delgada, y riguroſa la cuenta, donde los penſamientos ſe regiſtran, y el leve mirar cenſura, tanto mas á los Reyes poderoſos, que quanto mas les dieron, mas les piden. Aſsi como murió Felipe III. ſe recogieron al quarto de la Emperatriz en las Deſcalzas la Reyna nueſtra Señora, y la Infanta D. Maria, y hallaron en ſu Alteza el mayor alivio que pudieron tener en tal pena. Fue el ſentimiento de la muerte del Rey univerſal en toda la Chriſtiandad, Principe Pacifico, y por tantas cauſas digno de vida. Explica bien el grave dolor de eſta pérdida el Pontifice Gregorio Decimoquinto, en el Breve, que en eſta ocaſion envió á ſu Alteza con el Arzobiſpo de Tebas, Nuncio extraordinario, en que con paternales lagrimas llora ſu muerte, y enſalza ſu vida.

DI-

DILECTÆ IN CHRISTO Filiæ Nobili Mulieri, Sorori Margaritæ á Cruce, Sanctimoniali.

GREGORIUS PAPA XV.

2 *Dilecta in Christo Filia, Nobilis mulier. Salutem, & Apostolicam benedictionem. Negare sané non possumus, quin nobis adeò acerbus acciderit obitus, Charissimi in Christo filij nostri Philipi III. Hispaniarum Regis, ut ex oculis nostris uberes lachrymas elicuerit. Non enim cor nostrum lapideum, neque fortitudo ænea fortitudo nostra. ¿Quis enim contendere audeat nobis maximam doloris causam obiectam non esse eo Principe moriente, quem Christiana pietatis exemplar, Pontificiæ auctoritatis præsidium, atque Italicæ pacis munimentum fuisse consentiens, omnium populorum vox semper testabitur? Sed profectò non est, cur ipsius causa magnopere doleamus, qui consolationes, è cælo usque petitas usurpare Christiani homines possumus. Is enim emori desijt ea die, qua mortem oppetijt; nam eam cum vivens continenter timuerit, tunc fœliciter vicisse credendus est, cùm è vita demigravit: quid ni? Cum Princeps tot veteris, novique Orbis Provincijs imperitans, cujus Imperio Sol nunquam occidit, tum demùm triumphare sibi videretur, cum Christi, per quem Reges regnant, passionem proprio animo, circumferens, á mortali corpore pœnas humanæ fragilitatis pia sævitia repeteret. Hæc dum commemoramus, in eius præsentem fœlicitatem oculos lacrymis suffusos adijcimus, atque inde dolori nostro non modicum profectó solatium quærimus. Iam verò gaudemus ei successorem obtigisse, non minus paternæ pietatis, quàm Imperij hæredem: cuius potentiam spes est, ut absque dubio maximum totius Europæ decus, ita præcipuum Catholicæ Religionis præsidium fo-*

centemente aſsiſtida. Admitiólo el Rey, pero murió antes de poderlo egecutar, y aſsi ſe continuó eſta platica con el Rey nueſtro Señor (Dios le guarde) que con mucho guſto dió ſu beneplacito. Pidió ſu Alteza al Emperador Ferdinando ſu Primo, que mandaſſe ſacar del Monaſterio á ſu Sobrina, y llevarla á Palacio, para que alli ſe diſpuſieſſe mejor ſu jornada. El Emperador lo puſo en egecucion, dando orden que en todo ſe cumplieſſen las que ſu Prima dieſſe, y recibió á la Marqueſa en ſu caſa con mucho agrado, y amor. Platicóſe en Eſpaña, y Alemania, particularmente con ſu Alteza en qué forma ſe habia de hacer la jornada, por eſtar la guerra viva en el Norte, y poco ſegura Italia. Pareció lo mas conveniente, conſiderada ſu tierna edad, y la ocurrencia de los tiempos; que vinieſſe deſconocida haſta Eſpaña, acompañada de criados de confianza, y con el numero baſtante para ſu regalo, y ſervicio.

3. Partió de Viena, viniendo por el camino, ocultando las demoſtraciones que podian manifeſtar ſu grandeza. Avisó á la Infanta el Ceſar, que habia partido ſu Sobrina; y ſu Alteza, con el anſia que tenia de que llegaſſe, y verla Eſpoſa de Chriſto, comenzó para eſte efecto à diſponer las verdaderas diligencias, haciendo decir gran numero de Miſas, y que perſonas muy ſantas lo encomendaſſen á nueſtro Señor, no dejando inſtante ſin pedirle, que la trageſſe con bien. Hallabaſe con interior ſentimiento de los peligros que habia de padecer la Marqueſa: y enmedio de eſta pena, con firme eſperanza, que la libraria Dios de ellos. Pasó por Alemania, é Italia con felicidad; y embarcóſe en Genova, en donde habia orden del Rey, para que le tuvieſſen prevenido acomodado, y ſeguro paſage, y la ſirvieſſen como convenia á Perſona de tal grandeza, y ſangre.

CA-

CAPITULO XXIII.

EMBARCASE LA MARQUESA DE AUSTRIA en Genova. Y lo que padeció haſta deſembarcar en Barcelona.

EMbarcóſe en Genova la Marqueſa de Auſtria en tres galeras, con toda ſu familia, y con ellas navegó la coſta de Italia, y Francia, y el Golfo con felicidad. Llegó á reconocer á Eſpaña, creyendo todos haber ſalvado el peligro, con verſe fuera de aquel breve pielago de tantos naufragios. Mas en eſte punto le ſalteó cuidado mayor, reconociendo una eſquadra de galeras de Turcos, que tomandoles la vuelta de la tierra, enderezaban las proas á la preſa, que ſe les iba viniendo á las manos. Eran las galeras de Biſerta, que infeſtan áquellas coſtas, y tienen hecho aſſiento de andar en corſo, librando ſu ganancia en la agena pérdida, y ſervidumbre. Reconocieron nueſtras galeras el rieſgo, pocas combatidas de muchas, ſin tiempo, ni diſtancia para ſalvarſe, con deſiguales fuerzas para reſiſtirſe. Daban caza apriesa los Turcos, cañoneando tan de cerca á los nueſtros, que apenas perdian tiro.

2 Era ſin duda miſerable coſa oír las voces, y afliccion de los navegantes, viendoſe tan cerca de ſervidumbre tan dura. Pedian á Dios, que les ayudaſſe, y con entrañables deſeos ſe ofrecian á votos, y peregrinaciones. La Marqueſa Dorotéa, y toda ſu familia temia tan conocido peligro, conſiderandoſe yá en manos, no ſolo de enemigos, ſino infieles, y barbaros, deſpues de tan largo viage, á viſta del puerto de Eſpaña. El Cabo de las galeras era hombre de valor, y animaba á los ſoldados, y paſageros, que murieſſen en la defenſa, antes de verſe en tan miſerable cautiverio. Habianle deſcubierto quien era la Perſona Real qué llevaba, quando embarcó en Genova, porque con mayor cuidado acudieſſe á ſu ſervicio: y como hombre de mar, y mas militar, que politico, viendo que aquella Niña habia de ſer deſpojo de los barbaros, ſe reſolvió de echarla á la mar, pareciendole menor inconveniente, que aquel Angel acabaſſe en las ondas, que reſervarla à tan indigno ſuceſo. Eſtaban yá tan cerca los Turcos de

nueſ-

nueſtra galera, que ſe reconocian los roſtros, defendiendoſe los Chriſtianos, con mayor esfuerzo, que eſperanza.

3 En eſte tiempo Dios (que ſin duda oía las oraciones de ſu Alteza en las Deſcalzas, y de los navegantes en el mar) en un inſtante, con aquella providencia, á nueſtra naturaleza impoſible, y facil á ſu poder, los libró de eſte peligro con otro; porque antes que los enemigos pudieſſen abordar nueſtras galeras, y rendirlas del todo, fue refreſcando el tiempo, y los vientos con tanta furia embraveciendo las ondas, que yá el enemigo cuidaba mas del propio remedio, que del daño ageno. Envió Dios tempeſtad tan deshecha, que ni eran utiles los remos, ni podian gobernarſe las velas; con que ſe fueron dividiendo unas galeras de otras, ſin poder hacer mas que defenderſe del tiempo. Fue increíble el gozo de los Chriſtianos, quando ſe vieron con tan impenſado remedio, libres de tan evidente peligro, teniendo por mas piadoſo al mar, que al enemigo. Creció la tempeſtad, y los vientos, de ſuerte, que deſaparejaron la galera en que venía la Marqueſa, y rompieron el arbol mayor, llevando las ondas aquel deſdichado leño de una parte á otra, ſin poder ſer gobernado. Abrieron los golpes de la mar los coſtados de ſuerte, que hacia mas agua de la que podia vaciar la diligencia humana, con que ſe iba apique ſin remedio. Llevóles la furia de los vientos hácia la coſta de Barcelona, con tan grande violencia, que llegaban á temer mas la tierra, que el mar. Era de grande láſtima verſe tan cerca de la coſta, temiendola, y á viſta de Eſpaña, guardarſe de Eſpaña, quien de tan lejos la venía á buſcar. Los golpes del mar entraban yá francamente en la galera, y habianſe llevado algunos navegantes las ondas: otros creyendo ſalvar el peligro nadando, perecieron en el miſmo remedio que buſcaban.

4 Llorába la deſconſolada Princeſa amargamente, y decia: Si mi Tia la Infanta MARGARITA ſupiera que yo habia de morir tan miſerablemente, no me huviera ſacado de la Corte de Viena; pero pues Dios lo ha querido aſsi, cumplaſe ſu voluntad. Reconocieron deſde la coſta los Catalanes, que era galera del Rey la que ſe hallaba en aquel naufragio; y aſsi ſalieron barcos de peſcadores, y otra gente á la mar, para vér ſi podian darles cabo, y ſocorrerlos. La mar andaba tan alta, que no dejaba acercarſe á la galera, porque las ondas hacian intratables los remos. Mirabanſe unos á otros; y en confuſas voces ſe pedian remedio,

ayu-

ayudandose con los deseos, zozobrando entretanto la galera. En este punto tuvo suerte un barco de poderse acercar tanto, que un criado que habia servido mucho tiempo al Emperador Rodolfo, llevando consigo á la Maquesa, se arrojó de la galera al barco, con bien dichoso riesgo de la vida. Siguieronle algunos de la familia del Cesar, que escaparon por aquel camino; pues apenas habian pisado la tierra, quando á sus mismos ojos se fue apique la galera, pereciendo quantos quedaron en ella, sino es los que tuvieron suerte de favorecerse de otros barcos, que en gran numero habian salido á socorrerlos.

CAPITULO XXIV.

LLEGA LA MARQUESA DE AUSTRIA à Madrid con grande contento de su Tia, y toma el habito en el Real Monasterio de las Descalzas.

COmo la Marquesa era tan niña, y se habia visto en tal peligro, y morir ahogados dentro de la galera, antes de salir de ella mas de treinta personas; salió con tan gran desaliento, que huvo menester repararse algunos dias en la Ciudad de Barcelona. Halló mucho acogimiento, y regálo en Don Juan Sentis, Obispo de aquella Ciudad, que hacia oficio de Virrey del Principado. Tenia yá orden de su Magestad, de que si llegaba á aquel puerto esta Señora, la asistiesse, y sirviesse, como era razon, y cumplióla con larga, y liberal mano. Perdiose con la galera toda la recamara de la Marquesa, la ropa de su familia, muchas jojas que le habian dado los Emperadores sus Tios, y muy ricos, y preciosos relicarios, que enviaban á su Alteza. Por esto tuvo bastante materia, en que poderse egercitar la buena voluntad del Obispo, y despues de haber servido algunos dias, y regaladola con gran decencia, y abundancia, partió de Barcelona á Zaragoza.

2. Era Virrey de Aragon Don Fernando de Borja, Comendador mayor de Montesa; y como se hallaba prevenido del Rey, y de su Alteza, como quien tanto se preciaba de su criado, por hijo de Don Juan de Borja, Mayordomo mayor de la Emperatriz,

triz, hoſpedó en ſu caſa con grandes demoſtraciones á la Marqueſa. Partió deſpues de haber deſcanſado algunos dias; y parecióle al Virrey que era decente fueſſe acompoñada con miniſtro Eſpañol de ſatisfaccion haſta Madrid, porque en el camino ſe aſſeguraſſe ſu regálo, y ſervicio. Para eſto nombró á Diego Geronimo de Vera, del Conſejo patrimonial de aquel Reyno, Teſorero del Rey, Caballero de muy buenas partes, que acudió á eſta obligacion con mucha diſcrecion, y cuidado. Quando llegó á Alcalá la Marqueſa, habia enviado ſu Alteza á recibirla, y hoſpedarla, con Don Gabriél de Alarcón, Caballero de la Orden de Santiago, Contador del Tribunal de la Contaduria mayor de Cuentas, hijo de Luis de Alarcón, que con igual fineza, y acierto continuaba el ſervicio de ſu Alteza en los miniſterios que ſu padre. Llevó Don Gabriél orden de regalar, y ſervir á la Marqueſa, y carta de ſu Tia, en que la decia la alegria con que la eſtaba aguardando. Fue tambien á Alcalá á viſitarla el Conde de Frankemburg, Embajador del Emperador, Sobrino del Conde Juan Chevenhiller, de quien ſe ha hecho mencion en eſta Hiſtoria. Otro dia acompañada de la Condeſa de Frankemburg, y el Conde ſu marido, partió de Alcalá, y llegó á Barajas, en donde en el Monaſterio de Deſcalzos de nueſtro Padre San Franciſco, comió publicamente, ſervida con el decóro conveniente, deſcubierto yá el ſecreto con que habia venido deſconocida haſta alli. De Barajas, vino á la huerta del Condeſtable, en donde la tenia hecho el apoſento con grandeza, y oſtentacion conveniente la Condeſa de Olivares, cuya diſcrecion, y agrado hizo mas ſazonado el hoſpedaje. Acompañabanla las Marqueſas del Carpio, y Alcañices, hermanas del Conde Duque. Deſde alli fue otro dia la Marqueſa de Auſtria, acompañada de las Condeſas de Barajas, y de Frankemburg, en ſecreto, y ſin oſtentacion, á viſitar á ſu Tia á las Deſcalzas, con quien ſe alegró ſu Alteza, como con una prenda tan eſtimada, y que la habia reſervado el Cielo, para calificarla mas en la tierra.

3 Luego el ſiguiente dia ſe diſpuſo la entrada pública en el Convento, que fue muy ſolemne, con la preſencia de los Reyes, y de los Señores Infantes, Carlos, Ferdinando, y Maria, el Conde Duque, y otros Grandes, y Miniſtros de la Corte, y preſentaronla á ſu Tia, que la recibió con particular guſto, por dar á Dios eſta ofrenda en ſacrificio. Recibió el habito algunos dias deſ-

pues,

pues, en la Dominica Infra Octava de la Epifania, dia en que ſe celebra la Fieſta del Niño perdído, año mil y ſeiſcientos y veinte y quatro. Continuó haſta tener cumplida la edad del Concilio, los que le faltaban, con ſingular egemplo, y perfeccion. Y el de veinte y ocho á 18. de Septiembre, dia en que eſte Real Convento celebra el ſoberano nombre de Maria, hizo ſu profeſion, con grande ſolemnidad, aſsiſtiendo los Reyes, y la Nobleza de Eſpaña: y profeſa ſigue tan de cerca las altas virtudes de la Sereniſsima Infanta ſu Tia, y crece, y en ellas reſplandece con tan notables rayos de perfeccion, que por no dar pena á ſu modeſtia, deja de dilatarſe en ſus alabanzas la pluma. Por eſte tiempo la Santidad de Urbano VIII. envió por ſu Nuncio Apoſtolico al Obiſpo de Gravina, con quien remitió á ſu Alteza eſte Breve, aprobacion digna de ſus claras virtudes.

DILECTÆ IN CHRISTO Filiæ, Nobili Mulieri, Margaritæ à Cruce Sanctimoniali, Regis Catholici Amitæ.

URBANUS PAPA VIII.

Dilecta in Chriſto filia, Nobilis mulier, ſalutem, & Apoſtolicam benedictionem. Qua ſceptrum gerere, & notationibus imperitare poterat Nobilitas tua, Chriſto famulari, & à Cruce cognomen ſumere maluiſti. Eiuſmodi conſilium, quòd de humanis cupiditatibus triumphavit, faventis cœli gaudio, & admirantium terrarum plauſu comprobatur. Non tibi tamen uni omninò conſulere debes publicæ ſalutis oblita. Quàm Catholici Reges authoritate, & armis ditionem Religionis propagant, eam propugnare potes precibus, & conſilio. Exiſtimat proindè non leve, ſibi præſidium fore in tua pietate Venerabilis Frater Julius, Epiſcopus Gravinenſis, Prælatus noſter domeſticus, & Aſsiſtens, quem genere clarum, & virtute præcipuum iſtuc Nuntium

Apoſtolicam allegamus. Decretum enim ei eſt unam Divini nominis gloriam, & Provintiarum iſtarum fœlicitatem in conſilium adhibere. Utraque antem cum Auſtriacorum Principum votum ſit, facile iiſdem artibus benevolentiam veſtram quæret, quibus voluntatem noſtram demeruit, & Pontificiæ authoritatis iura tuebitur. Ea ne ſpès illum fallat curari, cupimus á te, cui ille benedictionem noſtram deferet, & benevolenciam teſtabitur. Ei autem perindè, ac nobis ipſis, credere poterit Nobilitas tua, quam non ſolum Sacerdotij cultricem, ſed etiam propugnatricem in iſtis Regnis nuncupari Romana Eccleſia Exoptat. Datum Romæ, apud Sanctum Petrum, ſub Annullo Piſcatoris, die 23. Januarij, 1624. Pontificatus noſtri anno primo.

Joannes Ciampolus.

Que traducido, dice aſsi:

A LA AMADA EN CHRISTO Hija, Noble Señora, Margarita de la Cruz, Religioſa, Tia del Rey Catolico.

URBANO PP. VIII.

AMada en Chriſto hija, Noble Señora. Salud, y Apoſtolica bendicion. Pudo vueſtra Nobleza mandar las Naciones, y gobernarlas, y trocó el Cetro en Cruz, y la ocupacion de mandar lo mayor del mundo, en la gloria de obedecer en los eſtrechos Clauſtros de un Convento. Y aunque la reſolucion de triunfar de la vanidad humana ha ſido aprobada del Cielo, con gozo, y de la tierra, con aplauſo; pero no es conveniente, que atendiendo ſolo á vueſtra ſalud, olvideis el público repáro, y conſervacion: porque las Provincias que el Catolico Rey con ſus armas, y autoridad con-

ſer-

ſerva en la Igleſia; bien es que ſean mas felices con vueſtras oraciones, y conſejo. A eſta cauſa cree el Venerable Hermano Julio, Obiſpo Gravinenſe, Prelado, nueſtro domeſtico, y aſsiſtente, que ha de hallar en vueſtra Nobleza ſingular amparo. Es Varon en el linage claro, en la virtud noble. Enviamosle de nueſtra Corte à eſſa por nueſtro Nuncio Apoſtolico. No es otro ſu deſignio, ni el nueſtro, que juntar los Reynos á la defenſa comun del nombre Chriſtiano; y como éſte haya ſido ſiempre el de la Caſa de Auſtria, facilmente creemos, que ſe lograràn ſus deſeos, y los nueſtros en eſta ocaſion. Eſto ſe aſſegura con vueſtro favor, y en prendas de la confianza con que de ello quedamos, os dará nueſtra Pontificia bendicion, como fiel teſtigo de nueſtra benevolencia. A él, como á nueſtra miſma perſona, podrá creer vueſtra Nobleza; de quien eſperamos, que aſsi como la reconocemos devota, la hemos de experimentar defenſora de la Santa Sede. Dada en Roma, en San Pedro, debajo del Anillo del Peſcador, á veinté y tres de Enero, de mil y ſeiſcientos y veinte y quatro. De nueſtro Pontificado año primero.

Juan Ciampolo.

Inferior es qualquiera ponderacion á las palabras con que el Padre univerſal de la Igleſia enſalza la vocacion, y perefeccion de ſu Alteza.

CAPITULO XXV.

PRUEBA QUE DIOS HIZO DE LA VIRTUD de ſu Alteza, con un accidente grave á los ojos.

OS años, y los trabajos, y el ir ſu Alteza por el camino univerſal del padecer, á la ſuerte comun del morir, fueron debilitando mucho ſu ſalud. Eran grandes, y muy ordinarios los accidentes de enfermedad, que la afligian, ſolo menores que ſu diſimulacion, quejandoſe en ellos, y ocultandolos con tal deſtreza, que quantos deſpues ſabian lo que habia padecido, admiraban que lo huvieſſe podido tolerar. La Religioſa que la aſsiſtia andaba ſiempre zelando eſtas coſas, ſuplicandola, que tuvieſſe por bien de manifeſtar ſus achaques, pues veia el daño que el diſimularlos cauſaba, y algunas veces con amoroſa impaciencia, la decia: Ea, Señora, mire V. Alteza que yá eſto es demaſiado ſufrir, y paſa de la regla de la razon. ¿Quiere dejarſe morir? Reſpondia con manſedumbre, y humildad: Valgame Dios, hermana, todo lo que paſa ſe ha de ſaber? No veis que el Señor, por ſilicios, y aſperezas me ha ſeñalado eſtos achaques, y es juſto abrazar eſta mortificacion con el amor que ſe debe á la mano que la envia. Eſtas enfermedades, hermana, ſon teſoros, y ninguno pone ſu teſoro en la calle, ni luego lo dá á entender, porque ſe lo robarán. Por eſte tiempo fue creciendo en ſu Alteza un accidente, que muchos dias lo tenia previſto con la luz eſpiritual que la alumbraba.

2 Fue naturalmente muy curioſa, y aliñada, y holgaba que todo eſtuvieſſe con la gracia, y aſeo que convenia, ſeñaladamente el Culto Divino, ornamentos, y aderezos de la Igleſia. Eſto procuraba que fueſſe muy decente, y devoto; y quando ſe los moſtraban, ocupaba con grande guſto la viſta en mirarlo, y reconocerlo. Dár razon à los veſtidos, y galas del Niño Jeſus, y de la Virgen, era ſu mayor recreacion. Uſaba la gracia de la naturaleza, y alegrabaſe la naturaleza con la gracia; porque à la curioſidad natural ſe ajuſtaba el eſpiritu, que holgaba de vér adornado lo miſmo que amaba.

Quién

3 ¿Quién creerá, que en el camino interior tiene aqui que reparar la conſura, y que una recreacion tan devota pudiera zelarla Dios? Veía ſu Alteza con luz ſuperior, que aunque eſtas coſas eran ſantas y honeſtas, cebaba en ellas aquel noble ſentido, y por él podia entrar algun afecto de propiedad al alma. De aqui le reſultaba en el contento miſmo, el deſcontento; y apenas ſe gozaba en lo que miraba, quando interiormente le ponian delante el gozo de lo que veìa, para que ſe entriſtecieſſe en la alegría, y ſe purificaſſe en la pena. Salía de eſtas coſas deſabrida, entrando en ellas contenta; y reprehendíaſe mucho el no tener mortificado aquel ſentido. Proponia enmendarſe, y cerrar los ojos al guſto; pero en viendo el objeto delante, deſcaecía el propoſito, y vencía la naturaleza. Sentía eſto notablemente ſu Alteza; ibaſe á Dios, y acuſabaſe delante de él, deciale: Que eſtaba perdída, que tuvieſſe por bien de remediarla, aunque fueſſe quitandole la viſta. ¿Para qué quiero yo los ojos, decia? Sobrame la viſta del cuerpo, con la luz que me dais en el alma? Que guſte yo de vér otra coſa que á Vos, y no baſte á encerrar eſta viſta en la clauſura de la mortificacion? Cerrad Vos, Señor, las ventanas, que yo no sè cerrar, porque no entre por ellas al corazon que os adora, otro guſto que el vueſtro. Prendedme eſte ladron, que quiere robarme el teſoro de vueſtro amor, intentando, que áme lo que miro, y olvide lo que ámo. Era muy fervoroſa la oracion que ſobre eſto hacìa, y lo que inſtaba con Dios, para que tuvieſſe por bien de mortificarla eſte ſentido. Hacía penitentes devociones, limoſnas, mandaba decir Miſas á eſte intento, que como tan egercitada en el camino eſpiritual, conocia quánto importa la perfecta abnegacion de los ſentidos, y á qué leves aficiones ſuele aſirſe el alma, por no irle á la mano en los principios.

4 Duróle eſta lucha interior muchos años, y en todos ellos vivia atormentada con ſus ojos, dandole pena mortal, lo que holgaba de vér las devotas alhajas que la ponian delante; haſta que Dios, que miraba con viſta amoroſa la viſta de ſu Alteza, fue poco á poco privandola de ella, para que vieſſe mejor. Deſde el año de 21. le vinieron grandes corrimientos á los ojos, ſin ſaber los Medicos hallar el origen del mal. Iba cada dia creciendo, y la fuerza del humor turbandolos de ſuerte, que no podia ſufrir delante la luz, ſiendole enojoſa la claridad, que antes le era me-

medio para la alegria. Huía de lo que primero buſcaba, y no podia uſar de la viſta ſin mucho dolor. De eſta ſuerte, dentro de poco tiempo ſe fue hallando en penoſo eſtado, abrazando el trabajo con interior contento, por reconocer en él la poderoſa mano de ſu Eſpoſo.

CAPITULO XXVI.

TRATAN DE CURAR A SU ALTEZA del mal de los ojos: rindeſe à eſto por la ſanta obediencia, y què efecto tuvo la cura.

LA enfermedad que á ſu Alteza cauſaba mayor merito que pena, era intolerable á los Reyes, que tan tiernamente la amaban; porque como ſe iba aprieſa agravando el accidente, y perdiendo la viſta del todo, deſeaban intentar, ſi podia ſer detenido el curſo del mal. Lo miſmo la ſuplicaban las Religioſas, con grandiſsima inſtancia, perſuadiendola, que ſe curaſſe, y que dejaſſe aplicar remedios á una enfermedad tan penoſa. Su Alteza que ſabía, que el origen de ſu mal dependia del origen de todo ſu bien, y fuente de miſericordia, y que por aquel camino queria Dios aſſegurar ſu perfeccion y coronar ſu virtud, reſiſtia el ponerſe en cura. Y á las vivas, y apretadas inſtancias que la hacian, reſpondia: Mirad que sé, que me quiere Dios de eſta ſuerte, pues no he acabado de perder la viſta; dejadme en eſta pena, que mas quiero vér con ella poco, que ſin ella lo que no me conviene. Creedme, que las medicinas no han de ſer de provecho; y que antes bien me han de quitar la poca viſta que me queda. Ultimamente, ſus Prelados la ordenaron por obediencia, que ſe dejaſſe curar. Y ſu Alteza dijo: Pues me lo manda la obediencia, ſea en hora buena; pero yo sé, que el remedio ha de parar en padecer mas, y vér menos. Dios me dará fuerzas, y paciencia; prevengolos á todos, no ſe eſcandalicen, ſi me vieren poco ſufrida, tomando en cuenta mi grande flaqueza.

2 Dióſe con eſto principio á la rigoroſa cura de unos aceytes muy fuertes, y corroſivos, que le ponian en los ojos, y como en partes tan ſenſibles, la cauſaban un dolor tan intenſo, que decia muchas veces: Cierto, hermanas, que quien paſſa por eſte do-

dolor que yo ſiento, puede paſar por qualquiera martirio, con el ayuda de Dios; él lo reciba, y lo ponga con los de ſu Santa Paſion, dandome paciencia, para que no deſperdicie tan gran bien, como ſu Divina Mageſtad me eſtá haciendo. Padeció en eſta cura terribles dolores, de ſuerte, que la hacian temblar todo el cuerpo, y algunas veces la vinieron á privar del ſentido. Pedia con mucho amor, y ternura á las Religioſas, que le pidieſſen á Dios la dieſſe paciencia, y recibieſſe aquel dolor; y ſiendo mayor de lo que puede ponderarſe, no huvo quien la oyeſſe quejar, ni decir palabra menos devota de las que ſe han referido.

3 Proſiguióſe eſta rigurosa cura veinte dias, deſpues de los quales, abriendo los ojos una mañana, y no viendo luz alguna, creyendo que las ventanas eſtaban cerradas, pidió á una de las Religioſas, que ſe las abrieſſe. Reſpondióle: Señora, abiertas eſtan, y entra mucha luz por ellas: Dijo ſu Alteza con grande paciencia, y manſedumbre: Pues ſi eſſo es aſsi, yá yo eſtoy ciega del todo, porque no veo la luz; y con gran conformidad, dijo: Sea Dios bendito, que aſsi lo quiere, yo me conformo con ſu ſanta voluntad. Turbaronſe las Religioſas que ſe hallaron preſentes, y ſu Alteza las dijo con mucha ſerenidad: No os dé cuidado, que Dios que me dá eſte pequeño trabajo, ſabe muy bien que me conviene; y muchos dias ha que le he ſuplicado puſieſſe la mano de manera en mis ojos, que los abrieſſe á la verdad.

4 Paſſados algunos dias mejoró algo eſte penoſo, y grave accidente, y volvió á reconocer la luz; pero Dios, que no levanta la mano de ſu obra, permitió, que le ſobrevinieſſe otro corrimiento, con que ſe apoſtemaron los ojos, y ſe renovó el trabajo. En eſta ocaſion, renovando la reſignacion, ſe ofreció á padecer aquel penoſo egercicio todo el tiempo de ſu vida, y olvidada de ſu dolor, ſe compadecia de la Religioſa que la curaba, diciendo: Perdonadme, Hermana, por amor de Dios, lo mucho que os doy en que entender; á fé, que teneis bien en que egercitar la caridad conmigo.

5 Padeció aſsi muchos meſes; y ſiendo, como era, terrible y de grande dolor, nunca en todo eſte tiempo la oyeron dar á entender el peſo de ſu Cruz, paſando los dias y las noches, ſiempre con aquella blandura, y diſimulando con ſemblante alegre y guſtoſo, la fuerza del mal. Admirabanſe todas las Religioſas, y preguntabanla: ¿Cómo es poſible, Señora, que vueſtra Alteza ten-

tenga tanta paciencia, con tan penoſos trabajos? Y reſpondia con mucha alegria: ¿Os parece que eſtoy paciente? Pues cierto que no me lo parece á mí, antes creo, que ſi qualquiera de voſotras lo tuviera, lo paſara mejor, y diera mas buen egemplo: porque yo ſoy muy delicada, y mal ſufrida. Tan bajamente ſentia de sí, tan altamente ſentia de Dios ſu ſierva, que lo que admiraban las Religioſas, como rara virtud, miraba ſu Alteza como imperfeccion.

CAPITULO XXVII.

CRECE LA ENFERMEDAD DE SU ALTEZA, y corrimiento à los ojos: la paciencia con que tolerabа eſte mal.

NO hay medicina baſtante, ſi el Medico de las almas, Jeſus Señor nueſtro, no aplica ſu virtud á los remedios. Como era tan grande el amor que todas las Religioſas tenian á ſu Alteza, ninguna habia que no ſe ofrecieſſe al cuidado de encomendarla á Dios, y con finezas devotiſsimas procuraſſe grangearle la ſalud. Sucedió, que viendola padecer tanto, cierta Religioſa deſeando hacer algo para ſu remedio, le pidió á ſu Alteza la dejaſſe, que hicieſſe en ſu nombre una novena á unos Santos, á quien tenia devocion, cuyas reliquias eſtán en el Convento, y que le iria poniendo en los ojos el agua de aquellas Reliquias. Su Alteza, como era tan apacible, y agradecida, vino en ello, aunque le era de mucho dolor el ponerle en los ojos coſa alguna, por tenerlos tan heridos, y tiernos. Proſiguiò con ſu novena, y antes de acabarſe, le volvió el corrimiento con mas fuerza.

2 Afligióſe mucho la piadoſa Religioſa de vér que ſus diligencias no obraſſen; y en lugar de conſolar ella á ſu Alteza, la Infanta la conſolaba, diciendo: No tengais pena, hermana, que yo os aſſeguro, que eſto es lo mejor; ſino que noſotras no lo entendemos. Muchas veces conſiſte nueſtro remedio en no hallarlo quando lo buſcamos. ¿Que ſabeis ſi veo mas quando veo menos? (Con tan egemplar paciencia llevaba ſus trabajos) Decianla las Religioſas, como la amaban, y eſtimaban tanto, compadeciendoſe de ſu Alteza: ¡Ay, Señora, y lo que V. Alteza padece! ſi nueſtro Señor fueſſe ſervido (decia cada una) de que tuvieſſe yo

eſſe

eſſe mal, y ſe le quitaſſe à V. Alteza. Y reſpondia con mucho agradecimiento: No digais eſſo, por amor de Dios; quanto mejor es que yo lo tenga, que no ſirvo nada á nueſtro Señor, ni hago coſa alguna por él. Cierto, amigas, que eſtoy muy agradecida de que conociendo el Señor mi flaqueza, no dege en mi voluntad el mortificarme, dandome por ſu mano con mucha miſericordia el caſtigo, que ſe debe á mis culpas de juſticia. Y creed, que aunque paſo algo en eſte corrimiento, no debe de ſer tanto, como yo lo doy á entender. ¿Quantos habrá con mayores males, y dolores, y lo llevarán con paciencia, y ſin el regalo, y la ayuda de coſta que yo tengo? A quantos enfermos, no ſolo les falta el regalo, pero aun lo neceſario? Y á mi me ſobra todo. El mal de aquellos pobres es mal, que éſte, yo lo tengo por bien; mas como ſon tan buenos, les fia Dios mas que á mi, que ſoy pobre de virtud, como ellos de riquezas.

3 Era tan penoſo el corrimiento, y tanto el humor que acudia á los ojos, que era neceſario labarſelos, y refreſcarſelos muy amenudo. Y ſi la Religioſa que la aſsiſtia no cuidaba de hacer eſte remedio, ſu Alteza apenas lo pedia, ſufriendo por amor de Dios eſte trabajo; y quando de ſu voluntad la Religioſa la daba eſte refreſco, la decia con mucho agradecimiento: Dios os lo pague, que me habeis conſolado mucho, parece que adivinabais mi neceſidad. Decia la Religioſa: ¿Señora, pues porque no nos lo acuerda, quando ſe halla afligida? Reſpondia, por padecer algo por amor de Dios, y por no deſacomodaros tantas veces. Lo que os ruego es, que tengais paciencia conmigo, y hagais cuenta que ſoy una pobre de eſſa calle, que yá Dios me ha pueſto en la miſma neceſidad, y yo eſtoy muy contenta, y lo bendigo. Procuraba quanto podia encubrir los dolores, por padecerlos à ſolas; y porque las Monjas no padecieſſen, ni la aliviaſſen en el ſumo cuidado que tenian de aſsiſtirla. Y laſtimabaſe mucho de lo que las laſtimaba con ſu enfermedad. Solia decir: Verdaderamente, que es meneſter mas paciencia para ſufrir el ſentimiento que hacen mis hermanas de mis males, y la compaſion que de mi tienen, que para la miſma enfermedad, y accidente que padezco. Si ſe acabaſſen de perſuadir, que ſoy humana como las demás, y que tengo de paſar por las enfermedades, y trabajos que paſan ellas, con eſto podria ſer que me dejaſſen merecer.

4 Fue paſando ſu Cruz algunos años, en los quales le hicie-

ſon diferentes curas, ſin conocer mejoria, antes ſiempre ſe iba empeorando. Y como los Reyes la eſtimaban, y querian tan tiernamente, deſeaban por todos caminos ſu bien, y verla libre de aquel penoſo accidente. Las Religioſas procuraban lo miſmo, y ſus Prelados vivian con eſte deſeo. Su Alteza ſola repugnaba, y contradecia el ponerſe en cura, y batirſe las cataratas, que ſe le habian hecho en los ojos, por el ſentimiento interior que de nueſtro Señor tenia para no curarſe: diſimulabalo, guardando para sí eſtos aviſos, y alegando otras exteriores y humanas cauſas, ſiempre con interior conocimiento, de que nueſtro Señor ſe daba por ſervido de que eſtuvieſſe ciega. Y aſsi decia conſtantemente: No ſe canſen, ni me martiricen mas, porque no ha de ſer de provecho la cura, como lo verán. Atribuianlo á ſu humildad, y proſeguian con las medicinas, con poco remedio, y con mucho trabajo.

CAPITULO XXVIII.

CONSULTANSE ALGUNAS PERSONAS eſpirituales, ſobre la enfermedad de ſu Alteza: batenle las cataratas, y queda del todo ciega.

Tienen ciertos privilegios en eſta vida los amigos de Dios, que en todos los tiempos los han reconocido los Fieles; y no es el menor el dón de conſejo. Las perſonas eſpirituales obran menos con los afectos humanos; reciben, y conſervan con mayor pureza las influencias divinas. De aqui les nace la luz al aconſejar, y el acierto al reſolver. Antiguamente los Principes raras coſas determinaban, ſin tomar primero parecer de los Varones ſeñalados en eſpiritu, y aunque no tuvieſſen platica de las materias en que eran preguntados, recibian con grande veneracion ſus aviſos. De eſto hay grandes egemplos en la Hiſtoria ſagrada: y del Grande Teodoſio ſe refiere, que nunca ſalió á pelear con ſus enemigos, que no enviaſſe primero á ſaber la voluntad de Dios, de aquellos ſantos moradores de Egipto; y ordinariamente, lo que ellos le aconſejaban, reſolvia, y egecutaba con grande felicidad. (a) Como habian de vér tantos por los ojos de ſu Alteza, y padecian todos ſu dolor, antes de ponerla en cura, y de batirle las cataratas,

(a) Spond. in Epit. Bar. tom. 1. ad an. Chriſt. 388. pag. 525.

tas, que con el continuo humor ſe le habian pueſto en ellos, pareció pedir parecer á algunas almas devotas ſeñaladamente á dos, que en eſtos tiempos tienen opinion de ſer muy favorecidas, é iluſtradas. Eſtaban en diſtintas partes, y ſiendo conſultadas, ſi ſería bien ponerſe en cura; fueron de parecer, que no ſe curaſſe, porque les habia dado Dios á entender (ſegun me lo afirmaron ſus Confeſores) que nueſtro Señor no queria que la curaſſen, y que la zelaba de las criaturas; porque ſu Mageſtad queria labrarla á ſu modo: que ſi ſe ponia en cura, padereria mucho, y quedaria ciega.

2 Certificóme el Confeſor de una de eſtas perſonas, que nueſtro Señor ſe la habia moſtrado defendiendo á la Infanta de las criaturas, qual ſuele el ave defender del milano á ſus pollue-los. La otra dijo á ſu Confeſor: Padre, no quiere nueſtro Señor que la Infanta ſe cure, ni ſe ponga en manos de los hombres, ſino en las de Dios, porque ha de quedar ciega del todo. Y añadió: Y ſi eſto es falſo, y la Infanta ſe pone en cura y queda ſana, todo quanto en mi hay, en materia de eſpiritu debe de ſer mentira; porque de la manera que nueſtro Señor me ha moſtrado otras coſas, que á mi parecer ha ſido verdad, me ha dado á entender eſta, ha de quedar ciega la Infanta, ſi ſe cura, ó yo lo eſtoy en mi camino: y aſsi vueſtra Paternidad lo advierta, para que me ponga en verdad, ſi eſto ſaliere falſo.

3 Sin eſtos aviſos, contradecia ſiempre ſu Alteza, porque interiormenre le daban los miſmos, y decia: Rendida eſtoy á lo que ordenáre la obediencia; pero yo me puedo engañar, ó quedaré ciega, ſi me curan. El año de veinte y cinco ſe tomó reſolucion de hacer la cura, y batirle las cataratas, con parecer, y conſejo de los Medicos de ſu Mageſtad; y para eſte efecto ſe buſcaron los hombres de mayor opinion de Eſpaña, y ſe hicieron grandiſsimas diligencias, como por orden de Rey tan poderoſo, y tan pio, y que tanta eſtimacion hacia de ſu Alteza. Hallóſe uno de los hombres mas habiles, y de mayor experiencia en la materia, que ſe podia imaginar. Prometieronle grande premio ſi ſalia bien con la cura, y daba ſalia á ſu Alteza. Puſoſe en eſto mucho cuidado: y como ſu Alteza deſeaba ſobre todo ajuſtarſe á la voluntad de Dios, pidió, que ſe hicieſſen oraciones, ſe digeſſen Miſas, y ſe dieſſen limoſnas, para que nueſtro Señor declaraſſe ſu Divina Voluntad. Egecutóſe aſsi, no ſolo en eſta Corte, pero

en toda la comarca, y en otras partes, previniendose para el dia señalado, que fue el de San Lucas, del año de veinte y cinco.

4 Diſpueſto yá todo lo determinado, llegado el dia, y la hora, ſe puſo en egecucion la cura, y ſu Alteza dando egemplo de paciencia, y rendimiento á todos, habló con grande blandura á los Medicos, diciendoles: De muy buena gana me pongo en vueſtras manos, y me rindo á lo que quiſieredes hacer, para la cura que intentais; eſtad ciertos, que hará Dios lo mejor, y lo que mas convenga. Aplicaronle los remedios, y con una aguja muy ſutil la eſtuvieron laſtimando en tan ſenſible parte, como en las niñas de los ojos, llevando eſte trabajo, y dolor con admirable paciencia. El efecto ordinario de eſta cura es, que en batiendo las cataratas, vé con claridad quien padece eſte mal; y para eſta ocaſion tenia ſu Alteza prevenida una Imagen de N. Señora del Populo, con el Niño Jeſus en los brazos, porque decia: Lo primero que he de vér en eſta vida, quiero que ſea el Niño Jeſus, y ſu Madre, y ſi quedáre ciega, lo remito para la otra vida; porque eſpero en ſu Bondad, que lo primero que he de vér allá, ha de ſer á Jeſus mi Eſpoſo, y á ſu Madre bendita. Llegó la hora, puſieronle la Imagen de nueſtra Señora delante de los ojos, y ſu Alteza de ninguna manera la vió, porque eſtaba totalmente ciega; y dijo con gran paz, y ſoſiego, y con ſemblante igual, y alegre las palabras del Santo Job: *Sit nomen Domini benedictum.* (b)

5 Quando ſe halló ciega del todo, hizo gracias á Dios, con grande reſignacion, y alegria, y procuraba conſolarlas á todas, y animarlas; porque ſe hallaban ſumamente afligidas, ſiendo mas lo que padecia en la triſteza de las Religioſas, que en ſu enfermedad. Decialas: Mirad, donde hay Voluntad Divina, poco valen las diligencias humanas. Por lo menos he ſacado de eſta cura dos coſas de gran provecho. La primera, el padecer por la obediencia, y la ſegunda, el conocimiento de la Voluntad de Dios, que me quiere ciega. Afligianſe, y entriſtecianſe todas de vèr, que la medicina no habia ſurtido el efecto deſeado: y deciales con paz, y con ſemblante riſueño: Callad, que no lo entendeis, que eſto es haber ſalido con el intento, y conſeguido el fin. ¿No deſeabamos ſaber la voluntad de Dios? Pues veisla aqui declarada; demosle todos gracias. Parece que quiſo Dios darla por premio eſte trabajo; y á entender en él, quan agradables le eran ſus ſer-

(b) Job 1. v. 21.

vi-

vicios; como se lo dijo el Angel á Tobias, diciendo: Porque eres acepto delante de Dios, y agradables tus limosnas, quiso probarte;(c) y asi decia su Alteza: El sentido que mas me fatigaba, y con el que mas se alegraba el cuerpo, era el de la vista, y ha hecho muy bien nuestro Señor en poner la mano en lo mejor, y adonde yo tenia puesta la inclinacion. De muy buena gana se lo ofrezco todo, venga por los demàs sentidos, que mas me quiero sin ellos con él, que sin él con ellos.

6 Estuvo tan constante en estos propositos, que nunca hasta la muerte le faltaron. Y afirmaba, quando hablaba de su espiritu, en lugar adonde no puede faltar la verdad: Padre, por la Bondad de Dios, desde que fue servido, que perdiesse la vista, nunca me ha pesado de lo que padezco, antes quando se me acuerda, le doy muchas gracias, porque me ha dado á conocer, haber sido uno de los grandes beneficios el cegarme, porque de esta suerte vea mejor. Y añadia con afecto, y devocion gravissima: Padre, pidale á Dios, que pues ha puesto la mano en esta obra, que no la levante, hasta perficionarla: y quando esté en la oracion, y diciendo Misa, digale á su Magestad de mi parte, pues lo sabrá hacer mejor que yo, que aqui quedan los demás sentidos, y todo lo que yo soy, que de todo le hago voluntario sacrificio. Lo mismo le digo quando comulgo, y en la oracion; y esto hago de todo mi corazon, y mi alma. Solo quisiera, si su Magestad no se diera por ofendido, que me hiciesse merced de reservarme dos cosas: el entendimiento, para conocerle, y la voluntad, para amarle; pero si todo lo quiere, hagase en todo su santa Voluntad; y esta luz estimo mas, que la del dia.

(c) Tob. 12. v. 13.

CA-

CAPITULO XXIX.

RESIGNACION DE SU ALTEZA en el trabajo con que Dios la probó, de hallarse sin la vista; y como se aprovechò de esta mortificacion.

A prueba que Dios hizo de la paciencia, y virtud de su Alteza, fue en los trabajos mayores, que suelen suceder á los hombres, privandola de la luz natural, de quien depende el uso comun de la vida. ¡Grande penalidad! Vivir entre las criaturas, y no verlas, hallarse encerrado el cuerpo en carcel de tinieblas, siempre dependiente de ageno alvedrio, para el egercicio de las acciones humanas. Logróse esta prueba con maravillosos efectos; porque no se puede explicar bastantemente la paciencia de su Alteza, la fineza de su resignacion, el gozo de su pena. Como cada uno en la ceguedad de su Alteza, veía quan terrible era esta mortificacion, preguntabanla muchos, ¿si sentia la falta de la vista? Si deseaba vér? Y respondia con mucha blandura: No por cierto, y que bien sabía nuestro Señor lo que en esto pasaba: que para qué queria la vista, sino queria Dios que viesse. Que mas hacia en recibir su vista, que su Alteza en darsela: que le veía solo en Fé, sin embarazo, y que antes todo lo que veía, la detenia al verle; porque quanto mas se vé de lo humano, tanto menos se suele vér de lo Divino.

2 Decia muchas veces á las Religiosas, tratando de su enfermedad: Que las certificaba, que se hallaba muy contenta con estar ciega, y siempre con materia á la mano para su aprovechamiento; y con una cosa sola que Dios la habia quitado, la habia dado muchas que ofrecerle, ¿que quándo habia merecido padecer el mismo mal que N. P. San Francisco, aunque con bien diferente paciencia? Porque si bien no llegó á estar ciego, padeció mucho en los ojos. ¿Pareceos, decia otras veces, que es poco hacerme á mi merced de que padezca lo que Santos tan grandes padecieron, para que como les parezco en la pena, siendo él servido, les parezca en el merito? Si supiesseis qué beneficio es no vér, que vacío se siente en el alma de propiedades, y amarguras,

que

que entraban por eſtas peligroſas ventanas, nadie que míre á eſta luz, dejará de eſtar contento. Os confieſo, que deſpues que me hállo privada de la luz del cuerpo, eſtoy mas aprovechada, y atenta en la del alma. En eſſe punto ſe manifeſtaba mas con ſus Confeſores, y les decia: Puedo aſſegurar, que deſde que Dios me ha quitado la viſta, me rodea tanto con luz ſuperior, y me hállo en una preſencia intelectual, tan clara, y ſuave, que ſi los hombres ſupieſſen la diferencia grande que và del gozo de eſta luz á la humana, vendrian facilmente en perder la viſta por Dios.

3 Vino á viſitarla un dia el Cardenal Pamfilio, en aquella ocaſion Nuncio en Eſpaña, y dijole, ¿que cómo le iba con ſu trabajo? Y ſu Alteza, con grande fervor, reſpondió tan maravillo-ſas razones de conſuelo, y reſignacion, y del gozo que ſu alma ſentia de verſe padeciendo por Dios, que quedó admirado de tal manſedumbre, en tan terrible golpe. Quando algunas veces le preguntaban ſus Confeſores. ¿Señora, cómo le vá á V. Alteza con ſu trabajo? Muy en puridad decia: Puedo certificar con verdad, que para mi no es trabajo, ſino gozo, porque aunque no veo las coſas, veo la Voluntad de Dios, y eſta es la viſta que mas me conviene: confieſo, que algunas veces quando vienen los Reyes mis Sobrinos, como los he criado, y los ámo tan tiernamente, me viene algun deſeo de verlos; pero luego en mi interior me pongo de parte de Dios, y digo: ¿qué quieres naturaleza? Eſſe guſto queriais ahora? Quanto mejor te eſtá hacer la Voluntad Divina, que la tuya? En lo que mas me mortifico, decia en eſtos ultimos años, es, no poder vér al Principe mi Sobrino, que como me cuentan tantas coſas de ſu hermoſura, y gracia, vienenme muchos deſeos de verle; pero ſiempre los reprimo, y no llégo á conſentirlos.

4 No ſolo eſtaba la Infanta reſignada, padeciendo ſu trabajo, ſino tan de parte de la gracia, que llegaba á hacer donayre de la naturaleza: y como habia ſido tan curioſa, y holgado de que los ornamentos de la Igleſia, Relicarios, y otras alhajas del Culto Divino, eſtuvieſſen muy bien adornadas, y entregado la viſta á eſta devota atencion, era notable la gracia que tenia, quando le trahian alguna coſa curioſa eſtando ciega: porque no ſolo no ſe entriſtecia de que eſtuvieſſe tan patente el objeto ſin poderlo mirar, ſino que ſe decia á ſi miſma interiormente: Mira eſto que no vés que lindo eſtá; huelgate mucho en mirarlo, ahora

pa-

pagarás lo que has viſto, con lo que no puedes vèr, y á tu peſar ſerás buena. Otras veces decia con mucho donayre, tocando las coſas curioſas que le ponian delante: Tocadlas, y no las veais, pues no lo permite Dios.

5 Envió eſtos años ultimos la ſeñora Infanta Doña Iſabél ſu Prima á ſu Alteza, para el Templo del Real Monaſterio de las Deſcalzas, una rica tapiceria, de los Triunfos de la Igleſia, de valiente dibujo, y en la eſtofa, y en el arte, de las mas ſeñaladas de Eſpaña, llevaron algunos paños á la pieza donde eſtaba ſu Alteza, y dandole noticia de como era, llegó á entriſtecerſe de no poderla vér; y volviendoſe á Dios, dijo con grande amor: ¿Quándo os pagaré, Señor mio, el haberme dado que ofreceros? Si la viera, Vos me la dabades, como no la veo, yo os la doy. Digeron las Religioſas, como vieron una coſa tan digna de verſe, y que no podia verla la Infanta: ¿Señora, haſe mortificado vueſtra Alteza mucho? Reſpondió con alegria: Mucho no, pero poco sí: MARGARITA lo ha ſentido, yo no: la naturaleza ſiempre hace de las ſuyas, pero no prevalece contra la gracia. Replicaronla: Gran premio ha de tener vueſtra Alteza. Baſtame por premio, dijo, hacerſe en mí la Voluntad de Dios. Aunque yo lo paſo de ſuerte, y me hállo tan contenta, que creo que merezco bien poco en ello. A eſta aniquilacion quiſo Dios reducir á ſu ſierva, que negada del todo á sí, ſolo en sí quiſieſſe á Dios.

FIN DEL LIBRO QUARTO.

LIBRO QUINTO.

CAPITULO PRIMERO.

AFICION GRANDE QUE SU ALTEZA tuvo al egercicio ſanto de las Virtudes.

EL egercicio de las virtudes, es el camino Real de la perfeccion, con dificultad hallará la verdad, quien no la buſca de virtud en virtud. Dios, Eterna Sabiduria, acreditó ſu doctrina con ſu vida, y á la malicia de los Fariſeos convence, diciendo: Si no creeis mis palabras, creed á mis obras. (a) Son las virtudes la práctica de la ſantidad, la verdadera indicacion del eſpiritu, por donde ſe ha de conocer ſu verdad, y peſar ſu ſuſtancia. ¿Quieres ſaber quan eſpiritual es el mas perfecto? Mira haſta donde llega con las virtudes; porque ſin eſto, lo que parece aprovechamiento, es engaño. Vuele por eſſos ayres extatico, el que anhela con anſia á la perfeccion, revéle lo venidero, tenga admirados con prodigios los hombres; ſi deſcaece en la humildad, en la obediencia, en la mortificacion, y en las demás virtudes, vano, y ſin fundamento es ſu edificio. Ellas ſon el medio neceſario para nueſtra ſalvacion, los mas nobles efectos de la gracia, la imitacion mas verdadera de la vida de Chriſto nueſtro Señor, que bajó del Cielo á la Tierra por redimir las almas con ſu Sangre, y por enſeñar las virtudes con ſu egemplo.

2 En eſte ſanto egercicio fue admirable ſu Alteza, y tan aſ-

(a) Joan. 10. v. 37. & 38.

vida de Dios, que quien miráre con atencion la carrera larga de ſu vida, facilmente percibirá en ſu fragrancia las altas virtudes, por donde buſcó la Eſpoſa á ſu Eſpoſo. Eſtaba tan aficionada, y atenta á eſte modo práctico de obrar, que no queria diſcurrir en algunas coſas muy ſobrenaturales, que le habian ſucedido, diciendo: No me lleva Dios á mi por camino tan alto, y ſutil, yo voy por el ordinario, y llano; mas mercedes me hace con ſufrirme de las que merezco. Bien ſabe á quien fia coſas tan maravilloſas, como ſe refieren de otras almas: yo me contentaria con que la mia le amaſſe, y le ſirvieſſe por el camino univerſal de ſu Igleſia: déme en caridad interior quanto les dá á otros en la gracia exterior de milagros. Linda coſa es vivir en Fé, y egercitar las obras quanto mas perfectamente ſe pudiére á la Voluntad de Dios. Eſte milagro querria que me ſucedieſſe, y con él viviria toda mi vida contenta. Todo ſu cuidado ponia en obrar, y ajuſtar la vida con la ley, y las acciones con la perfeccion; haciendo de las virtudes eſcala, para conſeguir la corona de la Eternidad.

3 La virtud de las almas ſe colige de las palabras, y ſe manifieſta en las obras; y en eſtas dos coſas darémos á conocer el grande eſpiritu, y fervor de ſu Alteza. Suelen los flacos, quando leen las vidas de las perſonas devotas, en llegando á ſus virtudes, paſar por ellas con viſta breve, y ligera, como no tiene alli tanto en que cebarſe el entendimiento humano, como en ſu vida, y hechos. Dejan por el aſtío, lo que habian de ſeguir por el aprovechamiento. Pero en la relacion que haré de las virtudes de ſu Alteza, referiré tanta parte de ſu vida, que aprovechandoſe la voluntad, ſe entretenga el entendimiento, y pueda ſer ſu modo de ſentir, de decir, y de obrar, aliento á los que empiezan, luz á los que aprovechan, y conſuelo á los que ſe hallan en lo alto del monte ſagrado de la perfeccion.

CA-

CAPITULO II.

FE, Y ZELO DE LA RELIGION CATOLICA en ſu Alteza.

ES la Fé credito de lo que no vemos, y ſuſtancia de lo que eſperamos, puerta de la ſalvacion, fundamento de la perfeccion. En eſta virtud favoreció Dios mucho á ſu Alteza. Yá ſe ha referido como en ſus primeros años defendia las cauſas de la Fé, con razones, contra algunas hijas de Principes Luteranos, que venian á viſitarla, y con lagrimas, quando la decian las pérdidas, y ſuceſos infelices de los Catolicos. Creció ſu Alteza en la perfeccion, y creció en eſta virtud; porque cobra fuerzas la Fé con los actos de la Religion. Era coſa admirable oirla hablar en eſta materia, ſaliendo de ſu corazon á los labios, afectos ardentiſsimos de Fé. Quando oía, que habian padecido por ella algunas perſonas en las Provincias donde ha ſido la Igleſia perſeguida en eſtos tiempos, prorrumpia con terniſsimos ſuſpiros, diciendo: ¡O bienaventurados cuerpos, que tal corona grangearon á ſus almas! Bienaventurados dolores, á quien ha ſucedido tanto gozo! Quien fuera uno de los que han padecido por Dios! Con que guſto diera yo mi vida por él! Decianle en donayre algunas Religioſas, para probar ſus finezas: ¿Para qué es eſſo, Señora? Bien eſtá acá V. Alteza? A fé que al vér el fuego, y el hierro, que no sé ſi eſſos deſeos ſerían tan vivos. Y reſpondia con grande humildad: ¿Vos, Hermana, penſais que los Martires pelean con ſus fuerzas? O que ſu esfuerzo baſta á vencer ſus tormentos? No ſe hace ſino con la de Dios, y con ella eſpero, que habia de dár mi vida en la ocaſion, y derramar mi ſangre con mucha alegria. Pluguiera á nueſtro Señor me vieſſe en eſſo, que yo eſpero en ſu Bondad, que daria fuerza á mi flaqueza, y esfuerzo á mi corazon.

2 Tenia grandiſsima devocion á los Martires, y á aquellas perſonas que habian padecido por Dios; y no habia coſa á que no ſe ofrecieſſe por ellas. De eſta interior gracia que Dios le habia dado en eſta virtud, le nacia la conſtancia en las tribulaciones y trabajos, que conſideradas las muertes de ſu Madre, y tantos Hermanos, Tios, Sobrinos, y Primos, á quienes ſobrevivió, no pudieron dejar de ſer graves á la naturaleza, aunque ayudaba en

ellos la gracia; porque decia ſu Alteza: Que deſde aqui habia aſſentado en ſu corazon, que Dios nueſtro Señor con ſuma providencia, y bondad gobierna las coſas: no hallaba ſuceſo que la pudieſſe laſtimar, ſino aquel en que ſu Divina Mageſtad fueſſe ofendido. Solía decir, que quien habia de eſperar de la Bondad Dios, que no hicieſſe lo que nos convenia, ó quien podia aconſejar á ſu Eterna Sabiduria. Y aſsi, que no le quedaba al Chriſtiano en los trabajos, ſino la reſignacion. Que pues quando nos mandan nueſtros Padres una coſa, aunque no venga tan á nueſtro propoſito, nos conformamos, no nos ha de peſar de lo que hace Dios. Porque ſi miramos á ſu amor, mas nos quiere que nueſtros Padres; ſi á ſu Poder, mas temido ha de ſer que ellos; ſi á ſu ſaber, no puede errar como ellos. Que no hay barro que pueda quejarſe con razon de quien le forma; porque no quiere que dure mas tiempo. Debele gracias de lo que le dá, pero no quejas de lo que le quita. Que para ſu Alteza no habia guſto como vér obrar á Dios, ſea en lo que ſe fuere; porque aunque los ſuceſos no vinieſſen tan á cuento, aunque ſu flaqueza, y los afectos naturales repugnaſſen, miraba la mano que los enviaba, y ſe conſolaba con eſſo.

3 En las muertes de ſus hermanos conſideraba, quien los llamaba, con que no la laſtimaba el perderlos; porque no moria Erneſto, ni Alberto, ſino el cuerpo de Erneſto, y Alberto, que es la parte mas penoſa, y menos noble. Que hicieſſe Dios lo que quiſieſſe, como lo hicieſſe ſu Divina Mageſtad; porque de ſu mano nada podia venir, que no fueſſe digno de toda veneracion. Era coſa de grande edificacion oirla diſcurrir tan maravilloſamente, y con tal Fè, teniendo en medio de ſu corazon verdades tan aſſentadas. Amaba tanto la Fé, que ſe negaba à todo aquello que podia deſviarla de eſte camino ſeguro; haciendo fineza del creer ſin vér, cerrando los ojos á todo lo demás. Y aſsi ſolia decir: Yo confieſo, que oſtoy muy contenta en mi interior con los deſamparos, y ſequedades; porque camino mas en Fé, y obſcuridad, y ſiento en eſtas tinieblas mucha luz. Nunca permitia, que en ſu preſencia ſe levantaſſen queſtiones, ni diſputas de la Fé, ni platicas, en que ſe intentaſſen averiguar ſus Sacroſantos miſterios. Eſſo (decia) para los Teologos en las Eſcuelas, y para los que con la pluma defienden la Fé: à noſotras nos toca el creer, no el diſputar: las coſas de Dios ſon para creìdas, mucho mas que no

pa-

para averiguadas; ¿porque quién puede enterarse en sus misterios, ni hallar principio á su sér? Y assi es bien que se expliquen con veneracion sus atributos, y con amor sus grandezas. Los Teologos, disputen lo que mas convenga á nuestra Santa Fé, para que vean los infieles, quanta razon hay en ella. Nosotras creamos aquello que ellos defienden. De esta suerte manifestaba su luz en las razones, y la daba en sus consejos.

4 Al Santo intento de recibir nuevas gracias, y dones en la Fé, aplicaba su Alteza el rezar cada dia la protestacion, que el invicto Emperador Carlos Quinto su Abuelo decia: y por ser tan devota, y nacida del dictamen de este valeroso Principe, que tan glorioſamente defendió lo mismo que protestaba, me ha parecido ponerla á la letra.

PROTESTACION DE LA FE DEL EMPERADOR Carlos Quinto.

5 MI Bendito Dios, y Señor, yo creo de corazon, y confieso todo aquello que la santa Iglesia Romana nuestra Madre cree y enseña, y lo que un buen Christiano es obligado á creer. Protesto, que quiero vivir, y morir en esta santa Fé. Reconozcoos por mi Dios, Criador, y Redentor de todo el mundo, y á mi por vuestra criatura, sujeto, y siervo. Yo os doy la Fé y homenage de mi cuerpo y de mi alma, que tengo encomendado de Vos. Misericordioso, y Soberano Señor mio, tambien os ofrezco todos los demás bienes espirituales, naturales, y temporales, que tengo, tuve y espero tener en este mundo, y en el otro, y por ellos, de todo mi corazon os alabo, y doy gracias; y en señal de reconocimiento, os ofrezco por tributo á la mañana, y á la tarde el adoraros, y confesaros con Fé viva, Esperanza cierta, y Caridad ardiente. Suplicoos, Señor mio tres cosas. La primera, que hayais misericordia de mí, perdonando los muchos, y graves pecados que contra V. Magestad he cometido. La segunda, que me deis gracia con que yo os pueda servir, y cumplir vuestros mandamientos, sin incurrir, ni caer en pecado alguno. La tercera, que en mi muerte querais socorrerme, para que pueda acordarme de vuestra bendita Pasion, y tener contricion de mis pecados, muriendo en vuestra santa Fé en esta vida, gozando de Vos en la eterna. Dios mio, y Criador mio yo os pido

do

do miſericordia, y perdon de todas mis culpas, que con el penſamiento, palabra, y obra he cometido, y dado ocaſion á que otros incurrieſſen deſde el punto en que ſupe ofenderos, haſta la hora preſente. De los quales me arrepiento por vueſtro amor; y me peſa de haberos ofendido, y proteſto en eſta hora, que con vueſtro favor, y gracia me apartaré de pecar, ſuplicandoos, me querais guardar, y confirmar en eſte firme propoſito. Dios mio, Glorificador, y Señor mio, yo prometo de confeſarme lo mejor que yo pudiere, ſegun vueſtros Mandamientos, y de la Santa Igleſia. Suplicoos, en reverencia de vueſtra doloroſa Paſion, y bendita muerte, y por los ruegos de la glorioſa Virgen Maria vueſtra Madre, que querais perdonar todos mis pecados, y defenderme del enemigo á la hora poſtrera de mi vida, y llevarme á la gloria eterna. Amen.

CAPITULO III.

AMOR QUE SU ALTEZA TENIA à los Predicadores: y lo que ayudaba à la propagacion de la Fè.

EL amparo, y reſpeto que tenia á los Sacerdotes, aunque era evidencia de ſu Fé, parece que ſe puede atribuir á ſu caridad; pero el que tenia á los Predicadores, aunque eran efectos de ſu caridad, parece que debe mas atribuirſe á ſu Fé. Era notable la eſtimacion que hacia de los que predican la palabra de Dios, lo que los honraba con ſus razones, y ſocorria con ſus limoſnas. Siempre que los hablaba, era haciendoles tanto favor, y mezclando con él tan fervoroſas exhortaciones, para que hicieſſen fruto en las almas, que ſalian de ſu audiencia animados, y aprovechados en ſu vocacion. A dos generos de Predicadores eſtimaba ſumamente: à los que predicaban con mayor deſengaño, y á los que por decir la palabra de Dios iban entre Hereges. Decia de los primeros: No creereis quan bien me parece predicar con eſpiritu, que aunque todos lo deben hacer, reparte á unos Dios mas gracia que á otros; los que predican con fervor, predican á Dios, los que predican ſin él, ſe predican á ſí. El que dice la palabra de Dios con eſpiritu, la imprime en el corazon, el que la dice ſin él, la llega ſolo al oído. Era modeſtiſsima en hablar de los Predi-

di-

dicadores: y si tal vez oìa alguno, que no le pareciesse que predicaba con el fervor, y espiritu debido, no lo censuraba; pero en la tristeza del rostro podiase leer su desconsuelo. Y assi tuvo estremada eleccion, quando tomaba la mano en señalarlos, escogiendo los mas devotos, diciendo: Mas se hace en un Sermon de provecho, que tiento de gusto; porque aquellos me rinden la voluntad, y estos me entretienen el entendimiento.

2 A los Predicadores Apostolicos, que de estas Provincias parten á algunas de Inglaterra, é Irlanda, á socorrer los Catolicos secretos, que viven en ellas, favorecia mucho, erale de grande alivio, quando le pedian audiencia. Hablabales muy de espacio, y con grandes caricias, señaladamente á los estrangeros, que de diferentes Seminarios de España está sustentando el zelo, y piedad del Rey nuestro Señor, ninguno partia sin que visitasse primero á su Alteza, y le diesse cuenta del designio que llevaba en sus misiones. Haciales muchas preguntas, y con grande llaneza pedianles por su patria, padres, deudos, edad, egercicios, y si llevaba mucho deseo de padecer por Dios, quantos años habia que seguian aquel santo camino. Ayudabalos con largas limosnas para su viage; y mandaba, que les solicitassen, las que dá el Rey por su Consejo de Hacienda, y los demás despachos necesarios. Finalmente, sobre darles muy santos consejos, y muy largos socorros, les hacia dár muchos Rosarios, y medallas de Indulgencias, para que repartiessen á los Catolicos perseguidos de aquellas Naciones. Y solía decir á las Religiosas: Estos son soldados de Christo, que ván á hacer guerra al Demonio, y assi conviene ayudarles, y socorrerles; son ovejas, que ván entre los lobos á padecer, y por la palabra de Dios arriesgan sus vidas. Yá tienen algo de Martires, porque si el principio de todas las cosas son los deseos, bien se vé, que estos no llevan otros, sino hacer á Dios sacrificio de sus vidas por la Fé. ¿Qué les aguardan entre aquellos hereges, y enemigos del nombre de Catolico, sino persecuciones, y trabajos? Ni quién sino Dios obligará à buscar aquellos peligros, desde esta seguridad? Quién sino su espiritu hiciera á estos santos Varones, anteponer voluntariamente á su vida, su Ley? Y pudiendo con menos penas ser Santos Confesores, escoger padeciendo ser Martires. Daba grande fervor el oír á su Alteza en este punto, porque lo decia con un calor espiritual, y tales llamas de fuego de amor le salian al rostro, que ponian deseos de seguir aquel san-

to camino. Ninguno de estos Varones de Dios se despachó de esta Corte, que no llevasse en el corazon las palabras de su Alteza, cartas de grande recomendacion á la Serenissima Infanta Doña Isabél, para que los amparasse, como lo solia hacer su grande valor, y heroyca virtud.

3 Pero no solo á los que espiritualmente defendian la Fé, sino á los soldados, que la defendian corporalmente, favorecia mucho, y hacia de ellos grande estimacion, ayudandolos con socorros, é intercesiones en la remuneracion de sus servicios. Y assi decia: Los soldados son á quien debemos la seguridad en que vivimos. No pudieramos vivir con quietud, y descanso nosotros, si ellos no vivieran con trabajo, y fatiga, pues con sus vidas guardan las nuestras, y con su sangre defienden la Fé. Justo es corresponderles con mucho agradecimiento. Era tan grande el que su Alteza les tenia, que nunca se embarazaba de hablar por su persona á los Reyes, ni de enviar á llamar los Ministros, pidiendo el despacho de los soldados, que venian á valerse de su amparo. Finalmente, no se egercitaba en acto de caridad, que no estuviesse manifestando su Fé.

CAPITULO IV.

LO QUE SENTIA LAS PERSECUCIONES de la Iglesia. Y heroyco hecho de su Alteza en esta virtud.

EL zelo de la Fé, en ninguna cosa se significa mejor, que en su defensa, y en el vivo sentimiento de las persecuciones que padece la Iglesia. Era excesivo el dolor que sentia, quando el furor de los enemigos de Dios llegaba á sus oídos; y movianse sus entrañas á gran conmiseracion. Afligiase como si viera presentes padeciendo á los Catolicos, y á los Hereges pecando: lloraba con igual caridad la pérdida eterna de los unos, y el daño temporal de los otros. Quando oía semejantes sucesos, solia volverse á Dios, y derramando devotas lagrimas, decia: Señor mio, á quien oye esto, solo el morir de sentimiento le falta. ¡Quién acabasse la vida en esta pena! ¿Vos ofendido, y perseguido, Señor? Volviase á las Religiosas, que se hallaban presentes, y deciales: Satisfagamos

en

en amor, y reverencia á Dios las ofenſas que los Hereges con ſu aborrecimiento le hacen. Tenga adonde deſcanſar de aquellas penas. Roguemos, hermanas, por aquellos que le perſiguen, que es el mayor ſervicio que podemos hacer á ſu amor. Pidamos, que les abra los ojos, para que vean la ley verdadera. Habiaſele pueſto en el corazon eſte cuidado de ſatisfacer á Dios en obra de piedad, lo que con obras ſacrilegas era ofendido de ſus enemigos; y tanto deſeaba hacer en ſu ſervicio, quanto ellos procuraban en ſu ofenſa. De eſto ſucedieron caſos muy particulares, en los quales mezclados con ſu amor, manifeſtó con heroycos actos ſu Fé.

2 Engañó el Demonio á un hombre miſerable los años paſados, y ofreció de entregarle ſu cuerpo, y ſu alma, firmando una cedula de ello de ſu mano. Averiguó eſte caſo el Santo Tribunal de la Inquiſicion; y á tan grande ſacrilegio, dió el caſtigo conveniente, mezclando, como lo hace en ſu egecucion, con la juſticia, la miſericordia. Quando ſu Alteza entendió un caſo tan atróz, y que huvo Chriſtiano tan deſatinado, que tal delito huvieſſe cometido contra Dios, y ſu Fé, herido ſu piadoſo, y catolico corazon de dolor, ſe fue á una Capilla donde eſtaba la Imagen de Chriſto nueſtro Señor crucificado, y llorando con grande amargura, refieren que le decia: ¿Chriſtiano hay, Señor mio, que os niega? Chriſtiano hay, que á otro ſe entrega, que à vueſtra Bondad? Alma, que deja á ſu Redentor, y ſe fia á ſu enemigo? Aſsi ſe pagan, Señor, las penas que padeciſteis? La ſangre que derramaſteis? La vida que perdiſteis en la Cruz, entregado á vueſtros enemigos? Y hay quien ſe entrega al Demonio? No os baſtan vueſtras afrentas en habernos redimido, ſino que os duplicamos las injurias, y aumentamos los agravios? Eſcoger al Demonio, y dejaros á Vos, qué alma puede tolerarlo? Dejar vueſtra hermoſura por ſu fiereza, vueſtra blandura por ſu tiranía, vueſtro amor por ſu aborrecimiento, vueſtros premios por ſus amenazas, vueſtras glorias por ſus tormentos? Quién antepone todo ſu daño á ſu bien? Quando no mirára á vueſtra razon, mirára ſu utilidad. Quando no á Vos, mirára á sí. Son mis pecados los que obligan á tan grandes deſatinos? qué ſatisfacion daré yo á vueſtra Benignidad? Con qué propiciaré vueſtra Juſticia? Con ſangre de mi pecho eſcribiré mi ſentimiento, ſi con tinta eſcribió el engañado ſu error. Pues vueſtra Sangre me redimió, mi ſan-

gre, Señor, os confieſſe. Arrebatada de la fuerza del amor, ſe fue de la Capilla á ſu apoſento, y rompiendo con un cuchillo ſu pecho virginal, con ſu miſma ſangre, eſcribió á ſu Eſpoſo Jeſu-Chriſto eſta cedula: Yo Sor MARGARITA de la CRUZ, de toda mi voluntad ofrezco á Dios mi cuerpo y alma, y ratifico los votos que le tengo hechos, eſtando en todo ſujeta á ſu Voluntad. En fé de lo qual lo firmo de mi nombre. *Sor Margarita de la Cruz.*

3 ¡Sin duda ninguna debe enternecer á qualquier Chriſtiano tan valeroſa fineza! Romper dos veces ſu pecho eſta Señora: en Monſerrate, por la Caridad, en ſu Convento, por la Fé: en Monſerrate, para conſeguir la vocacion, y para ratificarla en el Convento! Tomó el devoto conocimiento que habia hecho ſu Alteza, y fueſſe á la Imagen de Chriſto nueſtro Señor, y lo puſo junto á ſus pies con gran ſecreto, y diſimulacion. Y contando eſte caſo, me ſolía decir con mucha humildad: ¿Qué le parece, Padre, ſi ſe enojó Dios de eſto, ſi excedí de lo que manda ſu Ley? Mi voluntad buena fue, querria que lo huvieſſe ſido la obra. Conſolabala yo, y con muchos egemplos le referia acciones ſemejantes, que eſtán eſcritas en la Igleſia; mas para que las admíre nueſtra devocion, que para que nueſtra imitacion las ſiga. Pero Señora, le decia: Quando no ſe arrieſga la vida, ni ſe puede ir á la mano al impulſo, permite Dios eſtas finezas, para alentar á los flacos, y humillar á los que ſe tienen por fuertes. Quietabaſe ſu Alteza con eſto, dejandome ſu humildad confundido de vér, que en el ſuceſo que otras almas tuvieran tanto que defenderſe de la vanidad, fueſſe neceſario dár esfuerzo, y aliento á ſu ſanto temor.

CA-

CAPITULO V.

DEVOCION DE SU ALTEZA en desagravios á nuestro Señor, de las ofensas que le hacian contra su Santa Fé.

CElebre ha sido este año pasado de treinta y dos, y memorable quedará para todos los tiempos venideros la misericordia que manifestó en el leño sagrado una Imagen de Christo Señor nuestro, que con sacrilega mano, despues de haberla azotado, entregaron los Hebréos al fuego. No es bien manchar el papel con todas las circustancias del delito; pero bien será acreditarle con la gloria que de estos agravios resultó al Señor. Herian con Hebraica rabia el Venerable Vulto; y con voces clementes les decia: ¿Por qué me maltratais, no veis que soy vuestro Dios? Muchas veces le oyeron repetir estas razones aquellos corazones ingratos; y de donde habia de tomar motivo su conversion, cobraba mas fuerza el sacrilegio. El santo Tribunal de la Inquisicion averiguó esta iniquidad, y sustanciada la causa con la entereza, y justificacion que acostumbra, sacó los delinquentes al Auto. En él su misma confesion declaró en la grandeza del delito, la grandeza de Dios, confesando los delinquentes, que oyeron muchas veces hablar la santa Imagen, y reprehender con amor la maldad que con tanto aborrecimiento egecutaban.

2 Llegó á los oídos de su Alteza la atrocidad del delito, y la piedad del milagro, y movióse su corazon á grande ternura. Significaba su dolor con sentidisimos suspiros, y devotas lagrimas, llorando, como era razon, los oprobios, y afrentas de Christo nuestro Redentor. Pedia afectuosamente á su Magestad, que le diesse luz, y enseñasse el camino, para procurar sus desagravios, y dar algun consuelo á su corazon afligido. Dios, que nunca falta á las justas peticiones de los suyos, puso en el de su Alteza, y de todas las Religiosas de su Convento, un pensamiento espiritual, y devoto, que reducido á practica, ha sido de grande egemplo, y consuelo á los fieles. Luego como se averiguó la maldad de aquellos ingratos, y el Santo Tribunal de la Inquisicion los entregó al castigo, dió principio la Infanta, y su Convento, á los

deſagravios de Chriſto, con grande eſpiritu, y devocion, ſolemnidad, y grandeza: adornaron ſu Real Capilla, como ſe hace en ſemejantes actos, y en eſta ocaſion con mayor lucimiento. Colocaron ſobre un Mageſtuoſo Altar una devota Imagen de Chriſto crucificado, conſagrando á ſus deſagravios ocho dias ſiguientes, volviendole en alabanzas los oprobios. Predicaron en aquella Octava los mayores Predicadores de la Corte; ſiendo el adorno del Altar, las luces, los olores, la muſica como de las Deſcalzas de Madrid. Acabóſe la Octava con una ſolemniſsima proceſion, á que aſsiſtieron ſus Mageſtades, y toda la Nobleza de Eſpaña.

3 Eſte ſoberano arbitrio de aplacar la ira Divina, trasladó Dios del corazon de ſu Alteza al de nueſtros Catolicos Reyes, que mandaron hacer en ſu Palacio, y Real Capilla la Fieſta de los Deſagravios. Celebróſe con ſuma devocion, y grandeza, y en la proceſion ſe hallaron las Reales Perſonas, enriqueciendo primero con quatro Altares, los quatro ángulos de los corredores, reduciendo á eſta veneracion en tan cortos terminos, quantos teſoros la America, y la Aſia han tributado á eſta Monarquía. Tercié luego el Real Convento de la Encarnacion, haciendo tambien ſolemniſsima Octava; y deſpues con ſanta emulacion, y chriſtiano eſpiritu ſe han ido, y ván continuando en eſta Corte, y en otras partes del mundo los deſagravios de Chriſto, con admirable fervor. A todas eſtas honras, y troféos dió principio la Infanta MARGARITA; y deſpues de ſu muerte dejó eſta Fieſta, y memoria ſituada, porque aun mas allá de la vida eſtén á Dios alabando ſus obras.

4 Referianle las fieſtas, que en la Corte ſe hacian á eſte ſanto intento; los Sermones que ſe predicaban á las alabanzas, y glorias de Chriſto; el fervor, y devocion con que los Fieles acudian à eſtas Catolicas demoſtraciones. Enterneciaſe ſu Alteza con eſta relacion, y el gozo interior manifeſtaba, diciendo: ¡Qué ſuave materia es eſta para que yo óre! ayudame mucho para hallarme muy recogida, y agradecida á nueſtro Señor, y para alabarle con mayor afecto, vér que ſu Bondad, y Sabiduria ſaque gloria de la afrenta; de los oprobios, troféos; de los pecados, virtudes. En eſtas, y ſemejantes ocaſiones, en que con pecados públicos era ofendido el Señor, ſe laſtimaba mucho, y no podia encubrir ſu dolor, dandolo á entender á todos; y en tales caſos pedia licencia á la Abadeſa, y al Confeſor, para hacer alguna mortificacion,

en

en reverencia de las Imagenes que habian maltratado. Y quando eſtaba muy enferma, yá que no la dejaban hacer obras mas riguroſas, hacia genuflexiones, y arrojandoſe en la tierra, poniendo el roſtro, y la boca en ella, decia algunas veces el Salmo del *Miſerere*; y otras en cruz, para ſatisfacer en la forma que podia á aquellas injurias. Tambien hacia decir Miſas, y que ſe hicieſſen oraciones por la exaltacion de la Fé, y reverencia de las ſantas Imagenes. Y ſi ſabía, que en alguna parte las habian maltratado, procuraba con mucha diligencia que ſe colocaſſen, y puſieſſen muy decentemente. Y las que pudo alcanzar, las hizo adornar, y poner con toda veneracion, de las quales hay algunas en ſu ſanto Convento.

CAPITULO VI.

DE LO QUE DIOS FAVORECIÒ A SU ALTEZA en la virtud de la Eſperanza.

ES la Eſperanza áncora del alma en las tempeſtades de la vida; medicina de nueſtras deſconfianzas; vinculo fuerte de la gracia, y prenda ineſtimable de la gloria. Tuvo en heroyco grado eſta virtud ſu Alteza, y ſe egercitaba notablemente en ella, repitiendo con San Buenaventura aquellas admirables palabras: ¡O eſperanza del Cielo, que quanto eſperas, tanto alcanzas! En todos ſus acaecimientos, y mas en aquellos, cuyos efectos habia de deſcubrir el tiempo, levantando el corazon á Dios, decia con ſentidiſsimo afecto las palabras del Santo Rey: *In te Domine ſperavi, non confundar in æternum.* (a) Y eſto con tan deſeoſo ſentimiento, que comunicaba ſu eſperanza á los que la oían. Quando le comunicaban algun negocio grave, y dudoſo, animaba mucho á las perſonas que la hablaban, diciendoles: Que eſperaſſen en Dios, que encaminaria los medios al deſeado fin. Y ſi era perſona á quien podia manifeſtar ſu corazon, decia: Eſperémos en Dios, y conſeguirèmos lo que eſperamos, creyendo, que tanto tendrémos de buen ſuceſo, quanto tuvieremos de eſperanza en Dios. Yo me he hallado muy bien con eſta virtud, porque en to-

(a) Pſalm. 30. v. 2.

todos mis trabajos, y dudas me he ido à Dios, y llanamente ſe los he comunicado, y pueſto en ſus manos; y con eſto he conſeguido muy felices ſuceſos. Que de contradiciones, y dudas ſe ofrecieron para que yo vinieſſe de Alemania: para que dejaſſe á mis Hermanos: para que deſpues ſe deſviaſſe la materia del caſamiento que ſe propuſo, y ultimamente, para que me dejaſſen entrar Religioſa.

2 Digoos verdad, que algunas veces veía tan dificultoſo el remedio, y tan obſcuro, y dudoſo el fin, que qualquiera naturalmente tuviera por impoſible el conſeguir mi intento. Pero en todas eſtas tribulaciones, y tinieblas me quedaba interiormente un rayo de luz, y eſperanza, que era como un hilo delgado, á que me aſsia, para ſalir de aquel eſpiritual laberinto. De eſta eſperanza interior, que mi alma tenia, me nació la reſolucion, y firmeza con que defendia mi vocacion; de ſuerte, que á viſta de muchas razones con que me perſuadieron, y diligencias que ſe hicieron para retirarme de mi propoſito; ſin fatigarme en dár muchas reſpueſtas, apartando los ojos de las criaturas, poniendolos en el Criador, nunca llegué á deſconfiar, habia de conſeguir la dicha en que me hállo de ſer Eſpoſa ſuya.

3 En la ocaſion que ſu Hermano el Archiduque Maximiliano hizo aquella peregrinacion, que ſe ha referido, *dando tanto* cuidado á la Emperatriz ſu Madre, y á todos los Principes de ſu caſa, moſtró ſu Alteza notablemente las prendas que tenia de eſta virtud. Porque quando todos eſtaban ſumamente deſconfiados de que pareciesſe el Archiduque, por las triſtes nuevas que venian de ſu perſona; ſu Alteza (como ſe ha referido en el libro tercero) nunca dejó de eſperar firmemente en Dios, que le habia de guardar, y traher con bien á la preſencia de ſu Madre; y en eſte punto admiró á todos el ſuceſo, ajuſtandolo con lo que ſu Alteza habia dicho; porque pareció, no ſolo eſperanza, ſino noticia de lo venidero, aſſeveracion tan ſegura, en caſo tan contingente.

4 Tambien en la ocaſion que vino la Marqueſa de Auſtria, Sor Dorotéa, ſu Sobrina, reſplandeció mucho en ſu Alteza la Eſperanza; porque ſiendo de los ſuceſos, que mas deſeó en ſu vida, verla en el perfecto eſtado de Eſpoſa de Chriſto, habiendo intervenido en el acuerdo, y reſolucion de jornada tan grave, y tan larga, muchas dificultades, nunca ſu corazon ſe apartó de aquel

he-

heroyco grado de eſperar en Dios, que él habia de allanar quantos embarazos pudieſſen ofrecerſe al intento. Y á algunas perſonas graves, que proponiendola las dificultades de la materia, la decian: Que tuvieſſe por cierto, que no ſe podria conſeguir aquel ſanto intento, reſpondia con mucha reſolucion: No lo entiendo yo aſsi, antes eſtoy muy cierta, y muy ſegura de que la Niña ha de venir à Eſpaña, y ſer Monja, y primero que Dios me lleve la he de vér profeſa: y aſsi ſe cumplió. Era notable el fervor con que animaba à todos á que eſperaſſen en Dios, con las palabras del Salmo: *Iacta ſuper Dominun curam tuam, & ipſe te enutriet.*(b) Fiaos de Dios (decia) y vereis que buen fin que tienen vueſtros deſeos, que por eſſo no los conſeguis, porque no os fiais. El que fia en Dios, eſpera en quien todo lo puede, y en quien todo lo ſabe, y en quien todo aquello quiere, que mas nos conviene. ¿Pues por qué apartais la eſperanza de Señor tan Poderoſo, tan Sabio, y tan Bueno? Otras veces decia: Cierto, que me hacen láſtima algunas perſonas, que fian de sì, y no ſe acuerdan de fiar en Dios. ¡En qué mala parte ponen ſu eſperanza! bien ſe les debe lucir en ſus negocios.

CAPITULO VII.

LA VIVA ESPERANZA QUE TUVO en negocios muy graves: y còmo correſpondieron los efectos.

NOtorio ha ſido en el mundo el grave acuerdo con que ſe trató el caſamiento de la Sereniſsima Infanta Maria, aſpirando á eſta dicha los mas poderoſos Principes de Europa. La Infanta MARGARITA, por muchos titulos deſeaba vér el Imperio enriquecido con joya tan ineſtimable, y al Sereniſsimo Rey de Ungría, ſu Sobrino, con el lógro de una felicidad, por tan nobles circunſtancias deſtinada á ſu Real Perſona. Ofrecieronſe grandes dificultades en eſta reſolucion, dandole diverſos colores el eſtado univerſal de los Reynos. Con eſto ſe vió muy dudoſa la ſuerte, y la eſperanza de los Principes, entre el temor, y el deſeo combati-

(b) Pſalm. 54. v. 23.

tida. Nueſtra Sereniſsima Infanta en eſte tiempo, ſin dejar de hacer en lo natural las diligencias convenientes, ſe valia de aquella fuerza ſobrenatural, que prevalece contra toda humana contradicion. Quando eſtaba la reſolucion mas dudoſa, ſolia decir con las prendas que le daban en la oracion: No tengais miedo en eſte ſuceſo, que yo sé que mi Sobrina ſe ha de vér en el empleo, para que Dios la ha guardado, que es, para que vean en Alemania otra Emperatriz Maria, tan dichoſa, y bien querida como mi Madre. Otras veces decia, quando veía muy adelante otras platicas: Mi eſperanza adelgaza, pero no quiebra. Si huviera de mirar eſtas coſas en lo natural, yo confieſo, que eſtaria con grande deſconſuelo; pero no fio yo ſino enſolo Dios, y él ha de deſaparecer quantas aparentes conveniencias ſe ofrecen, y hacer que venza lo que es, á lo que parece. A la Sereniſsima Infanta Maria ſu Sobrina, decia muchas veces con grande aſſeveracion, el buen lógro que ſe le eſperaba, y que ſe habia de vér mandando las Provincias que la Emperatriz Maria ſu Viſabuela.

2 Queria con grandiſsima ternura á eſta Señora, porque ſobre ſer ſus virtudes tan eſclarecidas habia gozado de la ſuavidad de ſu agrado, y comunicacion, y era tan parecida à la Emperatriz ſu Madre, que no podia hallar mayor guſto ſu Alteza, que mirarla, y hablarla. Por eſto fue uno de los grandes contentos que tuvo en ſu vida, los felices caſamientos, y jornada de eſta Sereniſsima Reyna; y ſiempre eſtaba en la oracion pidiendo que la bendigeſſe con dichoſo fruto de ſuceſion. Con eſta ultima felicidad quiſo tambien Dios premiar ſu eſperanza; porque pocos meſes antes, que muricſſe le llegaron nuevas de las buenas ſoſpechas de la Reyna. Al punto dijo á las Religioſas: Hermanas, yo quiero hacer los primeros paños que ſe ha de veſtir el Principe; y luego mandó hacer dos habitos, uno de la Puriſsima Concepcion de nueſtra Señora, y otro de mi Serafico Padre San Franciſco. Decian las Religioſas: Míre V. Alteza, Señora, que es temprano; porque no hay aun certeza del ſuceſo. Y reſpondia con grande çonfianza: Eſſa certeza que falta al ſuceſo, la tengo yo en Dios, y él me la ha dado, de que ha de tener la Reyna un Principe muy lindo, voſotras lo vereis, que yo no sé lo que ſea de mí; y por eſto me anticipo á hacer eſto, por ſi me huviere llevado antes de verlo. Hizo bendecir los habitos, y que ſe digeſſen muchas Miſas por eſte ſuceſo, y tuvo todas eſtas coſas ſobre un Altar de N.

Se-

Señora nueve dias, y con mucho tiempo las remitió á la Sereniſſima Reyna de Ungría ſu Sobrina, eſcribiendole las buenas eſperanzas que podia tener de la merced que Dios nueſtro Señor la queria hacer. Y quando daba priesa à eſte deſpacho, era diciendo: Enviemos eſto luego, antes que me muera; y aſsi ſucedió, que antes que naciesſe el Principe de Ungría, y Bohemia, yá habia ſu Alteza muerto.

3 En el cumplimiento del teſtamento de la Emperatriz ſu Madre, en que trabajó ſumamente, y ſe ofrecian grandes pleytos, y dificultades, ſiempre ſe defendia con la eſperanza, diciendo: Vosotras vereis, que ſiendo Dios ſervido, ſe han de componer todas eſtas coſas, y que he de ver en perfeccion eſta fundacion, y egecutada la voluntad de mi Madre, y trasladado ſu cuerpo, y puesto en ſu nicho. Premió Dios ſu eſperanza, habiendo ſobrevivido á todo eſto, tan ajuſtadamente, que muy pocos meſes antes que murieſſe ſu Alteza, ſe hizo la translacion de la Sereniſsima Emperatriz, como en ſu lugar diremos. En lo que mas reſplandecia la eſperanza en ſu Alteza, era en la materia de ſu ſalvacion, como lo mas importante, y de la que habia ſolamente tratado toda ſu vida. De eſta tenia muy ſobrenaturales prendas, diciendo á las Religioſas, que hoy lo tienen muy preſente: Hermanas, yo eſpero en Dios, que me he de ſalvar; yo os aſſeguro, que trahigo en mi corazon tan viva eſta eſperanza, que no atrevo á poner duda en eſto; porque ſus meritos borran mis pecados, y ſu miſericordia mi malicia. Bien me parece á mi, que iré al ſanto Purgatorio, y alli purgaré mis tibiezas; pero dejar de ver á Dios, ſiendo tan bueno, y miſericordioſo, no puedo perſuadirmelo. Decia eſto con una paz interior, tan grande, y un ánimo tan humilde, y devoto, que en él ſe manifeſtaba con quan ſanto corazon ſervia al Señor, y que ſe lo habia enriquecido con el teſoro de eſta ſanta virtud.

CAPITULO VIII.

LA CARIDAD QUE ARDIA EN EL CORAZON de ſu Alteza, y que ſiempre conſervó la gracia del Bautiſmo.

LA Caridad, objeto nobiliſsimo de las virtudes chriſtianas, medio, y fin de la vida eſpiritual, en lo que principalmente reſplandece, es en conſervar al alma en gracia; porque aſsi como no puede ſubſiſtir la gracia ſin caridad, vá la caridad cada dia dando aumento á la gracia. Eſta heroyca virtud echó hondas raìces en el corazon de ſu Alteza; porque deſde niña la ſelló Dios el alma con ellas, y la ſirvió de muralla á los combates, que los tres enemigos la dieron todo el tiempo que vivió en eſta carne mortal. En eſte punto á mi entender, y al de muchas perſonas muy graves, llegó ſu Alteza á un eſtado de grande perfeccion, y que raras perſonas lo conſiguen, que es haber conſervado la gracia del Bautiſmo, ſin perder aquella blanca veſtidura con que adorna el Eſpoſo á la Eſpoſa: eſte es un dón tan grande, y en la flaqueza de nueſtra naturaleza tan ſingular, y á tan pocas perſonas concedido, que no he querido darlo á la Hiſtoria, ſin hacer quantas diligencias moralmente ſe pueden, para llegar á entender eſta verdad. No puede haber evidencia en tal averiguacion, por ſer tan deleznable nueſtra voluntad, tanta la variedad de los caſos, y tan ſujetas á falible entender las noticias que ſe cobran en el conocimiento interior. Y aſsi dice el Eſpiritu Santo, que nadie ſabe ſi es digno de odio, ó amor. (a) Y el Real Profeta pide, que le libre Dios de los pecados ocultos. (b) Pero en medio de eſtos zelos, y ſantos temores, nos ha dado Dios un genero de luz y noticia moral baſtante, para que conozcamos, y entendamos como mejor ſe puede, las coſas eſpirituales en las tinieblas de eſta vida mortal, y con humìldad, y rendimiento devoto las juzguemos, y cenſuremos; porque no quiſo dejar Dios à eſcuras el recto dictamen de la razon, ni en perplegidad tan penoſa, el medio con que ſe gobiernan las almas.

El

(a) Eccle. 9. v. 1. (b) Pſal. 18. v. 13.

2 El primer fundamento que tengo para creer, que su Alteza no perdió la gracia en su vida, es el que han tenido todos los hombres graves para entender lo mismo en este punto de quantas almas han tratado; porque habiendome manifestado su conciencia, y con delgada censura, y examen averiguado, quanto por ella ha pasado, no hallé cosa alguna que fuesse materia de pecado grave, ni que le huviesse privado de aquella Bautismal hermosura. Esto, no solamente lo advertí en la actual manifestacion de todos los acaecimientos interiores, y exteriores de su vida, declarados con aquel cuidado, atencion, y lisura con que lo declaran las almas temerosas de Dios á sus Confesores, sino en la igual práctica de sus santas costumbres, en su sincero, y llano modo de obrar, en la candidéz de sus pensamientos, y palabras, en la rectitud y bondad de sus intenciones, en la virtud, y perfeccion de sus egercicios, en el temor filial, y reverencial con que vivia amando, y temiendo á Dios como á Padre, y Señor. Referianos muchas veces cosas, que no solo no eran pecado grave, sino que era menester muy severa censura para determinarlas por leves, con tan sencillo, y verdadero amor, y humildad, que decia: Padre, parecele si en esto se ha podido enojar N. Señor conmigo, que me pesaria muchisimo, porque yo no lo dige cierto, creyendo que le enojaba, que de ninguna manera tal digéra, si pensára enojarle.

3 Esto mismo que yo asseguro, como testigo interior de la santa vida de su Alteza, asseguran tambien sus Confesores, personas de tan grande perfeccion, y doctrina, que se hallan esentos de toda censura. El Padre Fray Francisco de Ocaña, que despues de haber sido Lector de Teología, y Provincial de esta Provincia de Castilla, y gobernado con grande aprobacion diferentes puestos de la Religion, y entre ellos el de Confesor de su Alteza, fue elegido por Confesor de la Reyna nuestra Señora; cuya ocupacion, y la de Comisario general de Indias está hoy sirviendo con tan clara opinion: y el Padre Don Fray Miguél de Avellan, Lector jubilado, de la Provincia de Granada, Predicador de su Magestad, y Obispo de Syria. Estos dos venerables Sujetos asseguran, que habiendo hecho muy particularmente memoria, y mirado con cuidado, y atencion la vida de su Alteza, y manifestadose con ellos como con sus Confesores, y registrado hasta los pensamientos mas delgados, y hecho diversas confesiones generales, no ha-

llaron materia grave en que pudieſſen determinar haber perdído la gracia, que recibió en el Bautiſmo, y que aſsi lo aſſeguran, como teſtigos, en qualquiera Tribunal, y averiguacion.

4 Eſtas noticias, que por tantas razones deben quietar al juicio, y cenſura mas eſcrupuloſa, ſe ayudan, y dán la mano, con lo que uniformemente aſsientan, y publican quantas perſonas conocieron á ſu Alteza, y deſde muy niña eſtuvieron á viſta de ſus acciones; aſſegurando, que no vieron jamás en aquella perfecta criatura coſa que deſdigeſſe de la Ley de Dios, ni en que pudieſſe incurrir la nota de los que le miraban, y oìan, y que obraba con tal advertencia, y edificacion, que ſe conocia que andaba ſiempre con viſta eſpiritual ſobre lo miſmo que hacia, atendiendo á no deſviarſe de lo permitido, y á buſcar con cuidado lo perfecto: y con ſer aſsi, que era muy apacible, y guſtoſa en ſus recreaciones, fue tan grande ſu edificacion, y el eſpiritual aprovechamiento, que á otras reſultaba de ellas, que podian ſer perfeccion en otra perſona, las que ſu Alteza tenia por alivio á la naturaleza. Meſurabaſe, y componiaſe de manera, en viendo que la converſacion, ó la recreacion declinaba de aquel perfecto obrar Religioſo, con que viven las perſonas eſpirituales, y ſantas, que parece que tenia hecha muralla entre lo bueno, y lo no permitido. De eſta virtud interior, y edificacion exterior, ſalió al mundo la fama que ſiempre tuvo, y los altos titulos con que viviendo hacian venerable ſu nombre; porque univerſalmente todos la llamaban la ſanta Infanta Doña MARGARITA: la ſanta Señora, y otros renombres que eſtán manifeſtando ſu perfeccion, y ſantidad: y eſto no ſolo en Eſpaña, por eſtár de cerca atendiendo, y admirando á ſu Alteza, ſino en toda Europa, como ſe vé de los Breves, que ſe refieren en eſta Hiſtoria, en que los Pontifices no acaban de engrandecer ſu virtud; y de muchas cartas, que diverſas perſonas eſpirituales le eſcribian, comunicando con ſu Alteza las materias del alma con grande eſtimacion, y credito de ſu eſpiritu.

CA-

CAPITULO IX.

SENTIMIENTOS DE AMOR DIVINO con que favoreció Dios à ſu Alteza.

ASſentó Dios en el corazon de ſu Alteza deſde ſus tiernos años un dón tan amoroſo de Caridad Divina, con tan delgados, y ſuaves ſentimientos, que pocas veces ſe hallaba ſin eſte afecto ſobrenatural. Para conſervarlo, tomó por devocion el decir todos los dias ſiete veces el Pater noſter, y Ave Maria, en memoria de las que derramó Chriſto nueſtro Bien ſu Sangre bendituſsima por el Linage humano. Y decia: Treinta años há que rézo eſta devocion, ſin haber faltado dia alguno, Dios ſea bendito: y os aſſeguro, que me hállo muy bien con eſto. Exhortabalas á todas, que amaſſen mucho á Dios, porque el camino del amor, era el mas breve, y de mayor merecimiento, y el que facilita mas el ſanto egercicio de las virtudes. Mirad, decia: todos trabajan para amar; amemos noſotras para trabajar, y padecer con mas aliento por Dios. Las mortificaciones, penitencias, y penalidades, ſe ordenan al amor, ſi noſotros amamos, conſeguido el fin, mas facilmente egercitarémos los medios. Al amor todo es muy ſuave, ſin amor todo es dificultoſo. La caridad es paciente, benigna, y amoroſa, ablanda lo aſpero, y hace facil lo dificultoſo. El ordinario egercicio de ſu Alteza, era hacer muchos actos de amor de Dios, ofreciendole ſu corazon, y ſu alma; potencias, facultades, y ſentidos, deſeando en qualquiera palabra y accion, darle todo lo criado: y aſsi no daba paſo, aun en las ocupaciones exteriores, que no fueſſe ofreciendo á N. Señor con grande amor, y ternura, como ſe ha viſto en las jaculatorias, en que todo el tiempo de ſu vida ſe egercitó.

2 De eſte ſanto egercicio (que es utiliſsimo para las almas) le reſultaron dos gracias muy particulares: la una, el conſervar tan perſeverantemente el fuego de la caridad; porque interior, ó exteriormente, ſiempre ſe hallaba en eſte modo anagogico de reducirſe á Dios, y reſignarſe en ſus manos, y comunicarſe con ſu Divina Mageſtad: con que al miſmo paſo la habia aumentado el amor, é introduciendola el dón de la caridad, en grado heroyco,

con

con otras muchas gracias, que dependen de eſte dón generoſo. Conſiguió tambien aquella inocencia, y ſinceridad admirable con que vivió muchos años de penſar ſantamente de los progimos. No llegaba á creer, que habia en el mundo Chriſtiano que pecaſſe mortalmente, teniendo un ingenio muy vivo, y naturalmente advertido, y diſcreto: podia tanto la pureza de ſu caridad, que no llegó á enturbiar el penſamiento con eſtas noticias, pareciendole que era impoſible haber quien ofendieſſe á un Señor tan bueno, y digno de amor. Y deſpues que el platicar las materias de eſta vida la obligó á tener claras noticias de nueſtros deſconciertos, lo creía, y referia con tan gran compaſion, que edificaba ſumamente à quien la oía, diciendo: Muchos años he eſtado ſin creer que huvieſſe Chriſtiano que ofendieſſe mortalmente á nueſtro Señor; y yá yo voy creyendo que hay algunos, y ſiento infinito eſto. Por vueſtra vida, que le pidamos á ſu Divina Mageſtad que los encamine, y alumbre, que es láſtima que tal coſa ſe haga contra un Dios tan ſumamente perfecto, y bueno.

De eſte ineſtimable dón le nacia aquella luz ſuperior con que ſiempre miraba ſus acciones, dividiendolas de la naturaleza con la gracia; de ſuerte, que conocia facilmente en lo bueno ló imperfecto; y purificaba ſus obras, y encaminaba á gran perfeccion. Vivia ſiempre ſobre sí miſma en continuo deſvelo, atendiendo á las licencias, é inclinaciones del cuerpo, conſervando el eſpiritu dentro de los terminos de la razon. Solia decir: Hermanas, que mala vecindad nos hace el cuerpo; quien pudiera ponerle en razon, y hacerle que aſsi ſe ſujetaſſe al alma, como el alma deſea ſugetarſe á Dios. Y no ſolo reducia eſto á eſpeculacion, ſino á tan perfecta, y provechoſa practica, que apenas miraba en ſu alma el mas leve contacto de imperfeccion, quando ſin poderlo tolerar lo iba á labar con la penitencia Sacramental. Y aunque fueſſen horas extraordinarias, con ſanto deſaſoſiego, no repoſaba, haſta que le llamaban al Confeſor, y le decia ſu pena, y preguntaba ſi ſe habria enojado Dios de aquello. Y como lo que ſu Alteza ponderaba tanto, apenas podia calificarſe por baſtante materia para la abſolucion, era fuerza decirſelo; y ſu Alteza reſpondia con humildad: Perdoneme el Padre Confeſor, que para que yo le lláme, y me confieſe, baſta el poder ſer pecado lo que digo, aunque no lo haya ſido, que como ſoy tal, tengo muy bien que temer. Con eſto he cumplido, y quedo quieta, perdoneme

por

por amor de Dios. Y algunas veces llamaba á ſu compañera, y la decia: Hermana, no os eſpanteis de lo que hago, yo quiero que ſepais la cauſa que tuve para llamar al Confeſor: fue eſta (refiriendole llanamente ſu defecto.) Eſto os digo, porque penſais que ſoy buena, pues entended que ſoy mala, y acabad de deſengañaros, y encomendarme á Dios, pues veis mi neceſidad. Con eſto dejaba edificadas, y confundidas á ſus compañeras, reconociendo la pureza con que vivia, y quanto procuraba conſervarſe en la verdadera caridad.

4. Egercitabaſe en una conſideracion devotiſsima, que la ayudaba mucho á la atencion de obrar ſiempre con ajuſtamiento, y rectitud de conciencia. Afirmaba, que tenia hecho ſu aposento en la Voluntad de Dios, y que en ella guardaba clauſura rigoroſa, y que era contra ſu profeſion ſalir de las paredes de eſte divino retiro: repugnaba á la naturaleza, quando la pretendia perſuadir que ſe deſviaſſe en algo del beneplacito divino, uſando de eſta comparacion: Hago cuenta que voy embarcada al Cielo en la Voluntad de Dios, como el navegante que vá á las Indias, el qual ſi quiere ſalir del navío, es fuerza que ſe anegue, y por eſto guarda tanta clauſura en él, que haſta llegar al puerto no ſe atreve á ſalir de ella, por no dár en las ondas. Bien puede paſearſe dentro del navío, y en aquel moderado eſpacio uſar de lo permitido, y llegarſe á bordo, mirar las aguas, como quien reconoce el peligro; pero no ſe arroja á la mar, porque eſtá mirando en ella ſu muerte. Aſsi yo, que voy embarcada á las Indias Celeſtiales en el navìo de la Voluntad de Dios, no es bien que ſalga de él, que ſería tomarme con mis manos la muerte. Baſta dentro de lo permitido paſearme por ſu clauſura, y tal vez recrearme en ella; pero ſi Dios es ſervido, no he de deſembarcar haſta el puerto. Otras veces decia: Aſſeguroos, que en algunas ocaſiones eſtá el mar tan bravo, y la mala naturaleza tan rebelde, que parece que por fuerza nos lleva á bordo del navío, y nos quiere arrojar; pero la gracia vence, conforta, y anima, y le digo al Demonio: Primero he de morir mil veces, que yo ſalga de la Voluntad de Dios, no tienes que canſarte. Con eſtas ſantas conſideraciones conſervaba ſu Alteza la pureza del alma, efectos todos de la Caridad Divina.

CA-

CAPITULO X.

EL AMOR QUE SU ALTEZA TUVO *á los progimos.*

YA que hemos referido brevemente la caridad que tenia en orden á Dios, será bien decir la que tuvo en orden á los progimos; porque como esta admirable virtud es tan liberal, y benéfica, se difunde en todos, y comunica de Dios á las criaturas, y de las criaturas á Dios. En este santo egercicio fue admirable, porque concurrian para él su inclinacion natural, que era sumamente benigna, y el amor sobrenatural la hacia mas suave, y fervorosa. Amaba, y estimaba á los progimos sobre manera, y en su corazon miraba á cada uno como si fuera su Superior, reconociendo en él algunas ventajas. Si era mayor, la edad: si era menor, la humildad: si era niño, la inocencia: si era grande, la autoridad: si era Prelado, la Dignidad, tomando motivos de mejorarse en quanto miraba. Han observado las personas que asistieron á su Alteza en todo el discurso de su vida, que nunca la vieron hacer donayre de persona alguna; antes si se ofrecia ocasion de poderlo hacer, la encubria, y disimulaba con santa discrecion; de suerte, que daba á entender, que no habia advertido el defecto; y si las personas que se hallaban presentes reparaban en ello, y se reian, procuraba contenerlas con grande advertencia, declinando la platica, ó cortandola; porque no podia tolerar, que su progimo padeciesse á vista de su caridad.

2 Esto advertian los que yá conocian su condicion, y decianla: Yá entendemos, Señora, á V. Alteza, y sabemos por qué muda platica. Respondia con mucho agrado: Si lo entendeis, por qué no lo escusais, pues es una misma obligacion de cubrir las faltas de nuestros hermanos. Procuraba quanto podia, que no turbassen á la persona que habia dado la ocasion al donayre: porque decia, que la causaba mucha lástima, que pusiessen á una persona en confusion. No es posible, decia, sino que se verá afligida en tales ocasiones en lo natural, y en lo espiritual, pues que se pone á riesgo de tener impaciencia; y assi no es bien que á nuestros hermanos los pongamos en tan grande trabajo, por tan le-

leve guſto. Y ſi la perſona eſtaba auſente, hacia las miſmas diligencias, volviendo por ella, y eſcuſandola, repitiendo ſu comun proverbio, dejad los auſentes por vueſtra vida, que no eſtán aqui para defenderſe.

3 Sucedió, que cierta perſona en una ocaſion quiſo entretener à ſu Alteza, refiriendola un caſo de donayre, que con otra le habia ſucedido. Al proponer el ſuceſo, diciendo el defecto del progimo, no ſolo no ſe alegró con el cuento, pero dió mueſtras contrarias, componiendo el ſemblante, y meſurandoſe; entonces dijo la perſona que habia referido el caſo: Bueno es Señora, que venga yo á entretener á V. Alteza con tan buena intencion, y que dé mueſtras de triſteza. Reſpondió: No me puedo alegrar, ni entretener con ſemejantes coſas, que al fin toca en murmuracion, y en deſcubrir faltas agenas, las quales querria yo cubrir con las alas de mi corazon, porque no padecieſſen mis progimos.

4 Quando la curaron, ſucedió que el Cirujano que la batió las cataratas, viendo que no ſurtió la cura, ſe entriſteció grandemente, aſsi por el empeño que habia hecho, como por las albricias que habia perdido en eſte ſuceſo. Reparando en eſto ſu Alteza, luego que conoció que quedaba ciega del todo, dijo con mucha láſtima al Cirujano: Cierto, Eſpinoſa, que me peſa mas del ſuceſo por vos, que por mí, y ſiento mas lo que vos dejais de ganar, que lo que yo pierdo en no poder vér. Y con todo eſſo mandó que le dieſſen muy cumplida ſatisfaccion. Otro caſo la ſucedió ſemejante á eſte, que en cierta enfermedad, ſangrandola el oficial, hirió dos veces el brazo, y no atinando con la vena; no ſalió ſangre: ceſó por entonces la ſangria, y las Religioſas, y los Medicos que la aſsiſtian fueron de parecer, que ſe llamaſſe otro ſangrador. Reſpondió: No ha de ſer, ni yo lo tengo de conſentir: no quiera Dios que por mi le venga mal á eſte hombre, que eſtà bien acreditado; él no pudo mas; puede ſer que yo tenga la culpa, él me ha de ſangrar, que Dios le dará gracia. Volvió el miſmo á hacer la ſangría, y ſalió muy acertada; y entonces dijo á todos, ¿qué os parece? ¡Como ſabe Dios volver por los inocentes! lo cierto es, que yo tendria la culpa de que èl no me ſangraſſe bien.

5 Trageron en una ocaſion á ſu Alteza una pobre muger, á quien habian levantado un teſtimonio por la juſticia: y deſpues

de haber padecido grande trabajo, ſalió libre de la priſion, luego la hizo veſtir, y contandole los trabajos, y teſtimonios, que la habian levantado, y lo que habia padecido, fue tanta la compaſion y ternura de la Infanta, y lloró de manera, que la vino á dár una congoja, con tales demoſtraciones de dolor interior, que no baſtan á explicarſe. El dormitorio comun de las Religioſas hizo ſentimiento de ruína, y temieron que ſe hundia, con rieſgo de la vida de todas. Digeronſelo á ſu Alteza, y luego que lo entendió, dijo: Lleven mi cama al dormitorio, que quiero correr el miſmo peligro que mis hermanas, que no es bien, que quando ellas eſtán en tal rieſgo, eſté yo libre y ſegura: mis hermanas ſon, y con ellas tengo de vivir y morir.

6 Encendiendoſe fuego los años paſados cerca del Convento, ſe temió, y aun ſe tuvo por cierto, que el Convento miſmo ſe quemaba, porque la vecindad de las llamas, y confuſion de la gente lo daba á entender. Vinieron con orden de ſu Mageſtad perſonas graves, y entre ellas el Embajador de Alemania á ſacar á ſu Alteza, y librarla del peligro, queriendo poner cóbro á la prenda mas importante. Dieron á ſu Alteza eſte recado, diciendole la reſolucion que ſe habia tomado; á la qual reſpondió con egemplar valor: ¿Cómo es poſible ſalir yo ſin mis hermanas? No ſe perſuada nadie à eſſo; ſi ellas murieren abraſadas, yo las tengo de ſeguir en la muerte, como las ſigo en la vida, y he de morir con ellas; no permita Dios que en ningun trabajo las deſampáre; perſuadanſe todas á que eſſo no ha de ſer, ni verſe mis hermanas en peligro, y yo vivir fuera de él.

7 Amaba con increíble ternura á las Religioſas, como á perſonas en quien conocia tanta virtud, y de quien recibia tan buenos ſervicios. Decia, no ſabe nadie, ni yo podré decir las razones que tengo para querer á mis hermanas; débolas mucho, que ſiendo como ſoy, me recibieron en ſu compañia, me ſufren, y hacen mucha caridad. Doliaſe grandemente de ellas: quando las veía enfermas viſitabalas en la enfermeria el tiempo que pudo, con tanta afabilidad, y llaneza, con tan grandes mueſtras de amor, que parece que iba repartiendo ſu corazon, y ſalud en las enfermas. Preguntabalas con roſtro apacible, ¿cómo lo paſaban? Si ſe les ofrecia alguna coſa? conſolandolas en ſu indiſpoſicion, y aliviandolas mucho con ſantas palabras. Quando eſtaba alguna de cuidado, ſino la dejaban irla á vér, la enviaba á viſitar, y que

la digeſſen ſi habia alguna coſa en que ſu Alteza la pudieſſe ſocorrer, y qué numero de Miſas queria que la hicièſſe decir, en caſo que Dios la llevaſſe.

8 Quando yá eſtaba en ſu ultima edad, y por ſu perſona no podia viſitar las enfermas tantas veces como antes, las enviaba á viſitar con una de las Religioſas que la aſsiſtian dos veces cada dia, ó mas, conforme á la neceſsidad, y que ſupieſſen de las enfermas ſi guſtaban de alguna coſa, y ſe lo digeſſen; y con grande puntualidad y amor hacia buſcar lo que pedian, poniendo mas cuidado, que ſi fuera para sí, y mandando que quando ſalieſſen los Medicos de la enfermeria, la vinieſſen á dár cuenta de cómo quedaban las enfermas.

9 Quando ſabía que alguna Religioſa tenia natural ſentimiento por muerte de padre, ó hermanos, luego la hacia llamar, y con dulces palabras la conſolaba, aconſejandola lo que debia hacer en aquel caſo. Mirad, decia, que recibais eſto de la mano del Señor, que por algun bien particular, y vueſtro lo ha permitido: encomendemos á Dios el ſuceſo, y hagamos decir algunas Miſas: creed, que ſolo lo que noſotras hacemos debe darnos cuidado, que lo que Dios hace, ſiempre nos conviene, ſi noſotras nos ſabemos aprovechar de ello. Tenia mucho cuidado con las perſonas que fuera del Convento la aſsiſtian, procurando, que ſirvieſſen á Dios, y vivieſſen ajuſtadamente, mandando ſi eſtaban enfermos, que los viſitaſſen, eſpecialmente ſi eran pobres. Cuidaba de que no les faltaſſe coſa alguna en ſu enfermedad, y eſto con tan gran deſvelo, como ſi fueran ſus padres, ó hermanos, aunque no fueſſen ſus criados, procurando que les dieſſen Medicos, medicinas, y otras coſas. De eſto dán teſtimonio con lagrimas los que con la muerte de ſu Alteza perdieron el bien que recibian de ſu liberal mano.

CAPITULO XI.

COMO EGERCITÒ SU ALTEZA LA CARIDAD con los pobres, ſin perjudicar à ſu pobreza.

FUE providencia particular de Dios, para y alivio de tantos pobres, haber order Alteza ſe rindieſſe á la viva inſtancia ron, para que en virtud de los Breves de los tifices, tomaſſe á ſu cargo la diſtribucion de los largos ſocorros que cada año le tuvieron ſituados: eſtos fueron en muy conſiderables cantidades, porque la Emperatriz ſu Madre la dejó para eſte efecto docientos ducados de plata cada mes en ſu teſtamento. Los Reyes con la largueza que ofrecen el dinero á tan piadoſas obras, mandaron librar puntualiſsimamente á ſu Tia ſeis mil ducados cada año. El Archiduque Alberto, otros docientos ducados de plata cada mes, ſin otras grueſas cantidades, que los Principes de la Caſa de Auſtria le remitian, para que en nombre de eſta Santiſsima Familia los repartieſſe á los pobres.

2 Mandó ſu Alteza, como hemos dicho, que ſe hicieſſe puntual relacion al Pontifice de las cantidades, y de los efectos en que ſe habian de convenir, aſsi de pagar los criados de la Emperatriz, como de las obras pias, y limoſnas que pareciesſe á ſu Alteza, y para el repáro de las propias neceſsidades. Y ſu Santidad tomó en sì la propiedad, y dominio de toda eſta limoſna, y con toda la plenitud de gracìa, y poder le concedió la diſtribucion, de la manera que ſe la propuſieron, y como mas cumplieſſe al conſuelo eſpiritual de ſu Alteza, dandola para eſto ſu ſanta bendicion, y aſſegurandola en ſu conciencia; y aſsi venía á ſer ſu mano por donde comunicaban ſu caridad los mayores Principes del mundo. El Vicario de Chriſto, por tener reſervada la propiedad; el Rey, y los Hermanos de ſu Alteza, porque le ofrecian para eſto los ſocorros; pero no ſe quietó con eſto ſu ſanto, y riguroſo zelo, ni con el parecer de varones muy graves, que le aconſejaron quan conveniente era, ſegun la grandeza de eſtado en que Dios la habia pueſto, y el bien que reſultaba á tantos pobres, uſar de los Breves, y Diſpenſaciones referidas; ſino que deſ-

pues

pues de haberſe obtenido, los hizo comunicar con los mayores Teologos de Eſpaña, pidiendoles, que la dieſſen por eſcrito ſu parecer: y aſsi lo hicieron, aſſegurandola con grandes fundamentos el camino por donde Dios la llevaba. Y todos eſtos papeles, y Breves los daba á los Confeſores, aſsi como comenzaban á egercitar ſu miniſterio, y doy fé, que á mi me los dió con tan graves palabras, que me puſo en grande admiracion, porque al entregarme aquellos papeles, me dijo: Padre Confeſor, eſtos Breves, y papeles le entrégo, en los quales he librado la ſeguridad de mi conciencia; porque hombres muy doctos me han dicho, que voy bien, y que agrádo á nueſtro Señor con que ſe dén eſtas limoſnas por mi orden. Vealos, Padre Confeſor, y dígame libremente lo que tengo de hacer, que con todo rendimiento obraré quanto me digere, aunque fuera neceſario perder la vida por ello, porque ſolo deſeo agradar á nueſtro Señor, y acertar con el ſanto camino de la perfeccion que profeſo: y vuelvole á decir, que me diga lo que debo hacer para eſto, y míre que deſeo lo mejor, y que ſi no lo hago no tendré yo la culpa, pues de todo corazon eſtoy rendida á hacer lo que me aconſejáre; y ſi no me hablare con claridad, y me deſengañáre, y advirtiére lo que debo hacer, dará cuenta por mi en la otra vida.

3 Supliquéla que me dieſſe tiempo para verlos de eſpacio, y comunicarlos con diferentes perſonas doctas y graves, y habiendolo hecho, lo reſtituí á ſu Alteza, con la aprobacion miſma que la habian dado haſta allí; aſſegurandola lo que ſervia á Dios en egercitar la caridad con los pobres, y conformarſe para eſto con los Breves, y Voluntad Divina. Eſto he querido volver á repetir aqui, aſsi para que ſe vea el aprecio que hacia eſta perfecta Señora de ſu profeſion, como porque al lado de ſu caridad reſplandezca mas el zelo y amor á la ſanta pobreza, que tantas lagrimas la hizo derramar de pena, quando podia verterlas de gózo.

CA-

CAPITULO XII.

LARGUEZA CON QUE SU ALTEZA socorrió á los pobres.

Esuelta su Alteza á tomar sobre sí la agradable carga de beneficiar los pobres con los socorros, y limosnas, que para este efecto tenia á su orden: no puede bastantemente explicarse la caridad, discrecion, y fervor con que en este ministerio sirvió á nuestro Señor. Decia comunmente á las personas, de cuya mano se servia en esto: ¿No es assi, que todo esto que me dán es para limosnas? Pues egercitese, y gastese en limosnas, para que se conforme el nombre con los hechos. Y pues Dios me ha dejado en el mundo con la carga de tener que dár; cumplamos con esta vocacion, que este egercicio por una parte me es muy suave, y por otra no me deja de ser un poco penoso, pues yá yo habia ofrecido tambien á mi Señor, y Espoſo el no tener que dár; pero pues ha querido volverme á este estado, yo procuraré ser fiel dispensadora de sus Tesoros.

2 Notorio es en la Corte, y en todos los Reynos de España, con quan larga mano su Alteza cumplió con este ministerio, pues lo dicen á voces Monasterios, Hospitales, Carceles, personas principales necesitadas, huerfanos, y pupilos, y todo genero de pobres, que con lagrimas están publicando el bien que recibieron en su vida, y el que perdieron en su muerte. Hoy viven en Madrid Ministros, de cuya mano usaba en este santo y devoto ministerio, que refieren cosas particulares de su caridad, que sería el contarlas, exceder del justo volumen de Historia. El Marqués de Malagón, Mayordomo del Rey, que lo era de su Alteza, y le sirvió con la satisfaccion, que se deja entender de su sangre: Don Gabriél de Alarcón, Secretario del Consejo de Indias; el qual, y Luis de Alarcón su padre, por sus buenos servicios, tuvieron tanta parte en la gracia de su Alteza, como hemos referido: El Licenciado Don Juan Aparicio, Capellan de su Alteza, persona de gran virtud, que hacia oficio de su limosnero: Juan Usbaldo, Secretario de su Mageſtad, que todos assistian á este ministerio, con sumo acierto, y en el credito, y en la autoridad

tan

tan abonados; como se deja entender. Estos Ministros no acaban de publicar la largueza, y caridad de su Alteza; su zelo, cuidado, y fervor; el ansia con que cuidaba de los pobres, repartiendo con cada socorro su corazon, con tan devotas, y fervorosas demostraciones, que los admiraba.

3 Quando algunas Religiosas la veían tan caritativa, y alababan el dón que Dios la comunicaba en esta parte, respondia: Mirad, amigas, los bienes temporales los ha dado Dios para socorrer á los pobres, y es justo, que no faltemos á su intento; porque se enojará de que de otra manera se gasten: si tuviesseis un Mayordomo, que la cantidad que le entregasseis para un efecto la consumiesse en otro, ¿no os disgustariais con él? Pues de aqui podeis colegir lo que Dios sentiria, que lo que su liberalidad dá para nuestro remedio, lo desperdiciemos en nuestro daño, y en comodidades nuestras, lo que formó para socorros, y limosnas de necesitados. Tenia no solo cuidado, sino curiosidad en la forma de la distribucion; porque habia hecho una memoria de todas las personas principales, que padecian necesidad, y de los Hospitales de esta Villa, de los recogimientos, y seminarios de huerfanos, de los Conventos mas necesitados, de las Carceles, y de algunos ciegos, ó viejos impedidos, doncellas recogidas, y otras personas, para ir por su orden socorriendo, y fecundando este noble campo de merecimientos; aplicando á la mayor necesidad, mayor socorro, y anticipandole á la mas urgente.

4 Tenia lista de pobres, á quien habia situado renta todos los meses y años, hasta que muriessen, y entre ellos algunas Religiosas de otros Conventos muy necesitadas, con las quales tenia mayor cuidado; porque decia, que eran encerradas Esposas de Christo, y siervas de su Madre bendita. Habia otros pobres, á quien por su calidad, y circustancias, reservaba el dár por su mano el socorro, por mayor secreto, y recato, cuidando, no solo de su sustento, sino de su credito: y quando los hablaba, era animandolos con tales palabras, que iban igualmente aliviados, y socorridos. En este numero entraban los señores Sacerdotes, á quien honró sumamente, y nunca quiso que fuesse por agena mano el hacerles merced. Con los que se señaló notablemente, como yà hemos tocado, era con los que iban á predicar á los Hereges de Inglaterra, Alemania, y Francia, y otras Naciones, á los qua-

quales llamaba los privilegiados, porque eran antepueſtos á todos, por el alto miniſterio de ſu vocacion: dabales, no ſolo para el viaje, y cartas muy favorables, ſino alhajas, y cajas de plata, para que llevaſſen el Santiſsimo Sacramento con decencia, y recato entre los Catolicos ſecretos de aquellas Provincias; y de la largueza, y caridad con que á eſto acudia, puedo yo ſer teſtigo, por haber corrido por mi mano en muchas ocaſiones eſta ſanta diſtribucion, y cuidado.

CAPITULO XIII.

PARTICULARES CASOS QUE SUCEDIERON à la Infanta, egercitando ſu caridad con limoſnas.

SUcedieron á ſu Alteza muy raros caſos en el ſanto miniſterio de ſu caridad, porque ſu piedad llamaba, y animaba á los pobres á que vinieſſen á buſcar ſu remedio. Cierta Señora de eſtos Reynos la llegó á manifeſtar el eſtado, y neceſidad á que Dios la habia trahido; y no hallandoſe entonces con que poderla ſocorrer, porque á ſu largueza eran cortos tan quantioſos ſocorros, la dió una cadena de criſtal de particular arte y labor, que tenia deſtinada para una Imagen de N. Señora, á quien tenia mucha devocion. Y con ſer eſto aſsi, y haberle dejado aquella cadena la Emperatriz ſu Madre, y uſadola ſu Mageſtad, no pudo ſufrir ſu entendido corazon á viſta de una neceſidad tan digna de remedio, dejar de ſocorrerla por eſte camino, y al darſela la dijo: Perdonad, que no me hállo con otra coſa con que poderos valer; fiad mucho en Dios, que él os ayudarà, y yo tambien lo haré en quanto pudiere.

2 Manifeſtóle una ſeñora conocida ſuya, que tenia ſus niños recogidos, y encerrados en ſu caſa, por eſtár ſin remedio humano para poderlos veſtir. Hallóſe atajada ſu Alteza, y herido ſu devoto, y Real corazon con eſte ſentimiento, no hallandoſe con que poderla remediar por entonces, tomó algunos veſtidos precioſos de las Imagenes del Niño Jeſus que tenia, para que con ellos, y de ſu valor hicieſſe veſtidos á ſus hijos, y decia con grande ternura, y devocion, mirando al Niño Jeſus: Niño mio,

mio, no habeis Vos de tener tantos veſtidos, y tan ricos, y los pobrecitos andar deſnudos, y ſin tener que veſtirſe; en verdad, Señor, que habeis de partir con ellos, que yá yo conozco vueſtra condicion, y que guſtais de quedaros pobre, y deſnudo por veſtir á nueſtra naturaleza.

3 Como ſabian que habian de hallar remedio en ſu Alteza, acudian con todo genero de neceſidad, y aſsi ponian á la puerta de la Igleſia de ſu Convento niños expoſitos. Mandaba que los recogieſſen, y que ſi no eſtaban bautizados, los bautizaſſen, dandoles larga limoſna, y remitiendolos al Hoſpital. Otras veces ſe quedaba con algunos, y los daba á criar á perſonas que cuidaſſen de ellos, y que en teniendo edad les enſeñaſſen la Doctrina Chriſtiana, y el temor de Dios: y ſi algunas de eſtas criaturas ſe inclinaban á entrar en Religion, les valía, y ſocorria en todo lo neceſario: á las doncellas dandoles ſu dote, á los mancebos lo que habian meneſter para conſeguir ſu habito y profeſion. Y tambien caſaba las huerfanas, que ſe inclinaban al ſanto Matrimonio, no ſolo dandoles con que tomaſſen eſtado, ſino para ſu ſuſtento. Habia tambien muchas Religioſas à quien ſocorria largamente, y hoy viven algunas, que las tenia ſituado lo que les habia de dár cada año, cuidando de ellas con grande amor, y puntualidad.

4 Guſtaba mucho de veſtir niños pobres, porque decia: En eſtos ſe me repreſenta el Niño Jeſus, en ſu edad, y en ſu pobreza; ſocorriendo tambien á las mugeres pobres, por devocion de la Virgen Santiſsima, como queda yá referido. El Domingo de Ramos hacia dár de comer, y limoſna á trece pobres, en memoria de Chriſto nueſtro bien, y de ſus doce Apoſtoles. Deſeaba mucho ſervirlos, y miniſtrarles la comida; pero como no le era poſible, decia á uno de los criados que á ſu Alteza aſsiſtian: Hacedme caridad de tomar por vueſtro cuidado el regalo de los trece pobres, mirad que repreſentan á Chriſto nueſtro Señor, y á ſu ſanto Colegio; habeislos de llevar á vueſtra caſa, y ſervirlos vueſtra muger, y vos con muy grande reverencia y amor: en eſto recibiré gran placer, que ſabe Dios que quiſiera yo hacerlo por mi mano. Eſto miſmo hacia algunos dias de nueſtra Señora, como yá ſe dijo en otra parte.

5 Tenia mucha devocion con el ſanto Nacimiento, y por la ternura con que amaba al Niño Jeſus, llamaba à eſta ſu Paſcua; y en memoria, y repreſentacion de la pobreza de la Virgen nueſ-

tra Señora, y de San Joſeph en el Portal, ordenaba que ſe repartieſſe mucha cantidad de dinero, con el ſecreto poſible, mandando á Don Gabriél de Alarcón, ó á ſu padre, que lo empleaſſe en las mas conocidas, y pias neceſidades, y que eſto ſe hicieſſe con mucho ſecreto. Porque decia, que lo que importaba era dár gloria á Dios, y remediar al neceſitado, y eſſo ſe conſeguiria mejor, quanto mas ocultamente ſe hicieſſe. Guſtaba en eſtos dias de dár algunas limoſnas por ſu mano, eſpecialmente á perſonas honradas, y que no ſe atrevian á recibirlo de otra. Y para que eſto fueſſe con mayor ſecreto, y que nadie lo entendieſſe, ni las miſmas Religioſas del Convento, ni las que la ſervian en quanto era poſible, mandaba á ſu Mayordomo, que en ſu caſa puſieſſe en unos papeles diverſas cantidades de dinero, y que ſe los trageſſe con ſecreto, y ſe los fueſſe dando quando eſtuvieſſe ſola en la ventanica. Ponialos en una caja, que tenia para eſte propoſito, y quando venian eſtas perſonas, les daba conforme á la neceſidad, y calidad, y les decia con mucha llaneza, y amor: Tomad eſta miſeria, y perdonadme por amor de Dios, que yo no doy como Infanta, ſino como Monja pobre, y ſi le reſpondian agradecidos, les replicaba: Callad, no digais eſſo, que no es nada lo que hago; bien es verdad, que deſeo hacer mucho por el Niño Jeſus, y por mi Señora la Virgen, á ellos ſe lo podeis agradecer; mirad que no lo ha ſabido nadie, ni vos lo digais.

6 Entre año egercitaba eſto miſmo con algunas perſonas, y pobres, á quien la verguenza hacia mayor ſu neceſidad, y lo que mas eſtimaban todos, era la limoſna eſpiritual, conſolandolos en ſus trabajos, y animandolos, diciendo: Mirad que os ruego, que tengais paciencia, y que con todo ſufrimiento lleveis lo que Dios os envia: Yo os prometo de rogar á Dios por vos, y acordaos de mi en vueſtras oraciones. En la miſma Paſcua de Navidad hacia veſtir tres pobres, y un hombre, una muger, y un niño, en memoria, y devocion del Niño Jeſus, de Santa Maria ſu Madre, y de San Joſeph; procurando, que fueſſen perſonas virtuoſas, y neceſitadas.

7 Quando entraban á hacer en el Convento alguna obra, ſi ſucedia entrar con los oficiales algun hombre pobre, con veſtidos rotos, decian á ſu Alteza: ¡Señora, ſi V. Alteza viera un pobre hombre de eſtos de la obra, y qué laſtimoſamente eſtá veſtido! Cauſabale eſto mucha compaſion, y mandaba, que le viſ-

tieſ-

tieſſen, y remediaſſen. El pobre, agradecido á eſte bien, deſeaba beſar la mano á ſu Alteza, pero como pobre no ſe atrevia á intentarlo. Llegabalo á ſaber ſu Alteza, y como nunca deſdeñó á los pobres y humildes, mandabalo llamar, y recibialo con aquella caridad y agrado, que á todos. Preguntabale con mucha llaneza: ¿Decidme, oís Miſa? Mirad que la oygais todos los dias que pudieredes. ¿Rezais el Roſario de N. Señora? Si no le teneis, yo os le mandaré dár: mirad que lo receis, y encomendadme á Dios. Sabía tal vez, que algunos de eſtos oficiales tenian ſus mugeres enfermas, y con neceſidad, compadeciaſe mucho de ellas, y procuraba que de ſu meſa ſe llevaſſe cada dia alguna coſa de regalo, y con mucha caridad deſeaba ſaber cómo lo paſaban, y ſi la neceſidad, y enfermedad apretaban, las ſocorria con Medico y botica.

8 Compadeciaſe mucho de los niños Acolitos, que ſirven en la Igleſia Real de las Deſcalzas: ſon ſeis, ú ocho; procuraſe que ſean pequeños, por mayor ornamento y decencia del Altar, enſeñanles con gran primor las ceremonias, y modo de ſervir, y es coſa muy advertida en eſta Corte, y de gran devocion y egemplo, porque ſe cuida mucho en eſta Real Caſa de la correſpondencia, é igualdad en las coſas del Culto Divino. El tiempo que ſirven eſtos niños en el miniſterio de Acolitos, eſtán bien acomodados; porque tienen ſus gajes, y Maeſtros que los enſeñan virtud, y la lengua Latina; pero deſpues que ſe hacen grandes, por la deſigualdad, es forzoſo ſalir de eſte miniſterio. Compadeciaſe ſu Alteza de ſu deſcomodidad, hablabales con grande llaneza, conſolabalos, y animabalos, procurando ſaber de ellos à qué ſe inclinaban. Algunos decian que querian ſer Religioſos; alegrabaſe de eſto, diciendo: Pues yo os ayudaré en todo, porque conſigais vueſtros deſeos: huelgome que hayais hecho tan buena eleccion: mirad bien en ello, y hacedlo con bendicion de vueſtros padres: haciales, que lo encomendaſſen á Dios, y que la vinieſſen á dár cuenta. Examinaba ſu vocacion, y quando conocia que era verdadera, les ayudaba: ſabia la Religion á que ſe inclinaban, negociabalo con los Prelados, y concurria á todo quanto habian meneſter: y á los que ſe inclinaban á oficios, ó á ſervir algunos Prelados de la Igleſia, procuraba acomodarlos, interponiendoſe con mucho afecto, y caridad.

9 Quando la daban cuenta de que morian algunas perſonas

pobres ſin tener con que enterrarſe, mandaba que eſto ſe hicieſſe por ſu cuenta, y que ſe digeſſen Miſas; eſto era muy ordinario, como tambien ſacar algunos pobres de la Carcel, que eſtaban en ella por deudas, pagabalas, y ponialos en libertad. Si tenia alguna alhaja devota de ſu guſto, ſin la qual podia paſar, luego la hacia vender, y que la dieſſen á los pobres. Y nunca hizo coſa de ſu guſto en materia de devocion, como era veſtir las Imagenes, que luego no dieſſe alguna limoſna, diciendo: Eſta limoſna doy, porque Dios me admita el guſto que tengo de vér bien veſtido á mi Niño Jeſus, y á ſu Madre Santiſsima.

CAPITULO XIV.

LIMOSNAS CON QUE SOCORRIÓ à las almas del Purgatorio.

DE todo genero de pobres, como ſe ha viſto, era muy compaſiva; pero con ventaja exceſiva de los difuntos, y almas de Purgatorio. Eſtos pobres (decia) me hacen gran compaſion, porque ſon amigos de Dios, y no pueden por sí, ni por diligencias propias procurar ſu remedio. Otras veces decia: Deſeo hacer mucho por las almas de Purgatorio; porque aquella ha de ſer mi forzoſa poſada, y aſsi holgára tener aliviados á ſus moradores, para que me reciban, quando por mi buena dicha les vaya á hacer compañia, que yo por pecadora, y mal mortificada habré de ir al ſanto Purgatorio. Era tan particular ſu cuidado, afecto, y devocion á las benditas almas, que ningun dia dejaba de ſocorrerlas con ſufragios, y egercicios penales, Comuniones, y oraciones de Indulgencias, y Miſas, y eſto con notable perſeverancia: (eſpecialmente dedicaba los Lunes para las almas) aplicando quanto le era poſible á eſte intento; y en eſte dia procuraba obrar mucho, rogando á todos, que les hicieſſen bien, y ſe compadecieſſen de ellas. Pedia á los Pontifices le concedieſſen Indulgencias; eſpecialmente intercedia por la confirmacion de las que ſe concedieron á ſu Madre la Emperatriz Maria, que como ſaben todos, eran de muy grandes bendiciones, y gracias. Aplicabalas á eſte fin, y las Cruces, Medallas, Roſarios, procurando repartirlas en gran cantidad. Fue en eſto admirable, preciandoſe ſiem-

pre

pre de ſolicitadora, y procuradora general de las benditas almas, y no ſatisfacia eſtas anſias con comunes diligencias, porque deſde ſu Convento encerrada, procuraba promover las remotas Provincias, haciendo contrato, y comercio con las Naciones, para que acudieſſen á eſta piadoſa obra.

2 Remitia á las Indias, y á las demas partes del mundo mucho numero de Roſarios, Medallas, Cruces benditas, con Indulgencias, para qué las ganaſſen por las almas. Encomendaba á los Predicadores, que alentaſſen á los fieles á eſta ſanta devocion, diciendoles: Yo os ruego que tomeis eſto por vueſtro cuidado, y ſi lo haceis aſsi, os aſſeguro en todo muy buenos ſuceſos, y eſpecialmente en el acierto de vueſtro miniſterio; porque yo sé que ſon buenas amigas las almas, y eſpéro en Dios, que por lo mucho que yo las quiero, me ha de perdonar nueſtro Señor mis pecados, y hacer merced en muchas coſas, que aun en eſta vida las tengo experimentadas. Y es cierto, que ſu Alteza recibió grandes miſericordias de Dios por medio de eſta devocion, y que por ſus diligencias, y oraciones libró muchas almas del Purgatorio, y aquellas miſmas vinieron à agradecerle el beneficio; y aunque ſe referirán en otra parte, ſerán en corto numero, por el cuidado con que eſcribimos de eſcuſar la materia de revelaciones, en que ſu Alteza vivió tan recatada.

3 Tenia por coſa aſſentada hacer algun bien á todos los difuntos, cuya muerte llegaba á ſu noticia, y acrecentaba los ſufragios, conforme á la obligacion del conocimiento, ó la neceſsidad. En eſto ultimo hacia mas fuerza: como en ſi habia vivido deſtrahido, ó muerto acelerada, ó deſdichadamente; y en ſemejante caſo, ſu ordinario ſufragio era á cada difunto mandarle decir cinco Miſas, y tomarle una Bula, y por sí propia hacia alguna devocion, y lo menos era rezar oraciones, y ganarles Indulgencias: y á otros mas conocidos, y de mas obligaciones, les hacia decir mucho numero de Miſas, y oraciones. En oyendo que clamoreaban por algun difunto, enviaba luego al torno, que ſupieſſen quien era, y de qué calidad, para ſaber el numero de Miſas que ſe le habian de mandar decir, é inmediatamente hacia que ſe comenzaſſen á decir, ſi era hora para poderlo hacer, y ſi no quanto antes ſe podia.

CA-

CAPITULO XV.

CARIDAD DE SU ALTEZA EN ORDEN al bien, y alivio de las almas, y lo que Dios le multiplicaba la limoſna.

DEjóle el Archiduque Alberto ſu Hermano docientos ducados de plata cada mes, y dijo en la clauſula del teſtamento, que los dejaba para ſu regalo. Su Alteza los aplicó para las almas de los difuntos, y otras neceſidades que ocurrian demás de las que corrian por cuenta de los Mayordomos, y Contadores, que á ſu Alteza aſsiſtieron. Y ſolìa decir: Yo he de cumplir la clauſula del teſtamento de mi Hermano, á la letra, en la diſtribucion de eſta limoſna; porque dijo que fuéſſe para mi regalo, y mi verdadero regalo, y mayor conſuelo, es el remedio de las almas del Purgatorio, y de los pobres, y aſsi quiero que ſe gaſte en eſto. Tenia ordenado que á los principios de cada mes puſieſſen en el torno eſta limoſna, para que deſde alli ſe fueſſe gaſtando en piadoſas obras, por cuenta de las porteras, que lo tenian ſiempre aparte; y llamabanle el Teſoro de los pobres. De aqui ſe ſacaba el numero de Miſas, de Bulas para difuntos, y para vivos; y otras limoſnas particulares. Corria por cuenta del Contador Luis de Alarcon, y de Don Gabriél de Alarcon ſu hijo, el cuidar de eſta limoſna todos los meſes. Y ſe ha obſervado en eſte Convento, como coſa conocidamente milagroſa, lo mucho que de eſte ſanto depoſito ſe ſacaba cada dia para inumerables Miſas, y neceſidades que ſe ofrecian; y nunca parece lo veían acabado, antes parecia que maravilloſamente nueſtro Señor lo aumentaba. Y confieſan las porteras, que hoy viven, que les parece que no podia ſuceder aquello ſin maravilla, y particular providencia, para dár á entender quanto ſe agradaba á Dios de eſta buena obra, y quan guſtoſo era para ſu Mageſtad eſte piadoſo cuidado.

2 Sucedia muchos meſes que ſobraba de eſta limoſna, y dabanle cuenta de ello á ſu Alteza, la qual con mucho alborozo reſpondia: ¿Qué me decís que ha ſobrado? pues en verdad que lo habemos de gaſtar muy bien. Penſaremos lo que ſe ha de hacer de ello, que ſea mas agradable á nueſtro Señor, y mas provecho-

ſo

ſo para las benditas animas. Y es de advertir, que ſi de eſta limoſna ſe daba á algun pobre, toda era por las almas del Purgatorio, y de aqui tambien ſe deſtribuía para enterrar á los que no tenian para eſto, ó para habito, ó mortaja, ú otro genero de alhajas de piedad.

3 Quando ſabìa, que habian de hacer juſticia de algun delinquente, gaſtaba todo el dia pidiendo á Dios que le ayudaſſe, y dieſſe verdadera contricion; y tenia pueſtas perſonas en paradas, para que en acabando de morir ſe lo vinieſſen á decir con ſuma velocidad, y yá eſtabán prevenidos, y veſtidos los Sacerdotes, para que al punto ſalieſſen á decir Miſas por aquella alma, y ſu Alteza las oía, pidiendo con grande inſtancia por ella; y eſto miſmo rogaba á las Religioſas, y á ſu Confeſor, y á todas las perſonas que la hablaban.

4 Encomendaba á Dios, y hacia mucho por los bienhechores del Convento, vivos, y difuntos, y decia con mucha apacibilidad: Debemosles mucho á los que nos hacen bien, y nos ſuſtentan con ſus limoſnas, como á pobres. Tenia por coſtumbre, quando por algun accidente no ſe hallába en la comunidad, ni en la bendicion de la meſa, y hacimiento de gracias, rezar por los difuntos lo miſmo que en el Refectorio, y eſpecialmente por los bienhechores, ajuſtandoſe en todo con la ſanta comunidad. Finalmente, le ſelló Dios en el corazon la devocion de las benditas almas, con que ſiempre ſe halló muy bien, por ſer eſte un linage de pobres poderoſos, y agradecidos.

CAPITULO XVI.

OBEDIENCIA DE SU ALTEZA, Y LO QUE ſe aventajó en eſta virtud.

A obediencia, madre de la profeſion Religioſa, tomó poſeſion del corazon de ſu Alteza en los primeros años, como ſe ha referido en el primer libro. Porque ſu blandura, y docilidad nunca halló reſiſtencia al precepto de ſus Superiores, cuya voz oía como ſi la viera pronunciada por los labios del Salvador, diciendo, que en ſus Prelados eſtaba ſiempre advirtiendo, que lo repreſentan. Era tan puntual en el obedecer, y tan delgada en eſte ſan-

to

to egercicio, que á quien no conſideraba ſus acciones á la luz del eſpiritu, parecian afectaciones, las que eran finezas. Decia algunas veces: Agradezco mucho á Dios la merced que me ha hecho en darme Prelados, porque en la obediencia halla mi alma gran deſcanſo, y comodidad: por mi cuenta corre obedecer, por la ſuya el mandar: la parte mas facil me toca, y de menos peligro. Aſsi como al Pontifice, Vicario univerſal de Chriſto, ſe debe la mas rendida obediencia, ſe eſmeraba mas ſu Alteza en eſta debida atencion. Nadie puede con baſtantes palabras declarar el amor y veneracion que les tuvo. Quando hablaba de ſu Beatitud, era con tan grande humildad, que admiraba, y edificaba á los que la oían.

2 El Pontifice, decia ſu Alteza, es deſpues de Dios, y en la tierra el que le repreſenta, y tiene ſus veces, la Cabeza eſpiritual de la Igleſia, la voz del Señor, y por donde ſe comunica el Eſpiritu Santo, y aſsi le tengo yo interior, y exterior reverencia, deſeando que todos eſtemos á ſus ſantos pies rendidos, y obedientes. Quando los Pontifices la eſcribian, no ſe puede explicar la eſtimacion que hacia de las letras Apoſtolicas, y el deſvelo que ponia en egecutar lo que por ellas le pedian. Intercedia con los Reyes con apretada inſtancia en los negocios de la Igleſia. Hablaba á los Miniſtros, esforzaba la cauſa que la habian encomendado con caridad y fervor devotiſsimo. Quando venian los Legados, ó Nuncios de ſu Santidad, los recibia con gran devocion, y reſpeto; porque decia, que hacian oficio de Angeles, pues eran enviados del Vicario de Chriſto, para el beneficio univerſal de ſu Igleſia. Teſtigos ſon todos los que hoy viven, y no ſolo teſtigos, ſino pregoneros de la eſtimacion, y agrado con que los trataba. Los Breves de ſu Santidad recibia inclinada con profunda reverencia, ponialos ſobre ſu cabeza, y luego los cercaba al pecho; abrialos, y leíalos con gran devocion, y atencion, y deſpues los guardaba con cuidado, limpieza, y aſeo, en parte dividida de los demás papeles; porque decia, que las letras Apoſtolicas, ſe podian llamar divinas, pues las eſcribia el ſuceſor de San Pedro, y Vicario de Chriſto. A eſta devota atencion de ſu Alteza correſpondieron los Pontifices con ſingulares gracias y favores, llamandola hija querida de la Igleſia, y otros elogios, que ſe pueden vér en los Breves que ſe han inſerto en el diſcurſo de eſta Hiſtoria.

3 A los Prelados trataba con gran decóro, y reſpeto, y ſentia mucho que todos no les trataſſen con la veneracion debida. Si veía que en eſto faltaban perſonas á quien lo podia advertir, hacia gran ſentimiento, dandolo á entender vivamente, y con zelo y valor muy notable, diciendo: Por nueſtra cuenta corre el reverenciar, y obedecer á los Prelados; y pues eſto quiere Dios que ſe haga con ellos, hagamos noſotros lo que nos toca, y con eſſo habrémos cumplido. A los de la Orden, principalmente al General, Abadeſa, y Vicária, los obedecia con tanta puntualidad, y devocion, que era egemplar para todos los ſubditos, y decia: Mis Prelados, y mi Confeſor ſon las guias que Dios me ha ſeñalado en eſta vida para que no me pierda en el camino de mi ſalvacion, y aſsi con obedecerles, aſſeguro el viage.

4 Quando habia de pedir alguna coſa á ſus Superiores, tenia muy grande cuidado de que fueſſe con tales palabras, que los dejaſſe en ſu libertad, y ocultaba para eſto ſu inclinacion, ó ſu guſto, diciendo: Hacenme todos tanta caridad, que no quetria ponerlos en obligacion de hacer lo que les pido, porque mayor la recibo, que hagan lo que les pareciere mas conveniente. Y por eſto los tenia prevenidos, diciendoles, que eſtuvieſſen advertidos, que no podia negarſe á las perſonas que venian á pedirle que intercedieſſe con ellos, porque ſu compaſion ſiempre la inclinaba á hacer buenos oficios por todos; pero que eſtas peticiones no las tuvieſſen mas que por ſencillas propoſiciones, y que hicieſſen deſpues lo que mas convinieſſe al ſervicio de nueſtro Señor, y que con eſta limitacion ſe habian de entender ſiempre ſus interceſiones. Eſtaba en eſto tan advertida, que quando enviaba alguna Religioſa con recado de eſta calidad á la Abadeſa, la decia: Por vueſtra vida que no lo digais con mas palabras de las que os digo: dejadla que obre con ſu libertad, que lo que mas conviene ſiempre, es lo que hacen los Superiores, y baſta proponerles las coſas, ſin que ſea neceſario hacer mas inſtancias. Pediale á la Abadeſa licencia para hacer algunas coſas, y negabaſela por mortificarla, diciendo: Señora, eſſo es guſto, y no neceſidad, V. Alteza ſe mortifique. Reſpondia la obediente Señora: Qué bien que dice la Madre Abadeſa, no lo haré, pues aſsi me lo manda, yo lo agradezco mucho. Otras veces le ſuplicaba la Abadeſa, que ſignificaſſe ſu guſto, y dieſſe á entender lo que queria en algunas coſas. Reſpondia: Eſſo no haré yo de ninguna manera: mi guſto;

es lo que la obediencia me mandáre: quien entra á obedecer en la Religion, no entra à tener gusto.

5 Como estaba tan asida á la santa obediencia, y decia á sus Preladas el gusto que tenia en obedecerlas, le dijo un dia una de ellas: Ahora, pues, Señora, V. Alteza se esfuerce, y ajustese á lo que yo la ordenáre, porque la tengo de mortificar en aquello que no fuere contra su vida, ó salud. Hincóse de rodillas, y respondió con mucha alegria, y gozo espiritual: Madre, yo le agradezco quanto puedo la caridad que me hace, pues quiere ayudarme en la cosa que mas en esta vida me importa: ahora conozco que es verdadera la voluntad que me tiene, hagalo assi como lo ofrece, que yo la obedeceré, siendo Dios servido muy puntualmente. Entrambas cumplieron lo que ofrecian, pues la Prelada con grande espiritu, fue egercitando á su Alteza todo el tiempo que vivió, con mucho aprovechamiento de su alma; y la Infanta obedeciendola con tal resignacion, que llegaba, como se ha referido, á hacer el examen de conciencia con su Abadesa, sin ocultarle las acciones, y mas delgados pensamientos.

CAPITULO XVII.

PARTICULAR ATENCION DE SU ALTEZA en el santo egercicio de la obediencia à sus Preladas.

EN este santo Monasterio es loable costumbre pedir las Religiosas licencia á la Abadesa, y al Confesor, para hacer algunas penitencias, fuera de las que comunmente dispone la Religion. Fue en esto tan puntual la Infanta, que nunca se atrevió á faltar á este santo, y conveniente establecimiento, y solía decir, que era la parte principal de la penitencia, aquella verguenza que se padecia, llegar á la Prelada á pedirsela. Yo hállo dos cosas, decia, muy buenas en este trabajo: la primera ser de mas merito, y mas seguro; la segunda, que sé yá quanto puedo hacer, sin exceder á las fuerzas, ni ofender á la comunidad, cuya soy; porque con la licencia de la misma Religion, para mortificarme, no corre por mi cuenta el riesgo de mi persona. Esta provechosa doctrina practicaba la Infanta, como verdadera obediente; porque creen

al-

algunas Religiosas, que en esta materia pueden lo que quieren, siendo engaño conocido; porque habiendose dado, y ofrecido á la Religion, no es propia su vida, y su salud, sino del Convento, ni pueden gastarla por su antojo, aunque sea con buena intencion; porque quedan, no solo de ningun provecho para servir à la Orden, sino de peso, y embarazo, y de costa en curarlas. Es bien estar atentos á esto, que el enemigo suele herir por este lado á los penitentes, causando mucho daño en las personas, y tal vez en la comunidad. De todo esto se escusa el que con la licencia, y direccion de su Superior, ó Confesor, como lo hacia la Infanta, usa el importante, y necesario medio de la mortificacion.

2 Sucedia algunas veces llegar á pedir estas licencias, y respondiala la Abadesa: Señora, essa penitencia yo se la quiero dár de mi mano, para que la sienta mas, que es muy misericordiosa consigo misma. Respondia su Alteza: Muy en hora buena Madre, hagase como dice, que por lo menos llevarè una cosa buena, que será menos de mi voluntad, y mas de la de Dios, registrada de mi Prelada. Otras veces, pidiendo estas licencias, se las negaban, y quedaba con grande igualdad, y levantando el corazon á Dios, decia: Señor, bien sabeis Vos mi voluntad en esta parte; yo os ofrezco este acto de obediencia, que es mejor, y valdrà mas. De la misma manera se portaba con sus Confesores, dandoles puntual cuenta de todo con admirable sujecion, y rendimiento. Decia su Alteza á sus compañeras: Las palabras del Confesor, quando las pronuncia en su ministerio, no las oygo como palabras suyas, sino como palabras de Dios; y assi las abraza mi corazon, y mi alma con grandissimo consuelo, y siempre me dejan en paz, y serenidad, aunque algunas veces mortificada, esso hallo que es para mi lo mejor.

3 Tenia muy gran cuidado en no resolver cosa, aunque fuesse en materia muy propia sin dár primero parte de ello á la Abadesa, y al Confesor, y decia: Quiero gozar del bien que Dios me ha hecho de acertar todas las cosas por la obediencia. Como vivia con tantos achaques, pareciales á algunas personas, que era bien que se curasse, ó que hiciesse para su salud alguna diligencia. Respondia su Alteza: Esso no haré yo hasta que la obediencia me lo mande, pues tengo puesta en su mano mi vida, y mi salud; ni es bien que cosa tan penosa como el curarse (que lo siento

ſiempre mucho) ſe haga ſino es por la ſanta obediencia; y en mandandoſelo la Prelada, decia: Ahora holgaré de hacerlo, que vá por cuenta de Dios. Erale de gran ſentimiento, que la Prelada dejaſſe algo en ſus manos, como quando por cortesía la decia: Vueſtra Alteza haga en eſſo lo que guſtáre; y reſpondia con pena: Madre, eſſo es no tratarme como á Monja, y cierto que deſeo ſerlo, y parecerlo, digame lo que debo hacer, ſi quiere conſolarme. Quando conſultaba á ſus Confeſores, era con gran reſignacion, aguardando en ſu reſpueſta lo que queria Dios que hicieſſe: encargabales apretadamente, que cuidaſſen de ſu alma, y que en todo le dijeſſen la verdad, y lo que la convenia, ſin mirar mas que á Dios: y que advirtieſſen que les habia de pedir cuenta de ella, que la gobernaſſen con mucho cuidado, pues en quanto era de ſu parte, ſe rendia á ſu direccion, y conſejo. Quando ſe hace eleccion de Abadeſa, ván todas las Religioſas á beſar la mano, y á darle la obediencia, era la primera la ſereniſsima Infanta, dando á entender claramente el rendimiento interior con que aquello hacia.

4 Es coſtumbre en eſta ſanta caſa, que quando muere la Prelada en ſu oficio, la ponen en el Coro para haberla de enterrar, y antes de ſacarla de alli, ván las Religioſas de dos en dos á tomarle la ultima bendicion, como ſi eſtuviera viva, y á beſarle la mano de rodillas, y con grande humildad. Eſto hacia la Infanta con ſingular devocion, y era tan puntual en la obſervancia de eſta loable coſtumbre, que eſtando yá ciega, murió la Abadeſa, y aſsiſtiendo en el Coro muchos grandes Señores, que con licencia del Nuncio habian entrado al entierro; ſalió por medio de todos con ſu bordon en la mano, y con la otra guiada de una Religioſa, y fue á hacer ſu ceremonia con tan gran humildad, que á todos dejó edificados. Finalmente, procuraba eſtár muy rendida, y conforme con la Voluntad de Dios, y la de los Prelados, y aſsi ſiempre conſervaba el util egercicio de la reſignacion; y á eſte fin compuſo un Roſario repartido en el diſcurſo del dia, y de la noche, para que no huvieſſe hora en que no eſtuvieſſe ajuſtandoſe á la Voluntad Divina. Rezabalo en modo de oraciones jaculatorias, y decia de eſta manera: *Fiat Domine voluntas tua, ſicut in cœlo, & in terra, ſicut vis, ſicut ſcis mihi neceſſarium eſſe in tempore, & æternitate. Amen.* Viendola las Religioſas tan reſignada, ſolian decir que la tenian envidia de la perfeccion con

que

que ſe egercitaba en aquella virtud. Reſpondia: ¿Qué hay aqui que envidiar? No es Dios dueño de todos, y à quien habemos de obedecer? Yo le tengo entregada mi voluntad, y ſiendo aſsi, cómo no he de tener guſto de que haga de ello lo que fuere ſervido? Era proverbio ſuyo ordinario: Hermanas, queramos lo que Dios quiere, y no ſe hálle en noſotras otro querer, y vereis qué bien queremos.

CAPITULO XVIII.

SINGULAR PUREZA DE SU ALTEZA, y lo que reſplandecia en eſta virtud.

CRiatura de mayor pureza, de las que no tiene aun canonizadas la Igleſia, que la Infanta Doña MARGARITA, dudo que la haya habido en el mundo; porque no ſolo conſagró ſu cuerpo á la corona de la virginidad, ſino que en premio de eſta fineza, la reſervó ſu Eſpoſo bendito de que el enemigo le hicieſſe guerra en eſte linage de penalidades. Es coſa rariſsima el eſtremo á que llegó en eſta candidiſsima virtud, hallandoſe tan eſtraña (á lo que ſuele permitir Dios que padezcan almas muy perfectas, para que ſe egerciten) que ſe manifeſtaba bien, que ſolo la mano poderoſa del Señor habia podido previlegiar tanto un cuerpo mortal. Quien leyere con atencion eſta Hiſtoria, habrá viſto lo que ſe defendió de las mayores coronas, y comodidades del mundo, por ſeguir al Cordero en el Coro celeſtial de las Virgenes, manifeſtando la pureza interior, con las acciones exteriores: viviendo ſiempre tan compueſta, recatada, y modeſta, que no ſolo componia á todos quantos á ſu Alteza miraban, ſino que parece que comunicaba el dón admirable de que Dios la habia dotado. Tenia terniſsima aficion á las Virgines, y deſeaba mucho aumentar el numero de las que profeſan tan celeſtial eſtado, habiendoſele introducido en el alma eſta inclinacion deſde ſu tierna edad; de ſuerte, que aſsi lloraba las amigas que ſe le caſaban, como las que ſe le morian.

2 A las que miraba en el mundo con mayor cuidado del decóro, y cuſtodia de eſte dòn admirable, comunicaba con mayor llaneza, y confidencia. Referia en la Religion, que una de

las

las coſas que agradecia mucho á N. Señor, era vivir en caſa de Virgenes, y eſpoſas ſuyas, en donde ſolo el nombre del Celeſtial Eſpoſo ſe nombra. Mucho debemos á Dios, decia, que ha querido darnos una corona de tanta eſtimacion en la tierra, y de tanta gloria en el Cielo; ¿con qué le pagarémos eſta merced, y le ſervirémos eſta Dignidad? Eſta es la virtud de virtudes, la que honró la Madre, la que enſeñó con egemplo, y palabras el Hijo, la que bendice el Eſpiritu Santo, y premia el Eterno Padre. Cierto, Hermanas, que quiero mucho á los Angeles, por la pureza en que Dios los ha criado, y entiendo, que como ſon tan puros, es eſta virtud la que mas les contenta. ¿Penſais voſotras, que puede igualar al premio que ſe nos aguarda, el trabajo que en la Religion ſe padece? Yo eſtoy muy lejos de penſar tal coſa, porque antes me parece que eſta fineza la comienza Dios á premiar en la tierra, y la acaba de coronar en el Cielo. ¡Qué quietud que gozamos! Qué paz interior! Qué alegria exterior! Buſcad en el mundo ſemejante contento! Eſte es propio premio de Virgines, vivir en eſta vida con mas gozo, y tener en la otra mas gloria.

3 En ſu preſencia no ſolo no ſe habia de hablar de converſaciones menos decentes de lo que era razon, que eſſo á ſu Sereniſsima Perſona ſe le debia; pero ni aun de aquello que parece neceſario para la enmienda de los progimos, como es el contar ſus deſconciertos; porque en llegando á platica, que pudieſſe enturbiar ſus puras, y celeſtiales noticias, ſe ſonroſeaba, y meſuraba de ſuerte, que era fuerza dejarlo; sí bien tal vez ſin diſcurrir en eſto, ſino ſolo tomando ocaſion por mayor de lo que ſe ofendia Dios, daba tales reprehenſiones á algunas perſonas de la Corte, con un zelo tan ſanto, y virginal, que refieren ellas miſmas que las componia, y moderaba mas que muchos Sermones, y Platicas de Varones perfectos.

4 A las ſantas Virgenes amaba terniſsimamente, llevada de eſte ſanto afecto, y hacia grandiſsima fieſta, y mas á aquellas que habian padecido, guardando eſte celeſtial Teſoro, como á Santa Barbara, y á Santa Inés; y decia, que eſtas Virgenes glorioſas habian con ſu ſangre acreditado eſta ſuave, y ſanta vocacion, y aſsi las debian mucho todas las almas que caminan por ella. De eſte virginal afecto le nació el anſia que tenia de conſagrar eſpoſas á Dios, y la egecutó con larga, y poderoſa mano, dotando muchas huerfanas, y otras doncellas, que con ſu ſocor-

ro

ro hallaron ſu remedio. Solia decir, que ſi fuera neceſario vender-ſe para dotar una Virgen, y conſagrarla á Dios, lo hiciera ſolo porque creciesſe este dichoſo Coro. Por essó holgó tanto, y encaminó con tan grande fervor traher á ſu Monaſterio á la felicidad de tan alto eſtado, á ſus dos Sobrinas Sor Catalina, y Sor Dorotéa, de las quales Sor Catalina con breve trabajo ha conſeguido eterna Corona, y Sor Dorotéa eſtá hoy caminando por las piſadas de ſu Religioſa Tia, al monte del Eterno Cordero.

CAPITULO XIX.

INCLINACION QUE SU ALTEZA TUVO á la ſanta pobreza.

COſtó á ſu Alteza muchas lagrimas el amor de la ſanta pobreza, por los contrarios que tuvo para egercitarla. Y ſi para medir con la juſta ponderacion el egercicio de una virtud, es bien conſiderar ſus dos eſtremos, de donde parte, y haſta dónde llega; con ella facilmente reconocerá, que ſu Alteza fue verdaderamente pobre, quien conſiderare, que partió de ſer Infanta, y llegó á ſer Deſcalza: del ſer Hija de Emperadores, á ſer profeſa en la eſtrecha Religion de Santa Clara: de la Corona de Eſpaña que la ofrecieron, al humilde, y ſagrado velo de la Religion: de tener á ſus pies tantos Reynos, y Provincias, á piſar con plantas humildes los ladrillos de un Convento: de los Alcazares, y Palacios mayores de la tierra, al mas angoſto, y pobre apoſento de los Monaſterios: de los atavíos, y veſtiduras Reales, al ſayal humilde, y roto: del ſer ſervida de las mayores perſonas de la tierra, al vivir ſin perſona alguna que la ſirvieſſe en ſu Monaſterio: de tener las mas opulentas, y ricas alhajas, á las pobres de ſu celda.

2 Preguntó un mozo á Chriſto, ſegun refiere el Santo Evangelio: (a) ¿Señor, cumplido he los Mandamientos de la Ley, qué mas haré para ſalvarme? Vé, dijo el Redentor, y vende quanto tienes, dálo á los pobres, y ſigueme. Fueſſe triſte, y dejanos con pocas eſperanzas el Evangeliſta, que partieſſe á obrar lo que Chriſto

(a) Marc. 10. v. 17. & ſeq.

to nueſtro bien le aconſejo. Entonces hizo el Salvador aquella ponderacion temeroſa de la dificultad con que el rico entrará en el Reyno de los Cielos, mayor que la que tiene el camello en paſar por el ojo de una aguja. Eſto que tan dificultoſo pareció á aquel temeroſo mancebo, á viſta del Hijo de Dios, viviendo en eſta carne mortal, ¿quién lo egercitó con mayor fineza que la Infanta? Quién dejó mas grandezas, comodidades, riquezas para abrazar mayor pobreza, y mas aſpero inſtituto? Decia mi Padre San Franciſco, poniendo los ojos en Fray Bernardo, uno de ſus primeros compañeros: Eſte ha fundado mi Orden, porque es pobre, habiendo ſido rico en el ſiglo; que el que llega de aquel eſtremo á éſte, acredita eſta virtud. (b) Con razon podemos decir, que ſi Fray Bernardo eſtableció la pobreza en la Orden de mi Padre San Franciſco, la Infanta la acreditó en la de nueſtra Madre Santa Clara, pues dejó mas Reynos, y Provincias que tenia Fray Bernardo alhajas, ſiguiendo inſtituto de mayor clauſura, y de no menos riguroſa pobreza.

3 Infundió el Señor eſta ſanta virtud en el corazon de ſu Alteza deſde ſus tiernos años, y no ſe quietó haſta haber conſeguido en ella la profeſion mas eſtrecha de la Religion Chriſtiana, viendoſe una Señora de tan alta ſangre, y criada en la opulencia mayor de la tierra, envuelta en un poco de paño baſto, con un habito eſtrecho, y recoleto, una tunica interior del miſmo paño, un manto reformado de lo miſmo, ceñida con una grueſa cuerda de cañamo, y unas pobres alpargatas, que tal vez eran de eſparto, las tocas llanas, y humildes, y el ſanto velo que trahen las Religioſas. Buſque ahora con devotos ojos el Chriſtiano entre eſtas pobres alhajas á la Infanta Doña MARGARITA, Hija de los Emperadores Maximiliano, y Maria, Nieta de los Emperadores Carlos Quinto, y Ferdinando Primero, Hermana de los Emperadores Rodolfo, y Matias, Sobrina, y Cuñada de Felipe Segundo, Prima, y Tia de los Felipes Tercero, y Quarto, Hermana de las Reynas de Eſpaña, y Francia Ana, é Iſabél, Tia de las Reynas de Francia, y Ungría, Bohemia, y Polonia. ¿Puede Señora tan grande llegar á mayor pobreza? Ni perſona por tantas circunſtancias la primera del mundo, á mas auſtéro eſtado de profeſion? Mireſe por todos lados, y á todas luces, y ſe hallará,

que

(b) Vid. Ubad. ad an. Chriſt. 1209.

que ni en las edades pasadas ha habido mayor persona, ni en el estado presente vida mas rigurosa, que la que aqui se profesa.

4 Dice el Serafico Doctor San Buenaventura, hablando de la pobreza: Que hay en esta vida ricos ricos, pobres pobres, ricos pobres, pobres ricos. (c) Ricos ricos son aquellos, que poseyendo muchas riquezas con el uso, las desean mayores con el corazon. Ricos pobres, los que teniendo con que pasar en la vida, tienen el corazon vacío de estos deseos, con que si son ricos en la posesion, son pobres en el alma. Pobres ricos, los que teniendo grande pobreza se hallan con deseos de riquezas, teniendo la pobreza por fuerza, y de voluntad la codicia. Pobres pobres, aquellos que habiendo dejado las riquezas del mundo por Dios, no solo renunciaron su uso, sino su deseo, amando la pobreza voluntariamente, con noble, y generoso corazon.

5 ¿Quién puede dudar que fuesse de estos ultimos pobres su Alteza? pues habiendo dejado tantas riquezas para el cuerpo, abrazó tanta pobreza para el alma; y siempre estaba apeteciendo mas pobreza, y adonde no podia llegar con la accion, llegaba con el deseo. Quando me pongo á considerar las lagrimas con que lloraba la facultad que los Pontifices la habian dado de poder dispensar las limosnas que su Madre, el Rey, y sus Hermanos la dejaron, me parece que veo uno de los heroycos egemplos de pobreza en la Iglesia Catolica; porque sin duda es cosa admirable, que no bastasse á obrar tan largamente en favor de la caridad, para que no estuviesse llorando la pobreza: que lo que no era escrupulo para su conciencia, fuesse martirio para su perfeccion, que consolasse á tantos con su pena. Con que no solo fue pobre de riquezas, sino de gozos; y à un mismo tiempo mereció en la caridad con el uso, y con la pobreza en el deseo, y en las dos virtudes con la mortificacion. ¡Qué diligencia no hizo para escusar esta santa dispensacion de limosnas! No le bastó que los Reyes se lo rogassen, sus Confesores lo aconsejassen, los Pontifices lo dispensassen, los Teologos la assegurassen, para dejar de llorar con sus hermanas la pobreza, como si no la tuviera; siendo en cierto modo tanto mas pobre, quanto menos podia serlo, si quisiera, pues se repartian por su orden tan largos socorros. La causa de este sentimiento era, que las almas que aman á Dios,

(c) Ex D. Bonav. tom. 3. pag. 336. per tot. & tom. 7. pag. 593. per tot. edit. Mog. 1609.

con la fineza que la Infanta, no lloran ſolo el ofenderle levemente, quando de la regla de la razon ſe deſvian, lloran las finezas que dejan de hacer; y obrando lo bueno, lloran lo que falta haſta lo mejor. Eſto hacia que ſu Alteza mereciеſſe con las obras en la caridad, y con las lagrimas en la pobreza, y por eſte camino vino á conſeguir tan altas coronas de merecimiento.

CAPITULO XX.

POBREZA DE LA CELDA DE SU ALTEZA, y ſus alhajas.

ERA la celda un pequeño apoſento debajo de una eſcalera, de ſiete varas de largo, quatro de ancho, tres de alto, ſin alcoba, ni repartimiento alguno. A un rincon tenia pueſta ſu humilde, y religioſa cama, y no permitió en muchos años que ſe la levantaſſen del ſuelo, haſta que los Medicos, y ſus Prelados viendola yá ciega, á fuerza de obediencia, pudieron conſeguir que la alzaſſen un poco; pero ſiempre tan pobre, y humilde, que podia ſer reformacion á las Religioſas, y egemplo á las ſeglares. Las paredes de eſte eſtrecho apoſento deſnudas, ſolo *habia* algunas pinturas de ſu devocion, con guarniciones pobres: ni tenia eſcritorios para el adorno, ni los habia meneſter para el uſo: dos meſitas de nogal, un veladorcillo de madera, un candelero de azofar, un vaſo de la miſma materia para el agua bendita, una ſilla pequeña, un banquillo humilde: eſtas eran ſus alhajas. Quando entraban con ſu Mageſtad las Señoras holgaban de ir á viſitar la celda de ſu Alteza, y á vér abreviada en aquella pequeña concavidad la Perſona mayor de la tierra, miraban aquella pobreza, y conſideraban la grandeza de quien la profeſaba, y lo que dejó por abrazar eſte humilde inſtituto.

2 Habia perſonas, que heridas de ſanto, y devoto ſentimiento, decian admiradas, y confundidas: ¡Es poſible que nos haya pueſto Dios eſte egemplo para nueſtro deſengaño, y que humildad, y pobreza tan grande eſté reprehendiendo nueſtra ſuperfluidad! ¡Que baſten tan pocas alhajas á eſta Señora, y que á noſotras no nos ſacien quantas tenemos! La Infanta MARGARITA en una eſtrecha celda, debajo de una eſcalera, y á noſo-

tras

tras nos parecen angoſtas nueſtras ſalas de eſtrado, galerias, aposentos, y camarines! Finalmente, no habia quien no ſe edificaſſe, y aprovechaſſe de la pobreza de ſu Alteza, pues era tal, que no ſolo las perſonas ſeglares, que en mayor permiſion les es lícito, y tal vez neceſario el uſo de la oſtentacion, y grandeza; ſino los Religioſos, á quien ſu profeſion les obliga al miſmo culto, á viſta de tan raro egemplar, ſe reconocian reprehenſibles en ſu perfecta obſervancia.

3 Yá hemos dicho, que deſde el dia que tomó el habito de Santa Clara, no quiſo tener criada alguna, que es otro genero de moleſtia que reciben algunos Monaſterios de Religioſas, y ſería muy conveniente eſcuſar. Aſsiſtianla una, ó dos Religioſas con grande caridad; pero no con pequeña mortificacion de ſu Alteza, por lo que ſentia quando eſtaba ciega, no poder eſcuſar el valerſe de ellas, y darles alguna fatiga. Eſto era con tan grande cuidado de que fueſſe tan ſolamente en lo forzoſo, que en quanto podia hacer por ſu Perſona, nunca ſe valió de las Religioſas, y quando la neceſidad le obligaba, era con tanta humildad, y dolor, que ſiempre les eſtaba pidiendo perdon, y diciendo: Perdonadme por amor de nueſtro Señor, que á mi me peſa ſer tan flaca, y embarazoſa: yo holgaria paſar la vida ſin dár peſadumbre á nadie: creed que ſoy miſerable, y que me peſa mucho del trabajo, y cuidado en que os pongo: por vueſtra vida que tengais paciencia conmigo; pues ganais en ſufrirme, que Dios os pagará lo que yo no puedo. Quando la Abadeſa daba de veſtir á las Religioſas, daba tambien á ſu Alteza un habito, diciendole: Tóme V. Alteza ſu habito de limoſna, que ſe lo dá la ſanta Comunidad. Era tan grande el gozo que recibia en eſto, que no puede ponderarſe. Reſpondia á la Prelada: Dios ſe lo pague, Madre, que me ha hecho mucha caridad, eſta es limoſna que yo recibo con mi corazon, y eſtimo mas eſte ſanto habito, por ſer de limoſna y dado por Dios. Y llegaba á uſar el habito de ſuerte, que venía tal vez á eſtar roto, por profeſar la pobreza con todo eſtremo. Yá ſe ha referido en el Libro tercero las ſantas palabras con que defendió eſta virtud, quando el Archiduque Alberto ſu Hermano vió remendado el habito que trahía, y quanto ſe edificó con ellas.

4 Tienen en el Convento una pieza, que llaman la roperia, en donde cada una de las Religioſas guarda con mucho aſeo

y limpieza las pobres alhajas que les ſon concedidas, con titulo, que dice de quien ſon: alli tenia la Infanta ſu alhacena, y la ropa de que uſaba, y quando entraban algunas perſonas, decian por donayre: Vamos á vér la recamara, y guardaropa de ſu Alteza, y hallaban en un breve apartado, abierto como los demás, cubierto con un lienzo, el habito humilde, y ordinario, la tunica, y el manto que acoſtumbran uſar las Religioſas Deſcalzas.

5 El devoto entretenimiento con que deſcanſan las Religioſas de eſte Real Convento, es conſervando algunas Capillas, Imagenes, y Relicarios con mucha decencia, y curioſidad; y porque con la devocion, el fervor, y la caridad fue creciendo tanto el aliño, que á la Prelada le pareció, que ſe tocaba algo en la contravencion de la riguroſa y ſanta pobreza; hizo viſitar todos los Oratorios, y Capillas, y quanto le pareció ſuperfluo para el intento aplicó á la Sacriſtía: otra parte envió á diferentes Igleſias, y Monaſterios pobres. Quando ſu Alteza entendió eſto, pidió que la viſitaſſen tambien ſu Oratorio; y diciendo la Abadeſa, que á ſu Alteza no comprehendia eſte orden, por los Breves, y diſpenſaciones que tenia del Papa; reſpondió con gran zelo, y valor: Yo ſoy Religioſa como las demás, y debo conformarme con ellas, y hacer lo miſmo que hacen; mi Oratorio ſe ha de viſitar, y quiteſe luego quanto en él pareciere ſuperfluo. Puſoſe en egecucion, y llevaron muchas coſas, que contentaban á ſu Alteza, quedando ſumamente alegre de vér que ſe huvieſſe ofrecido aquella ocaſion, de hacer ſacrificio de ſu guſto á la pobreza.

CAPITULO XXI.

EL ZELO CON QUE DEFENDIA ſu profeſion en orden à la ſanta pobreza, y algunos ſuceſos particulares.

COmo los Sumos Pontifices habian diſpenſado tan liberalmente con ſu Alteza, por la intervencion de los Emperadores, y Reyes ſus Padres, Hermanos, y Tios, y por otra parte profeſaba quan riguroſamente podia la pobreza; la ſolian decir algunas Religioſas: Valgame Dios, Señora, no ſea V. Alteza eſcrupuloſa, que no tiene de qué, pues no eſtá obligada á tanta pobreza como noſotras; que por eſſo los Reyes le tienen allá fuera perſonas que la aſsiſtan, y le dén largas limoſnas para todo. Eſta era la herida de mayor ſentimiento para ſu Alteza, y con grande congoja, y dolor, y algunas veces con lagrimas reſpondia: Es verdad, Hermanas, que á los Reyes, Dios les guarde, les ha parecido diſponerlo aſsi, por las cauſas que ellos ſaben, y deben de tener por convenientes; pero la limoſna, y los criados, y todo lo demás es ſuyo, y corre por ſu cuenta; por la mia el ſer pobre Religioſa, y Deſcalza, y que no me dén de eſto, ſino ſolamente lo neceſario para paſar la vida, conforme á mi neceſsidad, no conforme al guſto de la naturaleza; y aſsi, no he de conſentir, que por mi cauſa entre en el Monaſterio coſa que no ſea muy religioſa, ó neceſaria; y dad gracias á Dios, que os dejan ſeguir vueſtra vocacion; pero cierto, que aunque me excedeis en la virtud, puede ſer que no me hagais ventaja en los deſeos.

21. Por muerte de la Emperatriz ſu Madre quedaron en ſu Oratorio muchas coſas precioſas, que la llevaron luego á la celda. Su Alteza mandó ſacarlas al punto de ella, y que las llevaſſen al Relicario, y Sacriſtía, las que eran apropoſito para ello; y que ſe vendieſſen las demás, y ſu valor ſe dieſſe á los pobres del Hoſpital, diciendo, que alli parecian mejor, que adornando las paredes de ſu apoſento. Dejó la Emperatriz algunos Relicarios que ſu Mageſtad trahia conſigo, y deſeó mucho que ſu Alteza hiciera lo miſmo, aſsi por afecto de amor, como porque las reliquias eran de tan grandes Santos, que podian con ſu interceſsion

ſion ocaſionar á ſu Alteza muchos aumentos de gracia, y ſalud; y como eſtaban precioſamente adornadas, no pudo tolerar tenerlas ſiempre conſigo. Y deſpues de haberlas trahido algun tiempo por la obediencia, quiſo dar cóbro á la pobreza, y la mas precioſa dió al Rey N. Señor, quando partió á la jornada de Barcelona, y las otras repartió en los ſeñores Infantes ſus Hermanos; porque no le parecia devocion, la que por qualquiera lado que fueſſe la deſviaba de ſu pobre y ſanto inſtituto. De las que quedaron, hizo que quitaſſen la guarnicion, y ſe dieſſen á los pobres, y las reliquias que eran ineſtimables, por ſer de Chriſto, y ſu Madre, de los Santos Apoſtoles, y Patriarcas, y dos Eſpinas de la Corona, y parte del Santo Sudario, y del Lignum-Crucis, y parte de la Coluna; hizo guarnecer en un Relicario pequeño de acero pobre, para que ſin eſcrupulo pudieſſe traherlo conſigo: y en lugar de cadena de oro, ó cordon de ſeda, mandó que le puſieſſen una cuerda de vihuela grueſa, con que lo trahia pendiente al cuello; y de tales adornos como eſte hacia mas gala, y eſtimacion que de todas las riquezas del mundo.

3 Era muy devota del Santo Angel de ſu guarda, y de Santa Barbara, y deſeaba tener juntas en un Relicario eſtas dos Imagenes. Eſcribió à la ſeñora Infanta Doña Iſabél, advirtiendola que no las guarnecieſſe ricamente, porque no las podia traher conſigo, por ſer contra la ſanta pobreza. La Sereniſsima Infanta Doña Iſabél, que conocia muy bien el corazon de ſu Prima, la envió eſte Relicario pobre, y curioſamente guarnecido, con eſtas diſcretas palabras: *Allí envio á V. Alteza la Imagen del Santo Angel de la Guarda, y de Santa Barbara, adornadas lo peor que ſe ha podido, que yá yo sé el guſto que le doy en eſto.*

4 Como el frio de Madrid ſuele ſer muy riguroſo, y la edad de ſu Alteza, y ſus indiſpoſiciones eran tantas, uſaba traher una piedra caliente en las manos, y advirtiendolo la Sereniſsima Infanta Maria, hoy Reyna de Ungria, y pareciendole, que de aquella manera ſu Alteza no daba buen cóbro á ſu frio, mandó hacer dos bolas de plata, y dijola: Señora, V. Alteza me ha de hacer merced de uſar de eſtas dos bolas que la doy, y mire que lo ha de hacer aſsi. Su Alteza las recibió con agradecimiento, por el grande amor que tenia á la Reyna, y en habiendoſe ido, dijo á ſu compañera: Mirad, eſtas bolas he recibido, por eſtimacion de quien me las dió, y por dar guſto à mi Sobrina uſaré de una de

ellas,

ellas, hagamos vender la otra, para que se abrigue con esso algun pobre, y yo traheré ésta envuelta en un lienzo, por no tocar la plata, ni dar mal egemplo. En esta forma usaba de ella con licencia de la Prelada, y expresa orden del Medico, por su necesidad: tan delgada como esto andaba en la profesion de la santa pobreza. Con distribuirse tantas limosnas por su orden, era tan moderado lo que aplicaba para su uso, en virtud de los Breves, que algunas veces le llegó á faltar lo preciso para poder pasar, y quando se veía con esta necesidad, se hallaba tan gozosa, y agradecida á nuestro Señor, que decia: Bendito seais, Señor mio, que me haceis merced de que experimente en algo, la pobreza de que gozan los necesitados. Practicaba en esto aquel heroyco grado de esta virtud, que los Santos tanto encomiendan, de gloriarse en la falta de lo necesario á la vida humana.

CAPITULO XXII.

LO QUE RESPLANDECIÒ EN LA humildad.

LA humildad, fundamento de la perfeccion Christiana, fue la virtud mas amada de su Alteza, como verá facilmente quien considerare quan de corazon se fue egercitando en ella, desde los primeros pasos de su vida, hasta el ultimo punto de su muerte. Para explicar lo que resplandeció en esta virtud, se podia hacer la misma ponderacion que en la pobreza, mirando la grandeza de su estado en el siglo, y el que escogió de Religion; pues aquel es mas humilde, que se niega á mayor poder, soberanía, y grandeza. El plebeyo, que dejando su Aldea, ó el pastór, que desde su pobre cabaña, se incorpora en la profesion Religiosa, aunque se mejora en la vida, parece que crece en la estimacion; pero la Persona Real, que posponiendo aquello que mas arrebata los ojos del mundo, desde los Alcazares mayores, se encierra en la celda mas breve por un pobre sayal, despojandose de las vestiduras Reales, tanto es mas humilde, quanto mas pasos dió para humillarse. Mas dejando esta ponderacion, porque ella misma facilmente se viene á los ojos, y por ser esta virtud de calidad que en las mismas finezas se puede perder, y quando mas se encubra,

mas

mas peligra, motivandoſe en el deſprecio la preſuncion, y la eſtimacion de lo que hace, en la deſeſtimacion de lo que deja; diſcurriré brevemente, por acciones particulares de ſu Alteza, que ſolas explicarán del todo ſu humildad; pues para conocer las virtudes del alma, es neceſario mirarlas en las obras exteriores del cuerpo.

2 Uno de los penoſos egercicios, que padecia ſiendo Monja, y lo que mas veces la ſacaba los colores al roſtro, era el repetirle la alteza de ſu ſangre, y la grandeza de ſu Real Perſona. Quejabaſe á Dios amoroſamente, y á algunas perſonas, á quien tuvo por confidentes, diciendo: ¿Es poſible que cada dia me han de atormentar con eſto? Que no me han de dejar Religioſa, y me han de volver al ſiglo? No hay ſangre, ni grandeza, ſino la de la virtud, todo lo demás, aunque parece luz al mundo, no es ſino humo á la verdad.

3 Era penoſiſsima mortificacion para la humilde ſeñora, verſe tratar como Infanta, y coſtóle tantas lagrimas el defenderſe de eſte debido reſpeto, como ſe vió en el libro ſegundo. Y quando ſe hincaban de rodillas, y la beſaban la mano, hacia interiormente mas actos de humillacion á Dios, que el que hablaba á ſu Alteza. Hallábaſe algunas veces turbada, habiendo de componer ſu ſemblante en el exterior, con tan grande repugnancia del alma, que tal vez no podian dejar los ojos de manifeſtar con lagrimas ſu pena. Luego que ſalia de aquella eſpiritual borraſca, buſcaba lugar donde ſatisfacer ſus humildes deſeos, y en viendoſe ſola, ſe poſtraba en tierra, y pueſto el roſtro, y la boca en ella con afecto amoroſo, prorrumpia en humildes ſentimientos. ¿Quien ſoy yo, Señor mio, ſolia decir, para que me venéren? Un cuerpo que corre á la corrupcion, un breve engaño, un aliento que ſuſtenta el milagro de vueſtra Miſericordia. A Vos, eterna grandeza, ſe debe la adoracion: á Vos mi alma venera mas profundamente, que me veneran á mí: polvo, y ceniza ſoy en vueſtra preſencia, haced que á todos parezca lo que ſoy: perdonadlos, Señor, ſi aquello que á Vos os deben, lo dán á las criaturas, que es mundo, que dejando la ſuſtancia, ſigue ſiempre la apariencia.

4 Quando la decian que habia hecho mucho en tomar aquel ſanto habito, y que con ſu Perſona, y egemplo honraba la ſagrada Religion de mi Padre San Franciſco: reſpondia turbada

con

con un ſanto zelo, y humildad: Que no permitiria que ſe digeſſe tal coſa, que la Religion era la que honraba á ſu Alteza, y tomando con la mano el habito, y el velo, decia con afecto ardentiſsimo: Mas me ha dado la Religion en eſte pobre habito, y en eſte ſanto velo, que quanto he dejado, y pudiera dejar. ¿Decidme, qué degé yo ſino trabajos, miſerias, y deſventuras, habiendo eſcogido paz, guſto, y tranquilidad; pues á mas de haberme hecho mas habil para conſeguir los bienes eſpirituales, me ha ido dilatando la vida, que en el mundo es tan amable? No veis como ſe han muerto todos mis Hermanos, robuſtos, y regalados en la mayor oſtentacion, y grandeza, y Yo la mas flaca de ellos en eſta pobreza, y abſtraccion he ſobrevivido á todos?

5 Decianle algunas perſonas, qué buena ſuerte han tenido eſtas ſeñoras en tener á V. Alteza en ſu compañia; y reſpondia: Eſſo no, la ſuerte ha ſido mia, porque á la verdad no merecia tenerla tan buena. Os prometo, que hicieron mucho en admitirme, porque no les ſirvo de nada, y les ſoy de embarazo, y cuidado, y aſsi nunca déjo de agradecerles el bien que me hicieron en darme los votos en mi profeſion, Dios ſe lo pague, pues que Yo no puedo. Eſto ſolia decir con tan gran devocion, que confundia, y edificaba á los que la oían. No ſe le oyó en todo el tiempo que vivió en el Convento palabra que olieſſe á ſuperioridad al pedir alguna coſa, ni con alguna de las Religioſas que eſtuvieron dedicadas á ſu aſsiſtencia. Siempre les decia, hacedme caridad de hacer eſto, y en habiendo hecho lo que les habia rogado, lo agradecia, diciendo; Dios os lo pague, ſea por amor de Dios, mucha caridad me habeis hecho, ú otra razon ſemejante. A los criados de ſu Madre, y á los que mandaba el Rey que la aſsiſtieſſen, quando les habia de dàr algun orden, era rogandoſelo. Afligianſe los criados con la ſuma modeſtia, y humildad de ſu Alteza, y decianla: Señora, míre V. Alteza que ſomos ſus criados, ſuplicamosla que no nos tráte aſsi. Reſpondia ſu Alteza, eſto ha de ſer. ¿Quién penſais voſotros que ſoy Yo? Una pobre Monja deſcalza, quanto ſe hace por mi es caridad, y limoſna, Dios os lo pague. Deciales eſto con tal fervor, y humildad, que enternecia á los criados, y les hacia verter lagrimas de confuſion, y devocion; y ſolian ſalir de ſu audiencia, diciendo: Verdaderamente eſta Señora es ſanta, pues tal fuerza pone Dios en ſus palabras.

CAPITULO XXIII.

PARTICULAR ADVERTENCIA DE SU Alteza en el ſanto egercicio de la humildad.

ERA tan atenta en la virtud de la humildad, que no ſolo eſcusó quanto le era permitido que la veneraſſen, y ſirvieſſen, ſino que procuraba (como ſi fuera poſible) que olvidaſſen las claras noticias de ſu ſangre, y eſtado; y aſsi quando nombraba á ſus Padres, ó á ſus Hermanos, ſi decia los Titulos de la dignidad, callaba los del parenteſco, y ſi decia los del parenteſco, callaba los de la dignidad, como quando decia: Mi Padre hizo eſto, mi Madre me enſeñó eſta devocion, nunca la oyeron decir la Emperatriz mi Madre, el Emperador mi Padre, y otras veces decia: El Emperador mi Señor ordenó eſto, ocultando entonces el nombre de Padre, por no vèr ſobre sí el peſo grande que le cauſaba, hallarſe tan digna de veneracion. Sentia tan humildemente de ſu Real Perſona, que hablando de ſu muerte con las Religioſas, decia: Yo eſpero en Dios que uſará conmigo de miſericordia, y me llevará al Santo Purgatorio, en donde pagaré mis tibiezas. Eſte cuerpo lo pondrán en las bovedas con las demás Religioſas, y alli ſerá comido de guſanos como él merece. Deciale una de ſus compañeras: Señora, en verdad que ha de ir con ſu Madre al Coro, alli la habemos de enterrar. Reſpondia ſu Alteza: No digais eſſo, que no merezco yo eſtár en el Coro, ni aun en un rinconcito de la boveda. Y añadia con mucha gracia: ¿Y no veis, que ſi me puſieſſen en el Coro, tendrian miedo las Religioſas de mí, y les haria mala obra? No baſta lo que han padecido conmigo en la vida, ſino que quereis que las embarace deſpues de la muerte? Eſſo no ha de ſer, con mis hermanas me han de enterrar, para que me perdone Dios, por los merecimientos de aquellas ſiervas de Dios. De ſuerte, que toda la diligencia de ſu Alteza era de humillarſe, quando todos por tantas cauſas la enſalzaban.

2 Eſta deſeſtimacion de sí en lo temporal, tenia tambien en lo eſpiritual, eſtimando á todos por mejores, y holgando de ſer tenida por peor. Habia una Religioſa muy ſu confidente, con

quien

quien ſe comunicaba, y deciala: Señora, mire vueſtra Alteza, que es la mas dichoſa Perſona del mundo, y la que mas debe á Dios, por las muchas mercedes que le ha hecho; y ſi no es la mas ſanta, pues es la mas beneficiada, y faverecida, no cumple vueſtra Alteza con lo que debe. Reſpondia la humilde Señora: Ay amiga, que bien me decís, y que caridad me haceis en advertirme lo que debo á Dios, y quan obligada eſtoy á ſerle agradecida: por vueſtra vida que me digais mucho de eſſo, que me conviene, y me aprovecha: enſeñadme á ſer agradecida á Dios, que lo deſeo ſumamente. Decialo eſto en el modo, y en el eſpiritu, con un conocimiento tan ſuſtancial, que confieſa la Religioſa, que volvia confundida, y aprovechada de vér quan hondas raíces tenia echadas en el alma de ſu Alteza eſta ſanta virtud.

3 No ſolo con ſus amigas, y confidentes, ſino con los miſmos criados, y perſonas que la aſsiſtian ſe portaba con eſta ſuavidad, y blandura; y aſsi en advirtiendole alguna coſa, por muy inferior que fueſſe la perſona, reſpondia: Dios os lo pague, mucho placer me habeis hecho en advertirme eſto, hacedlo aſsi de aqui adelante, que me conviene mucho, que haya quien me enſeñe lo que debo hacer. Finalmente, ſolos ſus Confeſores podemos ſaber la humildad que en ſu Alteza vivió, y los quilates que Dios la concedió en eſta virtud; porque al confeſarſe, y referir las materias de ſu alma, y los favores que recibia de la mano del Señor, era tangrande ſu humildad, ſus lagrimas, ſu propio conocimiento, que venía á ſer ſu confeſion, mi confuſion, y el decir ſus culpas, mi aprovechamiento: viendola llorar, lo que mirado á otra luz, podia ſer digno de alabanza, y dar tantos gemidos en lo bueno, por no haber obrado lo mejor: que las almas que andan en verdad, y viven en amor, mas ſienten en ſus acciones lo que les falta deſde la virtud, haſta la perfeccion, que las que no han llegado à eſta dicha, lo que les falta de lo malo, á lo bueno.

CAPITULO XXIV.

ACCIONES EGEMPLARES DE SU ALTEZA en la ſanta humildad.

EN eſtos ultimos tiempos, eſtando ſu Alteza ciega, le envió á decir la Condeſa de Olivares, Aya del Principe nueſtro Señor, que eſtaba ſu Alteza algo indiſpueſto, y todos en Palacio con la pena que ſe deja conſiderar, de faltar la ſalud con que tantos viven, y aſsi, que ſuplicaba á ſu Alteza le encomendaſſe á Dios, y pidieſſe lo miſmo á las Religioſas. La Infanta que queria tiernamente al Principe, llamó á una de ſus compañeras, y dijola: Mirad, no hay mejor camino para alcanzar de Dios lo que ſe pide, que ſuplicarſelo con humildad. Yo quiero pedir eſta limoſna de oraciones como pobre, y con quanta humildad pudiere, para que nos haga Dios merced de dár ſalud al Principe; y aguardó que eſtuvieſſen todas las Religioſas en el Refectorio, y quando yà eſtaban aſſentadas, llevando en la una una mano ſu bordón, y en la otra á la Religioſa que la guiaba, entró por él con humilde ſemblante. Aſsi como la vieron las Religioſas, ſe puſieron en pie, y ſu Alteza les pidió que ſe aſſentaſſen, porque venia como pobre á pedir limoſna, y era bien que en todo lo pareciesſe: aſſentaronſe, y fue por toda la meſa, llegandoſe á cada Religioſa, y con grande humildad la decia: Hermana, hacedme limoſna de ſuplicar á Dios, y á ſu Santiſsima Madre, ſe ſirvia de dár ſalud, y guardar al Principe. Confieſan todas, que hizo eſto con acciones, y palabras tan devotas, que les causó gran ternura, viendo aquella Maeſtra de humildad, que las enſeñaba con tanto aprovechamiento, y egemplo. Ofrecieron la limoſna á ſu Alteza, y ſu Alteza á Dios, y ſanó con brevedad el Principe.

2 Era muy atenta en no hacer embarazo conſigo, y paſar la vida en ſilencio de acciones, que es una virtud que manifieſta claramente la humildad, y aſsi, quando ſe ofrecia haber de llegar ſu Alteza adonde eſtaban las Religioſas ſentadas para oír Sermon, decia á una de las que la ſervian: Hacedme caridad de reconocer ſi habrá lugar para mí, de manera que no dé moleſtia á mis hermanas. Deciala ſu compañera, ea Señora, venga vueſtra

tra Alteza, que yá ſabe que no puede faltarle lugar, pues es la primera. Reſpondia: No digais eſſo por vueſtra vida, que no porque me hagan la caridad que me hacen, las tengo de deſacomodar. Quando entraba en ſemejantes ocaſiones, decia con mucha blandura, con voz baja, y humilde: Hermanas, ninguna ſe levante, haganme caridad de eſtarſe en ſus lugares, que para mi qualquiera baſta. Eſto lo egecutaba con tan grande devocion, y egemplo, que las mas humildes en ſu comparacion, ſe tenian por vanas. Solia decirle una de ſus compañeras, de quien guſtaba mucho, por ſer perſona de buen eſpiritu, y diſcrecion: Señora, ¿quiere humillarſe V. Alteza un poco, y ayudarme á doblar eſta ropa? Si por cierto, reſpondia muy alegre, haceiſme mucha caridad en ocuparme en eſto, pues para otra coſa no ſoy buena, deſpues que oſtoy ciega. Ayudabala con mucho aséo, y guſto, pidiendola ſiempre que no paſaſſe ocaſion en que pudieſſe ayudarla, pues veía el guſto que la daba en ello.

3 Entendia muy bien la lengua Latina, porque la habia eſtudiado, y el curſo miſmo del tiempo, y devociones la habian ido facilitando mas cada dia, y quando venía alguna Religioſa á que la declaraſſe algunas palabras del Breviario, reſpondia con mucha humildad: No vengais á mi con eſſo, porque no sé cierto ſi lo ſabré entender; pero direos mi pobre ſentir con que no os fieis de lo que os digere: preguntareislo deſpues á quien lo ſepa mejor. En las recreaciones de la comunidad, que es propiamente colacion de las almas, y egercicio; que tanto eſtimaron los Padres antiguos, obſervaba grande ſilencio, y con ſer tan maeſtra de eſpiritu, oía con mucha atencion, y devocion á las demás Religioſas, y quando le llegaba la rueda, le pedian que para egemplo de las demás les digeſſe ſu parecer en aquel punto. Reſpondia: Yo, hermana, ſoy muy ſimple, prometoos, que no sé, ni alcanzo coſas tan ſuperiores: mi oracion es de las que poco ſaben, y mucho pecan, y aſsi no os ſabré dar razon de lo que ſe me pide: hacedme caridad de enſeñarme, que eſſo es lo que yo he meneſter.

4 En recogiendoſe las Monjas, y quedando con alguna de ſus compañeras, una de ellas, á quien hemos dicho que hacia mucha merced, la decia: Valgame Dios, Señora, ¿por qué es V. Alteza tan eſtraña? Cómo no reſponde, y dice lo que ſiente, pues eſtá mas adelante que todas, y ſabe tanto las materias de eſpiri-

tu

tu, ¿no vé que creerán que no lo entiende? Reſpondia: Eſſo es hermana, lo que yo quiero que todos entiendan, que no entiendo nada, y hagoos ſaber, que es eſta muy provechoſa mortificacion, y una lima ſorda, que aprieta á la preſuncion del eſpiritu, y del entendimiento; porque ſe ſiente mucho callar, quando ſe cree que ſe ſabe hablar. Quando mis hermanas me enſeñan hablando, yo aprendo callando, y á un miſmo tiempo me aprovecho, y me mortifico. Eſte aſpero ſilicio de callar, no ſolo para diſimular lo bueno, ſino para ocultarlo mejor, es una penitencia, que aprovecha al alma, y no daña al cuerpo; ſeguidla en quanto pudiereis, y vereis que bien os hallais con ella. Finalmente, ſu Alteza para ſer humilde ſalió del mundo á la Religion, y ſiguiendola en la miſma Religion halló camino para ſer mas humilde, pues en ella no quiſo ſer Prelada, ni tener voz paſiva, ni activa, condenandole ſu perfeccion á la pena, que los Prelados ſeñalan á los mas imperfectos.

CAPITULO XXV.

MORTIFICACION DE SU ALTEZA, y lo que ſe ſeñaló en eſta virtud.

LA mortificacion es eſpada de la gracia contra la naturaleza. Fue virtud muy amada de ſu Alteza, porque como tan gran maeſtra de eſpiritu, ſabía que por la negacion de todo lo criado, nos llegamos mas al Criador, y que no puede la parte ſuperior vencer, ſi no tiene ſujeta á la inferior. Padeció en eſte punto ſumamente al mortificarſe con la naturaleza, por ſer tan delicada, y con los deſeos, por ſer tan fervoroſos. Andaba ſiempre con mucha atencion ſobre ſus inclinaciones, y alli acudia con la contradicion adonde ellos caminaban con el impulſo. De eſta ſuerte con la parte eſpiritual, domeſticaba la animal, fiera que tanto nos arraſtra á lo malo, de la continua batalla, que tanto ponderaba el pacientiſsimo Job, (a) en que ſiempre viven las perſonas eſpirituales, y le nacian aquellas ſantas palabras, que muy ordinariamente formaban ſus labios: ¡Valgame Dios, y que mala compa-

(a) Job 7. v. 19.

pañia nos hace eſte cuerpo! Donde quiera que eſtoy lo hállo; de dia, y de noche no me deja repoſar: ¡mas ſi llegaſſe el tiempo de ponerlo en eterna ſervidumbre! Como las anſias de padecer arrebataban á ſu Alteza á mayores egercios de lo que le baſtaban ſus fuerzas, y ſus ayunos, ſilicios, y diſciplinas, eran tan frequentes, y riguroſas, la decian las que lo llegaban á entender: Señora, míre vueſtra Alteza ſu poca ſalud, y ſu delicadeza, el ánimo la engaña, vayaſe á la mano, y temple el rigor. Reſpondia con las palabras de San Pablo: *Omnia poſſum in eo, qui me confortat*:(b) Hermanas, no he meneſter yo que me vayan á la mano, ſino que me la dén para animarme. A quien fia en Dios, él le ayuda: ſobrada fuerza tiene el cuerpo para padecer, ſino deſcaece el eſpiritu. Creed, que muy pocos mueren por hacer penitencia, y muchos ſe pierden por no hacerla.

2 Sobre los egercicios del Convento, que ſon tan áſperos como ſe han referido, y ſu Alteza todo el tiempo que tuvo ſalud los ſeguia indiſpenſablemente; tenia otras particulares devociones de mortificacion, que no eran menos penoſas, y lo que mas uſaba ordinariamente, era ponerſe en cruz, quanto tiempo le era poſible, ſuſtentando los brazos en el ayre, y rezando vocalmente algunos Salmos, y Oraciones, y algunas veces ſe quedaba aſsi mucho rato en contemplacion. El Viernes Santo, y otros dias, en que ſe repreſenta la Paſion de nueſtro Señor, ſe ponia publicamente en el Coro en cruz, ſin embarazarſe en ello, porque decia, que tales dias ninguno podia, ni debia eſtrañar que los Fieles uſaſſen eſte ſanto egercicio. Quando por ſus grandes enfermedades no podia ſuſtentar los brazos en cruz en pie, ſe poſtraba en tierra, y pueſta en la miſma forma, eſtaba contemplando, y padeciendo por Dios. Decia á algunas perſonas, que ſabian el ſanto egercicio. Yo ſoy muy aficionada á la Cruz, tengola en el nombre, querria padecerla en el cuerpo, y que no me faltaſſe en el alma; antes verme crucificada, por quien fue crucificado por mi. En la Cruz lo hállo todo, porque en ella eſtá mi Señor. Alli contemplo la humildad padeciendo, la Alma ſantiſſima amando, la Divinidad permitiendo. En la Cruz me ſalvan, en la Cruz me convidan, y en la Cruz me perdonan. En la Cruz el Hijo llamó al Padre, en la Cruz encomendó á la Madre, y en la

(b) Ad Phil. 4. v. 13.

la Cruz pidió perdon por quien le puſo el ella. Por la miſma devocion de la Cruz veneraba mucho los Viernes, procurando en ellos que fueſſe mas riguroſa la mortificacion.

3 Rogaba á la Religioſa que la aſsiſtia, que aquellos dias le limitaſſe la comida; atendiendo que en el que nueſtro Señor habia padecido tanto, no era bien que holgaſſe la naturaleza. Hermana, decia, en eſtos ſantos dias no hay que tener cuidado con la comida, ſino con la abſtinencia, baſta comer ceniza, y beber lagrimas en memoria de lo que padeció por redimirnos Dios, y bien nueſtro. Lo miſmo obſervaba las Vigilias de nueſtra Señora. Quando la curaban las cataratas, moſtró bien la devocion grande que tenia al Viernes, porque con ſer aſsi que una de las diligencias que preceden á eſta penoſa cura, es tener al enfermo vendados los ojos algunos dias, para que no los abra haſta ſu tiempo, porque no los hiera la luz; quando llegó el dia ſeñalado para que le batieſſen las cataratas, y le quitaſſen las ligaduras de la viſta, que tantos dias la habian tenido afligida, advirtiendo, que era Viernes, dijo al quererlas quitar: Eſſo no ha de ſer hoy, yo no he de deſcanſar de una coſa tan penoſa, en dia que tanto padeció nueſtro Señor por mí: hoy es Viernes, paſemos padeciendo, y quedeſe para mañana, que es dia de mi Señora la Virgen Maria. Aſsi procuraba imitar á Jeſus bien nueſtro, con los miſmos afectos, que mi Serafico Padre San Franciſco, el qual apartaba de sí á Fray Leon ſu compañero, quando el Viernes ſe acercaba á curarle las llagas, por no querer recibir eſſe alivio en un dia que Dios padeció por los hombres.

CA-

CAPITULO XXVI.

EGERCICIOS PENITENTES DE SU ALTEZA, y quan altamente ſentia de eſta virtud.

AS poſtraciones, y genuflexiones, fue uno de los egercicios mas frequentes en ſu Alteza, y en la primitiva Igleſia, muy ſeguido de los Fieles, como quien en él dá á Dios con el cuerpo quanta reverencia puede ofrecerle en el alma. Eſte ſanto egercicio, que á los principios no le era tan penoſo, deſpues con la mucha edad, y continuas enfermedades, llegó á ſerle muy grave, y peſado; ſin duda mereció grandemente en hacerlo con tanta frequencia, tanto mas quando llegó á eſtar ciega, aſsi porque las tinieblas, y el obrar á tiento hacia mas dificultoſa la accion, como por la congoja que tenia de no conocer ſi la miraban. Quando hallaba á ſu Alteza poſtrada, y en cruz alguna de ſus compañeras, con ſanta libertad, mirando por ſu ſalud, la reñia, diciendo: Valgame Dios, Señora, ¿qué quiere V. Alteza matarſe? No puede tenerſe en pie, y oſa emprender eſtas penitencias? Reſpondia ſu Alteza con gran ſuavidad: Dios os lo pague, que cierto que me ayudais á la mortificacion; y aun porque no puedo tenerme en pie, no ſerá mucho eſtar poſtrada: creed que no me hacen daño mis males, ſino mi maldad, porque mas que mis enfermedades me laſtíman mis culpas. Como ſus enfermedades eran tan graves, y no la dejaba ſu compañera que eſtuvieſſe mucho tiempo de rodillas, ſe aſſentaba artificioſamente ſobre los pies, con que venìa à padecer mucho mas, y deciale á Dios: Yá que no me dejan eſtar con la reverencia que os debo, quiero, Señor, padecer lo que puedo.

2 Quando ſucedia la muerte de alguno de ſus deudos, á quien tuvieſſe particular amor, y obligaciones, cargaba la mano en las penitencias, por ſatisfacer por ſus penas, y aliviarle las del Purgatorio, como lo hizo en la muerte de la Emperatriz ſu Madre: y en la de Felipe Tercero tomó quince diciplinas muy rigurоſas, en los quince dias deſpues de ſu muerte; y á eſtas, y otras penalidades juntaba muchos ſufragios, oraciones, Miſas, y limoſnas. Por qualquiera perſona que juzgaſſe neceſitada, no repa-

raba en exponerſe à egercicios de penitencia, con que á un miſmo tiempo manifeſtaba ſu caridad en el deſeo, y ſu mortificacion en la obra. Quando ſucedian tales ocaſiones en eſtos tiempos ultimos, inſtabanla mucho que no hicieſſe eſtas penitencias, que dejaſſe los ſilicios, y diciplinas, pues en ſus enfermedades ſe habia ſuſtituído aquel ſanto rigor. Reſpondia fervoroſamente: Que la dejaſſen padecer de todas maneras, pues todo lo merecian ſus culpas. Y por tener algun derecho á la mortificacion, entró en concierto con la Prelada, y los Medicos los dias que la habian de dejar ayunar, y continuar ſus ſantos egercicios, pareciendo ſiempre poco á ſu amor quanto la concedian. Trató con ſu compañera, teniendo ſecreta licencia para eſto de ſu Confeſor, de hacer algunas penitencias, ayunos, y mortificaciones, y eſto lo trazaba con grande atencion, diſponiendolo de manera la que la aſsiſtia, que parecia que lo que la daba á comer era carne, y ſolo comia hiervas, ó huevos: y á la noche, diciendo que la podia hacer daño el cenar, tomaba una coſa ligera, con que venía á reducir á colacion la cena, y paſaba con alegria, diciendole à ſu compañera: Dios os lo pague, que por amor de vos, y vueſtra buena induſtria, he podido hacer eſte pequeño ſervicio á nueſtro Señor.

3 Era una de las mayores penitencias para ſu *Alteza* el no permitirle que la hicieſſe, y haber de contener ſus deſeos, quando le parecia que cabia en ſus fuerzas lo que proponia. Y como deſeaban todos ſu ſalud, y la veían ciega, y llena de achaques, padecia grande perſecucion eſpiritual, y ſolia decir á ſu Confeſor: ¡Valgame Dios, y qué de ellos ayudan á la naturaleza! ¿Quando nos hemos de hacer de parte de la gracia? Todo ha de ſer procurar que no padezca eſte cuerpo, y entre tanto que padezca el alma? Por eſto fue mayor el cuidado que tuvo en encubrirſe, que el que tenia en mortificarſe, por eſcuſar las amoroſas contiendas con que la afligian de que no perdieſſe la ſalud. Pero por donde no pudo ocultar las graves mortificaciones con que ſe afligia, fue con la ſanta coſtumbre que ſe obſerva en aquel Real Monaſterio, que ninguna Religioſa puede hacer mas penitencia de la que le permiten ſus Conſtituciones, ſin licencia de la Madre Abadeſa. Eſto lo egecutaba ſu Alteza con grande puntualidad, y aunque ſe ocultaſſe à ſus miſmas compañeras, ſiempre á la Abadeſa manifeſtó lo que hacia, y con ſu tolerancia lo obraba.

ba. Solia decir à ſu Confeſor: Gran parte de penitencia es haber de ir á deſcubrir ſu poco eſpiritu á la Prelada; y no ſolo es mortificacion por eſta parte, ſino por el recelo con que ſe vá, de que niegue la licencia que ſe pide, que aunque ſe aprovecha el eſpiritu, ſe huelga de que ſe la nieguen el cuerpo, y aun eſte guſto le querria quitar. Aſsi trataba ſu Alteza lo que tanto regalan los mortales en ſu engaño.

CAPITULO XXVII.

RENDIMIENTO CON QUE SU ALTEZA por mortificarſe, ſe ſujetaba à las criaturas.

SIN duda alguna ſon las criaturas las que mas unas á otras ſe mortifican en eſta vida, tan llena de miſerias, que nadie puede vivir ſin paciencia. El Rey ha de padecer los deſconciertos de ſus Reynos, las faltas de ſus criados, la remiſion de ſus Miniſtros, las quejas de los Subditos: eſtos las ordenes, las egecuciones, la mano de los Reyes. El neceſitado, la ſoberbia del poderoſo; el poderoſo, la importunacion del neceſitado. Los Padres, las traveſuras, y relajaciones de los hijos; los hijos, la correccion, y diſciplina de los Padres. Y como eſte natural apetito, codicia tanto obrar con independencia, nos embarazamos unos á otros, porque todos deſeamos lo miſmo. Por eſto el Superior que con paciencia gobernáre á ſus ſubditos, los ſubditos que con rendimiento obedecieren á ſu Superior, el Miniſtro que ſufre á los pretendientes, el pretendiente que ſufre á los Miniſtros; ſi por Dios lo toleran, ſerán unos á otros ocaſion de merito, y de otra ſuerte lo ſerán de peligro.

2 Su Alteza eſtaba muy bien con eſta doctrina; y con deſeo de mortificarſe en todo, y tener menos voluntad propia, ſe ſujetó á la de ſu compañera, que era perſona de mucho valor, diſcrecion, y eſpiritu. Rogóla que tomaſſe á ſu mano el mortificarla, y que la rindieſſe, no ſolo la perſona, ſino la voluntad, para que del todo ſe rindieſſe á la razon. La Religioſa no hizo ſin cuidado, ni ſin deſpégo eſte oficio, porque aunque amaba tiernamente á ſu Alteza, ſabía quanto merito ſe eſcondia en él; y aſsi con grande ſuperioridad, y diſcrecion la probaba, y la ſuje-

taba, eſtando rendida ſu Alteza con ſuma reſignacion. En viendo que guſtaba de hacer alguna coſa, la ordenaba que la dejaſſe, ſi era de mortificacion, porque no perdieſſe la ſalud; ſi de deſcanſo, porque no dejaſſe la mortificacion; ſi indiferente, porque no hicieſſe coſa en que pudieſſe tener voluntad. Paſaba con gran rendimiento, y á la noche la daba las gracias, diciendo: Dios os pague, hermana, lo que os debo, que habeis tenido eſte dia cuenta de mi alma, y eſto es lo que mas me conviene.

3 Ponia á ſu Alteza algun ſilencio, ó la dejaba en cruz, ó poſtrada, ó en otra forma penoſa, y deciale: Señora, vueſtra Alteza ſe eſté aſsi haſta que venga. La Religioſa ſe iba, y divertida con otras ocupaciones, ó porque naturalmente ſe le olvidaba, volvia diciendo: ¡Ay Señora, que ſe me habia olvidado, que V. Alteza quedaba de eſta ſuerte, lo que habrá padecido con eſto! Reſpondia: Dios os lo pague: ſabed que es orden de Dios, y no olvído vueſtro: ſu Mageſtad ſabe muy bien, que yo lo habia meneſter: vayaſe eſto por lo que otras veces me quitais de la penitencia, aunque tarde ſe deſcontará lo que ſe me debe, del ſobrado cuidado que ſe tiene de mí. Si le trahian alguna fruta, ú otro regalo á la hora de comer, ó cenar, no llegaba á él haſta que venía ſu compañera, para vér ſi le daba licencia; diciendole las que alli eſtaban que lo probaſſe, decia: No puedo haſta que me dé licencia mi compañera; y algunas veces añadia: Y vos vereis que no querrá darmela. Venía, y tal vez decia: No ha meneſter ahora V. Alteza comer de eſto, mejor es para los pobres, ó para las enfermas. Su Alteza ſe alegraba muchiſsimo, y decia á las circunſtantes con mucho guſto: ¿No os decia yo, que no querria darme licencia? Veis como fue bueno el no adelantarme? Mas vale el merito, que el guſto.

4 Algunas veces deſeaba ſaber lo que habia ſucedido en Madrid del ſervicio de Dios, ó de la cauſa pública, que tan en el corazon tenia. Su compañera ſolia decir por mortificarla: ¡O Señora, qué notable caſo ha ſucedido en la Corte, y qué egemplar para que muchos ſe ſalven! Su Alteza la decia que ſe lo contaſſe, y replicaba la compañera: no ha meneſter ſaberlo V. Alteza, baſtará que lo ſepa de aqui á quince dias, entonces ſe lo diré. Y ſu Alteza con mucha manſedumbre, y gracia, la decia: ¿Quince dias han de paſar? bendito ſea Dios, y qué tarde me llegará eſſa nueva; ¿y cómo me aſſegurais, que vivirémos entrambas quince dias?

Con

Con eſtas, y otras diligencias que hizo para mortificarſe, llegó á eſtár tan adelante en eſta virtud, y á tener con la gracia tan rendida la naturaleza, que muchas veces ſe tomaba cuenta, y averiguaba dentro de ſu corazon, ſi habia en él alguna propiedad, y en ſintiendo afecto deſordenado en qualquier materia, no ſolo indiferente, ſino buena, procuraba templarlo. Y tal vez, por ſentir aficion á las alhajas de ſu Oratorio, ſe iba á la Abadeſa, y la decia: Madre, yo parece que tengo aficion á tal coſa, lleveſela á la Sacriſtía, ó vendaſe para los pobres. Y obſervaba en todo, lo que ordenaba ſu Prelada, la qual unas veces lo aplicaba á la Sacriſtia, otras lo dejaba á ſu Alteza por obediencia. Tanto cuidado tenia de vaciar de propiedades el alma.

CAPITULO XXVIII.

PACIENCIA, Y MANSEDUMBRE DE SU Alteza.

LA paciencia es reſignacion en orden á las criaturas, y la reſignacion es paciencia en orden á Dios. Uno y otro es de gran merito, y en eſte miſerable mundo neceſario. En toda eſta Hiſtoria ſe ha viſto con claridad la reſignacion de ſu Alteza, en las tribulaciones con que Dios la probó, que no fueron pequeñas. La muerte de ſus Padres, de ſeis Hermanos, de los Reyes Felipe Segundo, y Tercero, las continuas enfermedades con que fue afligida, haſta llegar con ellas á perder la viſta, el ſentido mas amado, y que mas laſtìma perdído; nunca eſtos trabajos la turbaron, con paciencia los oía, y con reſignacion los toleraba, ſiempre con las palabras del Salvador en la boca, *Fiat voluntas tua*: repitiendo algunas veces las del paciente Job: *Dominus dedit, Dominus abſtulit, ſit nomen Domini benedictum.* (a) Para padecer con ánimo reſignado, decia: que no habia tal medio como el amor de Dios, y la negacion de sí miſma. Si yo amáre mas á Dios, decia, que á todo lo que no es Dios, aunque todo ſe pierda hallaré el conſuelo en Dios. Pero ſi yo tuviere mi corazon en aquello que ſe pierde, el perderlo ſerà herir el corazon.

De-

(a) Job 1. v. 21.

2 Decianle las Religioſas, valgame Dios, Señora, y que igualmente lleva los trabajos, ¿cómo hace para conformarſe tan preſto en ellos? Reſpondia: Con eſtár yá conforme al trabajo, antes que llegue el ſuceſo; porque antes que ſe mueran mis hermanos, ſe los tengo yo ofrecidos à Dios, con eſſo no halla que quitarme. Mirad, añadia, hemos de vivir con gran atencion de negarnos á las aficiones naturales, porque con ellas nos laſtíman los ſuceſos, y ſin ellas nos mejoran. Quien ſe entró en la Religion, yá murió al mundo; quanto ſucede en él, no le puede laſtimar. La mayor fineza que hacemos al entrarnos Religoſas, es negarnos á todo, y como las penas exceden en numero á los guſtos, quando en el mundo eſtán llorando miſerias las criaturas, eſtamos en el Convento cantando alabanzas al Criador. Creedme que entonces entenderemos que eſtamos aprovechadas en la Religion, quando oygamos los acaecimientos, y trabajos de nueſtros deudos, con igualdad de ánimo; porque es ſeñal, que ſe vá acabando el hombre viejo, y crece el eſpiritual. Llorar mucho la Religioſa la muerte de ſus Padres, ó hermanos, es ſer muy hermana, y muy hija, pero no tan Religioſa; pues tiene el corazon en el Padre, y en la Madre, que habia de tener ſolo en Dios. Solianle replicar, eſſo ſeñora es muy juſto, pero no muy facil. Pues por eſſo, reſpondia, ſe dice que el Reyno de Dios padece fuerza, y que los violentos lo alcanzan. Lo que es dificultoſo, é impoſible á la naturaleza, le es muy facil á la gracia, que todo nueſtro poder es flaqueza, pero todo lo podemos en virtud de Dios, á quien ſervimos.

3 Era coſa maravilloſa oírla diſcurrir de eſtas materias, y mucho mas verla obrar en ellas, con tan grande igualdad, y reſignacion, que enſeñaba con egemplo, y con palabras á padecer á las que fueſſen menos reſignadas. Bien ſe deja conocer, que en cinquenta años de Religion, tratando con criaturas, aunque Religioſas, y perfectas, no dejaria de padecer algo con ellas, y con las perſonas del ſiglo, que era fuerza haber de comunicar. Nueſtra naturaleza es tal, que no deja grandeza reſervada de eſta comun injuria, ni puede paſarſe la vida ſin eſtas penalidades. En todo eſte tiempo no ſe le oyó palabra deſigual, ni ſe le vió el roſtro turbado, antes diciendole algunas perſonas ſus confidentes; ¿Señora, por qué no muestra vueſtra Alteza eſſo que padece? diga ſu ſentimiento, no tanto para el caſtigo, como

pa-

para el remedio; reſpondia: Si porque lo ſiento lo he de decir, ¿qué vendrá á ſer lo que padezco por Dios? El dejar de ſentir las coſas no eſtá en nueſtra mano, pero lo eſtá el no gobernarnos por nueſtros ſentimientos. Si entramos á padecer, y de padecer nos defendemos, obramos lo contrario de aquello que profeſamos, y venimos à ſer delante de Dios hipocritas, en la profeſion mortificadas, y en las obras impacientes. Su eſtílo era defender á las perſonas que la mortificaban, y nunca dejaba de hallarles eſcuſa, y quando no podia mas, decia: Por lo menos la intencion yo sé que es ſana. ¿Pues quien habrá que ſe enoje con quien hace las coſas con buena intencion? Mas debo yo á los que me mortifican, que á los que me alaban; los unos me aprovechan, los otros me deſvanecen. Finalmente, en eſte punto ſería hacer prolija la Hiſtoria, ſi huvieſſemos de referir las razones, y diſcurſos de ſu Alteza, que en ſu vida claramente manifieſtan los ſuceſos.

CAPITULO XXIX.

LA PACIENCIA CON QUE SU ALTEZA llevó la muerte de Sor Catalina ſu Sobrina.

UNO de los golpes en que mas manifeſtó ſu paciencia, y reſignacion, fue en la enfermedad, y muerte de Sor Catalina ſu Sobrina. Criabala con grande cuidado, y habiale pueſto en el corazon mas eſtrechas prendas de amor el vér ſu virtud admirable, y quan bien ſe aplicaba á los ſantos egercicios de la Religion. Por eſto decia ſu Alteza: Sor Catalina ha de ſer muy grande Religioſa, é iré yo muy contenta á la otra vida, de dejar en ſu perſona quien alábe á Dios en mi nombre. Eſtaba la niña tan contenta, y hallada, que era de ſumo gózo verla, y oírla tratando de ſu profeſion, y deſeando acelerar el tiempo para que llegaſſe el dia. Solia decir muchas veces: Quando yo me vea profeſa, y jurada eſpoſa de Dios, he de comenzar á ſervirle, que ahora todo es hacer por prueba lo que entonces haré por obligacion. De eſta ſuerte la ſanta niña, obrando con raro egemplo, y deſeſtimacion de lo miſmo que obraba, ſe diſponia, y egercitaba tan perfecta en ſus principios, que pudieran almas muy aprovechadas imitarla en el fin. Quando ſu Alteza con mayor gózo te-

renia puesta su inclinacion en esta señora, le envió Dios unas rigurosas tercianas, tan malignas, y ardientes, que en breves dias le postraron el sujeto, y cortó las esperanzas á la vida. Apoderóse el accidente de la cabeza, y padeció muchos dias, sin sentirlo la enferma; pero no sin sentirlo su Alteza, á quien habia trasladado Dios el dolor de esta penosa dolencia. Sin duda alguna quiso el Señor probar la paciencia de su sierva en este trabajo, porque lo sentia como quien perdia una joya, no solo de gusto para su alma, sino de utilidad para la Iglesia. Y siempre que la causa de Dios dá mas motivo á las penas, las almas perfectas suelen dár mas velas al sentimiento.

2 San Ambrosio lloraba sin consuelo la muerte de los buenos Sacerdotes; (a) porque decia, que á pérdida de tan grande daño se debia dolor de tal sentimiento. Iba su Alteza á visitar á su Sobrina, y quando la hallaba tan gravemente enferma, y sin el alivio de comunicarla, se volvia á Dios, diciendo: Señor mio, mis pecados matan esta niña, y no su enfermedad: y añadia sin recatar que lo oyessen los presentes: ¿Pues Señor, si yo soy la mala, cómo es esta niña la castigada? Debeis de querer, premiandola á ella corregirme á mí. Fue cosa notable los remedios que aplicaron á la enfermedad, y el cuidado con que en esto se acudió por orden del Rey, sobre el sumo desvelo de su Alteza. No huvo diligencia humana que no se hiciesse, ni divina que no se procurasse: oraciones, Misas, y limosnas, y en medio de esto la ordenacion divina egecutaba los decretos indispensables de su Providencia. Quando yá su Alteza sentia que se acababa la vida á su Sobrina, decia con grande resignacion las palabras del Rey paciente: *Dominus dedit, Dominus abstulit, sit nomen Domini benedictum*: (b) Señor, Vos me la habeis dado, Vos me la llevais, sea vuestro Nombre bendito. Y añadia: para Vos queria yo esta criatura, y si antes que se logren aqui mis deseos, le anticipais la Corona, sea en hora buena Señor, que vuestro es todo, y como Señor del jardin tomais la fruta, quando la juzgais sazonada.

3 Como su Alteza sentia quan penosamente llevaba la naturaleza el rigor de este golpe, decia, haciendose de parte de la gracia: Lo que me huelgo, Señor, que no padece solo esta niña, sino que tambien padece esta mi naturaleza, con quien no

me

(a) Ex Div. Ambr. tom. 2. Ep. 21. B. pag. 864. edit. Paris. 1690. (b) Job 1. v. 21.

me puedo averiguar. Y volviendoſe á ſu cuerpo, decia: Ahora pagarás el contento que tenias en la buena compañia que te hacia eſta criatura, y compenſarás aquel alivio con eſta pena: acaba de conocer, que no hay gózo, ſino en Dios, ni guſto que dure, ſino el ſuyo: porque puſiſte tantos empeños en amarla, ſientes tantas congojas al perderla, aprende á no entregarte, ſino á quien te debes. De eſta ſuerte ſacaba provecho en la pena, optimiendo á la naturaleza con la conſideracion, yá fatigada con el trabajo. Finalmente, murió Sor Catalina de Eſté, Nieta de la Infanta Doña Catalina, y del Duque de Saboya á 23. de Enero de 1628. dia de San Ildefonſo, que aquel glorioſo Patron de las Virgenes, quiſo preſentar en ſu dia eſta Virgen, que con tanto egemplo habia en ſu Metropoli profeſado pureza. Hallabaſe entonces el Rey en el Pardo, y dió orden al Cardenal Trejo, Preſidente de Caſtilla, que aſsiſtieſſe al entierro, y á las honras en ſu nombre; y que el Nuncio digeſſe la Miſa, y el Patriarca de las Indias, ſu Capellan mayor, lo diſpuſieſſe todo con la ſolemnidad que ſe debia á tan Real Perſona. Hizoſe como ſu Mageſtad lo mandó, dejando laſtimadas de dolor, no ſolo á ſu Alteza, y á las Religioſas que amaban tan tiernamente á Sor Catalina, ſino á quantos llegaron à vér perdídas las eſperanzas, con que iba creciendo en ſus claras virtudes. Su Alteza dió al mundo un egemplo mas de paciencia; pues victorioſa de sí miſma con igual ſemblante, y demoſtraciones, en habiendo eſpirado la niña, poniendo en Dios la voluntad, y la inclinacion, que por ſu amor habia dado aquella criatura, quedó con el gózo, paz, y ſerenidad, que trahe ſiempre conſigo la reſignacion.

CAPITULO XXX.

AMÒ SU ALTEZA EL SILENCIO, Y EL OBRAR de manos,

EL ſilencio es horno del amor divino, porque crece tendiendo ſu fuego ocultas las llamas. Era muy aficionada á eſta virtud, y muy obſervante en ſu egercicio. En el tiempo de ſilencio regular, y á donde ſe debe guardar, no habia que tratar con ſu Alteza, porque cerraba de ſuerte los labios, que no hallaba cauſa para poderlos abrir. Tenia horas ſeñaladas de ſilencio ſobre las que obſerva la comunidad, y por no fiar de la lengua el callar, ponia una pedrecita en la boca. Entre las mortificaciones con que ſe prevenia á los dias de grande feſtividad, era con guardar ſus vigilias ſilencio, y en eſto decia que ſe hallaba conocido ſu aprovechamiento. Solia decir á las Religioſas quando la hablaban de eſta virtud, que el ſilencio ſe alaba muy bien callando, y que es la muralla contra las imperfecciones. ¿Quereis, decia, que vivamos en ſoledad? callando la hallarémos en el ſilencio. Mirad que cerca tenemos una joya tan precioſa, y que muy de lejos ſe ſuele buſcar. El ſilencio mejor, y el primero, es la abſtraccion de todas las coſas, y eſte puede tenerſe hablando; pero aunque eſte ſilencio es el mas importante, ayuda mucho el exterior á guardar con pureza el interior. De aqui le nacia en las recreaciones eſpirituales, el eſtar atenta al oído, y muda á la lengua, como ſe ha dicho; porque decia, que el ſilencio tiene propiedades muy agradables; y entre otras la de ſer humilde, cortés, recogido, devoto, y mortificado. ¿Què mayor humildad, decia, que callar, quando otros hablan? Qué mayor cortesía, que oír, quando otros diſcurren? Qué mayor recogimiento, que vivir dentro de sí, con cerrar la puerta á la lengua? Qué mayor devocion, que tener el interior reſignado, y el exterior compueſto? Qué mayor mortificacion, que tener atado en la boca eſte inquieto animal, que llaman lengua? Con tales razones alentaba á las Religioſas á la obſervancia del ſanto ſilencio, y lo que es mas, las confirmaba con ſu egemplo.

2 Al ſilencio ſucede bien el egercicio de las manos, que quien las tuviere ocupadas, tendrá en mayor ſilencio la lengua.

En

En eſta virtud fue obſervantiſsima, venerandola como tan conveniente, y Religioſa, amada de Chriſto, de los Apoſtoles egercitada, de los Santos ſumamente encomendada á los Fieles. Deſde niña ſe crió en el Palacio de ſu Madre, obrando de manos como quien en tan admirable educacion ſeguia tan ſantos, y ſeguros documentos. Deſpues en la Religion abrazó el miſmo egercicio; de manera, que con la comunidad trabajaba muchas horas del dia, regiſtrando la Madre Abadeſa la labor, y aplicandola al Culto Divino. Quando eſtaba ciega, por no perder eſta ſanta virtud, ordinariamente obraba de manos cordones, y otras coſas, que con aquel accidente podia egercitar, y todo para el Culto Divino, ó para los pobres. Solianle decir, Señora, míre V. Alteza, que ſe canſa, y le puede hacer daño. Y reſpondia: Nunca el obrar de manos hace daño á las Religioſas, mas daño puede hacerles la ocioſidad. ¿Lo que hizo la Virgen, y ſu Hijo Santiſsimo, que ſe dignó de trabajar para comer, ſiendo Autor de la naturaleza, quereis quitarme? El obrar de manos á todos conviene, pero mucho mas á los que ſiguen el camino de la Religion; porque quanto mas comieren de ſu ſudor, ſeràn menos moleſtos á los ricos, y menos gravoſos á los pobres.

3 Decianla algunas perſonas, para dar motivo á ſus ſantos conſejos: ¿No tenemos, Señora, harto que hacer en ſeguir los egercicios de la comunidad? Bueno es paſar en contemplacion el tiempo que nos queda. Y Reſpondia: Entre los egercicios de la ſanta comunidad, es el obrar de manos, y el no menos util, y neceſario; y á la Religion que eſto faltáre, le falta una conſtitucion muy importante. ¿Y quién os dice, que eſta ocupacion embaraza la contemplacion? No pueden eſtár trabajando las manos, y el corazon amando? No habeis oído decir, que no pudiendo San Antonio Abad tolerar la guerra de los penſamientos, ſalió de ſu celda, y en altas voces dijo: ¿Que haré, Señor, que no puedo averiguarme conmigo, ni llevar el peſo de eſta ſoledad? Y apareciendoſe un Angel, por la mano lo llevó á la huerta, y en ſu preſencia tomó una hazada, cabó un rato, y luego con grande compoſtura ſe puſo á contemplar, deſpues volvió á ſu trabajo, y deſapareció: dandole á entender, que contra los penſamientos, era buen remedio el egercicio de manos, y la oracion, y que eſta virtud remedia lo malo, y perficiona lo bueno. (a) A mi,

(a) Ap. Vit. Patr. tom. 1. lib. 7. de Penit. ſeu fortitud. fol. 444. b.

decia, con ella me han criado, y con ella tengo de morir. Neceſario era que ſu Alteza acreditaſſe eſta honeſtiſsima, y deſpreciada virtud, en ſiglo que tan poco trabajan: los nobles por la calidad; los ricos por la comodidad; los pobres por la ocioſidad, habiendo ſu lugar ocupado la relajacion, con todas ſus alhajas, viſitas ſuperfluas, converſaciones vanas, y murmuraciones peligroſas.

CAPITULO XXXI.

ENVIA SU SANTIDAD A ESPAÑA el Cardenal Barberino ſu Sobrino, por ſu Legado, y los Breves, que á ſu Alteza eſcribiò.

SUbiendo de virtud en virtud al alto monte de la perfeccion, la Sereniſsima Infanta, habia llegado con la fama de ſus claras coſtumbres á merecer la veneracion de todos. Quando el año de 26. el Padre Univerſal de la Igleſia Urbano VIII. envió al Cardenal Franciſco Barberino ſu Sobrino á eſta Corte por ſu Legado á Latere, á tratar diferentes negocios de la Sede Apoſtolica, y comun utilidad del nombre Chriſtiano. Como á ſu Santidad fue ſiempre notorio el eſpiritu, autoridad, y mano con que ſu Alteza acudia á las cauſas de la Igleſia; la eſcribió eſte Breve, que puede ſer aprobacion, y teſtimonio de todas las virtudes que ſe han referido.

DILECTÆ IN CHRISTO Filiæ, Nobili Mulieri, Sorori Margaritæ à Cruce Sanctimoniali Amitæ Regis.

URBANUS PAPA VIII.

Dilecta in Christo filia, Nobilis mulier, salutem, & Apostolicam benedictionem. Sacra ista Christianarum virtutum Regia, in qua de voluptate, & superbia glorioſe triumphans, identidem in ſe convertit oculos Pontificiæ charitatis, ſpectaculum enim iſthic cœlo, hominibuſque jucundum præbetur, ubi potentiſſimi Regis amita ſacro gaudens Crucis cognomento, illius mundi blanditias, ac theſauros deſpicit, in quo conſanguineos ſuos videt cultos innumerabilium Provinciarum tributis. Nunc autem quo ſtudio conſiliis tuis plaudat Pontifex, & Eccleſia, intelliges ex Franciſco Cardinali Barberino, Legato Apoſtolico, & Nepote noſtro, qui tibi noſtram benedictionem impartietur, & exiguum Pontificiæ charitatis munus deferet, cui tamen pretium facit cœleſtis Indulgentiæ theſaurus, quo illud locupletavimus. Sperat te conveniens fore, ut ex ore tuo ſententias audiat dignas acclamationibus cœli, & memoriâ ſæculorum. In eo autem animum agnoſces, qui omnibus auri fodinis pretioſiorem exiſtimat eam pietatem, ubi reperire poteſt profligandæ vanitatis exempla. Cæterum publicæ ſaluti famulabitur pietas tua, ſi piis illius conatibus omni, qua potes, ope ſuffragaberis, atque ſi orationibus à Deo, & hortationibus à Rege impetrabis, ut expetitæ huic legationi gloriam addat concordia Chriſtianitatis. Datum Romæ, apud Sanctum Petrum, ſub annulo Piſcatoris, die xxx. Januarii. M.DC.XXVI. Pontificatus noſtri anno tertio.

Joannes Ciampolus.

Que traducido al ſentido, dice aſsi: A

A LA AMADA EN CHRISTO Hija, y Noble Señora, Sor Margarita de la Cruz, Tia del Rey Catoliço.

URBANO PAPA VIII.

AMada en Chriſto hija, y Noble Señora, ſalud, y Apoſtolica bendicion. Con gózo particular lleva los ojos de la caridad Pontificia eſſe Real Palacio de virtudes, en que vueſtra nobleza triunfa de la vanidad, y pompa del ſiglo. Vemos un eſpectáculo á todos los ſiglos memorable, á los hombres alegre, à los Cielos gozoſo. Una Tia de Rey tan poderoſo, abrazada con la ſagrada inſignia de la Cruz; deſeſtimando los mundanos deleytes, las profanas riquezas, y el miſmo mundo, en que inumerables Provincias eſtàn tributando á ſus deudos. Con quanto amor favorece la Igleſia vueſtras claras virtudes, y con quanto aplauſo las oyga el Vicario de Chriſto, lo entenderà de Franciſco, Cardenal Barberino, Legado Apoſtolico, y nueſtro Sobrino, que la darà nueſtra bendicion Apoſtolica, y un Relicario, de nueſtra aficion indiçio pequeño, no tanto por el precio eſtimable, quanto por las celeſtiales indulgencias con que vá enriquecido. De vueſtros labios eſpera oír palabras dignas de tal eſpiritu, y de la aprobacion univerſal de la Igleſia; y conocerá vueſtra nobleza en nueſtro Legado, un varon que deſprecia lo terreno, y buſca lo celeſtial, y que las minas de oro que mas eſtima, ſon los egemplos con que ſe piſa la vanidad mundana. Ayudará á la cauſa pública vueſtra autoridad, ſi à los deſignios con que de eſta Corte le enviamos favoreciere, y ſi con el amparo de ſu interceſion al Rey Catolico inclina, que la gloria de eſta Legacìa, haga mayor con la concordia de la Chriſtiandad. Dada en Roma en San Pedro, debajo del Anillo del

Peſ-

Pescador, á treinta de Enero de mil y seiscientos y veinte y seis, de nuestro Pontificado año tercero.

Juan Ciampolo,

4 Envió el Papa á su Alteza con el Cardenal su Sobrino, entre otras cosas, un Relicario hermosísimo, á modo de urna de cristal muy rica, y artificiosamente guarnecido, con grandes indulgencias, que eran para la piedad de su Alteza los dones de mayor estimacion. Fue grande el consuelo que recibió el Legado quando visitó á su Alteza, y halló tan grande tesoro de virtudes en su espiritual Persona, la qual en todos sus negocios se interpuso con singular esfuerzo á la mayor conveniencia de la causa comun de la Iglesia. Pocos meses despues su Santidad le envió otro Breve con el Patriarca de Antiochia, que venía á España por su Nuncio Apostolico, en el qual explica el admirable concepto que tenia de su santa vida.

DILECTÆ IN CHRISTO Filiæ Nobili Mulieri, Sorori Margaritæ á Cruce, Sanctimoniali, Amitæ Regis.

URBANUS PP. VIII.

5 *Dilecta in Christo filia, nobilis mulier, salutem, & Apostolicam benedictionem. Crucis trophæum, quæ dominantium sceptris antefers, dùm Regia progenies delitescis in cella, principatum tibi paras in cœlo.* Nec solum *tibi uni consulis à mundi contagione secretæ, sed exisio sanctimoniæ domicilio asportari etiam dicuntur in Regium consilia, quæ cùm habeantur mandata Divinitatis, fiunt etiam propugnacula Sacerdotii. In iis plurimam spem Magistratus sui bene gerendi constituit Venerabilis Frater Joan-*

nes

nes Baptiſta, Patriarcha Antiochenus, Prælatus noſter domeſticus, & Aſsiſtens, quem Nuntium Apoſtolicum in Hiſpanis Regnis excubare iuſsimus. Nota eſt Chriſtianitati pietas Auſtriacorum Principum, qui vaſtiſsima utriuſque Orbis imperia, non minus patrocinio cœli ſtudent armare, quàm robore legionum. Si qua tamen in re illi quærens Regnum Dei egebit ſuffragatione autboritatis tuæ, ſperamus fore, ut declaratura ſis luculenter tuam pietatem in Principem Apoſtolorum. Cæterùm ille genere clarus, ingenio præcipuus, & rerum uſu excultus, quibus artibus pietatis, & prudentiæ ſacros Magiſtratus petiit, iiſdem facile promerebitur benevolentiam tuam. Quæ tamen beneficia ille tibi debebit, ea teſtamur fore ſolatia ſollicitudinum noſtrarum. Porrò autem Præſulem nobis gratiſsimum, qui tibi Apoſtolicam benidictionem deferet, dùm charitatis noſtræ magnitudinem teſtabitur, & Catholicæ Eccleſiæ negotia diſſeret, eadem, quæ nos ipſos, fide cupimus audiri. Datum Romæ, apud Sanctam Mariam Maiorem, ſub annulo Piſcatoris, die xxx. Maii. M.DC.XXVI. Pontificatus noſtri anno tertio.

Joannes Ciampolus.

Que traducido al ſentido, dice aſsi:

A LA AMADA EN CHRISTO Hija, y Noble Señora, Sor Margarita de la Cruz, Religioſa, Tia del Rey Catolico.

URBANO PP. VIII.

AMada en Chriſto hija, y Noble Señora, ſalud, y Apoſtolica bendicion. Prefiere vueſtra virtud el Troféo de la Santa Cruz, al cetro que deſeſtimó por ſeguirlas; y quanto mas ſe eſconde en ſu pobre celda, tanto mas alta ſi-

ſilla ſe le erige en el Cielo. No ſolo aprovecha à vueſtra Real Perſona el vivir dividida del contagio del mundo, ſino que deſde eſſa morada de celeſtiales virtudes, nos dicen, que ſe envian al Catolico Palacio tan ſantos conſejos, que por mirarlos como Inſpiraciones Divinas, iluſtran y aſſeguran las reſoluciones humanas. En la autoridad de vueſtra Perſona, libra el acierto de ſu legacìa, nueſtro V. Hermano Juan Bautiſta, Patriarca Antiocheno, Prelado, nueſtro domeſtico, y Aſsiſtente, que enviamos por Nuncio Apoſtolico á eſſos Reynos. Notoria es al mundo la piedad chriſtiana de los Principes de la Caſa de Auſtria, que entrambos Orbes defienden, aſsiſtidos, no menos del amparo del Cielo, que de los Egercitos de la tierra. En quanto en ſervicio de Dios neceſsitáre de vueſtra autoridad, le hemos dicho, que muy confiadamente ſe valga de ella, como de quien tanta experiencia tenemos del amor con que acude á todas las cauſas de la Sede Apoſtolica. Es varon en el linage claro, en el ingenio grande, en las noticias experimentado, y con eſtas partes ha merecido los pueſtos que ocupa, y con ellas eſpera conſeguir la riqueza de vueſtra benevolencia. Quanto favor le hicieredes, ſerà alivio de nueſtras ocupaciones, y al daros nueſtra bendicion, é informaros de nueſtro amor Paternal, y al tratar de las cauſas de la Igleſia, podrà vueſtra nobleza creer, como á nueſtra Perſona. Dada en Roma, en Santa Maria la Mayor, debajo del Anillo del Peſcador, á treinta de Mayo de mil y ſeiſcientos y veinte y ſeis. de nueſtro Pontificado, año tercero.

Joan Ciampolo.

Callar debe la ponderacion, y venerar el ſilencio, las aprobaciones que la Santa Sede hace de las perfecciones de ſu Alteza.

FIN DEL LIBRO QUINTO.

LIBRO SEXTO.

CAPITULO PRIMERO.

DE LOS EGERCICIOS SANCTOS, y devociones admirables de ſu Alteza.

LO que los Fieles llaman comunmente devociones, ſon actos de Religion, que el corazon Chriſtiano practíca para agradar, amar, alabar, ó deſenojar á Dios; y tanto quanto fuego huviere de caridad en el interior, *tanto mas* crecerá eſte exterior. Eſtas dos diferentes ſubſtancias de que eſtá compueſto el hombre en eſta vida, eſtán pidiendo ſiempre alimento; el cuerpo guſto, el alma amor; el cuerpo empleo en las coſas temporales, el alma devotas memorias de las ſobrenaturales; y ſi el cuerpo prevalece, arraſtra al alma; y ſi el alma como legitima ſeñora manda, tiene ſujeto, y rendido al cuerpo. Aſsi todo el cuidado del Chriſtiano debe conſiſtir en tener bien tratada, y alimentada ſu alma, y al cuerpo convenientemente corregido; porque como negar el ſuſtento natural al cuerpo, por el qual tan vivamente nos eſtá egecutando, ſería quitarle las fuerzas, y hacerlo inutil para el uſo comun de la vida; negar al alma el alimento que pide de las coſas celeſtiales, ſin el qual ninguna puede vivir, ni medrar, es tanto mayor crueldad, quanto ſe falta á lo mas importante.

2 Debemos conſiderar con el Apoſtol, que eſtàmos compueſ-

puestos de hombre exterior, é interior. El exterior, corruptible, flaco, delezmable, propenso á lo malo, y haberso à lo bueno: el interior, noble, generoso, incotruptible, inmortal, de claras condiciones, y deseos. Pues para ponderar el cuidado que debemos tener, hallandonos vestidos de tan miserable materia, puede considerarse si un hombre virtuoso, y perfecto se viesse fuertemente atado á otro vicioso, y abominable, sin poder escusar el estar á vista de sus costumbres, y participar de tan infame vecindad; ¿con qué congoja, y pesadumbre viviria? Con qué atencion, y desvelo de mejorar, y persuadir el bueno al malo, á la debida regla de virtud? Solian los Tiranos atar vivos á los Santos Martires con los cuerpos difuntos, para que con la corrupcion agena, hiciessen mas intolerable la propia. Assi despues de la culpa primera, han quedado estos dos desiguales compañeros, yá enemigos, ligados necesariamente con la vida, hasta la muerte. ¿Porque, qué otra cosa es el alma, sino un hombre vivo enterrado en la caja inmunda del cuerpo? Hombre con salud, envuelto con un apestado. Por esto debe tanto mas atentamente aplicarse el remedio, quanto mas claramente se conoce el peligro, no habiendo otro modo como defendernos del pernicioso contagio del cuerpo, sino con los devotos afectos del alma. Conveniente es vivir en desvelo, y con la caridad defendernos de la corrupcion; desvaneciendo con la memoria de las cosas celestiales estas nubes de vanidad temporal, que se interponen entre Dios, y nosotros.

3 De este cuidado nacieron en su Alteza los devotos egercicios en que ocupó su vida enriquecida de meditaciones divinas, con sumo recogimiento recibidas, y con grande pureza conservadas. Fue en este punto una de las mas particulares almas que se han conocido, porque en larga vida subió siempre con nuevos aumentos de caridad, y con iguales pasos de perseverancia. La Fé nos dá tal vez los actos de la devocion; y para que busquemos, y egercitemos la caridad: como quando no estando el alma tan aprovechada en el habito santo del Amor Divino, toma por medio para procurarlo meditaciones devotas. Otras veces, yá el corazon encendido como verdadero amante, con el fuego del amor, inquieto anda haciendo finezas, por agradar al amado; y alli vá con la devocion, adonde el impulso Divino le guia. En este esta-

do ultimo ſe hallaba ſu Alteza, porque con los vivos ſentimientos de la caridad, no podia eſcuſar el andar en prácticos egercicios ocupada, manifeſtando fervoroſamente con las acciones los afectos. Era notable la facilidad, y gracia con que introducia, y componia meditaciones, y devociones utiliſsimas, ayudada de ſu enamorada, y devota voluntad, y de ſu vivo, y claro entendimiento. Eſta materia irémos proſiguiendo con mucho aprovechamiento, y guſto del que con piadoſos ojos leyere eſta Hiſtoria, porque hallarà alivio en el modo de obrar, y aprovechamiento en la ſubſtancia.

CAPITULO II.

EL AMOR, Y DEVOCION QUE TUVO al Niño Jeſus.

ENtre los miſterios que mas alegran las almas en la humildad de Chriſto nueſtro Señor, es el de ſu dulciſsima infancia, por eſtar llena de ternura eſta ſanta meditacion. ¿A quien no enternecerá vér á Dios, no ſolo Hombre, ſino Niño? No ſolo Niño, ſino en un peſebre? No ſolo en un peſebre, ſino deſnudo? No ſolo deſnudo, ſino llorando? Alienta las almas á ſervirle, ſocorrerle, y amarle: á ſervirle por ſu edad, á amarle por ſu humildad, á ſocorrerle por ſu neceſidad. La carne animal, que no percibe la fragancia de eſtos eſpirituales ſentimientos, tienelos por niñeria, ſin conſiderar que aquel Niño á quien el alma adora, es Niño Dios: que aquel Niño gobierna lo criado deſde el peſebre, y deſde aquellas pajas mueve eſſos Cielos: que aquellos ojos que lloran, dán luz á los Planetas: que aquellas manos tiernas ſuſtentan al mundo: que aquel cuerpo deſnudo viſte el Univerſo.

2 Como la pureza de ſu Alteza era tan grande, inclinóſe deſde muy pequeña á eſte ſanto miſterio, en el qual no ſe puede explicar baſtantemente la felicidad à que llegó. Hallaba ſu alma ocupada en él, con tanta ſuavidad, y con tan vivos ſentimientos de amor, que no podia contener dentro de sí eſtos interiores favores, por mucho cuidado que ponia en ocultarlos. La primera joya que la dió ſu Madre, y que mas eſtimó, fue un Niño Jeſus,

que

que tuvo consigo hasta la muerte; llamabale el Primogenito, porque fue la primera de estas sagradas Imagenes. Comunicaba, y trataba con este Señor sus cuidados con viva fé, y encendida caridad, que el que bien quiere al original, facilmente se aplica al retrato. A este Niño acudia como á Compañero, Maestro, y Consejero en sus necesidades, y tribulaciones: en él hallaba luz en sus dudas, remedio á sus males, y alivio en sus penas. Decia, que sus mas alegres meditaciones en la humildad de Christo, bien sumo, eran de su Encarnacion, de su Nacimiento, de su huída á Egipto, del perderse quando fue al Templo, como lo crió la Virgen con su trabajo, y el glorioso San Joseph con su sudor; y sobre esto hacia piadosisimas consideraciones.

3. Contémplo, decia, á Dios encarnado en las puras Entrañas de aquella Sacrosanta Doncella; encerrado mirandolo todo; tan pequeño sabiendolo todo; tan necesitado gobernandolo todo. Mírolo en un pesebre derramando lagrimas por las almas, entre dos animales al Señor de los Angeles, entre pajas al Criador de los Cielos, en un pobre portal al que no le comprehende lo criado, llorando al Autor de todo consuelo, padeciendo al alivio de toda tribulacion. Considéro al Señor de la vida acompañado de su Madre, y de San Joseph, huyendo á Egipto, porque no le matassen. Considéro, qué padecerian aquellos tres amorosos Peregrinos, Jesus, Maria, Joseph, por aquellas soledades de Egipto, pobres, y perseguidos. Quando esto decia á las Religiosas, era con tan grande ternura, que no podia contener las lagrimas, deseando con su amor socorrer al que veía padecer.

4. Habia penetrado tanto sus entrañas la devocion de Jesus Niño, que en viendo niños pequeños se enternecia, acordandose del Niño Jesus. Imitaba en esto á mi Serafico Padre San Francisco, como buena hija, que no podia sufrir que delante de él matassen corderos, acordandose del Cordero de Dios; (a) y assi como San Francisco mi Padre amaba al Cordero mistico en los corderos naturales, amaba su Alteza al Niño Jesus en los niños. Tenia mas aficion á los pobrecitos, porque estos, decia, que parecian mas al Niño Jesus. Como sabia el gusto que en esto tenia, trahianle algunos niños, y les hacia muchas caricias, y mandaba que los vistiessen; sentia mucho que los hiciessen llorar, y

(a) Ubad. tom. 1. ad an. Christ. 1211. pag. 41.

y algunas veces, por vér lo que hacia, obligaban á los niños que lloraſſen, y quando lo oía, era tan grande ſu compaſion, que lloraba tambien, y decia: Valgame Dios, ¿por qué hacen llorar á eſſe angelico? Aſsi lloraria el Niño Jeſus en el peſebre, mas qué fuera verle derramar tan tiernas, y ſentidas lagrimas por mis pecados.

5 Quando los Principes, y los Infantes, ſiendo muy niños, eſtuvieron en el Convento, y ſu Alteza los aſsiſtia, era coſa notable las caricias que les hacia, en orden á los eſpirituales ſentimientos que tenia de la memoria del Niño Jeſus. Decianla algunas Religioſas: Señora, míre vueſtra Alteza que ſe deja llevar mucho de eſtas criaturas, guarde que ſon idolillos que llevan el corazon, y dejan ſeca el alma. Reſpondia: No temais eſſo, que por la gracia de Dios, ſucede muy al contrario: hagoos ſaber, que con ſu hermoſura, y ſu gracia, me ayudan à la memoria del Niño Jeſus, y cada uno de ellos me parece que lo repreſenta, que ſon Imagenes vivas ſuyas, y como á tales les ſirvo. ¿No veis la pureza, y ſinceridad de eſtas almas? En eſtas razones ſe conoce, que en eſtando el eſpiritu del todo entregado á Dios, no hace propiedad de las criaturas; antes le ſon materia para mejorarſe, las que en el corazon diſtrahido, lo ſon para divertirſe.

CAPITULO III.

COMO CELEBRABA LAS FIESTAS del Nacimiento del Niño Jeſus.

EN donde daba mas largamente las velas á los ſentimientos, era en la fieſta del Nacimiento de N. Señor: preparabaſe deſde el dia de Todos-Santos, con muy piadoſos, y devotos egercicios, porque deſde eſte dia acoſtumbran en eſte ſanto Convento hacer ſu diſpoſicion á la venida del Salvador. Hacia ſu Alteza un eſpiritual peſebre, y portalillo en ſu corazon al Hijo de Dios, para que nacieſſe en él, adornabalo de virtudes, procurando todo eſte tiempo mortificar ſus ſentidos, diſponiendoſe con penitencias, y limoſnas, actos de amor de Dios, oraciones jaculatorias muy tiernas al Niño Jeſus, y á ſu Madre. Era coſa de grande edificacion verla tan enamorada, eſperando con dulces me-

mo-

morias la venida de ſu Eſpoſo, Prorrumpia en ardientes ſuſpiros, ſin poderlo eſcuſar; y viendola en una ocaſion la Religioſa que la aſsiſtia, tan arrebatada de aquellos amoroſos ſentimientos, ſe acercó á ſu Alteza, y la dijo: Bueno vá eſſo, Señora, bebidoha V. Alteza en la bodega del amor. Reſpondió como avergonzada: Hacedme caridad de callar, que no puede ſer menos, es fuerte la ocaſion, y yo muy flaca.

2 La noche del Nacimiento, en dando las doce, y oyendo la campana de Maytines, pedia que la trageſſen al Niño Jeſus, quando por ſu enfermedad no podia ir à buſcarle por ſu Perſona. Hincabaſe de rodillas con grande humildad, adornabale, y deciale muchos requiebros; entonaba la Antifona *Gloria in excelſis Deo*, con ſu verſo, y oracion, derramando muchas lagrimas. Deſde eſta hora, decia, me he de eſtar con el Niño Jeſus en el portalico, y alli he de ſervir de criada á mi Señora, que aſsi llamaba á la Virgen Maria. Preguntabala una Religioſa ſu confidente: ¿Señora, no me dirá V. Alteza la conſideracion con que ſe recoge con el Niño Jeſus, y con ſu Madre en el portal? Pobre de mí, reſpondia, á quién preguntais eſſo? De todo sé muy poco, y menos en aquello que mas me conviene: lo que yo hago es, tibia como eſtoy, irme al portal como una eſclavilla, que el amor que tengo al Niño me lleva donde eſtá. Alli me eſtoy aguardando á vér lo que me mandan, y deſeando que mi Señora me entregue el Niño algun rato. Replicabale la Religioſa: ¿Pues dále á V. Alteza alguna vez nueſtra Señora el Niño? Reſpondia riſueña: ¡Valgame Dios, tan ſimple pareceis como yo! No es eſſo, ſino con la conſideracion, que os prometo, que ni aun eſſo sé hacer. Tal era ſu humildad, y el anſia de encubrir el fuego de amor con que ardia. Por mucho que trabajaba en encubrirſe, no ſiempre lo podia conſeguir, porque muchas veces ſe le oían dulciſsimas razones, que el corazon dictaba à la lengua: otras la veìan verter muchas lagrimas, teniendo al Niño Jeſus en los brazos: otras tan ſuſpenſa en eſta conſideracion, que apenas quedaba util para los egercicios exteriores.

3 Doy fé, en confirmacion de lo que aqui ſe ha dicho, que un dia del Nacimiento por la mañana, poco antes de las diez, la llegué á dar las Paſcuas por la ventanica, deſpues de haberla comulgado, como es coſtumbre, habiendo oído ſu Alteza las tres Miſas; y que la hallé recogida en hacimiento de gracias amoro-

ſo,

ſo, con oracion intima, y ſobrenatural, y á mi parecer elevada ſobre sí miſma. Porque la ſuſpenſion en que la ví era coſa notable; y aunque deſpues que la hablé, y ſaludé, percibió con el ſentido del oír mis palabras, ſalió el gózo interior al roſtro, con una eſpiritual alegria, hablando del Niño Jeſus tan fervoroſamente, que yo quedé confuſo de haber llegado en ſemejante ſazon. Las palabras con que prorrumpió ſu Alteza fueron: Padre Confeſor, ſi ſupiera qué lindo, y hermoſo que eſtá el Niño Jeſus, tengole muy bien guardado, y en verdad que lo ha de vér. Y diciendo eſto, ſacó del pecho la Imagen del Niño Jeſus pequeñito, que trahia ſiempre conſigo, á quien llamaba el Eſpoſo, y el Regalado, y luego comenzó á adorarle, y á abrazarle, con tan grande ternura, y con tantas lagrimas, y el roſtro tan encendido, que decia muy bien la ocupacion en que el alma ſe hallaba. Yo entre la devocion, y confuſion, confieſo, que no ſabía que decir, viendo aquella eſpiritual novedad en ſu Alteza, que de ſuyo era tan circunſpecta. Volvíle á hablar en las Paſcuas; y recogió ſu Niño, y puſolo en el pecho, y cruzando los brazos ſobre él continuaba en decirle terniſsimas jaculatorias, ſin reſponder á lo que yo hablaba; haſta que poco á poco fue volviendo, y luego que reparó en lo que habia paſado, me dijo con ſanta, y devota advertencia: Padre Confeſor, no ſe eſpante, que con el Niño de Belén, y en eſte dia, no haya juicio cabal: digame, he dicho algunos deſatinos, perdoneme por amor del Niño. Reſpondíle lo que entonces ſe me ofreció, quedando tan reprehendido, como edificado, de vér en aquel fervor mi tibieza.

CAPITULO IV.

LA VENERACION QUE SE DEBE, y la que la Infanta tenia à las Imagenes del Niño Jesus.

FOrmó Dios en su Alteza un espiritu pio, y seguro, que siguió siempre la comun de los Santos, y como el amor que tenia á su Esposo era tan tierno, veneraba sus Imagenes con grande fervor. Bueno es amar á Dios por las Imagenes, pero mas santo á las Imagenes por Dios. Aquello se compadece mas con nuestra flaca naturaleza, que no puede ir á lo invisible sin asirse á lo visible; esto se compadece mas con la gracia, porque en amando á Dios, todo lo amamos por él, y mucho mas aquello que le parece. Entre los Oratorios que hay en las Descalzas, habia uno señalado para su Alteza, y en él muy lindas Imagenes del Niño Jesus. Era su mayor recreacion el vestirlos, adornarlos, y assistirlos con veneracion, y decencia. Todo el tiempo que tuvo vista, ella misma los vestía, diciendoles entretanto el júbilo de S. Bernardo,(a) y otros Himnos, por no dar menos adorno al original, que le iba poniendo al retráto. Teniales puestos diferentes nombres, con algun motivo particular de espiritu. A uno llamaba el Primogenito, por ser el primero que le habian dado, y primogenito de todas las criaturas: á otro el Mayorazgo, por ser Autor de todo poder, y riquezas: á otro el Alemán, porque lo parecia en el cabello, y le habia encomendado todas aquellas Provincias: á otro el Hermoso, por su hermosura: á otro el de la muerte, por tenerle encomendada aquella hora: á otro el Hermanico, por tenernos por hermanos, é hijos de su Padre: à otro el Grave, por su Poder: á otro el Pobrecito, por su necesidad: á otro el Niño perdído, por el misterio, y buscarnos perdídos: á otro el del Nacimiento, al qual llamaba el Considerado, como el que en el pesebre consideraba los pecados que habia venido á redimir, y los trabajos que para esto comenzaba á padecer: á otro el Peregrino, porque vino á serlo por nosotros desde el Cielo à la tierra; y era cosa devota verla estar hablando con cada uno negocios particulares, con

(a) Did. Bern. volum. 2. tom. 5. col. 897.

tal dulzura, y ſuavidad, con afectos tan vivos, que muchas veces ſe reſolvia en lagrimas.

2 Trahia conſigo un Niño Jeſus muy pequeño, y á éſte llamaba el Regalo, por otro nombre el Eſpoſo: éſte, ú otro ponia en qualquiera parte donde ſe hallaba, como hemos dicho, que lo hacia comiendo. Dejaba algunas veces la converſacion, y llevada del vivo ſentimiento de la caridad, ponia ſu roſtro á los pies del Niño Jeſus, y alli ſe quedaba haciendo actos de amor; tan ſuſpenſa, que no percibia lo que en ſu preſencia hablaban, antes preguntandola las Religioſas: ¿Qué le parece à V. Alteza de eſto? Reſpondia: ¿No es muy lindo mi Niño? Miradle muy de eſpacio, y decidme, que os parece? Otras veces decia: O quien amaſſe á eſte Niño! Si le hicieſſemos algun guſto! Si nunca le tuvieſſemos enojado! Si ſiempre le tuvieſſemos ſervido! De eſta ſuerte iba Dios pagando el amor de ſu Alteza en amor, aumentando al recibirlo el que ofrecia. A los pies del Niño Jeſus, que llamaba el Peregrino, debajo de una hoja de lata, ſe halló un papel de mano de ſu Alteza, que decia: *Velut iumentum factus ſum, apud te, & ego ſemper tecum* (a) *Domine Jeſu, pone me iuxta te, doce me facere voluntatem tuam*, (b) *Spiritus tuus bonus deducet me in terram rectam propter nomen tuum.* (c) *Offero tibi Domine animam meam, & corpus meum, omnes actiones meas, & omnia interiora mea. In te Domine ſperavi, non confundar in æternum, in iuſtitia tua libera me, & eripe me.* (d) Y luego firma: *Ancilla tua, & ſanctiſsimæ Matris tuæ, & Dominatricis meæ Virginis Mariæ.* Soror Margarita á Cruce.

3 Que traducido en Caſtellano al ſentido, para que todas las almas gocen de eſtos eſpirituales ſentimientos, dice aſsi: Pobre, é ignorante ſoy delante de tí, y yo ſiempre contigo. Mi Jeſus, ponme muy cerca de Tí, y enſeñame á hacer tu Voluntad, y tu Santo eſpiritu me guiará, y ſacará á la tierra de la rectitud por tu Nombre Santiſsimo. Ofrezco á tí mi alma, y mi cuerpo, todas mis acciones, mi interior, y exterior. En tí, Señor, eſpéro, que no ſeré eternamente confundida, con tus merecimientos me libra, y me defiende. Tu eſclava, y de la Virgen Maria tu Santiſſima Madre, y mi Señora. *Sor Margarita de la Cruz.*

4 Como ſu Alteza vivia en tan grande deſnudéz de eſpiritu, formó eſcrupulo de tener tantas Imagenes en ſu Oratorio, y co-

mu-

(a) Pſal. 72. v. 23. (b) Pſal. 142. v. 10. (c) Id. v. 11. (d) Pſal. 30. v. 1.

municó á una perſona grave en la materia, manifeſtandole quan deſaſido tenia el corazon á todo lo que no es Dios, y que aſsi le digeſſe libremente lo que le parecia, porque lo egecutaria con puntualidad. Que habia oído decir, que algunas perſonas eſpirituales procuraban, que las almas eſcuſaſſen el tener quadros de Imagenes, porque mereciesſen mas viviendo en fé. Era perſona docta, y eſpiritual á quien eſto comunicó ſu Alteza; y reconociendo la pureza de ſu ánimo, y quan lejos eſtaba de embarazarſe en tan ſantos medios, para conſeguir el fin, la dijo:

5 En una relacion, Señora, que hizo Santa Tereſa á ſu Confeſor, comunicandole algunas coſas particulares, dejó eſcrito entre ſus obras, que habiendo querido ſacar de ſu apoſento una pintura devota de muy buena mano, y traher otra de papel, por parecerle mas perfeccion, y pobreza, y leídolo aſsi en un libro; le dió á entender Chriſto N. Señor, que no era buena mortificacion, ¿pues qual era mejor la pobreza, ó la caridad? Y que aquello que deſpierta á amar, ſe ha de ſeguir, que el libro no decia que ſe eſcuſaſſe ſino las molduras, y coſas cutioſas; pero no la Imagen: que lo que el Demonio hacia con los Luteranos, era quitarles los medios para mas deſpertar, y aſsi iban perdídos: *Mis fieles, hija, han de hacer mas ahora que nunca, al contrario de lo que ellos hacen.* (e) Proſiguió eſta perſona: Con gran tiento, Señora, deben diſcurrir los eſpirituales, por delgados que ſean, en el punto de las Imagenes, para aconſejar que ſe eſcuſen con qualquier motivo que lo intenten; pues no ſolo no embarazan, ſino que ayudan mucho á ſeguir la perfeccion á que aſpiran de unirſe con Dios. ¿Qué impide al amor el que yo tenga Imagenes en quien ame, á quien amo? El tener conmigo memorias de aquello que adóro? A quien detiene el retrato, que no áme al original? Antes bien convida que le áme. ¿Qué madre echa de caſa la imagen de ſu hijo, porque la deſayuda en la voluntad, quando ſe lo eſtá poniendo delante en la memoria? Si las Imagenes nos embarazan en eſta perfecta union, apartemos del mundo las almas, y criaturas, que ſon Imagenes vivas de Dios. El poder de los Reyes, que eſtá repreſentando ſu Poder. La variedad de los caſos, que eſtá retratando ſu Providencia. La amenidad de las plantas,

(e) En los papeles originales que pone el Maeſt. F. Luis de Leon deſpues de la vida de la Santa, impreſa en Madrid año de 1661. pag. 113. y en el tom. 1. de las obras de la miſma Santa, impreſas aſsimiſmo en Madrid el año 1752. n. 3.

donde eſtamos mirando ſu Hermoſura. La diverſidad de las formas, y figuras, que hace admirable ſu Sabiduría. ¿Eſta Igleſia Militante, y temporal, no es imagen de la Triunfante, y Eterna? Si eſto no embaraza, antes ayuda á amar á Dios, ¿cómo pueden embarazar las figuras de ſu Hijo, y de ſu Humanidad Santiſsima? No ſe puede interponer entre mi alma, y entre Dios la Imagen, ſino la propiedad de la Imagen, y no de la Imagen, ſino del bulto, y de la mano, porque el amar yo á Dios en la Imagen, me tiene en Dios; el amarme á mi en la Imagen, me detiene en mí. Si yo quiero aquella figura por ſu valor, por ſu precio, ó por el guſto material que tengo en ella, aunque es lícito en la Ley de Dios, pero á los ojos de la perfeccion, y deſnudéz de eſpiritu, debe enmendarſe; porque á mi me ámo, y no á la Imagen, ó mas á mi que á ella; mas ſi ámo á la Imagen, porque ámo al original, como la buena caſada, que ſe alegra con vér el retrato, ó carta de ſu marido; ſigo el eſpiritu de los Santos, y los documentos de la Igleſia, y quando quiera Dios que dége la Imagen, la dejaré por él, pues por él la tengo. No es Señora deſnudéz de eſpiritu, deſnudar las paredes de lo que recuerda nueſtra devocion, y deſpierta nueſtro olvído, ſino deſnudar el corazon del afecto de las coſas terrenas, y de eſta voluntad propia, que como en un eſpejo, en todo quiere mirarſe. No tráto aqui, Señora, del ſanto cuidado que tienen las Religiones, y los que Dios lleva por eſſe camino, de eſcuſar que no llenen de quadros precioſos ſus celdas, porque eſto tiene diferente motivo, pues no prohiben la Imagen, ſino el adorno, ni la veneracion, ſino el precio, la propiedad, y comercio de darlas, y recibirlas. Y eſtos miſmos tienen en ſus Igleſias, como V. Alteza en eſſe Oratorio, lo que no quieren tener en ſus celdas. Solo digo, que no ſe ha de retraher á los Chriſtianos, por eſpirituales que ſean, de eſtos devotos ſentimientos de venerar, y tener las Imagenes: y que ſi el alma eſpiritual ſe conſuela con alguna Imagen, es bien dejarla con ella, que quando en aquello ſe mezcle alguna propiedad, Dios que es mas zeloſo de ſu amor que noſotros, y quiere mas tiernamente aquella alma, la irá deſnudando de eſte leve afecto, y entonces hará el Señor con blandura, lo que perſuadimos noſotros con peligro. Conviene venerar las memorias que nos llevan á Dios, y á ſus Santos. Eſtos dulces recuerdos de nueſtra tibieza, con tanta ſangre de Martires acreditados, por tran graves Concilios aprobados, con la miſma

de-

devocion, y egemplo de los Santos, eſcrito en la Igleſia. Y aſsi V. Alteza continúe ſus devotos afectos, porque conviene que tengan los fieles egemplares de tan debida veneracion, en que tanto muerden los Hereges de eſtos poſtreros ſiglos, deſpertando el error de los paſados. Con eſto quietó ſu Alteza ſu corazon, y ſiguió con mucho aprovechamiento ſus eſpirituales, y ſantos ſentimientos.

CAPITULO V.

DEVOCION DE SU ALTEZA A LAS LLAGAS de Chriſto nueſtro Señor.

EN la vida eſpiritual no ſe embarazan unos afectos á otros, quando todos como á ultimo fin ſe enderezan á Dios. Quien quiſiere bien al Niño Jeſus, morirá de dolor por Chriſto crucificado, pues la alma que llora de verle con frio en el peſebre, mejor llorará de verle clavado en la Cruz. De eſto fue egemplo al mundo mi Padre San Franciſco,(a) que habiendo ſido tan devoto del Santo Nacimiento, que ſegun refieren, fue el primero que introdujo en Italia el celebrarlo materialmente, poniendo ſu Imagen en la repreſentacion de eſte ſoberano Miſterio en peſebres, tanto que ſolia poner vivos la mula, y el buey, como lo eſtuvieron en el portal; fue el miſmo Santo tan devoto de Chriſto crucificado, que mereció el favor de imprimirle ſus llagas. Eſto ſucedió á la Infanta, que ſiendo muy devota del Niño Jeſus, no lo era menos del miſmo Señor en la Cruz; y aſsi ſe puſo en la Religion por ſobrenombre la Cruz, ſe abrazó con ella en la vida, y murió con ella en la muerte. Holgaba de meditar en la Paſion de Chriſto nueſtro Señor, y en aquel mar de ſangre divina, donde nadie que por él navega ſe pierde. Particularmente ſe aplicaba á beber de las fuentes del Salvador, y ſiempre andaba en eſta ſabroſa contemplacion de bautizar ſu alma con el agua del Coſtado. A eſta Santa Llaga ſe retiraba, y como paloma eſpiritual hacia en ella ſu nido. Fueron particulares los favores que recibió en eſta ſanta meditacion, las anſias de amar, los deſeos de padecer, la compaſion de las penas de Chriſto bien infinito, el dolor de nueſtros pecados, la gracia de lagrimas, y otros dones, que no pue-

(a) Vid. Ubad. tom. 2. pag. 73. ad an. Chriſt. 1223. & tom. 1. pag. 230. ad an. Chriſ. 1215.

pueden baſtantemente explicarſe. Con el cuidado que tenia de entender en eſta meditacion, ſe le ofreció á las manos el egercicio del Cruciforme del devoto Eſchio: abrazóle ſu corazon como coſa tan apropoſito de ſu intento, y egercitabalo de eſta manera.

2 Conſideraba á ſu alma en habito, y profeſion peregrina, y las cinco Llagas, y Corona de eſpinas, como á ſeis Hermitas, ó Santuarios en donde iba á buſcar á Dios, y pedirle virtudes. El Santuario, ó Hermita principal, era la Llaga del Coſtado, de alli ſalia à viſitar ſus hermitas en eſta forma. Partia ſu alma del Coſtado á las Llagas de los pies, y eſtaba en ellas algun rato en dulce meditacion, pidiendo afectuoſamente las quatro virtudes, que ſe hallan en eſtas dos piadoſas heridas: la Humildad, Obediencia, Paciencia, y Silencio. Hacia algunos actos de eſtas virtudes, y con profunda reverencia ſe deſpedia, y partia al Santuario de la Corona de eſpinas: en llegando á eſta doloroſa Hermita, repetia el miſmo egercicio, clavando aquellas eſpinas en ſu corazon, con tierno dolor de lo que Chriſto padeció con ellas. Pedia las virtudes que ſe conceden en eſte Santuario: la Sabiduria, el temor filial de Dios, la Diſcrecion, y ſanta Simplicidad. Hacia algunos actos de eſtas virtudes, y con eſto paſaba adelante en ſu eſpiritual romeria. Llegaba al brazo derecho, adoraba aquella ſanta Llaga, y en ella ſe entraba con la miſma conſideracion, pidiendo que le comunicaſſe el Señor las virtudes de aquel ſanto brazo: Juſticia, Miſericordia, Verdad, y Agradecimiento. Hacia reverencia, y deſpediaſſe; llegaba al brazo izquierdo, que era la quinta Hermita, pedia las virtudes que alli ſe conceden: Fortaleza, Caſtidad, Templanza, y Pobreza.

3 Deſde aqui yá rica de virtudes la devota peregrina, volvia á ſu caſa, y propia morada, à la Llaga del Coſtado, y las reverencias, y ſalutaciones que ſu alma hacia al entrar en ella, era de gran devocion, porque á la puerta pedia las virtudes, que pertenecen al Coſtado; la Fé, Eſperanza, Caridad, y Perſeverancia, y conſeguida licencia para entrar en aquella eſpiritual, y ſanta morada ſe quedaba en ella, negada á las coſas del mundo, y toda entregada á Dios. Eſte egercicio aſsi hacia quando hallaba ſu eſpiritu deſocupado, que muchas veces la detenia Dios en él, de manera, que no podia paſar facilmente de unos Santuarios á otros; y en aquel caſo obedecia con grande reſignacion á la Volun-

luntad Divina, deteniendoſe, y recibiendo lo que le comunicaba, y en dejandola libre, continuaba ſu romeria haſta acabarla. Preguntabala alguna vez ſu Confeſor, ¿cómo le vá á V. Alteza? en qué ſe ocupa? Reſpondia con mucha humildad: Por mis Hermitas ando, aunque tibiamente; pero contenta: ſi algo ſe hace, N. Señor lo hace todo, ¿que yo què puedo hacer ſiendo tan miſerable? Si eſtaba ſu Confeſor auſente, y la decia, que le eſcribieſſe cómo la iba en la oracion, ſolia eſcribirle: Encomiendeme á Dios el Padre Confeſor, para que cumpla bien con el egercicio de mis Hermitas, que aunque ruin no lo déjo, ni lo dejaré. Si por el camino que peregrinaba la Infanta, caminaſſemos todos en eſta vida mortal: qué cierto es que nos hallariamos con ſu Alteza en la Eterna.

CAPITULO VI.

DEVOCION QUE TENIA AL SANTISSIMO Sacramento, y de ſus comuniones eſpirituales.

Concurrieron en la Perſona de ſu Alteza muy particulares circunſtancias, para que fueſſe tan ſeñalada ſu devocion al Santiſsimo Sacramento, y las principales fueron ſu ſangre, ſu profeſion, y ſu inclinacion. Notoria es al mundo la devocion, que la Caſa de Auſtria, entre todas las de los Principes Chriſtianos, tiene á eſte ſanto Miſterio, deſde que Rodolfo, Conde de Aſpurg, dió el caballo al Sacerdote, que llevaba de un lugar á otro al Señor, y fue acompañandolo á pie haſta dejarlo en ſu Templo. Fineza liberalmente pagada de la mano de Dios en eſte Principe, y ſus ſuceſores, que le hizo Emperador, y les ha dado mas Provincias que tenia entonces vaſallos el Conde, con ſer Señor poderoſo en Alemánia. Y ſi quien tiene mas ſangre de la Caſa de Auſtria, vive con mas obligaciones de continuar eſta devota atencion; la Infanta, que por quantas lineas ſe pueden conſiderar, apenas tenia gota que no fueſſe de eſta Sereniſsima proſapia, en mayor empeño ſe hallaba. Por ſu profeſion tambien era obligada á eſte ſanto cuidado, pues ſobre ſer la Orden Serafica tan devota de eſte miſterio, ſe hallaba ſu Alteza hija de Santa Clara, Virgen valeroſa, que con eſte Señor en las manos defendió ſu Monaſterio,

rio, y Religioſas del furor de los Barbaros. Ni debió menos moſtrarſe fina en eſto por ſu Madre natural, que por ſu Madre eſpiritual, porque la devocion de la Emperatriz al Santiſsimo Sacramento de la Eucariſtía, fue muy celebrada en el mundo. Refieren, que habiendo ido á holgarſe los Archiduques ſus Hijos en Alemánia á un lugar cerca de la Corte, donde la mayor parte eran Hereges, ſe travó una pendencia con los Catolicos que iban acompañando el Santiſsimo Sacramento: levantóſe todo el pueblo contra ellos, y con armas, y piedras intentaron matar el Sacerdote, y atropellar el acompañamiento en oprobio de la Fé. Sacaron las eſpadas los Archiduques, y con grande valor, no ſolo defendieron al Señor, y al Sacerdote, ſino que hicieron volver las eſpadas á los Hereges, hiriendo, y laſtimando á muchos. Digeron á la Emperatriz, que ſe hallaba en Viena, que dieſſe gracias á Dios que no habian muerto á ſus Hijos, y reſpondió eſtas devotas palabras: Dieraſelas yo con grande alegria ſi me trageran nuevas de que los habian muerto defendiendo al Santiſsimo Sacramento; y dareſelas yo á ellos en llegando, de que hicieron lo que debian para defenderle. A todas eſtas obligaciones ſatisfizo ſu Alteza con grande cuidado.

2. Yá hemos referido en el libro primero, el favor que Dios la hizo quando la moſtró ſu Sangre ſobre el Caliz, y que tan ſeñalada merced manifieſta la devocion de ſu Alteza, pues raras veces hace el Señor tan ſingulares favores, ſino á quien ſe los procura ſervir. La profunda veneracion de eſta Señora fue notable en las poſtraciones de que usó toda la vida paſando por delante de la Cuſtodia, yá fueſſe en el Coro, en la Igleſia, ó en qualquiera otra parte, ſin reparar en la cenſura, y novedad que algunas veces cauſaba á quien no ſabía ſu ſanta coſtumbre. Paſſaba muchas en compañia de los Reyes, y como en ſus ultimos años ſe hallaba tan impedida, aſsi por ciega, como por ſu larga edad, era fuerza que ſe detuvieſſe al hacer las poſtraciones: decianla algunas Religioſas, que lo eſcuſaſſe, que aunque los Reyes aguardaban con mucho guſto, no era conveniente detenerlos. Reſpondia: Como es tolerable que me vea en la preſencia de eſte Divino Señor, ſin hacer toda la reverencia poſible de alma, y cuerpo: ſu Divina Mageſtad ſabe lo que yo deſeo hacer en eſto, yá por la reverencia que me cauſa, yá por el amor que en él reconozco; y que por ſu caridad, y por mi bien eſtá alli Sacramen-

ta-

tado: decidme, ¿cómo puedo yo irme á la mano teniendo tan presente esta verdad? Procuraba tener oracion delante del Santissimo Sacramento, porque aquella infalibilidad de estar alli Christo N. Señor, la ayudaba mucho á recogerle, y componer su interior. Es gran cosa, decia, para el alma estar tan cerca de Dios, que la humilla, y enamora. Y assi antes que estuviesse ciega ordinariamente assistia en el Coro, y despues se hacia llevar al Relicario, que cae muy cerca de la Custodia del Santissimo Sacramento, y alli estaba con su Divina Magestad la mayor parte del tiempo, sin salir sino solamente á los actos de comunidad.

3 Vivió siempre con espiritual ansia de recibir al Señor, y con secreta mortificacion la disimulaba, porque su profunda humildad, y el sentir bajamente de sì, nunca la dejaba con parte alguna de satisfaccion de que estuviesse bastantemente dispuesta, y por evitar la singularidad, se contenia, no queriendo la que era tan singular en la virtud, parecerlo en los egercicios: y assi aunque algunas veces le daba priesa el amor, y le venian ansias de recibir á su Esposo, disimulaba aquella sabrosa pena, y quando mucho, la daba à entender âl su Confesor con muy humildes palabras. Si querian dispensarle que fuera de la comunidad comulgasse algunas veces, decia: Padezcamos esta ansia, Padre, que no querria apartarme en cosa alguna de mi santa comunidad, pues lo que ella hace es lo mejor. Yo me quiero ajustar á esto, quanto me es posible, y mas en este santo Convento, en donde con tanta conformidad se acude á todo, que parece desigualdad digna de nota, comulgar unas sin otras. Pero como era tan grande la hambre espiritual con que vivia, solo menor que su humildad, entretèniala con las comuniones espirituales que hacia en todas las Misas, con Fè viva, y Caridad perfecta.

4 Hallaba grande aprovechamiento en este santo egercicio, y prendabase con él á la atencion, y suspension con que assistia en la Misa. Al tiempo que el Sacerdote llegaba á la fraccion, y division de la Hostia, estaba muy atenta al oírla partir, quando por su falta de vista no la podia vèr, y decia interiormente á su alma: Ea alma mia, yá parten el pan para todos, llega, y pide tu parte, pues que te la ofrecen por la Bondad del Señor. Quando llegaba el Sacerdote à consumir, se acercaba espiritualmente y comulgaba con tiernas, y devotas meditaciones. Preguntabale algunas veces, en què forma hacia esto? Y respondia: Yo, Pa-

dre, llégo á aquella Mesa Divina como pobre, á que me dén limosna, y digole á N. Señor: Esposo mio, bien sabeis mi necesidad, y que no puedo pasar sin Vos; vuestra Bondad me llama, mi indignidad me detiene, yo me acerco á Vos. Prepárome con esto lo mejor que puedo, y llégo á recibirle en Fé, y deseo vivo, de que entre en mi corazon á hacer su voluntad. De esta suerte entretenia su amor en las ansias de recibir á su Esposo Sacramentado, por no diferenciarse en el Convento de las demás Religiosas, aun en una cosa tan permitida, y tan santa.

CAPITULO VII.

COMO SE PREPARABA PARA COMULGAR Sacramentalmente.

PARA comulgar Sacramentalmente, era muy exacta la preparacion que hacia, porque á los egercicios de las Religiosas añadia algunos muy particulares, y devotos. El dia antes de la Comunion acostumbran á gastar mucho tiempo en oracion, y recogimiento, y á la noche en comunidad se hace la diciplina en acabando los Maytines: lo comun es quedarse en el Coro, ó en las Capillas las mas, aguardando despiertas al Esposo, como prudentes Virgenes. Despues de haberle recibido, se recogen al mismo Coro, en donde assisten casi todo el dia con singular fervor. Esto es lo ordinario, sin los egercicios particulares de cada Religiosa, que son de grande espiritu. A estos añadió su Alteza muchas mortificaciones, y devociones, como socorrer á los pobres, egercitarse en obras penosas, negandose á toda recreacion, oir Misas, en las quales comulgaba espiritualmente, porque referia, que se ensayaba con esto para la Comunion Sacramental. Es, decia, caldear el horno, y preparar el alma para cocer, y digerir este Pan de vida. Con esta disposicion llegaba á comulgar, con tan admirable devocion, y reverencia, que al mas indevoto, y tibio aprovechaba. Puedo assegurar, que los dias que yo la comulgaba, decia la Misa con mayor atencion, y devocion que otras veces. En el que su Alteza recibia al Señor, hacia tres limosnas, en memoria de las tres cosas que se hallan en la Hostia consagrada, el Cuerpo, el Alma, y la Divinidad de Christo nuestro Señor.

Ha-

Hacia tambien tres mortificaciones, en aquello que mas ſe oponia á ſu propia voluntad, y otras obras de piedad, como era eſcribir algunos papeles por preſos, y oprimidos, ó interceder con ſu Mageſtad en alguna cauſa pia, ó interponerſe con ſus Miniſtros para aliviar á algun afligido.

2 Como ſu alma enamorada eſtaba tan rendida á eſta devota paſion, no habia teſoro que le pareciеſſe baſtante, ni le faciaſſe, para procurar con él, que eſtuvieſſe con mayor decencia adornado el Santiſsimo Sacramento, y aſsi quanto le daba la Emperatriz ſu Madre, y deſpues le dieron los Emperadores ſus Hermanos, y los Reyes, todo lo aplicaba para ſu ſervicio, y veneracion. Preguntaba á ſus compañeras, en recibiendo alguna coſa de eſte genero, ¿en qué forma os parece que podrá ſervir eſto al Santiſsimo Sacramento? y platicaban en ello haſta hallar como ſe pudieſſe acomodar, y quando no podia conſeguirlo, lo trocaba á otra alhaja que pudieſſe ſervir al intento. El Emperador Matias ſu Hermano, y ſu Alteza fueron los que mas ſe quiſieron, y aſsi la enviaba el Ceſar muy precioſos regalos, y preſentes de devocion, Imagenes excelentes, y Relicarios de grande eſtimacion, y riqueza. En una ocaſion le envió una Imagen de Chriſto nueſtro Señor del Lignum-Crucis, guarnecido de hermoſos diamantes, y dos Aguilas, que le adornaban, de muy grande precio. Eſta reliquia trahia ſiempre el Emperador conſigo en ſus empreſas: envioſela diciendola: Que la remitia aquella joya, por ſer tal, y haberla trahido tantas veces en el pecho tan cerca del corazon.

3 Luego que ſe vió á la muerte el Emperador Matias, mandó que todo el adorno, y joyas de ſu Camara, ſe remitieſſen á la Infanta Margarita ſu Hermana; lo qual puſo en egecucion el Emperador Ferdinando, y entre las coſas que le remitió, fue una Cruz de diamantes de grande valor, y otras joyas de eſte genero, que ſervian de guarnicion, y adorno á las Reliquias. En recibiendo eſto, lo ofrecia al Señor, y dedicaba al ſervicio del Santiſsimo Sacramento. Dió en eſta ocaſion los Relicarios á la Sacriſtía, y de los diamantes, y otras joyas hizo un frontal, y gradas de plata, y ſobre ellas un trono de lo miſmo, ſobre el qual ſe ſuſtenta la Cuſtodia, obra de grande precio, y primor. En dandole aviſo de que en alguna Igleſia, ó Convento pobre eſtaba el Santiſsimo Sacramento con poca decencia, procuraba con mucha brevedad, que aquello ſe reparaſſe, y enviaba Relicarios de plata, en que

grande reſignacion. Trahia ſiempre el Roſario en las manos, y ni de dia, ni de noche ſe hallaba ſin eſte conſuelo, y quando hablaba á alguna perſona de afuera, lo eſcondia debajo del habito diciendo que no queria parecer hipocrita. Decianla algunas religioſas: ¿Señora, es poſible que ſiempre ha de tener V.A. Roſario en las manos? Y reſpondia: No ſabeis, que del la Cruz, ſon eſtas mis armas, y que con ellas me defiendo ofendo al enemigo comun, y al fin ſon prendas de mi Señora. L. traher el Roſario, dijo á ſu Confeſor, que era para no perder de ſu memoria en todo tiempo á la Virgen Maria, y eſtar ſiempre dandole ſu corazon; y aſsi le hizo N. Señora gracia de que murieſſe con el Roſario en la mano, en ſeñal de haber admitido aquel devoto deſeo. Si alguna noche deſpertaba, y no ſe hallaba con el Roſario, ſe deſaſoſegaba haſta que le hallaba, porque quando bien no rezaſſe, le era de grande conſuelo tenerlo en la mano.

4 Eſtando enferma, y ciega la ſucedió en eſte punto un caſo particular: deſpertó una noche, y ſiguiendo ſu coſtumbre quiſo rezar en ſu Roſario; ſintió que ſe lo habian quitado de la mano, puſo diligencia en buſcarlo, y como no lo hallaba, y eſtaba con aquel ſentimiento, llamó á ſu compañera, y la dijo con grande humildad, que la perdonaſſe por amor de Dios, que como era ciega no podia levantarſe, que la hacia ſaber, que el Roſario ſe le habia perdído, y que no podia ſoſegar ſin él. La compañera ſe levantó, encendió luz, buſcó el Roſario; mirando debajo de la cama, y en ella, y dentro de la pieza de ninguna manera pareció. Viendo que no tenia remedio, dijo ſu Alteza con el roſtro alegre: Pues no me tengo de turbar, mediante la gracia de Dios, ni por eſta tentacion tengo de dejar de rezar, hacerme placer de darme vueſtro Roſario. Eſto ha hecho el enemigo por inquietarme, y porque yo no réce, ni cumpla mi devocion; pues no ha de ſalir con lo uno, ni con lo otro, antes lo tengo de atormentar, rezando en eſta ocaſion mas que en otras. Conocióſe facilmente al otro dia haber ſido tentacion, y enrédo del enemigo; porque al hacer la cama pareció el Roſario en medio de los colchones, entre ellos, ſiendo coſa impoſible haberle pueſto alli perſona humana, porque la ſabana eſtaba prendida al rededor de los ſegundos colchones; y viendo que habia parecido, dijo muy alegre, y apacible: No es la primera burla que me hace

el

el enemigo, pero él queda burlado, porque no sale con lo que emprende. Nadie sabe lo que debo á mi Señora la Virgen Maria. Qué facil es con la gracia de Dios burlar á este enemigo, que por mucho que ostente su poder, si nosotros no le ayudamos, no puede morder, sino ladrar.

CAPITULO IX.

PROCURABA QUE TODOS FUESSEN devotos de N. Señora.

EL amor que tenia á la Virgen la hacia desear que todos adolecieſſen de esta amorosa, y santa pasion, y assi á quantos trataba con alguna familiaridad, les persuadia que le fuessen muy devotos. Quando hablaba á los pobres, preguntaba si tenian Rosarios, y si no los tenian, se los daba, rogandoles con mucha blandura, que lo rezassen todos los dias. Si entraban obreros, y oficiales en el Convento á hacer algun repáro, procuraba saber quantos eran, y hacia traher otros tantos Rosarios; mandabalos llamar, y por su misma mano se los daba, diciendo: Amigos, hacedme caridad de ser muy devotos de la Virgen, mirad que receis su Rosario, que para esso lo doy, con ellos quisiera daros el espiritu, y la devocion con que se debe rezar. Fueron inumerables los Rosarios que dió en diferentes partes del mundo, repartiendo con larga mano este espiritual socorro. La mano de que usaba principalmente, era de los Embajadores, y Predicadores que iban á las Provincias de Inglaterra, Escocia, é Irlanda, dandoles Rosarios que suplieſſen los que habia quitado el rigor de la persecucion; y estaba su Alteza con pena que viniessen con tal desconsuelo.

2. Como era tan entendida, y espiritual, compuso algunas alabanzas á la Virgen, en forma de Letanía de ciertas oraciones jaculatorias, con que todos los dias saludaba con grande reverencia á las Imagenes de nuestra Señora, que estaban en los claustros, y Capillas del Convento. Aplicaba á cada una particulares versos de la Iglesia; á la Virgen de la Concepcion: *Tota pulchra est Maria, & macula originalis non est in te.* A la de Guadalupe: *O quam suavis est in delitijs tuis Sancta Dei genitrix.* A la de los

Do-

Dolores: *Eja Mater fortis dilectionis.* A la del Milagro: *Eja ergo, advocata noſtra.* A la de la Encarnacion: *Ave Maria gratia plena.* En eſta forma iba ſaludando las demas con diferentes Himnos, verſos, y alabanzas, eſpecialmente hacia eſto con ſingular devocion el dia de la Natividad del Señor, en el qual tomaba por egercicio viſitar todas las Capillas, Altares, y quadros particulares de nueſtra Señora. Hallanſe dentro del Convento, habiendoſe contado á eſte propoſito, mas de trecientas Imagenes, y á cada una decia la parte de la Letanía, y oracion que le tocaba. Como crecieron tanto ſus enfermedades, y ſe hallaba yá ciega, venía á ſerle impoſible eſte egercicio, y en eſte caſo, la obediencia la ſeñalaba las que habia de viſitar, y ſintiendo que no pudieſſe llegar con ſu ſalud adonde llegaba ſu deſeo, hacia que le fueſſe diciendo una Religioſa las que le faltaban, y las iba ſaludando deſde el ultimo lugar donde la habia mandado parar ſu Prelada.

3 Las Viſperas, y Vigilias de nueſtra Señora, procuraba prevenirſe con eſpirituales egercicios, para recibir á la Virgen, no queria comer coſa que le fueſſe de guſto, ni admitia recreacion; huía de las criaturas, todo era hacer actos de amor de la Virgen. Encomendaba á alguna perſona de ſu confidencia, que dieſſe de comer aquel dia á cierto numero de mugeres pobres que ſeñalaba, y llamando á la muger de eſte confidente, la decia: Mirad que habeis de ſervir á las pobres con mucha caridad, y devocion en mi nombre, y encargoos mucho, que las regaleis, recibais, y tengais con grande llaneza, y agrado; y todo eſto habeis de hacer en reverencia de mi Señora la Virgen, y me habeis de dár cuenta de cómo ha ſucedido. Y eſtaba deſpues aguardando con grande alborozo á que viniеſſen á hacerla relacion de eſta fieſta, y banquete, y holgaba mucho que le tocaſſen todas ſus circuſtancias, ſi regalaron mucho á las pobres, ſi fueron contentas, de qué platicaron en la meſa, finalmente movia á devocion, vér la atencion con que oía eſtas coſas, y el gózo con que las preguntaba, y celebraba. Eſta fieſta de dár de comer á los pobres en el dia de la Virgen, dejó dotada para ſiempre, con los Breves que para ello tuvo de ſu Santidad.

4 El tiempo que vácaba el eſpiritu á la contemplacion, ó que no eſtaba preciſamente ocupada, lo empleaba en hablar con la Virgen; y aſsi era coſa notable lo que rezaba; porque decia

cia al año once mil veces el Pater noſter, y otras tantas el Ave Maria, á contemplacion de las once mil Virgenes, devocion antigua de eſta Real Caſa, y que las ſeñoras Religioſas rezan con puntualidad, aplicandolo á que Dios les dé buena muerte. A eſte miſmo intento rezaba tambien cada año treinta y tres veces la Paſion de nueſtro Señor, por todos los quatro Evangeliſtas, y el Salterio de Santa Getrudes, con todos ſus verſos, y circuſtancias, y todo lo ofrecia á la Virgen Maria, para que de ſu mano lo preſentaſſe á ſu Hijo bendito. Aprenda de eſte egemplo eſpiritual el que ſe halláre tentado de dejar las devociones de la Virgen, y de los Santos, con color de darſe con mas deſembarazo á la contemplacion; y entienda, que el eſpiritu univerſal de la Igleſia no lleva á las almas por eſſe camino, pues eſtan eſcritos en la antiguedad tantos egemplos de claros, y admirables Varones, que ſin embarazarſe con la contemplacion, rezaban cada dia, no una, ſino algunas veces todo el Salterio. Y las Religiones, Maeſtras de la perfeccion, generalmente curſan en el ſanto egercicio de cantar alabanzas á Dios. Lo contrario es ſingular eſpiritu, que aunque cabe en la variedad hermoſa de la Igleſia, es bien que ſe examine con cuidado.

CAPITULO X.

CASA ESPIRITUAL QUE FORMÒ à la Virgen nueſtra Señora.

FUE apacible, y guſtoſo el natural de ſu Alteza, porque la pureza del alma la tenia ſiempre de alegre ſemblante. De aqui le nacia maravilloſa ſazon para las recreaciones, gobernado ſu guſto de un entendimiento muy claro, de una condicion muy ſuave, y de un eſpiritu fervoroſo. Inventó algunas recreaciones de mucha edificacion, trasladando á la vida eſpiritual los divertimientos del ſiglo, que mejor le parecian. Eſto han hecho muchas veces los Santos, para engañar la naturaleza, y hacerla que ſiga mas guſtoſa á la gracia. En Palacio acoſtumbran las Damas en eſta Corte, y en la del Emperador, por la Paſcua de la Epifa-

nia, para dar recreacion á tan feſtivo tiempo, elegir por ſuerte una de ellas por Reyna. Ponenla caſa, ſeñalanſele oficios de Camarera mayor, Dueñas de Honor, Damas, Meninas, egercitando cada una el que le toca, con mucho guſto, y ſazon; con que hacen apacible el tiempo que dura eſte decente entretenimiento. A eſta imitacion introdujo ſu Alteza otra fieſta á la Virgen Maria el dia de ſu Santa Natividad, poniendole caſa, y renovando ſu culto, y veneracion. Elegiala por ſu Reyna, y repartia los oficios de eſte eſpiritual Palacio por ſuertes, para que egercitaſſen las Religioſas el que á cada una tocaba. Admitianlos con grande guſto, preciandoſe cada una de ſu oficio, ocupandoſe todo el año en tan devoto Miſterio. Los oficios ſon todos los que hay en la caſa de la Reyna, ajuſtados por la Infanta con grande eſpiritu al aprovechamiento del alma. No es bien paſar en ſilencio eſte ſanto entretenimiento, particularmente habiendoſe celebrado tanto en Eſpaña, y fuera de ella, y enviado muchas copias, ſeñaladamente á la Sereniſsima Infanta Doña Iſabél, teſoro de toda virtud, y eſpiritu, que lo pidió con inſtancia. Por eſto pongo aqui todos los oficios, de la manera que los formó ſu Alteza, pareciendome, que no ſolo no le ſerá proligidad, ſino liſonja, á quien leyere eſte libro. La Reyna á quien ſe pone eſte eſpiritual Palacio, como ſe ha dicho, es la Reyna de los Angeles Maria, y ſu Oficio yá ſe ſabe, que es dar gracia á las almas, esfuerzo á los cuerpos, conſuelo á los afligidos, amparo á los deſamparados, luz á los perdídos, perſeverancia à los buenos, ſocorro à los malos.

OFI-

OFICIOS ESPIRITUALES DE LA REYNA DEL CIELO, ſegun ſu Alteza los tenia eſcritos.

I. CAMARERA MAYOR DE N. S.

2 A La Camarera mayor de la Reyna, le pertenecen dos coſas. La primera, aſsiſtir ſiempre á ſu Mageſtad: la ſegunda, dar orden, y mandar todo lo que ſe ha de hacer en ſu ſervicio. De la miſma manera à quien le cabe eſta buena ſuerte de ſer Camarera en la caſa de nueſtra Señora, ha de procurar andar ſiempre delante de ſu glorioſa preſencia, y en la de ſu Hijo Santiſsimo, para que pueda decir con verdad: *Oculi mei ſemper ad Dominum.* (a) Lo ſegundo, ha de tener cuidado de que no haya falta en el ſervicio de la Reyna del Cielo, y lo que la Camarera mayor de los Palacios de las Reynas del mundo hace, gobernando, y mandando, haga la Camarera mayor de mi Señora; amoneſtando con ſu egemplo, y palabras, á quantas pudiere, para que ſean diligentes en ſervirla.

II. DUEñA DE HONOR.

3 LAS ſeñoras Dueñas de Honor tienen un ſolo oficio, que es aſsiſtir, y acompañar á la Reyna; no tienen los embarazos que otras en Palacio, y aſsi pueden vivir pacificamente. La que tuviere eſte oficio en caſa de la Reyna del Cielo, puede uſar muy bien de él, tomando el prudente conſejo del proverbio comun, que dice: *Si vis vivere in pace, audi, vide, & tace.* Procure no meterſe en porfias con las demas, ni en caſa alguna, que puede perturbarla. En todo dé bueno, y honeſto egemplo, guardeſe de palabras ocioſas, y de murmurar de nadie, que como mas deſembarazada tendrá mucho tiempo para poderlo hacer. Acuerdeſe, que no ha de haber palabra de la qual no dé cuenta al Hijo de la Reyna del Cielo; y ſi de eſto ſe acuerda, hablará poco, y obrará mucho en ſu ſervicio.

(a) Pſalm. 24. v. 15.

III. DAMAS.

4 LAS Damas de la Reyna tienen por oficio acompañarla, ſervirla, y obedecerla en todo lo que les manda. La que entre todas las Damas mas ſe ſeñala en ſer puntual en ſu ſervicio, debe merecer mas ſu favor. Aſsimiſmo, la que ſirve á la Reyna del Cielo en ſu caſa, debe con ſanta envidia, y eſpiritual emulacion ſeñalarſe entre todas en ſervirla, y merecer la corona de ſu gracia, que ſi con pura vida corriere, la alcanzará; *Sic curite, ut comprehendatis.* (b) Y aſsi no hay ſino con buen ánimo ſervir mucho á la Virgen Maria, merecerle ſu amparo, y hacer continuamente aquello que entienda que mas le ha de agradar.

IV. MENINAS.

5 LAS Meninas en caſa de los Reyes comienzan á ſervir de poca edad, para que alli ſe crien, y ſalgan buenas Damas, y en los principios ſuele conſiſtir el acierto de los medios, y los fines. Aſsi la que es Menina de nueſtra Señora, comience con buenos deſeos de ſervir á ſu Ama, viva con mucho cuidado de aprender las virtudes que viere egercitar á las otras, que con eſto irá adelantando cada dia en el ſervicio, y amor de la Madre de Dios. Aproveche bien el tiempo, no ande vanamente ociosa, ni divertida, ſus penſamientos, y palabras ſean ſiempre en coſas que toquen al ſervicio de ſu Señora, que con eſto ſerá buena Menina, y mejor Dama.

V. GUARDA MAYOR.

6 LA Señora Guarda mayor tiene por oficio en Palacio el zelar, y prevenir en el quarto de ſu Mageſtad los deſordenes que puede haber, deſvelandoſe en procurar que ſe proceda ſiempre con todo recato, y modeſtia. Pero la que fuere Guarda mayor de la Virgen Maria, á quien mas ha de guardar, es à ſí miſma, zelando ſus acciones, y averiguando ſus intenciones; de ſuerte, que no haya deſorden en ſus obras, ni palabras, y tenga con grande reverencia, y recato guardado el Palacio eſpiritual de ſu alma, para la Virgen, y Reyna ſu Señora.

(b) Ep. 1. ad Corint. 9. v. 24.

SE-

VI. SECRETARIA.

7 EL oficio de Secretária es de los muy allegados á los Reyes en Palacio, y de grande confianza; y asi no es bien que esté la casa de la Reyna del Cielo sin él. A quien huviere cabido esta suerte de ser Secretária de la Virgen, será bien que se disponga á servir este oficio con todas las circustancias que debe. Halo de servir con mucho secreto, y puntualidad, guardando en el alma con la llave del silencio, las mercedes que Dios la hiciere: *Secretum meum mihi.* (c) Ha de procurar hallarse muy desembarazada de las cosas de la tierra, y escribir en su corazon solamente las de Dios. Con esto, quando la llamáre la Reyna su Señora á comunicar sus secretos, no tendrá cosa que le dé pena, y la seguirá á la soledad interior: *Ducam eam in solitudinem, & loquar ad cor ejus.* (d) Por estos pasos se irá mejorando en las acciones, y perficionando en la contemplacion.

VII. AZAFATA.

8 EL oficio del Azafata es muy allegado á la Reyna, y de grande confianza; porque la sirve mucho, y guarda todas sus alhajas, y cosas de gusto. Tiene la Azafata mano para poder dar, y remediar necesidades. Quien sirviere á la Reyna del Cielo de Azafata, no pierda tiempo, sino sirva á su Ama con cuidado, y amor: esto es, que sea muy frequente en su devocion, y asistencia, y en hacer por su reverencia, y respeto todo quanto hiciere, y en procurar muchos devotos á la Virgen, y en acudir á las necesidades de los progimos en quanto pudiere; egercitandose en obras de caridad, y perfeccion, teniendo muy en la memoria estas palabras: *Dum tempus habemus, operemur bonum.* (e) Que esto es propiamente servir con puntualidad, y repartir bien las alhajas de la Reyna del Cielo.

VIII. GUARDA.

9 EL oficio de Guarda en Palacio es de mayor embarazo, que gusto, porque ni lo dá, ni lo recibe, con haver de andar siempre observando puntualidades, y reparando desordenes en el servicio de la Reyna; y como hay mucha diferencia de humores, y condiciones en los Palacios, nunca le falta que su-

(c) Isai. 24. v. 16. (d) Osee. 2. v. 14. (e) Ad Galat. 6. v. 10.

ſufrir, y diſimular á la Guarda. La que tuviere eſte oficio en la caſa de nueſtra Señora, procure con modeſtia, y verguenza atajar quanto viere que es contra el ſervicio de Dios, y de ſu Madre; y ſi fuere neceſario padecer, y ſufrir por ſu honra, hagalo con guſto, y acuerdeſe, que dijo el Señor: *Beati qui perſecutionem patiuntur propter juſtitiam, quoniam ipſorum eſt Regnum cœlorum*; (f) y breve perſecucion ſe puede padecer, por gozar de eterna recreacion.

IX. DE LA CAMARA.

110 LAS que ſon de la Cámara de la Reyna tienen por oficio ſervirla cerca de ſu Perſona, pero no en lo público, ſino en lo retirado; velanla tambien de noche, y cuidan de ſu Cámara, cada una procurando aventajar á las compañeras en ſervir á ſu Ama, de ſuerte que le merezca ſu gracia. Aſsimiſmo, la que tuviere eſte oficio en la caſa de la Virgen ha de procurar ſer muy puntual en ſervirla de dia, y de noche, pues eſte oficio, aunque es ocupado en obras de vida activa, tambien tiene muy buenos ratos de retiro, con que podia meditar en aquellas importantes palabras que dijo el Salvador á Santa Marta: *Unum eſt neceſſarium*: (g) Que entre tantas coſas como hay en la vida ſuperfluas, ſolo una es neceſaria, que es ſervir á Dios.

X. DEL RETRETE.

111 EL oficio de la del Retrete es humilde, pero no por eſſo deja de hablar algunas veces con la Reyna. La que tuviere eſte oficio en la caſa de nueſtra Señora, ſerá muy dichoſa ſi la imitáre en ſer humilde: *Quia reſpexit humilitatem ancillæ ſuæ.* (h) Si procuráre con veras eſta virtud, aunque ſea inferior á otras en el oficio, no lo ſerá en la perfeccion.

XI. CANTORA.

112 EN el Palacio de los Reyes hay Cantoras, para que los entretengan con muſica. Lo miſmo ha de haber en la caſa de la Madre de Dios, donde ſiempre ſe eſtán cantando las divinas alabanzas. Procure la que conſiguiere eſta buena ſuerte cantar con el corazon á la Virgen dulces afectos de amor: *Aſcenſiones in corde ſuo.* (i) Que eſtos ſon los mas regalados paſos del eſpi-

(f) Matth. 5. v. 10. (g) Luc. 10. v. 42. (h) Id. 1. v. 48. (i) Pſal. 83. v. 6.

piritu. Ha de eſtar atentiſsima en el Coro, dandole con el alma interiormente tantos loores, como le dá con los labios. Siempre eſté delante de la Virgen cantando aquella voz regalada que entonaron los Angeles, *Alleluya*; dandole la en hora buena á la Reyna ſu Señora, de tanta hermoſura, y gracia como Dios la dotó.

XII. CONSERVERA.

13 EL hacer las conſervas ſiempre ſe encomiendan en Palacio á perſonas de muy buen guſto, y habilidad. En la caſa de la Madre de Dios podrá regalar á la Madre, y al Hijo ſi procuráre conficionar una conſerva muy regalada de la preſencia de Dios, y le ha de dar el punto con verdadero, y afectuoſo deſeo de hacer ſiempre ſu voluntad por amor. Digale la Conſervera á nueſtra Señora mil dulzuras con ſu corazon, y á ſu Hijo bendito muy tiernos requiebros, y por lo menos tres veces al dia eſtas palabras: *Jeſu dulcis memoria, dans vera cordis gaudia, ſed ſuper mel, & omnia ejus dulcis præſentia.* (j)

XIII. LABRANDERA.

14 LAS Reynas ſuelen tener Labranderas en ſus caſas, porque tal vez guſtan de labores, y curioſidades de eſte genero. Tambien la Reyna del Cielo ha de tener Labrandera en ſu Palacio, la qual procure hacer muy linda labor de virtudes, como ſon Obediencia, Paz, Silencio, y acuerdeſe, que la Virgen quando ſe criaba en el Templo, no ſolo hacia labor material con que lo adornaba, ſino otra labor celeſtial de virtudes, con la qual enriquecia la Igleſia. De eſta manera la Labrandera de la Reyna de los Angeles no ha de ofrecer menos afectos á la Caridad, que puntos á la labor.

XIV. JARDINERA.

15 EN lo que ſe ha de ocupar la Jardinera, es, en cuidar mucho de preſentar á la Reyna flores muy oloroſas, y fruta muy ſazonada. Aſsimiſmo la Jardinera de la Reyna del Cielo ſe ha de ocupar en ſervir á ſu Mageſtad Santiſsima, con flores de buenos deſeos, y fruta de buenas obras. Cada dia le ha de preſentar un canaſtico, que es una renovacion fervoroſa de eger-

(j) Div. Bern. ub. ſupr. pag. 513.

egercicios, y ſantos propoſitos de caminar adelante en la perfeccion; de ſuerte, que el canaſtico ſea el corazon, y el adorno ha de ſer de eſtas flores, y frutos, que ſon los de mayor fragancia, y ſazon para la Reyna del Cielo.

XV. DESPENSERA.

116 EL oficio de Deſpenſera es de grande fidelidad, porque ha de comprar, y conſervar con cuidado la hacienda de ſu Ama. En la caſa de la Reyna del Cielo, la que tuviere eſte oficio, no tiene que comprar, porque yá Chriſto con ſu Sangre nos ha comprado los bienes eternos. En lo que ha de poner mucho cuidado, es en que por ſu culpa no ſe deſperdicie eſte ineſtimable precio, y pues tiene encomendado el talento de ſus potencias, facultades, y ſentidos, no lo eſconda en la tierra como el mal ſiervo, uſando de ellos vanamente en las coſas temporales, ſino grangee con ellos en las celeſtiales, y eternas, para oír las palabras del Señor: *Euge ſerve bone, & fidelis, quia in pauca fuiſti fidelis, ſupra multa te conſtituam, intra in gaudium Domini tui.* (k)

XVI. PANADERA.

117 LAS Panaderas tienen por oficio el ſuſtentar á ſus Amos de eſte neceſario alimento, y porque los mas ſuſtanciales bocados ſon de pan, la que fuere Panadera de la Reyna del Cielo, ha de advertir, que para ſer bueno el pan neceſita de dos coſas; que eſté bien amaſado, y ſea blanco. Lo primero ſe alcanza con la mortificacion, comiendo pan de dolor, y de lagrimas: *Et manducabo panem doloris.* Lo blanco ſe alcanza con la pureza de conciencia, que reſulta del amor divino, y el ajuſtarſe en obras, penſamientos, y palabras con la Voluntad de Dios, que es el pan de que mas guſta, que por eſſo dejó eſcrito: *Meus cibus eſt, facere voluntatem Patris mei.* (l)

XVII. ENANA.

118 EN los Palacios ſuelen tener las Reynas Enanas para entretenerſe con ellas. La que fuere Enana de la Madre de Dios, todo ſu cuidado ha de poner en entretenerla con eſpirituales ſentimientos de humildad; haſe de tener por Enana en la vir-

(k) Ex Matth. 25. v. 21. & 23. (l) Ex Joan. 4. v. 34

virtud, en comparacion de todas las criaturas ; pues quanto mas fuere humillada del propio conocimiento , tanto mas ſerá enſalzada de la gracia.

XVIII. LAVANDERA.

19 LAS Lavanderas han meneſter dos coſas: la primera muy buena agua para lavar , la ſegunda ſaber lavar muy bien: con eſto tendrá limpia la ropa á la Reyna. En la miſma forma la Lavandera de nueſtra Señora ha de procurar hallarſe con agua de lagrimas de ſus pecados , con que lavará ſus culpas. *Lavabo per ſingulas noctes lectum meum , lachrimis meis ſtratum meum rigabo.* (m) Deſpues de haber lavado con eſta agua de dolor, pida á Jeſus que le dé otro lavatorio con ſu Sangre Santiſsima. *Cujus pretioſo ſanguine redemiſti.* Eſto ultimo es ſaber lavar bien, valiendoſe de eſta Sangre puriſsima; y el llorar es tener buena agua, de manera , que lo primero es diſpoſicion , y lo ſegundo remedio.

XIX. COCINERA.

20 ES muy ocupado el oficio de Cocinera, y de grande trabajo , pero todo lo dá por bien empleado ſi acierta en ſus guiſados con el guſto de la Reyna. A quien huviere cabido eſta buena ſuerte , guiſe cada dia á nueſtra Señora tres platos muy ſabroſos , que ſon actos interiores , y exteriores de Fé, Eſperanza, y Caridad , diga con la Igleſia : *Da nobis Fidei , Spei , & Charitatis augmentum , & ut mereamur aſſequi quod promittis , fac nos amare quod præcipis.* (n)

XX. BARRENDERA.

21 EL oficio de Barrendera en los Palacios de las Reynas de la tierra es muy humilde ; pero en los de la del Cielo es grande eſtimacion : porque en la caſa de la Virgen el ſervir es reynar. *Servire Deo regnare eſt.* (o) La que tuviere eſte oficio , no ſolo ha de barrer exteriormente la Capilla de la Virgen, ſino que

(m) Pſalm. 6. v. 7. (n) Breviar. Rom. in orat. Dom. 13, poſt. Pentec.
(o) D. Ambr. tom. 5. lib. 6. Ep. 84. ad Demetriad. col. 1162. Par. 1586.

con interior eſcoba ha de ſacar las inmundicias del alma. *Scopebam ſpiritum meum.* (p) Y de eſta ſuerte conſeguirá que la Virgen la conſerve en la alta dignidad de eſte oficio. Eſta caſa formó ſu Alteza á la Reyna de los Angeles, y aunque el haberla acomodado tan eſpiritualmente eſtá manifeſtando con claridad el gran caudal de eſpiritu, y talento, con que Dios la habia enriquecido; lo explicaba mucho mas el fervor con que encaminaba que eſto ſe egecutaſſe en el Convento, diſponiendo, que con admirable conſonancia ſe fueſſen egercitando las altas virtudes de eſtos oficios, y miniſterios, para mayor ſervicio de la Virgen.

CAPITULO XI.

DEVOCION QUE TUVO A LA CONCEPCION Inmaculada, y lo que ayudò à ſu cauſa.

Eneró con gran devocion la Inmaculada Concepcion de la Virgen Maria, cuya declaracion ayudó con ſu autoridad, é inſtancias con ſingular fervor. Tocabale eſta empreſa, como la del Santiſsimo Sacramento, por ſu Sangre, por ſu Religion, y por ſu Perſona; pues la Caſa de Auſtria, y la Religion de San Franciſco mi Padre, y la ſanta devocion de ſu Alteza concurrian á eſte intento. En eſte Real Monaſterio, á la feſtividad de la Inmaculada Concepcion de la Virgen, hay fundada una fieſta célebre con ſu octava, á que aſsiſten los Reyes, por ſer fundacion de ſus Mageſtades, adonde tienen ſu Capilla, y Capellanes, y una Imagen de la Concepcion hermoſiſsima, con precioſo, y Real adorno. En eſtas ocaſiones ſe moſtraba ſumamente devota, y alegre, viendo con tantas alabanzas celebrar á la Virgen. Al gaſto de la fundacion, añadia con larga mano de las limoſnas que eſtaban á ſu orden, procurando que llegaſſe la ſolemnidad haſta donde ſe eſtiende el humano poder. Eſtaba muy advertida de que vinieſſen los mayores Predicadores de la Corte á decir alabanzas á la Virgen en eſte ſanto Miſterio, y tenia buena mano en eſcogerlos, porque elegia los que mas aprovecaban las almas.

En

(p) Pſalm. 76. v. 7.

2 En lo que trabajó mucho, fue en diligenciar el negocio de la Concepcion Inmaculada, interponiendoſe con los Pontifices, con los Reyes, con los Cardenales, con los Prelados de la Igleſia, y de ſu Religion, con los Legados de ſu Santidad, y Embajadores de Eſpaña, y con quantas perſonas pudieron ayudar al intento. Eſcribió á los Pontifices, y Cardenales muy apretadas cartas en eſta materia, pidiendoles humilde, y devotamente favoreciеſſen cauſa tan ſolicitada de la Chriſtiandad. Habló muchas veces con grande eficacia al Rey nueſtro Señor Felipe Tercero, y Quarto, ſuplicandoles que tuvieſſen por bien de ayudar con ſu autoridad, y mano á eſte ſanto deſeo. Halló facil correſpondencia en el Real ánimo, y ſanto zelo de eſtos eſclarecidos Monarcas, con cuyo calor, y autoridad ſe han conſeguido tan favorables decretos. Con ocaſion de los recuerdos de ſu Alteza, y el zelo, y piedad que viven en ſu corazon, dió el Rey nueſtro Señor muy apretados ordenes al Conde de Monte-Rey, para que hicieſſe vivas inſtancias á ſu Santidad, ſobre la declaracion de eſte punto, y conſiguióſe con ellas el decreto de Gregorio XV; por el qual manda, que no ſe pudieſſe defender en público la opinion contraria, ni predicar al pueblo, con otras clauſulas favorables. Su Santidad avisó luego de eſto á ſu Alteza como á principal Protectora de los que ſiguen eſta piadoſa opinion, con el Breve ſiguiente.

DILECTÆ IN CHRISTO Filiæ Nobili Mulieri, Sorori Margaritæ á Cruce, Sanctimoniali, Regis Catolici Amitæ.

GREGORIUS PP. XV.

3 *Dilecta in Chriſto filia, nobilis mulier, ſalutem, & Apoſtolicam benedictionem. Angelicis choris intereſſe, & Beatorum gaudia in terris antecapere videntur illæ animæ, quæ à mortalium rerum contagione ſecretæ, ſe ipſas Beatiſsimæ Virgini devoverunt. Ejuſmodi fœlicitatis compotem eſſe ſperamus Nobilitatem tuam, quæ in Religioſis Clauſtris deliteſcens, animo quotidie in cœleſtem patriam demigrare ſtudet. Cognovimus enim ex litteris tuis, & ex ſermone dilecti filii nobilis viri, Comitis Montis-Regij, quanto ſtudio Deiparæ laudibus inſervias. Ita enim ſcribis, ut tibi gloriæ principatum adipiſci videreris, ſi diſſentientes Theologorum, Populorumque diſputationes in unam aliquando Puriſsimæ Concepcionis ſententiam convenirent. Verùm cum ipſi Beatiſsimæ Mariæ obedientia gratior ſit, quam ſacrificium ij tum demum eam piè, ac ſapienter colunt, qui Apoſtolicæ authoritatis legibus ſe ipſos, ſuaſque opinationes ſubijciunt. Spiritus Sanctus accuratiſsimis precibus exoratus, nondum tanti myſterii arcanum Eccleſiæ ſuæ patefacit. Nos autem non niſi eo præeunte, æternitatis volumen in Chriſtianæ ſapientiæ Cathedra legere debemus. Quare in tan gravi deliberatione á Pontificum Maximorum, qui Nos anteceſſerunt, ſententia recedendum non eſſe hoc tempore arbitramur. Obviam quidem eundem cenſemus pervicaci quidam ingeniorum licentiæ, aſsiduiſque Theologorum alterationibus, ne diſcordiarum pater, ſimulatione pietatis animas decipiens, in nimiis iſtis diſputationibus aliquando*

trium-

triumphet. Pontificio decreto ejuſmodi periculum propellimus: ex eo cognoſcet Majeſtas tua, quàm propenſa tibi voluntate gratificemur. Te enim paterna charitate proſequimur, quæ è regnatrice domo in ſacrum iſtum ſodalitium Chriſtianarum virtutum exempla tranſtuliſti, ut Religioſas Virgines Nobilitatis tuæ imitatione ad currendas Divinorum mandatorum ſemitas acrius incitares; iis omnibus, tibique cœleſtium conſolationum ubertatem precamur, atque Apoſtolicam benedictionem per amanter impartimur. Datum Romæ, apud Sanctam Mariam Majorem, ſub Annulo Piſcatoris, die iv. Junii, M.DC.XXII. Pontificatus noſtri anno ſecundo.

Joannes Ciampolus.

Que traducido al ſentido, dice aſsi:

AMADA EN CHRISTO, HIJA, y Noble Señora, ſalud, y Apoſtolica bendicion.

GREGORIO PAPA XV.

4 ENtre los Coros de los Angeles, gozando de la bienaventuranza, parece que ſe hallan yà aquellas almas, que apartadas del contagio de las coſas temporales, aſpiran á las eternas, habiendoſe dedicado á la Virgen Maria. En eſta felicidad conſideramos á V. Nobleza, pues en los Clauſtros de la Religion eſcondida, ſolo anhela, y ſuſpira por la Patria del Cielo. Hemos reconocido en las cartas, que V. Nobleza nos ha eſcrito, y lo que de vueſtra parte nos ha dicho al amado hijo Noble Conde de Monte-Rey, con quanta devocion vueſtro eſpiritu ſe ocupa en las alabanzas de la Madre de Dios. Verdaderamente con tanto fervor nos eſcribe V. Nobleza, que ſi el punto de la Puriſsima Concepcion determinaſſemos, tendria la gloria principal de eſta victoria,

en-

entre todas las Perſonas, y Naciones del mundo, que ſolicitan ſu cauſa. Pero porque á la Virgen Maria le contenta mas la obediencia, que no el ſacrificio, aquellas almas piadoſa, y ſabiamente la veneran, que rinden ſu deſeo, y opinion á los decretos de la Autoridad, y Silla Apoſtolica. El Eſpiritu Santo con oraciones fervoroſas invocado, no ha tenido por bien haſta ahora de declarar á ſu Igleſia el ſecreto de eſte ſanto Miſterio. Y noſotros, ſi él no nos inſpira, no podemos declarar el libro de la Eternidad, en la Catedra de la Chriſtiana Sabiduria en que hoy preſidimos. Por eſſo hemos juzgado, que en tan grave reſolucion no conviene por ahora apartarnos del camino que ſiguieron en eſta cauſa los Pontifices nueſtros predeceſores; pero bien nos ha parecido conveniente ir á la mano á algunos ingenios libres, que con alteraciones licencioſas, dán ocaſion al padre de las diſcordias, para que por la piedad y zelo indiſcreto, triunfe de las almas Chriſtianas. Con nueſtro decreto Pontificio hemos eſcuſado eſtos peligros, por él podrá vér V. Nobleza, con quan propenſo amor le eſtamos reconocidos; pues à V. Perſona paternalmente debemos abrazar, por haber con ſanto egemplar dejado ſu Real Familia, y linage, eſcogido por la Divina Providencia, para el gobierno de inumerables Reynos. Ha transferido V. Nobleza las perfecciones de ſus paſados, à la eſpiritual empreſa de ſervir á Dios en la clauſura, iluſtrando à eſſas ſagradas Virgenes con ſu compañia, y ofreciendoles motivos de ſeguir con mayor fervor las veredas de la perfeccion con ſu egemplo. Por eſto deſeamos, que la mano del Señor liberalmente llene vueſtro corazon de conſolaciones celeſtiales, y Noſotros en ſu nombre, deſde eſta Silla, Apoſtolica bendicion le concedemos. Dada en Roma en Santa Maria la Mayor, debajo del Anillo del Peſcador, à quatro de Junio de mil y ſeiſcientos y veinte y dos. De Nueſtro Pontificado año ſegundo.

Juan Ciampolo.

5 Todo eſte Breve es digno de grande ponderacion, en orden á la eſtimacion, que eſte gran Pontifice hacia de ſu Alteza. Pero quanto á lo que pesó ſu autoridad, para inclinarle á dár tan favorable decreto en el punto de la Inmaculada Concepcion, debe conſiderarſe, que deſpues de haber dicho la determinacion que ſu Santidad habia tomado, añade, que por eſta determinacion conoceria ſu Alteza lo que la eſtimaba el Pontifice, dando claramente á entender, que peſaba tanto en el juicio del Padre Univerſal de la Chriſtiandad, el aſsiſtir à eſta cauſa la Infanta, por el gran credito de ſu virtud, que habia ſido eſſo mucha parte para favorecer la que ſu Alteza defendia.

6 No ſe contentó con haber llegado con ſu diligencia á tan favorables declaraciones en la opinion piadoſa, antes bien, ſin dejar de la mano eſtas inſtancias, con grande fervor daba calor, y autoridad á eſta cauſa. Y eſtos ultimos dias, habiendo entendido, que el Padre F. Juan Bautiſta Campaña, Secretario General de la Orden de nueſtro Padre San Franciſco, por ſu gran ſabiduria, talento, y eſpiritu, era ſingularmente devoto de la Inmaculada Concepcion de la Virgen, hallandoſe en eſta Corte, lo llamó, y le dijo, que ſe holgaria mucho, que pues era tan devoto, y Dios le habia dado tanta ſabiduria, la empleaſſe en la defenſa de eſta ſanta opinion, y eſcribieſſe en ſu favor una alegacion, perſuadiendo, y ſuplicando á ſu Santidad, que tuvieſſe por bien de difinir eſte punto. Obedeció eſcribiendo un erudito, y elegante tratado, de que quedó muy agradecida, y reconocida, haciendole por eſta cauſa deſpues muy particulares favores. Y eſte año paſado de 1633. habiendole elegido toda la Orden por ſu General, luego que fue á viſitar á ſu Alteza le dijo eſtas palabras: En buena ocaſion ha pueſto Dios á vueſtra Paternidad, que aſsi llamaba à los Generales por ſer ſus Prelados, para poder ayudar al intento que ſiempre hemos tenido de que ſu Santidad dé glorioſo fin al negocio de la Concepcion. Ahora lo hemos de ayudar con mucha fuerza, ſepa vueſtra Paternidad, qué camino ſe puede tomar, para que ſe haga mucho en eſto. Platicaron un rato en ello, y ſu Alteza quedó encargada de interceder con el Rey, como lo hizo, para hacer al Padre General Comiſario de ſu Mageſtad, para que con ſu autoridad ſolicitaſſe en Roma eſte negocio. Aſsi lo hizo ſu Mageſtad por la interceſion de ſu Tia, dandole cartas muy apretadas, y favorables, para ſu Santidad, y los

Se-

Señores Cardenales, diciendo como para ſolicitar eſte punto, lo habia nombrado por ſu Comiſario. Y hoy lo eſtá ſolicitando en Roma, no ſin eſperanzas de que Dios tendrá por bien de inſpirar á ſu Santidad la declaracion de eſte punto. Como todos conocian las demoſtraciones con que favorecia eſta Señora la opinion de la Concepcion Inmaculada, de quantas fieſtas celebres ſe hicieron en Eſpaña, le daban aviſos los Reynos, las Naciones, las Igleſias, y los oía con grande alborozo, reſpondiendo muy favorable, y benignamente á todos, animandolos á que fueſſen muy devotos de nueſtra Señora.

CAPITULO XII.

FUE MUY DEVOTA DEL ANGEL de ſu Guarda.

Olo el Angel de Guarda es verdadero amigo en eſta vida; porque no hay interés en ſu amiſtad, ni embarazo en ſu compañia, ni recelo en ſus conſejos, ni engaño en ſus aviſos; es amigo util para la vida, y mejor para la muerte, ſolo ſus finezas en eſte mundo aprovechan, y en el otro duran. Fue devotiſsima de ſu Angel, y hacia de él ſiempre muy agradecidas memorias. Deſde muy niña tuvo coſtumbre de comunicarle ſus penas, y conſultar ſus dudas, y aſsi fueron tan acertadas ſus reſoluciones. En lo que principalmente le preguntaba, era en el egercicio de las virtudes, diciendole con mucho amor: ¿Angel mio, agrádo á Dios en egercitarme en eſto? Diſponed Vos mi voluntad, y ofreced mis obras. Paſaronle en eſte punto caſos muy particulares, que la ſuma humildad de ſu Alteza ſelló con ſilencio. En una ocaſion, quando eſtaba ciega, hallandoſe retirada en el Relicario, creyendo que eſtaba ſola, ſintió la preſencia de ſu Angel, y con enamorado afecto comenzó à decirle, pareciendo que le reſpondia: Ea Angel mio, hagamos lo que aconſejais, amemos à Dios: ¿cómo no le ámo, pues es tan digno de ſer amado, y no hay amor que pague à ſu amor?

2 Reconoció una de las Religioſas, que eſtaba dentro del Relicario, que ſu Alteza hablaba con ſu Angel de Guarda; y volvió los ojos á verla, con tan notable veneracion, y reſpeto, y cauſan-

ſando tan devota novedad á ſu alma, que deſde aquel dia miraba á ſu Alteza, como á quien Dios hacia favores tan particulares. Eſtaba otra vez ſola, y entrando una de las Religioſas, la halló en alto grado de oracion ſuſpenſa, y luego comenzó ſu Alteza á decirla: Amiga ſi huvierades viſto mi Angel que lindo es, no os lo ſabré yo decir. Eſto decia riſueña, y enternecida, y al parecer ſin hacer reflexion en lo que hablaba, deſpidiendo las palabras con la fuerza interior del eſpiritu. Preguntandola la Religioſa: digame V. Alteza, Señora, ¿cómo es ſu Angel? Reſpondió: Es de roſtro hermoſo, las facciones admirables, el cabello rubio, y las puntas creſpas, y todo él con gracioſos lazos, pendientes ſobre las eſpaldas. A eſto replicó la Religioſa: Señora, ſegun eſſo, V. Alteza lo ha viſto, no tiene para que negarlo. Reſpondió con gran turbacion, y como quien repara en lo que habia obligado á decir la verdad del ſuceſo, cuidando de encubrirlo: Ay amiga, no hagais caſo de lo que os digo, que ſerán imaginaciones mias, creed, que ſoy una pecadora, y aſsi no merezco tales favores; por vueſtra vida que ni lo creais, ni lo digais, quedando ſu Alteza con grande verguenza de haberle manifeſtado. Eſtaba tan enamorada de ſu Angel de Guarda, que le oía decir muchas veces la Religioſa que la aſsiſtia, quando eſtaba en oracion: Angel mio, qué lindo ſois, quedandoſe luego en quietud, y ſilencio, volviendo deſpues á prorrumpir con las miſmas palabras. En todas las horas, y ocaſiones ſiempre interiormente ſe hallaba recogida, y con amoroſo afecto en preſencia de ſu Angel de Guarda, de quien fiaba todos ſus recuerdos, y devociones. En ſiendo obra de caridad, le pedia, que ſe la acordaſſe, ſi habia de madrugar á la oracion, ó Maytines, que la deſpertaſſe, ſi habia de ir de una parte á otra, le rogaba, que la encaminaſſe, y á las Religioſas las exhortaba mucho á eſta devocion, ponderando lo que debemos á ſu cuidado, lo que nos defiende ſu poder, y alumbra ſu luz.

CAPITULO XIII.

NATURAL ADMIRABLE DE SU ALTEZA para la contemplacion, y como la fue Dios introduciendo en ella.

NO destruye Dios la naturaleza con la gracia, sino que la perficiona; porque como tan grande Maestro de espiritu, y Autor de la Sabiduria, encamina admirablemente los medios á los fines, ordenando los fines con los medios. Al que naturalmente es colerico, le dá el espiritu de Elías, el de Geremias al triste. San Pablo Anacoreta de natural retirado, hace de una cueva la primera hermita, San Agustin, y San Geronimo de grande entendimiento y caudal, enmedio de la Iglesia la defienden, y aun en este mismo camino cada uno sigue su senda. San Agustin es amoroso, San Geronimo severo, San Agustin tiene los dictamenes suaves, San Geronimo rígidos; el uno en las controversias muestra el amor con la clemencia, el otro el zelo con la justicia. De esta suerte se goza Dios en sus criaturas con todos sus atributos.

2 Era su Alteza de suavisima condicion, el ingenio *claro*, la memoria firme, y la voluntad amorosa; estas partes hacian un compuesto admirable para seguir la perfeccion, porque la claridad del entendimiento, recibia lindamente las luces que le enviaba el Señor, para conocer la vanidad de lo temporal, y la sustancia de lo eterno. La memoria conserva los debidos recuerdos de las misericordias de Dios, y de los escarmientos de la vida, y voluntad se hallaba libre, desasida, é inclinada al Criador. Y assi desde que Dios le fue dando con las luces naturales, los sobrenaturales conocimientos en su niñez, fue entregandose á la suma verdad de las cosas, y con aplicacion tan entrañable, á lo espiritual, y eterno, al amor divino, y á la contemplacion de aquello que no se vé, á la aversion de estos naturales engaños, y miserias, que fue haciendo otra interior naturaleza, y criandose un alma desengañada, en un cuerpo falible; un hombre perfecto, en un sujeto flaco; una joya admirable, en un engaste corruptible.

De-

3 De ſu oracion vocal hemos hablado haſta aqui, y en ella ſe eſtá manifeſtando la mental, porque no pronunciaban los labios las alabanzas, ſin que el corazon las eſtuvieſſe ofreciendo. Antes bien todas aquellas devociones exteriores eran efectos de los afectos interiores; porque ſin duda me aparto de los que con exceſo quieren hacer tan eſpirituales las almas, que con ocaſion de que vivan en Fé, les niegan eſtas devociones ſantas, viſibles documentos del eſpiritu univerſal de la Igleſia, Madre de toda la perfeccion, y acierto. Enſeñan eſtos, que por la contemplacion, es perfeccion dejar de cantar, el rezar, y decir á Dios las alabanzas que tuvieron los Santos por tan gran perfeccion. Quitan con eſto tan nobles recuerdos de lo eterno, y quando dán á ſu parecer deſahogo al eſpiritu, no es ſino deſcanſo, y alivio de la naturaleza, que como ſiente el peſo del rezo, deſea alviarſe de aquella penoſa fatiga; y aſsi, ni por la oracion ſe han de dejar las devociones, pues condueen á ella, ni por ſeguir las devociones dejar la contemplacion, que es donde ſe cobran fuerzas, para ſeguirlas con perſeverancia. Una de las mercedes que debió á Dios ſu Alteza fue el ir tan cubierta por ſu eſpiritual camino, con el ſoberano manto de la ſanta humildad, porque quando la tenia en la cumbre de la perfeccion, con lo que otras almas tuvieran que luchar contra eſta naturaleza, (que de todo quiere hacer cimientos á ſu perdicion) eſtaba ſu Alteza tan humilde, que era neceſario alentarla, para que manifeſtaſſe las obras de Dios.

4 Solia decir con muy buena gracia: Dios me lleva en el camino del alma muy à lo Chriſtiano viejo, llanamente, ſin aquellas ſendas altas por donde caminan otras almas. Y aſsi referia con grande embarazo lo que le paſaba con Dios, manifeſtandolo mas con ſus obras, que con ſus palabras; ſu ordinaria fraſſe era: Mi ſecreto para mí: diciendo, que la Eſpoſa ha de guardar con ſecreto los favores del Eſpoſo. De eſta ſuerte iba cubierta ſu Alteza ſeguramente por el camino interior, haciendo inviſible ſenda, negada á la vanidad, entregada á la verdad del eſpiritu. Concedióle Dios tambien otro favor muy particular, que le fue muy util á los principios, y era darle lo intimo, y puro de la oracion, aquello eſpiritual inviſible, ſin los accidentes de eſto viſible, y exterior. Dabale los deſengaños con la humildad, el dolor ſin lagrimas, la ternura ſin los ſuſpiros, el amor ſin los

ſentimientos. Con eſto en ſus principios, y quando menor fuer za tenia para ſuſtentar el peſo de los favores Divinos, pasó con grande ſeguridad, haſta que con la eſpiritual coſtumbre, y con ir labrando, y fortaleciendo aquella alma la Caridad Divina la introdujo al Señor en tan alto eſtado de perfeccion, que le dejó correr las velas al eſpiritu, y que obraſſe con ſanta liberalidad.

CAPITULO XIV.

LO QUE PADECIÓ EN LOS PRINCIPIOS en la oracion, y admirable pràctica con que ſe ayudaba.

NO dejó de padecer grandes tribulaciones en ſus principios, para ſeguir el trato interior con Dios, porque de eſtas no eſcuſa á las almas mas favorecidas. Decia con mucha humildad á ſu Confeſor: Sabe Dios lo que yo padecí para perſeverar en la oracion, las ſequedades, y deſamparos, y los devanéos de mi penſamiento, que andaba tan deſatinado, que no habia reducirlo á razon. Muchas veces el enemigo intentaba perſuadirme que la dejaſſe, y que era impoſible que pudieſſe continuar tan grande trabajo. Yo en medio de la tribulacion hallabame muy confortada, y trahiame el Señor aquellas palabras á la memoria: *Regnum cœlorum vim patitur, & violenti rapiunt illud.* (a) Y aſsi le decia á Dios: Señor, la fuerza la habeis de dar Vos á mi voluntad, y yo mi voluntad á Vos, para que le deis las fuerzas. Algunas veces ſe me repreſentaba dentro de mi una guerra tan grande entre mis ſentidos, y mi alma, ellos ſobre que no les obligaſſe á vivir en eſte egercicio, y ella ſobre que habian de obedecer, ſervir, y callar, que tenia bien que padecer en eſte conflito. Tal vez, ſin dejar la oracion, mudaba el egercicio, y me valia de oraciones vocales, y jaculatorias, otras viendome rendida, y que no habia remedio de ajuſtar la atencion con el deſeo, me volvia á Dios, y como quien ſe arroja á ſus pies, le decia llorando: Señor, para quien ſoy yo, baſtame eſtar aqui en vueſtra preſencia padeciendo; harto es que eſto me permitais, ſiendo tan ruin.

De

(a) Matth. 11. v. 12.

De eſta ſuerte vencia con la perſeverancia, y hallaba la atencion con la paciencia. Valióſe en eſtos primeros tiempos mucho de la mortificacion para la oracion; porque decia, que le enſeñaban, que la oracion, y la mortificacion ſon Marta, y Maria, y que para orar con Maria es meneſter trabajar con Marta. Y á eſte propoſito decia: A los principios trabajamos para orar, deſpues oramos para trabajar. A los principios la mortificacion nos lleva á la oracion, deſpues la oracion nos lleva á la mortificacion; de ſuerte, que á los principios porque me mortifico, ámo; deſpues porque ámo, me mortifico.

2 Entró ſu Alteza al Palacio de la contemplacion por la puerta ſegura de la meditacion, y ſiempre comenzaba ſu ſanto egercicio deſde el propio conocimiento, con ſentidos afectos de penitencia, aſcendiendo de alli à lo que debia á quien con ſu Sangre le habia hecho meritorios aquellos deſeos. Y en la Humanidad ſantiſsima ſe enternecia con lo amoroſo, y ſe condolia con lo laſtimoſo, uſando de aquellos ſagrados miſterios para el provecho interior, é imitacion exterior, imprimiendo en ſu alma con la meditacion el deſeo de amar, ſervir, y agradar á aquel Señor que vino al mundo para Maeſtro, y guia de las almas. De la Humanidad ſantiſsima le paſaba el Eſpoſo muchas veces á los Alcazares inefables de la Divinidad, y con la grandeza de ſus atributos, con la compañia de los bienaventurados, ſe hallaba como en pielago de miſericordias negada, volviendo deſpues á eſte caduco, y miſerable deſtierro, con tan claras luces de lo eterno, que decia: Cierto que deſpues de haber eſtado entre aquellos glorioſos eſpiritus en la contemplacion de las grandezas de Dios; que es de mayor merito conformarſe en eſta vida con vivir; porque quando la miramos con engaño, puede ſer tolerable, pero quando la miramos como engaño, viene á ſer inſufrible.

54
sent
za t
gr
ir l
int
cc

[illegible]

amoroſamente á nueſtro Señor, diciendo: ¿Es poſible Bien mio, que no baſta el buſcaros para hallaros? y que en el camino nos entretenemos, y detenemos? Y aſsi me decia muchas veces: Padre Confeſor á mi me dà grande contento el ſilencio de la noche, y aquella religioſa, y ſanta quietud; alli halla deſcanſo mi alma, porque ſin criatura que la embarace, goza del Criador á quien ama. Eſtas coſas me referia, confundiendome con ſu humildad; porque deſpues de haber hablado altiſsimamente de la contemplacion, decia: Padre Confeſor, míre como no lo entiendo, no me explico; el Padre Confeſor lo entiende: ¿digame de veras ſi voy bien por eſte camino? Reſpondiale, que proſiguieſſe, y caminaſſe en paz: y decia ſu Alteza: ¿Padre Confeſor, dicelo por conſolarme? Advierta, que mas me conſolaré con la verdad, aunque ſea contra mi.

CAPITULO XVI.

DEVOTOS SENTIMIENTOS DE SU ALTEZA en la oracion.

AUnque las virtudes, y perfecciones dependen de la Divina gracia, y como el todo ſe deſtribuye en las partes, ſe reparte el Señor en las almas; pero la oracion, que es propiamente la Audiencia de Dios, como accion mas dirigida á ſu preſencia, es de lo mas reſervado. De aqui reſulta ſer eſte camino tan admirable, y que tantas veces paſa los terminos del humano diſcurſo, en que tantos hombres ignorantes ſe han aprovechado, y tan graves Maeſtros ſe han perdído; pero aunque por eſta cauſa el aprovechamiento de la oracion no ſe puede comprehender con reglas infalibles, pues vemos en breve tiempo crecer cedros, que parece tocan al Cielo, deſde el monte de la perfeccion, y otros arboles de admitable altura, caer con miſerable ruina; pero no hay duda, que muchos años de Religion, y oracion acaudalan grandes talentos, y gracias. Porque mayor merito, mayor corona grangea; y mas largos ſervicios, mayores meritos cauſan. Su Alteza con mas de cinquenta años de oracion continua, y fervoroſa, de egercicio de perfectas virtudes, de aprecio de lo eterno, y deſprecio de lo corruptible; ¿quien puede dudar que habia de ſubir á gran perfeccion?

Eſ-

2 Esto se conoce facilmente en la relacion que hacia del camino por donde Dios la llevaba; porque diciendole yo: ¿Cómo le vá á V. Alteza, Señora? Me solia responder: Confundida me hállo, mas que aprovechada Padre Confesor, de vér tantas mercedes como Dios pone en este vaso fragil de miserias. Veome tan reprehendida con las misericordias de Dios, que viene á ser Cruz la suavidad de su trato, y pena su gózo. Examinabala mas en el punto de la oracion, y deciame: Cierto Padre Confesor, que yo no sé explicar lo que pasa por mí, porque me veo algunas veces en tan gran suspension, que ni mi entendimiento discurre, ni mi memoria se acuerda, solo sé que mi voluntad en medio de su amor descansa, y goza de una suavidad tan grande, y tan interior, tan dulce, y sabrosa, que me parece se experimenta la paz de San Pablo, que dice, *que excede á todo sentido*; (a) y es cosa notable, que en medio de este gozo me nace un deseo de negarme á él, y con ansias tan vivas de parecer imposible, que quien tanto se alegra con Dios gozando, pueda desear vivir padeciendo. Nacenme tambien de esta oracion ardentisimos deseos de aprovechar á los progimos, y que todos amen mucho á Dios, y grande alegria de que haya almas que le adoren por mí, y de todas me valgo, y con todas parto mi amor. De esta suerte manifestaba en sus palabras su aprovechamiento; porque nadie puede hablar tan sentidamente, sin que preceda al efecto la causa.

3 Una de las admirables, y mas utiles partes de la oracion que resplandeció en su Alteza, fue la desnudéz que tenia en el trato con Dios, sirviendole con toda fineza, y verdad, sin mezcla de interés, solo à su mayor honra, y gloria. Quando sentia que el Señor la queria hacer algun favor, le decia: Señor, no aqui, que son las horas breves, y las penas debidas, bastame por premio el serviros, y por gloria el amaros; todo lo gustoso para Vos, lo desabrido, y amargo para mí; la gloria, y la honra para Vos, el trabajo, y la pena para mí. Como su Sangre, y la condicion era tan generosa, tenia estremado cuidado en desapropiarse de todo, y volver los mismos favores, y consolaciones al Autor del favor, y consolacion. Y assi, aunque le sucedieron cosas muy maravillosas, las encubria con una sinceridad tan santa, que no apro-

(a) *Et pax Dei, quæ exuperat omnem sensum.* Ad Philip. 4. v. 8.

aprovechaba menos con eſto que pudiera aprovechar con aquellas. Y ſiendo tan eſpiritual, preguntaba con ſuma humildad las miſmas materias que tenia tambien entendidas, y platicadas, y holgaba de hacer por conſejo ageno lo miſmo que ſabía por ſus propias noticias.

4 Preguntóme en una ocaſion: ¿Padre, cómo he de hacer quando nueſtro Señor concede á mi alma en la oracion los favores que yo no le ſirvo, para quedar agradecida, y no vana? Reſpondíle, que hicieſſe lo que el Sacerdote que vá á la Sacriſtía, y ſe viſte de los ſagrados ornamentos para el Sacrificio de la Miſa: dicela, vuelve, y reconociendo que aquello fue preſtado, ſe deſpoja de ellos, y quedaſe en ſu pobre, y humilde habito. Aſsi V. Alteza quando vea ſu alma con tantos favores, ſirva ſu miniſterio con humildad, y agradecimiento en holocauſto, y ſacrificio amoroſo; pero deſpues quedandoſe en ſu pobreza, y propio conocimiento, vuelvale al Señor el ornamento con que la adornó, y quedeſe en ſu pobreza, y aniquilacion. Contentóle mucho eſta comparacion, y en viendome ſu Alteza tratando de la oracion, decia: Padre, hoy nueſtro Señor ha ſido ſervido de veſtirme de los ſagrados ornamentos de ſu miſericordia; pero deſpues con ſu gracia ſe los he vuelto, y me he quedado en mi nada, reconociendo que en mi no hay otra coſa que ſea mia, ſino vacío de lo bueno, é inclinacion à lo malo. Otras veces dando razon de la oracion, decia: Muy galan ha andado hoy conmigo nueſtro Señor, y mucha merced me ha hecho, ayudeme Padre á darle gracias. Eſto lo referia tan enternecida, y humilde, que ſe veìa como por un criſtal manifeſtar los dones con que Dios tenia enriquecida ſu alma.

CAPITULO XVII.

QUANTO FAVORECIÒ DIOS EL ALMA de ſu Alteza en la oracion.

POR recatada que andaba, fue impoſible en vida tan larga, con tantos teſtigos, ſiendo tan grandes las mercedes que de Dios recibia, poder tener ocultos los rayos de la luz ſuperior con que alumbraba ſu entendimiento, y abraſaba ſu voluntad; y como no ſiempre podia negar la reſpueſta á las perſonas que le preguntaban en la vida eſpiritual, ſe colegia facilmente de ellas, quan adelante habia paſado en caminar con perfeccion á la eterna. Preguntóla una Religioſa ſu confidente: Señora, digame V. Alteza, ¿con qué conſideracion ſe recoge mejor, con la del temor, ó la del amor? Y reſpondióla: Cierto amiga, que me parece que temo á nueſtro Señor, porque por todo el mundo no quiſiera tenerle enojado, y perderé mi vida por eſcuſarle el menor diſguſto; pero os confieſo, que la conſideracion del amor, es la que mas me lleva á Dios, y aunque vá ſiempre envuelto en reſpeto, y temor, pero como el amor funda ſu confianza en el amado, ſe introduce mas facilmente, y con ſus alas buela con mayor ligereza á ſu fin. El amor me hace buſcar á Dios, el amor me hace hallarle, y el amor me hace eſtarme con él. Algunas veces dejandome llevar del amor, entrome en Dios, y en él le ámo, y le adóro; en él me gózo de ſu gózo, me alegro con ſu grandeza, y me conſuelo con ſu hermoſura. Hállome entonces como engolfada en el Occeano de ſus Atributos, y con ſumo contento de verle alabado de los Coros, y Bienaventurados. Lo que mas á mi me conſuela, es la gloria de mi Señora la Virgen Maria, y eſto enriquece á mi alma de ſoberanos teſoros, de ſuerte, que os aſſeguro, que quando vuelvo á eſte vaſo inmundo del cuerpo, es meneſter aprovecharme de lo que alli me dieron, para ſufrir lo que aqui ſe padece.

2 Bien ſe deja conocer en eſtas palabras quanto remontaba Dios eſta alma, pues de tales ſentimientos volvia veſtida, y con tan vivas razones ſe explicaba. Tambien del modo de decir ſe colige manifieſtamente quan interior era ſu trato con los eſpi-

ri-

ritus Bienaventurados; porque preguntandola ſus Confeſores, y yo como uno de ellos, muchas veces en el punto de la oracion, que como el mas importante, es el que no debe dejarſe de viſta, ſolia decir: Cierto, Padre, que ſon buenos amigos los Santos, y que eſtan encetrados en el trato de Dios muy grandes teſoros, y á quien diere á conocer algo de la vida eterna, no hace poca fineza de paſar alegremente la mortal; porque deſpues de vér aquellos Corteſanos Divinos, y mirar con gozo ſu gloria, volver al trato de las criaturas, y lo que es mas penoſo, volver á tratar yo conmigo, es meneſter que ayude el Señor al alma en ſu deſconſuelo, y al cuerpo en ſu trabajo. El oírla hablar de Dios, era una de las grandes evidencias de ſu amor, y hay muchos teſtigos, que pueden deponer, que hablaba tan cordial, y delgadamente en las materias mas altas, y le ſalia al roſtro tan vivo, y encendido el color con el fuego que dentro ardia, que todos quantos la comunicaban, admiraban tan devota mudanza, y ſalian de ſu platica ſumamente edificados, y aprovechados. En medio de decir lo que ſentia con grande propiedad, y claridad, era con tal deſapropiacion, y tan humilde, y ſanto conocimiento, que ſiempre acababa ſus razones diciendo: Yo no entiendo bien eſto, y como ſoy tal, aun no creo que me sé explicar, porque eſtas ſon coſas, que los que las obran las perciben, y las explican. Finalmente, daba los indicios de ſu aprovechamiento de ſuerte, que no perdieſſe al decir, lo que habia conſeguido al obrar.

CAPITULO XVIII.

FAVORES SOBRENATURALES CON QUE Dios manifeſtò ſu virtud.

QUantos midieren las obras de Dios con el vaſo congojoſo, y pequeño del corazon humano, le hacen conocido agravio; porque el Señor con la grandeza de ſu Bondad, obra finezas que el hombre con la miſeria de ſu condicion, eſtá muy lejos de reconocer, y de eſte corto ánimo nueſtro nace muchas veces el dar menos credito del que debemos á las maravillas que Dios obra en las almas: porque como noſotros tenemos tan limitados los caudales del bien, no acabamos de percibir los caudales de

aquella eterna, é infinita Miſericordia, que ſin ceſar eſtà beneficiando á ſus criaturas. Nace tambien eſta imperfecta deſconfianza, con que ordinariamente vivimos, de la poca aplicacion, y noticia de las coſas del Cielo; porque con un mundo de vanidad, y deſeos temporales, que tenemos en el corazon, y que interponemos entre Dios, y noſotros, venimos á hacer imperceptibles los efectos de lo celeſtial, no de otra manera, que ſi con una muralla de bronce en medio, quiſieramos oler la fragancia, que en la otra parte eſtán reſpirando las flores. De aqui es, que las perſonas devotas mas facilmente creen las mercedes que hace Dios á las almas, que los que entregados al mundo con deſeos de carne, no perciben las inſpiraciones del eſpiritu; porque como aquellos conſervan viva la Fé, firme la Eſperanza, encendida la Caridad, y continuas memorias de lo eterno, réciben del Señor otros favores ſemejantes á aquellos que oyen, y no ſolo no los eſtrañan, pero comprueban los agenos con los propios.

2 No niego, que es muy juſto el creer con fuerza reſervada en las materias que exceden al curſo ordinario del eſpiritu; porque el creer pronto, dice la Eterna Sabiduria, que es de corazon leve, y menguado: *Qui credit citò, levis corde eſt, & minorabitur.*(a) Pero dijo admirablemente, *citò*, preſto, para dar á entender, que ſolo conſiſte la liviandad en el creer ſin averiguacion; pero que en averiguando, el creer es debido á la verdad, y recta inteligencia de las coſas; porque aſsi como el que preſto cree es liviano, el que nunca cree es pertináz.

3 En eſta Hiſtoria hemos ido con grande cuidado de dejar de decir muchas coſas ſobrenaturales, que han ſucedido á ſu Alteza, ſiguiendo con la pluma en el modo de eſcribir, el buelo que ſu Alteza ſeguia al obrar, por haberſe negado tan determinadamente á la alta, y peligroſa ſenda de las viſiones, y rebelaciones; pero quando la vida acredita la muerte, y la muerte eſtá coronando, y alabando la vida, injuria ſería el dejar de decir lo que nadie de quantos lo entendieron al tiempo del ſuceſo ha llegado á dudar. Con todo eſſo doy de mano á muchas coſas particulares, aguardando que Dios con nuevas maravillas manifieſte á ſu ſierva, como fue la que aſſegura uno de los Prelados mas doctos, y graves de Eſpaña, que una alma de mucho credito para eſte Pre-

(a) Eccli. 19. v. 4.

Prelado, y muy enriquecida de favores divinos, á quien gobernaba, le dijo : Que ſe le habia Chriſto nueſtro Señor moſtrado indignado con los pecados de ſus fieles, y que el alma de la Infanta Margarita, y las de otras virgenes, que con ſu Alteza ſervian al Señor en ſu Convento, detenian la eſpada de ſu indignacion. Otra perſona muy eſpiritual tambien dijo à un Padre muy grave: Que la tarde que ſu Alteza murió vió en proceſion ir un hermoſiſsimo Coro de Angeles con diferentes inſtrumentos de muſica hácia las Deſcalzas, y que de alli á un rato, oyendo clamorear por ſu Alteza, le dieron á entender, que aquella ſoberana compañia iba por ſu alma bienaventurada.

4 Confieſo que eſtas materias tienen en sí tantas falencias, y eſtán tan ſujetas á ilusiones, que es ceceſario aſirſe á las verdaderas virtudes, y á aquel práctico, y noble egercicio de obrar, y careando lo uno con lo otro, examinarlo todo, como quien deſcubre la intencion con la accion. Y el que eſto conſideráre, y viere la virtud de ſu Alteza, podrá ſer que eſtrañe menos lo que ſe ha referido. Otros lo graduen, y califiquen; noſotros paſamos con pluma ligera por eſtas materias, ſolo aquello que tiene innegable la comprobacion, no podemos dejar de decir.

5 Apareció una noche á ſu Alteza una ſeñora, que habia ſido Dama de ſu Madre, que eſtaba en ſus lugares con ſu caſa, llamabaſe la Condeſa de Fuenti-Dueña, Doña Juana de Mendoza, y con roſtro triſte, y voz compaſiva, ſaludó á la Infanta, y ſu Alteza la dijo: ¿Juana què quieres? Ofreceſete algo? Reſpondió : Vengo, Señora, á rogaros, que encomendeis á Dios mi alma, como haceis con las otras del Purgatorio. Dijole ſu Alteza, que aſsi lo haria, y deſapareció. A la mañana con mucha ſencilléz dijo á ſus compañeras: La Condeſa de Fuenti-Dueña ha muerto, encomendemosla á Dios. Admiraronſe mucho, porque la tenian por viva, y ſu Alteza les contó lo que habia paſado, y dentro de dos dias vino nueva, que la noche miſma en que ſe apareció á ſu Alteza habia paſado de eſta vida á la otra. Viviendo la Emperatriz ſu Madre ſe le apareció una noche ſu Padre el Emperador Maximiliano, y la dijo : Margarita, decid á vueſtra Madre, ¿que por qué ha dejado la devocion de las Miſas que me hacia decir cada mes? y encomendadme á Dios en vueſtras oraciones. Su Alteza á la mañana lo dijo á ſu Madre, la qual con mucho dolor de haber omitido tan devoto oficio, hizo decir las

Mi-

Miſas por el Emperador ſu Marido, alegre de que eſtuvieſſe en camino ſeguro de ſalvacion. Y deſpues volvió otra vez á aparecerſe á la Infanta el Emperador, y dandole las gracias, le dijo: Vuelvoos á rogar, que me encomendeis á Dios.

6 Eſtando á la muerte un Señor de eſtos Reynos, cuya muger era muy favorecida de ſu Alteza, ſe fue muy afligida á rogarla que tuvieſſe por bien de encomendar á Dios á ſu marido. Hizolo con grandiſsimo afecto; y quando yá eſtaba aguardando la ultima reſpiracion del enfermo, le envió á decir, que eſtuvieſſe cierta, que no moriria, y que aſsi dieſſe de ello muchas gracias à Dios. Al punto mejoró, y muy brevemente cobró la ſalud. Fueſe un criado de ſu Alteza à cierta Provincia, y tratandole de ſu jornada, en la qual habian intervenido algunas dificultades, habiendo partido ſano, y de buena ſalud, dijo: De lo que me peſa mas es, que no ha de llegar á ſu oficio, porque ha de morir en el camino. Aſsi ſucedió, y llegó luego aviſo de eſte ſuceſo. Podian contarſe muchos de eſta calidad, pero deja de hacerſe, porque á lo que aſpiramos es, á dejar retratada á ſu Alteza en ſus claras virtudes, como en ſu cauſa, no en eſtos ſobrenaturales favores, que ſon los efectos.

CAPITULO XIX.

PERSEVERANCIA DE SU ALTEZA EN LOS ſantos egercicios de ſu vida.

LA virtud de la perſeverancia corona la perfeccion, y es el repáro de nueſtra inſtabilidad; y quien conſideráre quan leves ſon eſtas inclinaciones naturales con que vivimos, y los mas fuertes propoſitos que hacemos, hará la eſtimacion que debe de eſta virtud. ¿Pues qué importará llegar al culmen mayor de la perfeccion Chriſtiana, ſi cada inſtante es un deſpeñadero para el hombre, ſi la perſeverancia no le dà conſtancia en los medios, y corona en el fin? Eſta es la virtud que ſe hace admirable con el tiempo; pues quanto campo tiene el hombre para poderſe perder, es de mayor admiracion no perderſe. Quanto adornaſſe Dios á ſu Eſpoſa con el dón de la perſeverancia, ſe eſtá manifeſtando claramente en 50. años de Religion, 66. de vida, con-

conſervando ſiempre con pureza aquella hermoſa veſtidura que recibió en el bautiſmo; perſeverar con tanto valor en ſu vocacion, con deſprecio del mundo, con tal aprecio de Dios; ſeguir ſus ſantos egercicios, ſiendo tan graves á la naturaleza, tan conſtantemente, que nunca la vieron deſcaecer un dia de lo que hizo el otro, antes aumentando con el trabajo el merito con nuevos egercicios, y virtudes. Zelaba de manera ſus devociones, que no habia de haber cauſa alguna que ſe las pudieſſe eſtorvar, previniendo las ocupaciones con anticipar el cuidado.

2 Quando habian de venir los Reyes á viſitarla, aunque eſtuvieſſe gravemente impedida con ſus indiſpoſiciones, y el ultimo accidente de haber perdído la viſta, quitaba del ſueño lo que habia meneſter para tener muy de mañana ſu oracion enteramente; rezaba el Oficio Divino, y todas ſus devociones; recibia al Señor, ſi era dia de comunion, previniendoſe en ſu interior, para quedar mas util á la ocupacion exterior. Decia con grande eſpiritu: Hermanas, cumplamos con el Criador, para poder cumplir con las criaturas; ſea la mayor obligacion la primera, no demos mas paſos para eſta vida temporal, que damos para la eterna; antes bien, ningunos demos en eſta, que no ſea para aquella. Cumplia puntualiſsimamente con todos ſus egercicios, y teniá-los muy fervoroſos de encomendar á Dios á los Reyes. Eſto hacia con tan grande fervor, y eſpiritu, y ſolicitaba de manera á las Religioſas, ſeñaladamente en ocaſion de auſencias, ó enfermedades, que le ſolian decir: Señora, muy juſto es, que la obedezcamos; pero míre V. Alteza, que eſtá muy llevada de eſtas criaturas, temple eſſe amor, y cuidado, que podria ahogar el eſpiritu: reſpondia con gran manſedumbre ſu Alteza: Cierto hermanas, que yo os agradezco eſſe ſanto conſejo, y ſoy tal, que facilmente me aſiré á todo lo de eſta vida. Pero para vueſtro conſuelo, y el mio, os aſſeguro, que me tiene el Señor tan de ſu mano, y me guarda de ſuerte, que no deja que entre aficion en mi alma, ſin que la regiſtre primero ſu amor. Amar á las criaturas ſin amarlas en el Criador, es peligro; pero amar á Dios en ſus criaturas, es merecimiento. A los Reyes, y á mis Sobrinos los quiero, y encomiendo á Dios, por cauſas univerſales, y particulares. Porque los pueſtos que ocupan, la grandeza en que eſtán, las ocupaciones que tienen, y la obligacion de la ſangre, dá mayores prendas á mi cuidado. Pero eſto no ſolo no me quita de lo

que

que debo á Dios, ſino que me lleva á él, pues ſiendo juſto el hacerlo, en ninguna parte hallamos tan preſto á Dios, como en lo que ſomos obligados. Continuaba eſtos devotos egercicios, y cuidado, y en eſta parte, y en la de no faltar á las devociones que tenia determinadas al dia, fue puntualiſsima, y quando eſtaba indiſpueſta de grave dolor, hacia que delante de ella rezaſſen lo que habia de rezar. Otras veces iba pronunciando con el corazon, lo que no podian los labios. De eſta manera continuó quantas devociones hemos referido, proſiguiendolas con ſuma perſeverancia en la vida, haſta ſellarlas con la muerte.

CAPITULO XX.

DIFERENTES SUCESOS QUE PRECEDIERON à la ultima enfermedad de ſu Alteza.

BUela el tiempo, y conſume eſte aliento vital á los mortales, apagando la luz de la vida en ellos, con que tanto reſplandecen: los unos llaman à los otros con ſu muerte, y eſtoy eſperando en mi lo que veo egecutado en mi vecino. Por eſſo larga edad á mayores deſengaños ſobrevive, y á la variedad de ſuceſos que dependen de eſta humana inſtabilidad. Peregrinamos mucho en corto campo, prolija nos parece la diſtancia en que ſe interpone poca tierra á nueſtros ojos. ¿Pues qué es la vida? Qué es el mundo, ſi ſe mide á la luz de la verdad, comparado con la infinita maquina que le comprehende, con el eſpacio eterno que antecede, y que le ſigue, ſino un punto indiviſible, que la codicia humana en tantas partes divide? Eſte globo, eſta vida en que tanto trabajamos: eſto que el corazon del hombre mira como tan inmenſo, cuya menor parte le arraſtra, le detiene, y embaraza; ſoplo es breve, tierra es poca, é inſtable para eſtimada; para piſada ſegura: leve empleo, claro engaño, ſuſtancia con apariencia, y ſin ſuſtancia. A eſta luz miraba ſu Alteza el mundo, y la vida, con la variedad de los ſuceſos, y deſengaños que el eſpiritu le introdujo en el alma.

2 Habia partido á ſer alegria de Alemania, y caſar con Ferdinando Tercero, Rey de Ungria, y de Bohemia, la Sereniſsima Infanta Maria ſu Sobrina, el año de 29. y vencidas las dificulta-

des

des de la peſte, de la guerra, del tiempo, celebrado ſus bodas en Viena con ſuma felicidad el año de treinta y uno, á mayor auſencia partió algunos meſes deſpues la Sereniſsima Reyna Conſtancia de Polonia, Prima-hermana de ſu Alteza, Hermana de la Reyna Margarita, y Tia de nueſtro Rey, que murió en aquella Corte. Siguióla dentro de breves dias ſu Hermana la Archiduqueſa Magdalena, Gran Duqueſa de Toſcana, Señora digna de vida, egemplo, y veneracion de toda Italia. Al Archiduque Leopoldo, algunos dias deſpues, igual ſuerte llamó que á ſus Hermanas, Principe de valor, Politico, y Militar, que habia varias veces defendido, no ſin felicidad, contra los enemigos del nombre, y Religion Catolica, las Provincias que eſtaban á ſu mano, de la Caſa de Auſtria. El año de 32. ſalió de Palacio, y de ſu Silla el Sereniſsimo Infante Ferdinando, Cardenal, y Arzobiſpo de Toledo, á hacer mas roja la purpura ſagrada con la ſangre de los enemigos de la Igleſia, en las calamidades, y diſcordias de eſtos tiempos. En el miſmo año á 30. de Julio, á las dos de la mañana, en mal lograda juventud, murió el Sereniſsimo Infante Don Carlos, Hermano de nueſtro Rey, Principe digno de vida, gallarda diſpoſicion, hermoſo talle, el natural apacible, claro entendimiento, larga mano, condicion Real. Acabaron con ſu muerte las eſperanzas que habian comenzado con ſu vida, deſpareciendo en mortal, y acelerada dolencia al Rey un Hermano, á ſu Sangre un Principe, al Reyno un fiador, á la juventud un aviſo, al pueblo un aplauſo, al mundo un deſengaño. Sintió ſu Alteza con debido dolor la muerte del Infante Don Carlos, haciendole mayor eſta pena, el deſconſuelo que con ella tuvo el Rey, porque como á hermano lo eſtimaba, y como á amigo lo queria. Eſtos deſpertadores iban dando mas advertencia á la atencion de ſu Alteza, reconociendo, que aun en el deſengaño mayor de la vida, ha meneſter muchos recuerdos la memoria de la muerte.

3 Habia mandado el Rey Felipe III. que ſe labraſſe en lo alto del frontiſpicio del Coro de eſte Real Monaſterio de las Deſcalzas, con grande ſumptuoſidad, la parte que habia de ocupar la urna de jaſpe, donde ſe determinó la colocacion del venerable cuerpo de la Emperatriz, fue obra de grande primor, y de labor prolija, y habiendoſe comenzado en tiempo de Felipe III. ſe acabó en el del Rey. Daba ſu Alteza mucha priſa, pareciendole que eran los ultimos oficios, que le quedaban que hacer por ſu Ma-

ſo de tragar, y ſuele ahogarſe con él. Hagamosle piezas, y con meditaciones continuas de la muerte, mas tratable. Prevengamonos para lo que no deja amarſe, ni puede eſcuſarſe, y no tiene repáro el errarſe: lo que ſola una vez ſe hace, y para ſiempre ſe yerra, ó ſe acierta, mucho cuidado es razon que nos dé: quando no fuera de conveniencia, era juſto prevenirnos por comodidad; pues quanto mas tratemos de lo que nos amenaza, mas tolerable ſerá quando nos egecute. Como en ſu Alteza eran tan frequentes las platicas de la muerte, la decian algunas Religioſas, que la querian tiernamente: ¿Valgame Dios, Señora, ſiempre ha de eſtar vueſtra Alteza hablando de la muerte? Y reſpondia con ſeñalado eſpiritu: ¿Qué mucho que eſté hablando de lo que eſtoy ſiempre haciendo? No es aſsi que nos eſtamos muriendo, y que cada reſpiracion es un paſo á la muerte? Dejaremos de morir por dejar de hablar en ello? Forzoſo es de qualquiera ſuerte, y mucho mas tratable, meditado. Si nos coge en olvido, nos parecerá, que viene de improviſo; pero no, ſi cada dia la eſtamos mirando venir. A la otra vida hemos de ir, como á tierra de amigos, voluntaria, y animoſamente, no arraſtrados, como llevan á los cautivos los vencedores. De eſta ſuerte, diſcurriendo en la muerte ſu Alteza, hacia mas perfecta la vida.

CAPITULO XXII.

QUAN PREVENIDA HALLÓ A SU ALTEZA la ultima enfermedad.

CON ſer toda ſu vida preparacion á la muerte, como ſe manifieſta en eſta Hiſtoria, todavia le ayudaron mucho las meditaciones que uſaba, los egercicios que tenia, las devociones con que ſe diſponia, y las platicas con que ſe preparaba. En eſtos ultimos meſes fue claramente diſponiendoſe, como ſi eſtuviera mirando ſu dichoſo fin; porque muy poco tiempo antes que murieſſe me dijo: Padre Confeſor, yo entiendo que mi muerte ha de ſer muy preſto, y pues le ha pueſto Dios por mi guia en eſta peregrinacion, deſeo que me ayude en la coſa mas importante, que es ajuſtar las cuentas del alma con Dios. El Padre Confeſor ha de tener paciencia, y oírme de eſpacio, porque quie-

quiero hacer una confesion general, y en ella decirle los caminos por donde Dios me ha llevado, las mercedes que he recibido, los desperdicios que he hecho de sus Misericordias, y el olvido de sus Beneficios. Yo siento interior fuerza, que me obliga á esta prevencion, y que parece que está avisando mi fin, y quando no tuviera otro que el de la misma razon, y consejos que nos dejó escritos nuestro Redentor, *de que aguardemos al Esposo velando las Virgenes*, (a) es obligacion no estar dormidas en cuidado tan importante. Yo la respondí, quan rendido estaba á su servicio, y que esto me parecia muy bien, pero que pues se hallaba con salud, era conveniente tomarlo con algun espacio, y prevenirse para la confesion, encomendando á Dios el acierto de tan gran negocio. Su Alteza se conformó conmigo, y á este intento hizo decir muchas Misas, pidiendo á personas espirituales, que encomendassen á Dios cierto negocio muy importante, que trahia entre manos: y en la oracion, con lagrimas, y gemidos, no cesaba de instar con su Divina Magestad, que tuviesse por bien de darle luz, y recibir con misericordia las cuentas, que á darle se disponia. Estos fueron los motivos de su oracion todos aquellos dias, y á este fin encaminaba quanto hacia.

2 Dió principio á esta prevencion santa en los ultimos de Octubre, del año de 1632. ocho meses antes que muriesse. Y despues de haber observado, y hecho memoria de los defectos de su larga, y religiosa vida, hizo conmigo la confesion general, con tanta humildad, devocion, y lagrimas, que me confundió, sin que (como queda dicho) hallasse materia grave, ni conciencia de pecado mortal, que es buen indicio de perfeccion, en sesenta y seis años de tan varios, y graves negocios, como corrieron por su mano. Digela, que para su consuelo hiciesse memoria de las cosas que le daban mas cuidado, y en las que podia tener mayor escrupulo. Hizolo, y verdaderamente que fue como correr la ultima cortina al conocimiento de su gran virtud. Porque era cosa admirable el verla ponderar cosas muy leves, y llorarlas con tales lagrimas quales podiamos nosotros desear llorar las mas graves; preguntando con sinceridad de ánimo: ¿Digame el Padre Confesor, qué siente de esto? Parecele, que estas palabras fueron pecado? No tráte tanto de mi consuelo, como de

(a) *Vigilate itaque quia nescitis diem, neque horam.* Matth. 25. v. 13.

de mi remedio. Yo la huve de reſponder lo que eſtaba obligado en conciencia, conforme al dictamen de buena razon, y ſana Teología, que eſtuvieſſe conſolada, que nada de aquello era culpa grave, y dieſſe muchas gracias á Dios, pues ſola ſu mano piadoſa baſta á hacer con un alma tales miſericordias. Fue dando cuenta deſpues de ſu vocacion deſde ſus primeros años, con tan grande humildad, juzgandoſe por tan indigna de la dignidad de Religioſa Deſcalza, que decia: Ayudeme el Padre Confeſor á dár muchas gracias á nueſtro Señor de haberme pueſto en eſtado que fueſſe ſu Eſpoſa, y mereciendolo tanto mas mis hermanas, yo, que era la mas ruin, haber ſido eſcogida de ſu mano, porque reſplandecieſſe mas ſu Grandeza, y Poder.

3 Con eſtos actos de humildad, y de fervor, fue diſponiendo, y refiriendo los ſuceſos de ſu ſanta vida, repitiendo muchas veces: Padre Confeſor, no es la menor de las miſericordias que Dios ha uſado conmigo, el darme tantos recuerdos, de que eſté muy cerca mi fin, y que me vaya diſponiendo á él. Porque aſsi como no baſta obrar ſin perſeverar, no baſtaria eſtár velando toda la vida, ſi nos hallaſſe durmiendo la muerte. El Padre Confeſor me ayude á dár gracias á nueſtro Señor de eſta merced, que yá voy ſintiendo en mi corazon, ſe vá acabando tan penoſo deſtierro. Hizo eſta confeſion con gran ſecreto, deciame, no es meneſter que lo entiendan mis hermanas, que luego ſe dàn á entender, que me quiere Dios llevar, ó que hago algo, entiendalo Dios, por quien ſe hace.

CAPITULO XXIII.

ADMIRABLES CONOCIMIENTOS DE LAS miſericordias que habia obrado Dios con ſu Alteza.

SOlia decir hablando de la brevedad con que caminaba á ſu fin, y contando algunas miſericordias que Dios le habia hecho: Yá no es tiempo de encubrir coſa alguna, aunque ha ſido eſſe mi principal cuidado, quiero decirlo todo, como yo lo alcanzo, y Dios me lo ha dado á entender. Veo, que lo que Dios ha hecho conmigo, es mucho; pero lo que yo he hecho en ſu ſer-

ſervicio, poco, y lleno de imperfecciones: ſi el Padre Confeſor entendiere que digo algo que ſe puede eſcuſar, aviſemelo, que lo agradecerè; porque ſiento mucho decir de mi coſa que tenga raſtro de bien, porque ſoy miſerable. Siempre que referia algunas mercedes del Señor, hacia una ſalva humilde, deshaciendoſe, y aniquilandoſe, y engrandeciendo á Dios. Por eſte camino permitió ſu providencia, que yo tuvieſſe entera noticia, y conocimiento de muchas coſas de ſu alma, que haſta entonces eſtuvieron ocultas, y con eſſo he podido eſcribir las que ſe han referido, ſino como ſe debia á ſu relacion, de la manera que yo las he alcanzado á explicar. Duró eſte examen mucho tiempo, y gaſtaba en él muchas horas. Todo ſu trato, y converſacion en eſtos tiempos, era de ſu alma, y de ſu muerte, ſin dár treguas á eſte egercicio, haſta que murió. Decia con terniſsimo afecto, que pues ſu vida ſe abreviaba, habiendola empleado tan deſperdiciadamente, deſeaba mucho hacer algo para morir, haciendoſele poco á ſu amor, quanto habia hecho, y padecido por Dios.

2 Pedia con mucha humildad, que le dieſſe licencia para hacer algunas mortificaciones en ſatisfaccion de ſus pecados, y en reconocimiento de los beneficios que de Dios habia recibido, y en eſto hacia inſtancia con razones tan eficaces, que diciendole: Señora, no vé vueſtra Alteza ſus achaques, y poca ſalud, y flaqueza, y que la tiene Dios imposibilitada de poder hacer mas, que ſufrir la mortificacion en que ſe halla: replicaba: Crea el Padre Confeſor, que puedo mas de lo que pienſa, y aunque ſea poco, por lo menos haré algo por amor de Dios, á quien debo tanto.

3 Quando la daba permiſion para que hicieſſe alguna penitencia, ó mortificacion en eſtos ultimos meſes, era tan grande el gozo de ſu alma, que ſin poder reſponder de contento, con mucha alegria celebraba aquella licencia, y otras veces decia: Mucha caridad me ha hecho, Padre Confeſor, encomiendeme á nueſtro Señor, para que acierte á ſervirle, y pidale, que ſea de manera, que mis hermanas no ſientan lo que hago, porque con el cuidado que tienen de mi ſalud, no me dejan ſalir cón coſa alguna. Lo que hacia, era lo poſible á ſus pocas fuerzas, quitando del ſueño lo neceſario, y de la comida, ſin abrazar coſa alguna de guſto en las acciones humanas. Poniaſe en cruz muchos ratos, poſtrabaſe en tierra, tenia modos de mortificarſe notables,

y muy ſenſibles, y uſaba de todos. Y quando daba cuenta de ſu egercicio, era con tanta humildad, y rendimiento, que cauſaba devocion, y deſeo de padecer por Dios. Decia: Yo, como en todo ſoy para poco, nada sé hacer; pero conſuelame haber hecho lo poſible. Y es coſa cierta, que ſiempre hacia, y obraba ſobre ſus fuerzas. En los ultimos dias ſolia decir: Pues ſe acaba el tiempo de obrar, y ſe llega el de morir, bien es no perder ocaſion en quanto ſe pueda. Y repetia muchas veces: Quando tenemos luz, obremos con luz, quando tenemos vida, empleemos la vida, que deſpues de la muerte, adonde cayere el leño, alli ſe queda. (a) Y aſsi en eſtos tiempos ultimos, como tenia el alma ocupada en interior egercicio, deſeaba la ſoledad, y procuraba quanto le era poſible, retirarſe, y que la dejaſſen, y la mayor parte del dia lo paſaba en el Relicario, que era ſu frequente Oratorio, y alli ſe eſtaba ſazonando, y diſponiendo para morir, gaſtando el tiempo en obrar, ó platicar las coſas de ſu alma, y medios de que podia uſar para eſte intento, rogando á nueſtro Señor *la llevaſſe* de eſta vida en ſerenidad, y paz.

CAPITULO XXIV.

AVISOS QUE PRECEDIERON A SU MUERTE, y quan advertida eſtaba en todos ellos.

QUando trataba de ſu muerte en eſtos ultimos dias, era con tanto gozo, y alegria, que parecia prevenirſe para una gran fieſta, eſpecialmente quando hablaba con ſu Confeſor en la materia. Es meneſter, decia, recatarnos mucho de mis hermanas; porque como ellas ſon tan piadoſas, y á mi me hacen tanta caridad, dales mucha pena oírme hablar en mi muerte. Pareceles que puedo hacer falta, y no lo entienden, que antes quitaré un grande embarazo del mundo. Sucedia eſtar ſu Alteza muy ocupada en eſta ſanta converſacion, y diſcurriendo cómo deſpues de la muerte habia de vér á Dios, que era el ultimo fin de ſus deſeos, y á eſta ſazon llegaban algunas Religioſas, y con grande di-

(a) *Si ceciderit lignum ad Auſtrum, aut ad Aquilonem, in quocumque loco ceciderit ibi erit.* Eccle. 11. v. 3.

diſimulacion mudaba la platica, y hablaba de otra coſa, haſta que las deſpedia, y volvia á decir: Lo que deſeo que ſe acabe eſte deſtierro, porque dura mucho la peregrinacion, y es yà tiempo de llegar á la patria: ¡Si fueſſe Dios ſervido de abreviar los terminos de mi vida, y que yo lo vieſſe, y gozaſſe! Eſte es mi deſeo; pero hagaſe en mi ſu ſanta Voluntad. Eſto decia con tan grande afecto, que ſe conocia bien que era el eſpiritu de Dios el que daba á ſu corazon tales anſias, y palabras.

2 Deciala yo algunas veces: Señora, por cuenta de Dios corre el enviar la muerte, por la de V. Alteza el beneficiar la ſalud, y conſervar la vida, que es muy neceſaria en el mundo, y en la Igleſia, para muchas coſas. A eſto reſpondia con ſanto deſprecio: Bien eſtá que ſe mire por la vida, y la ſalud; ¡pero es poſible que tambien el Padre Confeſor diga, que mi vida es de importancia! Yo no sé para que puedo ſer buena en eſte mundo, ſino para dar que padecer á las Religioſas con mis achaques, y falta de viſta, porque ſoy importuna, y canſada. Bien ſabe el Padre Confeſor lo poco que yo he hecho en toda mi vida en ſervicio de Dios, y en bien de las almas, y ahora eſtoy para menos, y há muchos dias que no puedo ſeguir la vida comun, ni acudir á los egercicios que acuden las otras: ſoy inutil abeja en la colmena del Señor, quando eſtas Religioſas eſtán de noche, y de dia labrando dulces panales, yá en el Coro, yá en la enfermeria, yá en la labor, y en los demas miniſterios de la comunidad. ¿Yo qué hago, ſino gozar de la honra que todos me hacen? de las ceremonias con que me tratan, y del regálo, y cuidado de mis hermanas, ſin ſer para coſa alguna de provecho? Prometole al Padre Confeſor, que quando pienſo en eſtas verdades, y las pondero, me cauſa triſteza verme impedida para todo bien; y como no me aprovecho del tiempo, ni de la vida, vengo á deſpreciarla, y á deſear, que nueſtro Señor me ſaque de ella, ſi es ſervido, ajuſtandome ſiempre con el Divino beneplacito, y no queriendo mas de lo que él ordenáre. Otras veces decia: Padre Confeſor, en tan larga vida he tenido largas experiencias, que no es buena para otra coſa, ſino para ſervirle, y como me veo yá tan canſada de las coſas de eſta vida, y tan poco aprovechada, deſeo deſembarazar á las criaturas, y verme con mi Criador. ¿Quién puede llevar ſin congoja el peſo del cuerpo? Quién puede dejar de ſentir ſin dolor los yerros del alma.

3 Permitió Dios por ſu Piedad dar à entender la muerte de ſu ſierva antes que ſucedieſſe; porque como cierta Religioſa, que la amaba tiernamente, hicieſſe novenas, y otros egercicios por ſu ſalud à un Santo Chriſto, que eſtá en eſte Convento, á quien la Infanta tenia particular devocion, ſuplicóle alargaſſe los dias bien logrados de ſu Alteza, y le dieſſe vida, para que con ella fueſſe mas adorado ſu Nombre. En eſta oracion ſe le repreſentó á eſta Religioſa con mucha claridad, que ſu Alteza viviria poco, y ſe abreviarian muy apriſa ſus dias. Afligióſe con lo que entendió, diciendolo á algunas Religioſas, que la amaban afectuoſamente: y aunque en eſtas materias ſobrenaturales procedian con el recato neceſario, todavia conociendo lo que importaba la ſalud de ſu Alteza, y lo que ſe ganaba de todas maneras en rogar á Dios por ſu ſalud, ſe puſieron en cuidado de hacer por eſta intencion muchas penitencias, y mortificaciones; y huvo alguna, que prometió á nueſtro Señor por eſte miſmo intento una riguroſa, y prolija diſciplina todos los dias por un año, como lo cumplió, aunque murió antes ſu Alteza, y aplicó deſpues por ſu alma lo que padeció. Algunos dias antes de ſu muerte llamó ſu Alteza á la Madre Abadeſa, y con novedad, aſsi en la hora como en la platica, comenzó á hablarle, haciendo ſalva, y como quien pide licencia á ſu Prelada para morir. Sabed, dijo, que me tengo de morir muy preſto, yo reconozco, que nueſtro Señor me quiere llevar, y me ha parecido dár cuenta de ello, para que nos prevengamos las dos, la una á morir, y la otra á llevar con igualdad eſte golpe. La Madre Abadeſa la reſpondió: Señora no diga eſſo, que ſolo oírlo laſtíma el corazon. Parecióle á la Abadeſa hacerlo converſacion, y dijola: ¿Vueſtra Alteza dice eſto, por ſi acaſo ſucediere, para que la tengamos por Profeta, y por Perſona que tiene aviſos de la muerte? Reſpondió: Con profecias, ni revelaciones no me entiendo; pero tengo por ſin duda, que he de morirme preſto, ello ſe verá.

4 Deſde aquel punto quedó la Abadeſa mas atenta, y diſpueſta al trabajo que Dios queria enviar á ſu Convento, y aunque tuvo eſto ſiempre guardado con cuidado prudente, preſto lo manifeſtó el ſuceſo. En eſtos miſmos dias eſtando con ſu Alteza cierta Religioſa anciana, á quien amaba mucho, dijo: Señora, yá vé quan adelante eſtán mis años, y mis achaques, yo me moriré muy preſto hagame caridad V. Alteza de ſacarme muy apriſa de

el

el Purgatorio, que pues hace esto con los estraños, y por los que no conoce, ¿qué mucho es que lo haga por mi, que la he deseado siempre servir, y la quiero tanto, y encomiendo á Dios? Mire, Señora, que tengo mucha confianza en las oraciones de vuestra Alteza, y que con ellas, y las Misas me ha de sacar del Purgatorio, para que vaya á vér á Dios, y gozarle. Respondióle con alegria espiritual: Hermana, esso os pido yo que hagais por mí, porque os hago saber, que he de ser la primera que ha de morir en casa. No está yá mi corazon para vér morir á otra Religiosa, vos vereis como es esto cierto, y assi entonces acordaos de mí. Tan presente trahia la muerte, y tan dispuesta á ella se hallaba en la vida. Quando se colocó en la ultima translacion el cuerpo de su Madre, como quedó vácio el lugar, que antes ocupaba, dijo á las circunstantes con rostro alegre: Yá mi Madre me ha hecho lugar, vosotras vereis que presto que se acaban mis dias. Algunos dias antes que le diesse la ultima enfermedad, estando en el Relicario con cierta Religiosa cantaba la Capilla, y Musica del Convento un Oficio de difuntos, con la solemnidad que se acostumbra en este Real Templo; la Religiosa la dijo: ¿Señora, no le parece á vuestra Alteza que cantan muy bien? cierto que me suena á mi mejor esta musica de difuntos, que otra alguna, y que oygo estos Oficios de *Requiem* con mucho gusto. Respondióle su Alteza: ¿Assi qué gustais de essa musica? pues callad, que presto os satisfaré yo en esso que gustais, porque Dios me llevará con tanta brevedad, que tendreis muy buenos dias de *Requiem*. De esta calidad sucedieron muchas cosas, que por evitar prolijidad, y ser de un mismo genero, se escusan.

CAPITULO XXV.

SEÑALES QUE PRECEDIERON A LA muerte de ſu Alteza, y el ſanto deſengaño con que hablaba en ellas.

PReviene Dios algunas veces á los mortales, en las calamidades de la vida, con raros preſagios, como quien envia delante los menſageros de ſu indignacion. De aqui reſulta en muchas ocaſiones, que á las muertes de grandesPrincipes,óPerſonas ſeñaladas en la tierra, ſe vén tan admirables ſeñales en el Cielo, como quien manifieſta á los hombres, que no el acaſo gobierna las coſas, ſino aquella Providencia, y Juſticia, á cuyo ſaber nada puede ocultarſe, ni á ſu Poder defenderſe. La vida de ſu *Alteza* era egemplo del mundo, y no ſerìa eſtraño, que precedieſſe á ſu muerte ſeñal temeroſa, por lo que el mundo perdia en faltarle la luz de ſu ſanto, y religioſo egemplo. Notorio fue el eclipſe que dos meſes antes eſcureció la luz á los mortales, que aunque eſte natural efecto procede de cauſa tambien natural, ſuelen ſeguir á él en perſonas ſeñaladas efectos, aunque naturales, que influyen univerſalmente en los hombres. No faltaron perſonas curioſas, que lo advirtieron á ſu Alteza, y el cuidado que podia dár á quien veía quan poco mejoramos las vidas, y lo que deſaprovechamos en ellas los buenos, y claros egemplos, dandole á entender, que podiamos temer el caſtigo de quitarnos el de ſu Alteza. Reſpondia en tales ocaſiones á las Religioſas con eſpiritu, y ſingular prudencia. Amigas, eſtas coſas no nos han de hacer ſuperſticioſos, ſino aviſados, que no ſería malo, ſi con eſto en el engaño de la vida, nos acordàſſemos de que ſomos mortales. Yo, hermana, mas cerca tengo los aviſos, porque el eclipſe que hacen el Sol, y la Luna, tienen hecho mis ojos, con haber perdído la viſta. Vivo ciega, impedida, llena de achaques, y penalidades; quanto mas camino en la vida, tanto mas me acerco á la muerte. Seſenta y ſeis años de vida en la tierra no han meneſter eclipſe en el Cielo, ni buſcar las ſeñales en los Planetas, que tengo dentro de mí. Harto trabajo tendriamos, hermanas, ſi ſolo nos huvieſſemos de acordar de la muerte en ocaſiones tan ſeñaladas, y ra-

ras,

ras, diſponiendonos con tanto eſpacio á lo que ha de ſuceder tan apriſa. ¿Qué eclipſe penſais voſotras que me cauſa mas memoria de la muerte? El vér morir á otras criaturas; y eſte eclipſe cada dia ſucede, eſte infalible, el que no admite duda, eclipſe en que ſe entriſtece el ſol de la vida con la eſcuridad de la muerte, eclipſe en que ſe pone entre la vida, y el mundo la tierra con que cubren al cuerpo. Para acordarnos de la muerte no es meneſter mas que advertir en la vida, cada aliento, hermanas, es un cometa, que ſeñala nueſtro fin. Era coſa devota oírla el deſengaño con que diſcurria en eſte punto, y quan prevenida ſe hallaba para el golpe formidable de la muerte, ſiendo tan natural en la fragilidad humana el temerla.

2 Obſervaron otras perſonas curioſas, y de grande credito, que pocos dias antes de la muerte de ſu Alteza vieron una Eſtrella ſobre el Convento de rara diferencia à las otras; porque dicen que era mayor que un lucero, y aunque de menor luz que la Luna, pero deſpedia muy claros ſus rayos con fuerza, pero con mas ſuavidad que no el Sol, porque ſe dejaba percibir facilmente, pareciendo ſiempre de admirable hermoſura: rodeabala una nubecilla con un cerco, que parece que intentaba eſcurecer la luz de la Eſtrella. Y fue coſa notable, que algunos dias antes de ſu muerte ſe deſapareció, y volvió á parecer tres dias antes que murieſſe ſobre ſu miſmo Oratorio, con mucha mayor claridad. Y habiendo eſtado Sabado, Domingo, y Lunes á la noche, deſapareció el Martes deſpues del tranſito dichoſo de ſu Alteza. Digeronle luego que pareció la Eſtrella, que á eſtas ſeñales ſucedia ſiempre la muerte de grandes Perſonas, dandole á entender lo que podia ſuceder en la ſuya. Y dijome un dia ſu Alteza, hablando de eſto: Padre Confeſor, bien ſabe quanto mas cerca tengo yo la Eſtrella que me guia á mi fin, pues ha tantos dias que me eſtán previniendo. Pero quando eſto no fuera aſsi, yo nunca hago caſo de eſtas coſas, porque para que nos hemos de ir á las Eſtrellas á buſcar las ſeñas de nueſtra mortalidad, que tenemos en nueſtras venas. Cada accidente de enfermedad es una Eſtrella mas clara que el Sol, que nos eſtá ſeñalando la muerte. La Eſtrella no es indicio de muerte de quien ha vivido tan mal como yo: y aſsi por eſſa parte, aunque amára la vida, no me diera pena la muerte. Con eſte deſprecio diſcurria ſu Alteza en lo que tanto ſuelen mirar y admirar los mortales.

CA-

CAPITULO XXVI.

ULTIMA ENFERMEDAD DE SU ALTEZA, principio, y circunſtancias de ella.

NO hay vida larga, ni meritos ſin corona. Llegó el tiempo en que Dios quiſo trasladar á ſu ſierva del camino á la patria, y el dia de San Juan Bautiſta á 24. de Junio de 1633. reconoció tal mudanza en la ſalud, que fue neceſario llamar al Doctor Negrete ſu Medico. Tomó el pulſo á ſu Alteza, y conoció que era calentura malicioſa, y el cuidado que podia dár, y aſsi ſe aviſó al Doctor Santa-Cruz, Abad de Covarrubias, y al Doctor Muñoz, entrambos Medicos de Cámara del Rey, que en tales ocaſiones concurrian á curarla. Pasó el dia, y la noche con calentura; pero con grande ſufrimiento, ſin dar á entender el mal que ſentia, porque á la mañana quiſo levantarſe para ir al lugar de ſu conſuelo, que es el Relicario donde oía Miſa, y tenia oracion. Pero como reconocieron la mala noche que habia paſado, y que ſe eſtaba con ſu calentura, no permitieron que ſe levantaſſe, que quando á eſto ſe llegaba era ſentencia muy riguroſa, porque la coſa de mayor mortificacion que tuvo en eſta vida fue, que la obligaſſen á eſtár en la cama, llamandola el lugar de ſu martirio. Solia decir: Es grande mortificación para mi el tenerme en la cama; porque demás del conſuelo eſpiritual de que me privan, no es pequeño trabajo eſtár atada, ſin poderme negar à nadie, y mis hermanas con el amor que me tienen, y caridad que me hacen, no dejan de egercitarme, yà con el cuidado, y ſolicitud que ponen en mi regalo, y comodidad, quando no la merezco; yá porque el tiempo que queria para Dios lo gáſto en reſponder á las criaturas, y dár cuenta á todas de una coſa de tan poca ſuſtancia como mi ſalud. Finalmente la cama es para mi el tormento mayor. Con lo que mas padecia ſu Alteza, por la natural blandura, y piedad que tenia, era con moſtrarſe con igual amor, y agradecimiento con todas; porque aunque fueſſen quarenta Religioſas las que la viſitaſſen al dia, á todas recibia, y enviaba conſoladas, y eſto fuerza era, que fueſſe á coſta de ſu ſalud, y deſcanſo.

2 Viſitaronla los Medicos aquella mañana, y hallandola con ca-

calentura, confirmaron la ſentencia de que ſe eſtuvieſſe en la cama. Fueron proſiguiendo con ſus remedios, y medicinas; dióſe luego aviſo á ſus Mageſtades del achaque de ſu Alteza, y puſieronſe en él cuidado mas facil de entender, que de explicar, por el ſumo amor que á ſu Tia tenian. Luego que entendieron la enfermedad, vinieron á viſitarla: eſtuvieron ſus Mageſtades aquella tarde en la celda de ſu Alteza con demoſtraciones grandes del amor que la tenian. Aſsi como enfermó mandó ſu Mageſtad, y la Reyna nueſtra Señora, que el Abad de Covarrubias á qualquiera hora entraſſe á darles cuenta de ſu indiſpoſicion, encargando á los Medicos de Cámara que cuidaſſen ſumamente de ſu ſalud, como quien la eſtimaba por tantas razones.

3 Corria ſu enfermedad, y el tiempo, ſin perderlo ſu Alteza; antes bien con particular atencion de darle ſanto empleo en ocaſion tan peligroſa. Ofreció deſde luego á Dios quanto padecia, y habia de padecer, nunca faltando en la preſencia intelectual de ſu Mageſtad Divina, y aplicandole amoroſamente el alma. Y aſsi fue coſa maravillóſa la alegria que moſtraba en el ſemblante, y palabras: nadie le veía, ni hablaba, que no le cauſaſſe conſuelo. A todos los que la preguntaban: ¿Señora, cómo lo paſa V. Alteza? Reſpondia con ſingular agrado: Bien, ſea Dios bendito, es muy poco mi mal; lo que mas ſiento es, el trabajo, y cuidado que doy á las que me aſsiſten, que como ſon tan buenas, aunque lo hacen por amor de Dios, trabajan mucho, y con eſſo padecemos todos. Una de las coſas que mas pena daban á ſu Alteza, era vér el deſconſuelo de la Señora Sor Dorotéa, á la qual queria tiernamente, como á Hija de ſu Hermano el Emperador Rodolfo, que la habia trahido al dichoſo eſtado de Eſpoſa de Chriſto. Reconocia el deſconſuelo con que la habia de dejar, faltandole el calor de ſu amparo, y el aprovechamiento de ſu doctrina, y aſsi la tenia algunos dias antes prevenida, diciendola: Dorotéa, mira que me he de morir preſto, advierte, que ſeas tan ſanta como yo eſpero de tus buenas inclinaciones, y de lo que debes á Dios, mira que eſtoy encargada de ti en eſta vida, y en la otra; porque habiendote trahido á tal eſtado, debo dar de ti cuenta: procura poner en Dios tu eſperanza, para que te dé cada dia nuevos grados de perfeccion, que en ſu Divina Mageſtad confio, que ſea uno de los mayores ſervicios que le he hecho el haberte trahido á eſte ſanto Convento.

Cor-

4 Correſpondia con igual amor á ſu Tia la Señora Sor Dorotéa, ſintiendo con increíble pena que eſtuvieſſe indiſpueſta, y aſsi le era de grave mortificacion el tratarle ſu Alteza de ſu muerte; y ſolia reſponder: Primero me muera yo, ſeñora, que tal vea. La Infanta con reſolucion ſanta, y determinada, le decia: No tienes que canſarte Dorotéa, eſto ha de ſer, yo me he de morir preſto, tu lo verás. Quando dentro de tan pocos dias vió la enfermedad de ſu Alteza, bien ſe deja entender qual ſeria ſu ſentimiento: ſin duda fue tal, que obrando con tal fuerza en la naturaleza, fue bien meneſter para llevarlo la gracia. Aſsiſtia ſiempre á los pies de ſu cama con agradecidas lagrimas, llorando dolor tan intolerable, pues perdia en ſu Alteza, Tia á la ſangre, y Madre al eſpiritu.

5 Como ſu Alteza eſtaba en la cama, era fuerza entrar yo en el Convento á decirle Miſa, y á darle la Sagrada Comunion, por Breve particular, que para ello tenia. Hallabala ſiempre tan guſtoſa, tan conforme, alegre, y devota, que me cauſaba admiracion: eſtaba en la cama en la miſma forma, y compoſtura Religioſa, que en la ventanica, quando daba audiencia: tenia pueſto ſu habito, prendidas ſus tocas, y ſu velo, pendiente del cuello una mantellina del miſmo paño, y color del habito, de que uſaba ſiempre, ceñida ſu cuerda, y ſu Roſario en la mano. Con eſta modeſtia egemplar nos eſtaba enſeñando lo que en tales ocaſiones debemos hacer los Religioſos. Puedo certificar ſin encarecimiento, que no habia quien la vieſſe en eſta forma, que no ſe le repreſentaſſe un Angel con habito de peregrino caminando á ſu Patria. Preguntabale, ¿cómo ſe ſiente vueſtra Alteza? Y reſpondia con alegria: Muy bien, ſea Dios bendito, pues ſe eſtá haciendo en mí ſu ſanta Voluntad. Dige: ¿Tiene vueſtra Alteza algo que reconciliar? Gracias á Dios, decia, que no ſiento coſa, ni me acuſa la conciencia; pero ſi al Padre Confeſor le parece que me confieſſe, acudiremos á lo ordinario, que es la vida paſada.

6 Hablaba un poco de las coſas de ſu alma, y modo de ſus egercicios, y meditaciones en ſu enfermedad, y deſpues de haber tomado aquella eſpiritual refeccion, ſe diſponia para las demás, que era oír Miſa, y comulgar Sacramentalmente, y quando no, por lo menos eſpiritualmente, lo qual hacia con tan gran atencion, reverencia, y devocion, que creo ſin duda alguna que re-

recibia de la liberal mano de Dios en aquellas comuniones grandes mercedes, como ſu Alteza me lo dió á entender. Hacia de ordinario eſta eſpiritual comunion en la meditacion de ſu miſtica Caſa, y Altár de la ſanta Llaga del Coſtado, recibiendo aquella Sangre amoroſa, deſde el Corazon piadoſo de nueſtro Señor. Oía Miſa, y comulgaba con admirable egemplo, dandolo á todos, y ſolicitando al corazon mas elado, á nuevos fervores de eſpiritu. Deſpues de haber oído Miſa, y comulgado, ſe recogia al centro del alma, con atenta, y profunda conſideracion de lo que habia recibido, y con hacimiento de gracias intimo, que le encendia el fuego ſanto del amor divino, procuraba conſervarlo, y aumentarlo todo el dia, y la noche, yá por introverſion á eſte ſanto retiro, quando la dejaban, yá por extraverſion al trato caritativo, y apacible de los progimos, caminando de eſta manera ſu alma por eſpirituales egercicios, y ſu vida por los terminos de ſu enfermedad.

7 Eſtaba para profeſar en eſte Convento el dia de la Viſitacion de nueſtra Señora, á dos de Julio, Sor Juana del Eſpiritu Santo, hija del Duque de Villahermoſa, á quien ſu Alteza queria mucho, por hija de ſus padres, nieta de ſu abuela la Duqueſa Doña Juana de Perneſtan, que ſirvió à ſu Alteza con raro amor deſde ſus tiernos años. Deſeaba el conſuelo de eſta niña, la qual con grande anſia eſperaba el dichoſo velo de ſu profeſion. Embarazaba la enfermedad de ſu Alteza, porque como habia de ſer con toda ſolemnidad, y hallarſe preſentes ſus Mageſtades, y la Nobleza de la Corte, que en tales ocaſiones entran en el Convento, y no eſtando ſu Alteza con ſalud, no parecia que podia haber fieſta eſpiritual, ni contento, y ſe podia temer, que el concurſo de la gente, y continuacion de las viſitas le agravaſſe mas el accidente; y aſsi habia orden de ſu Mageſtad, para que ſi ſu Alteza no eſtaba buena, ſe dilataſſe la profeſion. Pero nueſtro Señor, que ni en lo poco quiere defraudar los deſeos de ſus ſiervos, quiſo cumplirle á ſu Alteza el que tenia de vér á eſta niña profeſa antes de ſu muerte. Y aſsi el Viernes, primero de Julio, mejoró tanto, que los Medicos creyeron, que habia dado fin la enfermedad. Dieron cuenta á ſus Mageſtades de la mejoría, de que ſe alegraron ſumamente, como quien con tan grande ternura la amaban. Con eſto ſe diſpuſo la fieſta, y profeſion para el Sabado dia de la Viſitacion. Celebróſe muy ſolemnemente, con

la Real presencia de sus Magestades, y estabase en la cama su Alteza en su celda, adonde la visitaron, é hicieron compañia los Reyes, alegres de verla con tanta mejoria. Entretuvose aquella tarde, porque le fue de mucho alivio, por las circunstancias de gozo de vér cumplido su deseo, y el de la recien profesa. Despidieronse de su Alteza á la noche sus Magestades, y volvieron á Palacio, gozosos de la mejoría con que su Tia quedaba.

8 Entré en su celda luego que salieron, y le pregunté ¿cómo lo habia pasado? Respondió: De todo me ha ido muy bien: hállome muy agradecida á nuestro Señor, por los beneficios que de su mano he recibido: he gozado de la merced que sus Magestades me han hecho, y alegrado de verlos buenos, Dios los guarde, y no poco de que esta niña se halle yá profesa, y consolada: todas son misericordias de Dios, quisiera saberlas agradecer, y servir. Pero sepa el Padre Confesor, que la mayor, y que me importa mas, es el cuidado que conservo en mi corazon de no perder de vista la muerte. Tan poco divertian á su Alteza las cosas de la vida, en el importante cuidado de lo eterno.

CAPITULO XXVII.

AGRAVASE LA ENFERMEDAD DE SU Alteza, y cuidado que puso á todos.

DOmingo siguiente, tres de Julio, entré á decir Misa á su Alteza, y á comulgarla: hizolo con gran devocion, y espiritu. Aquel dia pareció mas hinchado el brazo; pero con poca calentura, y buen aliento, y aunque creían los Medicos, que estaba libre de la enfermedad, y lo pasó mas descansada; pero siempre con advertencia, de que la muerte estaba muy cerca. La noche siguiente corrió el humor, siendo tan grande la fluxion al brazo, que ahogó su calor natural, y vino á causar una enfermedad, que los Medicos llaman *Eſtiomenon*, que es total mortificacion de la parte. Lunes por la mañana, hallando los Medicos este nuevo accidente, desconfiaron de la salud de su Alteza, y ordenaron, que con el Doctor Andosilla, Cirujano de Cámara de su Magestad, se juntasse el Licenciado Blás Rodriguez, que tambien sirve con el mismo honor. Acudieron al remedio, pero no se minoraba el pe-

peligro. Dióſe otra vez aviſo á ſus Mageſtades del nuevo accidente, que lo ſintieron con grande eſtremo; y con ſingulares demoſtraciones de amor, y caricias mandaron á los Medicos, que cuidaſſen como de la ſalud de los Reyes de la de ſu Alteza. No ſolo enviaban muy ordinariamente recados, para informarſe puntualmente del eſtado de enfermedad, ſobre la noticia que les daba de ella el Abad de Covarrubias; ſino que mandó ſu Mageſtad al Marqués de Torres, ſu Mayordomo (Caballero de ſingulares partes, zelo, y acierto en quanto corre por ſu mano) que aſsiſtieſſe en ſu nombre en las Deſcalzas á lo que convinieſſe al ſervicio, y regalo de ſu Alteza. Como entendí el rieſgo en que ſu Alteza ſe hallaba, entré al Monaſterio, por cumplir con lo que debia, y me habia mandado de que no la faltaſſe en el ultimo punto. Luego que llegué á ſu celda, dió mueſtras de eſpiritual regocijo, diciendo:

2 O que bien ha hecho el Padre Confeſor en entrar, que ſupueſto que el brazo no les parece bien á los Medicos, á mi me parece mejor prepararme para todo ſuceſo; y aunque no ſiento coſa particular de que confeſarme, por gozar de eſte Santo Sacramento de la Penitencia, me reconciliarè. Yo le dige: Parecemе bien Señora, y que vueſtra Alteza ſe confieſe, como ſi eſta huvieſſe de ſer la ultima confeſion, que podria ſer que lo fueſſe. Reſpondió ſu Alteza con mucha paz, y ſoſiego: Gracias á nueſtro Señor, que ſiempre me he confeſado con eſta conſideracion, como ſi huviera de ſer la ultima. Pero ſi al Padre Confeſor le parece, que añada ahora otra coſa, digame lo que debo hacer, que yá ſabe, que deſeo cumplir con todo, eſpecialmente con eſto. Yo como ſabía por tantas confeſiones el eſtado de ſu alma, aſſegurèla en aquel particular, y que ſolo ſe reconciliaſſe, haciéndo de ſu parte lo poſible. Hizo eſto con admirable eſpiritu, y fervor: abſolvila, y quedó ſu alma muy conſolada; porque como ſiempre tuvo aquel ſanto rendimiento, y fé con ſus Confeſores, ajuſtabaſe con facilidad á lo que la decian, diciendo: Si le parece aſsi al Padre Confeſor, ſea muy en hora buena, que aſsi lo entiendo yo. Eſte era ſiempre ſu modo de obedecer.

3 Deſpues de haberſe reconciliado me preguntó: ¿Parecele al Padre Confeſor, que eſtoy bien confeſada? Debo hacer mas de lo que ha viſto en la confeſion general, y en las demás que he hecho? Heme reconciliado bien? Digame lo que le parece, que

aqui eſtoy con deſeo de cumplir con lo que debo á Chriſtiana. Digele lo que ſentia, y que ſe hallaba obligada á Dios, con gran deuda, pues la habia conſervado en gracia haſta aquel punto. Levantó el corazon á Dios diciendo: A Vos, Señor mio, ſe debe todo, y á Vos me doy toda. Dijome: ¿No es aſsi, que me muero? Digame, qué hay en eſto? Reſpondíla, que aſsi lo entendia; porque el mal, y el parecer de los Medicos lo daban á entender: y que dieſſe gracias á nueſtro Señor, que yá ſe llegaba el termino ultimo de la vida, á que ſe habia de ſeguir el vér, y gozar de Dios. Oyó eſto con atencion, y comenzó el eſterior á dar mueſtras del gozo eſpiritual que ſentia, y con alegria increíble dió gracias á Dios por tan buena nueva. Creció eſte alborozo ſanto de manera, que una Religioſa, que ſe habia quedado cerca, y el amor grande que tenia á ſu Alteza no la habia permitido deſviarſe mucho, y eſto miſmo le hacia eſtar atenta á vér ſi ſe ofrecia en que poderla ſervir, oyò lo que paſaba, y parecióle que era mucho guſto en ſemejante ocaſion. Llegóſe á la cama con lagrimas, y dolor, y dijola: ¿Qué es eſto, Señora, pues ahora eſtà con eſſa riſa, quando todas eſtamos muriendo de dolor, y ſentimiento? Acercóla à sí ſu Alteza, y tomandola la mano, la dijo con mucho agrado conſolandola. ¿Mi amiga, no quereis que eſté alegre, pues tengo yá pronoſticos ciertos de que ſe acaba mi peregrinacion, y deſtierro, y que he de vér preſto á mi Eſpoſo Jeſus? Dijole la Religioſa: Muy bien eſtá; pero hay antes mucho que temer, y que paſar, porque eſtá primero la muerte, y la cuenta.

4 Aſsi lo entiendo, y lo creo, dijo la Infanta: y aunque es verdad, que yo tengo mas que temer, por ſer la peor de todas, pero ha pueſto Dios en mi alma una eſperanza tan ſegura, y un amor tan grande á ſu Mageſtad, que ſin comparacion es mayor que el temor, que pueden cauſar mis pecados, la muerte, y el juicio; y ſiendo eſto aſsi, ¿por qué no quereis que yo eſté gozoſa, y alegre? Enterneciòſe la Religioſa, reſpondiendo con lagrimas á eſtas ſantas palabras: y ſu Alteza con mucha blandura, y caricias, la conſolaba, diciendola: Callad mi amiga, ¿por qué llorais? ſentís mi buena dicha? Yo eſtoy muy contenta, y vos debeis eſtarlo ſi bien me quereis. Eſtuve atento á eſte coloquio, y conocí en las palabras de ſu Alteza el afecto, y fervor con que las decia, y que la mano del Señor andaba de por medio, y la go-

gobernaba. Hiceme de ſu parte de que moſtró grande guſto; y dijo á la Religioſa: ¿Veis como tengo razon? mirad lo que el Padre Confeſor dice.

CAPITULO XXVIII.

RECIBE AL SEÑOR POR VIATICO.

COmo ſu Alteza reconocia la fuerza del mal, parecióle que era bien aſſegurar en todo ſu alma, haciendo lo debido para eſto; porque ni penſaba, ni hablaba en otra coſa. Dijome deſpues de haberſe reconciliado: Lo que falta ahora es, recibir el Santiſsimo Sacramento: ſino huviere inconveniente, holgaria mucho recibir eſte conſuelo, y aſſegurar coſa que tanto importa. Eſtando vueſtra Alteza tan agravada, reſpondí, no hay inconveniente, antes me parece muy bien, y muy conforme á ſu obligacion. Dijo ſu Alteza: Pues por amor de Dios, que ſe diſponga luego, y goce mi alma de tan ſoberano Señor. Tocóſe la campana, juntóſe la Comunidad con bien poco trabajo; porque el amor, caridad, y pena con que ſe hallaban con eſte accidente, las tenia yá juntas. Previnoſe lo neceſario, diſpuſoſe todo conforme á la loable coſtumbre, y ſantas ceremonias que uſan en tales ocaſiones en eſte Santuario. Fuimos en proceſion al Relicario, donde eſtaba el Santiſsimo Sacramento, y entretanto quedó ſu Alteza preparandoſe para celebrar eſtas ultimas bodas, con afectuoſos actos de Fé, de Eſperanza, y de Amor, con tan eſpirituales demoſtraciones, que dicen las Religioſas, que la quedaron aſsiſtiendo, que verla, y oirla en aquella ocaſion, era coſa admirable; porque decia con grande ternura: Bendito ſeais Vos Señor, y bendita vueſtra gran Caridad, que no ſabeis negaros á nadie, que con amor os buſca en qualquier tiempo, y á qualquiera hora, eſtando manifieſto para todos. Bendita ſea vueſtra Bondad, y vueſtro Amor ſuaviſsimo. ¿Quién me digera, que á eſta hora habia de recibir tal bien? Venid, venid, Señor mio, que os eſpera mi alma para entregarſe á Vos para ſiempre.

2 En eſta ſanta ocupacion eſtuvo el eſpacio que el Santiſsimo Sacramento llegaba. Habia quedado de acuerdo ſu Alteza de hacer eſta comunion dentro de ſu morada, en la ſanta Llaga del

Coſ-

Coſtado, y que deſpues de haber recibido á ſu Mageſtad le habia de entregar las llaves de ſu libertad, pidiendole la encerraſſe en donde habia vivido tantos años, porque deſeaba morir, y ſer ſepultada ſu alma en aquel ſanto lugar. En eſtas conſideraciones, y afectos ſe hallaba, quando entraba la proceſion acompañando al Señor en ſu celda á viſitar, y recrear á ſu Eſpoſa. Eſtaba aquel eſtrecho, y pobre lugar hecho otro Portal de Belén: parecia un Cielo abreviado con la Real preſencia del Señor de los Cielos, acompañado de aquel Coro de virgenes, todas con ſus velas encendidas, y pueſtas de rodillas, diciendo devotamente los Salmos, y Oraciones que ordena el Ceremonial para ſemejantes actos, y los que en eſta ſanta Caſa ſe acoſtumbran. Hallabaſe ſu Alteza con la compoſtura Monaſtica, y Religioſa, pueſto ſu habito, tocas, y velo, con tan gran reverencia, y devocion en lo corporal, y eſpiritual, con tan tiernos, y amoroſos ſentimientos que á todos los comunicaba, dando una certeza moral de la ſantidad, y gracia en que ſe hallaba ſu alma. Incorporóſe en la cama, y con profunda veneracion, la mas humilde, y reverente que pudo, recibió á ſu Mageſtad Divina, y luego ſe recogió á hacer las poſtreras entregas de ſu alma, y á pedir al Señor, que tomaſſe la poſeſion eterna, como de coſa tan ſuya. Luego volvió á hablar á la Comunidad, para cumplir con la ſanta ceremonia de la Religion, de pedir perdon á las Religioſas, y que la encomienden á Dios. Y á la Madre Abadeſa rogó, que la dieſſe un habito de limoſna para enterrarſe.

3 Tal es la pobreza Evangelica, que á los mas poderoſos reduce á eſta neceſidad, y á eſta dicha de hallarſe en aquel ultimo trance ſin el embarazo que ſuelen cauſar los bienes temporales, que no dejan morir en paz á los que ſiempre vivieron con ellos en guerra. Hermanas, dijo, á todas pido con el encarecimiento que puedo, que me perdonen por amor de Dios, el mal egemplo que las he dado con mi vida deſperdiciada: y aſsimiſmo el trabajo que han tenido con mi importuna condicion, y flaqueza: y pues han viſto qual he ſido, eſſo miſmo las obligue á encomendarme á Dios, por haberlo tanto meneſter. A la Madre Abadeſa, y al Padre Confeſor pido me hagan caridad de darme á ſu tiempo el ultimo Sacramento. Deſpues de haber acabado con eſte acto, ſe volvió á recoger en ſu interior: y deſde aquella hora haſta la de la muerte quedó con grande alegria, y un roſ-

roſtro tan riſueño, y agradable, que cauſaba admiracion. Deſde entonces eſcuſaba mucho hablar; y aſsi lo dió á entender; ſolo reſpondia, y ſatisfacia á lo que la preguntaban. Eſtaba muchos ratos en unas ſuſpenſiones interiores, con que daba demoſtracion de la ocupacion en que ſe hallaba. Decianla: Señora, yá V. Alteza ſabe que eſta es muy buena ocaſion para negociar con Dios, precioſo tiempo es eſte, V. Alteza lo aproveche: reſpondia con humildad, y alegria: Yá yo lo procuro, y cierto que no puedo mas: en mi caſica me eſtoy, alli me entrego á Dios, ſi algo ſe hace, ſu Mageſtad lo obra, que yo ſoy una pobrecita: muy bien hallada eſtoy en la Llaga de ſu Santo Coſtado. Preguntóme con reſignacion: ¿Padre Confeſor, parecele que eſtoy bien confeſada, y que he cumplido con mi obligacion? Tengo mas que hacer? Digamelo, que aqui eſtoy con deſeo de dar guſto á mi Dios. Señora, la decia: lo que hay que hacer ahora es repetir, y continuar los actos que eſtá haciendo de reſignacion, de Fé, de Eſperanza, y Caridad, afinandolos quanto la fuere poſible. Yo lo haré como ſupiere, y repetia diciendo: Señor mio vueſtra ſoy, para Vos nací, en Vos eſpero, y á Vos adóro, hagaſe en todo vueſtra ſanta Voluntad.

CAPITULO XXIX.

PACIENCIA EGEMPLAR DE SU ALTEZA en eſtos ultimos dias.

DE la ocupacion interior, y de la aſsiſtencia amoroſa que nueſtro Señor la hacia, reſultaba aquella admirable paciencia, y egemplar alegria, paz, y ſilencio con que paſaba ſus penas, ſin quejarſe, ni dar á ſentir ſu mal. Admiraba á las que la aſsiſtian, y ſervian, diciendola: ¿Señora, cómo le vá? Qué ſiente? Reſpondia con alegria, y agradecido ſemblante: Muy bien me vá: no ſiento coſa, ſolo el peſo de eſte brazo es grande; pero no me duele, que como nueſtro Señor conoce mi flaqueza, no me aprieta mucho. Padecia en toda la enfermedad grande ſed, cauſada de la continua calentura. Decianla algunas Religioſas: ¿Tiene ſed V. Alteza? Reſpondia: Mucha tengo: ſi me quieren dar un poco de agua, lo agradeceré, y ſi no todo ſerá padecer un poco mas

por

por amor de Dios. Cauſaba admiracion ſu ſufrimiento, y tolerancia; porque ſiendo el mal del brazo tan grave, y penoſo, y de tantas congojas, eſpecialmente en aquellos dias ultimos, lo diſimulaba, ſin dar á entender lo que padecia, ſin quejarſe, ni moverſe. Obſervamos por coſa rara, que deſde el Lunes por la mañana, que le curaron el brazo, haſta que murió, no ſe mudó, ni movió de aquel lugar, ni fue neceſario componer ſu ſanto cuerpo, ni llegar á ſu Alteza, eſtandoſe queda, ſin quejarſe, como ſi el mal fuera muy leve. Dijola la Abadeſa: ¿Señora, cómo ſe ſiente V. Alteza? Y eſtando harto acongojada, reſpondió: Algo mejor. Otra vez dijo: Eſta noche he de eſtár mal acondicionada, tengan paciencia conmigo, y no ſe eſcandalicen, ſi me quejáre, que me aprietan mucho las congojas del corazon. Eſto fue lo mas que dijo, y en toda la noche no ſe le oyó quejar mas que ſi no tuviera dolor, ni congoja. Finalmente excedia ſu invencible paciencia, y manſedumbre en aquella ultima noche, al terrible dolor con que ſe hallaba á las fatigas, la ſed, las anſias, canſancio, y deſvelo, eſtando tan conſtante, que ſi alguna vez ſuſpiraba, decia: Hermanas, perdonenme por amor de Dios, que eſtoy un poco congojada.

2 Aquella noche entre las nueve, y las diez, eſtando enmedio de ſu mal, con gran quietud, llamó á la Madre Abadeſa, diciendo, que ſe llegaſſe á la cama: Hablemos, dijo, un rato, que no sé ſi tendrémos otro, y tambien me ſervirá de alivio. Era grande el amor que ſe tenian deſde ſus tiernos años, y la lealtad con que la Madre Abadeſa la habia aſsiſtido, y ſervido deſde ſu primero uſo de razon. Habló gran rato en lo mas importante: encomendóle mucho la obſervancia regular de ſu Convento; y que procuraſſe ſiempre el buen egemplo con que habia vivido deſde ſu fundacion: que trabajaſſe en que ſe guardaſſen las ſantas, y loables coſtumbres, que las ancianas habian eſtablecido: que aſsiſtieſſen mucho á la Señora Sor Dorotéa, ſu Sobrina, como prenda tan de ſu corazon. Yo fio, dijo, de la virtud de Dorotéa, que ſabrá merecer la caridad que la hicieren: nueſtro Señor mirará por ella, y ſu Magedad creo que la hará mucha merced. La Madre Abadeſa la ſatisfizo à todo con grande prudencia, encargandoſe en quanto ſus fuerzas alcanzaſſen de lo que la ordenaba. Pasó la noche con mayor mal, y trabajo, que demoſtracion, guardandolo todo para sí, ſin dar parte á las que la aſsiſtian.

Lle-

3 Llegaban algunas Religiosas amorosamente á consolar á su Alteza, y una de ellas la dijo: Señora, sie V. Alteza del Señor que ha recibido, y tiene en su alma, que la ha de dar salud, y vida por el consuelo de tantas criaturas. Respondióle: Ahora estamos en esso, es verdad, que mis pecados merecen muy bien que me alargue el Señor mi destierro, castigandome con mas vida, y mas trabajos; pero fio de su Bondad, que de esta vez se ha de servir de llevarme á que yo le vea, y le góce. Dijo la Madre Vicária del Convento: V. Alteza se consuele mucho con lo que Dios hace, y conformese con su voluntad. Respondió risueña, y alegre: Tanto lo estuvierades vos, y las demás en mi muerte, como yo estoy en recibirla: tomad esse consejo para vos. Decíale una de sus compañeras: Señora, míre que haga muchos actos de amor, y todo lo que ha sabido hacer en la vida, no lo olvide en la muerte. Respondia con afabilidad: Dios os pague el aviso; esso mismo estoy haciendo, aunque con menos fervor del que quisiera.

CAPITULO XXX.

LO QUE SU ALTEZA PREVINO ANTES de morir.

MArtes por la mañana entré en el Convento para assistir á su Alteza, halléme en la primera junta de los Medicos, y eran todos de la Cámara, y siempre hallaban menos esperanzas de su vida. Su Alteza muy contenta, y conforme, ardiendo á un mismo tiempo en su pecho el amor de Dios, y de los progimos, porque murió con el cuidado que toda la vida vivió; hablando de las cosas de su alma, me dijo: Solo una cosa me dà pena, y deseo en ella hacer lo que se pudiere de mi parte, y despues haga Dios lo que fuere servido. El Padre Confesor me ha de hacer gusto de sacarme de este cuidado. ¿Essa buena gente, queda desacomodado alguno? quisiera poder mucho en su remedio: no tengo que dejarles otra cosa, sino la merced que su Magestad les quisiere hacer: deseo valerles en esto: háme de hacer caridad el Padre Confesor de ir á besar la mano á su Magestad de mi parte, y decirle el estado en que nuestro Señor me tiene, y que estoy cierta de que la mucha merced que me ha hecho en la vida, la con-

tinuará en la muerte: que le ſuplíco ampare mucho la Orden de N. P. San Franciſco, en donde he vivido tantos años: que ſe acuerde del amor que he tenido á eſte Convento, y lo que debo á eſtas Religioſas: y que bien ſabe ſu Mageſtad lo mucho que he querido á Dorotéa, que me haga merced de recibirla debajo de ſu Real amparo, y favorecerla, como yo lo confio. Y que pues ſabe, que muero como Monja pobre, y que no tengo que dejar á eſta buena gente que me ha acudido por ſu mandado, que ſu Mageſtad los ſocorra, y ocupe en ſu ſervicio, y entretanto mande alargarles los ſalarios que tenian, que ſerá para mi de grande conſuelo: y lo miſmo diga al Conde Duque de mi parte, que sé que acudirá á todo, y diſpondrá, que el Padre Confeſor beſe la mano á ſu Mageſtad. Y ſi no, baſtará que el Conde lo entienda, que eſtoy cierta dará orden à todo, y lo pondrá en egecucion. En medio de ſus fatigas, y congojas mortales eſtaba tan atenta á no faltar á la caridad, quanto ſe puede conocer por eſtas palabras. Mandóme, que fueſſe preſto, porque corria apriesa ſu vida, y ſe ſentia agravada.

2 Fuí con eſte orden á Palacio, hablé al Conde Duque, díle el recado de ſu Alteza, que recibió con ſingular eſtimacion, y ſentimiento, de que el mal la apretaſſe tanto, y ſe hallaſſe en tal eſtado ſu ſalud. Reſpondió: Que en quanto fueſſe de ſu parte pondrian en egecucion todo lo que ſu Alteza mandaba, y dióme orden ſu Excelencia, que entraſſe á beſar la mano al Rey, y darle cuenta de todo. Yo le ſupliqué me dieſſe licencia, para volverme, porque ſu Alteza quedaba de peligro, y deſeaba no faltarle en tal ocaſion. Aſsi como el Conde Duque entendió eſto, vino bien en ello, diciendome, que aſſeguraſſe á ſu Alteza, que luego al punto tomaria reſolucion ſu Mageſtad. Degéle el memorial del numero, y oficios de los criados, y lo que pretendian, y volvime á aſsiſtir á ſu Alteza que la hallé con paz, alegria, y ſerenidad admirable. No parecia que tenia mal, aunque le habia dado una congoja poco antes, de que yá ſe hallaba libre: díle cuenta de todo: holgóſe ſumamente, y agradeciólo, y la brevedad de la vuelta, como ſi aquello no fuera debido.

3 Eſte dia, y los antecedentes, ſe hacian en la Corte, y fuera de ella muchas oraciones, ſe decian Miſas, repartian limoſnas, pidiendo todos con anſia la vida, y ſalud de ſu Alteza. En muchas partes eſtaba el Santiſsimo Sacramento deſcubierto, eſpecialmen-

miente en este Real Convento, que estuvo en público hasta que su Alteza dió su espíritu al Señor. Consolabase quando yo la decia las oraciones que se hacian, y que por ellas le habia de hacer nuestro Señor muchas mercedes. Daba gracias á Dios, diciendo: Recibid, Señor, por mi alma todas estas oraciones, y pagadles, Bien mio, la caridad que me hacen. Entretanto su Alteza pasaba su mal con grande igualdad, y con tal rendimiento á todo lo que le ordenaban los Medicos, que decia: No quiero perder este merecimiento, Dios me dió á estos hombres para que les obedezca, tengolo de hacer con toda puntualidad. Quando iban llegando los recibia con grande alegria, agradeciendoles su cuidado, especialmente quando venía el Protomedico, Abad de Covarrubias, y le daba los recados de los Reyes, asegurando la pena con que estaban, y lo que en orden al servicio de su Alteza le tenian mandado. Agradecialo con particular demostracion, diciendo: Sea todo por amor de Dios. Decid á sus Magestades lo mucho que estimo la caridad que me hacen; que les dé Dios la vida, y salud que siempre les he deseado.

4 Quiso el Señor, que nada deseasse esta su sierva, que no lo viesse cumplido antes de morir: acordabase del desamparo de sus criados, y consolabase, diciendo: Su Magestad les hará merced, yo lo fio, el Padre Confesor lo verá. A este tiempo estando yo á su cabecera, y hablandola en las cosas de su alma, llegó un papel del Conde Duque, en que me decia lo que su Magestad habia determinado en lo que yo le habia propuesto de parte de su Alteza tocante á los criados; á los quales hizo su Magestad merced, acomodandolos de renta, y á otros de oficios; porque en todo lo demás su Magestad queria responder con tales demostraciones, que se conociesse el amor que tenia á su Tia. Leí á su Alteza el papel, estuvo muy atenta, notólo todo, y con semblante agradecido, con mucha blandura, dijo: Gracias á Dios, él sea bendito; siempre entendí de su Magestad, y de la merced que me hace, que habia de ser esto como yo lo he dicho, Dios lo guarde muchos años, y pague al Conde lo bien que lo ha dispuesto.

5 Estaba su Alteza tan entera, y tan en todo, que nadie juzgára, que su vida caminaba tan apriesa, ni que su mal era tan grave. Quiso Dios cumplirle lo que tantas veces le habia suplicado de que le diesse enfermedad, y muerte con que siempre

le eſtuvieſſe amando haſta deſpedirſe el alma del cuerpo. Era la enfermedad de ſu Alteza uno de los mas penoſos accidentes que podian ofrecerſe á los Reyes, por la grande veneracion, y amor con que ſiempre la habian comunicado: y aſsi fueron iguales al ſentimiento las demoſtraciones, no ſolo en el cuidado de ſaber de ſu ſalud, y de que no faltaſſe coſa alguna á ſu regalo, y ſervicio, ſino que con ſer ſu enfermedad tan peligroſa, y tal el tiempo, que ſe podia temer qualquier contagio en perſonas de una miſma ſangre, y complexion, no pudiendo tolerar, que murieſſe ſin volverla á vér, aunque la habian en aquella enfermedad viſitado. Eſtando yá pueſtos los coches el Martes para volverla otra vez á viſitar, les privó de eſte conſuelo la brevedad de la muerte de ſu Alteza, como luego dirémos. Tambien poco antes que murieſſe fue el Conde Duque á las Deſcalzas á ſaber de ſu ſalud, y habló á la Abadeſa, informandoſe muy particularmente de la enfermedad con ſingulares demoſtraciones de pena, vér las pocas eſperanzas que daban los Medicos de ſu vida.

CAPITULO XXXI.

TRANSITO DICHOSO DE LA INFANTA Sor Margarita de la Cruz.

Aſsi como el navegante deſpues de la tempeſtad mira deſde el navío con alegria la tierra, miraba con guſto ſu Alteza deſde la tierra de ſu cuerpo el Cielo; porque no ſe puede creer el gozo que tenia algunas horas antes de ſu dichoſo tranſito, ſintiendo yá el alma la bienaventuranza que le eſtaba aguardando. Forzoſo era que fueſſe el paſo de la muerte el mas penoſo de ſu vida, porque en él ſe apartaban eſtas dos amigas, y enemigas ſuſtancias que ſiempre ſe amaron, y ſiempre ſe perſiguieron. Con ſer eſto aſsi, la paz, la ſerenidad, el contento de ſu Alteza era grandiſsimo, corrigiendo la gloria del alma las congojas, y fatigas del cuerpo: veíamosla reir algunas veces con grande dulzura, y ſentimientos tiernos; y preguntandola las Religioſas: ¿Señora, de qué ſe rie vueſtra Alteza? Reſpondia con paz, y alegria: Hay cauſas para ello, y una de ellas es la ſuave, y dulce harmonía de una muſica que oygo. Replicaronla: Señora, míre vueſtra Alte-

za que es engaño, que no canta nadie, ni ſe oye muſica alguna. Bien puede ſer que me engañe, reſpondia, pero verdaderamente me parece que la oygo. De alli á un poco eſtando reconciliandoſe para recibir el Sacramento ſanto de la Extrema-Uncion, me dijo: Que lindamente cantan, ¿no lo oye el Padre Confeſor? Reſpondí: Señora podrá ſer que canten en la Igleſia, que eſtá el Santiſsimo Sacramento deſcubierto. Dijo ſu Alteza: Bien me parece á mi que es muſica, y fieſta de Sacramento; ella es linda coſa. Y lo cierto era, qui ni yo oía muſica, ni deſde alli ſe podia oír, quando cantàran en la Igleſia, ni cantaban entonces en ella.

2 De alli á otro poco volvió á reirſe con gran compoſtura, y júbilo verdaderamente eſpiritual. Dijola una Religioſa: ¿De qué es la riſa, Señora? Reſpondió: Paſan aqui grandes coſas, y aſsi no os eſpanteis que me ria. Quien vió eſto, y la alegria eſpiritual de aquella Señora en el tiempo mas congojoſo que tiene eſta vida mortal, y ha llegado á entender lo que un Religioſo docto, y grave de eſta Corte ha referido, que Dios nueſtro Señor moſtró á cierta alma aquella tarde una proceſion de Angeles hermoſiſsima, que con inſtrumentos muſicos iban á las Deſcalzas; ¿cómo puede dejar de entender, que el Señor quiſo pagar en la muerte á aquella ſierva ſuya los dulces, y ſuaves afectos con que le habia ſervido en la vida, renunciando por ſu amor la mayor grandeza temporal que ha podido deſeſtimar perſona en el ſiglo? Refiere San Gregorio, que á un pobrecillo baldado, que eſtuvo en Roma muchos años, pidiendo limoſna, y padeciendo por Dios, le honró con muſica celeſtial al morir. No dá mucho al credito, el que tiene por cierto que á ſu Alteza pobre, como aquel en la profeſion, egercitada en la tribulacion, rara en la perfeccion, honraria Dios con igual harmonía.

3 Hablaba ſu Alteza con gran caridad, y amor con todas las Religioſas, Reſpondiendolas blanda, y ſuavemente, y deſpidiendoſe de ellas con la miſma ternura que habia vivido con ellas. Ruegoos, decia, que encomendeis á Dios mi alma, pagando en oraciones el amor que os he tenido; que fio en ſu Bondad, que me ha de llevar adonde pueda pagar eſte cuidado. Martes, algo antes de las quatro de la tarde, llegaron los Medicos de ſu Mageſtad, y digimosla: Señora, yá vienen los Medicos. Reſpondió con mucha alegria: Vengan en buena hora, que yá no tie-

tienen que hacer, porque me ſiento ſin mal alguno, y ſin peſadumbre: como quien tenia por peſadumbre la ſalud, y por mal el dilatar el gozo del eterno bien. Advertimos por coſa notable, que eſtando tan cerca de ſu dichoſo tranſito, ſe hallaſſe tan entera en todas ſus potencias, y talento, y en la alegria, y agrado de ſu condicion, y con ſemblante tan riſueño, como pudiera con entera ſalud. Recibia á los Medicos con amor, diciendo á cada uno: Seais bien venido, Dios os pague la caridad. Dabanle algunos recados de ſus Mageſtades, diciendola el cuidado grande con que eſtaban, y el deſeo de ſu ſalud, y vida, y lo que les habian mandado que cuidaſſen con todo deſvelo de lo que mas cumplieſſe á ſu ſervicio. Oìa eſto muy atenta, y alegre, y reſpondia con agradecimiento: Dios pague à ſus Mageſtades la merced que me hacen, cierto que ſe la merezco por el amor que les tengo.

4 A eſta hora hicieron los Medicos una junta, que duró mas que la vida á ſu Alteza, porque eſtando ellos juntos parece que le fatigó algo el mal. Reconocilo, y digela: ¿Cómo ſe ſiente vueſtra Alteza, Señora? parece que hay novedad. Reſpondió: Es aſsi, que me ſiento algo congojada. Dige: ¿Será bien que trahigamos el ſanto Olio? Pareceme muy bien, reſpondió, porque deſeo recibirlo con tiempo, antes que me turben las anſias de la muerte. Volvioſe á reconciliar, abſolvila por la Bula, concediendole todas las indulgencias que mi Serafica Orden tiene para eſte articulo. Hizo devotiſsimos actos de Contricion, y de Caridad, reſignandoſe en las manos de Dios, y quedóſe con algunas Religioſas entretanto que la Comunidad, y los que nos hallamos preſentes fuimos por el Olio ſagrado. Llegó la proceſion á la celda, cercaron la cama las Religioſas con velas blancas encendidas, diciendo los Salmos que manda el Ceremonial, entretanto le adminiſtré el poſtrer Sacramento, como lo ordena la Igleſia, y con las ceremonias que ſe acoſtumbran en eſte ſanto Convento. Acabada eſta venerable accion, con ſingular devocion, y ternura de ſu Alteza, viendo que iba aprieſa la vida á coronarſe con dichoſo fin, ſe la dijo la recomendacion del alma, y teniendo el Santo Chriſto en las manos, arrimandolo al pecho con dulces, y tiernos ſentimientos de amor, y con ſanta envidia, y dolor de las Religioſas, dió ſu alma á Dios á las cinco de la tarde Martes á 5. de Julio de 1633. Quedó el roſtro alegre, y el cuerpo tra-

ta-

table, comunicando al ſalir el eſpiritu el gozo con que iba del deſtierro á la Patria. No parecia el cuerpo difunto, tanto, que los que alli nos hallamos lo mirabamos, y lo admirabamos, y fue neceſario uſar de algunas experiencias para vér ſi dejaba de eſtár animado: advirtiendo por coſa admirable la compoſtura exterior, y religioſa con que quedó difunta; ſu Eſpoſo en el pecho, ſu Roſario en la mano, el habito compueſto, el cordon, el velo, las tocas, ſin que las circuſtancias de la muerte alteraſſen un punto el exterior, y modeſtia del ſemblante que guardó en ſu vida.

CAPITULO XXXII.

COMPONEN EL CUERPO DE SU ALTEZA para el entierro.

DIfuntó el venerable cuerpo de la Sereniſsima Infanta Sor Margarita de la Cruz, fue llorado con tiernas, y devotas lagrimas por la Señora Sor Dorotéa, la Abadeſa, y las Religioſas, que aunque conſideraban la gloria que reſultaba de ſu muerte al alma, reconocian la falta que habia de hacerles el vivo egemplo de ſu perfeccion; conſiderando, que habian perdído en ſu amoroſa, y ſanta compañia, Prelada en el zelo, Maeſtra en la vida, y hermana en el trato. El dolor de la Señora Sor Dorotéa no hay quien pueda baſtantemente explicarlo, concurriendo en ſu perſona tan eficaces cauſas de pena: veíaſe ſin el amparo de tal Tia, ſin la doctrina de tal Madre, ſin el conſuelo de ſu compañia, y el alivio de ſu amor. Obraban de ſuerte los ſentimientos de la naturaleza con los eſtrechos vinculos del parenteſco, que era bien meneſter para llevarlos la gracia. Habiendo paſado el tiempo competente deſpues del dichoſo tranſito de ſu Alteza, hicieron las Religioſas los ultimos Oficios à ſu cuerpo: viſtieronle ſu habito, cuerda, y velo blanco, y negro, como murió, y vivió. No le embalſamaron por haberlo mandado aſsi ſu Alteza; pero puſieron ſobre ſu corazon una Imagen de nueſtra Señora, el Niño Jeſus, y una Cruz, como las prendas que en eſta vida mas habia amado. Acomodaron el devoto cuerpo en el feretro decentemente compueſto, ſobre un tumulo mediano, enfrente de la ventana del Relicario, adornaronlo de flores, y aqueſta venerable ca-

be-

beza coronaron con una guirnalda artificioſamente tegida: puſieronle una palma, explicando con ella la pureza de virgen, y con las flores ſus virtudes: un ſagrado Chriſto de marfil en las manos, como ſe mueſtra en la ultima eſtampa: puſieron al rededor muchas velas encendidas de cera blanca, que explicaron el color, la alegria eſpiritual que quiere San Pablo que tengamos los Fieles en la muerte de los Juſtos.

2 Hicieron compañia al devoto cuerpo de ſu Alteza todas las Religioſas aquella noche en el Relicario; que no pudieron apartarſe deſpues de la muerte á quien tan tiernamente amaron en vida. Fue acuerdo del Cielo poner ſu cuerpo en el Relicario, ¿pues qué otro lugar ſe debia á quien tanto tiempo habia ſido Relicario del Alma? Ni en donde, ſino en Relicario habian de eſtár colocadas aquellas venerables reliquias? En el miſmo lugar la puſieron difunta, que viva egercitó las virtudes; donde recibia al Señor, donde le adoraba, y amaba, donde daba á Dios alabanzas, conſuelo á los progimos, y á los pobres ſocorro. Abrieron muy de mañana la ventana del Relicario, y pareció á los ojos del concurſo grande que iba á venerarla, tan admirable difunta, como viva; el roſtro como un criſtal claro, alegre, y devoto, ſignificando la gloria que en el Cielo eſtaba gozando ſu alma.

3 Aſsi como ſe ſupo la muerte de ſu Alteza, fue herida univerſalmente de dolor toda la Corte, ſin que huvieſſe perſona ſeñalada á quien no laſtimaſſe eſta pena. Sintieron los Reyes ſumamente la pérdida de ſu Alteza, Tia á quien tan tiernamente amaron, tan confidentemente trataron, tan aſsiſtentemente regalaron. Lloraba la Nobleza haber perdído ſu amparo; los pobres ſu ſocorro; y el pueblo ſu egemplo. Obſervé con particular advertencia el dolor, y lagrimas de las perſonas devotas, y de todos los varones de eſpiritu, reconociendo quan grave pérdida es en el mundo apagarſe una luz, que le eſtá alumbrando. Cauſaba devocion, y láſtima el vér las aclamaciones que con lagrimas mezclaban todos, de las nobles acciones de ſu ſanta vida. Quien admiraba el valor increible en deſpreciar las Coronas del mundo: quien ſu devocion fervoroſa al ſeguir las inſpiraciones de Dios: quien aquella pureza de vida: quien la conſtante perſeverancia: quien la ſuavidad de ſu trato: quien el fervor de ſu eſpiritu. Los ſocorridos de ſu mano, la caridad: los edificados con ſu egemplo, la perfeccion. Lloraban las Religioſas aquel vivo egemplar re-

religioso; los Seglares, la falta de su amparo, y el remedio de su intercesion. A la pérdida comun hacia mas sensible la particular: tantas huerfanas pobres; doncellas recogidas; Religiosas necesitadas; ciegos miserables; Comunidades, y Hospitales, que habian perdido con su Alteza el sustento. Entró muy de mañana el Patriarca de las Indias, Don Alonso Perez de Guzmán el Bueno, á decir Misa de cuerpo presente, por Limosnero, y Capellan Mayor de su Magestad: y en el Altar de afuera la digeron muchos Prelados, y personas graves.

4 Previno el Patriarca, con orden de su Magestad, todo lo necesario al entierro, y honras, con el cuidado, acierto, y amor que debia al favor que siempre recibió de su mano. Escribió á todos los Conventos, y Religiones, que la encomendassen á Dios, disponiendolo todo á la mayor utilidad, autoridad, y grandeza del alma, y del cuerpo de esta Señora. Mandó su Magestad, que digessen á su Tia gran numero de Misas: y que el Marqués de Torres, su Mayordomo, como habia asistido á la enfermedad, asistiesse á las honras, dando los ordenes convenientes en la Casa del Rey, para que en el tumulo en la forma, y disposicion de acto tan reverente, se guardassen los terminos debidos. El cuidado de Don Christoval de Ibarra, Capellan mayor de la Princesa, fue el que tocaba á su puesto, y á su discrecion, dando los ordenes convenientes á lo que dependia de su mano en aquel Real Templo, y Capilla. Don Gabriél de Alarcon representaba en el luto la Casa de su Alteza, y las obligaciones de fiel criado, disponiendo con grande atencion, y desvelo lo que estaba á su mano. De esta suerte se fue previniendo el entierro.

CAPITULO XXXIII.

ENTIERRO DE SU ALTEZA, Y SUS circunſtancias.

PRevenido todo lo neceſario al entierro, y honras de ſu Alteza, adornado el ſanto Templo del Real Monaſterio de las Deſcalzas con ſus propias colgaduras, el crucero, la Capilla con telas ricas, negras, y moradas, y el cuerpo de la Igleſia con terciopelo, y damaſco negro, alfombradas rica, y decentemente las gradas: el tumulo con Real ornamento compueſto, cubierto de brocado, con inſignias Reales, cetro, y corona, eſcudos, y tarjetas de las armas Imperiales, y con los blaſones de Infanta, los quatro Reyes de Armas á las quatro eſquinas, y Maceros: ſe digeron toda la mañana Miſas en gran numero, acudiendo á eſto los principales Padres, y Prelados de las Religiones. Dijo la Miſa mayor Don Chriſtoval de Ibarra, y Mendoza, Inquiſidor de la Suprema, Capellan mayor de eſte Real Convento. A la tarde vinieron ſus Mageſtades el Rey, y Reyna, con todas las Señoras, y Damas de Palacio, y con las demoſtraciones de ſentimiento en el luto, que tenian de dolor en el ánimo. Entraron en el Monaſterio, y fueron luego los Reyes al Capitulo á venerar el ſanto cuerpo de ſu Tia, que eſtaba acompañando la Comunidad con velas encendidas. No pudieron ſin gande ternura, reconocer difunta á la que con tal amor, y eſtimacion trataban en la vida, conſiderando ſin vital aliento aquel devoto cuerpo, que tanto tiempo habia ſido ornamento del alma.

2 Puſoſe el cuerpo en el Capitulo, porque alli ſe le harian mejor los ultimos Oficios, y eſtaria mas cerca del Coro, donde eſtaba prevenido el entierro. Quedó la Reyna, y ſu Caſa en la Tribuna, deſde donde aſsiſtió á los Oficios. El Rey ſalió á la Igleſia, y eſtuvo en ſu cortina con la autoridad, y decencia acoſtumbrada. En el banco de los Embajadores, el Nuncio Apoſtolico, el Embajador de Francia, el de Venecia: cerca de la cortina ſu Mayordomo Mayor, Duque de Alvá. En el banco de los Grandes, el Almirante de Caſtilla, Duque del Infantado, Duque de Medina de las Torres, Duque de Seſa, Duque de Alburquerque,

Du-

Duque de Villahermoſa, Duque de Ijar, Duque de Paſtrana, Marqués de Aſtorga, Marqués de Santa-Cruz, Marqués de Velada, Marqués de los Balbaſes, Condeſtable de Caſtilla, Condeſtable de Navarra, Conde de Oropeſa, Conde de Altamira, y otros grandes Señores. En el banco de los Prelados, el Arzobiſpo de Zaragoza Don Fray Juan de Guzmán, el Obiſpo de Cordova Don Fray Domingo Pimentél, el Obiſpo de Palencia, el Arzobiſpo Don Franciſco Sanchez, Arzobiſpo de Mazara, el Obiſpo de Oviedo Don Martin Carrillo, Don Fray Juan Bravo Obiſpo de Urgento. En frente del banco de los Grandes, en otro banco, los Capellanes, y Prédicadores de ſu Mageſtad: en ſu lugar los Mayordomos, Gentiles-hombres de Cámara, y los demás criados de la Caſa Real. El cuerpo de la Igleſia lleno de Titulos, Miniſtros, Perſonas graves, y el Pueblo á las puertas, en concurſo tan grande, que pudieron mal reſiſtirſe las guardas. Envió la Abadeſa á ſuplicar al Rey, que tuvieſſe por bien de que ſe digera ſolo un Nocturno, y las Laudes, porque el calor era de canicúlares, y el que reſultaba de las muchas hachas, y luces, podia hacer daño á ſu Mageſtad. Llevó eſte recado el Patriarca, y reſpondió, que le hicieſſen los ultimos Oficios á ſu Tia, quan cumplidamente ſe acoſtumbraban, porque habia de eſtár en todos ellos. Con eſto ſe digeron las Viſperas por entrambas Capillas Reales, con Nocturno, y Laudes, y grande ſolemnidad, haciendo el Oficio de Pontifical el Patriarca de las Indias, Capellan Mayor.

3 Acabado de cantar el Oficio, entró el Rey en el Convento con todos los Grandes, algunos Obiſpos, muchos Titulos, y otros Miniſtros, y Perſonas graves, á quien ſu Mageſtad dió licencia. Aguardában dentro la Reyna, las Damas, las Señoras, la Señora Sor Dorotéa, la Abadeſa, la Vicária, y otras Religioſas ancianas, eſperaban á ſu Mageſtad para recibirle como ſe hace ſiempre á la puerta reglar: las demas Monjas en Comunidad eſtaban en el Capitulo con el cuerpo de ſu Alteza.

4 Fueron ſus Mageſtades al Capitulo, y luego que llegaron ſe acercaron al cuerpo de ſu Alteza, é hicieron la cortesía debida á ſu Tia, con grandes demoſtraciones de pena. Retiraronſe á la mano derecha enfrente del cuerpo, aſsiſtiendole en pie todo el tiempo que ſe dijo un Reſponſo. Hacia el Oficio el Patriarca con los Miniſtros que le ayudaban. Cantaban entrambas Capi-

llas deſde la puerta del Capitulo. En acabando el Reſponſo comenzaron las Religioſas el Salmo *Verba mea*, del primero Nocturno de difuntos, y con eſto fue ſaliendo la proceſion, y la Cruz delante con ſus ciriales. Deſpues ſe ſeguia la Cruz de la Capilla Real, que llevaba, no en guion, ſino en la mano, un Diacono: luego las dos Capillas, y el Patriarca inmediatamente al cuerpo; el qual llevaban los Grandes de Eſpaña de ocho en ocho, mudandoſe á paradas. Iban deſpues del cuerpo ſus Mageſtades, y todas las Señoras, y Damas: ultimamente los Titulos, Miniſtros, y Perſonas que ſe hallaron en aquel acto.

5 Con eſte concierto ſe ſubió al Clauſtro, y enfrente de la Capilla del ſepulcro hicieron la primera parada, y en conveniente lugar eſtaba levantado un tumulo, cubierto de un paño de brocado; puſieron el cuerpo de ſu Alteza, y acabando las Religioſas el Salmo, cantaron las dos Capillas Reales un Reſponſo. Eſto ſe hizo tres veces haſta llegar al Coro, y en medio de èl lo puſieron en lugar que para eſte fin eſtaba prevenido, con la mageſtad debida: los Reyes aſsiſtieron en pie junto á las ſillas del Coro, cerca del lugar en donde habia de eſtár enterrada, y en aquella miſma parte las Señoras, y Damas. Aſsiſtió el Patriarca, y los que le ayudaban á oficiar en ſu lugar. Los Grandes, Titulos, y Miniſtros, de la otra parte. Las Religioſas en las ſillas altas del Coro. Deſpues de haber dicho el Reſponſo, y Oraciones, que acoſtumbra la Igleſia, tomaron el cuerpo los Grandes, y lo llevaron al nicho donde ſe habia de enterrar, debajo de la urna en que eſtá el de la Emperatriz ſu Madre, que no quiſo Dios ſe hallaſſen divididos los cuerpos de quien tanto eſtuvieron unidas las almas. En habiendola dejado en ſu lugar, ſe ſalieron todos del Coro, y ſus Mageſtades, haciendo oracion al Santiſsimo Sacramento, y deſpues el debido cumplimiento á ſu Tia. Fueron á la ſala del torno, en eſta Real Caſa, y alli con razones muy favorecidas, conſolaron á Soror Dorotéa, ofreciendola ſu Real amparo, y aſſegurando, que tendrian tal cuidado con ſu perſona, que reconocieſſe quan vivo eſtaba en ſus Mageſtades el grande amor que habian ſiempre tenido á ſu Tia, y la ternura con que la amaban á ella. Eſto ſe dejó conocer facilmente, pues dentro de muy pocos dias reſolvió ſu Mageſtad las honras, y eſtimacion con que ſe habia de tratar eſta Señora, y muy conſiderable ſocorro, para que remediaſſe los pobres, que ſe fueſſen á valer de

ſu

ſu amparo, y á Don Gabriel de Alarcón dió orden, que acudieſſe á quanto fueſſe conveniente á ſu ſervicio.

6 A la Abadeſa, deſpues de haber explicado el Rey el ſentimiento, y pena que le habia cauſado la muerte de ſu Tia, dijo eſtas palabras: Madre Abadeſa, aunque haya faltado mi Tia de eſta Caſa, no eſteis con cuidado de que tengo de faltarle; porque ſi haſta ahora la he reconocido por mia, y por la perſona de mi Tia la he favorecido, como es razon, lo he de hacer mucho mas de aqui adelante, aſsi por ſu buena memoria, como por la miſma Caſa, y por haberme criado en ella. Y creed, que ſi mi Padre hizo mucho por voſotras, y ſe eſmeró tanto en eſſo, que le tengo de hacer ventaja, ſi es poſible; y aſsi lo podeis decir á todas. Privilegio es bien que ſea de eſta Caſa, y conſuelo de las Religioſas en tan grande pérdida, eſtas Reales palabras. Deſpues de haber conſolado los Reyes aquellas ſantas Religioſas, volvieron á Palacio, dando fin á eſte acto por tantas cauſas ſolemne, Real, y devoto.

CAPITULO XXXIV.

LAS HONRAS QUE SE HICIERON A SU Alteza.

AQuién ſe deben las honras, ſino á la virtud, ni qué eſtimacion paſa mas allá de la vida, ſino la que hace venerable la muerte? Concurrieron la devocion, obligacion, y el amor á las honras de ſu Alteza; pues quando no ſe debieran á ſu ſangre, eran debidas à ſu clara opinion, y virtudes. Jueves á ſiete de Julio volvió ſu Mageſtad al Templo Real de las Deſcalzas, aſsiſtiendo en cortina al Oficio de cuerpo preſente. Hizolo de Pontifical el Patriarca de las Indias, Capellan mayor, hallandoſe en ellos Embajadores, Grandes, Arzobiſpos, Obiſpos, y criados de la Caſa Real que ſe han referido. Por haber concurrido todas las Religiones á hacer honras, y Oficios á ſu Alteza, como á Corona de las Religiones, mandó ſu Mageſtad, que ſe alargaſſen á 14. dias, lo que ſuele cumplirſe con nueve, y con todo eſſo fue neceſario duplicar los Oficios. No puede parecer digreſion penoſa, referir por menor todas las Religiones, y Prelados que concurrieron á eſte acto, premiando con hacer eterno en eſta Hiſtoria, ſu agradecimiento.

Vier-

2 Viernes á 8. vino toda la Religion de mi Serafico Padre San Franciſco, Obſervantes, y Deſcalzos: ofició un Nocturno, y Miſa, dijola el Padre Fray Antonio Enriquez, Vicario General de la Orden, y Obiſpo de Malaga: predicó el Padre Fray Miguél de Avellan, Predicador de ſu Mageſtad, Confeſor que fue de ſu Alteza, Obiſpo de Siria. Aſsiſtió en éſte, y los demàs Oficios, el Marqués de Torres, Mayordomo de ſu Mageſtad, en ſu Real nombre, y Don Gabriél de Alarcón con la familia de ſu Alteza: decianſe todas las Horas, y el Oficio de difuntos, antes de la Miſa, con ſingular devocion. Sabado á 9. volvió la Religion de mi Padre San Franciſco á proſeguir ſu Novena: dijo ſu Nocturno, y cantó la Miſa el Obiſpo de Siria. Eſte dia hizo el Oficio la Capilla del Convento Real de la Encarnacion: dijo la Miſa cantada el Doctor Luis Garcia, Canonigo Doctoral de la Santa Igleſia de Avila, y Confeſor de aquel Real Convento, Obiſpo electo de Orenſe. El miſmo dia ofició otra Miſa cantada la Capilla Real de la Princeſa, y la dijo Don Chriſtoval de Ibarra, *Inquiſidor* de la Suprema, y Capellan mayor de eſta Real Capilla.

3 Domingo á 10. dijo Miſa cantada, y la ofició la Capilla de la Princeſa, é hizo ſu Capellan mayor el Oficio. *Lunes á 11. di*geron tres Miſas cantadas. La primera, la Serafica Religion: dijola el Padre Fray Joſeph Vazquez, Conſultor del Santo Oficio, y Padre perpetuo de la Provincia de Santiago. La ſegunda, la Caſa. La tercera, el Colegio Imperial de la Compañia de Jeſus, con aſsiſtencia de todos los Padres de ella, y de las dos Caſas Profeſa, y Noviciado, en gran numero. Digeron Vigilia, y cantó la Miſa el Padre Mudarra, Rector del Colegio; y los demás Padres digeron Miſas rezadas. Eſte miſmo dia hicieron el Oficio los Padres Carmelitas Deſcalzos; digeron un Nocturno, y cantó la Miſa el Padre General de aquella Orden, viſtiendoſe por Diaconos dos Difinidores Generales. Martes á 12. huvo quatro Oficios, y Miſas cantadas. El primero hizo la Religion del glorioſo Padre San Benito, y dijo la Miſa el Padre Abad de San Martin. El ſegundo, la Religion de nueſtro Padre San Franciſco: cantó la Miſa el Padre Fray Franciſco Verdugo, Predicador de ſu Mageſtad. El tercero, la Religion de los Padres Clerigos Menores: dijo la Miſa el Padre Provincial de ella. El quarto la Caſa.

4 Miercoles 13. huvo quatro Miſas cantadas, con ſus Nocturnos. La primera, de la Orden de nueſtro Padre Santo Domin-

go,

go, y la cantó el Padre Prior de Atocha. La ſegunda, la Religion de nueſtro Padre San Franciſco, y la dijo el Padre Fray Franciſco Juarez, Predicador de ſu Mageſtad, y Lector de ſanta Teología. La tercera, los Padres Minimos, y la cantó el Padre Provincial de ſu Orden. La quarta, la Capilla de la Princeſa, y la dijo ſu Capellan mayor. Jueves á 14. huvo quatro Nocturnos con ſus Miſas. La primera, de la Religion de San Aguſtin, cantóla el Padre Provincial de ſu Orden, de la Provincia de Caſtilla. La ſegunda, la Religion de nueſtro Padre San Franciſco, la dijo el Padre Fray Luis Guevara, Guardian del Colegio Mayor de San Pedro, y San Pablo de Alcalá de Henares. La tercera, la Religion de los Padres Trinitarios Deſcalzos, la dijo el Padre Provincial de ſu Orden. La quarta, la Capilla de la Princeſa, que es la Real de eſte Convento. Viernes á 15. huvo quatro Miſas. La primera ofició la Religion de la Santiſsima Trinidad. La ſegunda, los Padres Premoſtratenſes, cantóla ſu Padre Abad. La tercera, los Padres Deſcalzos de N. Padre San Franciſco, dijola el Padre Guardian de San Gil. La quarta, la Religion de N. Padre San Franciſco, oficióla el Padre Villamayor, Difinidor de la Santa Provincia de Caſtilla.

5 Sabado à 16. huvo quatro Miſas. La primera ofició la Religion de San Bernardo, dijola el Padre Maeſtro Fray Martin Gutierrez, Abad del Monaſterio de eſta Corte. La ſegunda, la Religion de nueſtra Señora de la Merced. La tercera, los Padres Aguſtinos Recoletos. La quarta, la Religion de N. Padre San Franciſco, cantóla el Padre Fray Diego de Frias, Padre perpetuo de la Santa Provincia de Caſtilla, y Guardian del Convento de San Franciſco de Madrid. Con eſto dió fin la Religion Serafica á ſu Novenario; el qual hizo con mucha devocion, y reconocimiento del amor, y veneracion que á ſu Alteza tenia; pues á mas de las Miſas cantadas, le dijo cada dia veinte rezadas, ſingularizandoſe en eſto entre todos los demas, por ſer mayor en la obligacion, y en el numero de Religioſos. Domingo á 17. huvo dos Miſas cantadas. La primera, de la Religion de San Baſilio, y la cantó ſu Padre Abad. La ſegunda, la Religion de los Padres Capuchinos. Lunes á 18. huvo quatro Oficios, y Miſas cantadas. La primera, de la Religion de San Geronimo. La ſegunda, la Religion de los Padres Mercenarios Deſcalzos. La tercera, la Religion de los Padres Carmelitas Calzados. La quarta, el Cabildo

de

de Curas, y Beneficiados de todas las Igleſias Parroquales de eſta Corte, dijola el Vicario General. Eſte dia por la tarde vinieron ſus Mageſtades, y el Rey eſtuvo en la Igleſia en cortina; la Reyna en el Coro; el tumulo con las Armas, y Blaſones de la Infanta; á las eſquinas los Reyes de Armas, y Maceros. Oficiaronſe Viſperas, y un Nocturno: hizo el Oficio de Pontifical el Nuncio de Eſpaña, Cardenal Ceſar Monti, aſsiſtiendo los Grandes, y Prelados de la Corte.

6 Martes á 19. vinieron ſus Mageſtades, y el Rey aſsiſtió en la cortina á la Miſa, que dijo de Pontifical el Nuncio, Cardenal Monti, hallandoſe los Embajadores, Grandes, y Obiſpos. Acabada la Miſa, predicó el Padre Hortenſio Paravicino, las admirables virtudes de ſu Alteza, con rara eloquencia: deſpues ſe dijo un Reſponſo, y cantaron todo el Oficio las dos Capillas Reales. Las Miſas que ſe digeron á ſu Alteza fueron en exceſivo numero; porque ſobre las que dió orden el Rey, que ſe le digeſſen, ſe mandó por patente del Padre General, que en toda la Religion de mi Padre San Franciſco, aſsi Monaſterios de Religioſos, como Monjas, ſe hicieſſen Oficios; y que cada Religioſo la rezaſſe una Eſtacion al Santiſsimo Sacramento, ſobre haberla ofrecido en el Capitulo General de la Orden Sagrada, una Miſa por cada Sacerdote; porque quando bien la Piedad Divina hicieſſe que ſobraſſe á los meritos de ſu Alteza el ſocorro de eſtos ſufragios, hacia por lo menos mas ricos el Teſoro univerſal de la Igleſia.

CAPITULO XXXV.

DIGNOS ELOGIOS CON QUE CELEBRARON á ſu Alteza.

QUE ſon las alabanzas, ſino corona del merecimiento, aprobacion, y premio de la ſantidad? Miraſe en las aclamaciones del pueblo, como en efecto, la cauſa, y llega á ſer credito de lo que aprueba el aplauſo. Siguieron á ſu Alteza las mayores alabanzas en la vida, y que ſe han dado á Religioſa, ni Infanta, pues no ſolo la ſiguieron, ſino que la perſiguieron, ſiendo para ſu humildad tribulacion, lo que era palma para ſu merecimiento. Vuelvanſe los ojos á los Breves de los Papas Clemente Octavo, Paulo Quinto, Gregorio Decimoquinto, Urbano Octavo, que en eſta Hiſtoria ván referidos, ¿quién puede dejar de venerar los admirables elogios con que celebraron la ſuma perfeccion de ſu Alteza, la aprobacion de ſu vida, la veneracion de ſu nombre; el aplauſo á ſus religioſas coſtumbres, la eſtimacion de ſus ſantos conſejos? Qué Breve hay, que no eſté lleno de alabanzas, favores, y bendiciones? Llamanla defenſora de la Fé, hija querida de la Igleſia Catolica, regálo de la ſanta Sede, egemplo de perfeccion, deſengaño de la vida del ſiglo, alegria del nombre Chriſtiano, credito de la virtud Religioſa. Apenas parece que hay epitecto con que no celebren ſu virtud, y engrandezcan ſu fama. Eſtas alabanzas exceden á toda ponderacion, pues el Vicario de Chriſto en la tierra nunca con tales razones aprueba, ſino lo que Chriſto abraza en el Cielo.

2 Eſta aprobacion del Padre univerſal de la Igleſia, eſtaba yá eſcrita en todos los corazones de los Chriſtianos; porque nadie puede explicar baſtantemente los aplauſos, y eſtimacion de quantos ſeñores huvo en el mundo, Emperadores, Reyes, Principes, amigos, neutrales, y enemigos, todos admiraron ſu penitente vida, ſus perfectas, y religioſas virtudes. Igual fue á eſta la veneracion con que la trataron todos los Prelados de la Igleſia, Cardenales, Nuncios, Arzobiſpos, Obiſpos, como á hija tan favorecida de la ſanta Sede, que con tal reſplandor alumbraba en la Igleſia. Los Generales, y Prelados de la Orden Serafica, á

quien alcanzó la dicha de tenerla por corona de ſu Religion, la miraban, y reconocian como teſoro de claras virtudes, y egemplar de perfeccion religioſa. Las perſonas de eſpiritu, aquellos que en las tinieblas de la vanidad mortal, buſcan con mejores paſos la luz, ſiempre la admiraron por criatura ſumamente perfecta, favorecida, y adornada de Dios, para egemplo en ſu Igleſia. La nobleza, las Religiones, el concurſo univerſal del pueblo, ¿con qué veneracion la trataron? Quien la llama Corona de la virtud: quien dechado de la perfeccion: quien egemplo al mundo de dejar el mundo: quien egemplar en el mundo de buſcar á Dios. Unos la celebran por alivio de los afligidos, otros por ſocorro de neceſitados. Eſte admira ſu valor: aquel alaba ſu perſeverancia. Quien pondera ſu diſcrecion. Quien enſalza ſu humildad. Quien celebra ſu fervor. Quien engrandece ſu vocacion. Eſtas alabanzas, que tan celebres fueron en la vida, mayores las oímos en la muerte, quando deſvanecida la grandeza temporal, ſolo queda en pie la virtud.

3 *Realza mucho, y aſſegura á la certeza de eſtos* Elogios *el alto ſentir de la Reyna nueſtra Señora, de la Sereniſsima Reyna de Ungria, y del Señor Infante Fernando, como Perſonas que aſsiſtieron tanto á ſu Venerable Tia, y de cerca conocieron con continuas, y vivas experiencias ſus heroycas virtudes en diferentes cartas que eſcribieron à la Abadeſa de eſte Real Convento, y deben hacer mayor fé, por ſer todas eſcritas de ſus Reales manos, con que deſcubren mejor los conceptos del alma, y eſtimacion que tenian à eſta criatura. Oyganſe ſus palabras, y atiendaſe á ſu ponderacion.* La Reyna nueſtra Señora eſcribe aſsi: *No puedo acomodarme á rezar por mi Tia, ſino encomendarme á ella; porque yo verdaderamente la venero como á ſanta, y creo eſtà gozando de Dios, y que nos puede ayudar mas con ſu interceſion, que noſotros à ella con nueſtras oraciones.* La Reyna de Ungria dice aſsi: *Sor Luiſa, con tres cartas me hallo vueſtras, que todas han ſido tan bien recibidas, como debo al amor, y buena voluntad que os debo, aunque la relacion de la muerte de mi Tia me ha enternecido lo que no ſabré deciros. Hame ſido de gran conſuelo ſaber quan ſantamente fue, que aunque eſto no ſe podrà dudar de ſu vida, es gran guſto ſaberlo. Aguardo con gran alborozo la relacion que me eſcribis ſe hace de ella, y aſsi os pido mucho me la envieis quanto antes, pues con nada podrè tener mayor contento, aunque para mi es tan ſabida ſu ſantidad, y como á tal, me encomiendo à ella.* El Infante Fernando eſ-

escribe en esta forma: *Grande ha sido mi sentimiento en este trabajo, de la pérdida de mi Tia: confiesoos, quedo con la ternura que tan justamente debí á su Alteza, pues siempre me hizo el favor, y honra que vos sabeis: el consuelo solo puede ser el tenerla donde con su intercesion nos ayudará en tantos trabajos como los presentes, y por su medio espero hemos de salir de ellos. Yá sabeis las obligaciones que yo tengo de estimar essa Casa, y assi podeis estar muy cierta, que en todo lo que se os ofreciere acudiré con el gusto que es razon, pues no me ha de estorbar à esto el estar tan lejos.*

CAPITULO XXXVI.

ALABANZAS CON QUE ASSISTIERON à su Alteza en su muerte.

COncurrieron las mayores personas del mundo á la debida veneracion de su Alteza; no solo con nobles alabanzas, ensalzando su nombre, sino con espirituales impulsos, respetando su cuerpo. Huvo muchas personas devotas, y graves, que lo veneraron como santo, tocando sus Rosarios, besando los pies, teniendo en grande reverencia sus pobres alhajas. Deseaban las almas devotas, y las personas mayores, á quien de mas cerca habia adorado la luz de su egemplo, verse con las prendas de que habia usado su Alteza, por dar motivos à su devocion. Repartiolas la Abadesa entre las mayores personas del mundo. Dió al Rey un Relicario que trahia consigo su Alteza de mucha estimacion, por sus reliquias, y por haber sido de su Abuelo Carlos V. y haberlo trahido su Madre hasta la muerte, y un libro de hojas de vitela, donde están estampados los Santos de la Casa de Austria, y escrito en cada una su lugar, estado, profesion, vida, y muerte. Habia enviado este libro á su Alteza el Archiduque Maximiliano su Hermano, y holgaba mucho de reverenciar en aquellas Imagenes las virtudes que egercitaba. Dió tambien á su Magestad una Imagen pequeña de bulto de nuestro Padre San Francisco, cuya escultura se formó de la madera de un arbol, que el mismo Santo plantó, y està dentro una capillita de evano pequeña, que su Alteza tuvo siempre en su celda. La Reyna nuestra Señora quedó muy rica con un escritorio de evano, que el

Emperador Matias habia enviado á ſu Alteza; eſtaba ocupado con algunas coſas de devocion, roſarios, libros, y otras de eſta calidad.

2 A la Sereniſsima Reyna de Ungria ſe le envió el Roſario con que ſu Alteza vivió, y murió, el que le dió la Emperatriz, ſiendo niña, y le mandó, que lo guardaſſe, de que ſe ha hablado en eſta Hiſtoria. Al Señor Infante Fernando ſe le envió en una caja el libro de oraciones, que tambien le habia enviado el Emperador Matias, y un Roſario que uſaba muy de ordinario ſu Alteza, y un Niño Jeſus, guarnecido de criſtal, á quien llamaba ſu Alteza, el Eſpoſo, y lo trahia ſiempre en el pecho. Al Conde Duque una Imagen pequeña, del Angel Cuſtodio, y de Santa Barbara, que era la miſma que la Sereniſsima Infanta Doña Iſabél habia enviado á ſu Alteza. A la Condeſa de Olivares un quadro de nueſtra Señora, que tuvo ſiempre en la celda. Al Nuncio Cardenal Monti un libro de Egercicios, y Oraciones muy devotas, con que ſe echan ſuertes eſpirituales con particular ingenio. Al Padre Fray Juan Bautiſta Campaña, General de mi Orden Serafica, un Crucifijo que trahia conſigo ſu Alteza, con grande conceſion de indulgencias. A mi me honró con un Relicario guarnecido de acero, ineſtimable por las reliquias que en él ſe contienen, y de grande eſtimacion, por haberlo trahido pendiente tanto tiempo ſu Alteza. Repartieronſe otras coſas de eſta miſma calidad á perſonas graves, y ſiervas de Dios, que las recibieron todas con grande devocion, como ſe conoce facilmente de las palabras que el Señor Infante Fernando aviſa á la Abadeſa haber recibido las devotas prendas de ſu Tia, que dicen de eſta ſuerte: *Yo os agradezco mucho el Niño Jeſus, y el Roſario, y el libro de mi ſanta Tia, que eſtá en el Cielo, eſtimandolo todo como prendas ſuyas, que es lo miſmo que Reliquias: y aunque para conſervar ſiempre la memoria de la merced que me hacia, he meneſter pocas diligencias, con todo no apartaré de mi mientras viviere eſtas prendas, eſtimando mucho vueſtro cuidado en enviarmelas.*

3 Y en otra ocaſion enviandole la Abadeſa á ſu Alteza unos regiſtros que tenia la Infanta en ſu Breviario, reſpondió eſtas palabras: *Heme holgado con vueſtra carta, y con las memorias que me enviais de mi ſanta Tia, que eſtà en el Cielo, no pudiendome en nada hacer mas guſto, pues cada dia tengo mas preſente la merced que me hacia: yo fio en ſus oraciones nos ha de ayudar, y hemos de tener muy bue-*

buenos ſuceſos, habiendo ſido los de eſtos dias tan milagroſos.

4 Quando el amor que el Señor Infante Fernando tuvo á ſu Alteza, temple la fuerza de ſu aprobacion, queda en pie la ſuma autoridad de ſu Prelado, Arzobiſpo de Toledo, Primado de las Eſpañas, Cardenal, y por tantos titulos eſclarecido. Con la miſma eſtimacion recibió la Sereniſsima Reyna de Ungria el Roſario, y las demás coſas que ſe le han enviado, como ſe vé por ſu reſpueſta, que con evidencia ſe conoce el familiar amor que profeſaban. *Puedo aſſeguraros, que no hay coſa para mi de tanto conſuelo en la muerte de mi ſanta Tia, como heredar alguna de ſus alhajas. Y aſsi recibo el Roſario, y cordon con grandiſsima eſtimacion, y como prenda, y reliquia de perſona, que como quien tanto la conoció, no puedo dejar de creer, que eſtá gozando de Dios.*

6 Con la miſma eſtimacion, y devocion han reſpondido diferentes perſonas graves, Prelados de la Igleſia, Señores grandes, ſiervos de Dios de aventajado eſpiritu, á quien ſe remitieron algunas coſas de ſu Alteza, por haberlas pedido con inſtancia fervoroſa, arrebatados del amor que la tenian, cauſado del conocimiento, y trato de ſu Alteza, que por no hacer mas largo eſte diſcurſo, no ſe ponen las clauſulas á la letra. Con igual devocion recibieron, quantas perſonas graves huvo en la Corte, las prendas de que uſó ſu Alteza, venerandolas como de ſanta, y con eſſe cuidado, y fervor, repartiendoſe de unas en otras. Y aunque las mayores ſeñales de ſu bienaventuranza fueron ſus claras, y admirables virtudes, no han faltado almas á quien ha deſcubierto el Señor, que en dichoſa eternidad goza ſu gloria. Hanme aſſegurado dos perſonas graves, que gobiernan dos almas muy iluſtradas, y favorecidas, ſin que la una ſupieſſe de la otra, que el dia de San Buenaventura les habia Dios moſtrado à entrambas el alma de la Señora Infanta Sor Margarita, con admirables grados de gloria, reſplandor, y hermoſura, entre los Bienaventurados. Quiſo el Señor hacer eſta demoſtracion de ſu grandeza en el dia del Serafico, diez deſpues que murió, por la grande devocion que le tuvo, acreditando con el ſuceſo las palabras que ſiempre referia el Santo: *¡O eſperanza del Cielo, que quanto eſperas tanto alcanzas!* Quien reparáre en la grandeza del favor con que Dios ſeñala la gloria de que goza el alma de ſu Eſpoſa, vuelva los ojos á ſu ſanta vida, á ſu vocacion conſtante, á ſus cla-

claras coſtumbres, á ſus fervoroſas oraciones, á ſus penitentes egercicios, á ſus piadoſas limoſnas, y leerá en ſu vida lo que goza deſpues de ſu vida, por ſer mas dificultoſo el ſervir á Dios, que el gozarle, porque al ſervirle concurre nueſtra flaqueza, y al premiar el merito, ſolo interviene por ſu Sangre ſu Miſericordia.

FIN.

INDICE

DE LAS COSAS NOTABLES, contenidas en eſte Tomo IX.

San J. denota la Vida de S. Juan Limoſnero, *Sor Marg.* la Vida de Sor Margarita de la Cruz, lib. *el libro*, cap. *el capitulo*, pag. *la pagina*, y la n. *el numero marginal.*

A

Afliccion. Veaſe *Trabajos.*

Alberto. (Archiduque) Caſa en Valencia con la Infanta Doña Iſabèl. *Sor Marg.* lib.3. cap.20. pag.321. n.6. Muere en Bruſelas, año de 1621. *Sor Marg.* lib.4. cap.20. pag.396.n.5. Sus buenas prendas, y admirables virtudes. Alli.

Alejandrìa. Fundacion, y deſcripcion de eſta Ciudad. *San J.* cap.4. pag.15. n.2. Reſplandeció en ella la Fè de Chriſto, predicada por San Marcos. Alli pag.16. n.4. Prelados Iluſtres que ha dado la Igleſia de Alejandrìa. Alli pag.17. n.6. Infelicidades, y caídas, que ha padecido eſta Igleſia. Alli n.7.

Amor. Es tan valiente, qne ſe las apueſta à la penitencia en padecer. *Sor Marg.* lib.1. cap.5. pag.173. n.2. Adelantarà poco el que diſcurre mucho en puntos de amor, y perfeccion. *San J.* cap.26. pag.94. n.5.

Ana. (Emperatrìz) Su muerte. *Sor Marg.* lib.4. cap.17. pag.385. n.2.

Ana. (Archi-Duqueſa) Nació en Cigales, cerca de Valladolid, y caſó con Felipe II. *Sor Marg.* lib.1. cap.1.pag.163.n.3.

Ana. (Infanta de Eſpaña). Hija de Felipe III. Capitulaciones de ſu caſamiento con Luis XIII. Rey de Francia. *Sor Marg.* Lib.4. cap.16. pag.382. n.2.

Anaſtaſio. (Bibliotecario) Tradujo de Griego en Latin la Vida de San Juan Limoſnero. *San J.* Introduc. pag.8. n.2.

Andalucía. Eſtragos que hizo en ella la peſte, año 1648. *San J.* Cart. pag.1.n.2.

Arrio. Su Patria, y daños que ha hecho en la Igleſia eſte Hereſiarca. *San J.* cap.4. pag.17. n.7.

Avaricia. Caſo raro de un avariento, que à ſu peſar usó de una eſtraña induſtria para dàr limoſna. *San J.* cap. 31. pag. 114. n.1. y ſig.

Audiencia. San Juan Limoſnero daba audiencia dos dias à la ſemana à los pobres. *San J.* cap.13. pag.45. n.4. Veaſe *Obiſpos.* Caſo notable de la prontitud con que San Juan Limoſnero daba audiencia á los pobres. Alli pag.48. n.9. Veaſe *Rey.*

Auſtria. Breve elogio de la Real Caſa de Auſtria. *Sor Marg.* lib.1. cap.1. pag. 163. n.4.

B

Bienes. Veaſe *Rentas, y Riquezas.*

Bigamia. Su diſpenſacion no ha eſtado ſiempre reſervada à la Suprema Cabeza de la Igleſia. *San J.* cap.12. pag.41. n.4.

C

Cairo. Ciudad opulentiſsima, que antiguamente ſe llamó Menfis. *San J.* cap.4. pag.16. n.3.

Caridad. Afectos que cauſa en el corazon del que la tiene. *San J.* cap.13. pag.44. n.1. Afectos de caridad de San Juan Limoſnero. Alli n.7. Veaſe *Limoſna.* Quan ardiente fue la de Sor Margarita de la Cruz. *Sor Marg.* lib.5.cap.8. y ſig. pag. 442. y ſig. Veaſe *Gracia.*

Carlos V. Proteſtacion de la Fè, que ſolia ha-

hacer. *Sor Marg.* lib.5. cap.2. pag.429. n.5.

Carlos. Hermano de Felipe IV. Sus amables prendas, y ſentida muerte. *Sor Marg.* lib.6. cap.20. pag.561. n.2.

Carlos Borromèo. (San) Razones con que promoviò los ſantos intentos de la Emperatrìz, y ſu hija Margarita. *Sor Marg.* lib.1. cap.18. pag.203. n.2. y ſig. Diſcrecion, y corteſanía de eſte Santo Prelado. Alli pag.205. n.5. y 6.

Carlos. (Archi-Duque) Quién fue, y ſu ſuceſion. *Sor Marg.* lib.3. cap.19. pag. 326. n.1.

Carmelitas. Trahen ſuceſion de los Profetas, Elìas, y Eliſéo. *San J.* cap. 17. pag.62. n.6.

Carta. Una de Gregorio XIV. á la Infanta Sor Margarita de la Cruz. *Sor Marg.* lib.3. cap.18. pag.313. n.1. Otra de Clemente VIII. à la miſma. *Sor Marg.* lib.3. cap.22. pag.325. n.3. Otra de Felipe III. á la miſma en la muerte de ſu hija la Infanta Margarita. *Sor Marg.* lib.4. cap.16. pag. 384. n. 6. Otra de Gregorio XV. à la miſma, conſolandola en la muerte de Felipe III. *Sor Marg.* lib.4. cap. 20. pag. 393. n. 2. Otra de Gregorio XV. à la miſma. *Sor Marg.* lib.4. cap.21. pag.399. n. 4. Otra de Urbano VIII. à la miſma. Alli. cap.24. pag.409. n.4. y 5. Otras dos de eſte Sumo Pontifice à la miſma. *Sor Marg.* lib.5. cap.31. pag.500. n.1. y ſig.

Caſtidad. La de Sor Margarita de la Cruz fue Angelica. *Sor Marg.* lib.5. cap. 18. pag.469. n.1. y ſig.

Caſtigos. Los de Dios ſuelen ſer mas piadoſos, que los favores de los hombres. *San J.* Cart. pag.6. n.8.

Catalina de Eſtè. Hija de los Principes de Mòdena. Sale de ſu Patria para entrar Religioſa en las Deſcalzas Reales de Madrid, y ſe dà noticia de ſu jornada. *Sor Marg.* lib.4. cap.18. pag.387. n.1. y ſig. Motivo que ſuſpendiò ſu entrada en las Deſcalzas. Alli pag. 388. n. 3. Tomò el Habito, año de 1622. *Sor Marg.* lib.4. cap.21. pag.397. n.2. Sus prendas naturales, y ſobrenaturales. Alli.

Chipre. Patria de San Juan Limoſnero. *San J.* cap.2. pag.11. n.1.

Chriſtiano. Como debe gobernar el alma, y como el cuerpo. *Sor Marg.* lib.6. cap. 1. pag.506. n.1.

Clauſura. Quiere mas la Infanta Sor Margarita privarſe de la compañia de la Emperatrìz ſu madre, que faltar à la clauſur a. *Sor Marg.* lib.3. cap.16. pag.309. n.2.

Clerigos. Veaſe *Eccleſiaſticos*, *Riquezas*, y *Bigamia.*

Codicia. Quan agena, è impropia es á los Eccleſiaſticos. *San J.* cap. 12. pag. 40. n.2. Egemplo maravilloſo de San Juan Limoſnero en deteſtacion de eſte vicio. Alli n.3. y 4.

Comunion Eſpiritual. Aprovechamiento que experimentaba Sor Margarita de la Cruz en ſu frequencia. *Sor Marg.* lib.6. cap.6. pag.521. n.3. y 4. Veaſe *Eucariſtia.*

Concepcion. Breve de Gregorio XV. en que prohibe defender en publico la opinion contraria à la Concepcion en gracia de Maria Santiſsima. *Sor Marg.* lib. 6. cap. 11. pag.540. n.3. y 4.

Concilio. Cauſas por qué ſe congregò el Concilio General Conſtantinopolitano IV. *San J.* cap.5. pag.20. n.2. Se condenó en èl à Focio. Alli.

Confeſion. Caſo notable que ſucediò á San Juan Limoſnero con una muger, que reuſaba confeſar ſu pecado. *San J.* cap. 41. pag.149. n.3. y ſig.

Contradicion. Hace que crezcan las acciones, ſi proceden de amor verdadero. *Sor Marg.* lib.1. cap.5. pag.175. n.5.

Cruz. Debajo de una Cruz hallò Tiberio II. milagroſamente un teſoro, para ſocorrer à los pobres. *San J.* cap. 1. pag. 10. n.2. La Cruz en que muriò Jeſu-Chriſto la robaron los Perſas. *San J.* cap.37. pag. 137. n. 3. Veaſe *Perſas.* Devocion de Sor Margarita à la Santiſsima Cruz. *Sor Marg.* lib. 5. cap. 25. pag.487. n.2.

D

Demonio. Lo que hacen los Demonios con los pecadores, quando ſe preſentan en el Juicio de Dios. *San J.* cap. 20. pag.36. n.9.

Deſcalzas Reales. Se retira à eſte Real Convento con la Infanta Doña Margarita ſu madre la Emperatrìz, deſpues de muerto el Emperador. *Sor Marg.* lib. 1. cap.12. pag.188. y ſig. Egercicios de devocion, y penitencia de eſte Real Convento. *Sor Marg.* lib.3. cap.11. pag. 295. n.1. y ſig.

Diferencias. Las que huvo entre el Patriarca de Alejandría, y Nicetas: y modo maravilloſo con que ſe compuſieron. Veaſe *Juan Limoſnero.*

Dios. Es mejor caer en manos de Dios, que en manos de los hombres. *San J.* Cart. pag.6. n.7. y ſig. Es mas piadoſo quando caſtiga, que los hombres quando favorecen. Alli. Se apaga el fuego de ſu Divina Juſticia con la limoſna del pecador. Alli. Quando ſe enoja con el pecador, dilata el caſtigarlo: quando ſe apiada de él, dà priſa à ſu gracia. Alli. Le amenaza para corregirle, le amoneſta para la enmienda, y le previene para el perdon. Alli.

Diſciplina Eccleſiaſtica. Notable egemplo del teſòn con que ſe ha de conſervar ſu pureza. *San J.* cap.12. pag.43. n.9.

Diſcurſos. En puntos de amor, y perfeccion aprovechan poco los diſcurſos. *San J.* cap.26. pag.94. n.4. y 5.

Dorotéa. (Marqueſa de Auſtria) Hija del Emperador Rodolfo. Parte diſimulada de Viena à tomar el Habito en las Deſcalzas Reales de Madrid. *Sor Marg.* lib. 4. cap.22. pag.404. n.3. Trabajos que pasò haſta llegar à Barcelona, y otras individualidades de ſu viage. Alli cap.23. y ſig. pag. 405. y ſig. Solemnidad, y pompa con que hace ſu entrada publica en las Deſcalzas. Alli cap.24. pag.408. n.3.

E

Eccleſiaſticos. Quan agena es à ſu eſtado la codicia. *San J.* cap. 12. pag. 40. n.2. Veaſe *Codicia.*

Egemplo. El del Maeſtro es muy poderoſo en materia de Religion. *San J.* cap. 8. pag.28. n.3. El de las perſonas ſantas ſon fuentes puriſsimas de perfeccion. *Sor Marg.* lib.4. cap.5. pag.356. n.4.

Emperadores. Cometian antiguamente las cauſas de los pobres, aunque fueſſen civiles, à la Audiencia de los Obiſpos. *San J.* cap.13. pag.44. n.1. y ſig. Veaſe *Pobres, y Obiſpos.* Ceremonia que uſaban en ſu coronacion para traher preſente la muerte. *San J.* cap.10. pag.33. n.6.

Emperatriz. Veaſe *Maria Emperatriz.*

Enemigos. Medío notable de que usò San Juan Limoſnero, para que un Caballero perdonaſſe à ſu enemigo. *San J.* cap.33. pag.125. n.8. y ſig.

Eraciano. Padre de Eraclio. Veaſe *Focas.*

Eraclio. (Emperador) Eſtimacion grande que hizo de Nicetas. *San J.* cap.5. pag. 21. n.4.

Eraclion. (Hijo de Martina, ſegunda muger de Eraclio) Le cortaron las narices de orden del Senado. *San J.* cap. 5. pag.22. n.5.

Erneſto. (Archi-Duque) Hermano de la Infanta Doña Margarita. Se hace un epilogo de ſu ſanta vida, y egemplar muerte. *Sor Marg.* lib.3. cap.15. pag.306. n.1. y ſig. Clemente VIII. quando ſupo ſu muerte dijo; *Ha faltado una gran columna à la Igleſia, y podriamos llamar con verdad à eſte Principe San Erneſto, porque fue ſanto.* Alli n.2.

Eucariſtía. Se ha diſtinguido la Caſa Real de Auſtria, entre todos los Principes Chriſtianos en la devocion de eſte Santiſsimo Miſterio. *Sor Marg.* lib.6. cap.6. pag.519. n.1. y ſig. Devocion profunda de Sor Margarita de la Cruz à eſte Soberano Sacramento. Alli n.2. Devocion con que ſe preparaba Sor Margarita de la Cruz para recibirle. *Sor Marg.* lib.6. çap.7. pag.522. n.1. y ſig.

F

FE. Ayuda mucho à perſuadirla la ſantidad, y egemplo del Maeſtro. *San J.* cap. 8. pag. 28. n. 3. Repetia Sor Margarita de la Cruz la Proteſtacion de la Fè, que hacia Carlos V. *Sor Marg.* lib.5. cap.2. pag.329. n.4. Veaſe *Carlos V.*

Felipe II. Rey de Eſpaña. Eſcribe à la Emperatrìz ſu hermana, pidiendo por eſpoſa à la Infanta Doña Margarita. *Sor Marg.* lib.2. cap.5. pag.233. n.1. y ſig. Reſpueſta religioſa, y chriſtiana, que diò à la Emperatrìz, quando le manifeſtò la vocacion de la Infanta á ſer Religioſa. *Sor Marg.* lib.2. cap.9. pag.245. n.5. y cap.14. pag.255. n.2. Su ultima enfermedad, y muerte. *Sor Marg.* lib.3. cap.20. pag.319. n.1. y ſig. Admirables virtudes, y dones naturales de eſte Monarca. Alli pag.320. n.3. y ſig.

Felipe III. Sucedió à ſu Padre Felipe II. en el Reyno, y casò en Valencia con Margarita, hija del Archi-Duque Carlos. *Sor Marg.* lib.3. cap.20. pag.320. n. 5. Su ſuceſion. *Sor Marg.* lib. 4. cap. 14. pag.376. n.1. y ſig. Carta de pésame, que eſcribiò á Sor Margarita de la Cruz

por la muerte de ſu hija la Infanta Margarita. *Sor Marg.* lib. 4. cap. 16. pag. 384. n.6. Su ultima enfermedad, y ſentida muerte. *Sor Marg.* lib.4.cap.19. pag.389. n.1. y ſig. Virtudes, y dilatada ſuceſion de eſte Monarca. Alli pag. 391. n.5.

Felipe IV. Capitulaciones de ſu caſamiento con la Sereniſsima Iſabèl de Borbón. *Sor Marg.* lib.4. cap.16. pag.382. n.2. Era de diez y ſeis años quando ſucediò à ſu padre en la Corona de dos mundos. *Sor Marg.* lib.4. cap.19. pag.391. n.6.

Ferdinando. (Emperador) Fue elegido por muerte del Emperador Matias: Proezas, y zelo religioſo de eſte Ceſar. *Sor Marg.* lib.4. cap.17. pag.384. n.2. y 3.

Filipo. (Padre de Alejandro) No queriendo oìr à una pobre de Macedonia, le dijo: *Oídme Rey, ó dejar de gobernar, y reynar. San J.* cap.13. pag.49. n.9.

Focas. (Emperador) Hombre barbaro, y malo: fue inmediato anteceſor à Eraclio, y afligiò al Pueblo de Conſtantinopla. *San J.* cap. 5. pag. 21. n. 4. Se conjuraron contra èl Eracliano, padre de Eraclio, Gregoras padre de Nicetas, y Priſco. Alli. Violò à la muger de Focio. Alli.

Focio. Fue condenado en el Concilio General, Conſtantinopolitano IV. *San J.* cap.5. pag.26. n.2. Prendiò á Focas en ſu Palacio, lo deſnudo de la purpura, y atado lo entregò à Eraclio. Alli pag. 21. n.4.

G

Gracia. Conſervò Sor Margarita de la Cruz toda la vida la gracia del Bautiſmo. *Sor Marg.* lib.5. cap.8. pag.442. n.1. y ſig.

Gregoras. Padre de Nicetas. Veaſe *Focas.*

Gregorio Magno. (San) Socorrió à Jeſu-Chriſto, que ſe le apareciò, como pobre. *San J.* cap.1. pag.9. n.2.

Gregorio XIII. (P. M.) Enviò el velo para profeſar à la Infanta Doña Margarita, y la diſpensò en los rigores de la Regla. *Sor Marg.* lib.3. cap. 8. pag. 288. n. 1. y 4.

Gregorio XV. Carta que eſcribiò à Sor Margarita de la Cruz, conſolandola en la muerte de Felipe III. *Sor Marg.* lib. 4. cap.20. pag.393. n.2. Otra Carta á la miſma. Alli cap.21. pag.399. n.4.

H

Heracliano. (Padre del Emperador Heraclio) Veaſe *Eracliano.*

Heraclio. Veaſe *Eraclio.*

Heraclion. Veaſe *Eraclion.*

Heregía. Qual fue la de Pedro Naſéo. Veaſe *Pedro Naſéo.*

Hombre. Ha de exponer el cuerpo à los trabajos, por no exponer el alma à las culpas. *San J.* Cart. pag.5. n.8.

Hoſpitales. Los que edificò San Juan Limoſnero en Alejandrìa. *San J.* cap.11. pag.37. n.2. y ſig.

Humildad. La que practicò San Juan Limoſnero. *San J.* cap.16. pag.56. n.1. y ſig. La fina humildad conſiſte en la pronta obediencia. *Sor Marg.* lib.3. cap. 3. pag.277. n.1. Acciones egemplares, y aprecio de Sor Margarita de la Cruz à eſta virtud. *Sor Marg.* lib.5. cap.22. y ſig. pag.479. y ſig.

I

Injurias. Egemplo raro de San Juan Limoſnero, y razones para perdonar las injurias. *San J.* cap. 15. pag. 54. n. 3. y ſig. y cap.26. pag. 92. n. 1. y ſig. Negar la comun correſpondencia al injuriado, es venganza eſcandalo. principalmente en los Eccleſiaſticos. Alli cap. 26. pag.94. n.7.

Iſabèl. (Reyna de Francia) Algunos egemplos, y elogios de ſu vida: y favor que hizo Chriſto á ſu cadaver. *Sor Marg.* lib. 3. cap.17. pag.311. n.4. y ſig.

Iſabél de Borbon. Capitulaciones de ſu caſamiento con Felipe IV. *Sor Marg.* lib.4 cap. 16. pag.382. n.2.

J

Job. Su paciencia imitada por San Juan Limoſnero. *San J.* cap.3. pag.14. n. 3. y cap.36. pag.134. n.1.

Jorge. (Sobrino de San Juan Limoſnero) Le ſucediò en el Patriarcado de Alejandrìa. *San J.* cap.15. pag.53. n.2.

Juan Limoſnero. (San) Quienes eſcribieron ſu vida. *San J.* Introduc. pag.8. n. 2. Su Patria, padres, y nacimiento. *San J.* cap.2. pag.11. n.1. y ſig. Varias ma-

maravillosa que tuvo à los quince años de lo que puede con Dios la misericordia. Alli pag.12. n.4. Se desnudó para vestir á un pobre, y luego le premia Dios milagrosamente. Alli n.6. Tomó estado de Matrimonio, obligado de sus padres, tuvo dos hijos, muerense la muger, y los hijos. *San J.* cap.3. pag.13. n.1. y sig. Le pide el Pueblo Alejandrino para Patriarca. Alli cap.4. pag.15. n.1. y sig. Se duda, si fue elegido Obispo, antes de Sacerdote. Alli cap.5. pag. 20. n.2. y sig. Razones con que se defiende para no aceptar el Obispado. Alli pag.22. n.6. Se sujeta el Santo al yugo del Patriarcado, à instancias del Emperador. *San J.* cap.6. pag.23. n.1. y sig. Liberalidad, y jùbilo con que le recibió el Pueblo. *San J.* cap.7. pag.26. n.3. Daba racion cada dia à 7500. pobres. Alli pag.27. n.4. Extirpò de Alejandrìa muchos errores, y propagó la Fè. *San J.* cap. 8. pag. 27. n. 1. y sig. Edificó setenta Templos en poco mas de diez años que ocupò la Silla de Alejandrìa. *San J.* cap.9. pag.30. n.2. Notable industria con que redujo al Pueblo à la asistencia á la Iglesia. Alli pag. 31, n. 4. y sig. Promoviò la devocion de las Animas del Purgatorio. *San J.* cap.10. pag.32. n.1. y sig. Calumnias que padeciò contra su recto proceder. *San J.* cap. 11. pag. 38. n. 4. Se hacia todo à todos. *San J.* cap.13. pag.46. n. 4. Promovió el Estado Monastico, honrando, y ayudando à los Monges. *San J.* cap.20. pag.71. n.1. y sig. Calumnias que susciтò un Sacerdote contra el Santo. *San J.* cap.22. pag.78.n.4. Paciencia con que tolerò las competencias con Nicetas. *San J.* cap.23.pag.85. n.4. y sig. Milagro rarisimo que obró Dios, para componer las diferencias entre el Santo, y Nicetas. *San J.* cap. 24. pag.87. n.2. y sig. Reconocia por parientes, à los que le imitaban en la caridad con los pobres. *San J.* cap. 30. pag.111. n.2. Caridad que usaba con los pobres vergonzantes. *San J.* cap.32. pag.117. n.1. y sig. Paciencia que tenia con los pobres, y piedad con los domesticos. *San J.* cap.33. pag.121. n.1. y sig. Era solicito su cuidado en poner en paz à los poderosos. Alli pag. 124. n.8. Poder, y eficacia de su oracion: se refieren algunos casos notables. *San J.* cap. 35. pag.131. n.1. y sig. Socorros considerables que envió à Jerusalén, quando la debastaron los Persas. *San J.* cap.37. pag.136. n.1. y sig. Acomete al Santo la ultima enfermedad en Chipre: su testamento, y circunstancias de su muerte. *San J.* cap.39. pag. 143. y sig. Milagros que obró Dios, para manifestar la gloria de su siervo. *San J.* cap. 41. pag.148. n.1. y sig.

Juicios. No se han de formar con facilidad de las culpas agenas. *San J.* cap.18.pag. 67. n.6. Se refieren dos casos notables al intento. Alli cap.18. y 19. pag.68. y sig. Otro caso notable al mismo intento. *San J.* cap.21. pag.71. n.4.

Jurisdicion. Quanto importa que la espiritual, y temporal estén unidas. *San J.* cap.14. pag.49. n.2. y 3.

L

Lagrimas. Con la humildad de unas lagrimas contritas se templa, y apaga el fuego de la Justicia Divina. *San J.* Cart. pag.4. n.6.

Leccion de Libros Espirituales. Espíritu con que San Juan Limosnero leìa las vidas de los Santos. *San J.* cap.34. pag.126. n.1.

Leoncio. (Obispo de Nicopolis) Escribiò la Vida de San Juan Limosnero, la que aprobò el Concilio Niceno. *San J.* Introduc. pag.8. n.2.

Leopoldo. (Archi Duque.) Quando muriò este Principe. *Ser Marg.* lib.6. cap. 20. pag.561. n.2.

Libros Espirituales. Vease *Leccion.*

Limosna. Paga Dios al limosnero ciento por uno, aun en esta vida. *San J.* cap. 2. pag.12. n.7. y cap.27. pag.96. n.1. y cap.31. pag.115. n.5. La limosna à los Templos se ha de preferir à las demàs: y por què. *San J.* cap.11. pag.38. n.5. Milagro con que castigò Dios à un piloto que reusaba dàr limosna. *San J.* cap. 24. pag 89. n.7. Egemplos de lo que vale la limosna delante de Dios. *San J.* cap.28. pag.99. n.1. y sig. Razones, è industrias con que San Juan Limosnero persuadia à dàr limosna. *San J.* cap.29. pag. 106. n. 1. y sig. Lo que aprecia Dios el que se dè con prontitud. *San J.* cap.32. pag.117. n.2. y sig. Serapiòn Sindonita se desnudò hasta la tunica interior, para vestir à un pobre. *San J.* cap.34. pag.126. n.2. y sig. Para dar-

la no ſe ha de conſultar à la prudencia humana, ſino à la Caridad Divina: ſe ha de dàr al que pide, ſin mirar ſi es pobre, ò rico. *San J.* cap.37.pag.139. n.10. Otras recomendaciones, y elogios de la limoſna. *San J.* cap.41. pag. 151.n.6. y ſig. Magnificencia real de Sor Margarita de la Cruz en dàr limoſna à los vivos, y por los difuntos. *Sor Marg.* lib.5. cap.13. y ſig. pag.456. y ſig. Veaſe *Pobres.*

Luis XIII. (Rey de Francia) Capitulaciones de ſu caſamiento con la Infanta de Eſpaña Doña Ana, hija de Felipe III. *Sor Marg.* lib.4. cap.16. pag.382. n.2.

M

Margarita. (Hija del Archi-Duque Carlos) Paſa á ſer Reyna de Eſpaña, y ſe celebra en Valencia la boda con Felipe III. *Sor Marg.* lib.3.cap.19. pag.317. n.2. y cap.20. pag.321. n.6. Su dilatada ſucesion, y amor que tuvo à ſu tia Sor Margarita de la Cruz. *Sor Marg.* lib.4.cap.14. pag.376. n.1. y ſig. Sus admirables virtudes, y felíz muerte. Alli cap.15. pag.379. n.1. y ſig.

Margarita. (Infanta de Eſpaña) Hija de Felipe III. y la Reyna Doña Margarita. Sus virtudes, y temprana muerte. *Sor Marg.* lib.4. cap.16. pag.384. n.5.

Margarita de la Cruz. (Sor) Hija del Emperador Maximiliano. Su Patria, progenitores, y hermanos. *Sor Marg.* lib.1. cap.1. pag.162. n.3. Egercicios de ſu niñèz, y cuidado de la Emperatríz en ſu educacion. Alli cap.3. pag.167. n.1. y ſig. Miraba deſde niña con ſingular afecto à los pobres. Alli pag.168. n.5. y cap.8. pag.180. n.3. Su ſingular ingenio, y amable condicion. Alli cap.4. pag.170. n.1. y ſig. Deſde niña tuvo inclinacion á la leccion de libros devotos. Alli n.2. Tenia gran conſuelo en tratar con perſonas Religioſas. Alli cap.5.pag. 172. n.1. Veaſe *Penitencia.* No baſtaba la contradicion de Palacio para retraherla de algunas demonſtraciones devotas. Alli pag.174. n.5. Primeros deſeos de ſer Religioſas; y razones con que perſuadia à ſus Damas que lo fueſſen. Alli cap.6. pag. 175. n.1. y ſig. Dos egemplos de la rendida obediencia que tenia à ſus padres. Alli cap.7. pag. 178. n.2. y ſig. Su devocion à Maria Santiſsima. Alli cap.8. pag. 180. n.1. y lib.6. cap.8.p.524.n.1.y ſig. Veaſe *Zelo, Recreaciones, y Preſencia de Dios.* Uſaba de lo temporal como de eſcala para lo eterno. *Sor Marg.* lib.1.cap.9.pag.182. n.1. y ſig. Devocion con que aſsiſtia à la oracion, à la Miſa; y favor que la hizo Dios en eſte Santo Miſterio. Alli cap.10. pag.184.n.1.y ſig. Amor grande que tenia à la Fè, y dolor que le cauſaban las heregìas. Alli cap.11.pag.187. n.2. y ſig. Circunſtancias del viage de Alemania, haſta que entrò con ſu Madre la Emperatrìz en las Deſcalzas Reales de Madrid. Alli cap.13. y ſig. pag. 191. y ſig. Solia decir que las platicas de San Carlos Borroméo la dejaron muy aprovechada. Alli cap.18. pag.205. n. 4. Valor grande que ſu Alteza, y la Emperatrìz monſtraron en una tormenta. Alli cap.20. pag. 209. n. 1. y ſig. Favor ſobrenatural que recibiò de la Virgen de Monſarrate. Alli cap.22.pag. 205. n.1. y ſig. Pide á la Virgen de Monſerrate, que ſe logre ſu deſeo de ſer Religioſa, y la hace una cedula, firmada con ſangre de ſu corazon de ſer Eſpoſa de Jeſus. Alli n.2. Parte de Madrid à Portugal con ſu Madre la Emperatrìz, y ſe detiene en Guadalupe. *Sor Marg.* lib.2. cap.1. pag. 225. n.1. y ſig. Egercicios devotos que hizo en aquel devoto Santuario. Alli n.3. Renueva en Guadalupe los propoſitos de ſer Religioſa. Alli lib.2.cap.1.pag.226. n.6. Santos Egercicios que practicaba en Lisboa. Alli cap.3. pag.229. n.1. y ſig. Trata el Rey Felipe II. caſarſe con le Infanta, y eſcribelo à la Emperatriz ſu madre. Alli cap.5. pag. 233. n.1. y ſig. Sentimientos que padeciò con la propueſta del caſamiento, y reſpueſtas graves que diò. Alli cap.8. pag.240. y ſig. Favor prodigioſo que recibió de la Imagen de un Santo Crucifijo. Alli cap. 12. pag.251. n.3. Continuanſe las inſtancias del caſamiento, y perſuade à ſu madre la ampare en la proſecucion de ſu ſanto propoſito. Alli cap. 13. pag. 252. n.1. y ſig. Padece nuevas tribulaciones ſobre quererla impedir tomaſſe vida tán auſtéra. Alli cap.14. pag.255. n.1. y ſig. Toma el Habito en las Deſcalzas Reales, y circunſtancias que concurrieron. Alli cap.17. pag.262. y ſig. Conſejo que la diò ſu madre, y cuidado con que le obſervò. *Sor Marg.* lib.3. cap.

cap.1. pag.271. n.1. y ſig. Humildad con que quiſo ſer tratada, y deſeos de ſeguir la vida comun de la Religion. Alli cap. 2. pag. 274. n. 1. y ſig. Reſuelve el Rey à peſar de ſus humildes ſùplicas, que en la Religion la dèn tratamiento de Alteza. Alli pag.276. n.4. Hallaba ſu recreacion en los egercicios mas humildes del Convento. *Sor Marg.* lib.3. cap. 4. pag.280. n.2. Egercicios con que ſe diſpuſo à la profeſion, y contradicciones que venció para hacer la. Alli cap.6.y 7.pag.283. y ſig. Gregorio XIII. la envia el velo para profeſar: la diſpenſa en los rigores de la Regla, y ella renuncia la diſpenſacion. Alli cap, 8. pag. 289. n. 4. y 5. Devotos ſentimientos con que hizo ſu profeſion, y perfeccion con que obſervò ſu Regla. *Sor Marg.* lib.3. cap.9. y ſig. pag. 291. y ſig. Tuvo grandes deſèos de hacer penitencia, para lo que importunaba à la Prelada. Alli cap. 13. pag. 301. n. 1. Se negò à ſu Madre la Emperatrìz por Dios, y por guardar la clauſura. Alli cap.16. pag.309. n.2. Carta que la eſcribiò Gregorio XIV. recomendandola el Nuncio Bucarino. Alli cap.18. pag. 313. n. 1. Zelo con que patrocinaba las cauſas de la Igleſia. Alli n.2. y lib.5. cap. 2. pag. 427. n. 1. y ſig. Quierenla hacer Prelada, y obtiene Breve de ſu Santidad para no ſerlo. *Sor Marg.* lib. 3. cap. 22. pag. 324. n. 1. y ſig. Reſignacion que tuvo en la muerte de la Emperatrìz ſu Madre. Alli cap. 28. pag.340. n.1. y ſig. Valor admirable con que ſe reſiſtiò á las inſtancias del Rey, de que ſe le puſieſſe caſa en el Convento, y ſeñalaſſen Criados. *Sor Marg.* lib.4. cap. 2. y ſig. pag. 349. y ſig. Admite del Rey renta para hacer limoſna, pero no ſu dominio, y propiedad. Alli cap.4.pag. 354. n.3. Lloraba el poder dár limoſna, aunque ſe alegraba de darla. Alli cap.5. pag. 357. n. 4. La quieren llevar à Alemania, y ſe reſiſte con esforzado deſengaño. Alli cap.6. pag. 358. n. 1. y ſig. Egercicios de devocion, y penitencia que practicò deſpues de la muerte de la Emperatrìz ſu Madre. Alli cap.8. y ſig. pag.362. y ſig. Previene à Felipe III. ſu cercana muerte. *Sor Marg.* lib.4. cap.19. pag.390. n.4. Deſapropio que la puſo Dios aun en las coſas ſantas. Alli cap.25. pag.413. n.3. Paciencia egemplar con que ſufrió un penoſo corrimiento de ojos, y fortiſsimas medicinas que la aplicaron para curarlos. Alli cap. 26. y ſig. pag. 414. y ſig. La baten las cataratas, queda del todo ciega, y ſe reſigna con notable conſuelo. Alli cap.28. y 29. pag. 418. y ſig. Zelo que tenia de la propagacion de la Fé. *Sor. Marg.* lib.5.cap.2. y ſig. pag. 427. y ſig. Rompe con un cuchillo ſu pecho para firmar con ſu ſangre la proteſta que tenia hecha à Dios de ſu alma, y cuerpo, y por qué motivo. Alli cap.4. pag. 434. n. 2. Su eſperanza, y caridad ardiente. Alli cap. 6. y ſig. pag. 437. y ſig. No perdiò la gracia bautiſmal. Alli cap.8. pag. 442. n.1. y ſig. Amor que tuvo à los progimos, en eſpecial à los pobres. Alli cap. 10. pag.448. y ſig. Veaſe *Pobres, y Limoſna.* Su obediencia ciega, mirando en los Prelados al Redentor. Alli cap. 16. y 17. pag.463. y ſig. Fue ſingular ſu pureza. Alli cap.18. pag.469. n.1. y ſig. Fue egemplar heroyco de pobreza Evangelica. Alli cap. 19. y ſig. pag. 471. y ſig. Egercicios de penitencia que hacia ſobre los rigores de la Comunidad. Alli cap.25. y ſig. pag. 486. y ſig. Su paciencia. Veaſe *Reſignacion, y Silencio.* Tenia devocion entrañable al Niño Jeſus, à las Llagas de Chriſto, y al Santiſsimo Sacramento. *Sor Marg.* lib.6. cap.2. y ſig. pag.508. y ſig. Veaſe *Eucariſtìa.* Entretenia la hambre eſpiritual que tenia de comulgar ſacramentalmente con frequentes comuniones eſpirituales. Alli cap. 6. pag. 521. n.3. Fruto que ſacaba de eſte ſanto egercicio. Alli n. 4. Solicitud con que promoviò la cauſa de la Concepcion Puriſsima de Maria Santiſsima. Alli cap.11. pag.538. n.1. y ſig. Su devocion al Santo Angel de la Guarda. Alli cap. 12. pag.544. n.1. y ſig. Sus progreſos en la Oracion Mental. Alli cap.13. y ſig. pag. 546. y ſig. Principio, y circunſtancias de ſu ultima enfermedad. Alli cap. 26. y ſig. pag.574. y ſig. Su tranſito dichoſo. Alli cap.31. pag.588. n.1. y ſig. Entierro, y Honras que ſe hicieron à ſu Venerable Cadaver. Alli cap.32. y ſig. pag.591. y ſig.

Maria. (Emperatrìz) Muger del Emperador Maximiliano. *Sor Marg.* lib. 1. cap.1. pag.162. n.3. Singular amor que profeſò à la Infanta Margarita, y eſ-

me-

mero con que educò à ſus hijos. Alli cap. 2. pag. 165. n. 2. y 3. Sentimiento grande que hizo en la muerte de ſu eſpoſo. Alli cap. 12. pag. 189. n. 2. Determina retirarſe à las Deſcalzas Reales de Madrid: vence las dificultades del Imperio, y lo egecuta con reſolucion admirable en compañia de ſu hija Margarita. Alli cap. 12. y ſig. pag. 190. y ſig. Valor grande que ſu Mageſtad, y la Infanta Doña Margarita moſtraron en una tormenta. Alli cap. 20. pag. 209. n. 1. ſig. Aparato, y pompa con que fue recibida en Barcelona. Alli pag. 211. n. 5. Parte deſde Madrid à Lisboa con la Infanta á vèr al Rey ſu hermano, y ſe detienen en Guadalupe. *Sor Marg.* lib. 2. cap. 1. pag. 224. n. 1. Religioſas acciones de la Emperatrìz, y de ſu Corte en aquel Santuario. Alli n. 2. Llegan à Lisboa, y recibenlas el Rey, y el Archi-Duque Alberto. Alli cap. 2. pag. 227. n. 1. y ſig. Proponela el Rey caſarſe con la Infanta, y pide tiempo para reſponder à la propueſta. Alli cap. 5. pag. 233. n. 1. y ſig. Confuſiones que padeciò en eſte eſtado, y lo que reſolviò en eſte punto. Alli cap. 6. pag. 235. n. 1. y ſig. Vuelve de Portugal à Madrid con el Rey, y la Infanta. Alli cap. 10. pag. 245. n. 1. Reſpueſta rara que diò à la Infanta, favoreciendo la reſolucion de ſer Religioſa. Alli cap. 13. pag. 254. n. 3. Comunica con el Rey la firme determinacion de la Infanta. Alli cap. 14. pag. 255. n. 2. Raro egemplo con que ſe diſpuſo para comulgar. *Sor Marg.* lib. 3. cap. 24. pag. 330. n. 1. Su ultima enfermedad, ſu teſtamento, y muerte. Alli cap. 25. y ſig. pag. 333. y ſig. Señales particulares con que manifeſtó Dios la ſantidad de ſu vida. Alli cap. 29. pag. 342. n. 1. y ſig. Fue enterrada en el entierro comun de las Religioſas Deſcalzas Reales. Alli pag. 344. n. 5. Deſpues de muchos años de difunta ſe hallò ſu Real Cadaver entero, y flexible: pompa con que ſe trasladó al Coro de las Deſcalzas Reales. *Sor Marg.* lib. 4. cap. 16. pag. 383. n. 4. Palabras firmiſsimas con que manifeſtò la Fè que tenia al Santiſsimo Sacramento. *Sor Marg.* lib. 6. cap. 6. pag. 519. n. 1. Se colocò ſu Venerable Cadaver en una urna magnifica que mando fabricar Felipe III. y ſe concluyò en tiempo de Felipe IV. Alli cap. 20. pag. 561. n. 3.

Maria Santiſsima. Zelo de Sor Margarita de la Cruz en eſtender ſu devocion. *Sor Marg.* lib. 6. cap. 8. pag. 524. y ſig. Caſa Eſpiritual, que en honor ſuyo fabricò Sor Margarita de la Cruz, y oficios que aſignò en ella. Alli cap. 10. pag. 529. n. 1. y ſig. Quanto promoviò Sor Margarita de la Cruz la devocion de ſu Concepcion Inmaculada. Alli cap. 11. pag. 538. n. 1. y ſig.

Martina. Segunda muger de Heraclio: matò con veneno à ſu hijaſtro Conſtantino. *San J.* cap. 5. pag. 22. n. 5. La caſtiga el Senado, cortandola la lengua. Alli.

Matias. (Emperador) Año de ſu muerte, y quien le ſucedió en el Imperio. *Sor Marg.* lib. 4. cap. 17. pag. 385. y 386. n. 2.

Maximiliano. (Segundo Emperador) Naciò el año de 1558. *Sor Marg.* lib. 1. cap. 1. pag. 163. n. 3. Gobernò los Reynos de Eſpaña por auſencia de Felipe II. Alli. Sus prendas, lugar, y tiempo de ſu muerte. Alli cap. 12. pag. 188. n. 1.

Maximiliano. (Archi-Duque) Sale ocultamente de ſu caſa, y llega á Madrid veſtido de peregrino. *Sor Marg.* lib. 3. cap. 23. pag. 327. n. 1. y ſig. *Viſita en* Madrid à la Emperatrìz ſu madre, y à ſu hermana Sor Margarita. Alli cap. 24. pag. 330. n. 1. y ſig. Su valor, eſclarecidas prendas, y dichoſa muerte. *Sor Marg.* lib. 4. cap. 17. pag. 385. n. 1.

Medidas. Zelo de San Juan Limoſnero en que ſe ajuſtaſſen las medidas, y peſos en Alejandrìa. *San J.* cap. 13. pag. 45. n. 2.

Memoria. La memoria de lo que ſe ofreciò à Dios en la profeſion, es el fiador mas ſeguro de los aciertos religioſos. *Sor Marg.* lib. 3. cap. 5. pag. 281. n. 1.

Menfis. Veaſe *Cairo.*

Miſa. Devocion con que Sor Margarita de la Cruz aſsiſtia à eſte Santo Sacrificio. *Sor Marg.* lib. 4. cap. 10. pag. 367. n. 2.

Miſericordia. Lo que puede con Dios eſta virtud. *San J.* cap. 2. pag. 12. n. 4.

Monges. Quienes fueron los primeros pobladores de los deſiertos en la Ley de Gracia. *San J.* cap. 17. pag. 62. n. 6. Veaſe *Religiones.* Los ayudó, y honrò mucho San Juan Limoſnero. *San J.* cap. 20. pag. 71. n. 1. y ſig. Egemplo de la tolerancia rara de un Monge. Alli cap. 21. pag. 75. n. 4. Veaſe *Porfiria.*

Monſerrate. Deſcripcion de eſte Sagrado Mon-

Monte, y Santuario. *Sor Marg.* lib. 1. cap. 21. pag. 212. n. 1. y ſig. Llamaſe Monte ſerrado, porque ſe dividieron entre sì los peñaſcos en la muerte de Chriſto. Alli n. 3.

Mortificacion. Veaſe *Penitencia.*

Muerte. Razones, y egemplos que perſuaden la utilidad de la memoria de la muerte. *San J.* cap. 10. pag. 33. n. 6. y ſig. Ceremonia que uſaban los Emperadores en ſu coronacion para traher preſente la muerte. Alli. El prevenirſe para ella es credito de la mayor prudencia. *Sor Marg.* lib. 3. cap. 19. pag. 316. n. 1.

Muger. Induſtria, y zelo con que San Juan Limoſnero redujo à una muger à confeſar ſu pecado. *San J.* cap. 41. pag. 149. n. 3.

Mundo. Se divide en dos vandos, uno de los cùerdos, y otro de los perdidos. *San J.* cap. 11. pag. 38. n. 4. Veaſe *Religiones, y Siglo.* Las felicidades que ofrece ſon falſas, y fingidas. *Sor Marg.* lib. 3. cap. 6. pag. 284. n. 2.

N

Niceras. Quien fue, y qual ſu deſcendencia. *San J.* cap. 5. pag. 21. n. 4. y ſig. Perſuade à San Juan Limoſnero, que acepte el Obiſpado, y el Santo ſe reſiſte. Alli pag. 22. n. 6. Tuvo grande correſpondencia, ſiendo Gobernador de Alejandrìa, con San Juan Limoſnero. Alli cap. 14. pag. 49. n. 1. y ſig. Se empezó à entibiar en la devocion que tenia al Santo, y por què. Alli cap. 22. pag. 78. n. 3. y ſig. Eſtado de Alejandrìa en las competencias de Niceras, y el Santo Patriarca. Alli cap. 23. pag. 84. n. 1. y ſig.

Nobleza. La verdadera ſe toma de la virtud, y no de la vanidad. *San J.* cap. 15. pag. 54. n. 3.

O

Obediencia. Dos caſos de la rendida obediencia, que Sor Margarita de la Cruz tenia à ſus Padres. *Sor Marg.* lib. 1. cap. 7. pag. 178. n. 2. y ſig. La que tenia à los Prelados, mirando en ellos à Jeſu-Chriſto. *Sor Marg.* lib. 5. cap. 16. y ſig. pag. 463. y ſig.

Obiſpos. Por quien ſe hacia ſu eleccion en la primitiva Igleſia. *San J.* cap. 4. pag. 18. n. 9. Las cauſas de los pobres, aunque civiles, ſe cometian antiguamente à la audiencia de los Obiſpos. Alli cap. 13. pag. 44. n. 1. y ſig. Su obligacion, y carga. Alli pag. 46. n. 5. Han de medir el parenteſco por las virtudes, no por el linage: ſe refiere un caſo notable. Alli cap. 30. pag. 111. n. 2.

Oracion. Se refieren algunos caſos de la eficacia de la oracion de San Juan Limoſnero. *San J.* cap. 35. pag. 131. n. 1. y ſig. La que no mejora la vida, no es oracion, ſino engaño. *Sor Marg.* lib. 1. cap. 18. pag. 204. n. 3. Es la armeria del eſpiritu contra el Demonio, y la carne. *Sor Marg.* lib. 4. cap. 13. pag. 372. n. 1. Afectos con que Sor Margarita de la Cruz ſe diſponia para eſte ſanto egercicio, y efectos que ſacaba de èl. Alli pag. 372. n. 2. y lib. 6. cap. 13. y ſig.

P

Paciencia. La de San Juan Limoſnero fue ſemejante à la de Job en la pèrdida de bienes. *San J.* cap. 3. pag. 14. n. 3. y cap. 36. pag. 134. n. 1. y ſig. Egemplo ſingular de paciencia de Sor Margarita de la Cruz. *Sor Marg.* lib. 1. cap. 7. pag. 178. n. 2. y ſig.

Palacios. Es en ellos mas importuna la calumnia, que la verdad. *San J.* cap. 22. pag. 83. n. 19.

Paſtor. Quanto deba ſer ſu deſvelo. *San J.* cap. 13. pag. 47. n. 7. y 8. Veaſe *Obiſpo.*

Patriarca. Los quatro Patriarcas del Oriente eran las mayores dignidades deſpues del Pontifice Romano. *San J.* cap. 4. pag. 17. n. 5.

Pecador. Le amenaza Dios para corregirle, le amoneſta para la enmienda, y le previene para el perdon. *San J.* Cart. pag. 5. n. 7. Ha de recurrir de Dios á Dios, de ſu Juſticia á ſu Miſericordia. Alli pag. 6. n. 9.

Pedro Nafeo. Defendia que la Divinidad era paſible, y le convenciò San Juan Limoſnero. *San J.* cap. 8. pag. 28. n. 2.

Pedro Publicano. Saliò bien del juicio de Dios, por haber dado un pan de limoſna, aunque de mala gana. *San J.* cap. 28. pag. 100. n. 3. y ſig.

Pelagia. (Antes Porfiria) Reſignacion grande con que ſufriò ſu deshonor. *San J.* cap. 21. pag. 75. n. 4.

Penitencia. Las que Sor Margarita de la Cruz practicaba ſobre los rigores de la Comunidad, y del alto aprecio que hacia de eſta virtud. *Sor Marg.* lib. 5. cap. 25. pag. 486. n. 1. y ſig.

Perfeccion. Para alcanzarla no ſon meneſter muchos diſcurſos. *San J.* cap. 26. pag. 94. n. 5. En què conſiſte la verdadera. *Sor Marg.* lib. 3. cap. 3. pag. 277. n. 1. y 2.

Perſas. Fue una de las Naciones mas bèlicas. *San J.* cap. 37. pag. 136. n. 1. Eſtragos que hicieron en los Lugares Santos de Jeruſalèn en tiempo del Patriarca Zacarías. Alli pag. 137. n. 2. y ſig.

Peſte. Eſtragos conſiderables que hizo en Andalucia el año de 1648. *San J.* Cart. pag. 1. n. 2.

Piloto. Caſtigò Dios à un Piloto, que reuſaba dàr limoſna. *San J.* cap. 24. pag. 89. n. 7.

Platicas. Las que San Juan Limoſnero hacia à ſu Clero eran frequentes, y fruto que ſacaba con ellas. *San J.* cap. 21. pag. 74. n. 1. y ſig.

Pobres. San Juan Limoſnero los llamaba ſus ſeñores. *San J.* cap. 12. pag. 42. n. 4. Veaſe *Limoſna.* Las cauſas de los pobres, aunque fuéſſen civiles, las cometian los Emperadores à la audiencia de los Obiſpos. Alli cap. 13. pag. 44. n. 1. Se han de gobernar mas con el amor paternal, que con los filos de la juſticia. Alli n. 2. A los vergonzantes, y nobles ſe les ha de prevenir el ſocorro ſin laſtimarles en la honra. Alli cap. 32. pag. 117. n. 1. Caridad con que los trataba Sor Margarita de la Cruz. *Sor Marg.* lib. 1. cap. 8. pag. 181. n. 3. y ſig. y lib. 5. cap. 11. y 12. pag. 452. y ſig. Caſos particulares que ſucedieron à Sor Margarita de la Cruz dando limoſna á los pobres. *Sor Marg.* lib. 5. cap. 13. pag. 456. n. 1. y ſig.

Pobreza. Un caſo de notable pobreza en San Juan Limoſnero. *San J.* cap. 14. pag. 51. n. 6. La riqueza enſoberbece, y la pobreza humilla. Alli cap. 36. pag. 134. n. 1. y ſig. Aprecio, y elogios que Sor Margarita de la Cruz hacia de eſta virtud. *Sor Marg.* lib. 3. cap. 15. pag. 307. n. 4. y lib. 5. cap. 19. y ſig. pag. 471. y ſig.

Porfiria. (Muger perdida) La ganò para Dios un Monge, con detrimento de ſu honra. *San J.* cap. 21. pag. 75. n. 4. Veaſe *Pelagia.*

Póſito. Admirables prevenciones con que San Juan Limoſnero plantificò un póſito en Alejandría. *San J.* cap. 11. pag. 37. n. 2.

Predicadores. Quan altamente ſentia de ellos Sor Margarita de la Cruz. *Sor Marg.* lib. 5. cap. 3. pag. 430. n. 1. y ſig.

Preſencia de Dios. No la perdia Sor Margarita de la Cruz en las mayores recreaciones. *Sor Marg.* lib. 1. cap. 9. pag. 182. n. 3.

Principes. Si cuidaſſen de obrar, no por sì, ſino por Dios, ſerìan el remedio del mundo. *Sor Marg.* lib. 1. cap. 18. pag. 204. n. 4.

Priſco. Vaaſe *Focas.*

Profeſion. Quanto importa la memoria de lo que ſe ofreciò à Dios en la profeſion. Veaſe *Memoria.*

Pueſtos. Si ſe miran como fin, ſon embarazo: ſi ſe tratan como medio, ſon provechoſos. *Sor Marg.* lib. 3. c. 16. pag. 308. n. 1.

Purgatorio. Platica de San Juan Limoſnero para excitar la devocion de las Animas del Purgatorio. *San J.* cap. 10. pag. 32. n. 3. Caſo notable para promover eſta devocion. Alli pag. 33. n. 14.

R

Recreaciones. Eſpiritu con que las tomaba Sor Margarita de la Cruz. *Sor Marg.* lib. 1. cap. 9. pag. 182. n. 1. y ſig. y lib. 4. cap. 11. pag. 368. n. 1. y ſig.

Religiones. Quando empezaron en la Igleſia: ſus fundadores, y exencion de la juriſdicion de los Obiſpos. *San J.* cap. 17. pag. 62. n. 6. y ſig. Caſo notable de un Religioſo, caſtigado ſin cauſa. Alli cap. 18. pag. 66. n. 2. y ſig. Razones con que Sor Margarita de la Cruz alababa el Eſtado Religioſo, y deſpreciaba el del ſiglo. *Sor Marg.* lib. 1. cap. 6. pag. 175. n. 1. y ſig. La Dignidad Real no pierde, antes ſe iluſtra en la Religion. *Sor Marg.* lib. 3. cap. 2. pag. 276. n. 4. Veaſe *Profeſion.*

Rentas. Si las Eccleſiaſticas ſe mezclan con las ſeculares para la negociacion, pierecen unas, y otras. *San J.* cap. 30. pag. 113. n. 8.

Reſignacion. Es en el Chriſtiano el unico remedio de los trabajos. *Sor Marg.* lib. 5. cap. 2. pag. 427. n. 2. La de Sor Mar-

ga-

garita de la Cruz. Alli pag. 428. n. 3. y cap. 29. pag. 495. n. 1. y ſig.

Rey. La obligacion que tiene de dàr audiencia à los pobres: ſe explica con un caſo que ſucedió à Filipo, padre de Alejandro. *San J.* cap. 13. pag. 48. n. 9. Veaſe *Principes, y Religiosos.*

Rico. Egemplo grande que un hombre rico diò á ſu hijo à la hora de ſu muerte en recomendacion de la limoſna. *San J.* cap. 30. pag. 110. n. 1. y ſig.

Riquezas. Enſoberbece la riqueza, y la pobreza humilla. *San J.* cap. 36. pag. 134. n. 1. y ſig. Las dà Dios abundantes al que le ſirve, y las recata del que es perezoſo en ſu ſervicio: ſe refiere un caſo notable de dos Clerigos. Alli cap. 38. pag. 140. n. 1. y ſig. Veaſe *Pobreza.*

Rodolfo. (Emperador) Su ingenio, lances de ſu vida, y ſu muerte en Praga. *Sor Marg.* lib. 4. cap. 16. pag. 381. n. 1. y ſig.

S

Sapor. Rey de los Perſas. Conflicto en que puſo á la Chriſtiandad. *San J.* cap. 37. pag. 137. n. 2. y ſig.

Sepulcro. Elegian los Emperadores lápida para ſu ſepulcro el dia de ſu coronacion, por traher preſente la muerte en todo ſu gobierno. *San J.* cap. 10. pag. 33. n. 6.

Serapion Sindonita. Se deſnudò para veſtir à un pobre, haſta la tunica interior. *San J.* cap. 34. pag. 126. n. 2. y ſig.

Siglo. Quan penoſa es la vida del ſiglo, y quan felìz la de la Religion. *Sor Marg.* lib. 1. cap. 6. pag. 175. n. 1.

Silencio. Es el horno del amor divino. *Sor Marg.* lib. 5. cap. 30. pag. 498. n. 1. y ſig. Eſmero de Sor Margarita de la Cruz en eſte ſanto egercicio. Alli.

Simón Eſtilita. (San) Revelacion que tuvo de lo que hacen los Demonios con los pecadores, quando ſe preſentan en el juicio de Dios. *San J.* cap. 10. pag. 36. n. 9.

Simonía. Se explica la fealdad de eſte vicio. *San J.* cap. 12. pag. 40. n. 2.

T

Templo. Edificò San Juan Limoſnero en Alejandrìa ſeſenta Templos en poco mas de diez años, que ſue Obiſpo. *San J.* cap. 9. pag. 31. n. 2. Los Templos han de ſer ſocorridos con preferencia à las demàs neceſidades. Veaſe *Limoſna.*

Teopento. Aſsi ſe llamaba un primo hermano de San Juan Limoſnero. *San J.* cap. 30. pag. 111. n. 2.

Terranova. (Duque de) Virrey de Cataluña. Aparato con que recibiò en Barcelona à la Emperatrìz Maria, y à la Infanta Doña Margarita. *Sor Marg.* lib. 1. cap. 20. pag. 211. n. 5.

Teſtamento. Clauſulas del que hizo la Infanta Sor Margarita antes de profeſar. *Sor Marg.* lib. 3. cap. 7. pag. 287. n. 4.

Tiberio II. (Emperador) Dos milagros con que ſatisfizó Dios la ſed que tenia de ſocorrer á los pobres. *San J.* cap. 1. pag. 9. n. 2.

Tiempo. Aprecio que de él hacen los Santos. *Sor Marg.* lib. 4. cap. 8. pag. 362. n. 1.

Tomàs de Villanueva. (San) Reflexion notable de eſte Santo ſobre la utilidad de la limoſna. *San J.* cap. 11. pag. 39. n. 6.

Trabajos. Ha de exponer el hombre ſu cuerpo à los trabajos, por no exponer ſu alma à las culpas. *San J.* Cart. pag. 6. n. 8. El eſpiritual halla en ellos aprovechamiento, como en los guſtos peligro. *Sor Marg.* lib. 4. cap. 7. pag. 361. n. 3.

Troylo. (Obiſpo) Primero avàro, y deſpues milagroſamente limoſnero. *San J.* cap. 29. pag. 106. n. 1. y ſig.

U

Urbano VIII. Carta que eſcribió à Sor Margarita de la Cruz, recomendando ſu zelo à la Igleſia. *Sor Marg.* lib. 4. cap. 24. pag. 409. n. 4. y 5. Otra à la miſma, recomendandola el Cardenal Barberino ſu ſobrino, que paſaba Legado à Eſpaña. *Sor Marg.* lib. 5. cap. 31. pag. 500. n. 1. y ſig. Otra à la miſma, en que explica el grande concepto que tenia de ſu ſanta vida. Alli pag. 503. n. 5.

V

Vida. La de los Santos ſolo la pueden eſcribir con acierto otros Santos. *Sor Marg.* lib. 4. cap. 7. pag. 361. n. 4. Se deſcribe la brevedad de la humana

Sor Marg. lib.6. cap.20. pag.560. n. 1.

Vida eſpiritual. Es en ella la felicidad perſecucion mayor que las deſdichas. Sor Marg. lib.4.cap.7. pag.361. n.3. Veaſe *Trabajos.*

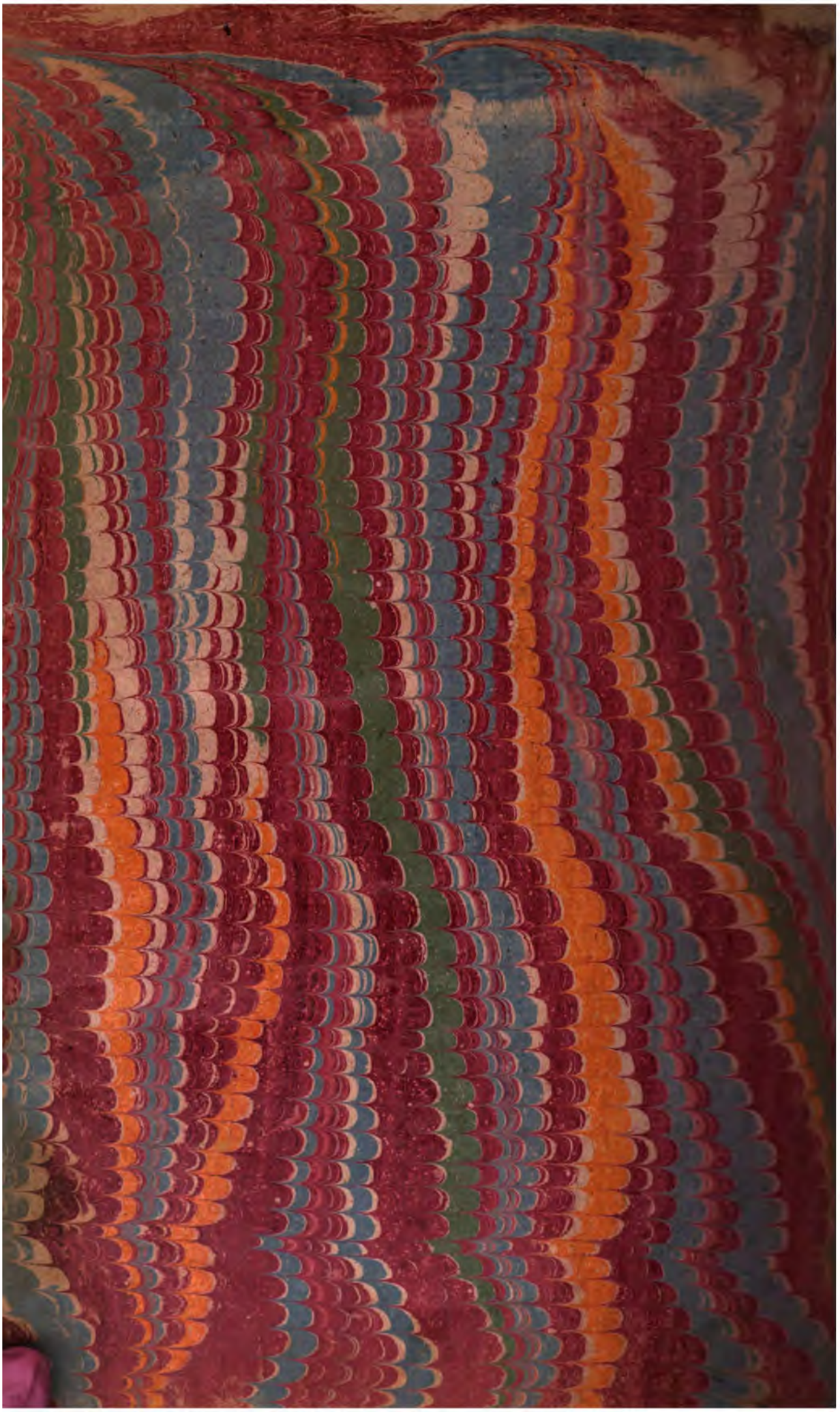
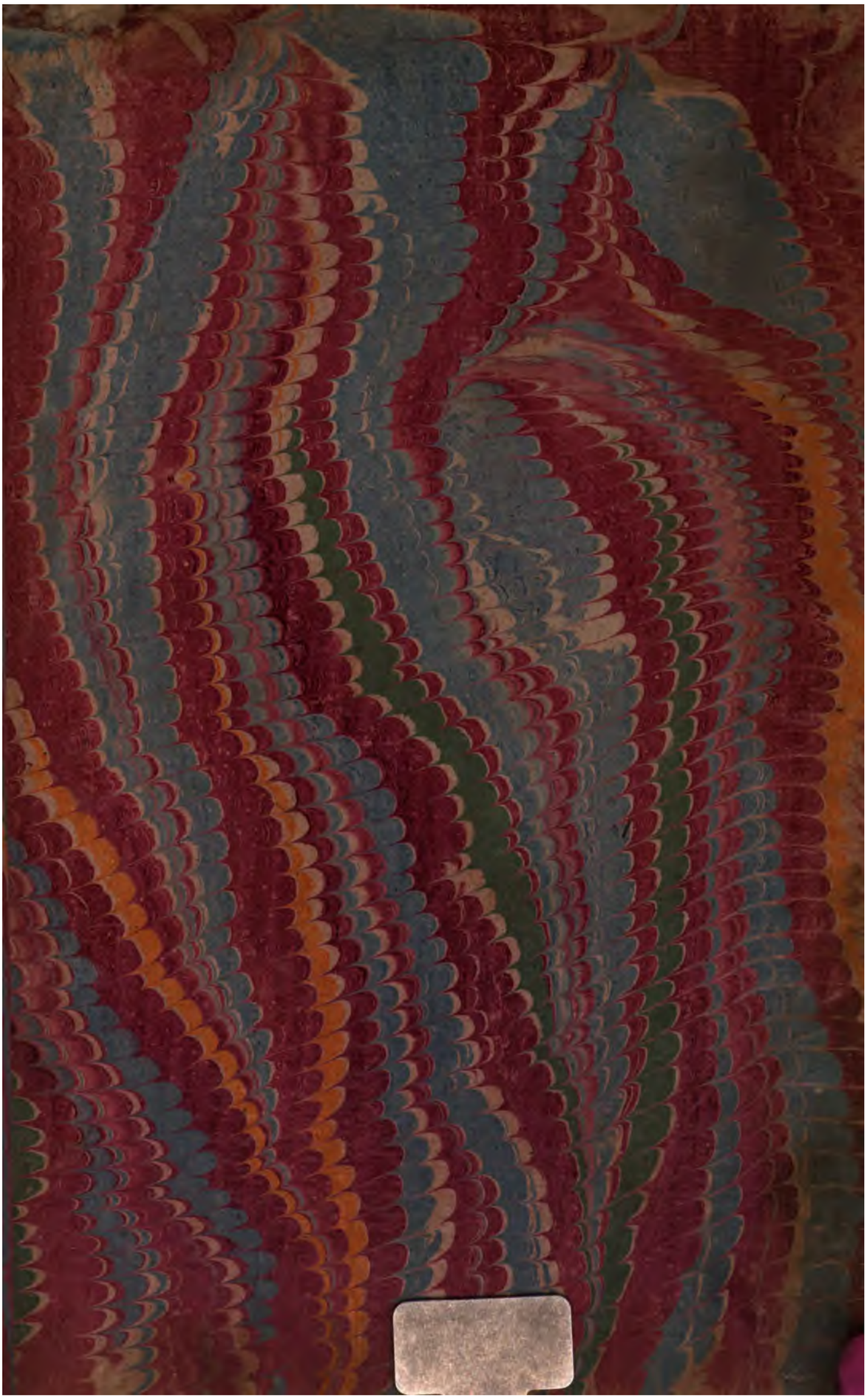
Virtud. Se alienta mucho à la virtud con el premio: ſe refiere un caſo notable de dos Clerigos. San J. cap.38. pag. 140. n. 1. y ſig. Veaſe *Perfeccion.* El egercicio de las virtudes es el camino real de la perfeccion. Sor Marg. lib. 5. cap. 1. pag.425. n.1.

Viſta. Reſignacion admirable de Sor Margarita de la Cruz en la falta de viſta. Sor Marg. lib.4. cap.29. pag.422. n.1. y ſig.

Vitàl. (Monge de Alejandrìa) Se refiere un caſo muy notable ſuyo. San J. cap. 19. pag.68. n. 1. y ſig.

Z

Zacarías. (Patriarca) Eſtrago que hicieron los Perſas en Jeruſalèn en tiempo de ſu Patriarcado. San J. cap. 37. pag.137. n.2. y ſig.

Zelo. Como le han de practicar los Prelados. San J. cap.17. pag.60. n. 1. y ſig. Previno Dios à Sor Margarita de la Cruz con un ardiente zelo de que ſu Mageſtad fueſſe alabado. Sor Marg. lib. 1. cap.8. pag.180. n.1.

FIN.